

ZECHARIA SITCHIN

El **FINAL** *de los* **TIEMPOS**

El Harmagedón y las profecías del retorno

EDICIONES OBELISCO

ZECHARIA SITCHIN

EL FINAL DE LOS TIEMPOS

*El Harmagedón
y las profecías del retorno*

Séptimo y último libro
de las crónicas de la Tierra



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que lo mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición...) y gustosamente le complaceremos.

Puede consultar nuestro catálogo de libros en Internet:
<http://www.edicionesobelisco.com>

Colección Crónicas de la Tierra
EL FINAL DE LOS TIEMPOS
Zecharia Sitchin

Título original: *The End of Days*

1.ª edición: diciembre de 2007

Traducción: *Antonio Cutanda*
Maquetación: *Olga Llop*
Corrección: *Carolina Montoto*
Diseño de cubierta: *Marta Rovira*

© 2007, Zecharia Sitchin
(Reservados todos los derechos)
© 2007, Ediciones Obelisco, S.L.
(Reservados todos los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco S.L.
Pere IV, 78 (Edif. Pedro IV) 3ª planta 5ª puerta
08005 Barcelona - España
Tel. (93) 309 85 25 - Fax (93) 309 85 23

Paracas, 59
C1275AFA Buenos Aires - Argentina
Tel. (541-14) 305 06 33 - Fax (541-14) 304 78 20

Depósito Legal: B-39.480-2007
ISBN: 978-84-9777-418-5

Printed in Spain

Impreso en España en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S.A. de Capellades
(Barcelona)

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor.

*Dedicado
a mi hermano,
el Dr. Ammon Sitchin,
cuya competencia aeroespacial
fue inestimable en todo momento.*

PREFACIO:

EL PASADO, EL FUTURO

«¿Cuándo volverán?»

Me han hecho esta pregunta innumerables veces, y me la han hecho las personas que han leído mis libros, entendiendo por «ellos» a los anunnaki, los extraterrestres que llegaron a la Tierra desde su planeta, Nibiru, y que fueron reverenciados como dioses en la antigüedad. ¿Será cuando Nibiru, en su alargada órbita, vuelva a las inmediaciones de la Tierra? ¿Y qué ocurrirá entonces? ¿Habrá oscuridad en mitad del día y la Tierra saltará en pedazos? ¿Habrá paz en la Tierra, o tendrá lugar el Harmagedón? ¿Habrá un milenio de trastornos y tribulaciones, o acaecerá la Segunda Venida mesiánica? ¿Ocurrirá en 2012, después de 2012, o no ocurrirá?

Se trata de preguntas profundas en las que se combinan las esperanzas y las ansiedades más arraigadas de las personas con las expectativas y las creencias religiosas; preguntas que adquieren realce con los acontecimientos actuales: guerras en las tierras en las que se entrelazaron las vidas de dioses y hombres, amenazas de holocaustos nucleares y la alarmante ferocidad de los desastres naturales. Son preguntas que no me atreví a responder en todos estos años, pero cuya respuesta, ahora, no se puede (no se debe) diferir más.

Las preguntas acerca del retorno, habrá que reconocerlo, no son nuevas; en el pasado, al igual que hoy, estuvieron inexorablemente vinculadas con las expectativas y las aprehensiones del día del Señor, del fin de los Tiempos, del Harmagedón. Hace cuatro mil años, Oriente Próximo fue testigo de la promesa hecha por un dios y su hijo de traer el Cielo a la Tierra. Hace más de tres mil años, en Egipto, tanto el rey como el pueblo estaban anhelando una época mesiánica. Hace dos milenios, la gente de Judea se preguntaba si había aparecido el Mesías, y nosotros todavía nos aferramos a los misterios de los acontecimientos de aquellos días. ¿Se están empezando a cumplir las profecías?

Trataremos de las desconcertantes respuestas que se dieron, resolveremos antiguos enigmas, descifraremos el origen y el significado de los símbolos: la cruz, los peces, el cáliz. Hablaremos del papel de los emplazamientos espaciales en los acontecimientos históricos, y demostraremos por qué pasado, presente y futuro convergen en Jerusalén, el lugar del «Enlace Cielo-Tierra». Y ponderaremos por qué nuestro siglo XXI es tan parecido al siglo XXI a. C. ¿Se está repitiendo la historia? ¿Es que acaso está condenada a repetirse? ¿Está todo dirigido por el reloj mesiánico? ¿Es que la temida hora está a la vuelta de la esquina?

Hace más de dos mil años, Daniel les preguntaba una y otra vez a los ángeles en el Antiguo Testamento: *¿Cuándo?* ¿Cuándo será el final de los días, el fin de los tiempos? Hace más de tres siglos, el renombrado Sir Isaac Newton, que aclaró los secretos de los movimientos celestes, escribió sendos tratados sobre el Libro de Daniel, del Antiguo Testamento, y sobre el Apocalipsis, del Nuevo Testamento; analizaremos sus cálculos manuscritos concernientes al fin de los tiempos, que se han encontrado recientemente, junto con predicciones más recientes sobre el fin.

Tanto la Biblia hebrea como el Nuevo Testamento afirman que los secretos del futuro están arraigados en el pasado, que el destino de la Tierra está conectado con los cielos, y que los asuntos y el destino de la humanidad están relacionados con los de Dios y los de los dioses. Al tratar de lo que todavía está por acaecer, iremos de la historia a la profecía, dado que una no se puede comprender sin la otra, y daremos información sobre ambas. Guiándonos con esto, veamos lo que va a suceder a través de la lente de lo que ha sucedido. Seguro que las respuestas le van a sorprender.

•

ZECHARIA SITCHIN

Nueva York, septiembre de 2006

1

•

EL RELOJ MESIÁNICO

Allá donde se mire da la impresión de que la humanidad está atrapada en agitaciones apocalípticas, fervores mesiánicos y ansiedades del fin de los tiempos.

El fanatismo religioso se manifiesta en guerras y rebeliones, así como en la matanza de «infieles». Los ejércitos que los reyes de Occidente han aglutinado hacen la guerra contra los ejércitos reunidos por los reyes de Oriente. Un choque de civilizaciones sacude los cimientos de las formas de vida tradicionales. Las carnicerías se ceban en ciudades y pueblos; los grandes y los poderosos buscan refugio tras gruesos muros protectores. Y las catástrofes naturales, cada vez más virulentas, hacen que la gente se pregunte: ¿Ha pecado la humanidad? ¿Es esto una muestra de la ira divina? ¿Se trata de otro Diluvio aniquilador? ¿Es esto el Apocalipsis? ¿Puede haber, o habrá, salvación? ¿Hemos entrado en los tiempos mesiánicos?

¿Es ahora ese tiempo, en el siglo XXI d. c., o fue en el siglo XXI a. C.?

La respuesta correcta es sí y sí, tanto en nuestros tiempos como en aquellos tiempos de la antigüedad. Es la condición de los tiempos actuales, del mismo modo que lo fue hace más de cuatro milenios; y esta sorprendente similitud se debe a los acontecimientos que tuvieron lugar en mitad de este lapso, en el período asociado con el fervor mesiánico de la época de Jesús.

Estos tres períodos de cataclismos para la humanidad y para su planeta —dos en el pasado, de los cuales tenemos registros (en torno a 2100 a. C. y cuando el a. C. cambió a e.c., es decir, d. C.), uno en el futuro inmediato— están interconectados; uno ha llevado al otro; uno sólo se puede comprender si se comprende el otro. El presente surge del pasado, el pasado es el futuro. En la esencia de estos tres períodos nos encontramos con las *expectativas mesiánicas*; y vinculándolos a los tres está la *Profecía*.

El cómo terminará el momento actual de trastornos y tribulaciones (lo que el futuro presagia) precisa que entremos en el reino de la Profecía. La nuestra no será una mezcla de predicciones recién descubiertas cuyo principal imán sea el miedo a la perdición y al fin, sino la confianza en unos singulares y antiguos registros que documentaron el pasado, predijeron el futuro y registraron expectativas mesiánicas previas, profetizando el futuro en la antigüedad y, según creo, el futuro que está por venir.

En estas tres situaciones apocalípticas (las dos que ya han tenido lugar y la que está a punto de tener lugar), la relación física y espiritual entre el cielo y la Tierra fue y sigue siendo un punto clave de los acontecimientos. Los aspectos físicos se manifestaron mediante la existencia en la Tierra de emplazamientos reales que enlazaban la Tierra con los cielos; lugares que se tuvo por cruciales, que fueron focos de los acontecimientos; mientras que los aspectos espirituales se manifestaron en lo que llamamos religiones. En los tres casos, ocupó un punto central el cambio de relación entre el Hombre y Dios, salvo cuando, en torno a 2100 a. C., la humanidad se enfrentó al primero de estos trastornos, en el cual la relación era entre los hombres y los *dioses*, en plural. El lector no tardará en descubrir si esa relación cambió en realidad.

La historia de los dioses, los *anunnaki* («los que del cielo a la Tierra vinieron»), como les llamaban los sumerios, comienza con la llegada de éstos a la Tierra, procedentes de *Nibiru*, en busca de oro. La historia de su planeta se contó en la antigüedad en la *Epopeya de la Creación*, un extenso texto escrito en siete tablillas; normalmente, se le tiene por un mito alegórico, producto de mentes primitivas que hablaban de los planetas como de dioses vivos que combatían entre sí. Pero, como demostré en mi libro *El 12º planeta*,* este antiguo texto es en realidad una sofisticada cosmogonía que cuenta de qué modo un planeta extraviado, al pasar por las inmediaciones de nuestro sistema solar, colisionó con un planeta llamado Tiamat; la colisión dio lugar a la creación de la Tierra y la Luna, del cinturón de asteroides y de los cometas, mientras que el planeta invasor quedó atrapado en una gran órbita elíptica que recorre en un lapso de unos 3.600 años terrestres (fig. 1).

* Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2002.

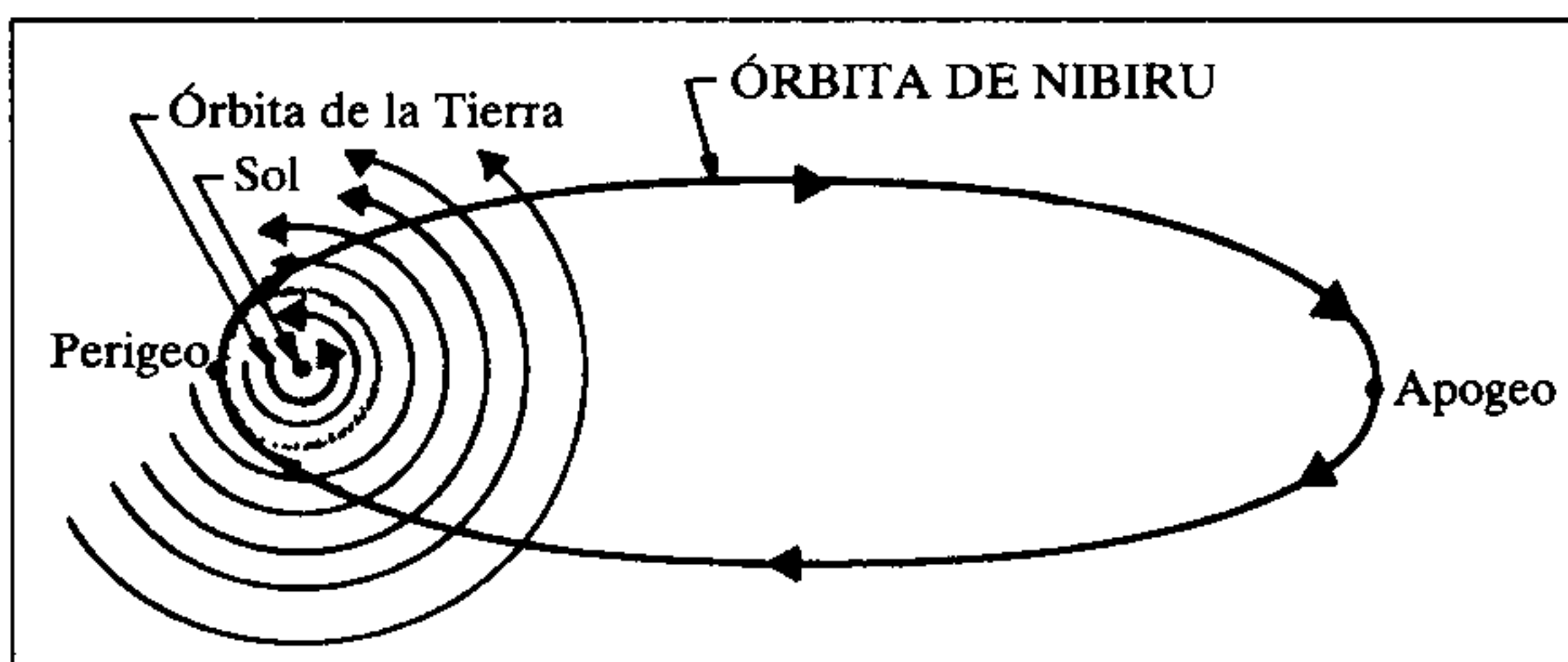


Figura 1

Los anunnaki llegaron a la Tierra, según los textos sumerios, 120 de tales órbitas antes del Diluvio (432.000 años terrestres). Del cómo y por qué vinieron, de sus primeras ciudades en el E.DIN (el bíblico Edén), de la forja de Adán y de las razones que les llevaron a ello, y de los acontecimientos del catastrófico Diluvio, de todo ello se ha hablado en la serie de libros de *Las Crónicas de la Tierra*, y no lo voy a repetir aquí. Pero, antes de que hagamos un viaje en el tiempo hasta el trascendental siglo XXI a. C., convendrá recordar algunos hitos importantes antediluvianos y posdiluvianos.

El relato bíblico del Diluvio, que tiene su inicio en el capítulo 6 del Génesis, atribuye sus aspectos conflictivos a una única deidad, Yahveh, que está decidido a borrar a la humanidad de la faz de la Tierra, para luego volverse atrás y salvarla a través de Noé y del arca. Las fuentes sumerias de este relato, que son más antiguas, atribuyen el desafecto hacia la humanidad al dios *Enlil*, mientras que atribuyen el esfuerzo por contrarrestar la situación y salvar a la humanidad al dios *Enki*. Lo que la Biblia pasó por alto (por el bien del monoteísmo) no sólo fue el desacuerdo entre Enlil y Enki, sino también la rivalidad y los conflictos entre dos clanes de anunnaki que dominaron el curso de los posteriores acontecimientos en la Tierra.

El conflicto entre estos dos dioses y sus descendientes, y las regiones de la Tierra adjudicadas a cada uno de ellos después del Diluvio, son detalles que conviene tener en cuenta para comprender todo lo que sucedió a partir de ahí.

Enlil y Enki eran hermanastros, hijos del soberano de Nibiru, *Anu*, y el conflicto de ambos en la Tierra tuvo su origen en su planeta natal, Nibiru. Enki (al cual llamaban entonces *E.A*, «Aquel cuyo

hogar es el Agua», era el primogénito de Anu, pero no de su esposa oficial, Antu. Cuando Antu, que era hermanastra de Anu, dio a luz a Enlil, éste se convirtió en el heredero legal del trono de Nibiru, aun cuando no era el primogénito. El inevitable resentimiento por parte de Enki y de su familia materna se vino a exacerbar, para empezar, por el hecho de que el ascenso de Anu al trono fue problemático: tras ser vencido en las luchas de sucesión por un rival llamado Alalu, Anu usurpó posteriormente el trono en un golpe de estado, lo que obligó a Alalu a huir de Nibiru para salvar su vida. Pero esto no sólo retrotraía el resentimiento de Ea hasta los días de sus antepasados, sino que también daría lugar a otros desafíos al liderazgo de Enlil, tal como se cuenta en la epopeya *El relato de Anzu*. (Si desea más información sobre las enrevesadas relaciones de las familias reales de Nibiru y los antepasados de Anu y Antu, Enlil y Ea, vea *El libro perdido de Enki*.*)

La clave para desvelar el misterio de las normas de sucesión (y de matrimonio) de los dioses fue el darme cuenta de que estas normas también se aplicaban a los seres humanos que ellos elegían para que les sirvieran como representantes suyos ante la humanidad. Fue el relato bíblico en el que el patriarca Abraham decía (en *Génesis 20,12*) que él no había mentido cuando presentó a su esposa, Sara, como su hermana: «es cierto que es hermana mía, hija de mi padre aunque no de mi madre, y vino a ser mi mujer». No sólo estaba permitido el casarse con una hermanastra, hija de una madre diferente, sino que el hijo tenido con ella (en este caso, Isaac) se convertía en el heredero legal y sucesor dinástico, en lugar del primogénito, Ismael, el hijo de la esclava Agar. (En *La guerra de los dioses y los hombres*,** expliqué cómo estas reglas sucesorias provocaron las agrias desavenencias surgidas entre los descendientes divinos de Ra en Egipto, los hermanastros Osiris y Set, que se casaron con las hermanastras Isis y Neftis.)

• Aunque aquellas normas sucesorias parecen complejas, se basaban en lo que aquellos que escriben acerca de dinastías reales llaman «linaje de sangre», lo que reconoceríamos ahora como sofisticadas genealogías de ADN, que también distingue entre el ADN general heredado de los progenitores y el ADN mitocondrial (mtADN), que lo heredan las hembras únicamente de la madre. La compleja norma, si bien básica, era ésta: los linajes dinásticos discurren a través del

* Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2003.

** Ediciones Obelisco, Barcelona, 2002.

linaje masculino; el hijo primogénito es el siguiente en la línea sucesoria; se puede tomar una hermanastra como esposa, *siempre y cuando sea de madre diferente*; y si se tiene un hijo con esa hermanastra posteriormente, aunque no sea el primogénito, este hijo se convierte en el heredero legal y en el sucesor dinástico.

La rivalidad entre los dos hermanastros Ea/Enki y Enlil por cuestiones de trono se complicó aún más con la rivalidad personal en cuestiones del corazón. Ambos codiciaban a su hermanastra *Ninmah*, cuya madre era otra de las concubinas de Anu. Ea la amaba de verdad, pero no se le permitió casarse con ella. Posteriormente, Enlil la poseería y tendría un hijo con ella: *Ninurta*. Aunque nacido sin desposorios por parte de los padres, las normas de sucesión hacían de Ninurta el heredero incontestable de Enlil, por ser al mismo tiempo su primogénito y el hijo de una hermanastra real.

Ea, tal como se cuenta en los libros de *Las crónicas de la Tierra*, fue el líder del primer grupo de cincuenta anunnaki que llegaron a la Tierra para obtener el oro que necesitaban para proteger la decreciente atmósfera de Nibiru. Pero los planes iniciales fracasaron, y se envió a la Tierra a su hermanastro Enlil con más anunnaki para ampliar la misión, Misión Tierra. Pero, por si eso no fuera suficiente para crear una atmósfera hostil, Ninmah vino también a la Tierra para ocupar el cargo de oficial médico jefe...

Hay un largo texto, conocido como *La epopeya de Atrahasis*, que comienza la historia de los dioses y los hombres en la Tierra con una visita de Anu a la Tierra para zanjar de una vez por todas (eso esperaba él) la rivalidad entre sus dos hijos, que estaba arruinando una misión tan vital para el planeta; Anu llegó a ofrecerse incluso para quedarse en la Tierra y dejar que uno de sus dos hijos asumiera la regencia en Nibiru. Con esto en mente, el antiguo texto nos dice que, echaron a suertes la decisión de quién se quedaría en la Tierra y quién se sentaría en el trono de Nibiru:

Los dioses se agarraron de las manos,
habían echado suertes y habían repartido:
Anu subió [volvió] al cielo,
[A Enlil] la Tierra le fue sometida;
los mares, sujetos como con un lazo,
a Enki, el príncipe, se le dieron.

El resultado de haber echado suertes, por tanto, fue que Anu volvió a Nibiru como rey. A Ea se le dieron los dominios de los mares y las aguas (en épocas posteriores, Poseidón para los griegos y Neptuno para los romanos), y se le concedió el epíteto de EN.KI («Señor de la Tierra») para aplacar sus sentimientos; pero fue EN.LIL («Señor del Mando») el que fue puesto al cargo de todo: «A él la Tierra le fue sometida». Resentido o no, Enki no podía desafiar las normas de sucesión o el resultado obtenido al echar suertes; y así, el resentimiento, la ira ante la justicia negada y la enfermiza determinación por vengar las injusticias cometidas contra su padre y sus antepasados, y por tanto contra él mismo, llevaron al hijo de Enki, *Marduk*, a emprender la lucha.

En diversos textos se habla de cómo los anunnaki construyeron asentamientos en el E.DIN (el Sumer antediluviano), cada uno de los cuales tenía una función específica, dispuestos todos según un plan maestro. La importantísima conexión espacial (que permitía una comunicación permanente con el planeta originario y con las lanzaderas y las naves espaciales) se mantendría en el puesto de mando de Enlil en *Nippur*, en cuyo corazón había una pequeña cámara luminosa denominada DUR.AN.KI, el enlace Cielo-Tierra. Otra instalación vital era el espaciopuerto, localizado en Sippar («Ciudad Pájaro»). Nippur se encontraba en el centro de una serie de círculos concéntricos en los cuales se ubicaba el resto de las «ciudades de los dioses»; todas juntas conformaban un pasillo aéreo de aterrizaje para las naves espaciales cuyo punto focal estaba en el rasgo topográfico más visible de Oriente Próximo: los picos gemelos del monte Ararat (fig. 2).

Y luego el Diluvio «barrió la tierra», arrasando todas las ciudades de los dioses, incluido el centro de control de misiones y el espaciopuerto, y enterró el Edin bajo millones de toneladas de lodo y cenno. Había que volverlo a hacer todo de nuevo, pero muchas cosas no volverían a ser como fueron. Primera y principal, era necesario crear un nuevo espaciopuerto, con un nuevo centro de control de misiones y varias balizas nuevas para el pasillo aéreo de aterrizaje. El nuevo pasillo aéreo estaría anclado de nuevo en los prominentes picos gemelos del Ararat; pero el resto de componentes sería nuevo: el espaciopuerto, en la península del Sinaí, sobre el paralelo 30 norte; dos picos gemelos artificiales como balizas, las pirámides de Giza; y un nuevo centro de control de misiones en un lugar llamado Jerusalén (fig. 3). Y esta disposición jugaría un papel crucial en los acontecimientos que tendrían lugar con posterioridad al Diluvio.

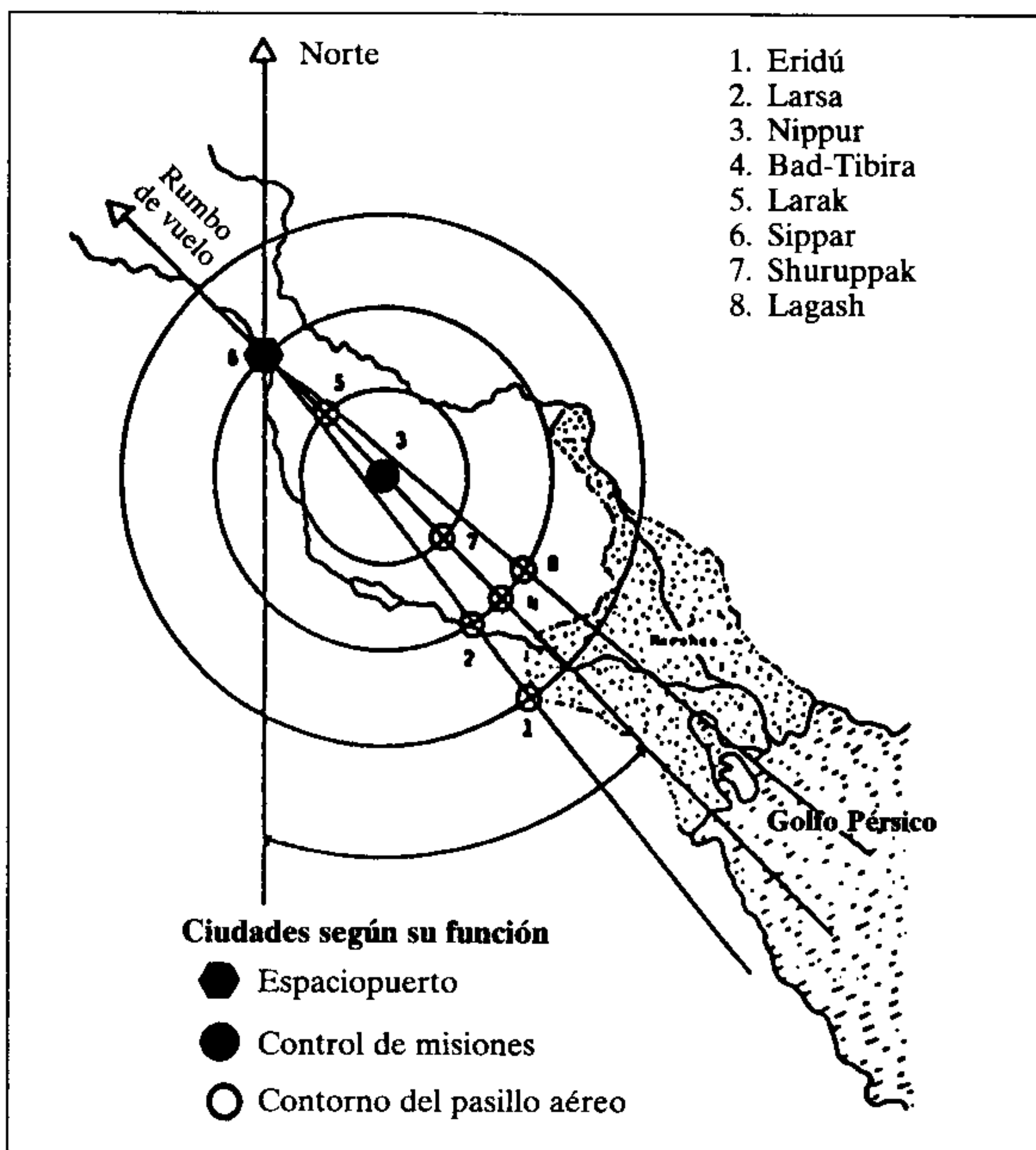


Figura 2

El Diluvio fue decisivo, tanto para los asuntos de los dioses como para los de los hombres, así como en la relación entre ambos: los terrestres, que habían sido creados para servir a los dioses y trabajar en su lugar, fueron tratados a partir de entonces como compañeros subalternos en un planeta devastado.

La nueva relación entre los hombres y los dioses se formuló, se santificó y se codificó cuando se le concedió a la humanidad su primera civilización, en Mesopotamia, hacia 3800 a. C. El trascendental

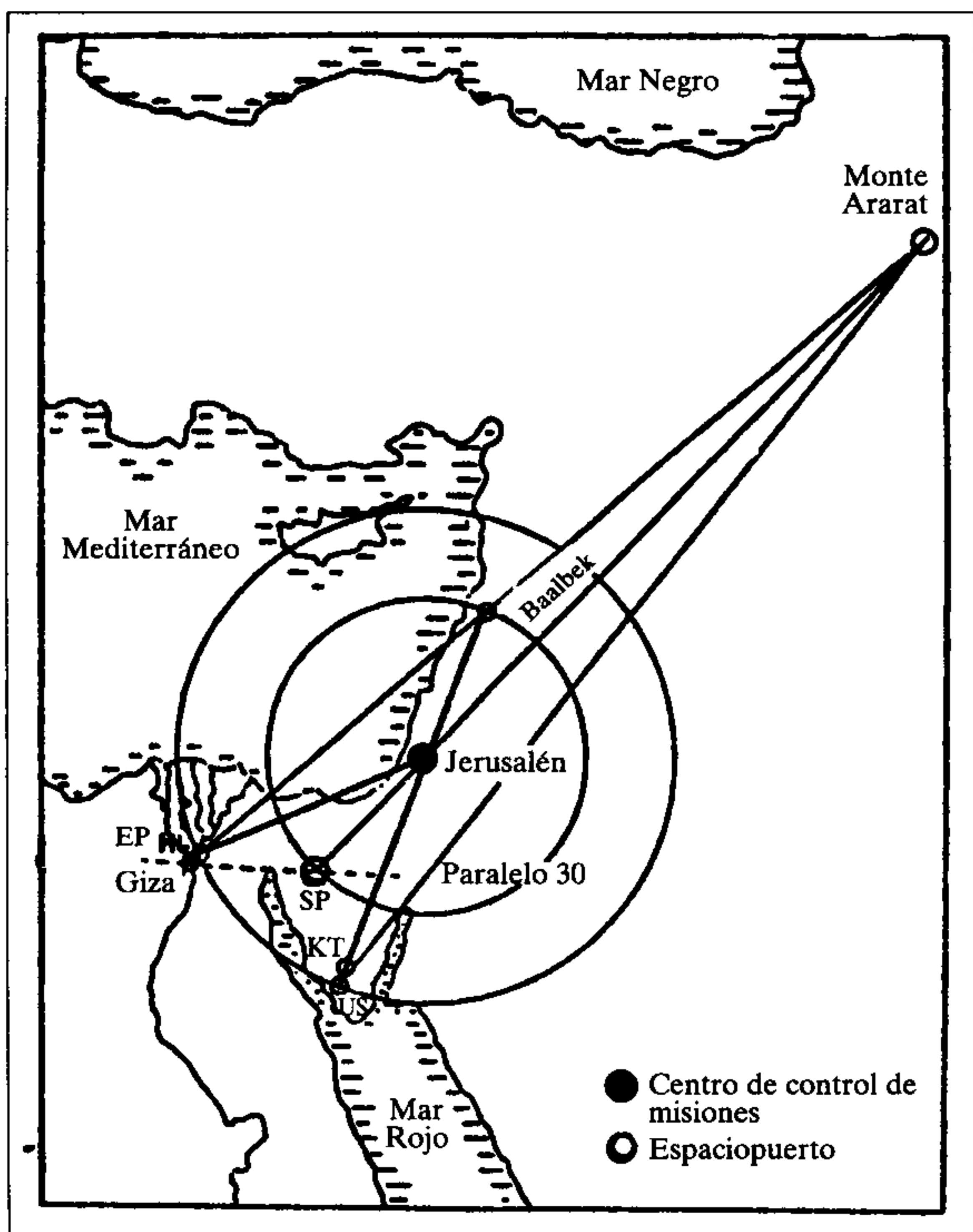


Figura 3

acontecimiento vino a continuación de una visita de estado de Anu a la Tierra, no sólo como soberano de Nibiru, sino también como jefe del panteón en la Tierra de los dioses antiguos. Otra razón (y probablemente la principal) para su visita debió de ser la del establecimiento y la afirmación de la paz entre los mismos dioses, un acuerdo de «vive y deja vivir», mediante la repartición de las tierras del

mundo antiguo entre los dos clanes principales de los anunnaki, el de Enlil y el de Enki, pues las nuevas circunstancias posdiluvianas y la nueva ubicación de las instalaciones espaciales requerían de una nueva división territorial entre los dioses.

Y esta división quedó reflejada en la bíblica Mesa de las Naciones (Génesis, capítulo 10), en la cual el despliegue de la humanidad, a partir de los tres hijos de Noé, quedó registrada por nacionalidad y por geografía: Asia para las naciones/tierras de Sem, Europa para los descendientes de Jafet, África para las naciones/tierras de Cam. Los registros históricos demuestran que esta división se correspondería con la división establecida entre los dioses, en la que se otorgarían las dos primeras reparticiones a los enlilitas y la tercera a Enki y a sus hijos. La península del Sinaí, que quedaba en medio, donde se ubicó el vital espaciopuerto posdiluviano, se dejó como Región Sagrada neutral.

Aunque la Biblia hace simplemente una relación de las tierras y de las naciones según la división de los descendientes de Noé, los textos sumerios, que son más antiguos, dan cuenta del hecho de que esta división fue un acto deliberado, el resultado de las deliberaciones de los líderes de los anunnaki. En un texto conocido como *La epopeya de Etana*, se nos dice que:

Los grandes anunnaki que decretan los destinos
se reunieron para celebrar consejo con respecto a la Tierra.
Ellos crearon las cuatro regiones,
levantaron los asentamientos.

En la Primera Región, las tierras que se extienden entre los ríos Éufrates y Tigris (Mesopotamia), se estableció la primera de las grandes civilizaciones conocidas del Hombre, la civilización de Sumer. Allí donde habían estado las ciudades antediluvianas de los dioses se erigieron las ciudades del Hombre, cada una de ellas con su recinto sagrado, en cuyo zigurat residía una deidad (Enlil en Nippur, Ninmah en Shuruppak, Ninurta en Lagash, *Nannar/Sin* en Ur, *Inanna/Ishtar* en Uruk, *Utu/Shamash* en Sippar, etcétera). En cada uno de tales centros urbanos se eligió a un EN.SI, un «Pastor Justo» (en principio, un semidiós) para gobernar al pueblo en nombre de los dioses; su principal cometido era promulgar códigos de justicia y de moralidad. En el recinto sagrado, un cuerpo sacerdotal, supervisado por un sumo sacerdote, servía al dios y a su esposa, supervisaba las celebraciones

festivas y se encargaba de los ritos de ofrendas, sacrificios y oraciones a los dioses. El arte y la escultura, la música y la danza, la poesía y los himnos, y por encima de todo la escritura y la formalización de registros y anotaciones, florecieron en los templos y se extendieron hasta el palacio real.

De vez en cuando, una de aquellas ciudades era elegida como capital del país, y su gobernante se convertía en rey, LU.GAL («Gran hombre»). Inicialmente, y durante mucho tiempo a partir de entonces, este hombre, el más poderoso del país, hacía tanto el papel de rey como el de sumo sacerdote. Se le elegía cuidadosamente, por su papel y por su autoridad, y se consideraba que todos los símbolos físicos de la realeza habían venido a la Tierra directamente desde el cielo, de la mano de Anu, en Nibiru. En un texto sumerio que trata de este asunto, se dice que, antes de que los símbolos de la Realeza (la tiara/corona y el cetro) y de la Justicia (el báculo de pastor) se le concedieran a un rey terrestre, éstos «se depositaban ante Anu en el cielo». De hecho, la palabra sumeria que significaba realeza sería un equivalente de *Anu-eza*.

Este aspecto de la «realeza» como esencia de la civilización, de comportamiento justo y de un código moral para la humanidad, se expresaba explícitamente en la sentencia que aparece en la *Lista de los reyes sumerios* que dice que, después del Diluvio, «se trajo del cielo la realeza». Se trata de una profunda sentencia que conviene recordar a medida que vayamos avanzando en este libro en la dirección de las expectativas mesiánicas; en palabras del Nuevo Testamento, para el *retorno de la «realeza del cielo» a la Tierra*.

Hacia 3100 a. C., una civilización similar, aunque no idéntica, se estableció en la Segunda Región, en África: la civilización del Nilo (Nubia y Egipto). Su historia no fue tan armoniosa como la de los enlilitas, dado que la rivalidad y las disputas caracterizaron a los seis hijos de Enki, a los cuales no se les asignaron ciudades, sino todos los dominios terrestres. De suma importancia resultaría el conflicto entre el primogénito de Enki, *Marduk* (*Ra* en Egipto) y *Ningishzidda* (*Thot* en Egipto), un conflicto que llevaría al exilio de Thot y de un grupo de seguidores africanos suyos en el Nuevo Mundo (donde se le conocería como *Quetzalcóatl*, la Serpiente Alada). Pero el mismo Marduk/Ra sería también castigado y exiliado cuando, oponiéndose al matrimonio de su hermano pequeño Dumuzi con la nieta de Enlil, Inanna/Ishtar, provocó la muerte de su hermano. Como compensación, se le concederían a Inanna/Ishtar los dominios de la civilización de la Tercera

Región, la del valle del Indo, hacia 2900 a. C. Y debieron de haber buenas razones para que estas tres civilizaciones (así como el espacio-puerto de la región sagrada) estuvieran todas centradas en torno al paralelo 30 norte (fig. 4).

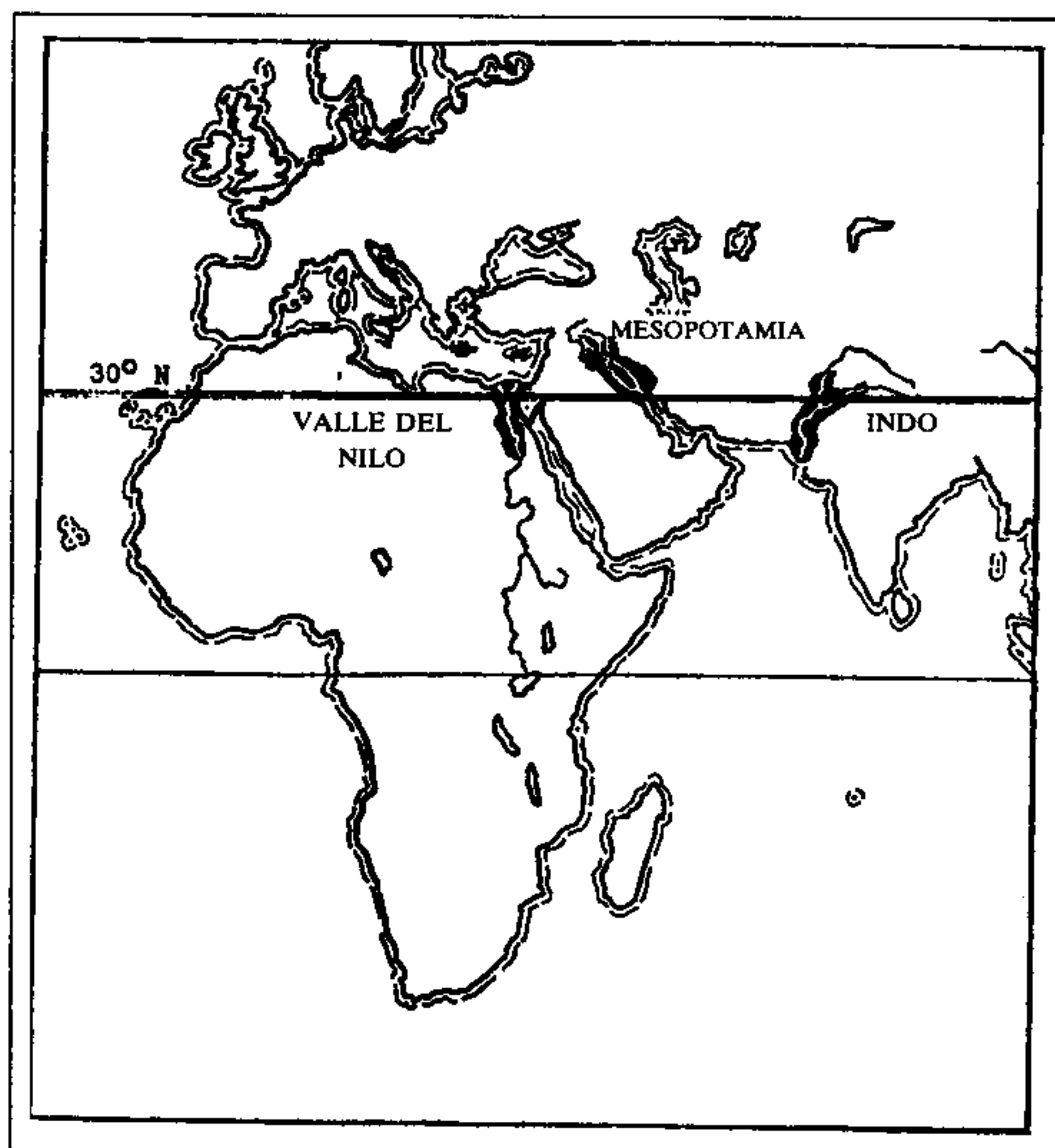


Figura 4

Según los textos sumerios, los anunnaki establecieron la realeza (la civilización y sus instituciones, como bien se pudo ver en Mesopotamia) como un nuevo orden en sus relaciones con la humanidad, en el que los reyes/sacerdotes servían tanto de enlace como de separación entre dioses y hombres. Pero, si uno echa la vista atrás en esta aparente «edad dorada» de los asuntos entre dioses y hombres, se le hace patente que los asuntos de los dioses dominaron y determinaron constantemente los asuntos de los hombres, así como el destino de la humanidad. Ensombreciéndolo todo estuvo la determinación de Marduk/Ra de reparar la injusticia cometida con su padre Ea/Enki

cuando, siguiendo las normas de sucesión de los anunnaki, se declaró a Enlil, y no a Enki, heredero legal de su padre Anu, soberano de su planeta natal, Nibiru.

Según el sistema matemático sexagesimal («de base sesenta») que los dioses transmitieron a los sumerios, a los doce grandes dioses del panteón sumerio se les concedió rangos numéricos, en los cuales Anu ostentaba el supremo Rango del Sesenta; el Rango del Cincuenta se le concedió a Enlil; el de Enki fue el Cuarenta, y así sucesivamente, alternándose entre deidades masculinas y femeninas (fig. 5). Bajo las normas de sucesión, el hijo de Enlil, Ninurta, estaba en la línea sucesoria para el Rango del Cincuenta en la Tierra, mientras que Marduk ostentaba un rango nominal de diez; e, inicialmente, estos dos «sucesores a la espera» no formaban parte aún de los doce «olímpicos».

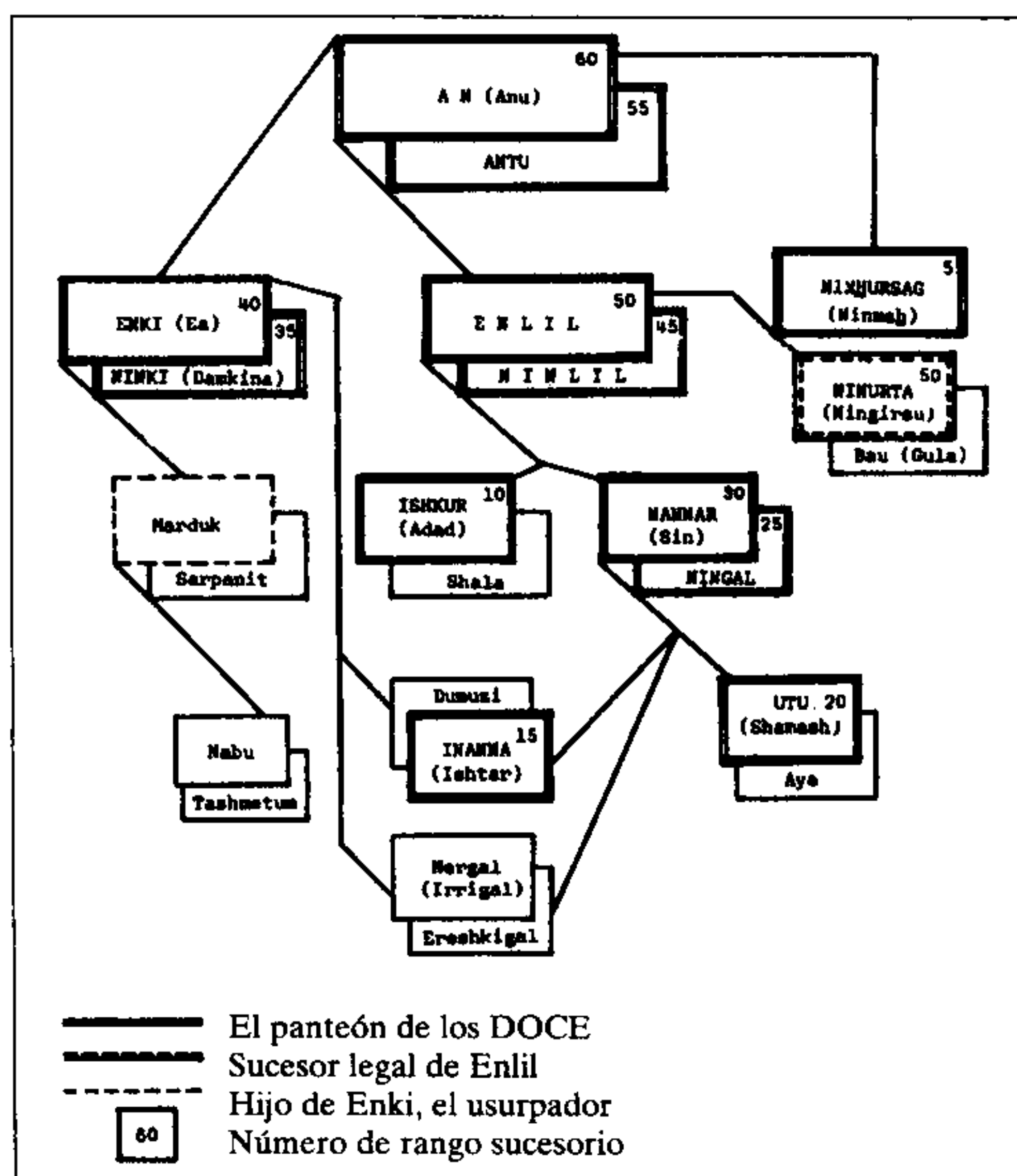


Figura 5

Y así, la larga, amarga y despiadada lucha de Marduk, que comenzara con las desavenencias entre Enlil y Enki, se concentraría más tarde en sus disputas con el hijo de Enlil, Ninurta, por la sucesión del Rango del Cincuenta, y luego se extendería a la nieta de Enlil, Inanna/Ishtar, cuyo matrimonio con Dumuzi, el hijo pequeño de Enki, provocaría tal rechazo en Marduk que terminaría con la muerte de Dumuzi. Con el tiempo, Marduk/Ra entraría en conflicto incluso con otros hermanos y hermanastros suyos (además del conflicto con Thot del que ya hemos hablado), principalmente con otro hijo de Enki, Nergal, que se casó con una nieta de Enlil llamada Ereshkigal.

Durante el transcurso de estas luchas, hubo ocasiones en que los conflictos estallaron hasta convertirse en verdaderas guerras entre los dos clanes divinos; algunas de aquellas contiendas recibieron el nombre de «las Guerras de la Pirámide» en mi libro *La guerra de los dioses y los hombres*. En uno de estos casos, un caso notable, la lucha terminó con Marduk enterrado con vida dentro de la Gran Pirámide; en otro, Marduk fue capturado por Ninurta. Marduk también vivió el exilio en más de una ocasión, bien como castigo o bien como ausencia autoimpuesta.

Entre sus persistentes esfuerzos por alcanzar el estatus al cual creía tener derecho se halla el del acontecimiento registrado en la Biblia como el incidente de la Torre de Babel; pero al final, después de innumerables frustraciones, consiguió su objetivo cuando la Tierra y el cielo se alinearon con el *reloj mesiánico*.

De hecho, el primero de una serie de cataclismos, durante el siglo XXI a. C., y las expectativas mesiánicas que lo acompañaron, es principalmente la historia de Marduk, que puso también en el centro del escenario a su hijo *Nabu*, una deidad por ser hijo de un dios, pero de madre terrestre.

A lo largo de toda la historia de Sumer, que abarca casi dos mil años, la capital real fue cambiando, desde la primera, Kish (la primera ciudad de Ninurta), hasta Uruk (la ciudad que Anu le concedió a Inanna/Ishtar) o Ur (sede y centro de culto de Sin); luego, pasaría a otras ciudades para volver de nuevo a las iniciales y, finalmente, regresar por tercera vez a Ur. Pero, en todas las ocasiones, la ciudad de Enlil, Nippur, su «centro de culto», como los expertos la dan en llamar,

siguió siendo el centro religioso de Sumer y de los sumerios, pues era allí donde se determinaba el ciclo anual de culto a los dioses.

Los doce «olímpicos» del panteón sumerio, cada uno de ellos con su contraparte celeste entre los doce miembros del sistema solar (Sol, Luna y los diez planetas, incluido Nibiru), también eran honrados con un mes cada uno en el ciclo anual de doce meses. El término sumerio de «mes», EZEN, significaba en realidad «festividad», «celebración»; y cada uno de tales meses se consagraba a celebrar la festividad-culto de uno de los doce dioses supremos. Y fue la necesidad de determinar el momento exacto en que comenzaba y terminaba cada mes (y no con el fin de que los campesinos supieran cuándo sembrar o cosechar, como dicen los libros de texto) lo que llevó a la introducción del *primer calendario de la humanidad*, en el año 3760 a. C. Se le conoce como el *calendario de Nippur* debido a que el cometido de los sacerdotes de Nippur consistía en determinar la intrincada tabla temporal del calendario y anunciar, para todo el país, el momento exacto de las festividades religiosas. Aquel calendario sigue siendo utilizado en nuestros días en el calendario religioso judío, el cual, en el año 2006 d. C., alcanzó el año 5766.

En tiempos antediluvianos, se encontraba en Nippur el centro de control de misiones, el puesto de mando de Enlil, donde éste había ubicado el DUR.AN.KI, el enlace Cielo-Tierra, para las comunicaciones con el planeta madre, Nibiru, y con las naves espaciales que les conectaban. (Después del Diluvio, estas funciones se reubicaron en un lugar que posteriormente sería conocido como Jerusalén.) Su posición central, equidistante del resto de centros del E.DIN (véase fig. 2), se consideraba también equidistante de las «cuatro esquinas de la Tierra», y le otorgaba su apodo de «Ombligo de la Tierra». En un himno dedicado a Enlil, se referían a Nippur y a sus funciones de este modo:

Enlil,
cuando tú designaste los asentamientos divinos en la Tierra,
levantaste Nippur como tu propia ciudad...
Tú fundaste el Dur-An-Ki
en el centro de las cuatro esquinas de la Tierra.

El término «las cuatro esquinas de la Tierra» se encuentra también en la Biblia; y cuando Jerusalén sustituyó a Nippur como centro de

control de misiones después del Diluvio, también recibió el apodo de Ombligo de la Tierra.

En sumerio, el término que se traduce por las cuatro regiones de la Tierra es UB, aunque también se le encuentra como AN.UB, las cuatro «esquinas» *celestes*, siendo en este caso un término astronómico relacionado con el calendario. Se utilizaba para referirse a los cuatro puntos del ciclo anual Tierra-Sol, que denominamos actualmente como solsticio de verano, solsticio de invierno y los dos puntos de cruce del ecuador: el equinoccio de primavera y el equinoccio de otoño.

En el calendario de Nippur, el año comenzaba el día del equinoccio de primavera, y así permaneció en los posteriores calendarios de Oriente Próximo de la antigüedad. Ese día determinaba el momento de la festividad más importante del año: la festividad de Año Nuevo, un acontecimiento que se prolongaba durante diez días, en los cuales se llevaban a cabo unos detallados rituales canónicos.

Para determinar con precisión el calendario mediante la salida heliaca había que observar los cielos al amanecer, justo cuando el sol comienza a elevarse en el horizonte por el este, pues los cielos están aún lo suficientemente oscuros como para poder ver las estrellas detrás.

Una vez determinado el día del equinoccio, gracias al hecho de que en él el día y la noche tienen la misma duración, se marcaba la salida heliaca del sol mediante la erección de un pilar de piedra que permitiría comparar futuras observaciones, procedimiento que se seguiría posteriormente, por ejemplo, en Stonehenge, en Gran Bretaña; y, al igual que en Stonehenge, las observaciones a largo plazo revelaban que el grupo de estrellas («constelaciones») que había en el fondo no seguían siendo iguales (fig. 6); de ahí que la piedra de alineamiento llamada «Piedra Talar», que apunta en la actualidad a la salida del sol en el solsticio, apuntaba originariamente a la salida del sol en torno a 2000 a. C.

Este fenómeno, llamado precesión de los equinoccios, o simplemente precesión, se deriva del hecho de que, cuando la Tierra completa una órbita anual alrededor del Sol, no vuelve al mismo punto exacto del cielo. Hay un ligero retraso, un retraso ligerísimo, de un grado (de los 360 grados que tiene el círculo) cada 72 años. Fue Enki el primero en agrupar las estrellas que se podían observar desde la Tierra en «constelaciones», y fue él quien dividió los cielos en los cuales la Tierra circunda al Sol en doce partes, que es lo que desde entonces llamamos círculo zodiacal de las constelaciones (fig. 7).

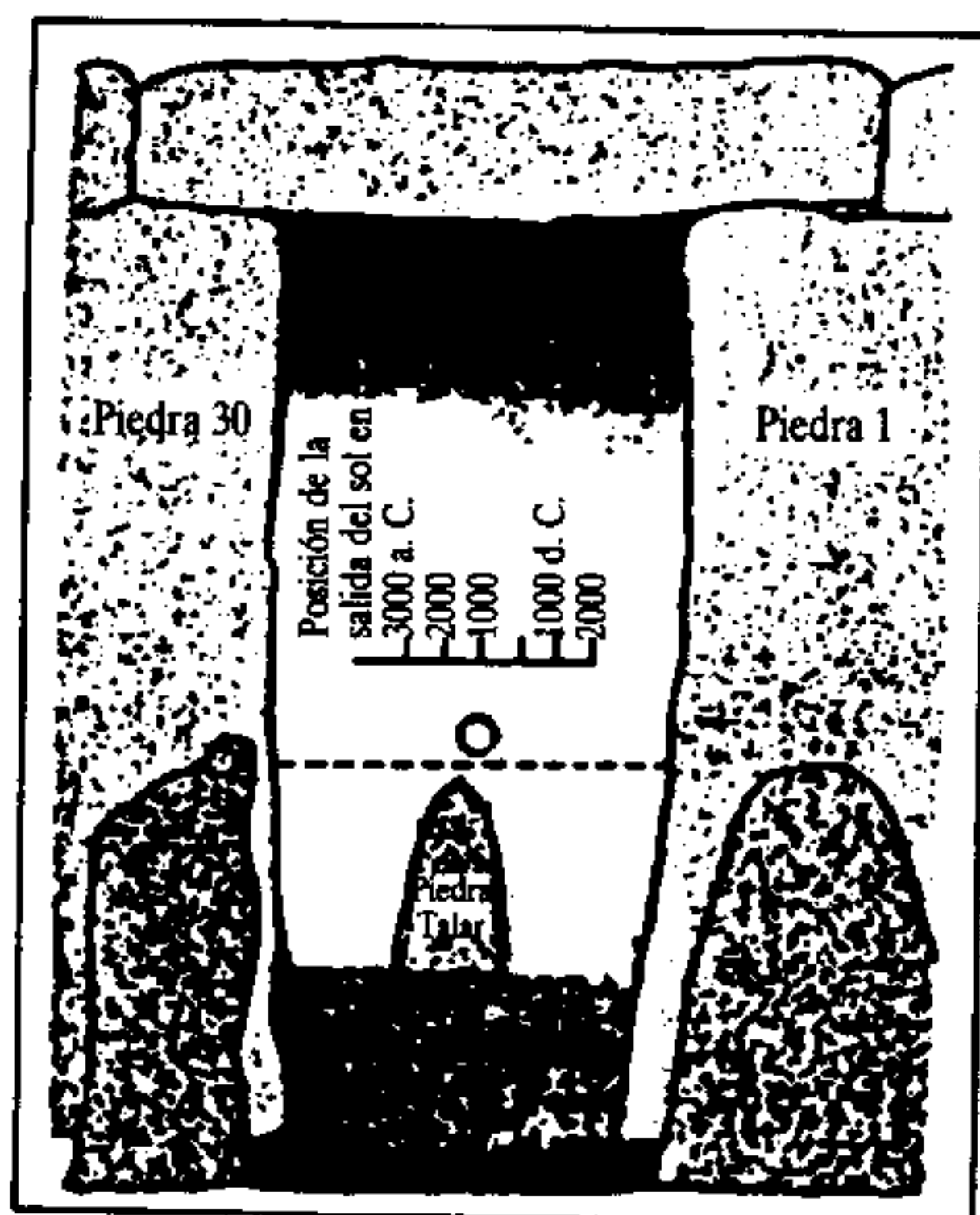


Figura 6

Dado que cada duodécima parte del círculo ocupa 30 grados del arco celeste, el retraso o cambio precesional de una casa zodiacal a otra ocurre (matemáticamente) cada 2.160 años (72×30), lo que da lugar así pues a un ciclo zodiacal completo de 25.920 años (2.160×12). Para guía del lector, se han añadido aquí las fechas aproximadas de las *eras zodiacales* (siguiendo la división igualitaria en doce partes y no las observaciones astronómicas reales).

El que éste fuera un logro realizado en una época previa a las civilizaciones de la humanidad queda atestiguado por el hecho de que se aplicara un calendario zodiacal a las primeras estancias de Enki en la Tierra (cuando a las dos primeras casas zodiacales se les dio nombre en su honor); no fue el logro de un astrónomo griego (Hiparco) del siglo III a. C., como muchos libros de texto sugieren todavía; y esto lo demuestra el hecho de que las doce casas zodiacales ya fueran conocidas para los sumerios milenios antes por los mismos nombres (fig. 8) y las mismas representaciones (fig. 9) con que se conocen hoy en día.

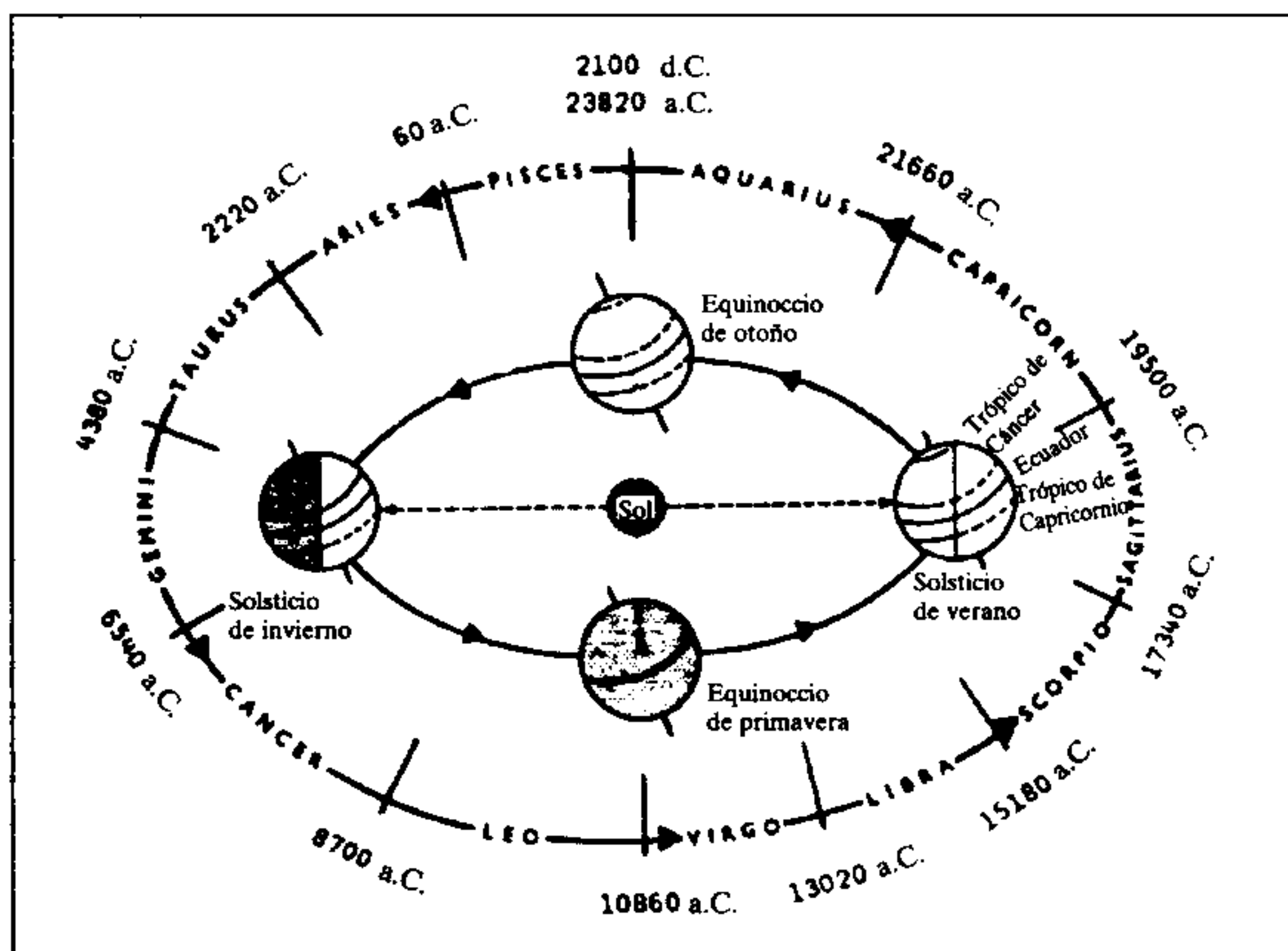


Figura 7

1. GU.AN.NA («toro celeste»), *Tauro*.
2. MASH.TAB.BA («gemelos»), nuestro *Géminis*.
3. DUB («pinzas», «tenazas»), el Cangrejo o *Cáncer*.
4. UR.GULA («león»), al que llamamos *Leo*.
5. AB.SIN («el padre de ella era Sin»), la Doncella, *Virgo*.
6. ZI.BA.AN.NA («destino celeste»), la balanza de *Libra*.
7. GIR.TAB («que araña y corta»), *Escorpio*.
8. PA.BIL («defensor»), el Arquero, *Sagitario*.
9. SUHUR.MASH («cabra-pezuña»), *Capricornio*.
10. GU («señor de las aguas»), el Aguador, *Acuario*.
11. SIM.MAH («peces»), *Piscis*.
12. KU.MAL («morador del campo»), el Carnero, *Aries*.

Figura 8

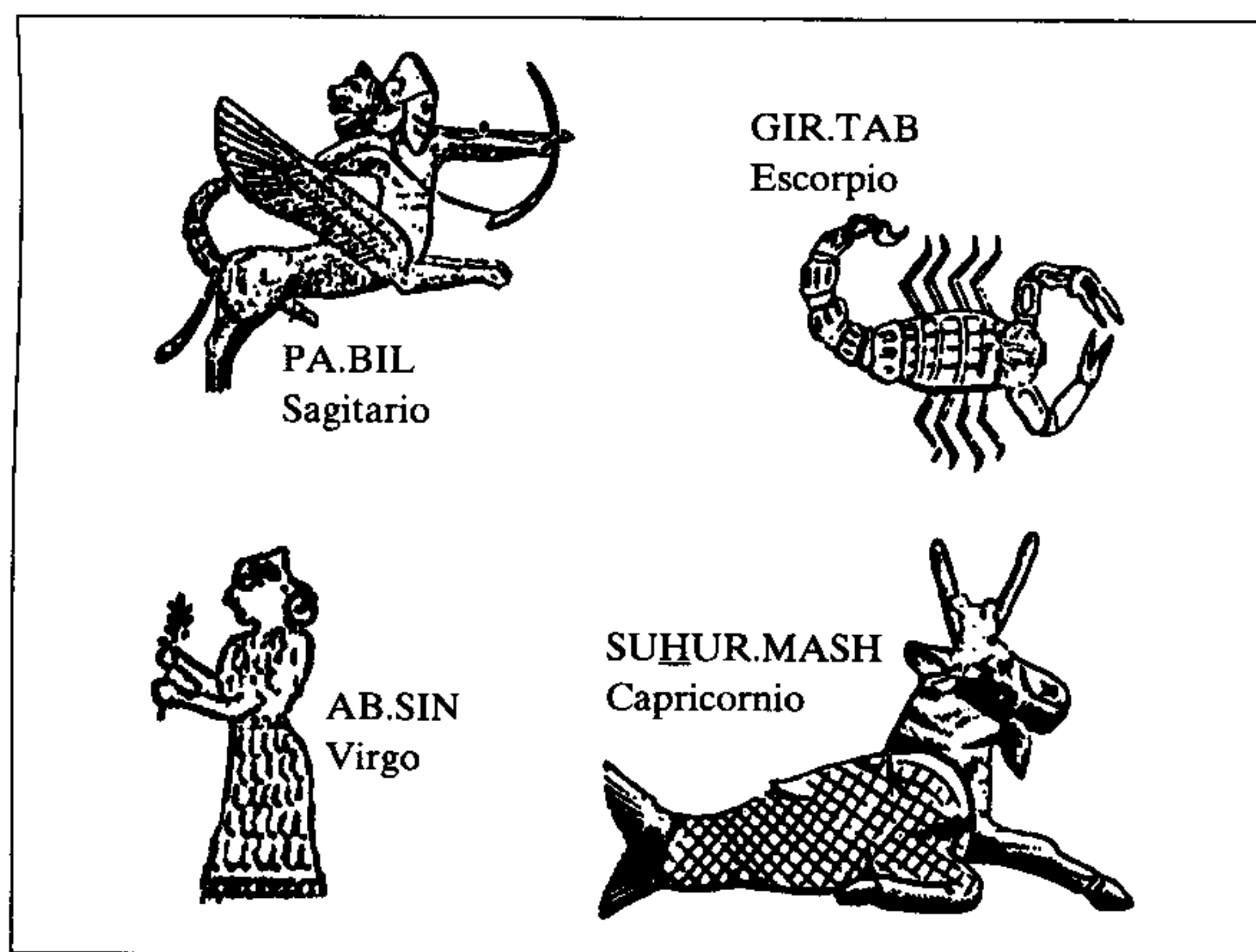


Figura 9

En *Al principio de los tiempos*,* se habló extensamente de las tablas de tiempo calendáricas de dioses y hombres. Viniendo de Nibiru, cuyo período orbital, el SAR, equivale a 3.600 años terrestres, sería el SAR la primera unidad calendárica de los anunnaki, a pesar de que la órbita de la Tierra era mucho más rápida. De hecho, los textos que tratan de aquellos primeros días en la Tierra, como las *Listas de los reyes sumerios*, concretaron el período temporal de este o de aquel líder en la Tierra en términos de sars. Yo lo denominé *tiempo divino*. Al calendario que se le concedió a la humanidad, un calendario basado en los aspectos orbitales de la Tierra (y de su Luna), lo denominé *tiempo terrestre*. Señalando que el cambio zodiacal de 2.160 años (menor que el año de los anunnaki) les ofrecía no obstante una proporción más adecuada (la «proporción dorada» de 10:6) entre los dos extremos, denominé a esta unidad temporal *tiempo celeste*.

* Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2002.

Y, como descubriría Marduk, ese tiempo celeste era el «reloj» por el cual iba a determinarse su destino.

Pero, ¿cuál era el *reloj mesiánico de la humanidad*, el que determinaba su destino? ¿Era el *tiempo terrestre*, como el de los jubileos de cincuenta años, el de la cuenta en siglos o el de milenios? ¿Era el *tiempo divino*, engranado a la órbita de Nibiru? ¿O era —es— el *tiempo celeste*, que sigue la lenta rotación el reloj zodiacal?

El dilema, como veremos, desconcertó a la humanidad en la antigüedad, y sigue estando en el núcleo del tema del Retorno en nuestros días. La pregunta que plantea se la formularon ya los sacerdotes babilonios y asirios, los profetas bíblicos (en el Libro de Daniel, en el Apocalipsis de san Juan el Divino), y otros como Sir Isaac Newton, así como todos nosotros en la actualidad.

La respuesta será sorprendente. Embarquémonos en esta minuciosa búsqueda.

2

•

«Y SUCEDIÓ QUE...»

Resulta sumamente significativo que, en sus registros sobre Sumer, al principio de la civilización sumeria, la Biblia opte por destacar el *incidente de la conexión espacial*, el que se conoce como el relato de la *Torre de Babel*:

Y sucedió que, mientras viajaban desde el este,
hallaron una llanura en el país de Senaar
y allí se establecieron.
Y se dijeron el uno al otro:
«Venid, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego».
Y el ladrillo les servía de piedra,
y el betún les servía de argamasa.
Y dijeron: «Venid, vamos a edificarnos una ciudad
y una torre cuya cúspide llegue a los cielos».

Génesis 11, 2-4

Así es como la Biblia registra el intento más audaz, ¡intento de Marduk!, de imponer su supremacía levantando su propia ciudad en el corazón de los dominios enlilitas y, además, *construyendo allí sus propias instalaciones espaciales, con una torre de lanzamiento*. Al lugar se le llama en la Biblia *Babel*, «Babilonia» en castellano.

Este relato bíblico es digno de destacar por muchos motivos. En primer lugar, da cuenta de un asentamiento humano en la llanura Tigris-Éufrates después del Diluvio, una vez que el suelo estuvo lo suficiente seco como para permitir el asentamiento. Nombra correctamente al nuevo país como *Senaar*, el nombre hebreo de Sumer. Proporciona una pista importante: de dónde procedían los colonos (de la región montañosa del este). Reconoce que fue allí donde comenzó la primera civilización urbana del Hombre, la construcción de ciudades. Indica (y explica) correctamente que en aquel país, cuyo

suelo era de barro seco y no había roca virgen, la gente utilizaba ladrillos de barro para la construcción, endureciéndolos en el horno para utilizarlos como piedras. También hace referencia a la utilización de betún como argamasa en las construcciones; y esto es un dato asombroso, ya que el betún, que es un producto natural del petróleo, emerge del suelo en el sur de Mesopotamia, pero está totalmente ausente en Israel.

Los autores de este capítulo del Génesis estaban, así pues, bien informados respecto a los orígenes y las innovaciones clave de la civilización sumeria; y también reconocían la importancia del incidente de la Torre de Babel. Al igual que en los relatos sobre la creación de Adán y sobre el Diluvio, fundieron las distintas deidades sumerias en el plural *Elohim*, o bien en el omniabarcante y supremo *Yahveh*, pero dejaron en el relato el hecho de que *un grupo de deidades* dijera, «Ea, pues, *bajemos*», a darle fin a este peligroso empeño (Génesis 11, 7).

Los registros sumerios, y posteriormente los babilónicos, atestiguan la veracidad del relato bíblico y ofrecen muchos más detalles, vinculando este incidente con las tensas relaciones entre los dioses que llevaron al inicio de las dos Guerras de la Pirámide, después del Diluvio. Los acuerdos de «paz en la Tierra», hacia 8650 a. C., dejaron el antiguo *Edin* en manos de los enlilitas, conforme a las decisiones de Anu, Enlil e incluso Enki; pero eso fue algo con lo que nunca estuvo de acuerdo Marduk/Ra. Y así fue que, cuando comenzaron a ubicarse las ciudades de los hombres en el antiguo *Edin*, distribuyéndolas entre los dioses, Marduk planteara, «¿Y qué pasa conmigo?».

Aunque Sumer era el corazón de los territorios enlilitas y sus ciudades eran «centros de culto» enlilitas, había una excepción: en el sur de Sumer, al filo de las tierras pantanosas, estaba Eridú; se reconstruyó después del Diluvio, exactamente en el mismo lugar en el que Ea/Enki había construido el primer asentamiento en la Tierra. Fue Anu el que insistió en que, cuando se dividió la Tierra entre los clanes anunnaki rivales, Enki conservara para siempre Eridú. Hacia 3460 a. C., Marduk decidió que él podía extender aquel privilegio de su padre teniendo también su propia ciudad en el corazón de los territorios enlilitas.

Los textos disponibles no ofrecen razón alguna sobre por qué Marduk eligió aquel lugar en concreto, a orillas del Éufrates, para establecer su nuevo cuartel general, pero su ubicación nos ofrece una

pista: estaba situado entre la reconstruida Nippur (el centro de control de misiones antediluviano) y la reconstruida Sippar (el espacio-puerto antediluviano de los anunnaki), de modo que lo que Marduk quizás tuvo en mente era construir unas instalaciones que pudieran cumplir ambas funciones.

Un mapa posterior de Babilonia, dibujado sobre una tablilla de arcilla (fig. 10), lo representa como un «ombligo de la Tierra», semejante al título-función original de Nippur. El nombre que Marduk le dio al lugar, *Bab-Ili* en acadio, significaba «pórtico de los dioses», un lugar desde el cual los dioses podían ascender y descender, y donde la principal instalación iba a ser «una torre cuya cúspide llegue a los cielos»... ¡una *torre de lanzamiento*!

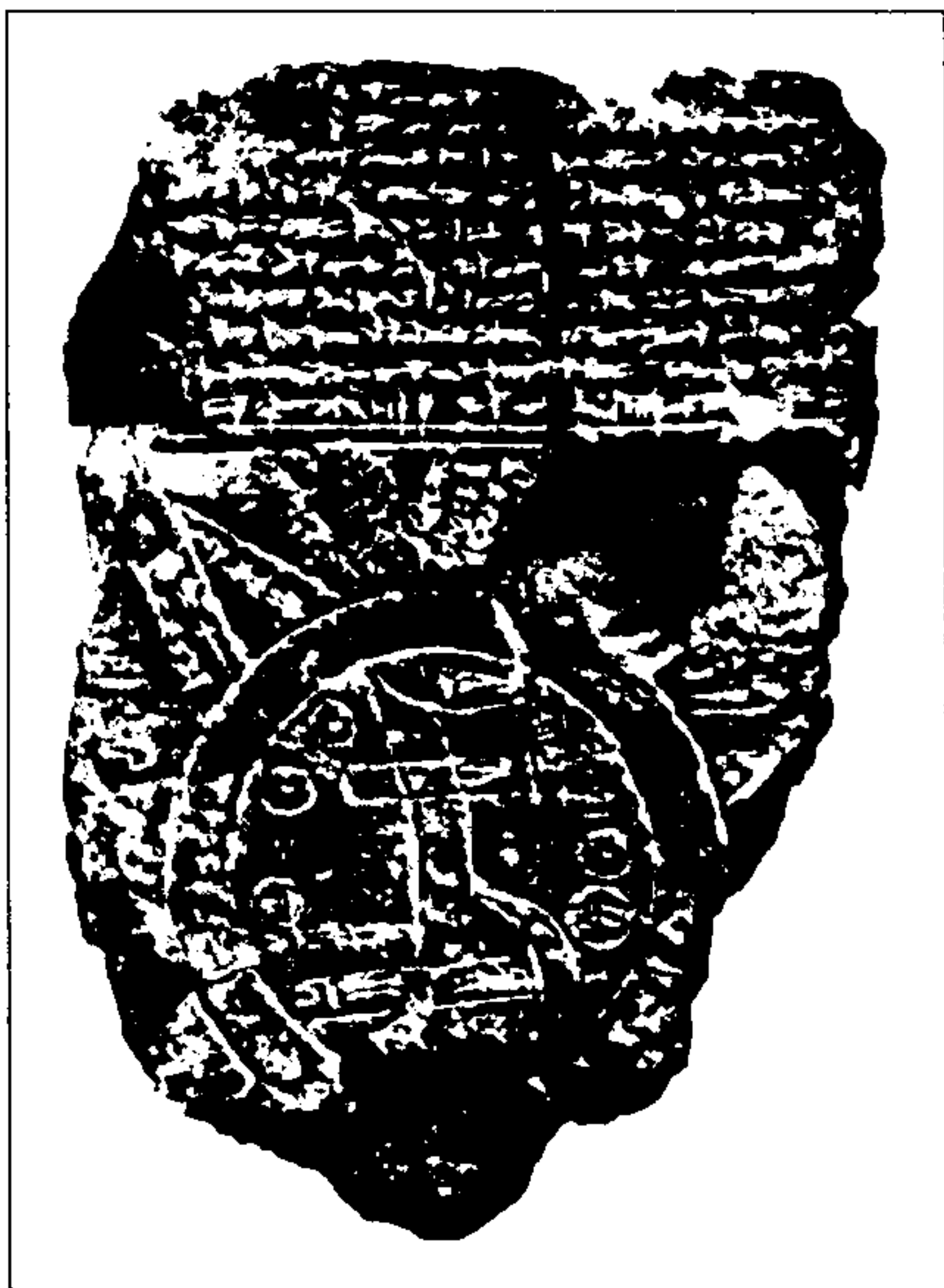


Figura 10

Al igual que en el relato bíblico, en las versiones mesopotámicas (más antiguas) también se dice que este intento de crear unas instalaciones espaciales se quedó en nada. Aunque fragmentados, los textos mesopotámicos (que George Smith tradujera en 1876) dejan claro que la acción de Marduk enfureció a Enlil, que «en su cólera, dio la orden» de atacar por la noche y destruir la torre.

Los registros egipcios dan cuenta de un período caótico que duró 350 años, y que precedió al inicio de la realeza faraónica en Egipto, hacia 3110 a. C. Es este marco temporal el que nos lleva a fechar el incidente de la Torre de Babel en torno a 3460 a. C., pues el fin de aquel período caótico marcó el regreso de Marduk/Ra a Egipto, la expulsión de Thot y el inicio del culto a Ra.

Aunque frustrado en esta ocasión, Marduk jamás cedería en sus intentos por controlar las instalaciones espaciales oficiales que servían de enlace Cielo-Tierra, el vínculo entre Nibiru y la Tierra, ni tampoco en sus intentos por levantar sus propias instalaciones. Y puesto que, finalmente, Marduk alcanzó su objetivo en Babilonia, la pregunta que surge es: ¿Por qué no lo consiguió en 3460 a. C.? Y la respuesta, igualmente interesante, es: porque era una cuestión de tiempo.

Existe un texto bien conocido en el que se da cuenta de una conversación entre Marduk y su padre, Enki, en la cual un descorazonado Marduk le pregunta a su padre qué es lo que no ha conseguido aprender. Y la respuesta es que lo que no ha hecho ha sido tener en cuenta el detalle de que, en aquel momento, el tiempo celestial era el correspondiente a la era del Toro, la era de Enlil.



Entre las miles de tablillas inscritas de la antigüedad que se han desenterrado en Oriente Próximo, hay muchas que ofrecen información sobre los meses asociados con cada una de las deidades. En un complejo calendario que comenzó en Nippur en el año 3760 a. C., el primer mes, *Nissanu*, era el EZEN (tiempo de celebración) de Anu y Enlil (en un año bisiesto, con un decimotercer mes lunar, el honor se repartía entre ambos). La lista de «honrados» cambió con el paso del tiempo, del mismo modo que cambiaba la composición de los miembros del supremo panteón de los doce. Las asociaciones mensuales también cambiaban localmente, no sólo en los distintos países, sino también para reconocer al dios de una ciudad. Sabemos, por ejemplo,

que el planeta al que llamamos Venus estuvo originalmente asociado a Ninmah, y posteriormente a Inanna/Ishtar.

Aunque tales cambios hacen dificultosa la identificación de quién estaba vinculado con qué en los cielos, se pueden inferir algunas asociaciones zodiacales a partir de textos o de dibujos. Enki (llamado al principio E.A, «Aquel cuyo hogar es el agua») estaba claramente asociado con el aguador, Acuario (fig. 11), e inicialmente, si no de forma permanente, también con los peces, Piscis. La constelación de los gemelos, Géminis, recibió sin duda este nombre en honor de los únicos gemelos divinos (que se sepa) nacidos en la Tierra, los hijos de Nannar/Sin: Utu/Shamash e Inanna/Ishtar. La constelación femenina de Virgo (la doncella, en vez del inexacto Virgo) que, como el planeta Venus, probablemente se le llamó así en un principio en honor a Ninmah, se rebautizó como AB.SIN, «Aquella cuyo padre es Sin», que sólo podía atribuirse a Inanna/Ishtar. El arquero o defensor, Sagitario, encajaría en los numerosos textos e himnos en los que se ensalzaba a Ninurta como el arquero divino, el guerrero y defensor de su padre. Sippar, la ciudad de Utu/Shamash, que después del Diluvio dejaría de ser el emplazamiento del espaciopuerto, se tenía en tiempos sumerios como el centro de la ley y la justicia, y a su dios se le tenía (incluso más tarde, entre los babilonios) como al jefe de justicia del país; es seguro que la balanza de la justicia, Libra, representaba la constelación de este dios.

Y por otra parte estaban los apodos en los que se equiparaban las proezas, la fuerza o las características de un dios con un animal temible; el de Enlil, como reiteran una y otra vez los textos, era el *Toro*, y



Figura 11

se le representaba así en sellos cilíndricos, en tablillas astronómicas y en el arte. Algunos de los más hermosos objetos artísticos descubiertos en las tumbas reales de Ur eran cabezas de toro esculpidas en bronce, plata y oro, y adornadas con piedras semipreciosas. Sin duda alguna, la constelación del Toro, Tauro, honraba y simbolizaba a Enlil. Su nombre, GUD.ANNA, significaba el «Toro del Cielo», y los textos en los que se habla de un verdadero «Toro del Cielo» relacionaban a Enlil y a su constelación con uno de los lugares más singulares de la Tierra.

Era un lugar al que llamaban el Lugar de Aterrizaje, y hay allí una de las más asombrosas construcciones de la Tierra, que aún sigue en pie, con una torre de piedra que llegaba a los cielos.

Muchos textos de la antigüedad, incluida la Biblia hebrea, describen o hacen referencia a un bosque singular de altos y enormes cedros que se elevan en el Líbano. En tiempos antiguos, aquel bosque se extendía kilómetros y kilómetros, rodeando un lugar único: *una inmensa plataforma de piedra que habían construido los dioses y que había sido su primera instalación espacial en la Tierra*, antes de que se creara el resto de centros y el verdadero espaciopuerto. Fue, según dicen los textos sumerios, la única construcción que sobrevivió al Diluvio; y bien pudo servir, justo después del desastre, como base de operaciones de los anunnaki; desde allí devolverían la vida a las devastadas tierras, con nuevas cosechas y animales domésticos. Este lugar, llamado «el Lugar de Aterrizaje» en *La epopeya de Gilgamesh*, había sido el destino de este rey en su búsqueda de la inmortalidad. En el relato épico se nos dice que era allí, en el sagrado bosque de cedros, donde Enlil guardaba el GUD.ANNA, el «Toro del Cielo», el símbolo de la era del Toro de Enlil.

Y lo que sucedió allí, en el bosque sagrado, tuvo mucho que ver con el curso que tomarían posteriormente los acontecimientos de dioses y hombres.

En el relato épico se nos dice que el viaje hasta el bosque de cedros y el Lugar de Aterrizaje comenzó en Uruk, la ciudad que Anu le había dado como presente a Inanna (nombre que significa «Amada de Anu»). Su rey, a principios del tercer milenio a. C., era *Gilgamesh* (fig. 12). No era un hombre ordinario, pues su madre era la diosa Ninsun, que pertenecía a la familia de Enlil. Aquello hacía que Gilgamesh no fuera un mero *semidiós*, sino alguien que tenía «*dos terceras partes* divinas». Cuando Gilgamesh entró en la madurez y se puso a reflexionar sobre cuestiones de vida y muerte, se le ocurrió

que ser divino en dos terceras partes tenía que suponer alguna diferencia; ¿por qué tenía él que «mirar por encima del muro» como cualquier otro mortal?, le preguntó a su madre. Ella le dio la razón, pero le dijo que la aparente inmortalidad de los dioses era, en realidad, una longevidad debida al largo período orbital de su planeta. Para conseguir tal longevidad, tendría que reunirse con los dioses en Nibiru; y, para ello, tendría que ir hasta el lugar donde las naves espaciales ascendían y descendían.



Figura 12

Aunque advertido de los peligros del viaje, Gilgamesh estaba decidido a ir. Si fracasó, dijo, al menos se me recordará como a aquel que lo intentó. Ante la insistencia de su madre, accedió a llevar con él a un doble artificial, Enkidu (ENKI.DU, que significaba «Por Enki hecho»), como compañero y guardián. Las aventuras de ambos, contadas y recontadas en las doce tablillas de la epopeya y en sus muchas versiones de la antigüedad, se pueden seguir en nuestro libro *La escalera al cielo*.* En realidad, hubo no uno, sino dos viajes (fig. 13): uno fue hasta el Lugar de Aterrizaje, en el Bosque de los Cedros; el otro hasta el espaciopuerto de la península del Sinaí, donde, según las representaciones egipcias (fig. 14), había cohetes emplazados en silos subterráneos.

* Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2002.

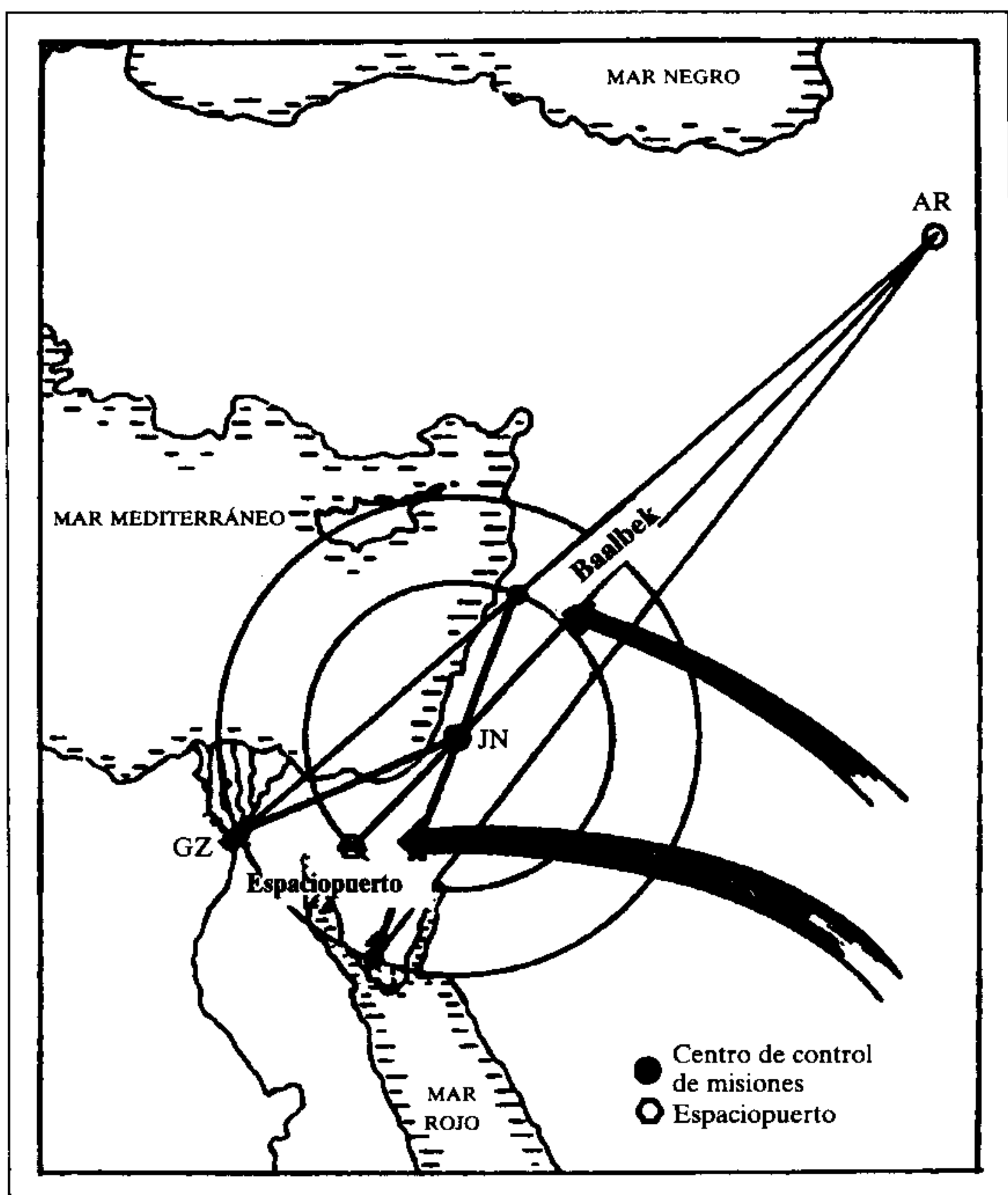


Figura 13

En el primer viaje (al Bosque de los Cedros, en el Líbano), hacia 2860 a. C., Gilgamesh y Enkidu recibieron la ayuda del dios Shamash, padrino de Gilgamesh, y la ida fue relativamente rápida y fácil. Después de llegar al bosque, *presenciaron durante la noche el lanzamiento de un cohete*. Así es como lo describió Gilgamesh:

¡La visión que tuve fue completamente aterradora!
Los cielos gritaron, la tierra tronó;

se fue la luz del día, llegó la oscuridad.
Un relámpago brilló, una llama se encendió.
Las nubes se hincharon, ¡llovió muerte!
Después, el fulgor se desvaneció; el fuego se apagó.
Y todo lo que había caído se había convertido en cenizas.

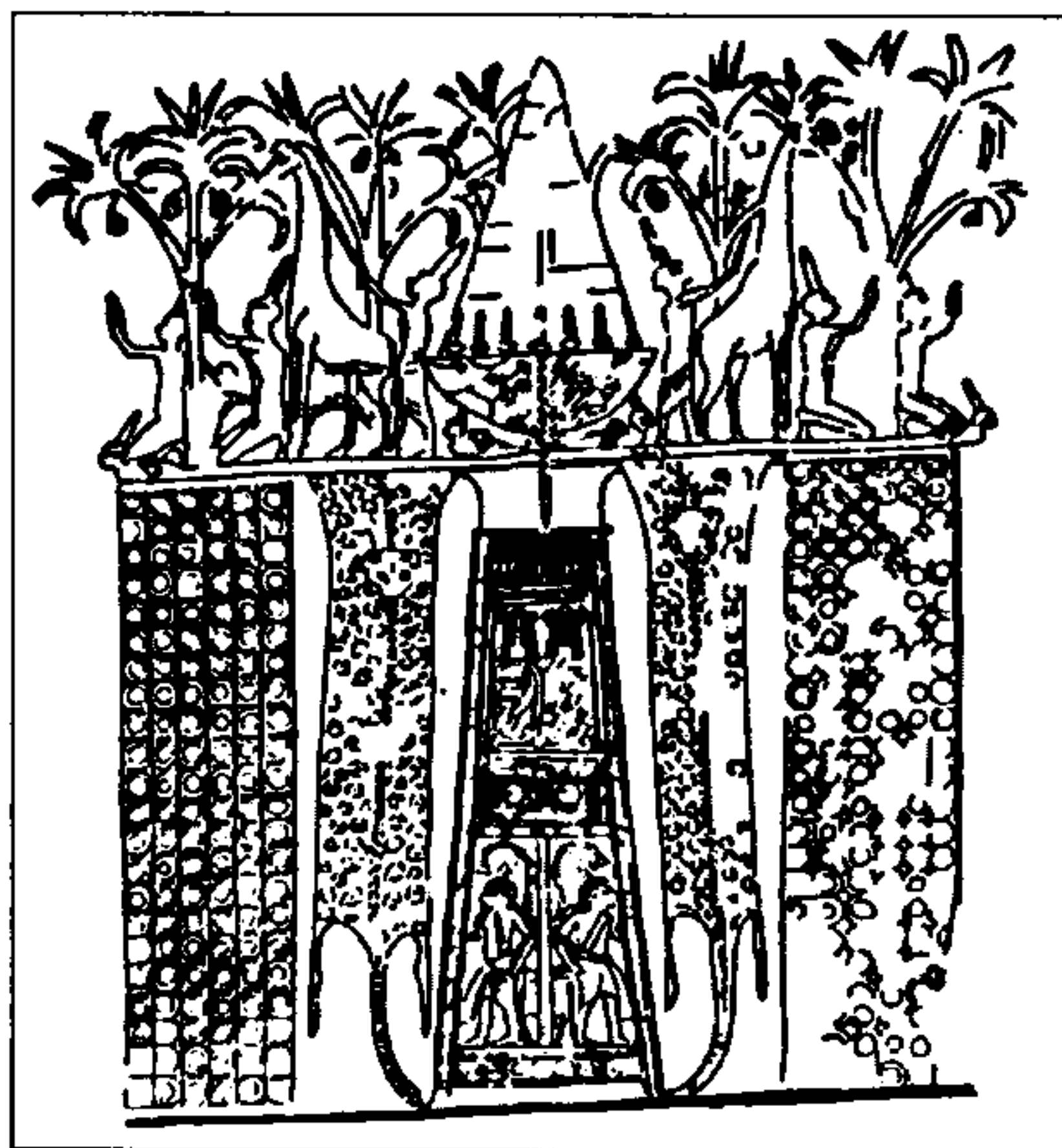


Figura 14

Aterrados, pero sin dejarse disuadir, Gilgamesh y Enkidu descubrieron al día siguiente la entrada secreta que habían utilizado los anunnaki; pero en cuanto entraron, fueron atacados por un guardián parecido a un robot, armado con rayos de muerte y un fuego giratorio. Se las ingenieron para destruir al monstruo y, luego, se relajaron junto a un arroyo, pensando que el camino estaba ya libre. Pero, cuando se aventuraron en lo más profundo del Bosque de Cedros, apareció un nuevo desafío: *el Toro del Cielo*.

Desgraciadamente, la sexta tablilla de la epopeya está demasiado deteriorada como para que se puedan leer bien las líneas en las que se describe a la criatura y la batalla mantenida con ella. Las partes legibles dejan claro que los dos camaradas huyeron para salvar la vida, mientras el Toro del Cielo les perseguía durante todo el viaje de

regreso hasta Uruk; y, ya en Uruk, Enkidu se las ingenió para matar al monstruo.

El texto se vuelve a hacer legible donde Gilgamesh, alardeando, le corta el muslo al toro, y «llamó a los artesanos y a los armeros» de Uruk para que admiraran los cuernos del toro. El texto sugiere que eran *artificiales*, «fundidos con treinta minas* de lapislázuli, recubiertos con una capa de dos dedos de espesor».

Hasta que no se descubra otra tablilla con las líneas ilegibles intactas, no podremos estar seguros de si el símbolo celeste de Enlil en el Bosque de Cedros era un toro de verdad, especialmente seleccionado, decorado y embellecido con oro y piedras preciosas, o era una criatura robótica, un monstruo artificial. Lo que sí que sabemos con certeza es que, al matarlo, «Ishtar, en su morada, elevó un lamento» hasta Anu, en los cielos. El asunto era tan grave que Anu, Enlil, Enki y Shamash se reunieron en consejo divino para juzgar a los camaradas (aunque, al final, sólo sería castigado Enkidu) y para pensar en las consecuencias de la muerte del toro.

La ambiciosa Inanna/Ishtar tenía ciertamente una razón para elevar sus lamentos: la invulnerabilidad de la era de Enlil se había roto, y la era en sí se había acortado al cercenársele el muslo al toro. Sabemos por fuentes egipcias, entre las que hay representaciones pictóricas en papiros astronómicos (fig. 15), que el simbolismo de la muerte del toro no le pasó por alto a Marduk, que entendió con ello que, también en los cielos, la era de Enlil se había acortado.

Los enlilitas no se tomaron a la ligera el intento de Marduk de crear unas instalaciones espaciales alternativas; las evidencias sugie-



Figura 15

* N.del T: La mina era una antigua unidad de peso griega.

ren que Enlil y Ninurta estaban preocupados con la creación de sus propias instalaciones espaciales en el otro extremo de la Tierra, en las Américas, cerca de las fuentes de oro posdiluvianas.

Esta ausencia, junto con el incidente del Toro del Cielo, trajo un período de inestabilidad y de confusión en el corazón de Mesopotamia, que se vio sometido a incursiones bélicas de los países vecinos. Los gutios, y luego los elamitas, llegaron desde el este, y pueblos de lengua semita acudieron desde el oeste. Pero, mientras los del este adoraban a los mismos dioses enlilitas que los sumerios, los *amurru* («occidentales») eran diferentes. A lo largo de las costas del «mar Superior» (el Mediterráneo), en las tierras de los cananeos, la gente daba culto a los dioses enkiitas de Egipto.

Ahí se encuentran las semillas (quizás hasta nuestros días) de las guerras santas emprendidas «*en nombre de Dios*», si bien no era un único dios, puesto que diferentes pueblos tenían diferentes dioses nacionales...

Inanna tuvo una brillante idea, que quizás pudiera describirse como «si no puedes luchar contra ellos, invítalos a entrar». Un día, mientras deambulaba por entre las nubes en su Cámara Celeste (acaeció hacia 2360 a. C.), aterrizó en un jardín, junto a un hombre dormido del que acabó encaprichándose. A Inanna le gustaba el sexo, y le gustaba aquel hombre. Era un occidental, pues hablaba una lengua semita. Como escribiría éste posteriormente en sus memorias, él no sabía quién había sido su padre, pero sabía que su madre era una *Entu*, una sacerdotisa de dios, que lo depositó en una cesta de mimbre en las aguas de un río, llegando así al jardín que cuidaba Akki, el Irrigador, el cual le crió como si de su propio hijo se tratara.

- La posibilidad de que este hombre fuerte y hermoso pudiera ser el hijo no reconocido de un dios fue suficiente para que Inanna recomendara al resto de dioses que fuera él, ese *amurru*, el próximo rey del país. Cuando accedieron a sus pretensiones, Inanna le concedió el nombre-epíteto de *Sharru-kin*, el antiguo título de los reyes sumerios. Al no proceder de ningún linaje real sumerio reconocido con anterioridad, no podía ascender al trono en ninguna de las capitales antiguas, por lo que se construyó una nueva ciudad para que fuera su capital. Se la llamó *Agadé*, «Ciudad Unión». En los libros de texto llaman a este rey Sargón de Acad, y a su lengua semita se la denomina acadia. Su reino, que añadió al antiguo Sumer nuevas provincias en el norte y en el noroeste, se le llamó *Sumer y Acad*.

Sargón no perdió el tiempo en llevar a cabo la misión para la cual había sido seleccionado: poner bajo control los «países rebeldes». En los himnos dedicados a Inanna, que a partir de entonces sería conocida por su nombre acadio, *Ishtar*, dicen que la diosa le dijo a Sargón que sería recordado «por la destrucción del país rebelde, masacrando a su pueblo, haciendo que en sus ríos corriera la sangre». Las expediciones militares de Sargón quedaron registradas y fueron glorificadas en sus propios anales reales; sus logros se resumieron en *La crónica de Sargón* así:

Sharru-kin, rey de Agadé,
ascendió al poder en la era de Ishtar.
No dejó rival ni oponente.
Extendió el miedo y el terror en todas las tierras.
Cruzó el mar en el este,
conquistó el país del oeste
en toda su extensión.

Este alarde da a entender que el sagrado emplazamiento espacial, el Lugar de Aterrizaje, que se encontraba bien entrado en «el país del oeste», fue capturado y conservado en nombre de Inanna/Ishtar; pero no sin oposición. Hasta los textos escritos para glorificar a Sargón afirman que «en su ancianidad, todas las provincias se sublevaron contra él». Los anales contrarios, en donde se registran los acontecimientos desde el punto de vista de Marduk, revelan que éste dirigió una contraofensiva de castigo:

Debido al sacrilegio perpetrado por Sargón,
el gran dios Marduk se enfureció...
De este a oeste enfrentó al pueblo contra Sargón,
y lo castigó con la aflicción de no encontrar jamás descanso.

Hay que destacar que el alcance de las conquistas de Sargón sólo incluyó a uno de los cuatro emplazamientos espaciales posdiluvianos, sólo el Lugar de Aterrizaje, en el Bosque de Cedros (véase la fig. 3). A Sargón le sucedieron brevemente en el trono de Sumer y Acad sus dos hijos, pero su verdadero sucesor, tanto en espíritu como en hechos, fue su nieto Naram-Sin. Su nombre significa «el favorito de Sin», pero los anales y las inscripciones relativas a su reinado y sus campañas militares indican que fue, en realidad, el favorito de Ishtar. Los textos y las representaciones indican que Ishtar animó al rey a buscar

la grandeza mediante la incesante conquista y destrucción de los enemigos de la diosa, que llegó incluso a ayudarle activamente en el campo de batalla. Las representaciones de la diosa, que solían mostrarla como una seductora diosa del amor, la muestran en esta época como una diosa de la guerra, armada hasta los dientes (fig. 16).



Figura 16

Pero la guerra no se hizo sin un plan previo, un plan para contrarrestar las ambiciones de Marduk, capturando *todos* los emplazamientos espaciales en nombre de Inanna/Ishtar. Las listas de las ciudades capturadas o sometidas a Naram-Sin indican que no sólo llegó al mar Mediterráneo (asegurándose el control del Lugar de Aterrizaje), sino que también se volvió hacia el sur para invadir Egipto. No había precedentes de una invasión así en los dominios enkiitas, que pudo ocurrir, según revela una atenta lectura de los registros, porque Inanna/Ishtar formó una impía alianza con Nergal, el hermano de Marduk casado con una hermana de Ishtar. Pero el ataque a Egipto requería también el paso a través de la región sagrada neutral de la península del Sinaí, donde estaba situado el espaciopuerto, otra ruptura del antiguo tratado de paz. Presuntuosamente, Naram-Sin se otorgó a sí mismo el título de «rey de las cuatro regiones»...

Nos podemos imaginar las protestas de Enki. También podemos leer textos en los que se conservan las advertencias de Marduk. Aquello era más de lo que ni siquiera los líderes enlilitas podían tolerar. En un extenso texto conocido como *La maldición de Agadé*, que cuenta la historia de la dinastía acadia, se dice con toda claridad que el fin de esta dinastía acaeció «después de que Enlil frunciera el ceño».

Y así, «la palabra del Ekur» (la decisión de Enlil desde su templo de Nippur) estableció que se le pusiera fin: «La palabra del Ekur cayó sobre Agadé» para que fuera destruida y borrada de la faz de la Tierra. El fin de Naram-Sin tuvo lugar hacia 2260 a. C.; los textos de la época cuentan que los instrumentos de la cólera divina fueron las tropas del territorio del este, los llamados gutios, leales a Ninurta. Agadé nunca fue reconstruida, nunca volvió a ser poblada; de hecho, nunca se ha encontrado la ciudad real.

La saga de Gilgamesh a comienzos del tercer milenio a. C., y las incursiones militares de los reyes acadios cerca del fin de ese milenio, nos proporcionan un claro trasfondo para los acontecimientos de aquel milenio: los objetivos eran los emplazamientos espaciales. En el caso de Gilgamesh, para conseguir la longevidad de los dioses; en el caso de los reyes acadios, para que Ishtar alcanzara la supremacía.

Sin duda, fue el intento de Marduk de la Torre de Babel lo que puso el tema del control de los emplazamientos espaciales en el punto de mira de los asuntos de dioses y de hombres; y, como veremos, ese punto de mira dominaría gran parte (si no la mayor parte) de los acontecimientos que tendrían lugar después.

La fase acadia de la guerra y la paz en la Tierra no estuvo exenta de aspectos celestes o «mesiánicos».

En las crónicas de Sargón, varios títulos seguían al título honorífico acostumbrado de «supervisor de Ishtar, rey de Kish, gran Ensi de Enlil», pues Sargón también se llamó a sí mismo «*sacerdote ungido de Anu*». Era la primera vez que estar divinamente *ungido* (que es lo que significa literalmente «mesías») aparecía en las inscripciones de la antigüedad.

Marduk, en sus declaraciones, advertía de la inminencia de desastres y fenómenos cósmicos:

El día se volverá oscuridad,
las corrientes de las aguas de los ríos se sumirán en el desconcierto,
las tierras quedarán yermas,
se hará perecer a la gente.

Echando la vista atrás, recordando profecías bíblicas similares, queda claro que en vísperas del siglo XXI a. C., dioses y hombres esperaban la llegada de una época apocalíptica.

3

•

PROFECÍAS EGIPCIAS, DESTINOS HUMANOS

En los anales del Hombre en la Tierra, el siglo XXI a. C. vio en el Oriente Próximo de la antigüedad uno de los capítulos más gloriosos de la civilización, conocido como el período de Ur III. Pero fue, al mismo tiempo, un período de lo más difícil y demoledor, pues presencié el fin de Sumer bajo una fatídica nube nuclear. Y, después de eso, ya nada volvió a ser igual.

Como veremos, aquellos trascendentales acontecimientos fueron también el origen de las manifestaciones mesiánicas que tomarían como centro Jerusalén cuando el a. C. se convirtió en d. C., alrededor de veintiún siglos después.

Como ocurre con todos los acontecimientos históricos, los eventos de aquel memorable siglo tuvieron su origen en lo que había sucedido anteriormente. De ahí que el año 2160 a. C. merezca ser recordado. Los anales de Sumer y Acad de aquella época dan cuenta de un importante cambio en la política de los dioses enlilitas. En Egipto, esta fecha marcó el comienzo de unos cambios de gran importancia política y religiosa, y lo que sucedió en ambas zonas vino a coincidir con una nueva fase en la campaña de Marduk por alcanzar la supremacía. De hecho, fueron las maniobras estratégicas ajedrecísticas de Marduk y sus movimientos geográficos de un lugar a otro los que marcaron el orden del día de la «partida de ajedrez divina» de aquella era. Los movimientos de Marduk comenzaron con su partida de Egipto para convertirse (a ojos de los egipcios) en *Amón* (también escrito *Amún* o *Amén*), «el Invisible».

Los egiptólogos consideran que la fecha de 2160 a. C. marca el comienzo de lo que se conoce como el Primer Período Intermedio, un intervalo caótico entre el fin del Imperio Antiguo y el inicio dinástico del Imperio Medio. Durante los mil años del Imperio Antiguo, cuando la capital política y religiosa era Menfis, en el Egipto Medio,

los egipcios daban culto al panteón de Ptah, y levantaron monumentales templos dedicados a él, a su hijo Ra y a sus divinos sucesores. Las afamadas inscripciones de los faraones de Menfis glorificaban a los dioses y prometían la otra vida a los reyes. Sustituyendo a los dioses en el gobierno de la nación, estos faraones portaban la doble corona del Alto (meridional) y el Bajo (septentrional) Egipto, lo que daba a entender la unificación, no sólo administrativa, sino también religiosa de las Dos Tierras, unificación alcanzada cuando Horus derrotó a Set en su contienda por el legado de Ptah/Ra. Pero luego, en el año 2160 a. C., esa unidad y esa certidumbre religiosa se desmoronaron.

La confusión llevó a la ruptura de la unión, al abandono de la capital, a los ataques de los príncipes tebanos desde el sur para lograr el control, a incursiones de ejércitos extranjeros, a la profanación de templos, al colapso de la ley y el orden, y a sequías, hambrunas y revueltas por falta de alimentos. Las circunstancias vividas entonces se recuerdan en un papiro conocido como *Las admoniciones de Ipuwer*, un extenso texto jeroglífico que consta de varias secciones, en las cuales se detallan calamidades y tribulaciones, echándole la culpa de todo a un impío enemigo por sus fechorías religiosas y sus maldades sociales, e instando a la gente a arrepentirse y a volver a los ritos religiosos. El papiro se cierra con una sección en la que se describe la *llegada de un redentor* y otra en la que ensalza los tiempos ideales que le seguirán.

En su comienzo, este texto describe el desmoronamiento de la ley y el orden, así como el colapso de la sociedad, una situación en la cual «los guardianes de las puertas se entregan al pillaje, el lavandero se niega a llevar su carga... y hay robos por todas partes... un hombre ve a su hijo como a un enemigo». Aunque el Nilo inunda e irriga la tierra, «nadie labra... el cereal se pierde... los almacenes están vacíos... hay polvo por toda la tierra... el desierto se extiende... las mujeres se vuelven estériles, ninguna puede concebir... a los muertos se les arroja simplemente al río... el río es sangre». Los caminos no son seguros, el comercio ha desaparecido, ya no se cobran impuestos en las provincias del Alto Egipto; «hay una guerra civil... bárbaros de todas partes han venido a Egipto... todo está en la ruina».

Algunos egiptólogos creen que en el núcleo de estos acontecimientos subyace una simple rivalidad por las riquezas y el poder, un intento (exitoso finalmente) de los príncipes tebanos del sur por controlar y dominar todo el país. Posteriormente, los estudios han

vinculado el colapso del Imperio Antiguo con un «cambio climático», que socavó una sociedad fundamentada en la agricultura y que provocó escasez de alimentos y revueltas, agitaciones sociales y el colapso de la autoridad. Pero se le ha prestado poca atención a un cambio quizás más importante: en los textos, en los himnos, en los nombres honoríficos de los templos, ya no estaba Ra, sino que, a partir de entonces, Ra-Amón, o simplemente Amón, era quien recibía el culto; Ra se convirtió en Amón, Ra el Invisible, pues se había ido de Egipto.

Fue ciertamente un cambio religioso el que provocó el colapso político y social, según escribe el desconocido Ipuwer. Y nosotros creemos que el cambio que lo propició todo fue el de la transformación de Ra en Amón. Las agitaciones comenzaron con el colapso de la observancia religiosa, y se manifestaron en la profanación y el abandono de los templos, en los que «el lugar de los secretos ha quedado desnudo, los escritos del augusto recinto están esparcidos, los hombres vulgares los despedazan en las calles... la magia ha quedado al descubierto, y está a la vista de quien no la conoce». El símbolo sagrado de los dioses que ostentaba el rey en su corona, el Ureus (la Serpiente Divina), «se desprecia en rebeldía... las fechas religiosas se alteran... a los sacerdotes se les detiene de forma impropia».

Después de instar al pueblo al arrepentimiento, a ofrecer incienso en los templos... a mantener las ofrendas a los dioses», el papiro insta a los arrepentidos a *bautizarse*, a «recordar sumergirse». Más adelante, las palabras del papiro se hacen proféticas: en un pasaje que hasta los egiptólogos califican de «verdaderamente mesiánico», el autor habla de «un tiempo que vendrá» cuando aparezca un anónimo *salvador* (un «rey-dios»). Comenzando con unos pocos seguidores suyos, los hombres dirán:

•
Él trae frescura a los corazones,
él es pastor de todos los hombres.
Aunque sus rebaños sean pequeños,
se pasará los días cuidando de ellos...
Luego, destruirá el mal,
alargará su brazo contra él.

«La gente preguntará: “¿Y dónde está hoy? ¿Es que está durmiendo? ¿Por qué no se ve su poder?”», escribe Ipuwer, y responde, «Mirad, la gloria de esto no puede ser vista, [pero] la Autoridad, la Percepción y la Justicia están con él».

Esos tiempos ideales, afirma Ipuwer en su profecía, vendrán precedidos por sus propios dolores de parto mesiánicos: «La confusión reinará en toda la Tierra, en tumultuoso ruido uno matará al otro, muchos matarán a unos pocos». La gente preguntará: «¿Es que el Pastor desea la muerte?». No, respondió él, «es la tierra la que ordena la muerte», pero tras unos años de conflictos, prevalecerá el culto justo y adecuado. Esto fue, concluye el papiro, «lo que Ipuwer dijo cuando respondió a la majestad del Señor-Todo».

Pero, por si no fuera poco el asombro que provocan la descripción de los acontecimientos y las profecías mesiánicas, así como la elección de las palabras del autor de este antiguo papiro egipcio, aún hay más. Los expertos son conscientes de la existencia de otro texto profético/mesiánico que nos ha llegado desde el antiguo Egipto, pero creen que se escribió en realidad tras los acontecimientos y que sólo pretende ser profético por estar datado en una fecha anterior. Para ser más concretos, aunque el texto pretende vincular unas profecías realizadas en tiempos de Sneferu, un faraón de la dinastía IV (en torno a 2600 a. C.), los egiptólogos creen que se escribió en realidad en la época de Amenemhet I, de la dinastía XII (en torno a 2000 a. C.), *tras* los acontecimientos que pretende profetizar. Aun así, las «profecías» sirven para confirmar los sucesos previos, pero muchos detalles de las predicciones, así como los términos que utiliza, sólo se pueden describir como de escalofrantes.

El texto pretende que estas profecías se las hizo al rey Sneferu un «gran sacerdote-vidente» llamado Nefer-rohu, «un hombre de clase, un escriba competente con sus dedos». Convocado por el rey para que le predijera el futuro, Nefer-rohu «extendió la mano para tomar la caja de los utensilios de escritura, sacó un rollo de papiro» y, luego, se puso a escribir lo que había visto de un modo muy similar al de Nostradamus:

Mirad, hay algo acerca de lo cual hablan los hombres;
es aterrador...
Lo que se hará nunca se hizo antes.
La Tierra está completamente destruida.
Las tierras arruinadas, no quedan restos.
La gente no puede ver la luz del sol,
nadie puede vivir con esas nubes que les cubren,
el viento del sur se opone al viento del norte.
Los ríos de Egipto están vacíos...
Ra debe establecer de nuevo los cimientos de la Tierra.

Antes de que Ra pueda restablecer «los cimientos de la Tierra», habrá invasiones, guerras, derramamientos de sangre. Luego, una nueva era de paz, de tranquilidad y de justicia seguirá. La traerá lo que hemos dado en llamar un salvador, un mesías:

Luego, he aquí que vendrá un soberano,
Ameni («El Desconocido»),
El Triunfante, se le llamará.
El Hijo-Hombre será su nombre por siempre jamás...
La fechoría será erradicada;
en su lugar vendrá la justicia;
la gente de su época se regocijará.

Es asombroso encontrar tales profecías mesiánicas de tiempos apocalípticos y el fin de la fechoría, que vendrán seguidos por la llegada (el retorno) de la paz y la justicia, en unos textos en papiro escritos hace unos 4.200 años; y resulta escalofriante encontrar en ellos una terminología que nos resulta familiar en el Nuevo Testamento, acerca de un desconocido, del Salvador Triunfante, el «Hijo-Hombre».

Como veremos, es un vínculo entre acontecimientos que parecen interconectados a lo largo de los milenios.

En Sumer, tras el fin de la era Sargónica de Ishtar, en 2260 a. C., vino un período de caos, de ocupación de tropas extranjeras, de profanación de templos y de confusión respecto a dónde debía estar la capital y quién debía ser el rey.

Durante un tiempo, el único refugio seguro en el país fue Lagash, el «centro de culto» de Ninurta, adonde no llegaron a entrar las tropas extranjeras gutias. Consciente de las implacables ambiciones de Marduk, Ninurta optó por reafirmar sus derechos al Rango del Cincuenta dando instrucciones al por entonces rey de Lagash, Gudea, para que erigiera un templo nuevo y diferente en el *Girsu* (el recinto sagrado) de la ciudad. Ninurta (llamado NIN.GIR.SU, «Señor del Girsu») ya tenía un templo aquí, así como un recinto especial para su «Pájaro Negro Divino», su máquina voladora. Sin embargo, la construcción del nuevo templo requería de un permiso especial de Enlil, que a su debido tiempo le fue concedido. Por las inscripciones sabemos que el nuevo templo debía de tener unas características especiales que lo relacionarían con los cielos, permitiendo determinadas observaciones celestes. A tal fin, Ninurta invitó a venir a Sumer al dios

Ningishzidda («Thot» en Egipto), el Arquitecto Divino, Custodio de los Secretos de las pirámides de Giza. El hecho de que Ningishzidda/Thot fuera el hermano de Marduk a quien éste forzó al exilio, en torno a 3100 a. C., no pasó inadvertido a nadie de los implicados...

De las sorprendentes circunstancias que rodearon el anuncio, la planificación, la construcción y la consagración del E.NINNU («Casa/Templo de los Cincuenta») se da cuenta con todo lujo de detalles en las inscripciones de Gudea, que se descubrieron en las ruinas de Lagash (un lugar llamado ahora Tello) y que se citan ampliamente en los libros de *Las crónicas de la Tierra*. Lo que emerge de estos detallados registros (inscritos en dos cilindros de arcilla con una clara escritura cuneiforme sumeria, fig. 17) es el hecho de que, desde el anuncio hasta la consagración, cada paso y cada detalle del nuevo templo vino dictado por aspectos celestes.

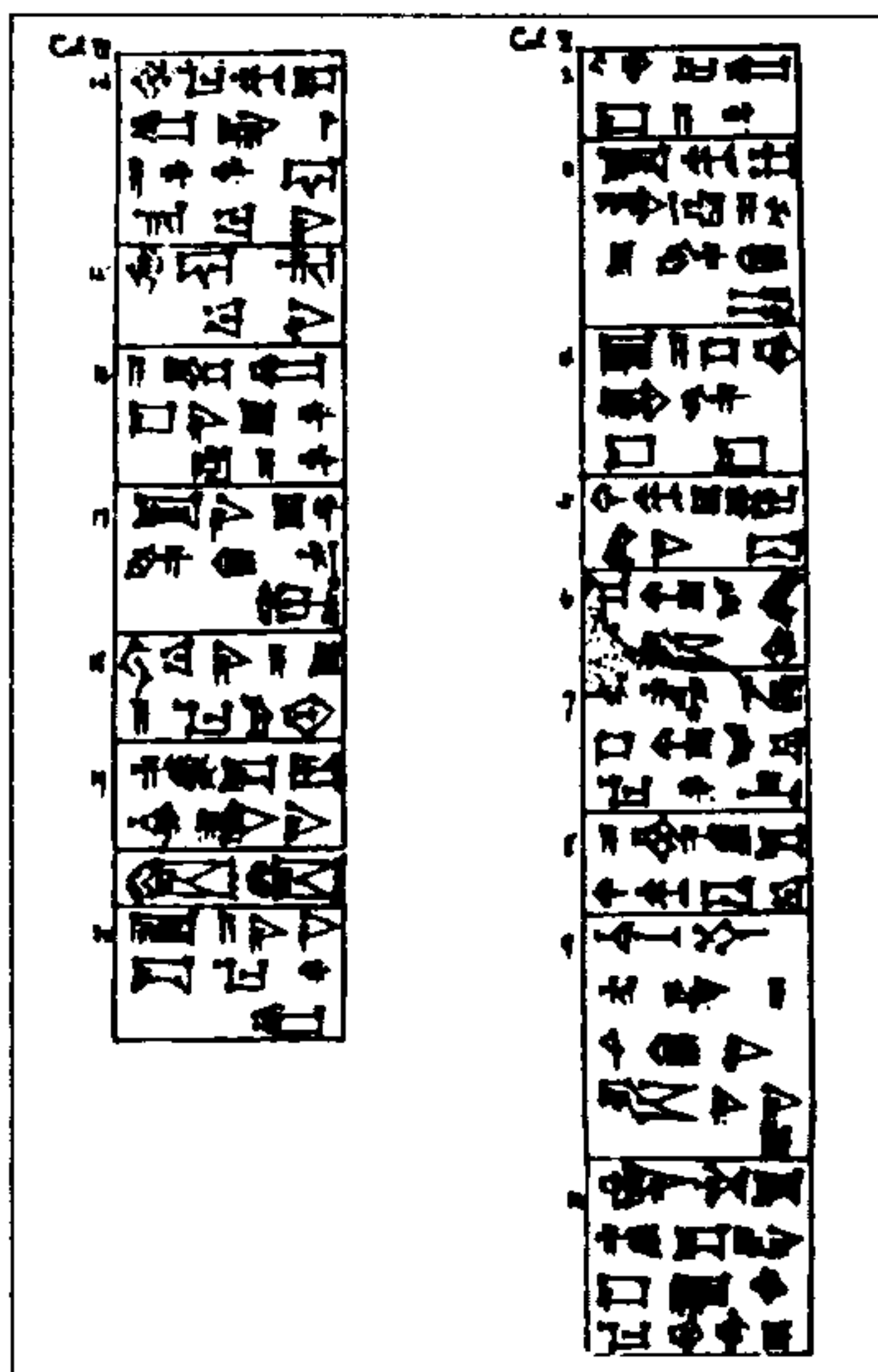


Figura 17

Estos aspectos celestes tan especiales tenían que ver con los detalles temporales de la construcción del templo: era el momento, como las líneas iniciales de las inscripciones declaran, en que «los destinos de la Tierra se determinan en los cielos»:

En el momento en que, en el cielo,
los destinos en la Tierra se determinen,
«Lagash levantará su cabeza hacia los cielos
de acuerdo con la Gran Tablilla de los Destinos»,
decidió Enlil en favor de Ninurta.

Ese momento especial en que los destinos de la Tierra se determinaban en los cielos era lo que hemos llamado el tiempo celeste, el reloj zodiacal. Y se hace evidente que tal estimación estaba relacionada con el día del equinoccio, si nos atenemos al resto del relato de Gudea, así como al nombre egipcio de Thot, *Tehuti, El Equilibrador* (del día y la noche), el que «Tira del Cordón» para orientar un nuevo templo. Tales consideraciones celestes dominaron el proyecto del Eninnu desde el principio hasta el final.

El relato de Gudea comienza con un sueño-visión que parece un episodio de la serie de televisión *Dimensión desconocida*. En los límites de la realidad,* pues, aunque los distintos dioses que aparecían en él habían desaparecido al despertar Gudea, ¡los distintos objetos que le mostraban en el sueño seguían estando a su lado físicamente!

En ese sueño-visión (el primero de una serie de sueños-visiones), aparecía el dios Ninurta al amanecer, y el Sol estaba alineado con el planeta Júpiter. El dios le decía a Gudea que había sido elegido para construir un nuevo templo. Después, aparecía la diosa Nisaba, que llevaba la imagen de la estructura de un templo sobre la cabeza; también llevaba en la mano una tablilla en la que se veía el cielo estrellado, mientras con un estilo señalaba «la constelación celeste favorable». Un tercer dios, Ningishzidda (es decir, Thot) llevaba una tablilla de lapislázuli, en la cual había dibujado un plano estructural; también llevaba un ladrillo de arcilla, un molde para hacer ladrillos y un cesto de carga de albañil.

Cuando Gudea despertó, los tres dioses se habían ido, ¡pero la tablilla arquitectónica permanecía en su regazo (fig. 18) y el ladrillo y el molde estaban a sus pies!

* El nombre original en inglés de la serie es *The Twilight Zone*.

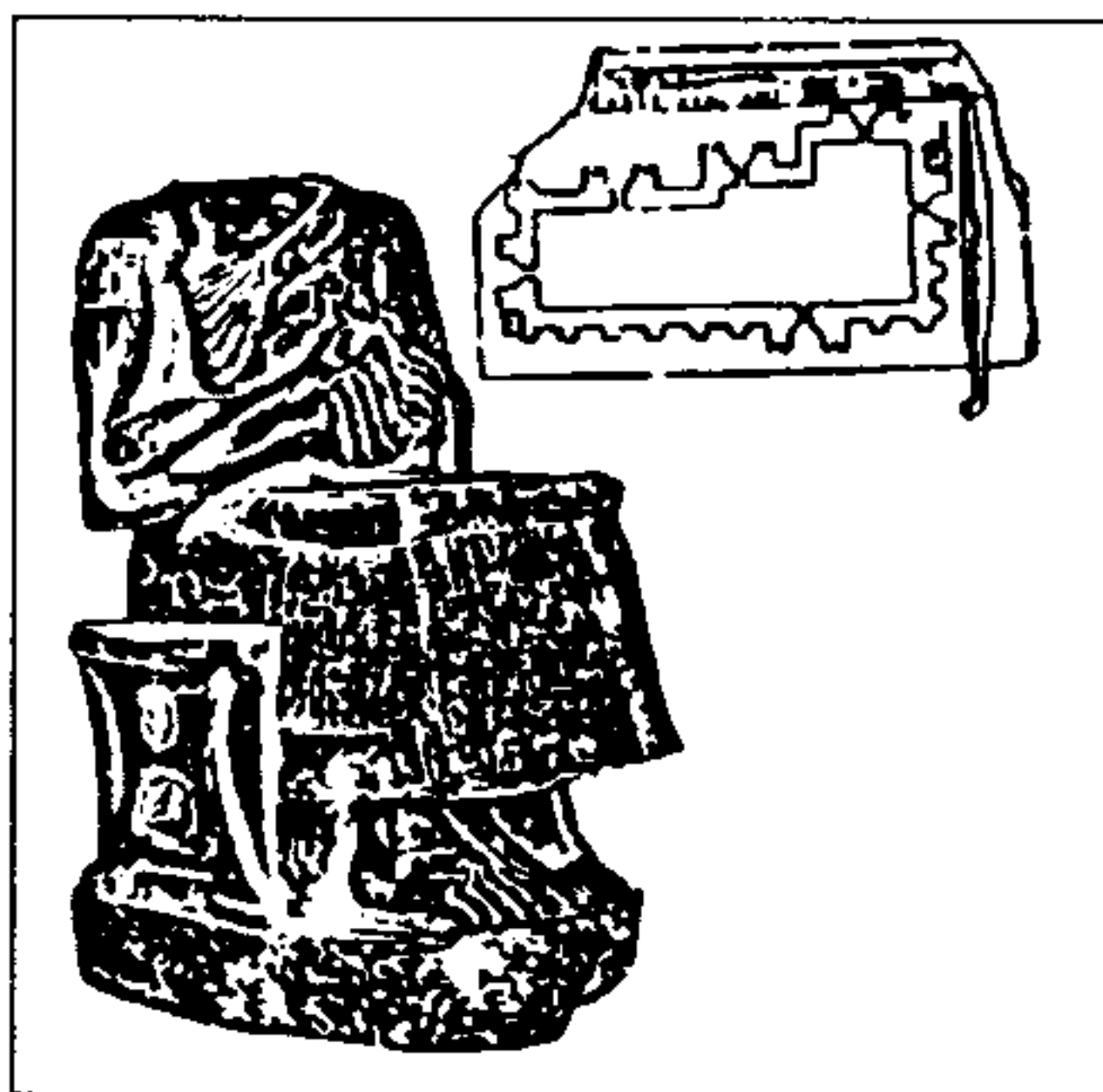


Figura 18

Gudea precisó de la ayuda de una diosa oracular y de dos sueños-visiones más para comprender el significado de todo aquello. En el tercer sueño-visión, se le hizo una demostración animada, casi holográfica, de la construcción del templo, comenzando con la alineación inicial con el punto celeste indicado, la puesta de los cimientos, la elaboración de ladrillos, etcétera; en definitiva, toda la construcción, paso a paso. Tanto el comienzo de la construcción como la ceremonia de consagración final debían realizarse cuando los dioses dieran la señal oportuna, en días específicos; y ambos eventos cayeron en el día de Año Nuevo, es decir, el día del equinoccio de primavera.

El templo «levantó su cabeza» con las acostumbradas siete alturas; pero, a diferencia del resto de zigurats sumerios, que tenían la cúspide plana, la cabeza de este zigurat tenía que terminar en punta, «con forma de cuerno» (¡Gudea tuvo que poner en la cima del templo un remate!). No se describe la forma que tuvo, pero probablemente, y a juzgar por la imagen sobre la cabeza de Nisaba, debió de tener forma de piramidió (a la manera de los remates de las pirámides egipcias (fig. 19). Además, en vez de dejar el enladrillado a la vista, como era costumbre, a Gudea se le pidió que recubriera la estructura con un revestimiento de piedra rojiza, aumentando así su similitud con una pirámide egipcia. «El aspecto externo del templo era como el de una montaña que se hubiera puesto allí.»

El propósito de una construcción como ésta, con el aspecto de una pirámide egipcia, queda claro en las propias palabras de Ninurta.

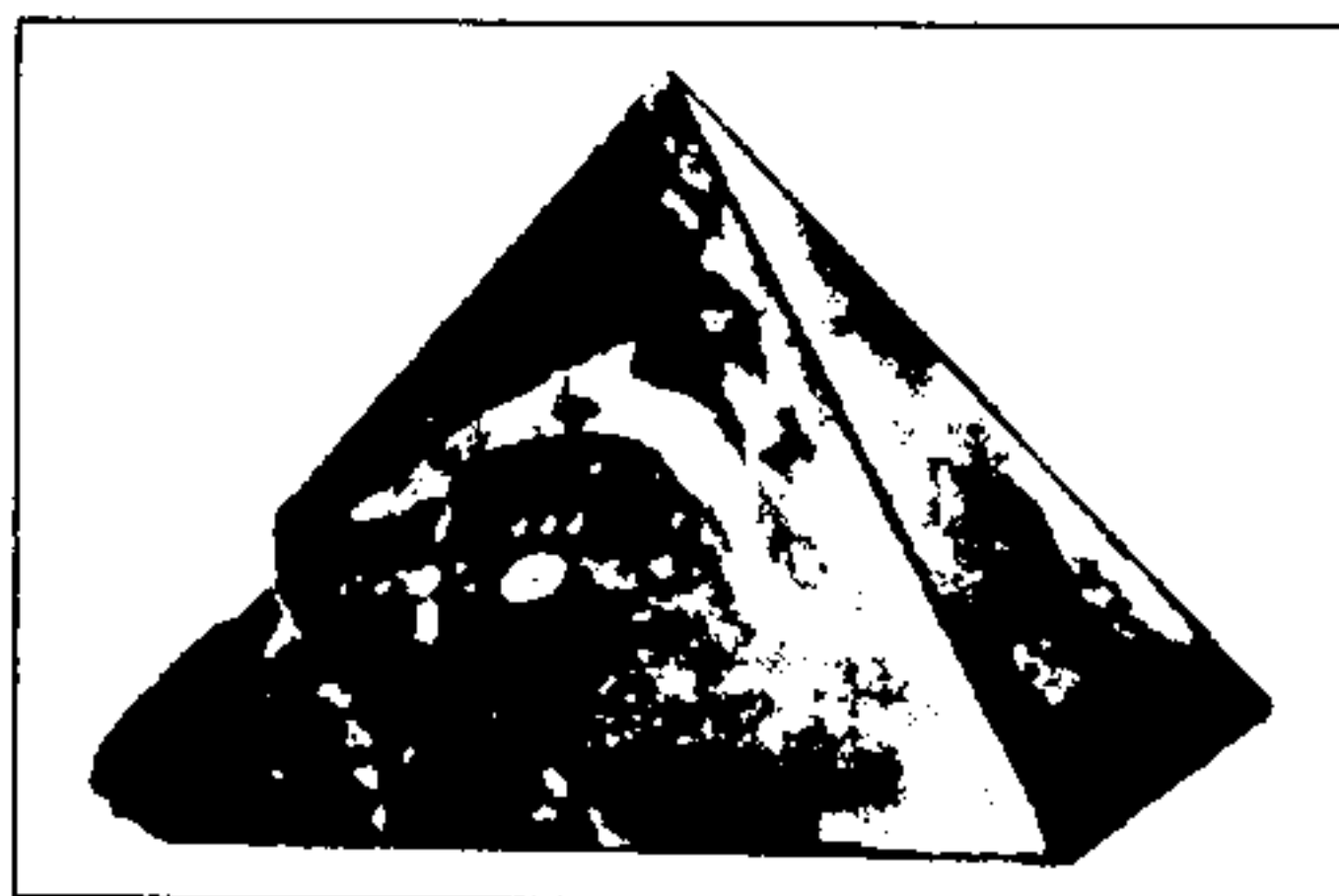


Figura 19

El nuevo templo, le dijo a Gudea, «se verá desde muy lejos; su aterradora visión llegará hasta los cielos; la adoración de mi templo se extenderá a todas las tierras, su nombre celestial se proclamará en todos los países, hasta los confines de la Tierra...

En Magan y Meluhla hará que la gente [diga]:
 Ningirsu [el «Señor del Girsu»],
 el Gran Héroe de las Tierras de Enlil,
 es un dios sin igual;
 él es el señor de toda la Tierra».

Magan y Meluhla eran los nombres sumerios de Egipto y de Nubia, las Dos Tierras de los dioses de Egipto. El Eninnu tenía por propósito establecer, incluso allí, en las tierras de Marduk, la superioridad del señorío de Ninurta: «un dios sin igual, el señor de toda la Tierra».

La proclamación de la supremacía de Ninurta (frente a la de Marduk) requería que el Eninnu tuviera unas características especiales. La entrada del zigurat debía apuntar al Sol exactamente en el este, en lugar de la orientación habitual, que era al noreste. En el nivel más alto del templo, Gudea tuvo que erigir un SHU.GA.LAM, «donde se anuncia el brillo, el lugar de la apertura, el lugar de la determinación», desde el cual Ninurta/Ningirsu podría ver «la repetición sobre las tierras». Se trataba de una cámara circular con doce posiciones, cada una de ellas marcada con un símbolo zodiacal, con una apertura para observar los cielos; es decir, *¡un antiguo planetario alineado a las constelaciones zodiacales!*

En el patio del templo, conectados a una avenida que daba a la salida del Sol, Gudea tuvo que erigir dos círculos de piedras, uno con seis

pilares de piedras y otro con siete, para observar los cielos. Dado que sólo se habla de una avenida, se supone que los círculos eran concéntricos, que uno estaba dentro del otro. A medida que se estudia cada frase, cada término y cada detalle estructural, a uno se le hace evidente que lo que se construyó en Lagash con la ayuda de Ningishzidda/ Thot fue un complejo, aunque práctico, observatorio de piedra, una parte del cual, dedicado enteramente a los signos del zodiaco, nos recuerda a otro muy parecido encontrado en Denderah, Egipto (fig. 20), mientras que el otro se utilizaba para observar las salidas y las puestas celestes, *¡un Stonehenge a orillas del río Éufrates!*

Al igual que Stonehenge, en las islas Británicas (fig. 21), lo construido en Lagash ofrecía señales de piedra para las observaciones

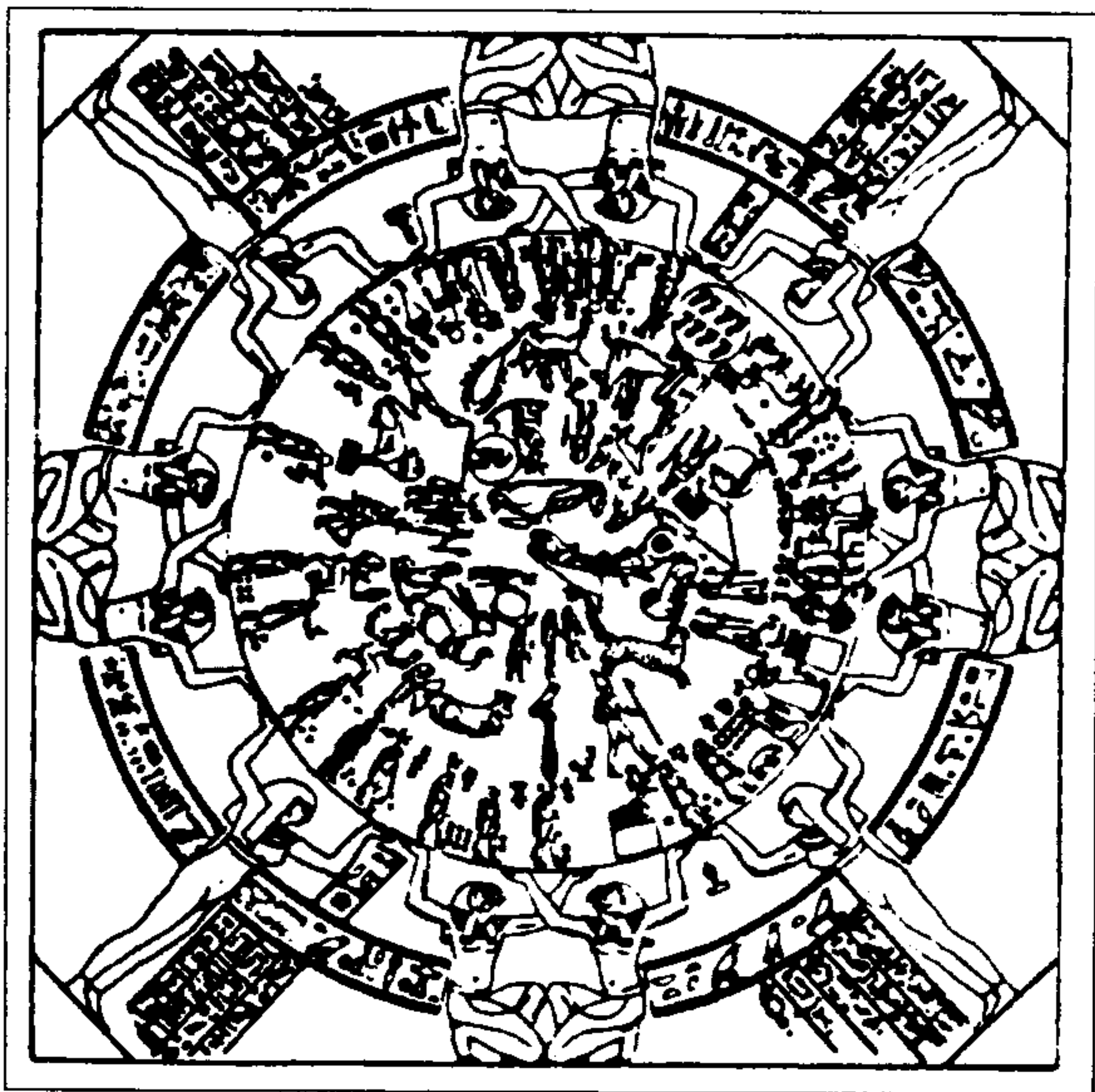


Figura 20

solares de los solsticios y los equinoccios, pero el principal rasgo externo era la creación de una línea de visión a partir de una piedra central, que pasaba después entre dos pilares de piedra, para bajar luego por la avenida hasta otra piedra. Esta línea de visión, exactamente orientada cuando se planificó, permitía determinar, en el momento de la salida helíaca, en qué constelación zodiacal aparecía el Sol. Y *ése era el principal objetivo de todo el complejo: determinar la era zodiacal a través de una observación precisa.*

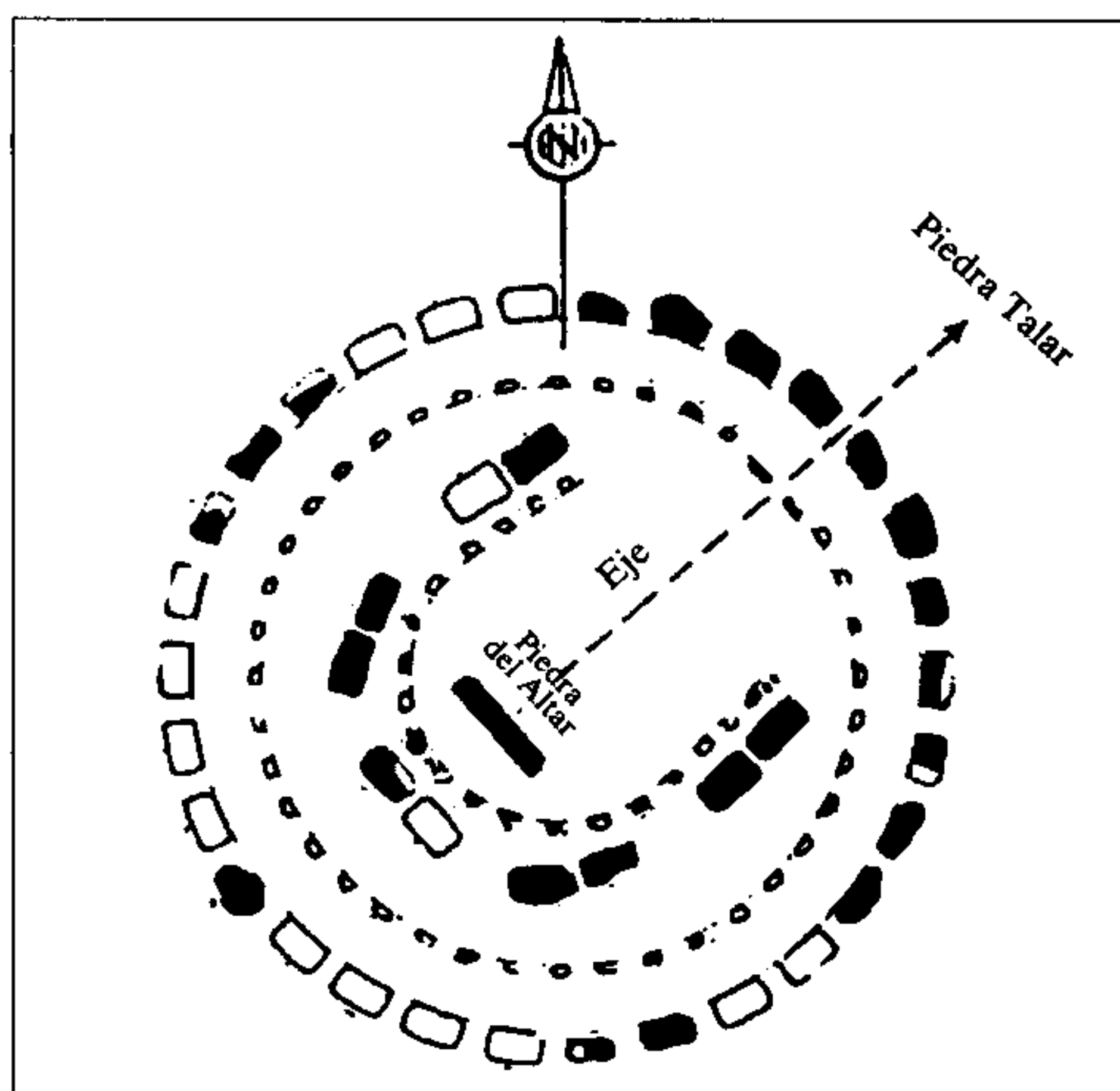


Figura 21

En Stonehenge, esa línea de visión discurría (y todavía discurre) desde la columna de piedra denominada Piedra del Altar, en el centro, a través de dos columnas de piedra identificadas como las Piedras de Sarsen, los números 1 y 30, para luego bajar por la avenida hasta la llamada Piedra Talar (véase la fig. 6).

En general, todos coinciden en que Stonehenge, con el doble Círculo de Piedras Azules y la Piedra Talar, es decir, lo que se designa como Stonehenge II, data de entre 2200 a. C. y 2100 a. C. Y *ésa es*

también la fecha (quizás más precisa, en 2160 a. C.) en que se construyó el «Stonehenge del Éufrates».

Y eso no puede ser fortuito, pues proliferaron otros observatorios de piedra similares a aquellos dos observatorios zodiacales en la misma época y en otros lugares de la Tierra: en diversos emplazamientos de Europa, en Sudamérica, en los Altos del Golán (al noreste de Israel) e incluso en la lejana China, donde los arqueólogos descubrieron, en la provincia de Shanxi, un círculo de piedras con trece pilares alineados con los signos del zodiaco y fechados en torno a 2100 a. C. Todos ellos fueron movimientos deliberados de Ninurta y de Ningishzidda para contrarrestar la Divina Partida de Ajedrez de Marduk: *para demostrar a la humanidad que la era zodiacal seguía siendo la era del Toro.*

Diversos textos de aquella época, incluido un texto autobiográfico de Marduk y un texto más extenso conocido como *La epopeya de Erra*, arrojan luz sobre las andanzas de Marduk lejos de Egipto, convirtiéndole en el Oculto. También revelan que sus exigencias y sus acciones asumían una urgencia y una ferocidad inusuales, dado que tenía la convicción de que su tiempo de supremacía había llegado. Los cielos anuncian *mi* gloria como Señor, era su reivindicación. ¿Por qué? Porque, según él, la era del Toro, la era de Enlil, había terminado; *la era del Carnero, la era zodiacal de Marduk, había llegado.* Tal como Ninurta le había dicho a Gudea, era el tiempo en que, desde los cielos, se determinaban los destinos en la Tierra.

Habrá que recordar que las eras zodiacales tienen su causa en el fenómeno de la precesión, el retraso en la órbita de la Tierra en torno al Sol. Este retraso se acumula hasta llegar a 1 grado (de los 360) cada 72 años; una división arbitraria del gran círculo en 12 segmentos de 30 grados cada uno significa que, matemáticamente, el calendario zodiacal cambia de una era a otra cada 2.160 años. Dado que el Diluvio tuvo lugar, según los textos sumerios, en la era del León, nuestro reloj zodiacal pudo comenzar hacia *10860 a. C.*

Pero emerge una asombrosa tabla temporal si, en este calendario zodiacal *matemáticamente determinado* de 2.160 años, se elige el punto de inicio de 10800 a. C. en lugar del 10860 a. C.:

10800 a 8640 – Era del León (Leo)

8640 a 6480 – Era del Cangrejo (Cáncer)

6480 a 4320 – Era de los Gemelos (Géminis)

4320 a 2160 – Era del Toro (Tauro)

2160 a 0 – Era del Carnero (Aries)

Dejando aparte el pulcro resultado final, que *sincroniza con la era cristiana*, cabría preguntarse si era una mera coincidencia el hecho de que la era Ishtar-Ninurta terminara en o alrededor de 2160 a. C., justo cuando, según el calendario zodiacal de arriba, la era del Toro, la era de Enlil, debía terminar también. Probablemente, no; ciertamente, Marduk no pensaba eso. Las evidencias disponibles sugieren que Marduk estaba convencido de que, según el tiempo celeste, su tiempo de supremacía, su era, había llegado ya. (Los estudios modernos sobre la astronomía mesopotámica confirman de hecho que el círculo zodiacal se dividía allí en 12 casas de 30 grados cada una, una división basada en las matemáticas más que en la observación.)

Los diversos textos que hemos mencionado indican que, mientras Marduk iba de aquí para allá, hizo otra incursión en el corazón de las tierras enlilitas, volviendo a Babilonia con una comitiva de seguidores. En lugar de recurrir al conflicto armado, los enlilitas reclutaron al hermano de Marduk, Nergal (cuya esposa era una nieta de Enlil) para que fuera hasta Babilonia desde el sur de África y persuadiera a su hermano de que se marchara. En sus memorias, conocidas como *La epopeya de Erra*, Nergal dice que el principal argumento de Marduk era que su tiempo, la era del Carnero, había llegado. Pero Nergal le contestó que en realidad no era así: la salida heliaca, le dijo a Marduk, ¿tiene lugar en la constelación del Toro!

Enfurecido, Marduk cuestionó la precisión de las observaciones. ¿Qué ha ocurrido con los precisos y fiables instrumentos de antes del Diluvio que fueron instalados en tus dominios del Mundo Inferior?, le preguntó a Nergal. Y Nergal le explicó que habían quedado destruidos con el Diluvio. Ven a ver por ti mismo qué constelación se ve al amanecer del día señalado, le instó a Marduk. No sabemos si Marduk fue hasta Lagash para hacer la observación, pero sí que sabemos que se dio cuenta de la causa de la discrepancia:

Aunque, matemáticamente, las eras cambiaban cada 2.160 años, en realidad, para la observación directa, no era así. Las constelaciones zodiacales, en las cuales las estrellas se agrupan arbitrariamente, no tienen el mismo tamaño. Algunas ocupan un arco más grande en los cielos, mientras que otras ocupan un arco más pequeño; y resulta que la constelación del Carnero era una de las que ocupaban un arco

más pequeño, comprimida entre Tauro y Piscis (fig. 22). En términos celestes, la constelación de Tauro, que ocupa más de 30 grados del arco celeste, se prolongaría así durante al menos otros dos siglos más allá de su longitud matemática.

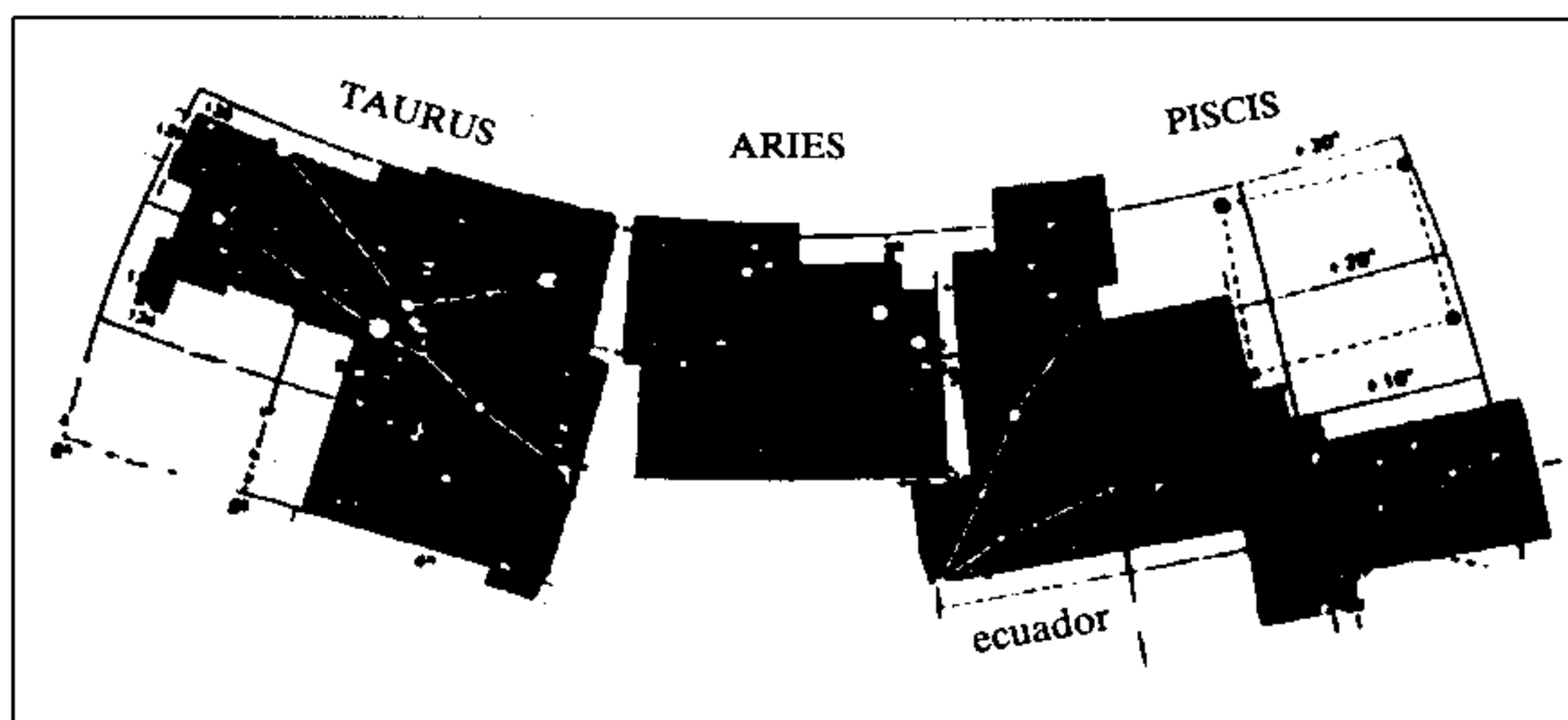


Figura 22

En el siglo XXI a. C., el tiempo celeste y el tiempo mesiánico no coincidieron.

Ve en paz y vuelve cuando los cielos declaren tu Era, le dijo Nergal a Marduk. Claudicando ante su destino, Marduk se fue, pero no se fue demasiado lejos.

Y con él, como emisario, portavoz y heraldo, iba su hijo, cuya madre era una mujer terrestre.

4

•

DE DIOSSES Y SEMIDIOSSES

La decisión de Marduk de permanecer en o cerca de las tierras en disputa y de implicar a su hijo en la pugna por conservar la fidelidad de la humanidad persuadió a los enlilitas de la conveniencia de devolver la capitalidad de Sumer a Ur, el centro de culto de Nannar (Su-en o Sin, en acadio). Era la tercera vez que Ur era elegida como capital; de ahí la designación de «Ur III» que los expertos le dan a aquel período.

El traslado vinculó los asuntos de los dioses contendientes con el relato bíblico (y el papel) de Abraham, y los enredos en las relaciones transformaron lo que llamamos religión hasta nuestros días.

Entre las muchas razones para la elección de Nannar/Sin como campeón de los enlilitas estuvo la constatación de que la contienda con Marduk se había extendido hasta más allá de los asuntos de los dioses únicamente, y había impregnado también las mentes y los corazones de la gente, de los terrestres, que habían sido creados por los dioses, y que ahora ponían en pie de guerra a sus ejércitos para combatir en nombre de sus creadores...

• A diferencia de otros enlilitas, Nannar/Sin no había combatido en las guerras de los dioses; y su elección pretendía dar a entender a todos los pueblos, incluso a los de los «países rebeldes», que bajo su liderazgo comenzaría una era de paz y de prosperidad. Él y su esposa, *Ningal* (fig. 23), eran muy queridos entre el pueblo de Sumer, y Ur era sinónimo de prosperidad y bienestar; su nombre, que significaba «lugar urbano, domesticado», no sólo venía a significar «ciudad», sino la Ciudad, la joya urbana de las tierras antiguas.

El templo de Nannar/Sin en Ur era un altísimo zigurat que se elevaba dentro de un recinto sagrado amurallado, donde diversas construcciones servían de morada a los dioses, además de las residencias y de los edificios funcionales de toda una legión de sacerdotes, fun-



Figura 23

cionarios y sirvientes, que atendían las necesidades de la divina pareja y disponían las observancias religiosas para el rey y para el pueblo. Más allá de aquellas murallas, se extendía una grandiosa ciudad, con dos puertos y canales que la conectaban con el río Éufrates (fig. 24),

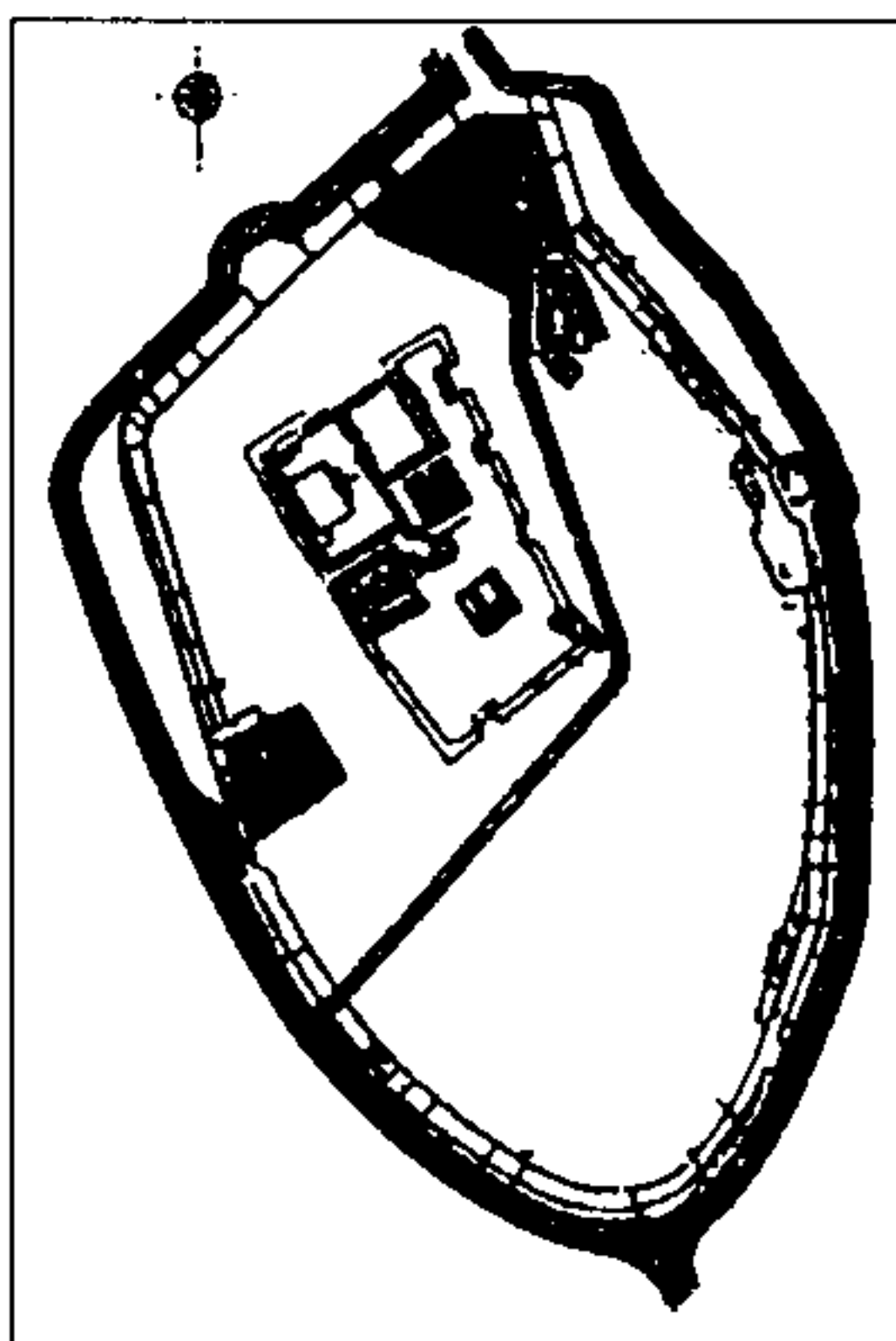


Figura 24

una gran ciudad en la que se erigía el palacio del rey, edificios administrativos (inclusive para escribas y archiveros, así como para recaudadores de impuestos), moradas privadas de múltiples alturas, talleres, escuelas, almacenes de mercancías y establos; todo ello en unas calles amplias donde, en muchas intersecciones, se construían santuarios de oración abiertos para cualquier viajero. El majestuoso zigurat, con sus monumentales escalinatas (puede ver una reconstrucción en la fig. 25), aunque largo tiempo en ruinas, todavía domina el paisaje, a pesar de haber transcurrido más de cuatro mil años.

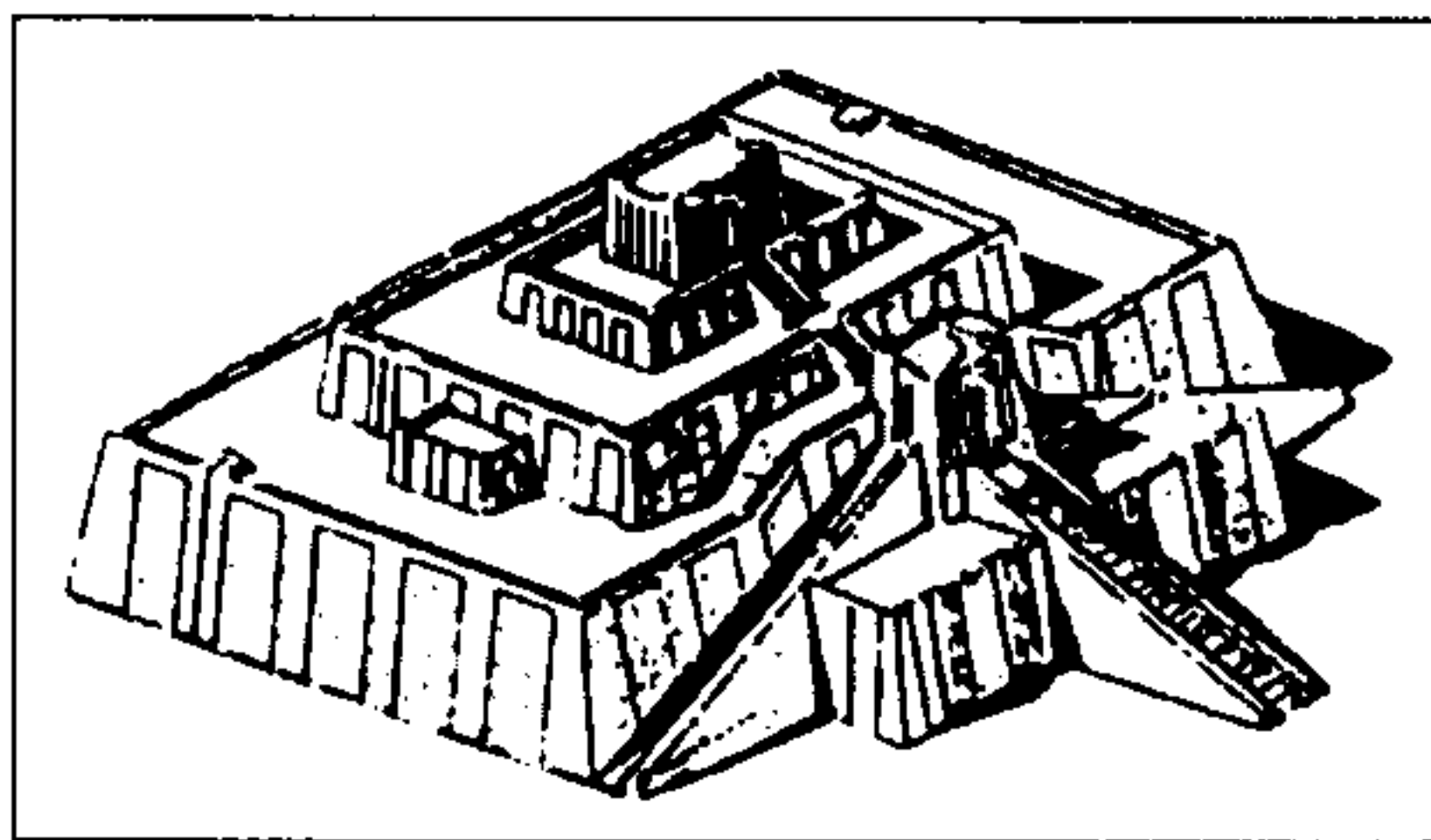


Figura 25

Pero había otra razón convincente. A diferencia de los enfrentados Ninurta y Marduk, que no dejaban de ser «inmigrantes» en la Tierra desde su Nibiru natal, Nannar/Sin había nacido en la Tierra. No sólo era el primogénito de Enlil en la Tierra, sino que era el primero de la primera generación de dioses nacidos en la Tierra. Sus hijos, los gemelos Utu/Shamash e Inanna/Ishtar, y su hermana Ereshkigal, que pertenecían a la tercera generación de dioses, habían nacido todos en la Tierra. Eran dioses, pero también eran nativos de la Tierra. Sin duda, todo esto se tomaría en consideración a la hora de forcejear por las lealtades del pueblo.

La elección de un nuevo rey que reiniciara de nuevo la realeza en y desde Sumer se hizo también con sumo cuidado. Lejos quedaba la vía libre que se le diera a (o que se atribuyera) Inanna/Ishtar, que eligió a Sargón el Acadio para comenzar una nueva dinastía porque le gustaba cómo hacía el amor. El nuevo rey, llamado Ur-Nammu («la alegría de Ur»), fue elegido cuidadosamente por Enlil y ratificado por Anu, y no era un simple terrestre: era hijo («el hijo amado») de

la diosa Ninsun; ella había sido, recordará el lector, la madre de Gilgamesh. Dado que esta genealogía divina se expuso en numerosas inscripciones durante el reinado de Ur-Nammu, en presencia de Nannar y de otros dioses, habrá que suponer que tal afirmación era verídica. Esto hacía de Ur-Nammu no sólo un semidiós, sino que, al igual que en el caso de Gilgamesh, lo convertía en «dos terceras partes divino». De hecho, la reivindicación de que la madre del rey era la diosa Ninsun puso a Ur-Nammu en el mismo estatus que Gilgamesh, cuyas proezas no se habían olvidado y cuyo nombre seguía siendo reverenciado. La elección fue, así pues, una señal, tanto para amigos como para enemigos, de que los días gloriosos bajo la incuestionable autoridad de Enlil y su clan habían regresado.

Todo esto era importante, quizás incluso crucial, porque Marduk disponía de sus propios atributos, que le hacían atractivo a las masas humanas. Ese atractivo especial para los terrestres consistía en el hecho de que su ayudante y jefe de campaña era su hijo *Nabu*, que no sólo había nacido en la Tierra, sino que *había nacido de madre terrestre*, pues mucho tiempo atrás (de hecho, en los días previos al Diluvio), Marduk había roto todas las tradiciones y todos los tabúes y había tomado a una terrestre como esposa oficial.

El que los jóvenes *anunnaki* tomaran a mujeres terrestres como esposas no debería de sorprender, pues aparece registrado en la Biblia, de modo que cualquiera lo puede leer. Lo que no se conoce mucho, ni siquiera entre los expertos, porque la información se halla en textos ignorados y ha de verificarse a partir de la compleja lista de dioses, es el hecho de que fue Marduk el que sentó el precedente que, más tarde, seguirían «los hijos de los dioses»:

Y sucedió,
cuando los terrestres comenzaron a aumentar en número
sobre la Tierra
y les nacieron hijas,
que los hijos de los *Elohim*
vieron que las hijas de El Adán
les eran compatibles;
y tomaron para sí esposas
de entre las que elegían.

Génesis 6, 1-2

La explicación bíblica de las razones del Diluvio, que aparecen en los ocho primeros versículos, versículos enigmáticos, del capítulo 6 del Génesis apuntan claramente a los matrimonios mixtos y su consiguiente descendencia como causa de la cólera divina:

Los *Nefilim* existían en la Tierra
en aquellos días, y también después,
cuando los hijos de los *Elohim*
se unían a las hijas de El Adán
y tenían hijos con ellas.

(Mis lectores quizás recuerden que eso era lo que yo me preguntaba cuando iba a la escuela, siendo niño: ¿por qué *nefilim*, que significa literalmente «Aquellos que han bajado», que descendieron [del cielo a la Tierra], se traducía normalmente por «gigantes»? Fue mucho después cuando me di cuenta (y aventuré) de que la palabra hebrea que significa «gigantes», *anakim*, era en realidad una interpretación distorsionada de la palabra sumeria *anunnaki*.)*

La Biblia deja suficientemente claro que estos matrimonios mixtos (el «tomar esposas») entre los jóvenes «hijos de los dioses» (hijos de los *Elohim*, los *Nefilim*) y las hembras terrestres («hijas de *El Adán*») fue la razón que tuvo Dios para buscar el fin de la humanidad a través del Diluvio: «Mi espíritu ya no morará más en el Hombre, pues en su carne han errado... Y Dios se arrepintió de haber forjado a El Adán en la Tierra, y se sintió turbado, y dijo: “Borraré a El Adán que he creado de la faz de la Tierra”».

Los textos sumerios y acadios que cuentan la historia del Diluvio dicen que fueron dos los dioses implicados en este drama: fue Enlil quien buscaba la destrucción de la humanidad con el Diluvio, mientras que Enki se confabuló para impedirlo, dándole instrucciones a «Noé» para que construyera el arca salvadora. Si profundizamos en los detalles, nos daremos cuenta de que la cólera de Enlil de «¡Hasta aquí hemos llegado!», por una parte, y las contramedidas de Enki, por la otra, no eran simplemente una cuestión de principios. *Pues fue el mismo Enki el que comenzó a copular con hembras terrestres y a tener hijos con ellas*, y fue Marduk, el hijo de Enki, quien abrió el camino y sentó el precedente para el matrimonio con ellas...

* N. del T.: El término hebreo *anakim* se traduce en castellano, en la Biblia de Jerusalén, como «anaquitas».

Para cuando la Misión Tierra era ya plenamente operativa, los anunnaki apostados en la Tierra ascendían a seiscientos; por otra parte, otros trescientos, conocidos como los IGI.GI («Aquellos que observan y ven») tripulaban una estación de paso planetaria (¡en Marte!) y el puente espacial de naves que circulaban entre los dos planetas. Sabemos que Ninmah, la oficial médico jefe de los anunnaki, llegó a la Tierra a la cabeza de un grupo de enfermeras (fig. 26). En ningún lugar se dice cuántas eran, ni si había otras mujeres entre los anunnaki, pero es evidente que, en cualquier caso, las mujeres eran escasas entre ellos. La situación precisaba de unas estrictas normas sexuales y de la supervisión de los ancianos, en la medida en que (según uno de los textos) Enki y Ninmah tenían que hacer el papel de casamenteros, decretando quién debía casarse con quién.



Figura 26

Enlil, que era un amante de la disciplina, fue pese a con todo víctima de la escasez de mujeres, pues llegó a violar a una joven enfermera con la que se había citado. Por ello, incluso él, el comandante en jefe en la Tierra, fue castigado con el exilio; el castigo le fue conmutado cuando accedió a casarse con Sud y convertirla en su consorte oficial, *Ninlil*, que sería su única esposa hasta al final.

A Enki, por otra parte, se le describe en numerosos textos como un tenorio con las diosas, fuera cual fuera su edad, ingeniándoselas para salirse con la suya siempre. Además, cuando proliferaron «las hijas de El Adán», no le hacía ascos a echar una cana al aire también con ellas... Los textos sumerios ensalzaron a Adapa, «el más sabio de los hombres», que creció en la casa de Enki, y a quien éste le enseñó la escritura y las matemáticas, con lo que fue el primer terrestre en ser

elevado a las alturas para ser llevado ante la presencia de Anu en Nibiru; los textos dicen también que Adapa era un hijo secreto de Enki, engendrado en una mujer terrestre.

Los textos apócrifos nos dicen que cuando nació Noé, el bíblico protagonista del Diluvio, algunos rasgos del bebé y las circunstancias de su nacimiento hicieron que su padre, Lámek, se preguntara si el verdadero padre no habría sido uno de los nefilim. La Biblia simplemente dice que Noé era genealógicamente «perfecto», y que «camminaba con los Elohim». Los textos sumerios, en los que el protagonista del Diluvio se llama Ziusudra, sugieren que era un semidiós, hijo de Enki.

Y sucedió que, un día, Marduk se lamentaba ante su madre de que, mientras a sus compañeros se les habían asignado esposas, a él no se le había asignado una: «No tengo esposa, no tengo hijos»; y luego le dijo que se había encariñado de la hija de un «sumo sacerdote, un músico consumado» (existen razones para creer que era un hombre elegido, llamado Enmeduranki en los textos sumerios, el equivalente del bíblico Henoc). Tras confirmar que la mujer terrestre (que se llamaba Tsarpanit) estaba de acuerdo con la unión, los padres de Marduk accedieron a la boda.

El matrimonio tuvo sus frutos en un hijo. Le llamaron EN.SAG, «Señor Elevado». Pero, a diferencia de Adapa, que era un semidiós terrestre, el hijo de Marduk fue incluido en las listas de los dioses sumerios, donde se le llamaba también «el divino MESH», término que, al igual que en GilgaMESH, se utilizaba para designar a un semidiós. *Fue, por tanto, el primer semidiós reconocido como dios.* Más tarde, cuando dirigiera a las masas de humanos en nombre de su padre, se le daría el nombre-epíteto de *Nabu*, el Portavoz, el *Profeta*, pues ése es el significado literal de la palabra, al igual que ocurre con la palabra hebrea bíblica *Nabih*, que se traduce como «profeta».

Nabu era, así pues, el dios-hijo y el Adán-hijo de las escrituras de la antigüedad, aquel cuyo propio nombre significaba profeta. Como en las profecías egipcias citadas anteriormente, su nombre y su papel se llegarían a vincular con las expectativas mesiánicas.

Y así fue que, en los días previos al Diluvio, Marduk sentó un precedente para el resto de jóvenes dioses que no estaban casados: buscar una mujer terrestre y casarse con ella... La ruptura del tabú resultó

ser especialmente atractiva para los dioses igigi, que se pasaban la mayor parte del tiempo en Marte, con su principal estación en la Tierra en el Lugar de Aterrizaje, en las Montañas de los Cedros. Buscando una oportunidad (quizás cuando se les invitó a ir a la Tierra para celebrar la boda de Marduk), se hicieron con un buen número de mujeres terrestres y se las llevaron como esposas.

Diversos libros no bíblicos, denominados apócrifos, como *El libro de los jubileos*, *El libro de Henoc* y *El libro de Noé*, dan cuenta del incidente de los matrimonios mixtos de los nefilim y dan todo tipo de detalles. Alrededor de doscientos «vigilantes» («Aquellos que observan y ven») se organizaron en veinte grupos, y cada grupo nombró un líder. Uno de ellos, llamado Shamyaza, estaba al mando de todos. El instigador de la transgresión, «aquel que descarrió a los hijos de Dios y los trajo a la Tierra y los extravió con las Hijas del Hombre», se llamaba Yeqon... Y estas fuentes confirman que acaeció durante los tiempos de Henoc.

Los compiladores de la Biblia hebrea, a pesar de sus esfuerzos por encajar las fuentes sumerias (que hablaban de la rivalidad y los enfrentamientos entre Enlil y Enki) en un marco monoteísta (la creencia en un único Dios todopoderoso), terminaron aquella sección en el capítulo 6 del Génesis con el reconocimiento de lo que ocurrió en realidad. Al hablar de los descendientes de aquellos matrimonios, la Biblia admite dos cosas: una, que los matrimonios mixtos tuvieron lugar en los días anteriores al Diluvio, «y también después»; y dos, que aquellos descendientes fueron «los héroes de la antigüedad, hombres famosos». Los textos sumerios indican que los heroicos reyes posdiluvianos eran, en realidad, tales semidioses.

Pero no sólo hubo descendientes de Enki y de su clan; en ocasiones, los reyes de la región enlilita eran hijos de dioses enlilitas. Por ejemplo, en *La lista de los reyes sumerios* se dice con toda claridad que, cuando comenzó la realeza en Uruk (un dominio enlilita), el elegido para la realeza fue un MESH, un semidiós:

Meskiaggasher, hijo de Utu,
se convirtió en sumo sacerdote y rey.

Utu era, cómo no, el dios Utu/Shamash, nieto de Enlil. Descendiendo por la línea dinástica, nos encontramos con el famoso Gilgamesh, «dos terceras parte de él divino», hijo de la diosa enlilita Ninsun y del sumo sacerdote de Uruk, un terrestre. Y, si seguimos la línea

dinástica, veremos que hubo varios reyes más, tanto en Uruk como en Ur, que llevaron el título de «Mesh» o «Mes».

También en Egipto hubo faraones que reivindicaron su parentesco divino. Muchos de los faraones de las Dinastías XVIII y XIX adoptaron nombres teofóricos, con el prefijo o sufijo MSS (abreviatura de Mes, Mose, Meses), que significaba «progenie de» este o de aquel dios, como por ejemplo en los nombres *Ah-mes* o *Ra-mses* (RA-MeSeS, «progenie de», descendiente de, el dios Ra). La famosa reina Hatshepsut, que, aun siendo mujer, adoptó el título y los privilegios de un faraón, reivindicó ese derecho en virtud de ser una semidiosa. En las inscripciones y en las representaciones de su inmenso templo de Deir el Bahri, se afirmaba que el gran dios Amón «tomó la forma de su majestad el rey», el marido de su madre, la reina, «y mantuvo relaciones sexuales con ella», engendrando así a Hatshepsut. Los textos cananeos hablan también de Keret, un rey que era hijo del dios El.

Una variante curiosa de estas costumbres de reyes-semidioses fue la de Eannatum, un rey sumerio que gobernó en Lagash durante los primitivos tiempos «heroicos». En una inscripción de este rey, que se encontró en un monumento suyo bien conocido (la Estela de los Buitres), se atribuye su estatus de semidiós a la *inseminación artificial* de Ninurta (el Señor del Girsu, el recinto sagrado), y a la ayuda de Inanna/Ishtar y de Ninmah (que aparece aquí con su epíteto de Ninharsag):

El Señor Ningirsu, guerrero de Enlil,
implantó el semen de Enlil para Eannatum
en el útero de [...].
Inanna acompañó su [nacimiento],
le llamó «Digno del templo de Eanna»,
lo puso en el sagrado regazo de Ninharsag.
Ninharsag le ofreció su pecho sagrado.
Ningirsu se regocijó con Eannatum,
Ningirsu implantó el semen en el útero.

Aunque la referencia al «semen de Enlil» no deja claro si el propio semen de Ninurta/Ningirsu se considera aquí «semen de Enlil» por ser el primogénito de Enlil, o si se utilizó realmente el semen de Enlil para la inseminación (lo cual resulta dudoso), lo que sí deja patente la inscripción es que la madre de Eannatum (cuyo nombre en la estela es ilegible) fue fecundada artificialmente, de tal modo que el

semidiós se concibió sin una verdadera relación sexual; *¡un caso de inmaculada concepción en Sumer, en el tercer milenio a. C.!*

El hecho de que los dioses estaban familiarizados con la inseminación artificial viene corroborado en los textos egipcios, según los cuales, tras el asesinato y la desmembración de Osiris a manos de Set, el dios Thot extrajo semen del falo de Osiris y fecundó con él a la esposa de éste, Isis, que engendró así al dios Horus. Hay una representación de la hazaña que muestra a Thot y a las diosas del nacimiento sosteniendo las dos hebras de ADN que se utilizaron, y a Isis con el recién nacido Horus en brazos (fig. 27).

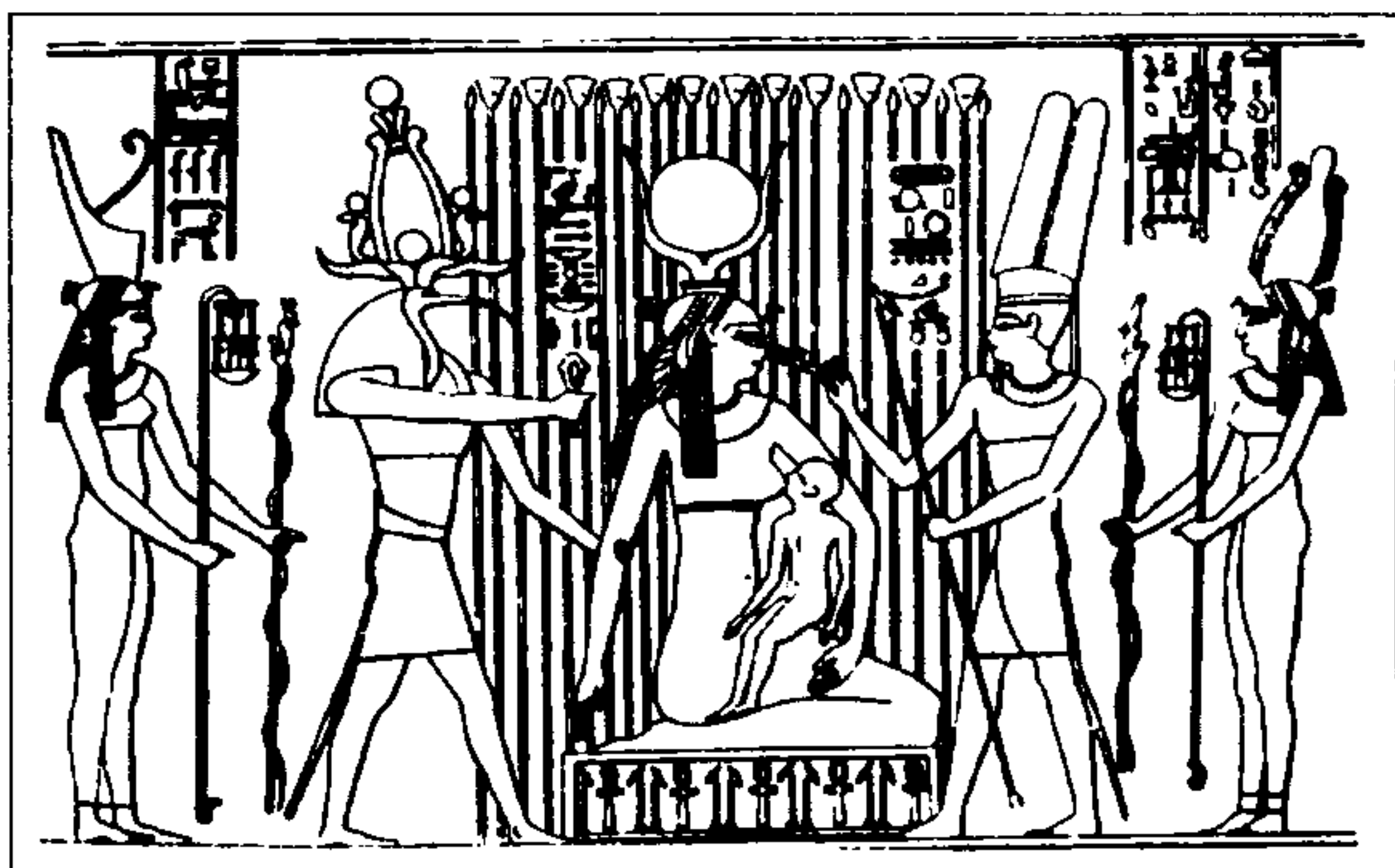


Figura 27

Por tanto, es evidente que, después del Diluvio, los enlilitas aceptaron también los emparejamientos con mujeres terrestres, y consideraron adecuados para la realeza a sus descendientes, «los héroes, hombres famosos».

Así comenzaron los «linajes de sangre real» de los semidioses.

Uno de los primeros trabajos de Ur-Nammu fue el de reactivar las costumbres morales y religiosas. Y también para esto emuló a un recordado y reverenciado rey del pasado. Para ello, promulgó un nuevo código legal, con leyes de conducta moral y leyes de justicia, adhirién-

dose, según decía el código, a las leyes que Enlil, Nannar y Shamash habían querido que el rey hiciera cumplir y por las cuales querían que viviera el pueblo.

La naturaleza de las leyes, una lista de «haz esto» y «no hagas aquello», se puede juzgar a tenor de la afirmación de Ur-Nammu de que, debido a estas leyes, «el huérfano no fue presa del rico, la viuda no fue presa del poderoso, el hombre con una oveja no fue entregado en manos del hombre con un buey... se estableció la justicia en el país». En esto, Ur-Nammu emuló (en ocasiones utilizando exactamente las mismas frases) a un rey sumerio del pasado, Urukagina de Lagash, que trescientos años antes había promulgado un código legal mediante el cual instituyó diversas reformas sociales, legales y religiosas (entre ellas, la creación de casas de acogida para las mujeres, bajo el patronazgo de la diosa Bau, esposa de Ninurta). Y hay que señalar que éstos serían los mismos principios de justicia y moralidad que los profetas bíblicos exigirían de los reyes y del pueblo durante el siguiente milenio.

Cuando comenzó la era de Ur III, hubo un intento obvio y deliberado de devolver a Sumer (ahora Sumer y Acad) a los tiempos de gloria, prosperidad, moralidad y paz de los que había disfrutado antaño, los tiempos que precedieron a la última confrontación con Marduk.

Las inscripciones, los monumentos y las evidencias arqueológicas atestiguan que el reinado de Ur-Nammu, que comenzó en 2113 a. C., trajo consigo gran número de obras públicas, el restablecimiento de la navegación fluvial y la reconstrucción y protección de las grandes vías de comunicación del país: «Hizo discurrir las calzadas desde las tierras bajas hasta las tierras altas», reza una inscripción. A todo esto le siguió un considerable crecimiento del comercio, así como un fuerte impulso en las artes, la artesanía, las escuelas y otras mejoras de la vida social y económica (con la introducción de un sistema de pesos y medidas más preciso). Sus tratados con los gobernantes vecinos del este y del noroeste expandieron la prosperidad y el bienestar. Los grandes dioses, en especial Enlil y Ninlil, fueron honrados con la renovación y la ampliación de templos; y, por primera vez en la historia de Sumer, el sacerdocio de Ur se combinó con el de Nippur, lo que trajo consigo una reactivación religiosa.

Todos los expertos coinciden en que, en casi todos los aspectos, el período de Ur III iniciado con Ur-Nammu llevó a la civilización sumeria a cotas jamás alcanzadas. Pero esta conclusión no hizo más

que incrementar el desconcierto que provocó el descubrimiento por parte de los arqueólogos de una caja bellamente labrada: de sus paneles incrustados, el frontal y el trasero representaban dos escenas contradictorias de la vida en Ur. Mientras que uno de ellos (conocido ahora como el «Panel de la Paz») representaba la opulencia de los banquetes, el comercio y otras escenas de carácter civil, el otro (el «Panel de la Guerra») representaba a una columna de soldados armados y con casco, y de carros tirados por caballos marchando hacia la guerra (fig. 28).

Un examen más minucioso de los registros de la época revela que, si bien Sumer floreció bajo el liderazgo de Ur-Nammu, la hostilidad hacia los enlilitas en los «países rebeldes» se incrementó en lugar de disminuir. Al parecer, la situación exigía alguna acción pues, según las inscripciones de Ur-Nammu, Enlil le dio «un arma divina que amontona a los rebeldes en pilas», con la cual atacar a «los países hostiles, destruir las ciudades malvadas y despejarlas de oposi-

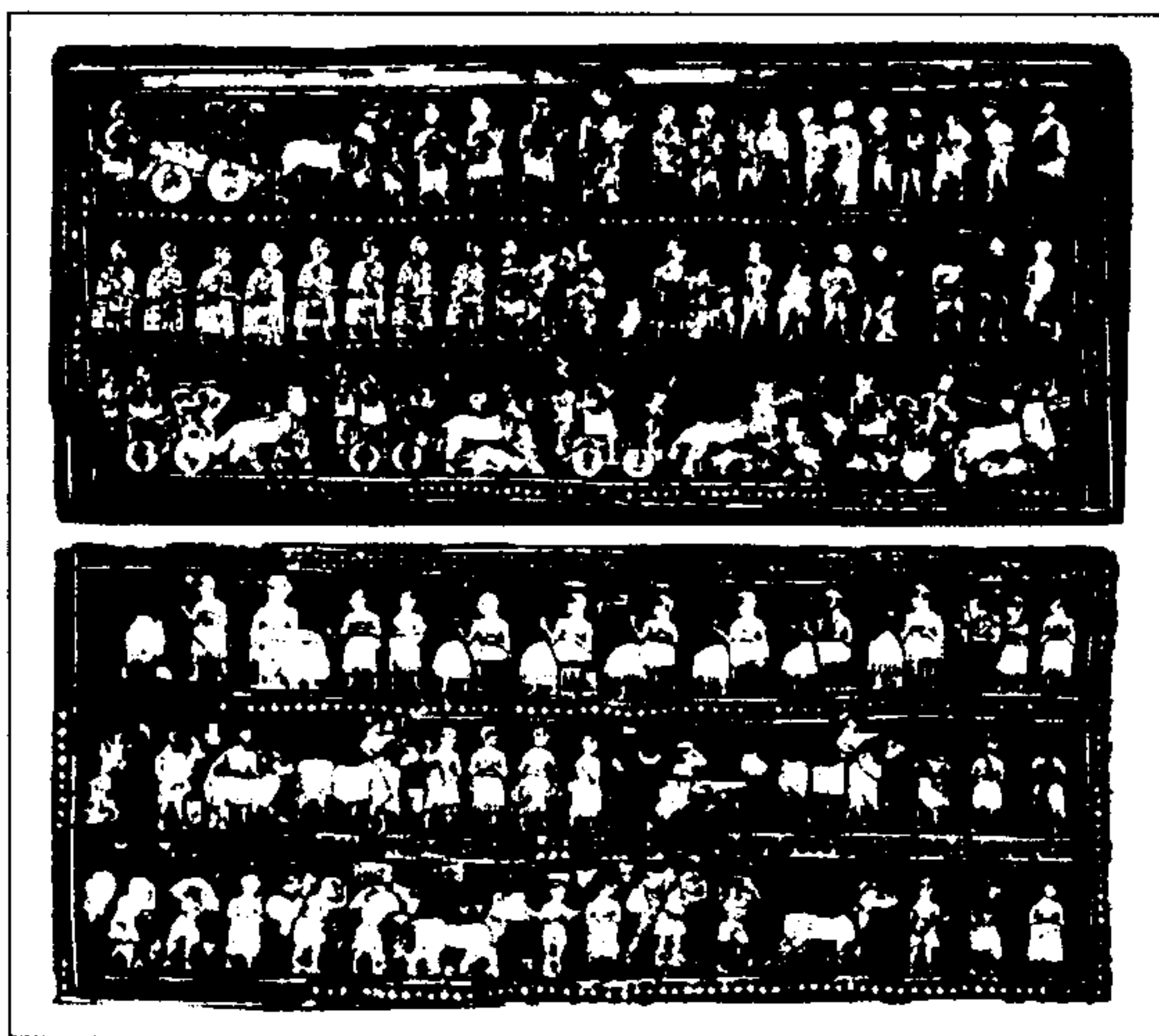


Figura 28

ción». Aquellos «países rebeldes» y «ciudades pecadoras» estaban al oeste de Sumer, en las tierras de los seguidores amorreos de Marduk; allí, el «mal» (la hostilidad contra Enlil) estaba siendo avivado por Nabu, que iba de ciudad en ciudad haciendo prosélitos para Marduk. Los registros enlilitas le llaman «el Opresor», de cuya influencia había que liberar a las «ciudades pecadoras».

Éste es un buen motivo para creer que los paneles de la paz y la guerra representaban, en realidad, al mismo Ur-Nammu: en uno, mostrándole en un banquete, celebrando la paz y la prosperidad; y en el otro, en el carro real, dirigiendo a su ejército a la guerra. Sus expediciones militares le llevaron bastante más allá de las fronteras de Sumer, pues se adentró en los países occidentales. Pero Ur-Nammu, siendo como era un gran reformador, constructor y «pastor» económico, no resultó ser un buen líder militar. En mitad de la batalla, su carro se quedó atascado en el barro, lo que hizo que cayera a tierra, pero «el carro, como una tormenta, se precipitó sobre él», dejando atrás al rey, «abandonado como una jarra aplastada». Pero la tragedia se agravó cuando el barco que llevaba el cuerpo de Ur-Nammu de vuelta a Sumer «en un lugar desconocido se hundió; las olas lo engulleron, con él a bordo».

Cuando llegaron a Ur las noticias de la derrota y de la trágica muerte de Ur-Nammu, se levantó un gran lamento en la ciudad. El pueblo no podía comprender cómo un rey tan devoto y religioso, un pastor justo que sólo seguía las directrices de los dioses, con las armas que ellos habían puesto en sus manos, podía perecer de forma tan ignominiosa. «¿Por qué no lo tomó de su mano el Señor Nannar?», preguntaban. «¿Por qué Inanna, Dama del Cielo, no puso su noble brazo en torno a su cabeza? ¿Por qué el valiente Utu no le ayudó?»

Los sumerios, que creían que todo lo que sucede estaba predestinado, se preguntaban, «¿Por qué estos dioses se hicieron a un lado cuando se decidió el amargo destino de Ur-Nammu?». Sin duda, aquellos dioses, Nannar y sus hijos gemelos, sabían lo que Anu y Enlil habían determinado; sin embargo, no dijeron nada para proteger a Ur-Nammu. Sólo había una explicación posible, concluyó el pueblo de Ur y de Sumer, mientras lloraban y se lamentaban: los grandes dioses deben de haber regresado a su mundo...

¡Cómo ha cambiado el destino del héroe!
Anu mudó su sagrada palabra.
¡Enlil cambió falsamente su decreto!

¡Son palabras duras, que acusan a los grandes dioses enlilitas de engaño y traición! Esas antiquísimas palabras transmiten hasta dónde llegó la decepción del pueblo.

Si así es como estaban las cosas en Sumer y Acad, ya nos podemos imaginar la reacción en los rebeldes países occidentales.

En la pugna por el corazón y la mente de la humanidad, los enlilitas estaban vacilando. Nabu, el «portavoz», intensificó la campaña en nombre de su padre Marduk. Su propio prestigio había aumentado y se había transformado; ahora glorificaban su divinidad con una gran variedad de epítetos de veneración. Inspirándose en Nabu (el *Nabih*, el Profeta), las profecías sobre el futuro, sobre lo que iba a ocurrir, comenzaron a difundirse por los países en contienda.

Sabemos lo que decían porque se han encontrado varias tablillas de arcilla en las cuales se inscribieron estas profecías. Escritas en babilonio antiguo cuneiforme, los expertos las han agrupado en *Profecías acadias* y *Apocalipsis acadias*. En todas ellas se percibe la idea de que el pasado, el presente y el futuro forman parte de un flujo continuo de acontecimientos; de que, dentro de un destino preordenado, existe aun así espacio para el libre albedrío y, por tanto, para una variación en el destino; de que, para la humanidad, eran los dioses del cielo y de la Tierra los que lo decretaban o determinaban; y que, *por tanto, los acontecimientos en la Tierra son un reflejo de acontecimientos en los cielos*.

Para darle credibilidad a las profecías, los textos anclaban a veces las predicciones de futuros acontecimientos en una entidad o un evento histórico pasado conocido. Luego, se detallaba qué es lo que estaba mal en el presente y por qué era necesario el cambio. Los acontecimientos en curso se atribuían a decisiones de uno o más de los grandes dioses. *Un emisario divino, un heraldo, aparecerá*; el texto profético podía estar compuesto por las propias palabras de ese heraldo, transcritas por un escriba, o sus esperadas declaraciones; con frecuencia, «un hijo hablará por su padre».

Los acontecimientos predichos se vinculaban a augurios, la muerte de un rey, o señales celestes: un cuerpo celeste aparecerá y hará un ruido aterrador; «un fuego candente» vendrá de los cielos; «una estrella brillará desde las alturas del cielo hasta el horizonte como una antorcha»; y, *muy significativo*, «un planeta aparecerá antes de su tiempo».

Los desastres, el Apocalipsis, precederá el acontecimiento final. Habrá lluvias catastróficas, gigantescas y devastadoras olas (o sequías, o se cegarán los canales, o habrá langostas y hambrunas). Rebeliones, caos y calamidades caerán sobre todas las tierras. Las ciudades serán atacadas y despobladas; los reyes morirán, serán derrocados y capturados; «un trono derrocará a otro». Serán asesinados funcionarios y sacerdotes, se abandonarán los templos y, con ellos, los ritos y las ofrendas. Y luego llegará el acontecimiento predicho: un gran cambio, una nueva era, un nuevo líder, un redentor. El bien prevalecerá sobre el mal, la prosperidad reemplazará al sufrimiento; se repoblarán las ciudades abandonadas, volverán a sus hogares los dispersados. Se restaurarán los templos, y el pueblo realizará los ritos religiosos prescritos.

Como sería de esperar, estas profecías babilónicas en favor de Marduk apuntan su dedo acusador hacia Sumer y Acad (y también hacia sus aliados: Elam, el País de Hatti y los Pueblos del Mar), y ponen a los amurru occidentales como el instrumento de la retribución divina. Se nombra a los «centros de culto» enlilitas de Nippur, Ur, Uruk, Larsa, Lagash, Sippar y Adab, diciendo de ellos que serán atacados y saqueados, y que sus templos quedarán abandonados. Dicen que los dioses enlilitas se verán confundidos («incapaces de dormir»). Enlil llama a gritos a Anu, pero ignora el consejo de Anu (algunos traductores leen esta palabra como «mandato») de que promulgue un edicto *misharu*, una orden de «enderezar las cosas». Enlil, Ishtar y Adad se verán forzados a cambiar la realeza en Sumer y Acad. Los «ritos sagrados» se transferirán fuera de Nippur. En el cielo, «el gran planeta» aparecerá en la constelación del Carnero. La palabra de Marduk se impondrá: «Él someterá a las Cuatro Regiones, toda la Tierra temblará ante la mención de su nombre... Después de él, su hijo gobernará como rey y se convertirá en maestro de toda la Tierra».

En algunas de las profecías, hay deidades que son objeto de predicciones específicas: «Surgirá un rey –profetiza un texto relativo a Inanna/Ishtar–, él hará salir de Uruk a la diosa protectora de Uruk, y la hará morar en Babilonia... Él establecerá los ritos de Anu en Uruk». También se menciona a los igigi específicamente: «Las ofrendas regulares para los dioses igigi, que se habían abandonado, se restablecerán», dice una profecía.

Al igual que en el caso de las profecías egipcias, la mayoría de los expertos califican también a las «profecías acacias» como de «seudo-profecías» o textos *post adventum*, es decir, creen que se escribieron mucho después de los acontecimientos «predichos»; pero, como ya hemos indicado en lo referente a los textos egipcios, decir que los acontecimientos no fueron profetizados porque ya habían ocurrido no es más que reafirmar que los acontecimientos, *per se*, ocurrieron (tanto si se predijeron como si no), y eso es precisamente lo que más nos importa a nosotros. *Significa que las profecías se hicieron realidad.*

Y, si es así, lo más escalofriante es la predicción (en un texto conocido como *Profecía «B»*):

El Arma Aterradora de Erra
a las tierras y al pueblo
vendrá a juzgar

Una profecía ciertamente escalofriante pues, antes de que terminara el siglo XXI a. C., tuvo lugar «el juicio sobre las tierras y los pueblos», cuando el dios Erra («el Aniquilador», un epíteto de Nergal) desencadenó un holocausto nuclear que hizo realidad las profecías.

5



LA CUENTA ATRÁS DEL DÍA DEL JUICIO

El desastroso siglo XXI a. C. comenzó con la trágica y prematura muerte de Ur-Nammu, en 2096 a. C., y terminó con una calamidad sin igual, de mano de los mismos dioses, en el año 2024 a. C. El intervalo entre ambas fechas es de setenta y dos años, exactamente el cambio precesional de un grado; y si eso fue una coincidencia, no sería más que una de una serie de ocurrencias «coincidentes» que estuvieron ciertamente bien coordinadas...

Tras la trágica muerte de Ur-Nammu, su hijo, Shulgi, subió al trono de Ur. Al no poder reivindicar la condición de semidiós, afirmaba no obstante (en sus inscripciones) que había nacido bajo los auspicios divinos: el mismo dios Nannar lo dispuso todo para que el niño naciera en el templo de Enlil, en Nippur, a través de la unión de Ur-Nammu y de la suma sacerdotisa de Enlil, para que «un “pequeño Enlil”, un niño adecuado para la realeza y el trono, fuera concebido».

Era ésta una reivindicación genealógica que no se podía despreciar. El mismo Ur-Nammu, como ya se ha dicho antes, era «dos terceras partes» divino, dado que su madre era una diosa. Aunque no se cita el nombre de la suma sacerdotisa que engendró a Shulgi, su condición sugiere que también ella era de linaje divino, pues era una hija de rey elegida para ser una EN.TU, y los reyes de Ur, comenzando desde la primera dinastía, se remontaban a los semidioses. También tenía su importancia que el mismo Nannar dispusiera que la unión tuviera lugar en el templo de Enlil, en Nippur; como se dijo anteriormente, fue durante el reinado de Ur-Nammu cuando el sacerdocio de Nippur se combinó por vez primera con el sacerdocio de otra ciudad; en este caso con el de Ur.

Mucho de lo que estaba ocurriendo en y alrededor de Sumer en aquella época se ha recogido de las «fórmulas de fechas», los regis-

tros reales en los que cada año de reinado de un rey se señalaba mediante el principal acontecimiento de aquel año. En el caso de Shulgi se conoce mucho más, pues dejó detrás otras inscripciones, cortas y largas, en las que se consignaban también poesías y canciones de amor.

Estos registros indican que, poco después de subir al trono, Shulgi, quizás con la esperanza de eludir el destino de su padre en el campo de batalla, invirtió las políticas militantes de éste. Lanzó una expedición hacia las provincias periféricas, incluidos los «países rebeldes», pero sus «armas» fueron ofertas de comercio, de paz y de matrimonio con sus hijas. Teniéndose a sí mismo por sucesor de Gilgamesh, sus rutas se dirigieron hacia los dos destinos del famoso héroe: la península del Sinaí (donde estaba el espaciopuerto), en el sur, y el Lugar de Aterrizaje, en el norte. Respetando la santidad de la Cuarta Región, Shulgi bordeó la península y rindió homenaje a los dioses en su frontera, en un lugar descrito como «Gran lugar fortificado de los dioses». Subiendo hacia el norte, al oeste del mar Muerto, se detuvo a dar culto en el «Lugar de los Oráculos Brillantes» (lo que hoy conocemos como Jerusalén), y construyó allí un altar al «dios que juzga» (habitualmente, un epíteto de Utu/Shamash). En el «Lugar cubierto de nieve», en el norte, construyó un altar y ofreció sacrificios. Una vez restablecido el contacto con los emplazamientos espaciales a los que pudo acceder, siguió el Fértil Creciente (la ruta este-oeste de comercio y migraciones que traza un arco, dictado por la geografía y las fuentes de agua), y luego continuó hacia el sur, por la llanura que se extiende entre el Tigris y el Éufrates, para volver a Sumer.

Cuando Shulgi volvió a Ur, tenía motivos para pensar que había traído a dioses y a humanos por igual «paz en nuestros tiempos» (por utilizar una analogía moderna). Los dioses le concedieron el título de «sumo sacerdote de Anu, sacerdote de Nannar». Se granjeó la amistad de Utu/Shamash y recibió las atenciones personales de Inanna/Ishtar (alardeando en sus canciones de amor de que ella le había concedido su vulva en su propio templo).

Pero mientras Shulgi regresaba de los asuntos de Estado a los placeres personales, en los «países rebeldes» continuaba la inquietud. Poco preparado para la acción militar, Shulgi pidió tropas a sus aliados elamitas, para lo que ofreció al rey elamita una de sus hijas en matrimonio como recompensa, además de la ciudad sumeria de Lar-sa como dote. Se lanzó una importante expedición militar con aque-

llas tropas elamitas contra las «ciudades pecadoras» del oeste, y las tropas llegaron al Lugar Fortificado de los dioses, en la frontera de la Cuarta Región. Shulgi, en sus inscripciones, se jactaba de la victoria, pero lo cierto es que, poco después, comenzó a construir una muralla fortificada para proteger a Sumer de las incursiones extranjeras procedentes del oeste y del noroeste.

Las fórmulas de fechas la llaman la Gran Muralla del Oeste, y los expertos creen que iba desde el río Éufrates hasta el Tigris, por el norte de donde se encuentra Bagdad en la actualidad, lo que impediría a los invasores el descenso hacia las fértiles llanuras que se extienden entre ambos ríos. Fue una medida de defensa que precedió a la Gran Muralla China, que se construyó por motivos similares, ¡pero casi dos mil años más tarde!

En el año 2048 a. C., los dioses, liderados por Enlil, se cansaron de los fracasos de estado de Shulgi y de su *dolce vita* personal. Al llegar a la conclusión de que «no había cumplido con las regulaciones divinas», decretaron para él «la muerte de un pecador». No sabemos qué tipo de muerte era ésa, pero es un hecho histórico que aquel mismo año fue reemplazado en el trono por su hijo, Amar-Sin, del cual sabemos por las inscripciones que lanzó una expedición militar después de otra, para reprimir una revuelta en el norte y para combatir una alianza de cinco reyes en el oeste.

Como en todo lo demás, lo que estaba sucediendo tenía sus causas profundas bastante más atrás, en tiempos y acontecimientos más antiguos. Los «países rebeldes», aunque estaban en Asia y, por tanto, en los dominios enlilitas de Sem, el hijo de Noé, estaban habitados por los cananeos, los descendientes del bíblico Canaán que, si bien era descendiente de Cam, y por tanto pertenecientes a África, ocupaban cierta extensión de las tierras de Sem (Génesis, capítulo 10). Las «Tierras del Oeste», a lo largo de la costa mediterránea, eran territorio en disputa, tal como se indica en antiguos textos egipcios, en los que se cuenta la agria contienda entre Horus y Set, que terminó en una serie de combates aéreos entre los dioses sobre el Sinaí y sobre las mismas tierras en disputa.

Conviene anotar que, en sus expediciones militares para someter y castigar a los «países rebeldes» en el oeste, tanto Ur-Nammu como Shulgi llegaron a la península del Sinaí, pero dieron la vuelta sin llegar a entrar en la Cuarta Región. Allí se encontraba el TIL.MUN, el «Lugar de los Misiles», el emplazamiento del espaciopuerto posdiluviano de los anunnaki. Cuando terminaron las Guerras de la Pirá-

mide, la Cuarta Región fue confiada a manos neutrales, a Ninmah (a la que comenzaron a llamar desde entonces NIN.HAR.SAG, «Dama de los Picos Montañosos»), pero el verdadero mando del espacio-puerto se puso en manos de Utu/Shamash (que aquí aparece con su uniforme alado, fig. 29, como comandante de los «Hombres Águila» del espaciopuerto, fig. 30).



Figura 29

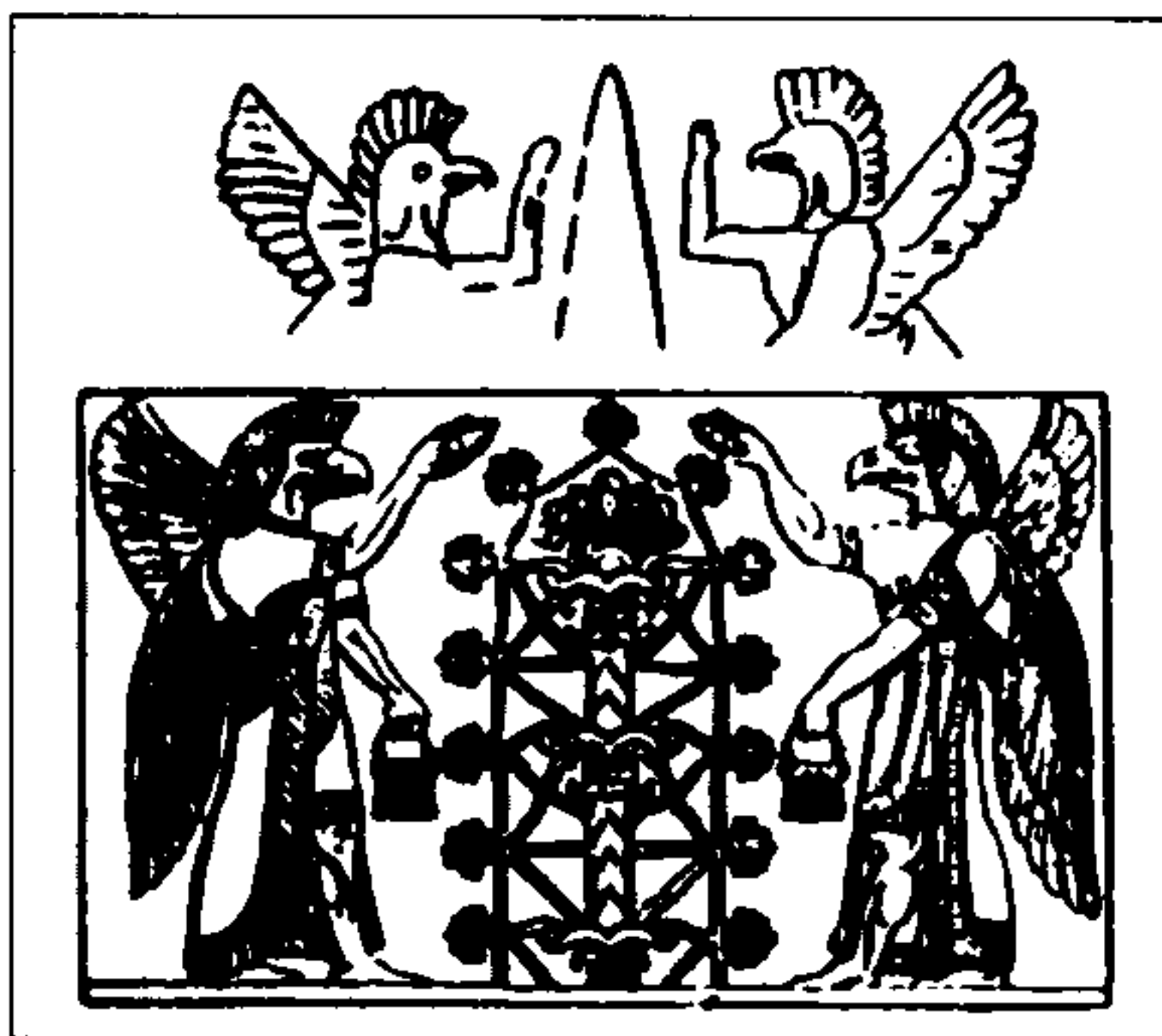


Figura 30

Sin embargo, algo parece que cambió en el espaciopuerto cuando se intensificó la lucha por la supremacía. Inexplicablemente, varios textos sumerios y listas de dioses comenzaron a asociar Tilmun con el hijo de Marduk, el dios Ensag/Nabu. Al parecer, Enki tuvo algo que ver en esto pues, en un texto que trata de las aventuras amorosas entre Enki y Ninharsag, se dice que ambos decidieron asignarle el lugar al hijo de Marduk: «Que Ensag sea el señor de Tilmun», dijeron.

Las fuentes antiguas indican que, desde la seguridad de la región sagrada, Nabu se aventuró a adentrarse en las tierras y en las ciudades que había a lo largo de la costa mediterránea, incluso en algunas islas del Mediterráneo, difundiendo por todas partes el mensaje de la inminente supremacía de Marduk. Era él, por tanto, el enigmático «Hijo-Hombre» de las profecías egipcias y acacias, el hijo divino que era también un Hijo-Hombre, el hijo de un dios y de una mujer terrestre.

Como era de esperar, los enlilitas no podían aceptar tal situación. Y así, cuando Amar-Sin ascendió al trono de Ur después de Shulgi, los objetivos y la estrategia de las expediciones militares de Ur III cambiaron con el fin de reafirmar el control enlilita sobre Tilmun, para separar la región sagrada de los «países rebeldes», y luego liberar estos países de la influencia de Nabu y Marduk por la fuerza de las armas. Hacia el año 2047 a. C., la sagrada Cuarta Región se convirtió en objetivo y peón en la pugna enlilita con Marduk y Nabu; y como revelan tanto los textos bíblicos como los mesopotámicos, el conflicto se convirtió en *la mayor guerra mundial de la antigüedad. En aquella Guerra de los Reyes se vería involucrado el hebreo Abraham, que ocuparía un lugar central en los acontecimientos internacionales.*

En el año 2048 a. C., el destino del fundador del monoteísmo, Abraham, y el destino del dios anunnaki Marduk se encontraron en un lugar llamado Jarán.

Jarán, «La Caravanera», era un importante centro comercial de Hatti (el país de los hititas) desde tiempos inmemoriales. Estaba situada en la encrucijada de las más importantes rutas terrestres militares y de comercio internacional; y dada su ubicación, en la cabecera del río Éufrates, era también un importante centro de transporte fluvial, que llegaba río abajo hasta la misma Ur. Estaba rodeada de fértiles pla-

nicies, regadas por los afluentes del Éufrates, el Balikh y el Khabur, y era un reconocido centro de pastoreo. Los famosos «mercaderes de Ur» llegaban hasta allí en busca de la lana de Jarán, llevando a cambio sus famosas prendas de lana de Ur para su distribución desde Jarán. También se comerciaba allí con metales, pieles, cuero, maderas, loza y especias. (El profeta Ezequiel, que durante su exilio en tiempos babilónicos estuvo en la zona del Khabur, hizo mención de los mercaderes que comerciaban con «vestidos de lujo, mantos de púrpura y brocado, y tapices multicolores».)

Jarán (la ciudad que, con el mismo nombre, aún existe en Turquía, cerca de la frontera con Siria, y que pude visitar en 1997) también era conocida en tiempos antiguos como «Ur lejos de Ur»; en su centro se elevaba un gran templo dedicado a Nannar/Sin. En 2095 a. C., el año en que Shulgi subió al trono de Ur, un sacerdote llamado Téráj fue enviado de Ur a Jarán para que sirviera en aquel templo. Se llevó consigo a su familia, de la que formaba parte su hijo Abram. De Téráj, de su familia y de su mudanza desde Ur a Jarán, sabemos por la Biblia:

Éstos, son los descendientes de Téráj:
Téráj engendró a Abram, a Najor y a Harán.
Harán engendró a Lot.
Harán murió en vida de su padre Téráj,
en su país natal, Ur de los caldeos.
Abram y Najor tomaron esposas.
La mujer de Abram se llamaba Saray,
y la mujer de Najor, Milká...
Téráj tomó a su hijo Abram,
a su nieto Lot, el hijo de Harán,
y a su nuera Saray,
y salieron juntos de Ur de los caldeos,
para dirigirse a Canaán.
Llegados a Jarán, se establecieron allí.

Génesis 11, 27-31

Con estos versículos comienza la Biblia hebrea el crucial relato de Abraham (que, al principio, se le llama por su nombre sumerio, *Abram*). Su padre, según se nos ha dicho antes, procedía de un linaje patriarcal que se remontaba a Sem, el hijo mayor de Noé (el protagonista del Diluvio); todos aquellos patriarcas disfrutaron de una larga vida. Sem vivió 600 años, su hijo Arpaksad llegó hasta los 438;

y los posteriores descendientes varones vivieron hasta los 433, 460, 239 y 230 años, respectivamente. Najor, el padre de Téraj, vivió hasta los 148 años; y el mismo Téraj, que engendró a Abram cuando tenía setenta años, vivió hasta los 205. El capítulo 11 del Génesis dice que Arpaksad y sus descendientes vivieron en las tierras que más tarde se conocerían como Sumer y Elam, y en sus alrededores. *Así pues, Abraham, siendo Abram, era un verdadero sumerio.*

Esta información genealógica indica simplemente que Abraham era de un linaje especial. Su nombre sumerio, AB.RAM, significaba «Amado del Padre», un nombre apropiado para un hijo nacido cuando el padre tenía la avanzada edad de setenta años. El nombre del padre, Téraj, procedía del nombre-epíteto sumerio TIRHU, que designaba a un sacerdote oracular; es decir, un sacerdote que observaba las señales celestes o recibía mensajes oraculares de un dios y se los explicaba o se los transmitía al rey. El nombre de la esposa de Abram, SARAI (posteriormente *Sarah*, en hebreo), significaba «Princesa»; el nombre de la esposa de Najor, *Milkah*, significaba «Parecida a una reina»; ambos nombres sugieren una genealogía real. Y dado que más adelante se nos revela que la esposa de Abraham era su hermanastra («la hija de mi padre, pero no de mi madre», explica él), se deduce que la madre de Saray/Sara era de ascendencia real. Así pues, la familia pertenecía a uno de los más altos escalafones de Sumer, pues combinaba antepasados reales y sacerdotales.

Otra pista significativa para identificar la historia de la familia es la afirmación, que el mismo Abraham repite en más de una ocasión (cuando se encuentra con los reyes de Canaán y de Egipto), de ser un *Ibri*, un «hebreo». Esta palabra procede de la raíz *ABoR* (cruzarse, cruzar), de ahí que los expertos bíblicos supongan que, con esto, Abraham daba a entender que él había cruzado desde el otro lado del río Éufrates, es decir, desde Mesopotamia. Pero yo creo que este término era más específico. El nombre de la «Ciudad del Vaticano» de Sumer, *Nippur*, es la interpretación acadia del nombre original sumerio, NI.IBRU, «Lugar Espléndido de Cruce». Abram y sus descendientes, que en la Biblia reciben el nombre de hebreos, pertenecían a una familia que se identificaba a sí misma como *Ibru*, nipurianos. Esto vendría a sugerir que Téraj debió de ser, en un principio, sacerdote de Nippur, y se trasladó posteriormente a Ur para, finalmente, ir a Jarán, llevando consigo a su familia.

Si sincronizamos la cronología bíblica, la sumeria y la egipcia (tal como hicimos en *La guerra de los dioses y los hombres*), llegaremos

al año 2123 a. C. como fecha de nacimiento de Abraham. La decisión de los dioses de hacer del centro de culto de Nannar/Sin, Ur, la capital de Sumer y la entronización de Ur-Nammu tuvieron lugar en el año 2113 a. C. Poco después, los sacerdotes de Nippur y de Ur se combinaron por vez primera, y es muy probable que fuera entonces cuando el sacerdote nippuriano Tirhu se trasladó con su familia, en la que estaba su hijo Abram, de diez años, para servir en el templo de Nannar en Ur.

En el año 2095 a. C., cuando Abraham tenía veintiocho años y ya estaba casado, Téraj fue enviado a Jarán, y se llevó con él a su familia. Quizás no fuera pura coincidencia que fuera el mismo año en que Shulgi sucedió a Ur-Nammu. *La situación que se nos plantea es que los movimientos de esta familia estaban de algún modo vinculados a los acontecimientos geopolíticos de aquella época.* De hecho, cuando se elige a Abraham para que cumpla la orden divina de dejar Jarán para ir apresuradamente a Canaán es cuando el gran dios Marduk da el paso crucial de trasladarse a Jarán. *Ambas mudanzas tienen lugar el año 2048 a. C.: Marduk llega a Jarán para una estancia temporal, Abraham deja Jarán por el lejano Canaán.*

Sabemos por el Génesis que Abram tenía setenta y cinco años, es decir, era el año 2048 a. C., cuando Dios le dijo, «Vete de tu tierra, y de tu patria, y de la casa de tu padre»; es decir, deja Sumer, Nippur y Jarán, y ve «a la tierra que yo te mostraré». En cuanto a Marduk, un largo texto conocido como *La profecía de Marduk*, que el dios dirigió a la gente de Jarán (tablilla de arcilla, fig. 31), nos proporciona la pista que confirma el hecho y el momento de su traslado a Jarán: 2048 a. C. *Es imposible que ambos movimientos no estén relacionados.*

Pero 2048 a. C. fue también el año en que los dioses enlilitas decidieron liberarse de Shulgi, y ordenaron para él «la muerte de un pecador», decisión que señaló el fin de «vamos a intentarlo por medios pacíficos» y el regreso al conflicto agresivo; *y es imposible que esto, también, sea una simple coincidencia.* No, estos tres movimientos (el traslado de Marduk a Jarán, la partida de Abraham desde Jarán a Canaán y la supresión del decadente Shulgi) tenían que estar interconectados: *tres movimientos simultáneos e interrelacionados en la Divina Partida de Ajedrez.*

Como veremos, estos tres movimientos fueron tres peldaños de la cuenta atrás del día del Juicio.



Figura 31

Los veinticuatro años siguientes (desde 2048 hasta 2024 a. C.) fueron tiempos de fervor y de agitación religiosa, de diplomacia internacional e intriga, de alianzas militares y choques de ejércitos, de pugna por la superioridad estratégica. El espaciopuerto de la península del Sinaí y los demás emplazamientos espaciales fueron el centro de los acontecimientos una y otra vez.

Sorprendentemente, han sobrevivido diversos registros escritos de la antigüedad que no sólo nos proporcionan un esbozo de los hechos, sino también muchos detalles acerca de las batallas, las estrategias, las discusiones, los argumentos, los participantes y sus movimientos, y las decisiones cruciales que dieron como resultado el mayor desastre ocurrido en la Tierra desde el Diluvio.

Acrecentadas con las fórmulas de fechas y diversas referencias más, las principales fuentes para reconstruir aquellos dramáticos acontecimientos son los relevantes capítulos del Génesis, la autobiografía de Marduk (conocida como *La profecía de Marduk*), un grupo de tablillas de la «Colección Spartoli» del Museo Británico, conocidas como *Los textos de Kedorlaomer*, y un largo texto histórico/autobiográfico dictado por el dios Nergal a un escriba de confianza, un texto conocido como *La epopeya de Erra*. Al igual que en una película (un *thriller* de crímenes), en la cual los distintos testigos presen-

ciales y los protagonistas describen el mismo acontecimiento, cada uno a su modo, pero ofreciéndonos entre todos la historia real, en este caso podemos llegar al mismo resultado.

El principal movimiento de ajedrez de Marduk, en 2048 a. C., fue establecer su puesto de mando en Jarán. Con ello, le arrebató a Nannar/Sin esta vital encrucijada en el norte, y así separó a Sumer de las tierras septentrionales de los hititas. Además de la importancia militar de tal movimiento, Marduk privó con él a Sumer de sus lazos comerciales, vitales para su economía. Este movimiento también le permitió a Nabu «dirigir sus ciudades, encaminar su curso hacia el Gran Mar». Los nombres de lugares que aparecen en estos textos sugieren que las principales ciudades al oeste del río Éufrates quedaron bajo el control total o parcial del equipo padre-hijo, incluido el importantísimo Lugar de Aterrizaje.

Pero a Abraham/Abram se le ordenó ir a la parte más poblada de las Tierras del Oeste, a Canaán. Dejó Jarán, llevándose a su esposa y a su sobrino Lot consigo, y se desplazó rápidamente hacia el sur, deteniéndose sólo para rendir homenaje a su Dios en distintos sitios sagrados. Su destino era el Négueb, la árida región fronteriza con la península del Sinaí.

No permaneció allí mucho tiempo. Tan pronto como el sucesor de Shulgi, Amar-Sin, fue entronizado en Ur, en 2047 a. C., Abraham recibió instrucciones para que fuera a Egipto. Una vez allí, se encontró con el faraón reinante y se le proporcionaron «ovejas, vacas, asnos, siervos, siervas, asnas y camellos». La Biblia no dice ni una palabra sobre las razones por las cuales el faraón lo trató tan bien; sólo insinúa que el faraón, creyendo que Saray era únicamente la hermana de Abraham, supuso que éste se la ofrecía en matrimonio, detalle que sugiere que quizás se estuviera discutiendo un tratado. Y parece plausible que Abraham y el rey egipcio estuvieran manteniendo unas negociaciones internacionales al más alto nivel, pues el año en que Abraham volvió al Négueb, después de siete años de estancia en Egipto, en 2040 a. C., fue el mismo año en que los príncipes tebanos del Alto Egipto derrotaron a la anterior dinastía del Bajo Egipto, dando inicio al unificado Imperio Medio. *¡Otra coincidencia geopolítica!*

Abraham, reforzado ahora con hombres y camellos, volvió al Négueb justo a tiempo; su misión era ahora clara: defender la Cuarta Región con su espaciopuerto. Como revela la narración bíblica, ahora llevaba con él una fuerza de elite, de *Ne'arim*, término que normalmente se traduce por «hombres jóvenes»; pero los textos mesopotá-

micos utilizan el término paralelo LU.NAR («Hombres-NAR») para denotar hombres armados de caballería. Sugiero que Abraham, tras haber aprendido en Jarán las excelentes tácticas militares de los hititas, obtuvo en Egipto una fuerza de choque de caballeros montados sobre camellos. Su base en Canaán fue nuevamente el Négueb, la región fronteriza con la península del Sinaí.

Y llegó justo a tiempo, pues un poderoso ejército (legiones de una alianza de reyes enlilitas) estaba en camino no sólo para aplastar y castigar a las «ciudades pecadoras», que habían cambiado su fidelidad a «otros dioses», sino también para capturar el espaciopuerto.

Los textos sumerios que hablan del reinado de Amar-Sin, el hijo y sucesor de Shulgi, nos dicen que, en 2041 a. C., Amar-Sin lanzó su mayor (y última) expedición militar contra las Tierras del Oeste, que habían caído bajo el hechizo de Marduk-Nabu. Esto suponía una invasión de un alcance sin igual a cargo de una alianza internacional, en la cual se atacaría no sólo las ciudades de los hombres, sino también las fortalezas de los dioses y de sus descendientes.

Era, de hecho, un acontecimiento tan grande y tan inusitado, que la Biblia le dedica íntegramente un capítulo: Génesis, capítulo 14. Los expertos bíblicos lo llaman «la Guerra de los Reyes», pues tiene su punto álgido en una gran batalla entre un ejército de cuatro «reyes del Este» y las fuerzas combinadas de cinco «reyes del Oeste», y culmina con una notable hazaña militar a cargo de los veloces caballeros de Abraham.

La Biblia comienza su relato de esta gran guerra internacional haciendo una relación de los reyes y los reinos del Este que «vinieron e hicieron la guerra» en el Oeste:

Aconteció
en los días de Amrafel, rey de Senaar,
de Aryok, rey de Ellasar,
de Kedorlaomer, rey de Elam,
y de Tidal, rey de Goyim.

El asiriólogo Theophilus Pinches fue el primero en llamar la atención de los expertos sobre el grupo de tablillas denominadas *Los textos de Kedorlaomer*, en una conferencia pronunciada en el Victoria Institute de Londres, en 1897. En estas tablillas se describen claramente los mismos acontecimientos que constituyen la gran guerra

internacional del capítulo 14 del Génesis, aunque con mucho más detalle; es bastante posible, de hecho, que estas tablillas constituyeran la fuente de los autores bíblicos. En ellas, se identifica a «Kedorlaomer, rey de Elam» como el rey elamita Kudur-Laghamar, del que tenemos constancia por registros históricos. «Aryok» ha sido identificado como ERI.AKU («Sirviente del dios Luna»), que reinó en la ciudad de Larsa (la bíblica Ellasar); y Tidal se ha identificado como Tud-Ghula, un vasallo del rey de Elam.

A lo largo de los años, se ha debatido mucho sobre la identidad de «Amrafel, rey de Senaar», y se han hecho multitud de sugerencias, incluso la de identificarle con Hammurabi, un rey babilonio que vivió varios siglos después. Senaar era el nombre bíblico de Sumer, no de Babilonia, de modo que, ¿quién era el rey de Sumer en tiempos de Abraham? En *La guerra de los dioses y los hombres*, he sugerido convincentemente que la palabra hebrea no debería haberse leído como Amra-Phel, sino como *Amar-Phel*, del sumerio AMAR.PAL (una variante de AMAR.SIN), cuyas fórmulas de fechas atestiguan que, ciertamente, en 2041 a. C., puso en marcha la Guerra de los Reyes.

Esta coalición de la que habla la Biblia, plenamente identificada ya, estuvo dirigida por los elamitas, detalle corroborado por los datos mesopotámicos, que destacan la reemergencia del liderazgo de Ninurta en la contienda. La Biblia también fecha esta invasión de Kedorlaomer, indicando que tuvo lugar catorce años después de la anterior incursión elamita en Canaán, otro detalle que se adecua a los datos de tiempos de Shulgi.

Sin embargo, la ruta de la invasión fue diferente en esta ocasión: atajando distancias en Mesopotamia mediante el arriesgado paso de una franja del desierto, los invasores evitaron las zonas costeras del Mediterráneo, densamente pobladas, al descender por la ribera oriental del río Jordán. La Biblia hace una relación de los lugares donde se dirimieron las batallas y quiénes, entre las fuerzas enlilitas, combatieron allí; la información indica que se intentaron saldar cuentas con antiguos adversarios (los descendientes de los matrimonios mixtos de los igigi, e incluso los descendientes de Zu, el Usurpador), que evidentemente dieron su apoyo a los levantamientos contra los enlilitas. Pero no se perdió de vista el objetivo principal: *el espaciopuerto*. Las fuerzas invasoras siguieron lo que desde tiempos bíblicos se conoce como la Calzada del Rey, que discurre de norte a sur por la ribera oriental del Jordán. Pero cuando viraron hacia el

oeste, en dirección a la entrada de la península del Sinaí, se encontraron con unas fuerzas que les bloquearon el paso: Abraham y sus caballeros (fig. 32).

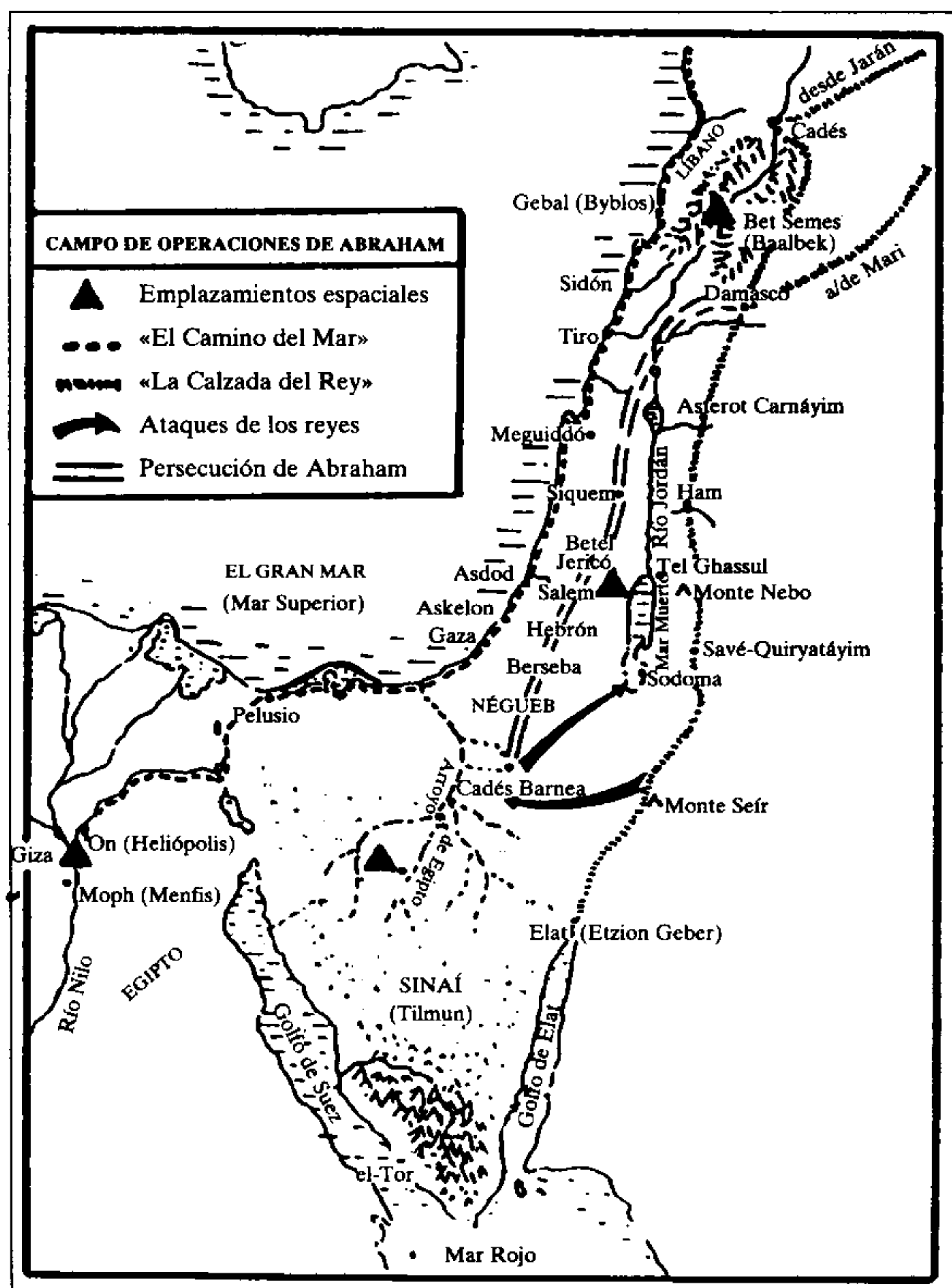


Figura 32

Los textos de Kedorlaomer dicen que el camino estaba bloqueado en la ciudad que se halla a las puertas de la península, la ciudad de Dur-Mah-Ilani («el gran lugar fortificado de los dioses»), que la Biblia denomina Cadés Barnea:

El hijo del sacerdote,
a quien los dioses habían ungido en verdadero consejo,
el saqueo ha impedido.

Sugiero que «el hijo del sacerdote», ungido por los dioses, era Abram, el hijo del sacerdote Téraj.

En una tablilla de fórmulas de fechas perteneciente a Amar-Sin, inscrita en ambos lados (fig. 33), se alardea de la destrucción de NEIB. RU.UM, «el lugar de pastoreo de *Ibru'um*». De hecho, no hubo batalla a las puertas del espaciopuerto; la mera presencia de las fuerzas de choque de Abram persuadió a los invasores para que dieran la vuelta, en busca de objetivos más ricos y lucrativos. Pero si la referencia que se hace es ciertamente a Abram, con su nombre, nos ofrece una vez más una extraordinaria corroboración extrabíblica del registro patriarcal, a despecho de quién se atribuyera la victoria.



Figura 33

Frustrados en su intento de penetrar en la península del Sinaí, el Ejército del Este enfiló hacia el norte. El mar Muerto era entonces más pequeño; el actual apéndice sur aún no estaba sumergido, y era entonces una rica y fértil llanura, con granjas, campos de labranza y centros de comercio.

Entre las poblaciones de la región había cinco ciudades, entre las que estaban las infames Sodoma y Gomorra. Dirigiéndose hacia el norte, los invasores se enfrentaron entonces a las fuerzas combinadas de lo que la Biblia llama «las cinco ciudades pecadoras». Y, según dice la Biblia, fue allí donde los cuatro reyes lucharon y derrotaron a los cinco reyes. Después de saquear las ciudades y tomar cautivos, los invasores emprendieron el regreso, esta vez por la ribera oeste del Jordán.

La atención que la Biblia presta a aquellas batallas podría haber terminado con este regreso, si no fuera por el hecho de que el sobrino de Abraham, Lot, que vivía en Sodoma, estaba entre los cautivos. Un evadido de Sodoma le dijo a Abraham lo que había ocurrido, y éste «movilizó a sus bien entrenados hombres, trescientos dieciocho de ellos, y emprendió la persecución». Su caballería alcanzó a los invasores muy al norte, cerca de Damasco (*véase* fig. 32), liberó a Lot y recuperó «su hacienda». La Biblia registra la hazaña como «la derrota de Kedorlaomer y de los reyes que con él estaban» a manos de Abram.

Los registros históricos sugieren que, aun con lo audaz y extensa que había sido la Guerra de los Reyes, no consiguió suprimir el auge de Marduk-Nabu. Sabemos que Amar-Sin murió en el año 2039 a. C. (no cayó bajo la lanza de un enemigo, sino bajo la picadura de un escorpión), y le sustituyó en 2038 a. C. su hermano Shu-Sin. Los datos de sus nueve años de reinado dan cuenta de dos incursiones militares hacia el norte, pero ninguna hacia el oeste, y hablan en su mayor parte de sus medidas defensivas, que basó principalmente en la construcción de nuevas secciones en la Muralla del Oeste frente a los ataques de los amorreos.

Sin embargo, las defensas se iban situando cada vez más cerca del corazón de Sumer, en tanto se iba encogiendo el territorio controlado desde Ur.

Para cuando ascendió al trono el siguiente (y último) rey de la dinastía de Ur III, Ibbi-Sin, los invasores del oeste habían atravesado la muralla defensiva y se estaban enfrentando a la «legión extranjera» de Ur, las tropas elamitas, en territorio sumerio. Dirigiendo

y animando a las tropas occidentales hacia el anhelado objetivo estaba Nabu, en tanto su divino padre, Marduk, esperaba en Jarán la reconquista de Babilonia.

Los grandes dioses, convocados en urgente consejo, aprobaron la toma de medidas extraordinarias, unas medidas que cambiarían para siempre el futuro.

6

.

LO QUE EL VIENTO SE LLEVÓ

La utilización de «armas de destrucción masiva» en Oriente Próximo es una de las causas del miedo a que se hagan realidad las profecías del Harmagedón. Pero lo triste del hecho es que la escalada del conflicto (entre dioses, no entre hombres) llevó a la utilización de armas nucleares, precisamente allí, hace cuatro mil años. Si alguna vez hubo un acto del todo lamentable, y con las consecuencias más inesperadas, ese acto se produjo allí.

Es un hecho, y no una ficción, que la primera vez que se utilizaron en la Tierra armas nucleares no fue en 1945 d. C., sino en 2024 a. C. El fatídico acontecimiento se describe en diversos textos de la antigüedad, a partir de los cuales se puede reconstruir y poner en contexto el qué y el cómo, el por qué y el quién. Entre esas fuentes antiguas se encuentra la Biblia hebrea, pues el primer patriarca hebreo, Abraham, fue testigo presencial del terrorífico desastre.

El fracaso de la Guerra de los Reyes a la hora de someter a los «países rebeldes» desanimó evidentemente a los enlilitas, al tiempo que exaltó los ánimos de los mardukitas, pero los acontecimientos no se quedaron en eso. Siguiendo instrucciones de Enlil, Ninurta emprendió la construcción de unas instalaciones espaciales alternativas al otro lado del planeta; concretamente, en lo que ahora es Perú, en Sudamérica. Los textos indican que el mismo Enlil pasaba largos períodos de tiempo lejos de Sumer. La ausencia de estos dioses llevó a los dos últimos reyes de Sumer, Shu-Sin e Ibbi-Sin, a flaquear en sus fidelidades, de ahí que comenzaran a rendir homenaje a Enki en su centro sumerio de Eridú. Y también trajo consigo la pérdida de control sobre la «legión extranjera» elamita, pues en los registros de la época se habla de «sacrilegios» por parte de las tropas elamitas. Tanto los dioses como los hombres estaban cada vez más indignados con ellos.

Pero Marduk se enfureció especialmente con los elamitas al enterarse del saqueo, la destrucción y las profanaciones habidas en su querida Babilonia. Se recordará que, la última vez que estuvo allí, su hermanastro Nergal le persuadió para que se fuera pacíficamente y no volviera hasta que el tiempo celeste llegara a la era del Carnero. Y así lo hizo, después de que Nergal le diera su solemne palabra de que nada se alteraría ni se profanaría en Babilonia. Pero ocurrió todo lo contrario. Marduk montó en cólera cuando se enteró de que los «indignos» elamitas habían profanado su templo: «El templo de Babilonia lo han convertido en guarida de perros; los cuervos, graznando estridentemente, arrojan allí sus excrementos».

Desde Jarán, Marduk gritó a los grandes dioses: «¿Hasta cuándo?» ¿Aún no ha llegado mi tiempo?, preguntaba en su autobiografía profética:

Oh, grandes dioses, aprended mis secretos
mientras me ciño el cinturón, a la memoria me vienen los recuerdos.
Yo soy el divino Marduk, un gran dios.
Fui desterrado por mis pecados,
a las montañas he ido.
En muchas tierras he errado, vagabundo.
Fui desde donde el sol se eleva hasta donde se pone.
A las tierras altas de Hatti llegué.
En el País de Hatti pedí un oráculo;
en él pregunté: «¿Hasta cuándo?»

«En medio de Jarán, veinticuatro años anidé —continuaba Marduk—. ¡Mis días se han completado!» Había llegado el momento, dijo, de emprender el camino hasta su ciudad (Babilonia), «para reconstruir mi templo y establecer mi morada imperecedera». Visionario impenitente, Marduk anhelaba ver su templo, el E.SAG.ILA («templo cuya cabeza es elevada») irguiéndose como una montaña sobre una plataforma en Babilonia, denominándolo «la casa de mi alianza». Anticipaba que Babilonia perduraría para siempre, con un rey de su agrado allí instalado, en una ciudad llena de alegría, una ciudad que Anu bendeciría. Marduk profetizaba que los tiempos mesiánicos «ahuyentarán el mal y la mala suerte, trayendo el amor materno a la humanidad».

El año en que se cumplieron sus veinticuatro años de estancia en Jarán, en 2024 a. C., hacía setenta y dos años que Marduk había accedido a abandonar Babilonia y esperar el oracular tiempo celeste.

El «¿hasta cuándo?» de Marduk a los grandes dioses no era infundado, pues los líderes de los anunnaki se reunían en consejo para consultar de modo constante, tanto formal como informalmente. Alarmado por el empeoramiento de la situación, Enlil regresó apresuradamente a Sumer, y se quedó horrorizado al enterarse de que las cosas habían ido a peor incluso en la misma Nippur. Se convocó a Ninurta para que explicara el por qué de la mala conducta de los elamitas, pero Ninurta le echó toda la culpa a Marduk y a Nabu. Se convocó a Nabu y «Ante los dioses, el hijo de su padre llegó». Su principal acusador era Utu/Shamash, quien, describiendo la grave situación, dijo, «Nabu ha sido el causante de todo esto». Hablando en nombre de su padre, Nabu culpó a Ninurta, y resucitó las antiguas acusaciones contra Nergal en lo referente a la desaparición de los instrumentos de monitorización antediluvianos y el fracaso a la hora de impedir los sacrilegios en Babilonia; se enzarzó en una discusión a voz en grito con Nergal y, «mostrando falta de respeto... a Enlil mal le habló: No hay justicia, se concibió la destrucción, Enlil hizo que se planeara el mal contra Babilonia». Era una acusación sin precedentes contra el Señor del Mando.

Enki intervino, pero lo hizo para defender a su hijo, no para defender a Enlil. ¿De qué se acusaba en realidad a Marduk y a Nabu?, preguntó. Su cólera iba dirigida especialmente contra su hijo Nergal: «¿Por qué sigues oponiéndote?», le preguntó. Ambos discutieron acaloradamente, hasta que Enki le gritó a Nergal que se apartara de su presencia. El consejo de los dioses se disolvió en el desconcierto.

Pero todos aquellos debates, acusaciones y contraacusaciones estaban teniendo lugar frente a un hecho del que todos eran cada vez más conscientes, un hecho al que Marduk se refería como el Oráculo Celeste: con el transcurso del tiempo, con el crucial cambio de un grado en el reloj de las precesiones, la era del Toro, la era zodiacal de Enlil, estaba tocando a su fin, y la era del Carnero, la era de Marduk, se cernía en los cielos. Ninurta pudo verla llegar en su templo del Eninnu, en Lagash (el que Gudea había construido); Ningishzidda/Thot pudo confirmarlo desde todos los círculos de piedras que había levantado por todas partes en la Tierra; y el pueblo también lo sabía.

Fue entonces cuando Nergal, infamado por Marduk y por Nabu, y rechazado por su padre, Enki, «consultó consigo mismo» y concibió la idea de recurrir a las «terroríficas armas». No sabía dónde estaban

escondidas, pero sabía que estaban en la Tierra, guardadas en un lugar subterráneo secreto (según un texto catalogado como CT-xvi, líneas 44-46, en algún lugar de África, en los dominios de su hermano Gibil):

Aquellas siete, en las montañas seguían;
en una cavidad dentro de la tierra moraban.

Basándonos en nuestro actual nivel de tecnología, podría tratarse de siete ingenios nucleares: «Vestidas con el terror, se precipitaron con un resplandor». Se trajeron involuntariamente a la Tierra desde Nibiru, y se ocultaron mucho tiempo atrás en un lugar seguro y secreto; Enki sabía dónde estaban, pero también lo sabía Enlil.

En un consejo de guerra de los dioses, del cual no avisaron a Enki, se votó seguir la sugerencia de Nergal para darle a Marduk un golpe de castigo. Estaban en comunicación constante con Anu: «Anu a la Tierra las palabras habló, la Tierra a Anu las palabras pronunció». Anu dejó claro que su autorización para llevar a cabo aquel acto sin precedentes se limitaba a privar a Marduk del espaciopuerto del Sinaí, pero que no debían resultar dañados ni los dioses ni el pueblo: «Anu, señor de los dioses, de la Tierra tuvo piedad», afirman los registros antiguos. Los dioses eligieron a Nergal y a Ninurta para llevar a cabo la misión, dejándoles absolutamente claro su alcance limitado y sus condiciones.

Pero no fue eso lo que ocurrió: La «ley de las consecuencias involuntarias» volvió a demostrarse, pero a una escala catastrófica.

Con posterioridad a la catástrofe, que trajo la muerte de multitud de personas y la desolación de Sumer, Nergal le dictó a un escriba de su confianza su propia versión de los hechos, en un intento por exonerarse de la tragedia. Este extenso texto se conoce como *La epopeya de Erra*, pues cita a Nergal con el epíteto de *Erra* («el Aniquilador») y a Ninurta como *Ishum* («el Abrasador»). Y podemos ensamblar la verdadera historia de lo sucedido añadiéndole a este texto información procedente de otras fuentes sumerias, acacias y bíblicas.

Así, nos encontramos con que, en cuanto la decisión estuvo tomada, Nergal se trasladó apresuradamente a los dominios africanos de Gibil para encontrar y recuperar las armas. Ni siquiera esperó a Ninurta que, para su consternación, se enteró de que Nergal estaba

haciendo caso omiso de los límites marcados, y que iba a utilizar las armas indiscriminadamente para saldar algunas cuentas personales: «Aniquilaré al hijo, y que el padre lo entierre; luego, mataré al padre, y que nadie lo entierre», fanfarroneaba Nergal.

Mientras discutían, se enteraron de que Nabu no se había quedado sentado: «Desde su templo, dio el paso para dirigir todas sus ciudades, hacia el Gran Mar se encaminó; al Gran Mar entró, se sentó sobre un trono que no era suyo». Nabu no sólo estaba convirtiendo a los habitantes de las ciudades occidentales, ¡estaba apoderándose de las islas del Mediterráneo e instaurándose como soberano! Eso llevó a Nergal/Erra a argüir que la destrucción del espaciopuerto no iba a ser suficiente: Nabu, y las ciudades que se habían puesto de su lado, tenían que recibir el castigo también, ¡tenían que ser destruidos!

Ahora, con dos objetivos, el equipo Nergal-Ninurta tomó conciencia de que había otro problema: ¿acaso la destrucción del espaciopuerto no haría sonar la alarma, advirtiendo a Nabu y a sus pecadores seguidores para que escaparan? Revisaron sus objetivos y dieron con la solución repartiéndose el trabajo: Ninurta atacaría el espaciopuerto, mientras que Nergal atacaría las «ciudades pecadoras» cercanas. Pero, mientras acordaban todo esto, Ninurta comenzó a dudar de nuevo; insistió en que no sólo habría que advertir previamente a los *anunnaki* que atendían las instalaciones espaciales, sino que habría que advertir también a algunas personas: «Valeroso Erra –le dijo a Nergal–, ¿acaso vas a destruir a los justos junto con los injustos? ¿Destruirás a aquellos que no han pecado contra ti junto con aquellos otros que sí que han pecado contra ti?».

Los textos antiguos dicen que Ninurta terminó persuadiendo a Nergal/Erra: «Las palabras de Ishum aplacaron a Erra como un aceite fino». Y así, una mañana, Ninurta y Nergal, repartiéndose entre ellos los siete explosivos nucleares, partieron hacia tan trágica misión:

El héroe Erra se puso en marcha,
recordando las palabras de Ishum.
Ishum también partió,
de acuerdo con la palabra dada,
con el corazón encogido.

Los textos de los que podemos disponer llegan incluso a decirnos quién fue a cada objetivo: «Ishum al Monte Más Supremo puso su rumbo» (sabemos, por *La epopeya de Gilgamesh*, que el espacio-

puerto estaba junto a este monte). «Ishum levantó la mano: el monte se hizo pedazos... Lo que una vez se elevó hacia Anu para lanzar hizo que se marchitara, su rostro hizo desaparecer, su lugar asoló.» Con una sola explosión nuclear, Ninurta arrasó el espaciopuerto y sus instalaciones.

El texto antiguo cuenta después lo que hizo Nergal: «Emulando a Ishum, Erra siguió la Calzada del Rey, acabó con las ciudades, en desolación las convirtió»; su objetivo estaba al sur del mar Muerto; eran las «ciudades pecadoras», cuyos reyes habían formado la alianza contra los reyes del Este.

Y así, en el año 2024 a. C., se arrojaron armas nucleares en la península del Sinaí y en la cercana llanura del mar Muerto; y el espaciopuerto y las cinco ciudades dejaron de existir.

Sorprendentemente, aunque no tanto si se comprende la historia de Abraham y su misión de la forma en que la hemos explicado, es en este acontecimiento apocalíptico donde convergen el relato bíblico y los textos mesopotámicos.

Sabemos por los textos mesopotámicos que guardan relación con este evento que, tal como se había establecido, los anunnaki que custodiaban el espaciopuerto fueron advertidos: «Los dos [Nergal y Ninurta], incitados para perpetrar su maldad, hicieron que los guardianes se apartaran; los dioses de aquel lugar lo abandonaron; sus protectores subieron a las alturas del cielo». Pero, mientras los textos mesopotámicos reiteran que «los dos hicieron huir a los dioses, les hicieron huir para no abrasarse», son sin embargo ambiguos en lo referente a si también se avisó con tiempo a las gentes de las ciudades condenadas. Es aquí donde la Biblia proporciona los detalles perdidos. En el Génesis, leemos que tanto Abraham como su sobrino Lot sí que fueron advertidos, pero no el resto de los habitantes de las «ciudades pecadoras».

El relato bíblico, además de arrojar luz sobre los aspectos «catastróficos» del acontecimiento, ofrece detalles que clarifican sorprendentemente muchos aspectos de los dioses en general y de su relación con Abraham en particular. La historia comienza en el capítulo 18 del Génesis, cuando Abraham, por entonces con noventa y nueve años de edad, está descansando en la entrada de su tienda, bajo el cálido sol del mediodía. Abraham «levantó los ojos» y, de repente, vio «a tres individuos parados delante de él». Si bien se les denomi-

na *Anashim*, «hombres», había algo diferente, algo inusual en ellos, pues Abraham salió rápidamente de la tienda y se postró ante ellos; y, refiriéndose a sí mismo como su siervo, les lavó los pies y les ofreció comida. Finalmente, se nos dice que eran tres seres divinos.

Cuando se marchan, su jefe, identificado ahora como el Señor Dios, decide revelarle a Abraham la misión del trío: determinar si Sodoma y Gomorra son verdaderamente ciudades pecadoras, si su destrucción estaría justificada. Mientras dos de los tres seres divinos continúan su camino hacia Sodoma, Abraham se acerca a Dios y *le reprocha (!)* la acción que pretende llevar a cabo con idénticas palabras a las que aparecen en el texto mesopotámico: *¿Así que vas a borrar al justo con el malvado?* (Génesis 18, 23).

Lo que viene a continuación es una increíble sesión de regateo entre el Hombre y Dios. «Si hubiera cincuenta justos en la ciudad, ¿los destruirías, no perdonarías la ciudad por los cincuenta justos que hubiere dentro?», le pregunta Abraham a Dios. Y cuando se le dice que, bueno, que perdonaría la ciudad si hubiera en ella cincuenta justos, Abraham dice: ¿Y qué pasaría si hubiera cuarenta? ¿Qué pasaría si hubiera treinta? Y así sucesivamente, rebajando el número de justos hasta llegar a diez... «Y Yahveh partió así que hubo acabado de conversar con Abraham, y éste volvió a su lugar.»

Los otros dos seres divinos (la continuación del relato, en el capítulo 19, les llama *Mal'ajim*, literalmente «emisarios», pero normalmente se traduce por «ángeles») llegaron a Sodoma al anochecer. Lo acontecido allí les confirmó la maldad de la gente y, al amanecer, instaron al sobrino de Abraham, Lot, a que escapara con toda su familia, pues «Yahveh está a punto de destruir la ciudad». La familia, algo lenta, pidió más tiempo, y uno de los «ángeles» accedió a demorar la destrucción el tiempo suficiente como para que Lot y su familia pudieran llegar a las montañas, donde estarían a salvo.

«Se levantó Abraham de madrugada... y dirigió la vista hacia Sodoma y Gomorra, y hacia las tierras de la llanura, y miró, y he aquí que subía una humareda de la tierra cual el humo de un horno.»

Abraham tenía entonces noventa y nueve años; al haber nacido en 2123 a. C., la destrucción de Sodoma y Gomorra tuvo que ocurrir en el año 2024 a. C.

El punto de encuentro entre los textos mesopotámicos y el relato bíblico del Génesis en lo referente a la destrucción de Sodoma y Gomorra es, al mismo tiempo, una de las confirmaciones más significativas de la veracidad de la Biblia en general y de la condición y el

papel de Abraham en particular; y, sin embargo, es uno de los pasajes que más rehuyen los teólogos y otros expertos, por cuanto el relato de lo acontecido el día anterior, el día en que tres seres divinos («ángeles» que parecían hombres) fueron a visitar a Abraham, encaja demasiado bien con la hipótesis de los «astronautas de la antigüedad». Aquellos que cuestionan la Biblia o que tratan los textos mesopotámicos como simples mitos han intentado explicar la destrucción de Sodoma y Gomorra como una catástrofe natural, cuando la versión bíblica confirma en dos ocasiones que la «destrucción» por «fuego y azufre» no fue una catástrofe natural, sino un evento *premeditado, posponible e incluso cancelable*: la primera vez, cuando Abraham regateó con el Señor para que perdonara las ciudades, para que no destruyera al justo con el injusto; y la segunda vez cuando su sobrino Lot logró que se pospusiera la destrucción.

Las fotografías de la península del Sinaí realizadas desde el espacio (fig. 34) siguen mostrando una gigantesca cavidad y una visible fractura de la superficie de la Tierra allí donde tuvieron lugar las ex-



Figura 34

plosiones nucleares. Por toda la zona hay esparcidas hasta el día de hoy restos triturados de rocas quemadas y ennegrecidas (fig. 35), que tienen una proporción extremadamente inusual de isótopos de uranio-235, lo cual indica, según los expertos, la exposición de estas rocas a *un inmenso calor repentino de origen nuclear*.

La destrucción de las ciudades en la llanura del mar Muerto provocó que la costa sur del mar se desmoronara, inundando así la otrora



Figura 35

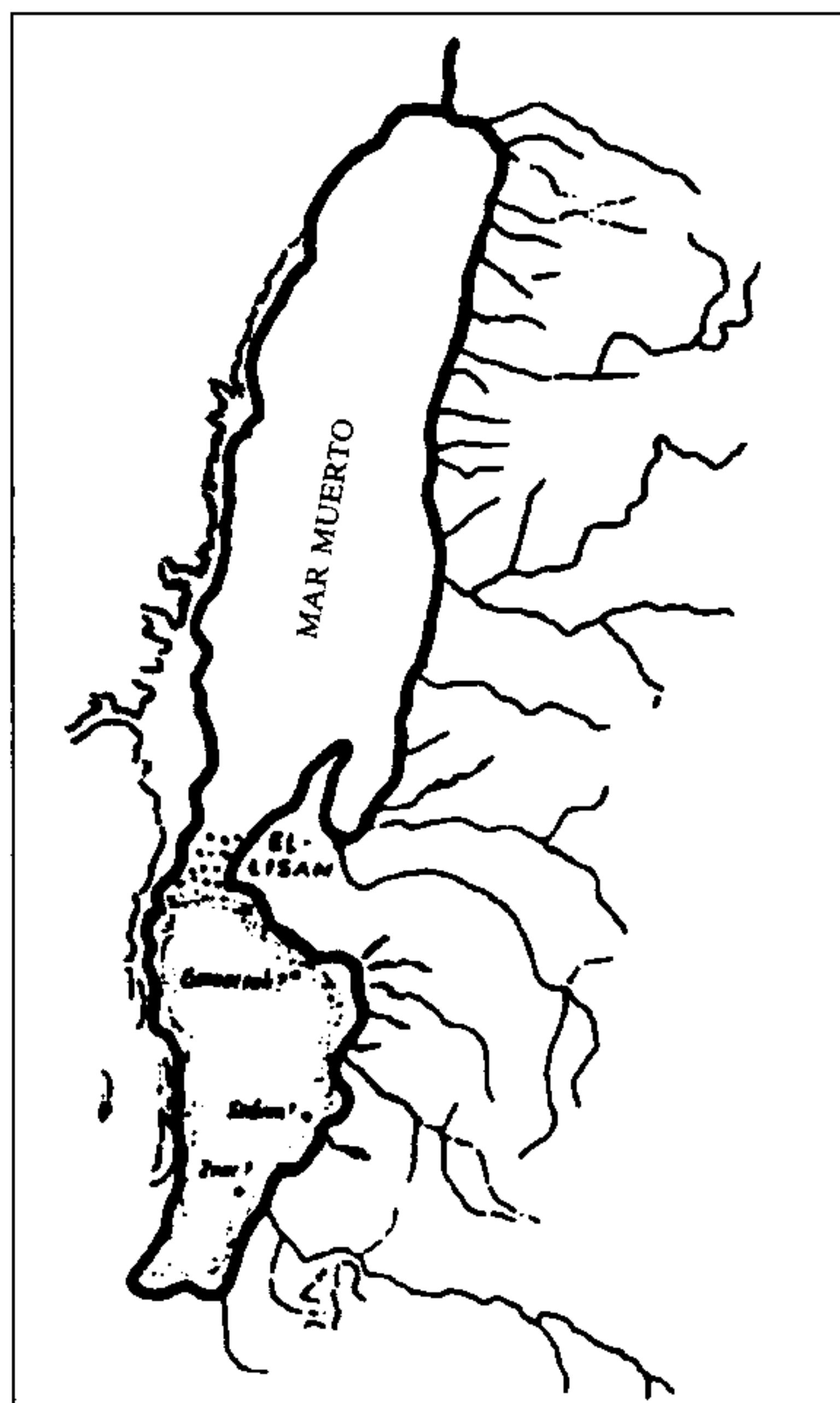


Figura 36

fértil región y llevando a la aparición de un añadido que, hasta el día de hoy, queda separado del resto del mar Muerto por una barrera denominada la Lengua (fig. 36).

Las exploraciones de los arqueólogos israelíes en el lecho del mar han revelado la existencia de enigmáticas ruinas sumergidas, pero el reino hachemita de Jordania, en cuya mitad del mar Muerto se hallan las ruinas, no ha permitido posteriores exploraciones. Curiosamente, los textos mesopotámicos confirman el cambio topográfico, e incluso sugieren que el mar se convirtió en mar Muerto como consecuencia de la explosión nuclear. Dicen que Erra, «Socavó el

mar, su totalidad dividió; lo que vive en él, hasta los cocodrilos, hizo marchitar».

Pero resultó que los dos dioses destruyeron mucho más que el espaciopuerto y las ciudades pecadoras. Como consecuencia de las explosiones nucleares,

Una tormenta, el Viento Maligno,
recorrió los cielos.

Y comenzó una reacción en cadena de consecuencias imprevistas.

Los registros históricos demuestran que la civilización sumeria se desmoronó en el sexto año del reinado de Ibbi-Sin en Ur, en 2024 a. C. Y, como recordará el lector, fue el mismo año en que Abraham contaba noventa y nueve años de edad...

Los expertos pensaron al principio que unos «invasores bárbaros» habían devastado Ur, la capital de Sumer; pero no encontraron ninguna evidencia de tal invasión. Entonces se descubrió un texto titulado *Lamentación sobre la desolación de Ur*, descubrimiento que desconcertó a los expertos, pues en el texto no se lamentaba la destrucción física de Ur, sino su «abandono»: los dioses que habían vivido allí la abandonaron, la gente que la habitaba desapareció, los establos estaban vacíos; los templos, las casas, los rediles estaban intactos... en pie, pero vacíos.

Otros textos de lamentaciones se descubrieron después, y en ellos no sólo se lamentaban por Ur, sino por toda Sumer. También aquí se hablaba de «abandono»: no sólo los dioses de Ur, Nannar y Ningal, abandonaron la ciudad; Enlil, «el toro salvaje», abandonó su amado templo en Nippur, y también se fue su esposa Ninlil. Ninmah abandonó su ciudad, Kish; Inanna, «la reina de Erech», abandonó Erech; Ninurta dejó su templo, el Eninnu; su esposa, Bau, también se fue de Lagash.

Las ciudades sumerias, una tras otra, se relacionan en los textos como «abandonadas», sin dioses, sin gente, sin animales. Los expertos, desconcertados, se preguntaban si habría acaecido alguna «grave catástrofe», una misteriosa calamidad que había afectado a la totalidad de Sumer. ¿Qué podría ser?

La respuesta al enigma estaba justo ahí, en los mismos textos: *Se lo llevó el viento.*

No, no es un juego de palabras sobre el título de la famosa película.* Ése era el estribillo de los *Textos de Lamentaciones*: Enlil ha abandonado su templo, «se lo ha llevado el viento». Ninlil, de su templo, «se la ha llevado el viento». Nannar ha abandonado Ur; sus rediles «se los ha llevado el viento»; y así una y otra frase. Los expertos han supuesto que esta repetición de palabras era un artificio literario, un estribillo que los autores repetían una y otra vez para destacar su pesar. Pero no era en modo alguno un artificio literario, era una verdad literal: *Sumer y sus ciudades quedaron literalmente vacías a consecuencia del viento*.

Un «*Viento Maligno*», dicen las lamentaciones (y más tarde otros textos), llegó y provocó «una catástrofe; una catástrofe desconocida para los hombres, aconteció en el país». Fue un *Viento Maligno* que «asoló las ciudades, asoló las casas, establos y rediles seguían allí, pero no quedó nada con vida»; hasta «los ríos de Sumer corren con agua que es amarga, en los otrora campos de cultivo crecen ahora las malas hierbas; en las llanuras, las plantas se han marchitado». Toda forma de vida había desaparecido. Era una catástrofe como nunca antes se había dado...

Sobre el país de Sumer cayó una calamidad,
desconocida para los hombres.
una calamidad como nunca antes se había visto,
una calamidad que no se podía resistir.

El Viento Maligno trasportaba una forma de muerte de la cual no había escapatoria: era una muerte «que recorre las calles, que anda suelta por los caminos... el muro más alto, el muro más grueso, lo atraviesa como una marea; no hay puerta que pueda mantenerla afuera, ni cerrojo que la haga retroceder». Los que se ocultaban tras las puertas caían muertos tras ellas; los que huían a las azoteas, morían en las azoteas. Era una muerte invisible: «Se para al lado de un hombre, pero nadie puede verla; cuando entra en una casa, su apariencia es desconocida». Era una muerte horripilante: «Toses y flemas debilitaban el pecho, la boas se llenaba de saliva, les sobrevenía la mudez y el aturdimiento... una abrumadora mudez... un dolor de cabeza». Cuando el Viento Maligno agarraba a sus víctimas, «se les

* N. del T.: En el original inglés, *Gone with the wind*, que coincide con el título de la película *Lo que el viento se llevó*.

empapaba la boca de sangre». Había muertos y moribundos por todas partes.

Los textos dejan claro que el Viento Maligno, «llevó las tinieblas de ciudad en ciudad», no era una catástrofe natural; fue el resultado de una decisión deliberada de los grandes dioses. Tuvo su origen en «una gran tormenta que Anu ordenó, una [decisión] nacida del corazón de Enlil». Y fue el resultado de un único acontecimiento, «engendrado en un único engendramiento, en un destello relampagueante», un acontecimiento que tuvo lugar lejos, en el oeste: «De entre las montañas ha venido, de la llanura de la No-Piedad ha venido... Como un veneno amargo de los dioses, desde el oeste ha venido».

Que el hecho de que el Viento Maligno tuviera su origen en una explosión nuclear en la península del Sinaí y en sus cercanías queda claro cuando los textos afirman que los dioses sabían su origen y su causa: *una deflagración, una explosión*:

Una explosión maligna anunció la siniestra tormenta,
una explosión maligna fue su precursora.
Poderosos descendientes, hijos valerosos,
fueron los heraldos de la peste.

Los autores de los textos de lamentaciones, los mismos dioses, nos dejaron un registro vivo de lo sucedido. Tan pronto como Ninurta y Nergal lanzaron las terroríficas armas desde el cielo, «esparcieron rayos aterradores, abrasándolo todo como el fuego». La tormenta resultante «se creó en un destello relampagueante». Después, se elevó en el cielo una «densa nube fatal (el «hongo» atómico), seguido de «fuertes ráfagas de viento... una tempestad que abrasa los cielos». Fue un día difícil de olvidar:

Aquel día,
cuando el cielo crujió
y la Tierra fue herida,
arrasada su faz por el remolino,
cuando los cielos se oscurecieron
y cubrieron como con una sombra.
Aquel día nació el Viento Maligno.

Los distintos textos atribuyen el venenoso remolino a la explosión habida en «el lugar donde los dioses ascienden y descienden», a la destrucción del espaciopuerto, más que a la destrucción de las «ciu-

dades pecadoras». Fue allí, «en medio de las montañas», donde el hongo nuclear se elevó con un destello brillante; y fue de allí desde donde los vientos predominantes, procedentes del Mediterráneo, transportaron la venenosa nube nuclear hacia el este, hacia Sumer, donde no hubo destrucción, pero sí una silenciosa aniquilación, que llevó la muerte a todos los seres vivos a través del aire envenenado.

Es evidente en todos los textos relevantes que, con la posible excepción de Enki, que protestó y advirtió de los peligros de la utilización de las armas terroríficas, ninguno de los dioses implicados esperaba que fuera a suceder lo que sucedió finalmente. La mayoría de ellos había nacido en la Tierra; y, para ellos, los relatos de guerras nucleares en Nibiru eran cuentos de ancianos. ¿Acaso Anu, que lo debía de saber mejor, pensó que quizás las armas, ocultas durante tanto tiempo, no funcionarían? ¿Acaso Enlil y Ninurta, que habían venido de Nibiru, dieron por supuesto que los vientos, si es que los había, llevarían la nube atómica hacia los desiertos desolados que forman actualmente Arabia? No hay una respuesta satisfactoria para esto; los textos sólo dicen que «los grandes dioses palidecieron ante la inmensidad de la tormenta». Pero está claro que, en cuanto se dieron cuenta de la dirección de los vientos y de la intensidad del veneno atómico, hicieron sonar la alarma en todos aquellos lugares que se encontraban en el camino de la nube, y advirtieron a dioses y hombres que huyeran para salvar la vida.

El pánico, el miedo y la confusión que se apoderaron de Sumer y de sus ciudades cuando sonó la alarma se describen vivamente en una serie de textos de lamentaciones, como *La lamentación de Ur*, *La lamentación por la desolación de Ur y de Sumer*, *La lamentación de Nippur*, *La lamentación de Uruk* y otros. Por lo que respecta a los dioses, parece que en general hubo un «cada uno que se las apañe»; haciendo uso de sus diversas naves, partieron por aire o por agua para apartarse del camino del viento. En cuanto al pueblo, los dioses hicieron sonar la alarma antes de huir. Como se describe en *La lamentación de Uruk*, «¡Levantaos! ¡Huid! ¡Ocultaos en la estepa!», les dijeron en mitad de la noche. «Presos del terror, los ciudadanos leales de Uruk» huyeron para salvar la vida, pero el Viento Maligno los alcanzó de todos modos.

Pero no en todas partes sucedió lo mismo. En Ur, la capital, Nannar/Sin se negó a creer que el destino de Ur estuviera sellado. Su extensa y emotiva llamada a su padre, Enlil, para que impidiera la catástrofe está registrada en *La lamentación de Ur* (que la escribió

Ningal, la esposa de Nannar); pero Enlil reconoció francamente que el desastre era inevitable:

A Ur se le concedió la realeza,
no se le concedió un reinado eterno...

Incapaces de aceptar lo inevitable, y demasiado consagrados al pueblo de Ur como para abandonarlo, Nannar y Ningal decidieron quedarse. Era de día cuando el Viento Maligno llegó a Ur; «aquel día todavía me hace temblar —escribió Ningal—, pero del fétido olor de aquel día no huimos». Cuando llegó el día del Juicio, «un amargo lamento se elevó en Ur, pero de su fetidez no huimos». La divina pareja pasó una noche de pesadilla en la «casa de la termita», una cámara subterránea en lo más profundo del zigurat. Al llegar la mañana, cuando el viento venenoso «se alejó de la ciudad», Ningal se percató de que Nannar estaba enfermo. Se vistió precipitadamente e hizo que sacaran al dios y lo llevaran lejos de Ur, la ciudad que tanto habían amado.

Pero hubo al menos otra deidad que se vio afectada por el Viento Maligno: Bau, la esposa de Ninurta, que estaba sola en Lagash (su marido estaba muy ocupado destruyendo el espaciopuerto). Querida por su pueblo, que la llamaba «Madre Bau», estaba cualificada en medicina, y simplemente no pudo dejar la ciudad. Las lamentaciones cuentan que «Aquel día, la tormenta alcanzó a la Dama Bau; como si de una mortal se tratara, la tormenta la alcanzó». No queda claro hasta qué punto quedó afectada, pero registros posteriores de Sumer dan a entender que no sobrevivió mucho tiempo.

Eridú, la ciudad de Enki, que se encontraba bastante más al sur, quedó al parecer al filo del sendero del Viento Maligno. Por *El lamento de Eridú* sabemos que Ninki, la esposa de Enki, huyó de la ciudad hasta un refugio seguro, en el Abzu africano de Enki: «Ninki, la Gran Dama, volando como un pájaro dejó su ciudad». Pero Enki sólo se alejó de la ciudad lo suficiente como para apartarse del camino del Viento Maligno: «El Señor de Eridú permaneció fuera de la ciudad... por el destino de su ciudad lloró lágrimas amargas». Muchos de los ciudadanos de Eridú le siguieron, acampando en los campos a una distancia segura, mientras observaban (durante día y medio) cómo la tormenta «ponía sus manos sobre Eridú».

Sorprendentemente, el menos afectado de los principales centros del país fue Babilonia, pues estaba más allá del extremo norte de la

tormenta. Cuando sonó la alarma, Marduk se puso en contacto con su padre para pedirle consejo: ¿Qué tiene que hacer el pueblo de Babilonia?, preguntó. Los que puedan escapar que vayan hacia el norte, dijo Enki; y, a la manera de los dos «ángeles», que aconsejaron a Lot y a su familia que no miraran atrás cuando huyeron de Sodoma, Enki le dio instrucciones a Marduk para que dijera a sus seguidores, «que nadie se vuelva ni mire atrás». Si no era posible escapar, la gente tendría que buscar refugio subterráneo: «Mételos en una cámara bajo tierra, en la oscuridad», fue el consejo de Enki. Siguiendo estos consejos, y gracias a la dirección del viento, Babilonia y sus habitantes quedaron ilesos.

Cuando el Viento Maligno pasó (se nos dice que los restos de la tormenta llegaron a los montes Zagros, mucho más al este), Sumer estaba desolada y postrada. «La tormenta asoló las ciudades, asoló las casas.» Los muertos, que yacían donde la muerte les había encontrado, estaban sin enterrar: «Los muertos, como la manteca bajo el sol, se habían licuado». En los pastos, «casi no quedaba ganado, ni grande ni pequeño, todos los seres vivos habían encontrado su fin». Los rediles «había sido entregados al Viento». Los campos de cultivo estaban marchitos; «en las riberas del Tigris y el Éufrates sólo crecían hierbajos enfermizos; en las ciénagas, los carrizos se pudrían en su hedor». «Nadie hollaba las calzadas, nadie buscaba los caminos.»

«¡Oh, templo de Nannar en Ur, cuán amarga es tu desolación!», lloraban los poemas de lamentación; «¡Oh, Ningal, cuya tierra ha perecido, haz tu corazón como agua!».

La ciudad se ha convertido en una ciudad extraña,
¿cómo se puede vivir ahora?
La casa se ha convertido en una casa de lágrimas,
y hace mi corazón como agua.
Ur y sus templos han sido
entregados al Viento.

Después de dos mil años de esplendor, la gran civilización sumeria se fue con el viento.

En los últimos años, a los arqueólogos se les han unido los geólogos, los climatólogos y demás expertos en ciencias terrestres con el fin de emprender un esfuerzo multidisciplinario que permita resolver el

enigma del abrupto colapso de Sumer y Acad a finales del tercer milenio a. C.

Un estudio que marcó tendencias fue el de un grupo internacional de siete científicos de diferentes disciplinas titulado «El cambio climático y el derrumbamiento del imperio acadio: evidencias desde el mar Profundo», publicado en la revista científica *Geology*, en su edición de abril de 2000.

En esta investigación se hicieron análisis radiológicos y químicos de antiguas capas de polvo de aquel período, obtenidas en diversos emplazamientos de Oriente Próximo, pero principalmente del fondo del golfo de Omán; la conclusión a la que llegaron fue que un inusual cambio climático *en las regiones adyacentes al mar Muerto* levantó grandes tormentas de polvo, y que este polvo (un inusual «polvo mineral atmosférico») fue transportado por los vientos predominantes hacia el sur de Mesopotamia, y más allá, hasta el golfo Pérsico (fig. 37). ¡El mismo desarrollo del Viento Maligno de Sumer! La datación por radiocarbono de la inusual «precipitación de polvo» llevó a la conclusión de que se debió a «un extraño y dramático evento que tuvo lugar en torno a 4025 años antes del presente». Eso, en otras palabras, significa «en torno a 2025 a. C.», ¡el mismo 2024 a. C. que hemos indicado!

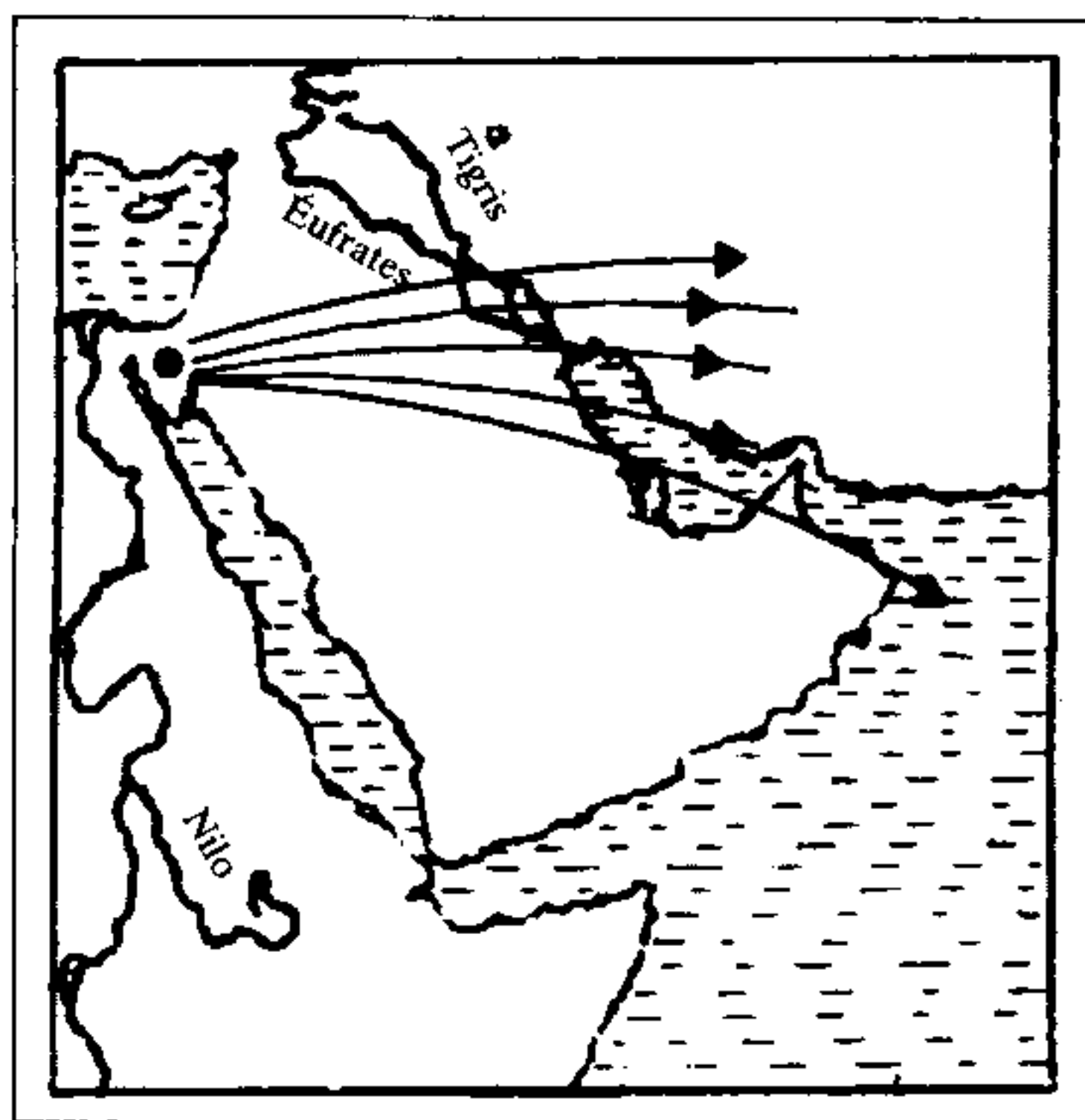


Figura 37

Curiosamente, los científicos involucrados en este estudio observaron en su informe que *«el nivel del mar Muerto cayó abruptamente unos cien metros en aquella época»*. Dejan sin explicar el asunto; pero, obviamente, la ruptura de la barrera meridional del mar Muerto y la inundación de la llanura, tal como las hemos descrito, explicarían lo que sucedió.

La revista científica *Science* dedicó su edición del 27 de abril de 2001 al paleoclima mundial. En una sección que trata de los acontecimientos de Mesopotamia, dice que existen evidencias en Iraq, Kuwait y Siria de que *«el abandono generalizado de la llanura aluvial»* entre los ríos Tigris y Éufrates se debió a unas tormentas de polvo que *«comenzaron hace 4025 años»*. El estudio deja sin explicar la causa del abrupto *«cambio climático»*, pero adopta la misma fecha para él: 4025 años antes de 2001 d. C.

El fatídico año, según confirma la ciencia moderna, fue 2024 a. C.

que, en los cielos, la era del Carnero, su era, había llegado. Pero, a medida que el reloj zodiacal seguía avanzando, la era del Carnero se iba desvaneciendo poco a poco. Las evidencias físicas de aquellos desconcertantes tiempos aún existen, y se pueden ver en Tebas, la antigua capital del Alto Egipto.

Dejando a un lado las grandes pirámides de Giza, los monumentos más impresionantes y majestuosos del antiguo Egipto son los colosales templos de Karnak y Luxor, en el sur de Egipto (el Alto Egipto). Los griegos llamaban a aquella ciudad Thebai, que es de donde deriva el nombre castellano de Tebas; pero los antiguos egipcios la llamaban Ciudad de Amón, pues era a este dios invisible a quien estaban consagrados los templos. La escritura jeroglífica y las representaciones pictóricas de sus paredes, obeliscos, pilares y columnas (fig. 62) glorificaban al dios y ensalzaban a los faraones que construyeron, engrandecieron y ampliaron (y no dejaron de cambiar) los templos. Fue allí donde se anunció la llegada de la era del Carnero con sus largas hileras de esfinges con cabeza de carnero (véase fig. 39), y es allí, en la misma disposición de sus templos, donde se nos revela el secreto dilema de los seguidores egipcios de Ra-Amón/Marduk.



Figura 62

7

•

EL DESTINO TENÍA CINCUENTA NOMBRES

El recurso a las armas nucleares a finales del siglo XXI a. C. precipitó (se podría decir que «de golpe») la era de Marduk. En casi todos los aspectos, se trató de una verdadera nueva era, incluso en la forma en que entendemos este término actualmente.

Para Marduk, la nueva era era un error corregido, una ambición lograda, una profecía cumplida. El precio pagado, la desolación de Sumer, la huida de sus dioses, su pueblo diezmado, no fue responsabilidad suya. En todo caso, los responsables fueron castigados por oponerse al destino. La imprevista tormenta nuclear, el Viento Maligno, y su rumbo parecían haber sido dirigidos por una mano invisible que venía a confirmar lo que los cielos proclamaban: *la era de Marduk, la era del Carnero, ha llegado.*

El cambio de la era del Toro a la era del Carnero se celebró y se señaló muy especialmente en las tierras de Marduk, en Egipto. Las representaciones astronómicas de los cielos (como la del templo de Denderah, véase la fig. 20) mostraban a la constelación del Carnero como punto focal del ciclo zodiacal. Las listas de las constelaciones zodiacales no comenzaban con el Toro, como ocurría en Sumer, sino con el Carnero (fig. 38). Pero la manifestación más impresionante la encontramos en las largas hileras de esfinges con cabeza de carnero que flanqueaban las avenidas procesionales que se dirigían a las entradas de los grandes templos de Karnak (fig. 39), cuya construcción, a manos de los faraones del recién fundado Imperio Medio, comenzaron justo después del ascenso a la supremacía de Ra/Marduk. Hubo faraones que llevaron nombres teofóricos para honrar a Amón/Amén, de tal modo que tanto los templos como los reyes fueron consagrados a Marduk/Ra como *Amón, el invisible*, pues Marduk, ausentándose de Egipto, había elegido a Babilonia, en Mesopotamia, para que fuera su ciudad eterna.

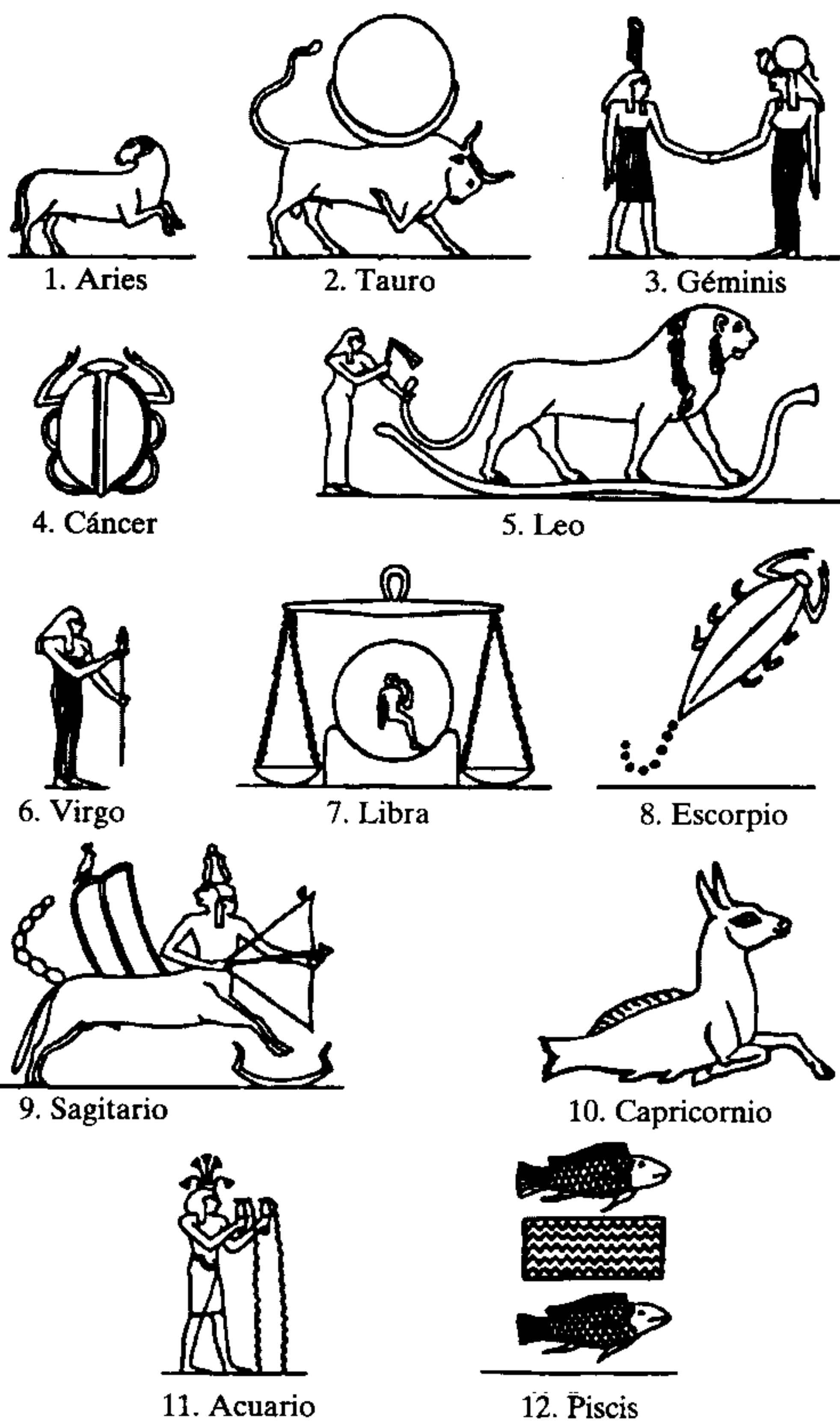


Figura 38



Figura 39

Tanto Marduk como Nabu sobrevivieron ilesos al desastre nuclear. Aunque Nabu había estado en el punto de mira personal de Nergal/Erra, parece ser que se libró escondiéndose en las islas del Mediterráneo. Textos posteriores indican que se le dio su propio centro de culto en Mesopotamia, en Borsippa, una nueva ciudad situada en las cercanías de la Babilonia de su padre, pero siguió yendo de aquí para allá y se le siguió dando culto en sus tierras favoritas, en los Países del Oeste. La veneración que se le tuvo, tanto en los Países del Oeste como en Mesopotamia, queda atestiguada por los lugares sagrados que fueron llamados por su nombre, como el monte Nebo, cerca del río Jordán (donde posteriormente moriría Moisés), y por los nombres reales teofóricos (como Nabupolasar, Nabucodonosor y otros muchos) que portaron famosos reyes de Babilonia. Y su nombre, como ya hemos dicho, se convertiría en sinónimo de «profeta» y de la profecía en todo el Oriente Próximo de la antigüedad.

El lector recordará el «¿Hasta cuándo?» que pronunció Marduk desde su puesto de mando de Jarán, cuando tuvieron lugar los fatídicos acontecimientos. En su texto autobiográfico, *La profecía de Marduk*, el dios visualizaba la *llegada de una época mesiánica*, en la que dioses y hombres reconocerían su supremacía, en la que la paz reemplazaría a la guerra y la abundancia al sufrimiento, en la que un

rey de su elección «pondrá a Babilonia por encima de las demás», con el templo *Esagil* elevando su cabeza hacia el cielo (como su propio nombre indica)...

Un rey en Babilonia se levantará;
en mi ciudad, Babilonia, en su centro,
mi templo hacia el cielo se elevará;
el montañoso Esagil restaurará,
los planos del Cielo-Tierra
para el montañoso Esagil dibujará;
la Puerta del Cielo abrirá.
En mi ciudad, Babilonia, un rey se levantará;
en la abundancia residirá;
de mi mano se agarrará,
me llevará en procesiones...
hasta mi ciudad y mi templo Esagil
para que yo entre en la eternidad.

Sin embargo, la nueva Torre de Babel no pretendía ser (como la primera) una torre de lanzamiento. Marduk reconocía que su supremacía no procedía tan sólo de la conexión con un espacio físico, sino de los signos del cielo, del tiempo celeste zodiacal, de la posición y los movimientos de los cuerpos celestes, los *Kakkabu* (estrellas/planetas) del cielo.

Así pues, Marduk imaginó el futuro Esagil como un verdadero observatorio astronómico, que haría innecesario el Eninnu de Ninurta y los distintos *stonehenges* que erigiera Thot. Cuando por fin se construyó Esagil, fue un zigurat levantado según unos planos detallados y precisos (fig. 40): su altura, los espacios entre sus siete niveles y su orientación eran tales que su cúspide apuntaba directamente a la estrella Iku, la principal estrella de la constelación del Carnero, en torno a 1960 a. C.

El apocalipsis nuclear y sus no pretendidas consecuencias trajeron un abrupto fin al debate sobre la era zodiacal en la que se encontraban; el tiempo celeste era ahora el tiempo de Marduk.

Pero el planeta de los dioses, Nibiru, seguía orbitando y marcando el tiempo divino, y la atención de Marduk se puso entonces en esto. Como queda claro en su texto profético, Marduk imaginaba ahora a unos sacerdotes-astrónomos que exploraban los cielos desde las distintas alturas de su zigurat buscando «*el planeta legítimo del Esagil*»:

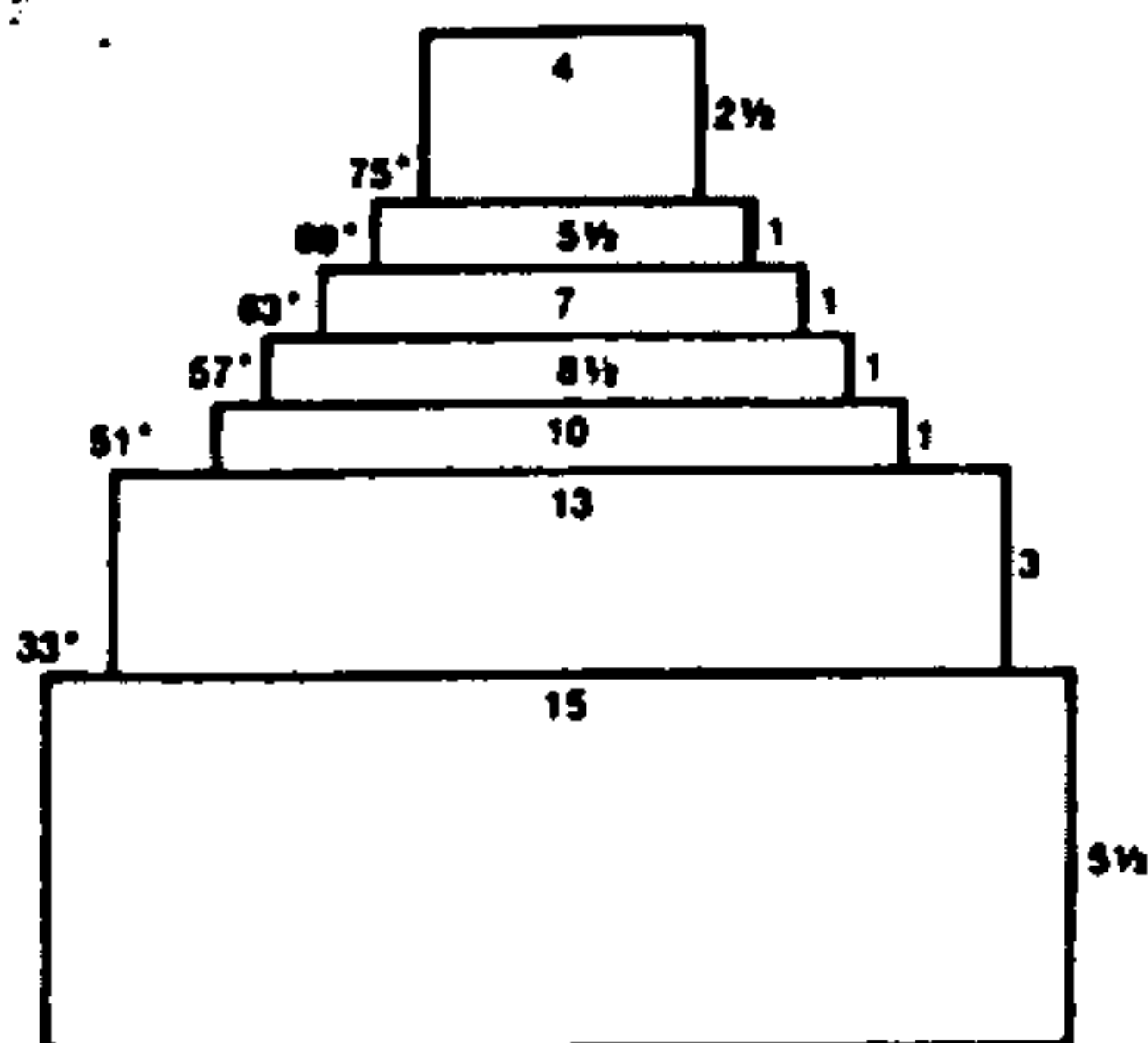
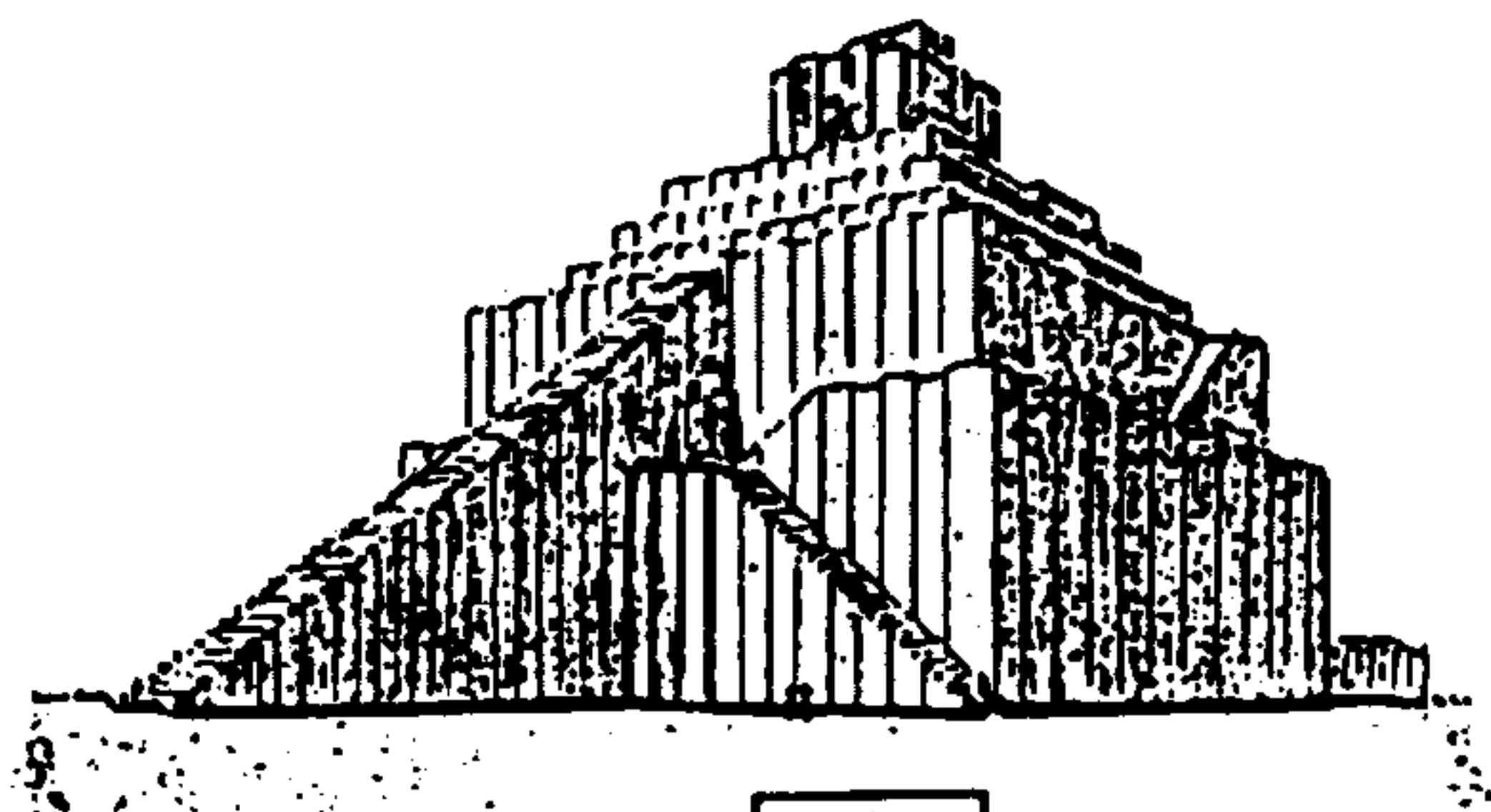


Figura 40

Los entendidos en augurios, llamados al servicio,
se levantarán en su mitad.

A derecha e izquierda, en lados opuestos,
formarán por separado.

El rey se les acercará entonces;
el legítimo *Kakkabu* del Esagil
sobre el país [el rey observará].

Había nacido una religión estelar. El dios, Marduk, se había convertido en una estrella; una estrella (nosotros lo llamamos planeta), Nibiru, se había convertido en «Marduk». La religión se convertiría en astronomía, y la astronomía se convertiría en astrología.

De conformidad con la nueva religión estelar, la epopeya de la Creación, el *Enuma elish*, se revisó en su versión babilónica con el fin de concederle a Marduk una dimensión celeste: Marduk no sólo había llegado de Nibiru; Marduk *era* Nibiru. Escrito en «babilónico», un dialecto del acadio (la lengua madre semita), *La epopeya de la Creación* equiparaba a Marduk con Nibiru, el planeta natal de los anunnaki, y le daba el nombre de «Marduk» a la Gran Estrella/Planeta que había llegado del espacio profundo para vengar al Ea celeste y al Ea de la Tierra (fig. 41). De este modo, «Marduk» se convertía en el «Señor», tanto en el cielo como en la Tierra. Su destino (en los cielos, su órbita) era el más grande de todos los dioses celestes (el resto de planetas) (véase fig. 1); y, en paralelo con esto, el dios estaba destinado a ser el más grande de los dioses anunnaki en la Tierra.

Figura 41

Esta revisada *Epopeya de la Creación* se leía en público en la cuarta noche de la festividad del Año Nuevo. Le acreditaba a Marduk la victoria sobre el «monstruo» Tiamat en la Batalla Celeste, la creación de la Tierra (fig. 42), y la nueva conformación del sistema solar (fig. 43), todas las hazañas que se le atribuían al planeta Nibiru en la versión sumeria original como parte de una sofisticada cosmogonía científica. La nueva versión le atribuía a Marduk incluso «la

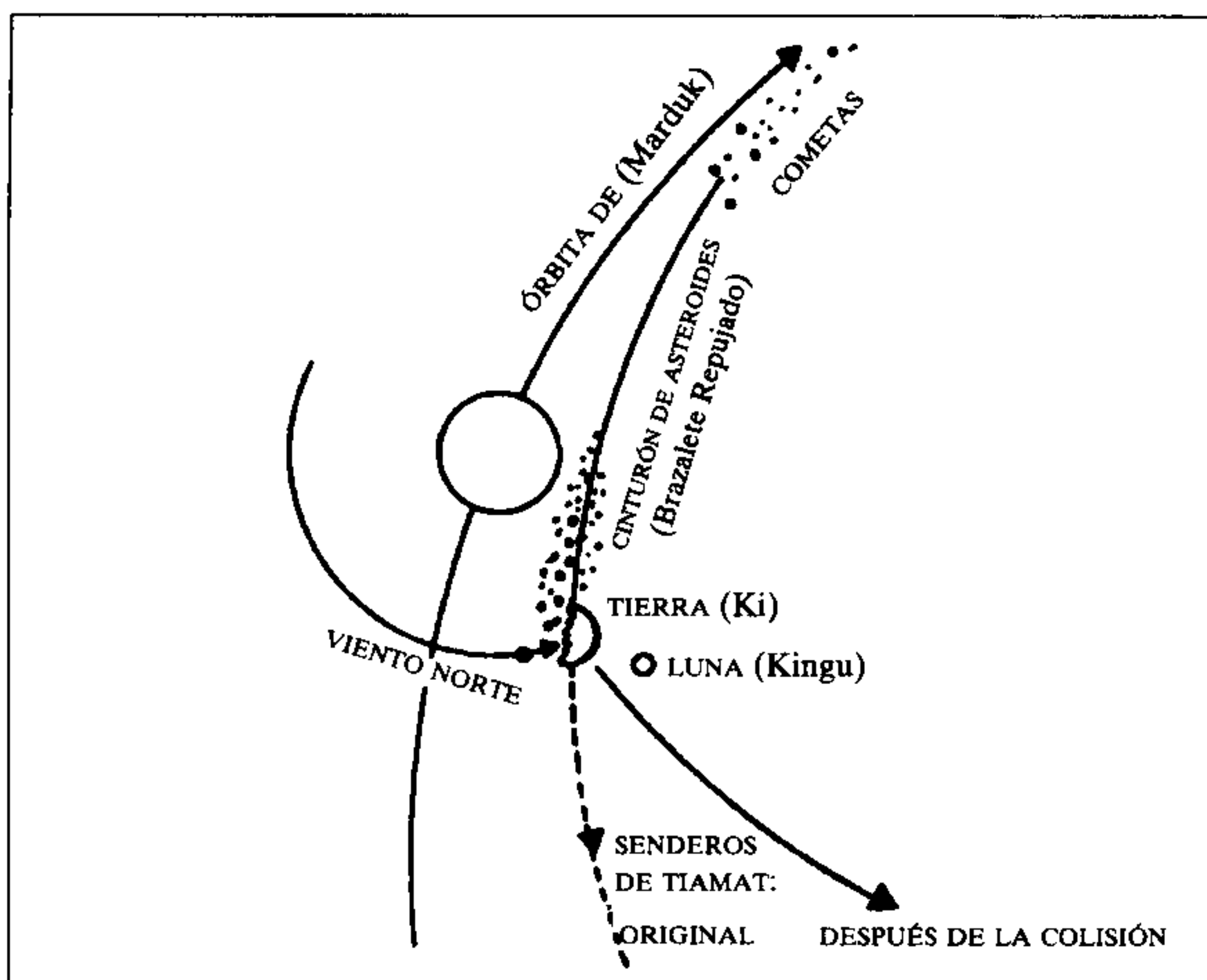


Figura 42

hábil forja» del «Hombre», el diseño del calendario y la elección de Babilonia para que fuera el «ombligo de la Tierra».

La festividad de Año Nuevo, el acontecimiento religioso más importante del año, comenzaba el primer día del mes de Nisan, coincidiendo con el equinoccio de primavera. Con el nombre de fiesta de *Akiti*, evolucionó en Babilonia en una celebración de doce días de duración a partir de la festividad sumeria de A.KI.TI («Sobre la Tierra se trae la Vida»), que duraba diez días. Se llevaba a cabo según unas elaboradas y definidas ceremonias y sobre unos rituales prescritos que representaban (en Sumer) el relato de Nibiru y la llegada de los anunnaki a la Tierra, así como (en Babilonia) el relato de la vida de Marduk. En ella se incluían episodios de las Guerras de la Pirámide, cuando Marduk fue sentenciado a morir en una tumba sellada, y su «resurrección», cuando fue devuelto a la vida; su exilio para convertirse en el Invisible, y su victorioso retorno final. Las procesiones, las idas y venidas, las apariciones y desapariciones, e incluso las representaciones de su pasión por parte de actores, presentaban a Marduk ante

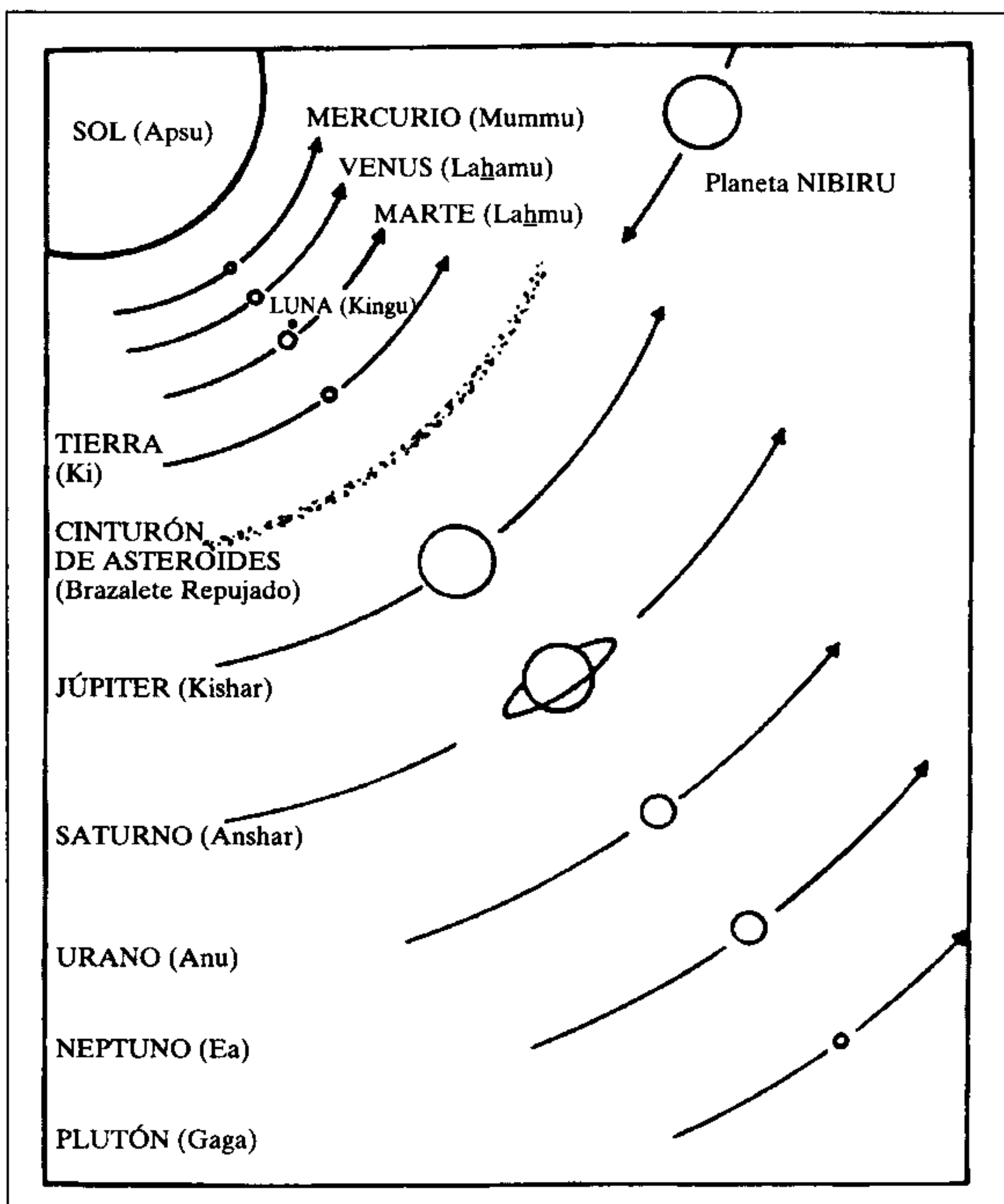


Figura 43

el pueblo, de una forma visual y vívida, como a un dios sufriente (sufriendo en la Tierra para, finalmente, lograr la victoria al conseguir la supremacía mediante un homólogo celeste). (La historia de Jesús del Nuevo Testamento era tan parecida a la de Marduk que los expertos y los teólogos europeos estuvieron debatiendo hace un siglo si Marduk habría sido el «prototipo de Jesús».)

Las ceremonias constaban de dos partes. En la primera, Marduk cruzaba el río en una embarcación hasta una solitaria construcción

denominada *Bit Akiti* («Casa de Akiti»); la otra parte tenía lugar dentro de la propia ciudad. Es evidente que la primera parte simbolizaba el viaje celeste de Marduk desde su ubicación en el espacio exterior de su planeta natal hasta el sistema solar; un viaje en barco sobre las aguas, de conformidad con el concepto que tenía al espacio interplanetario como un primigenio «Abismo de Aguas», que había que atravesar con «barcos celestes» (naves espaciales); un concepto representado gráficamente en el arte egipcio, donde los dioses celestes aparecían cruzando los cielos en «barcas celestes» (fig. 44).

Las celebraciones públicas comenzaban después del exitoso retorno de Marduk desde el exterior hasta el solitario Bit Akiti. Estas alegres ceremonias públicas comenzaban con el recibimiento que el resto de dioses hacían a Marduk en el muelle, que luego era acompañado por el rey y los sacerdotes en una procesión sacra a la que asistían las masas. Las descripciones de la procesión y su ruta estaban tan detalladas que los arqueólogos que excavaron Babilonia se guiaron por ellas en su labor. A partir de los textos inscritos sobre tablillas de arcilla y de la topografía desenterrada de la ciudad, se supo que había siete estaciones en las cuales la procesión sagrada se detenía para realizar los rituales prescritos. Las estaciones tenían tanto nombres sumerios como acadios, y simbolizaban (en Sumer) los viajes de los *anunnaki* por el sistema solar (desde Plutón a la Tierra, el séptimo planeta), y (en Babilonia) las «estaciones» en el relato de la vida de Marduk: su divino nacimiento en el «Lugar Puro»; el modo en que se le denegó su derecho de nacimiento, su derecho a la supremacía; su sentencia de muerte; su enterramiento (con vida, en la Gran Pirámide); su rescate y resurrección; su destierro y exilio; y el

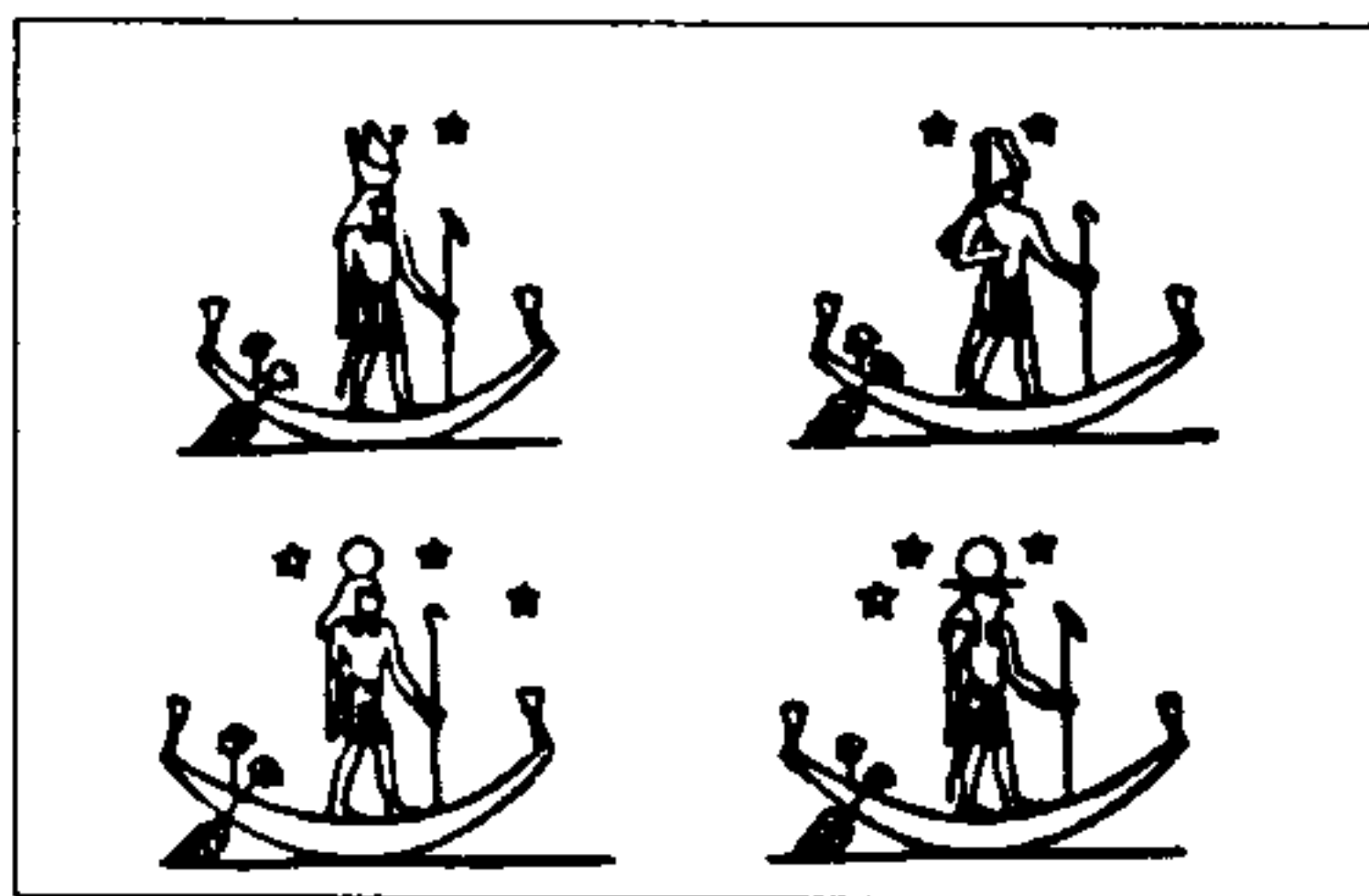


Figura 44

modo en que, al final, hasta los grandes dioses, Anu y Enlil, se inclinaron ante el destino y proclamaron su supremacía.

La epopeya de la Creación original, la sumeria, se extendía a lo largo de seis tablillas (equiparables a los seis días de la creación bíblica). En la Biblia, Dios descansaba al séptimo día, que dedicó a revisar su obra. La revisión babilónica de la epopeya culminaba con el añadido de una séptima tablilla que estaba enteramente consagrada a la glorificación de Marduk, concediéndole cincuenta nombres (acto que simbolizaba su ascensión al Rango de Cincuenta, que había sido hasta entonces el rango de Enlil y el rango que habría ostentado su heredero, Ninurta).

Comenzando con su nombre tradicional MAR.DUK, «hijo del Lugar Puro», los nombres, alternándose entre el sumerio y el acadio, le concedían epítetos que iban desde «Creador de Todo» hasta «Señor que forjó el Cielo y la Tierra», y otros títulos relacionados con la batalla celeste con Tiamat y la creación de la Tierra y la Luna: «Principal de todos los dioses», «El que asigna tareas a los igigi y a los anunnaki», además de su comandante en jefe, «El dios que mantiene la vida... el dios que revive a los muertos», «Señor de todas las tierras», el dios cuyas decisiones y benevolencia sustentan a la humanidad, el pueblo que él ha forjado, «El que concede cultivos», el que hace llover para fertilizar las cosechas, asigna campos y «amontona abundancia» tanto para los dioses como para los hombres.

Finalmente, se le concedía el nombre de NIBIRU, «el que contendrá el cruce de cielo y tierra»:

*La Kakkabu que en los cielos es brillante...
el que el Abismo de las Aguas cruza incesantemente...
¡Que «Cruce» sea su nombre!
Que sustente los rumbos de las estrellas en el cielo,
que pastoree a los dioses celestes como si fueran ovejas.*

«Con el título de “Cincuenta” los grandes dioses lo proclamaron; a Él, cuyo nombre es “Cincuenta”, los dioses hicieron supremo», afirma el largo texto en su conclusión. Cuando se terminaba la lectura pública de las siete tablillas (que duraba toda la noche y, por tanto, debía de concluir en torno al amanecer), los sacerdotes que dirigían el servicio ritual hacían los siguientes pronunciamientos prescritos:

*Que los Cincuenta Nombres se guarden en la memoria...
que los sabios y entendidos los discutan.*

Que el padre se los recite a su hijo,
que los oídos de los pastores y los vaqueros se abran.
Que hallen su gozo en Marduk, el «Enlil» de los dioses,
cuyas órdenes son firmes, cuyo mandato es inalterable;
los pronunciamientos de su boca ningún dios puede cambiar.

Cuando Marduk aparecía ante la vista del pueblo, iba ataviado con magníficos ropajes, con unas vestimentas que dejaban en ridículo los sencillos atuendos de lana de los dioses de antaño de Sumer y Acad (fig. 45).



Figura 45

Aunque Marduk era un dios invisible en Egipto, allí se le veneró y se le aceptó con rapidez. En un himno a Ra-Amón, que glorificaba al dios con diversos nombres, emulando los cincuenta nombres acadios, se le denominaba «Señor de los dioses, que le contemplan en medio del horizonte» (un dios celeste), «que hizo toda la Tierra», así como un dios en la Tierra «que creó a la humanidad e hizo a las bestias, que creó el árbol frutal, hizo las hierbas y dio vida al ganado»; un dios «para quien se celebra el sexto día». Los retazos de similitudes con el relato de la creación mesopotámico y con el relato bíblico son evidentes.

De acuerdo con estas expresiones de fe, en la Tierra, en Egipto, Ra/Marduk era un dios invisible porque su morada principal estaba en otra parte; y hay un extenso himno en el que se hace referencia a Babilonia como el lugar donde los dioses se alborozan por la victoria de Marduk (si bien los expertos suponen que no se refiere a la Babilonia

mesopotámica, sino a otra ciudad del mismo nombre en Egipto). En los cielos era invisible porque «él está muy lejos en el cielo», porque se fue «*detrás de los horizontes...* a las alturas del cielo». Su símbolo en Egipto, un disco alado, habitualmente flanqueado por serpientes, se explica normalmente como un disco solar, «porque Ra era el Sol»; pero lo cierto es que se trataba del omnipresente símbolo de Nibiru en el mundo antiguo (fig. 46), y era Nibiru la que se había convertido en una «estrella» distante e invisible.

Dado que Ra-Marduk estaba físicamente ausente de Egipto, fue en Egipto donde su religión estelar se manifestó del modo más claro. Allí, *Atón*, la «Estrella de los Millones de Años», que representaba a Ra/Marduk en su aspecto celeste, se convirtió en *la Invisible* porque estaba «muy lejos en el cielo», porque se había ido «detrás del horizonte».

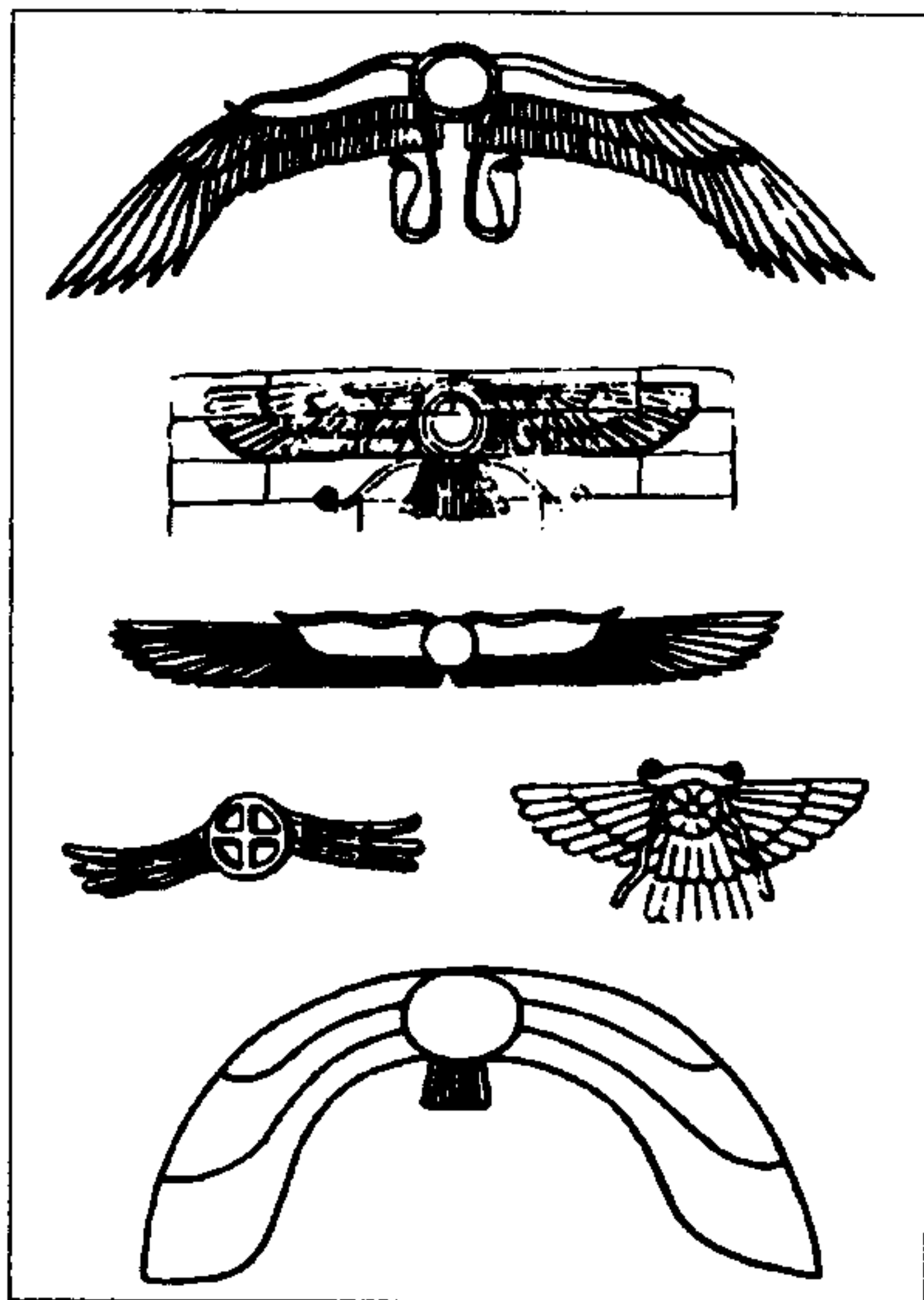


Figura 46

La transición a la nueva era y la nueva religión de Marduk no fue tan suave en las tierras enlilitas. En primer lugar, en el sur de Mesopotamia y en los países occidentales, que habían sufrido las consecuencias del Viento Maligno, tenían que recuperarse del desastre.

Se recordará que la calamidad que cayó sobre Sumer no vino provocada por la explosión nuclear en sí misma, sino por el viento radiactivo que generó. Las ciudades quedaron vacías de residentes y de ganado, pero no se vieron afectadas físicamente. Las aguas estaban contaminadas, pero la corriente de los dos grandes ríos no tardó en corregir este problema. La tierra absorbió el veneno radiactivo, y por eso tardaría más en recuperarse, pero también mejoraría con el tiempo. Y así, poco a poco, la gente repobló las ciudades y volvió a trabajar las tierras desoladas.

El primer gobernante administrativo del que se tiene constancia en el devastado sur de Mesopotamia fue un ex gobernador de Mari, una ciudad del noroeste, junto al río Éufrates. Se nos dice que «no era de simiente sumeria»; su nombre, Ishbi-Erra, era de hecho un nombre semita. Estableció su cuartel general en la ciudad de Isin, y desde allí supervisó los esfuerzos realizados para resucitar el resto de ciudades; pero el proceso fue lento, dificultoso y, en ocasiones, caótico. Sus trabajos de rehabilitación los continuarían sus sucesores, que también tenían nombres semitas: la denominada «dinastía de Isin». En total, les llevaría casi un siglo devolverle la vida a Ur, el centro económico de Sumer, y posteriormente a Nippur, el tradicional corazón religioso del país; pero, para entonces, ese proceso de rehabilitación sucesiva de ciudades entró en conflicto con otros gobernantes locales, y el antiguo Sumer siguió fragmentado y roto.

• Hasta la misma Babilonia, que había quedado fuera del rumbo seguido por el Viento Maligno, precisaba revitalizar y repoblar el campo para poder alcanzar un tamaño y un estatus imperial, por lo que se precisó de algún tiempo para conseguir la grandeza de las profecías de Marduk.

Tuvo que pasar más de un siglo hasta que una dinastía formal, que los expertos denominan la Primera Dinastía de Babilonia, se instalara en el trono (hacia el 1900 a. C.). Y aún tendría que pasar otro siglo hasta que llegara un rey capaz de materializar la profetizada grandeza de Babilonia; su nombre fue Hammurabi. Se le conoce principalmente por el código de leyes que promulgó, leyes que dejaría inscritas en una estela de piedra que los arqueólogos descubrieron y que ahora está en París, en el Museo del Louvre.

Pero harían falta dos siglos más para que la visión profética de Marduk referente a Babilonia pudiera hacerse realidad. Las escasas evidencias de los tiempos posteriores al desastre (algunos expertos se refieren al período posterior al hundimiento de Ur como la Edad Oscura de la historia mesopotámica) sugieren que Marduk invitó a otros dioses (incluso a sus adversarios) a que se encargaran de recuperar y repoblar sus propios centros de culto antiguos, pero existen dudas sobre si aceptaron su invitación. Los trabajos de recuperación y reconstrucción que comenzara Ishbi-Erra comenzaron en Ur, pero en ningún sitio se menciona que Nannar/Sin y Ningal volvieran a Ur. Sí que existen menciones de la ocasional presencia de Ninurta en Sumer, especialmente en lo referente a la protección del país a cargo de tropas elamitas y gutias, pero no existe registro alguno que indique que su esposa, Bau, volviese de nuevo a su amada Lagash. Los esfuerzos de Ishbi-Erra y de sus sucesores por restaurar los centros de culto y sus templos culminaron (al cabo de setenta y dos años) en Nippur, pero no hay mención alguna sobre si Enlil y Ninlil volvieron a establecer su residencia allí.

¿Adónde habían ido? Una forma de explorar este intrigante tema consistió en determinar lo que el mismo Marduk, ahora dios supremo y comandante de todos los anunnaki, había planeado para ellos.

Evidencias textuales y de otros tipos procedentes de aquella época demuestran que el ascenso de Marduk a la supremacía no terminó con el politeísmo, con las creencias religiosas en muchos dioses. Al contrario, su supremacía requería de la continuidad del politeísmo, pues para ser supremo entre los dioses era necesario que existieran otros dioses. Él estaba dispuesto a dejarlos en paz, siempre y cuando sus prerrogativas estuvieran bajo su control; en una tablilla babilónica (en la porción que no está deteriorada) se registran los siguientes atributos divinos de los que, a partir de entonces, se investiría Marduk:

Ninurta	es el	Marduk de la azada
Nergal	es el	Marduk del ataque
Zababa	es el	Marduk del combate
Enlil	es el	Marduk del señorío y del consejo
Sin	es el	Marduk que ilumina la noche
Shamash	es el	Marduk de la justicia
Adad	es el	Marduk de las lluvias

El resto de dioses permanecieron, sus atributos permanecieron, pero ahora conservaban los atributos que Marduk les había concedido. Él permitió que continuaran con su culto; el mismo nombre del rey/administrador provisional en el sur, Ishbi-*Erra* («sacerdote de Erra», es decir, de Nergal) confirma esta política de tolerancia. Pero lo que Marduk esperaba era que ellos vinieran y se quedaran con él en su soñada Babilonia; prisioneros en jaulas de oro, podríamos decir.

En sus autobiográficas profecías, Marduk indica claramente sus intenciones con respecto al resto de dioses, incluidos sus adversarios: tenían que venir y residir con él, en el recinto sagrado de Babilonia. Concretamente, se mencionan santuarios o pabellones para Sin y Ningal, donde residirían «junto con sus tesoros y sus posesiones». Los textos en los que se describe Babilonia, así como las excavaciones arqueológicas que se han hecho en la ciudad, demuestran que, de acuerdo con los deseos de Marduk, había en el recinto sagrado de Babilonia santuarios-residencias dedicados a Ninmah, Adad, Shamash e incluso Ninurta.

Cuando Babilonia alcanzó al fin su poder imperial (bajo el reinado de Hammurabi), su zigurat-templo llegaba ciertamente al cielo, y el gran rey profetizado se sentó en su trono, pero el resto de dioses no acudió en tropel a su recinto sagrado repleto de sacerdotes. Aquella manifestación de la nueva religión no llegó a funcionar.

Si echamos un vistazo a la estela de Hammurabi en la que se encuentra su código legal (fig. 47), veremos al rey en el momento de



Figura 47

recibir las leyes de manos, nada menos, que de Utu/Shamash (aquel cuyas prerrogativas como Dios de la Justicia pertenecían ahora a Marduk, según la lista que hemos citado antes); y el preámbulo inscrito en la estela invocaba a Anu y a Enlil (aquel cuyo «Señorío y Consejo» había asumido al parecer Marduk) como los dioses ante los cuales Marduk fue corroborado en su cargo:

Elevado Anu,
Señor de los dioses que del cielo a la Tierra vinieron,
y Enlil, Señor del Cielo y la Tierra,
que determina los destinos del país,
determinaron para Marduk, el primogénito de Enki,
las funciones de Enlil sobre toda la humanidad.



El reconocimiento que vemos aquí del mantenimiento de poderes por parte de los dioses enlilitas, dos siglos después de que comenzara la era de Marduk, refleja el estado verdadero de la situación, que es que estos dioses no se retiraron a sus aposentos destinados en el recinto sagrado de Marduk. Después de dispersarse y alejarse de Sumer, algunos acompañaron a sus seguidores a tierras lejanas de los cuatro rincones del planeta; otros se quedaron en las cercanías, reuniendo a sus seguidores, antiguos y nuevos, para reanudar su lucha con Marduk.

La sensación de que Sumer dejó de ser la patria de los refugiados del desastre se puede ver claramente en las instrucciones divinas dadas a Abram de Nippur, en vísperas del desastre nuclear, de «semilitizar» su nombre como Abraham (y el de su esposa Sarai como Sara), y de establecer su hogar de residencia en Canaán. Abraham y su esposa no fueron los únicos sumerios necesitados de un nuevo refugio. El desastre nuclear desencadenó movimientos migratorios a una escala nunca vista hasta entonces. La primera oleada de personas fue la que *se alejó* de las zonas afectadas; su aspecto más significativo, un aspecto de efectos duraderos, fue la dispersión de los restos de Sumer hasta lugares muy alejados de Sumer. La siguiente oleada de emigrantes fue la que *se introdujo* en aquellas tierras abandonadas, llegando en oleadas desde todas las direcciones.

Fuera cual fuera la dirección que tomaran estas oleadas migratorias, los frutos de dos mil años de civilización sumeria terminarían siendo adoptados por el resto de pueblos que les siguieron a lo largo

de los siguientes dos mil años. De hecho, aunque Sumer había sido aplastado como entidad física, los logros de su civilización perviven aún en nuestros días. Simplemente, eche un vistazo a los doce meses del calendario; mire la hora en *su reloj*, que conserva el sistema sumerio sexagesimal (de base sesenta); o bien fíjese en cualquier artículo que utilice que tenga ruedas (el automóvil, por ejemplo).

Las evidencias de una enorme diáspora sumeria, con su lengua, su escritura, sus símbolos, sus costumbres, sus conocimientos celestes, sus creencias y sus dioses, nos llegan de múltiples formas. Además de las generalidades (una religión basada en un panteón de dioses que habían llegado de los cielos, una jerarquía divina, epítetos-nombres de dioses que significan lo mismo en diferentes lenguas, conocimientos astronómicos que incluyen un planeta natal de los dioses, un zodiaco con sus doce casas, casi idénticos relatos de la creación y recuerdos de dioses y de semidioses que los expertos tratan de «mitos»), existen multitud de similitudes concretas sorprendentes que no se pueden explicar de otro modo que mediante la presencia real de los sumerios. Un ejemplo de ello lo tenemos en la difusión en Europa del símbolo de Ninurta, el Águila Doble (fig. 48); el hecho de que tres idiomas europeos (el húngaro, el finlandés y el vasco) sólo tengan similitudes con el sumerio; y la representación, extendida por todo el mundo (incluso en Sudamérica) de Gilgamesh luchando con las manos desnudas con dos feroces leones (fig. 49).

En el Lejano Oriente, existe una evidente similitud entre la escritura cuneiforme sumeria y las escrituras de China, Corea y Japón. Y la similitud no se da sólo en la forma de escribir: muchos glifos simi-



Figura 48

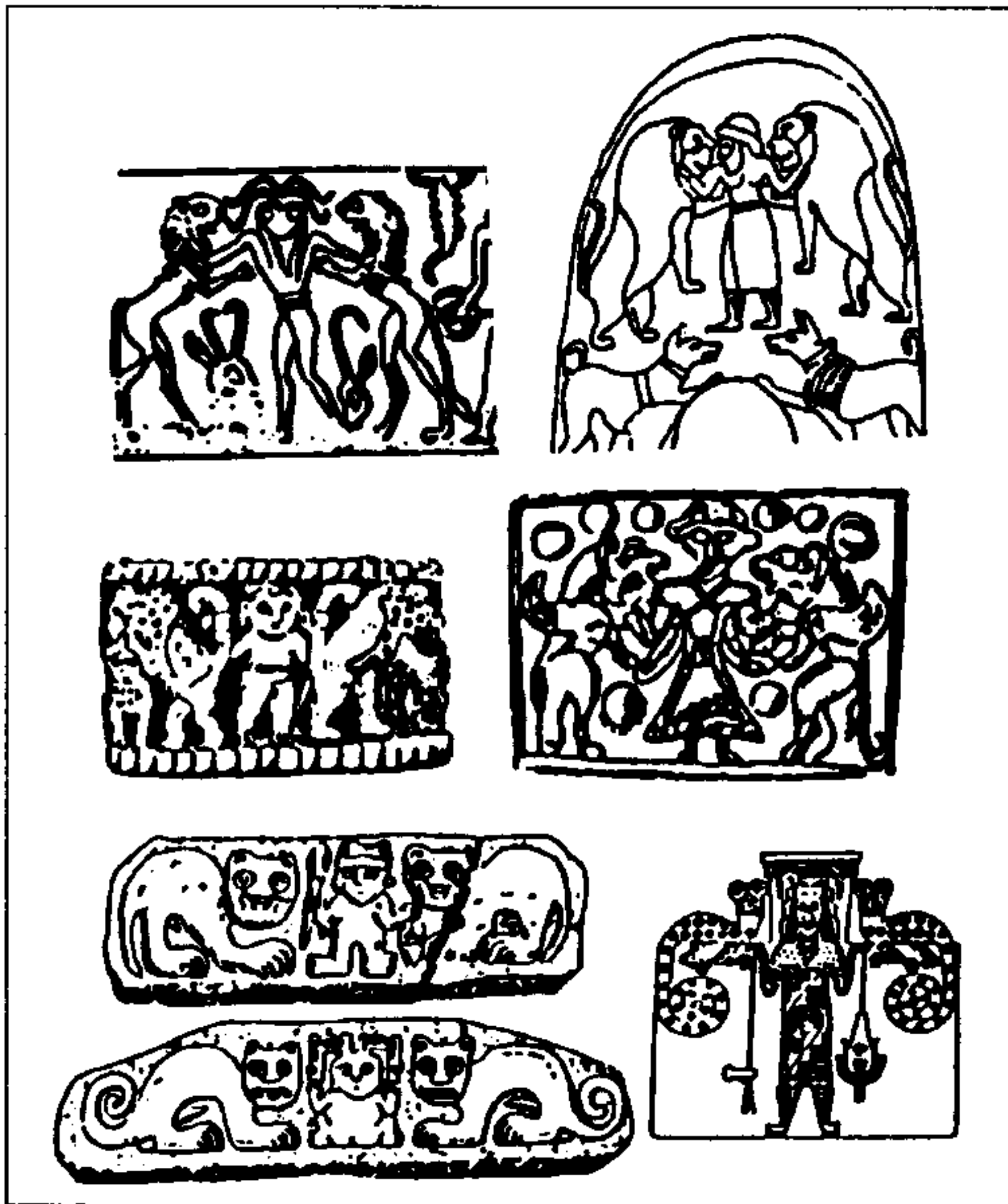


Figura 49

lares se pronuncian de manera idéntica y tienen también los mismos significados. En Japón, se atribuye el desarrollo de su civilización a una enigmática tribu denominada AINU. Se dice que la familia del emperador es descendiente directa de semidioses que, a su vez, eran descendientes del dios Sol; y, en las ceremonias de investidura de un nuevo rey, se dice que éste pasa la noche con la diosa Sol en el secreto de su alcoba, una ceremonia ritual que emula curiosamente los ritos del matrimonio sagrado del antiguo Sumer, en el que el nuevo rey pasaba la noche con la diosa Inanna/Ishtar.

En las antiguas Cuatro Regiones, las oleadas migratorias que el desastre nuclear y la nueva era de Marduk desencadenaron, igual que ríos y arroyos se desbordan tras una lluvia torrencial, llenaron las

páginas de la historia de los siglos posteriores con el auge y la caída de naciones, Estados y ciudades-estado, mientras el vacío Sumer se llenaba de recién llegados de cerca y lejos, quedando el foco de atención, el escenario central, en lo que podemos denominar las Tierras de la Biblia. De hecho, hasta el advenimiento de la arqueología moderna, poco o nada se sabía acerca de la mayor parte de ellas salvo por las menciones de la Biblia hebrea, que no sólo ofrecía un registro histórico de todos aquellos pueblos, sino también de sus «dioses nacionales» y de las guerras libradas en nombre de aquellos dioses.

Pero, entonces, la arqueología sacó a la luz naciones como la de los hititas, Estados como el de Mitanni o capitales reales como Mari, Karkemish o Susa, que hasta entonces eran un misterio en un mar de dudas; en sus ruinas no sólo se encontraron reveladores artilugios, sino también miles de tablillas de arcilla inscritas, que arrojaron luz sobre su existencia y sobre la medida en que el legado sumerio se había transmitido al resto de culturas. En casi todos los aspectos, los «hallazgos» sumerios en ciencia y tecnología, en literatura y arte, realeza y sacerdocio, constituyeron los cimientos en los que se desarrollaron las posteriores culturas. En astronomía, se conservaron los términos sumerios, las fórmulas orbitales, las listas planetarias y los conceptos zodiacales. La escritura cuneiforme sumeria se siguió utilizando durante otros mil años. Se estudiaba la lengua sumeria, se compilaban léxicos sumerios, y se copiaban y traducían los relatos épicos de dioses y héroes. Y cuando se descifraron las distintas lenguas de aquellas naciones, resultó que sus dioses eran, después de todo, los miembros del antiguo panteón anunnaki.

¿Acaso los dioses enlilitas acompañaron a sus seguidores cuando injertaron los conocimientos y las creencias sumerios en tierras lejanas? Los datos no son concluyentes, pero lo que sí se sabe históricamente es que, al cabo de dos o tres siglos del inicio de aquella nueva era, en las tierras fronterizas de Babilonia, aquellos que se suponía que debían de haber sido los invitados jubilados de Marduk en su recinto sagrado se embarcaron en una nueva clase de afiliaciones religiosas: las *religiones nacionales de Estado*.

Quizás Marduk lograra hacer acopio de los cincuenta nombres divinos, pero lo que no pudo impedir fue que, a partir de entonces, las naciones lucharan entre sí, que los hombres se mataran entre sí «en nombre de Dios»... de *su* dios.

8

•

EN NOMBRE DE DIOS

Si las profecías y las expectativas mesiánicas relacionadas con la nueva era del siglo XXI a. C. nos resultan familiares hoy en día, los gritos de guerra de los siglos posteriores tampoco nos resultarán extraños. Si en el tercer milenio a. C., los dioses lucharon entre sí utilizando ejércitos de hombres, en el segundo milenio a. C. los hombres lucharon entre sí «en nombre de dios».

A los pocos siglos del inicio de la nueva era de Marduk quedó claro que no iba a ser fácil la realización de sus profecías de grandeza. Curiosamente, la resistencia no provendría tanto de los dioses enlilitas dispersos, ¡sino de su propio pueblo, de entre las masas de sus leales adoradores!

Tuvo que pasar más de un siglo desde el desastre nuclear para que Babilonia (la ciudad) emergiera en el escenario de la historia, bajo la Primera Dinastía, como Babilonia (el Estado). Durante aquel intervalo, la recuperación del sur de Mesopotamia (el antiguo Sumer) se dejó en manos de gobernantes temporales que tuvieron su cuartel general en Isin y, posteriormente, en Larsa; sus nombres teofóricos (*Lipit-Ishtar*, *Ur-Ninurta*, *Rim-Sin*, *Enlil-Bani*) hacían gala de sus lealtades enlilitas, mientras que su logro más importante, la restauración del templo de Nippur, exactamente setenta y dos años después del desastre nuclear, nos ofrece otro indicio de cuáles eran sus lealtades, así como de su adherencia a una cuenta zodiacal del tiempo.

Aquellos reyes no babilonios eran los vástagos de habla semita de la familia real de una ciudad-estado llamada Mari. Si se echa un vistazo a un mapa en el que figuren las naciones o Estados de la primera mitad del segundo milenio a. C. (fig. 50), se nos hará evidente que los Estados no mardukitas formaban una formidable garra en torno a la gran Babilonia, comenzando por Elam y Gutium, en el su-

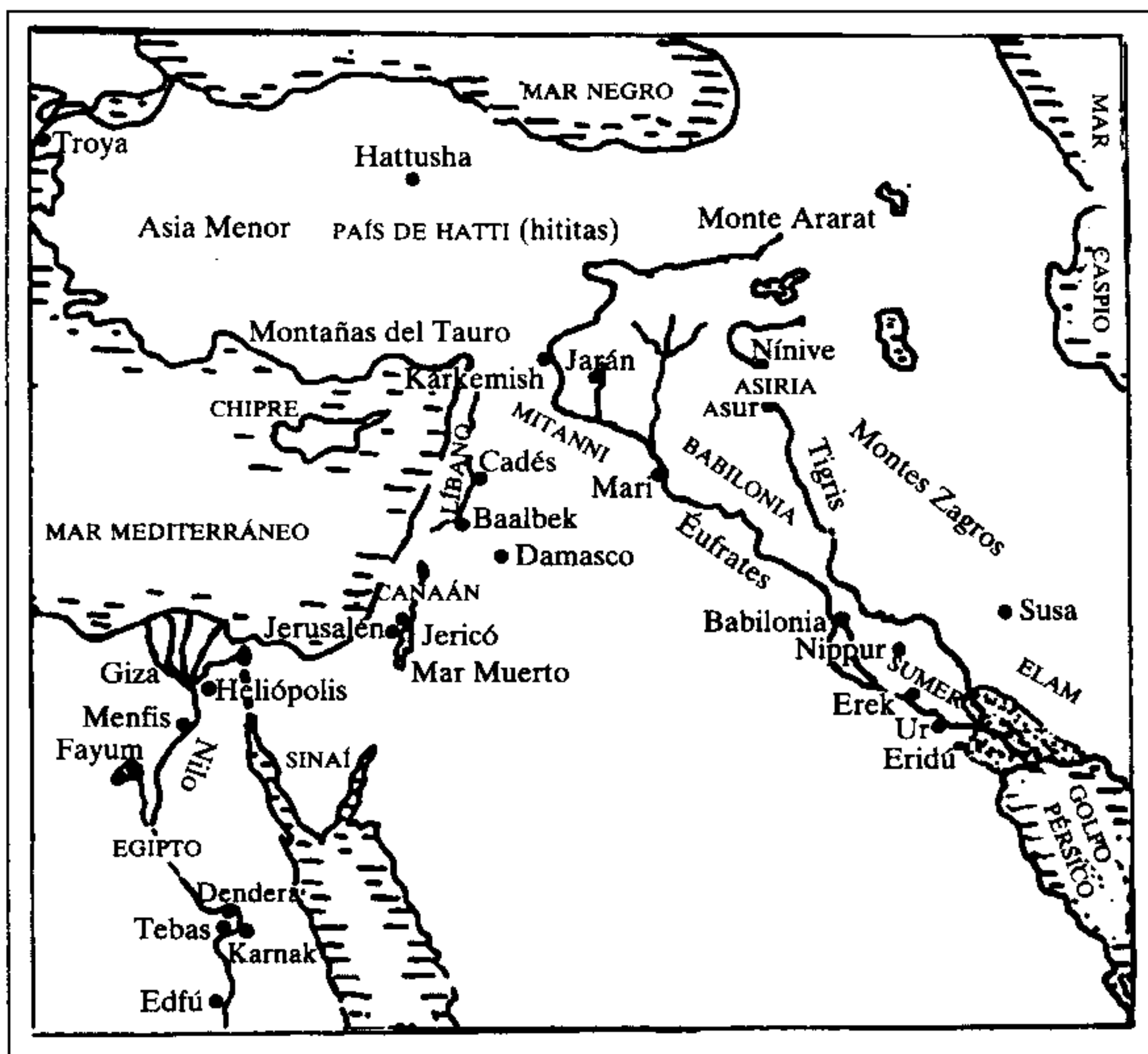


Figura 50

deste y el este, respectivamente; Asiria y Hatti, en el norte; y Mari, en el curso medio del Éufrates, como punto de enganche occidental de la cadena.

De aquellas ciudades, Mari fue la más «sumeria», habiendo llegado incluso a cumplir el papel de capital de Sumer, la décima de ellas, función que rotaba entre las principales ciudades de Sumer. Antigua ciudad portuaria a orillas del río Éufrates, era una importante encrucijada por la que pasaban personas, bienes y cultura entre Mesopotamia, en el este, los países mediterráneos, en el oeste, y Anatolia, en el noroeste.

En sus monumentos podemos encontrar los más finos ejemplos de escritura sumeria, y su gigantesco palacio central estaba decorado con murales, que aún sorprenden por su maestría, en los que se honraba a Ishtar (fig. 51). (En *Las expediciones de Crónicas de la*



Figura 51

*Tierra,** se puede encontrar un capítulo sobre Mari y sobre mi visita a sus ruinas.)

En su archivo real, compuesto por miles de tablillas de arcilla, podemos ver de qué modo Babilonia hizo uso de las riquezas y las conexiones internacionales de Mari con otras muchas ciudades-estado, para luego traicionarla. Después de conseguir restaurar del sur de Mesopotamia, gracias al trabajo de los miembros de la familia real de Mari, los reyes de Babilonia, fingiendo deseos de paz y sin mediar provocación alguna, trataron a Mari como una enemiga. En 1760 a. C., el rey babilonio Hammurabi atacó, saqueó y destruyó Mari, sus templos y sus palacios. Y esto lo hizo, según alardeaba Hammurabi en sus anales, «a través del poderío de Marduk».

Tras la caída de Mari, los jefes de las «Tierras del Mar» (las regiones pantanosas de Sumer que bordeaban el Mar Inferior, es decir, el golfo Pérsico) llevaron a cabo numerosas incursiones hacia el norte, tomando de vez en cuando el control de la ciudad sagrada de Nippur. Pero éstas no eran más que conquistas temporales, mientras que Hammurabi tenía la certeza de que, con la conquista de Mari, completaba la victoria política y religiosa de Babilonia sobre el antiguo Sumer y Acad. La dinastía a la cual pertenecía, que los expertos denominan la Primera Dinastía de Babilonia, tuvo sus inicios un siglo antes de él, y se perpetuó a través de sus descendientes durante otros dos siglos más. En aquellos tiempos turbulentos, esto fue ciertamente un logro.

Los historiadores y los teólogos coinciden en que, en 1760 a. C., Hammurabi, que se denominó a sí mismo «Rey de las Cuatro Regiones», «puso a Babilonia en el mapa del mundo» con la *fundación la religión estelar de Marduk*.

* Libro publicado en español por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2005.

Una vez establecida la supremacía política y militar de Babilonia, llegó el momento de reafirmar y engrandecer su dominio religioso. En una ciudad cuyo esplendor fue ensalzado en la Biblia, y cuyos jardines se consideraron una de las maravillas del mundo antiguo, el recinto sagrado, con el zigurat-templo Esagil en su centro, estaba rodeado de murallas, con pórticos bien custodiados; en el interior, se dispusieron avenidas procesionales para las ceremonias religiosas y se construyeron santuarios para otros dioses (que Marduk esperaba que se convertirían en sus involuntarios huéspedes). Cuando los arqueólogos excavaron Babilonia, no sólo se encontraron con los restos de la ciudad, sino también con «tablillas arquitectónicas» con las descripciones y la planificación de la ciudad; aunque muchas de las construcciones eran restos de épocas posteriores, la concepción del artista del centro del recinto sagrado (fig. 52) nos da una buena idea de la magnificencia del cuartel general de Marduk.

Como le correspondería a un «Vaticano», el recinto sagrado estaba atestado con un impresionante surtido de sacerdotes, cuyas tareas religiosas, ceremoniales, administrativas, políticas y serviles se han podido recoger a partir de sus diversas agrupaciones, clasificaciones y designaciones.

En la parte más baja de la jerarquía estaba el personal de servicio, los *abalu* («conserjes»), que limpiaban y barrían el templo y los edificios adyacentes, proporcionaban las herramientas y los utensilios que los otros sacerdotes requerían y se encargaban de los suministros generales y el almacenamiento (salvo del hilo de lana, que se le confiaba sólo a los sacerdotes *Shu'uru*). Otros sacerdotes, de un

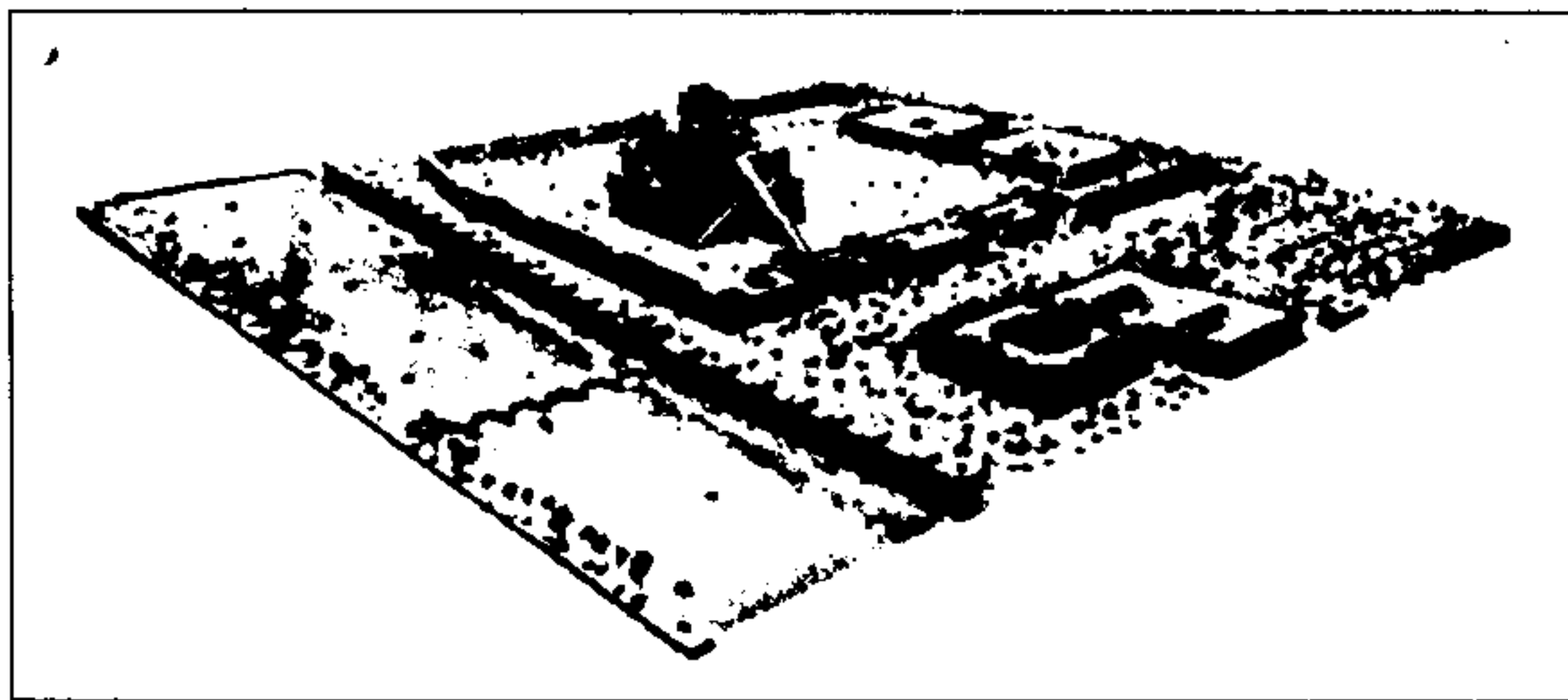


Figura 52

rango especial, como los *Mushshipu* y los *Mulillu*, llevaban a cabo servicios de purificación ritual, salvo de aquellas purificaciones para las que se requería un *Mushlahhu*, que eran los que se ocupaban de las plagas de serpientes. Los *Umannu*, los maestros artesanos, trabajaban en los talleres donde se forjaban los artísticos objetos religiosos; las *Zabbu* eran un grupo de sacerdotisas cocineras que preparaban las comidas. Había otras sacerdotisas que hacían de plañideras profesionales en los funerales; eran las *Bakate*, que sabían cómo derramar lágrimas amargas. Y luego estaban los *Shangu* (simplemente, «los sacerdotes»), que supervisaban el funcionamiento general del templo, la adecuada realización de los rituales, y la recepción y el tratamiento de las ofrendas, o que bien eran responsables de la ropa de los dioses; y así sucesivamente.

De la provisión de personal de servicios de «mayordomía» para los dioses residentes se encargaba un pequeño grupo de elite de sacerdotes específicamente seleccionados. Eran los *Ramaqu*, que se encargaban de los rituales de purificación por agua (tenían el honor de bañar al dios), y los *Nisaku*, que echaban el agua usada. La unción del dios con «óleo sagrado» (una delicada mezcla de específicos aceites aromáticos) se ponía en manos especializadas, comenzando con los *Abaraku*, que mezclaban los ungüentos, y pasando por los *Pashishu*, que realizaban la unción (en el caso de una diosa, los sacerdotes eran todos eunucos). Después, había también otros sacerdotes y sacerdotisas, algunos de los cuales formaban el Coro Sagrado: los *Naru*, que cantaban, los *Lallaru*, que eran cantantes y músicos, y los *Munabu*, cuya especialidad eran las lamentaciones. En cada grupo había un *Rabu*, un jefe o encargado.

Tal como había soñado Marduk, y una vez su zigurat-templo Esagil se elevó hacia el cielo, su principal función la constituyó la continua observación de los cielos; y, ciertamente, el sector más importante de sacerdotes del templo era el que estaba compuesto por aquellos cuya tarea era observar los cielos, seguir los movimientos de estrellas y planetas, tomar nota de los fenómenos inusuales (como una conjunción planetaria o un eclipse) y tomar en consideración si los cielos anunciaban augurios; y, en caso de ser así, interpretar lo que presagiaban.

Entre los sacerdotes-astrónomos, llamados en general *Mashmasahu*, había diversas especialidades. Había, por ejemplo, un sacerdote *Kalu*, que estaba especializado en la observación de la constelación del Toro. El deber del *Lagaru* era mantener un registro diario

detallado de las observaciones celestes, y transmitir la información a un cuadro superior de sacerdotes-intérpretes. Entre éstos, que constituían la cúspide de la jerarquía sacerdotal, estaban los *Ashippu*, especialistas en augurios, los *Mahhu*, «que pueden leer los signos», y los *Baru* («decidores de verdad»), que «comprendían los misterios y los signos divinos». Un sacerdote especial, el *Zaiquu*, se encargaba de transmitirle al rey las palabras divinas. Después, a la cabeza de aquellos sacerdotes-astrónomos-astrólogos, estaba el *Urigallu*, el sumo sacerdote, que era un hombre santo, mago y médico, cuyas blancas vestiduras iban orladas con elaborados adornos coloreados.

Con el descubrimiento de setenta tablillas que formaban una serie continua de observaciones y de su significado, quedó de manifiesto tanto la transición de la astronomía sumeria a la babilónica como la existencia de fórmulas oraculares que determinaban lo que un fenómeno podía significar.

Con el tiempo, todo un ejército de adivinos, intérpretes de sueños, agoreros y similares se unirían a esta jerarquía, pero estarían más bien al servicio del rey que de los dioses. Y, con el tiempo, las observaciones celestes se degradarían hasta convertirse en augurios astrológicos dirigidos al rey y al pueblo, que pronosticarían guerras, tranquilidad, derrocamientos, larga vida o muerte, abundancia o epidemias, bendiciones de los dioses o cólera divina. Pero, en sus inicios, las observaciones eran puramente astronómicas, y eran de principal interés para el dios Marduk, y sólo de importancia menor para el rey y para el pueblo.

No era por casualidad que hubiera un sacerdote Kalu especializado en la observación de la constelación del Toro de Enlil ante cualquier fenómeno fuera de lugar, dado que el principal propósito del Ésa-gil en su función de observatorio era rastrear los cielos zodiacales y llevar un estricto control del tiempo celeste. El hecho de que los acontecimientos significativos previos a las explosiones nucleares hubieran tenido lugar con intervalos de setenta y dos años, y que posteriormente continuaran acaeciendo del mismo modo (véase más arriba y en capítulos anteriores) sugiere que se seguía observando y respetando el reloj zodiacal, en el cual se precisan setenta y dos años para que se dé un cambio precesional de un grado.

Es evidente, a partir de todos los textos astronómicos (y astrológicos) de Babilonia, que sus sacerdotes-astrónomos conservaron la división sumeria de los cielos en tres caminos o senderos, cada uno de los cuales ocupaba sesenta grados del arco celeste: el Camino de

Enlil en los cielos septentrionales, el Camino de Ea en los cielos meridionales y el Camino de Anu en la banda central (fig. 53). En este último se ubicaban las constelaciones zodiacales, y era ahí donde «la Tierra se encuentra con el Cielo», en el horizonte.

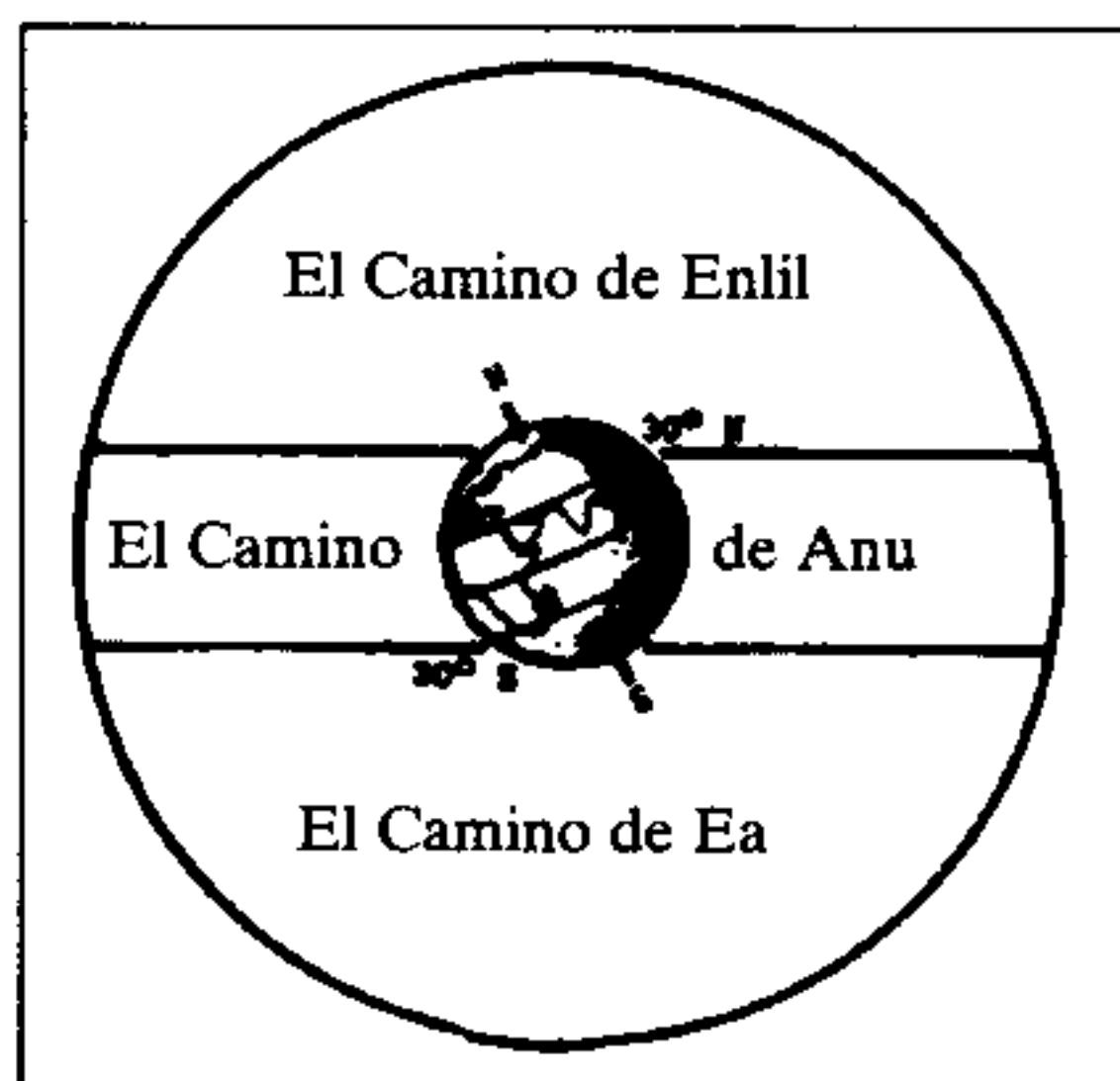


Figura 53

Quizás debido a que Marduk había alcanzado la supremacía de acuerdo con el tiempo celeste, con el reloj zodiacal, sus sacerdotes-astrónomos exploraban constantemente los cielos en el horizonte, en el sumerio AN.UR, la «Base del Cielo». No había razón para observar el sumerio AN.PA, la «Cima del Cielo», el zenit, pues Marduk, como «estrella», es decir, Nibiru, estaba lejos y era invisible.

Pero, siendo un planeta en órbita, aunque fuera invisible ahora, necesariamente tenía que volver. En una expresión equivalente del tema de Marduk-es-Nibiru, la versión egipcia de la religión estelar de Marduk prometía abiertamente a sus fieles que vendría un tiempo en que esta estrella-dios o dios-estrella *reaparecería* como el ATON.

Y fue este aspecto de la religión estelar de Marduk (su eventual retorno) el que desafió directamente a los adversarios enlilitas de Babilonia, y el que desvió el enfoque del conflicto hacia unas renovadas expectativas mesiánicas.

De los actores posteriores a Sumer en el escenario del Viejo Mundo, hubo cuatro que alcanzaron el estatus imperial y que dejaron unas

huellas profundas en la historia: Egipto y Babilonia, Asiria y Hatti (el país de los hititas); y cada uno de ellos tuvo su «dios nacional».

Los dos primeros pertenecían al bando de Enki-Marduk-Nabu; los otros dos pertenecían a Enlil, Ninurta y Adad. Sus dioses nacionales se llamaban Ra-Amón y Bel-Marduk, Asur y Teshub, y fue en nombre de estos dioses que se libraron un buen número de prolongadas y crueles guerras. Quizás los historiadores digan que estas guerras fueron causadas por las razones habituales de las guerras: recursos, territorio, necesidad o codicia; pero los anales reales que detallaban las guerras y las expediciones militares nos las presentan como *guerras de religión*, en las cuales el propio dios era glorificado y el dios del oponente humillado. Sin embargo, las inminentes perspectivas del Retorno convirtieron aquellas guerras en *campañas territoriales que tenían como objetivos emplazamientos específicos*.

Según los anales reales de todos aquellos países, las guerras las declaraba el rey «por mandato de mi dios», etcétera; las campañas se llevaban a cabo «de acuerdo con un oráculo» de este o de aquel dios; y, con frecuencia, la victoria se obtenía con la ayuda de armas ante las cuales no había posibilidad de respuesta, o bien gracias a la ayuda directa que pudiera proporcionar el dios. Un rey egipcio escribió en sus registros guerreros que fue «Ra, que me ama, Amón, de quien soy su preferido», quien le dio instrucciones para que marchara «contra estos enemigos de los que Ra abomina». Un rey asirio, en los registros de su victoria sobre un rey enemigo, alardeaba de haber reemplazado en el templo de la ciudad las imágenes de los dioses de esa ciudad «por las imágenes de mis dioses, y les declaré a partir de entonces los dioses del país».

Un claro ejemplo del aspecto religioso de aquellas guerras (y del deliberado cambio de objetivos) se puede encontrar en la Biblia hebrea, en 2 Reyes, capítulos 18 y 19, en los cuales se narra el asedio de Jerusalén que realizara el ejército del rey asirio Senaquerib. Después de rodear y de dejar incomunicada la ciudad, el comandante asirio entabló una guerra psicológica con el fin de conseguir que los defensores de la ciudad se rindieran. Hablando en hebreo, con el fin de que todos los que había en las murallas de la ciudad pudieran entenderle, les transmitió las palabras del rey de Asiria: No os dejéis engañar por vuestros jefes, que os dicen que vuestro dios, Yahveh, os protegerá; «¿Acaso los dioses de las naciones han librado cada uno a su tierra de la mano del rey de Asur? ¿Dónde están los dioses de Jamat y de Arpad, dónde están los dioses de Sefarváyim, de Hená y de

Ivvá? ¿Dónde están los dioses de la tierra de Samaria? ¿Quiénes, de entre todos los dioses de los países, los han librado de mi poder para que libre Yahveh a Jerusalén de mi mano?». (Pero Yahveh, según los registros históricos, lo hizo.)

¿De qué iban esas guerras religiosas? Las guerras, y los dioses nacionales en cuyo nombre peleaban, no tienen sentido salvo si uno se da cuenta de que, en el núcleo de los conflictos, se hallaba lo que los sumerios habían llamado DUR.AN.KI, el «enlace Cielo-Tierra». Una y otra vez, los textos antiguos nos hablan de la catástrofe que tuvo lugar «cuando la Tierra fue separada del cielo», cuando el espaciopuerto que los conectaba fue destruido. La abrumadora pregunta que se planteó con posterioridad al desastre nuclear fue ésta: *¿Quién (qué dios y su nación) puede reivindicar ser el único en la Tierra que posee el enlace con los cielos?*

Para los dioses, la destrucción del espaciopuerto de la península del Sinaí fue la pérdida material de unas instalaciones que había que reemplazar. Pero, ¿puede imaginarse usted el impacto (el impacto espiritual y religioso) sobre la humanidad? *De repente, los adorados dioses del cielo y de la Tierra habían perdido la comunicación con el Cielo...*

Con el espaciopuerto del Sinaí arrasado, sólo quedaban tres emplazamientos espaciales en el Viejo Mundo: el Lugar de Aterrizaje en las Montañas de los Cedros; el Centro de Control de Misiones posdiluviano que había reemplazado al de Nippur; y las grandes pirámides de Egipto, que anclaban el Corredor de Aterrizaje. Con la destrucción del espaciopuerto, ¿tendrían todavía alguna función celeste útil esos otros emplazamientos? (Y, por tanto, ¿tendrían alguna importancia religiosa?)

Nosotros sabemos la respuesta, hasta cierto punto, debido a que estos tres emplazamientos siguen estando en pie en la Tierra, desafiando a la humanidad con sus misterios y a los dioses con su irreverente faz hacia los cielos.

El más familiar de los tres emplazamientos es el de la Gran Pirámide y sus compañeras en Giza (fig. 54); su tamaño, su precisión geométrica, su complejidad interna, sus alineamientos celestes y otros aspectos sorprendentes vienen arrojando dudas desde hace mucho tiempo sobre la posibilidad de que la construyera un faraón llamado Keops (atribución que sólo tiene el apoyo de un jeroglífico con su nombre, descubierto en el interior de la pirámide). En *La escalera al cielo*, ofrecí pruebas de que aquellas marcas se debían a una falsifi-

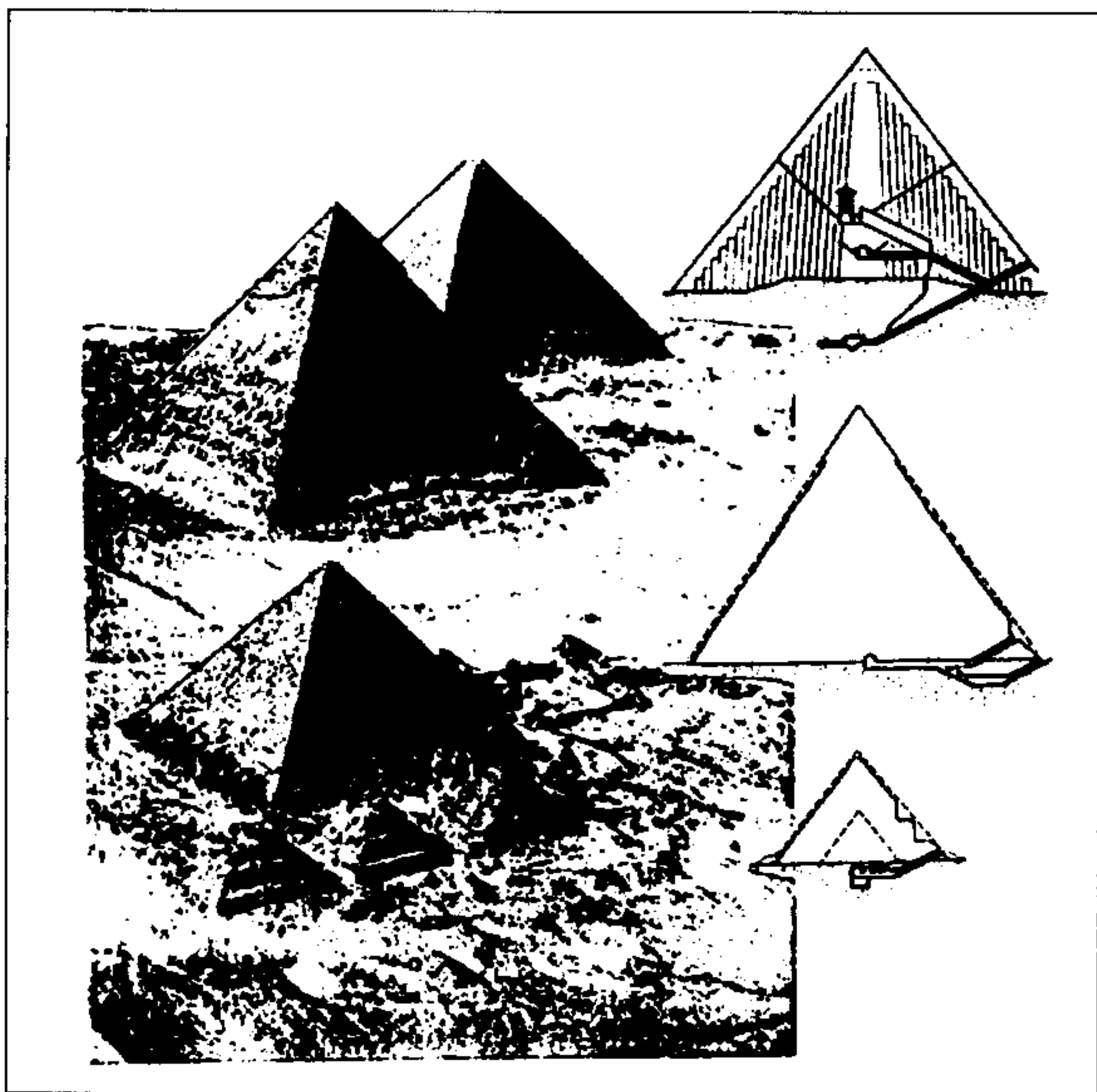


Figura 54

cación moderna, y en aquel libro y otros se proporcionaron voluminosas evidencias textuales y pictóricas para explicar cómo y por qué los anunnaki diseñaron y construyeron esas pirámides. Una vez despojadas de sus equipos de dirección por irradiaciones durante las guerras de los dioses, la Gran Pirámide y sus compañeras siguieron cumpliendo la función de balizas físicas del Corredor de Aterrizaje. Desaparecido el espaciopuerto, quedaron como testigos silenciosos de un pasado que se desvaneció; y ni siquiera existen indicios que apunten a la posibilidad de que llegaran a convertirse en objetos religiosos sagrados.

El Lugar de Aterrizaje del Bosque de Cedros tiene antecedentes diferentes. Gilgamesh, que fue hasta allí casi un milenio antes del desastre nuclear, pudo presenciar en sus cercanías el lanzamiento de



Figura 55

un cohete; y los fenicios de la cercana ciudad de Biblos, en la costa del Mediterráneo, representaron en una moneda (fig. 55) un cohete emplazado sobre una base especial dentro de un recinto en el mismo lugar (casi mil años después del desastre nuclear). Así pues, con el espaciopuerto, y luego sin él, el Lugar de Aterrizaje siguió estando operativo.

Ese lugar, *Ba'albek* («el valle-grieta de Ba'al»), en Líbano, constaba en la antigüedad de una inmensa plataforma (de más de 460.000 metros cuadrados) de piedra pavimentada, en cuya esquina noroccidental se elevaba una enorme estructura de piedra. Construida con gigantescos bloques de piedra perfectamente tallados que pesan entre 600 y 900 toneladas cada uno, el muro occidental estaba especialmente fortificado con los bloques de piedra más pesados que existen en la Tierra, entre los que hay tres que tienen el increíble peso estimado de 1.100 toneladas cada uno, y que se conocen como el Trilitón (fig. 56). Pero lo más sorprendente de estos colosales bloques de piedra es que se extrajeron de una cantera que se encuentra a unos tres kilómetros de distancia en el valle, donde uno de tales bloques, que no se acabó de extraer, todavía sobresale del suelo (fig. 57).

Los griegos veneraron el lugar desde los tiempos de Alejandro, llamándolo Heliópolis (Ciudad del dios Sol); y los romanos construyeron allí el más grande de los templos erigidos en honor a Zeus. Los bizantinos lo convirtieron en una gran iglesia; después, los musulmanes construyeron allí una mezquita; y, actualmente, los cristianos maro-

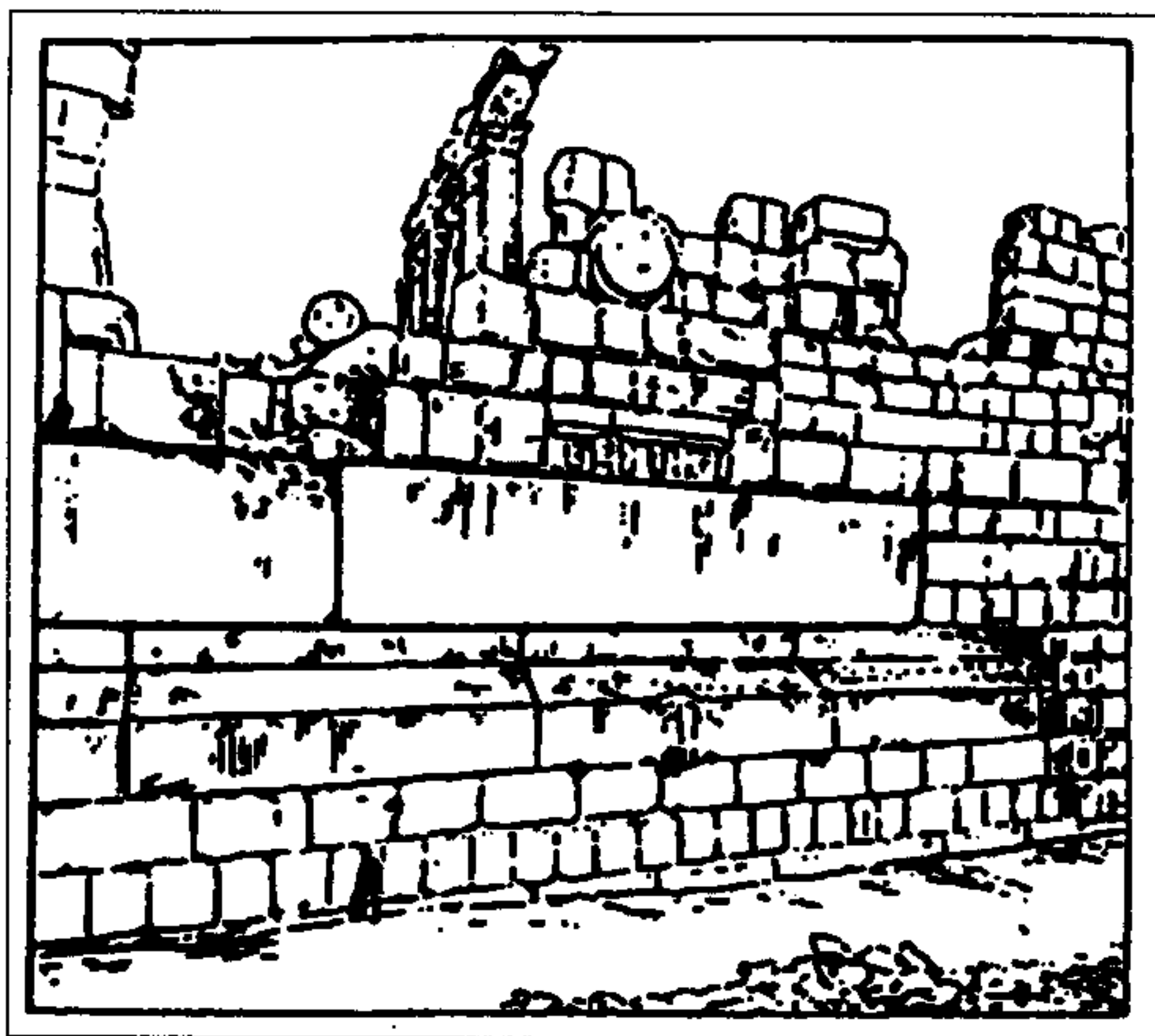


Figura 56

nititas reverencian el lugar como una reliquia de la época de los gigantes. (En *Las expediciones de Crónicas de la Tierra*, se describe una visita al lugar y sus ruinas, y se explica su función como torre de lanzamiento.)

Aún más sagrado y santo hasta nuestros días ha sido el lugar que hizo la función de Centro de Control de Misiones: *Ur-Shalem* («Ciudad del Vasto Dios»), Jerusalén. También allí, como en Baalbek, pero a una escala más reducida, hay una gran plataforma de piedra que reposa sobre unos cimientos de roca y piedras talladas, *en cuyo muro occidental hay tres colosales bloques de piedra* que pesan alrededor de seiscientas toneladas *cada uno*.

El rey Salomón construyó el Templo a Yahveh sobre la plataforma preexistente, en cuyo sanctasanctórum estuvo el arca de la alianza, sobre una roca sagrada, encima de una cámara subterránea (fig. 58).

Los romanos, que construyeron en Baalbek el mayor templo jamás construido a Júpiter, también tenían planeado construir otro templo a Júpiter en Jerusalén, en el lugar del Templo de Yahveh. El monte del Templo está dominado en la actualidad por la mezquita de

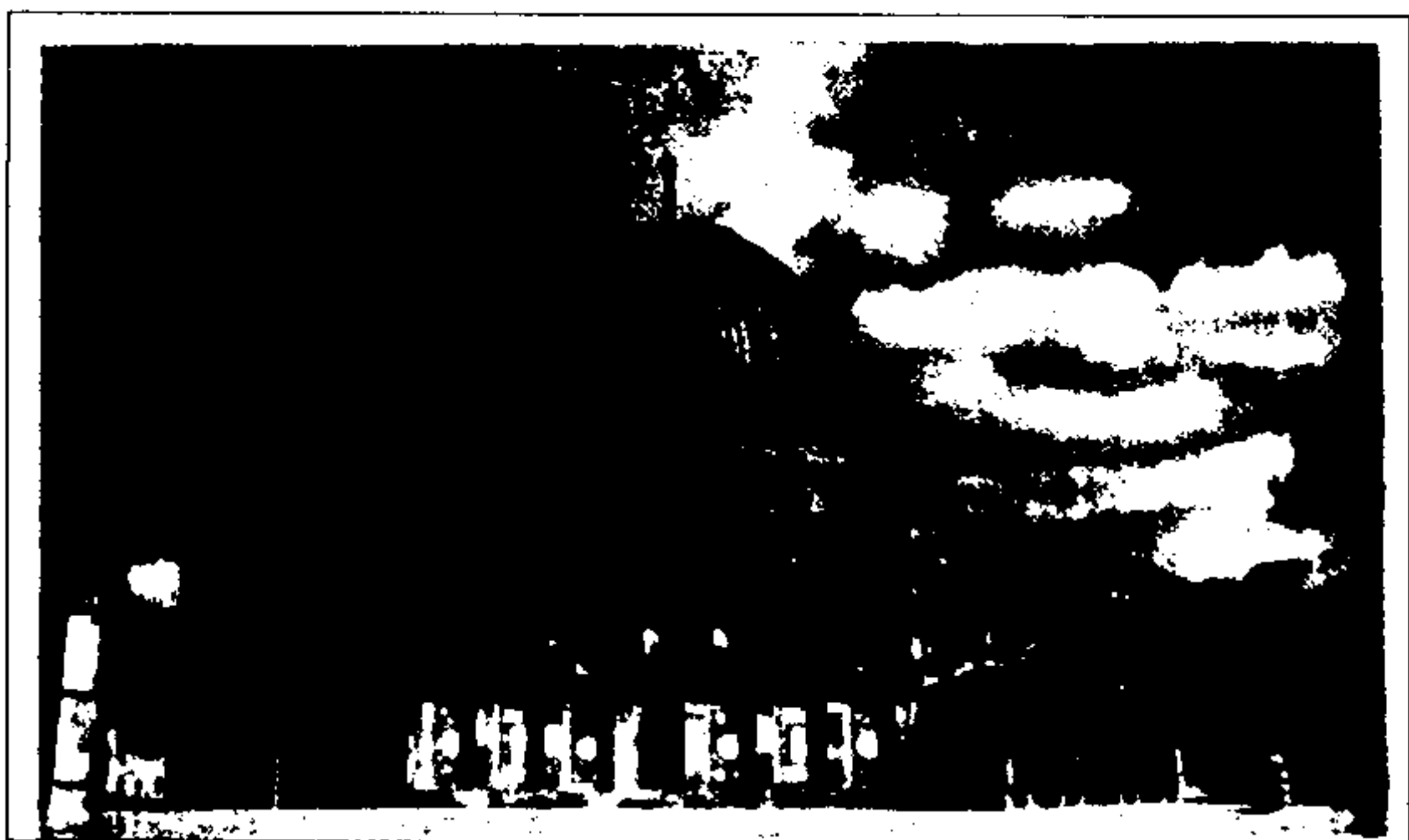


Figura 59

la Roca (fig. 59), cuya cúpula dorada cubría originalmente el santuario musulmán que se elevaba en Baalbek (evidencia de que rara vez se ha pasado por alto el vínculo entre los dos emplazamientos espaciales).

En los difíciles tiempos posteriores al desastre nuclear, ¿pudo la *Bab-Ili* de Marduk, su «Pórtico de los dioses», sustituir a los antiguos emplazamientos del enlace Cielo-Tierra? ¿Pudo ofrecer la nueva religión estelar de Marduk una respuesta a las perplejas masas de humanos?

Al parecer, la vieja búsqueda de respuestas ha perdurado hasta nuestros días.

Los más incansables adversarios de Babilonia fueron los asirios. Su provincia, en la región del alto Tigris, se llamaba Subartu en tiempos sumerios, y fue la extensión más septentrional de Sumer y Acad. En lengua y en orígenes raciales, parece que los asirios tenían algún tipo de parentesco con Sargón de Acad, hasta el punto que, cuando Asiria se convirtió en reino y potencia imperial, algunos de sus reyes más famosos tomaron el nombre de *Sharru-kin* (Sargón) como nombre real.

Todo esto, recogido a partir de los hallazgos arqueológicos de los últimos dos siglos, corrobora las sucintas afirmaciones de la Biblia

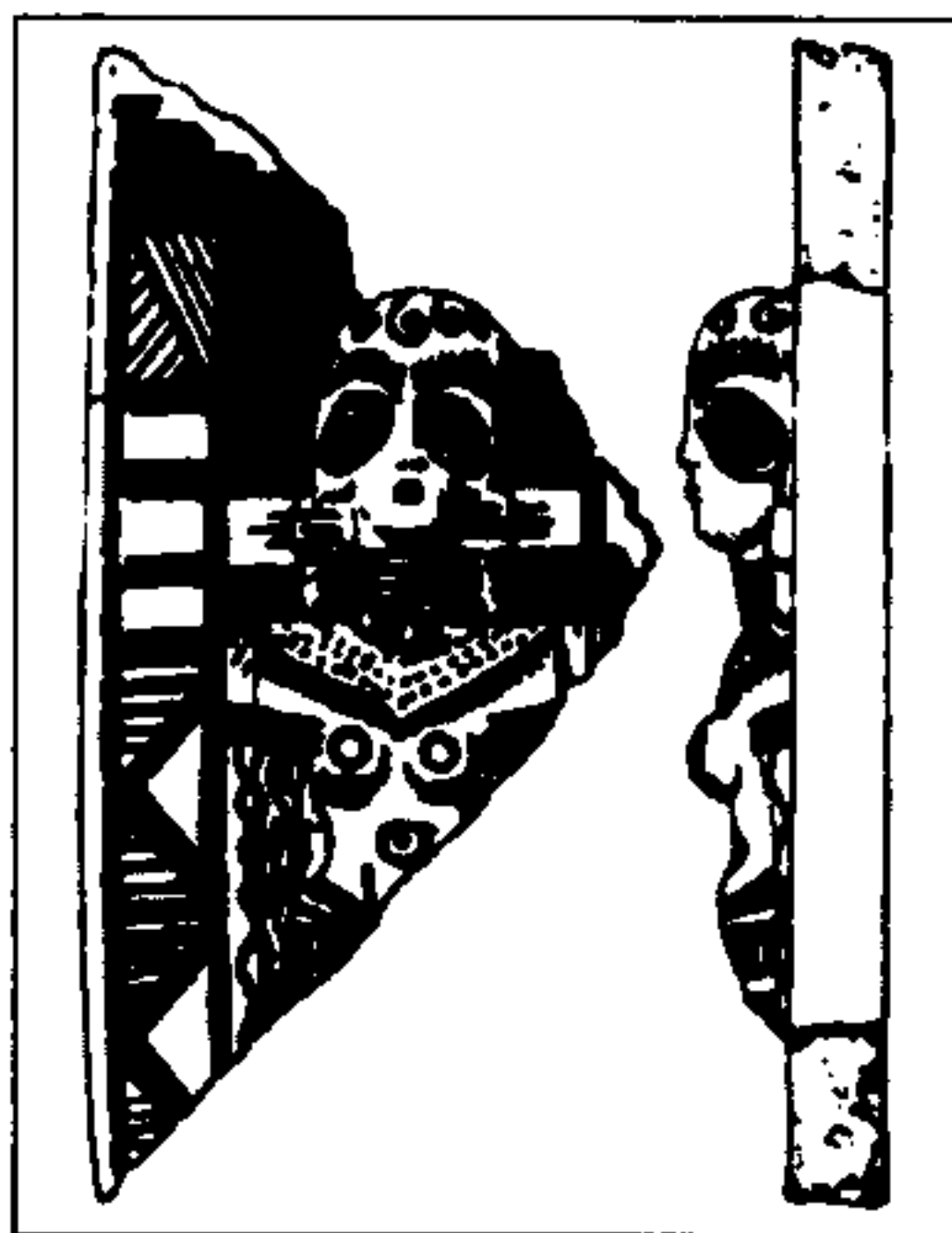


Figura 60

(Génesis, capítulo 10) que colocan a los asirios entre los descendientes de Sem, y a la capital asiria, Nínive, y otras ciudades importantes como brotes, extensiones, de Senaar (Sumer). Su panteón era el panteón sumerio; sus dioses eran los anunnaki de Sumer y Acad; y los nombres teofóricos de los reyes y los altos cargos asirios indican su reverencia a los dioses Asur, Enlil, Ninurta, Sin, Adad y Shamash. Había templos para ellos, así como para la diosa Inanna/Ishtar, a la que también se le daba amplio culto; una de sus más conocidas representaciones, en la que se la ve como piloto, con casco (fig. 60), se encontró en el templo de la diosa en Asur (la ciudad).

Los documentos históricos de la época indican que fueron los asirios, desde el norte, los primeros en desafiar militarmente a la Babilonia de Marduk. El primer rey asirio del que se tiene constancia, Ilushuma, encabezó una exitosa expedición militar, en torno a 1900 a. C., en la que bajó por el río Tigris hasta la frontera de Elam. En sus inscripciones, se afirma que su objetivo era «darle la libertad a Ur y a Nippur»; y durante un tiempo consiguió liberar a estas ciudades de la garra de Marduk.

Éste fue el primer enfrentamiento entre Asiria y Babilonia en un conflicto que se prolongaría durante más de mil años y que perduraría hasta el fin de ambos imperios. Fue un conflicto en el cual los reyes asirios fueron normalmente los agresores. Los asirios y los babilonios eran vecinos, hablaban la misma lengua, el acadio, y habían

heredado ambos los fundamentos sumerios, sólo se diferenciaban en una cosa: su dios nacional.

Asiria se llamaba a sí misma la «Tierra del dios Asur», o simplemente *ASUR*, por el nombre de su dios nacional, pues sus reyes y su pueblo consideraban que lo único que importaba era el aspecto religioso. Su primera capital se llamó también «Ciudad de Asur», o simplemente *Asur*. Este nombre significaba «El que ve» o «El que es visto». Sin embargo, a pesar de los innumerables himnos, oraciones y demás referencias al dios Asur, sigue sin estar claro quién era exactamente en el panteón sumerio-acadio. En las listas de dioses, era el equivalente de Enlil; otras referencias sugieren a veces que era Ninurta, hijo y heredero de Enlil; pero, dado que siempre que se relacionaba o se mencionaba a su esposa se le daba el nombre de Ninlil, la conclusión suele ser que el asirio Asur no era otro que Enlil.

La historia de Asiria es una historia de conquistas y agresiones contra otras muchas naciones y sus dioses. Sus incontables campañas militares, que fueron extensas y les llevaron lejos de sus fronteras, se llevaron a cabo, cómo no, «en nombre de Dios», de su dios, Asur: «Por mandato de mi Dios, Asur, el gran señor» era la frase habitual de inicio en los registros de las campañas militares de los reyes asirios. Pero, en lo referente a sus guerras con Babilonia, lo que sorprende de los ataques asirios es su objetivo central: *no sólo hacer retroceder la influencia de Babilonia, ¡sino el desalojo real y físico del mismo Marduk de su templo en Babilonia!*

Sin embargo, la hazaña de la conquista de Babilonia y de prender a Marduk no fue un éxito de los asirios, sino de sus vecinos del norte, los hititas.

- Hacia 1900 a. C., los hititas comenzaron a extenderse desde sus bastiones en el norte y centro de Anatolia (la actual Turquía), convirtiéndose en una importante potencia militar, y se unieron a la cadena de naciones-estados enlilitas que se oponían a la Babilonia de Marduk. En un período de tiempo relativamente corto, alcanzaron el estatus imperial, y sus dominios se extendieron hacia el sur hasta incluir la mayor parte de la bíblica Canaán.

El descubrimiento arqueológico de los hititas, de sus ciudades, de sus archivos, de su lengua y de su historia es el relato asombroso y excitante de cómo se trajo a la vida y se corroboró la existencia de un pueblo y de unos lugares de los que, hasta aquel momento, sólo teníamos constancia a través de la Biblia hebrea. A los hititas se les menciona repetidamente en la Biblia, pero sin el desdén ni el menospre-

cio reservado a los adoradores de dioses paganos. Se habla de su presencia en las tierras en las que se desarrolló la historia y las andanzas de los patriarcas hebreos. Fueron vecinos de Abraham en Jarán, y fue a unos propietarios de tierras hititas de Hebrón, al sur de Jerusalén, a quienes Abraham les compró la cueva sepulcral de Machpelah. Bet-sabé, codiciada por el rey David, era la esposa de un capitán hitita de su ejército; y fue a unos agricultores hititas (que utilizaban el lugar para trillar el cereal) a quienes David les compraría la plataforma que había sobre el monte Moria para construir el Templo. El rey Salomón compró caballos para sus carros de guerra a los príncipes hititas, y se casó incluso con una de sus hijas.

La Biblia consideraba a los hititas como pertenecientes, genealógica e históricamente, a los pueblos de Asia Occidental; los expertos modernos creen que habían emigrado hasta Asia Menor desde alguna otra parte, probablemente desde más allá del Cáucaso. Y dado que su lengua, una vez descifrada, se vio que pertenecía al grupo indoeuropeo (como el griego, por una parte, y el sánscrito, por la otra), se les tiene por indoeuropeos no semitas. Sin embargo, una vez se asentaron en Asia Menor, asimilaron la escritura cuneiforme sumeria, incluyeron «palabras prestadas» sumerias en su vocabulario, estudiaron y copiaron los «mitos» y los relatos épicos sumerios, y adoptaron el panteón sumerio, inclusive la cuenta de los doce «olímpicos». De hecho, algunos de los relatos más antiguos de los dioses en su planeta natal y de su venida desde Nibiru se descubrieron únicamente en versiones hititas. Los dioses hititas fueron, sin duda, alguna dioses sumerios, y los monumentos y los sellos reales les mostraban invariablemente en compañía del omnipresente símbolo del disco alado (véase fig. 46), el símbolo de Nibiru. A estos dioses se les llamaba a veces en los textos hititas por sus nombres sumerios o acadios; nos encontramos con Anu, Enlil, Ea, Ninurta, Inanna/ Ishtar y Utu/Shamash mencionados una y otra vez. En otras ocasiones, los dioses eran denominados por sus nombre hititas. Liderándoles, estaba el dios nacional hitita, *Teshub*, «El que sopla el viento» o «Dios de las Tormentas», que no era otro que el hijo pequeño de Enlil, ISH-KUR/Adad. En sus representaciones, aparece con un rayo como arma, normalmente de pie sobre un toro, el símbolo de la constelación celeste de su padre (fig. 61).

Las referencias bíblicas al gran alcance y a las proezas militares de los hititas se confirmaron mediante diversos descubrimientos arqueológicos, tanto en emplazamientos hititas como en los registros



Figura 61

de otras naciones. Curiosamente, la expansión hitita hacia el sur llegó a cubrir dos de los emplazamientos espaciales: el Lugar de Aterrizaje (en la actual Baalbek) y el Centro de Control de Misiones posdiluviano (Jerusalén); y también llevó a los hititas enlilitas a tener a su alcance Egipto, el país de Ra-Marduk. Ambos bandos, así pues, tenían todo lo que había que tener para enzarzarse en un conflicto armado. De hecho, en las guerras que terminarían librándose entre ambos se pueden encontrar algunas de las más famosas batallas del mundo antiguo, que se lucharon «en nombre de Dios».

Pero, en vez de atacar Egipto, los hititas dieron la sorpresa. Siendo posiblemente los primeros en utilizar carros tirados por caballos en las campañas militares, el ejército hitita, de forma totalmente inesperada, barrió el río Éufrates en 1595 a. C., capturó Babilonia *e hizo cautivo a Marduk*.

Aunque sería de desear que se descubrieran registros más detallados de aquella época y de aquel evento, lo que sabemos indica que los hititas no pretendían quedarse en Babilonia y gobernarla: se retiraron poco después de haber abierto una brecha en las defensas de

la ciudad y de haber entrado en el recinto sagrado, llevándose a Marduk con ellos; al parecer, le dejaron bajo custodia, ileso, en una ciudad llamada Hana, un lugar (todavía por excavar) del distrito de Terka, junto al río Éufrates.

La humillante ausencia de Marduk de Babilonia se prolongó durante veinticuatro años, exactamente el mismo tiempo que el dios había estado en el exilio de Jarán cinco siglos atrás. Tras varios años de confusión y desorden, los reyes pertenecientes a una dinastía denominada dinastía casita tomaron el control de Babilonia, restauraron el santuario de su dios, «tomaron de la mano a Marduk» y lo devolvieron a su ciudad. Aún con todo, el saqueo hitita de Babilonia se tiene entre los historiadores como el hito que marcó el fin de la gloriosa Primera Dinastía de Babilonia y del Período Babilónico Antiguo.

La repentina estocada hitita a Babilonia y la cautividad temporal de Marduk siguen siendo un misterio histórico, político y religioso sin resolver. ¿Acaso lo que se pretendía con la incursión era avergonzar y reducir a Marduk (desinflar su ego, confundir a sus seguidores), o había un propósito (o causa) de mayor alcance tras el ataque?

¿Es posible que a Marduk «le saliera el tiro por la culata»?

9



LA TIERRA PROMETIDA

La captura y el alejamiento de Marduk de Babilonia tuvo unas claras repercusiones geopolíticas, que cambiaron durante varios siglos el centro de gravedad de Mesopotamia hacia el oeste, hasta las tierras que se extienden a lo largo del mar Mediterráneo. En términos religiosos, fue el equivalente a un fuerte terremoto: de golpe, las grandes expectativas de Marduk de que todos los dioses se unieran bajo su égida, y todas las expectativas mesiánicas de sus seguidores, se desvanecieron como una bocanada de humo.

Pero, tanto en lo geopolítico como en lo religioso, su mayor impacto se puede resumir en la historia de tres montañas, los tres emplazamientos espaciales que pusieron a la Tierra Prometida en medio de todo: el monte Sinaí, el monte Moria y el monte del Líbano.

De todos los acontecimientos que siguieron al inesperado suceso de Babilonia, el más importante y de mayor trascendencia fue el Éxodo de los israelitas desde Egipto, cuando, por vez primera, se confiaron a los terrestres lugares que hasta entonces habían sido sólo de los dioses.

Quando los hititas apresaron a Marduk y se fueron de Babilonia, dejaron tras ellos una situación política caótica y un enigma religioso: ¿Cómo podía haber ocurrido esto? ¿Por qué había sucedido? Si a las personas les ocurría algo malo, siempre podían decir que los dioses se habían encolerizado con ellas; pero, ¿qué pasaba si a quien le ocurría algo malo era a un dios, concretamente, a Marduk? ¿Acaso había un Dios supremo por encima del dios supremo?

En la misma Babilonia, la eventual liberación y regreso de Marduk no trajo la respuesta; de hecho, incrementó el misterio, pues los casitas, que le dieron la bienvenida al dios prisionero a su regreso a la ciudad, no eran babilonios, sino extranjeros. Ellos llamaban a Babilonia «Karduniash», y se llamaban por nombres como Barnaburiash

y Karaindash, pero poco más se sabe de ellos o de su lengua original. A día de hoy, sigue sin estar claro de dónde vinieron y por qué se permitió a sus reyes reemplazar a la dinastía de Hammurabi (en torno a 1660 a. C.) y dominar Babilonia desde 1560 a. C. hasta 1160 a. C.

Los expertos modernos hablan del período que siguió a la humillación de Marduk como de una «edad oscura» de la historia babilónica, no sólo por el caos en el que se vio inmersa, sino principalmente por la escasez de registros escritos de aquella época de Babilonia. Los casitas se integraron rápidamente en la cultura sumerio-acadia, adoptando su lengua y su escritura cuneiforme; pero no eran tan meticulosos archivando registros como lo habían sido los sumerios, ni como los escribas de los anales reales babilónicos anteriores. De hecho, la mayor parte de los escasos registros reales de los reyes casitas no se han encontrado en Babilonia, sino en Egipto (unas tablillas de arcilla halladas en el archivo de la correspondencia real de El-Amarna). Y es digno de notar que, en esas tablillas, los reyes casitas llamaban a los faraones egipcios «hermano mío».

La expresión, aunque figurativa, no era injustificada, pues Egipto compartía con Babilonia su veneración por Ra-Marduk y, al igual que Babilonia, había pasado también por una «edad oscura», un período que los expertos denominan Segundo Período Intermedio. Comenzó con el hundimiento del Imperio Medio, hacia 1780 a. C., y se prolongó hasta los alrededores de 1560 a. C. Como en Babilonia, se caracterizó por el reinado de unos reyes extranjeros, conocidos como «hicsos».

Tampoco aquí se sabe muy bien quiénes eran, de dónde procedían o cómo fue que sus dinastías pudieron gobernar Egipto durante más de dos siglos.

No es probable que el paralelismo entre las fechas de este Segundo Período Intermedio (con sus múltiples aspectos oscuros) y las del declive de Babilonia, desde la cúspide de las victorias de Hammurabi (1760 a. C.) hasta la captura y la reanudación del culto de Marduk en Babilonia (en torno a 1560 a. C.), sean casuales o pura coincidencia: unos acontecimientos similares en épocas paralelas, y en los principales dominios de Marduk, tuvieron lugar debido a que a Marduk «le salió el tiro por la culata», porque las mismas justificaciones por las que había reivindicado su supremacía eran las que ahora le llevaban a la perdición.

El problema era el propio argumento inicial de Marduk, que sostenía que había llegado el tiempo de su supremacía en la Tierra por-

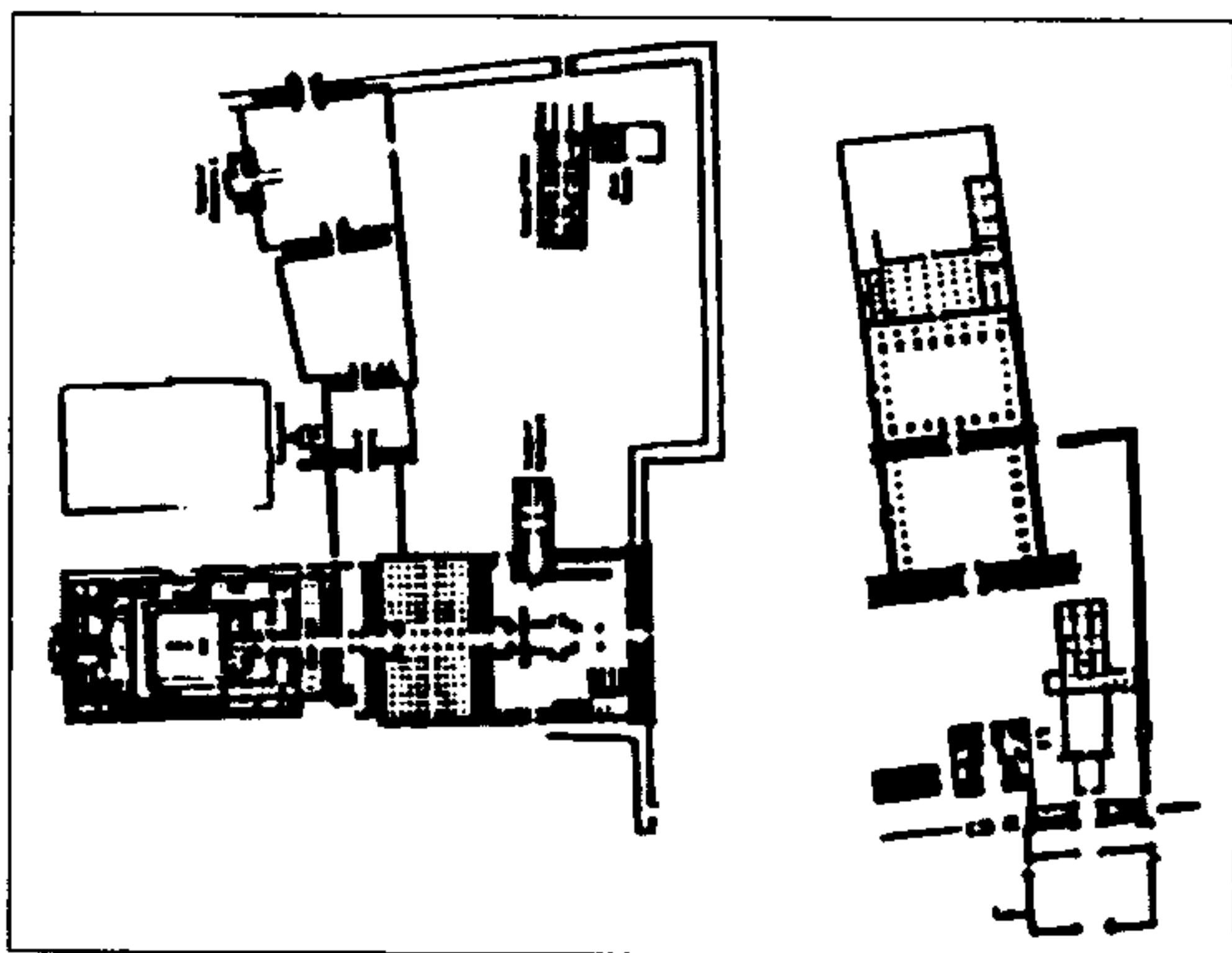


Figura 63

En cierta ocasión, visitando estos lugares con un grupo de lectores y seguidores míos, me puse a mover las manos como un policía de tráfico en medio de un templo; los turistas casuales que pasaban por allí debieron de preguntarse «¿Quién es este loco?», pero yo estaba intentando indicarle a mi grupo el hecho de que los templos de Tebas, contruidos por una sucesión de faraones, no habían dejado de cambiar su orientación (fig. 63). Fue Sir Norman Lockyer quien, en los años noventa del siglo XIX, llegó a percatarse de la importancia de este aspecto arquitectónico, lo que dio origen a una disciplina llamada arqueoastronomía.

Los templos orientados a los equinoccios, como el templo de Salomón en Jerusalén (fig. 64) (y la antigua basílica de San Pedro, en el Vaticano, Roma), miran permanentemente al este, dándole la bienvenida a la salida del sol del día del equinoccio año tras año, sin precisar reorientación alguna. Pero los templos orientados a los solsticios, como los templos egipcios de Tebas o el Templo del Cielo de Pekín, en China, precisaban de reorientaciones periódicas debido a la precesión, dado que la posición del Sol al amanecer del día del solsticio cambia ligeramente con el transcurso de los siglos, como queda patente en Stonehenge, donde Lockyer aplicó sus hallazgos (véase fig. 6). Los templos que los seguidores de Ra-Marduk habían

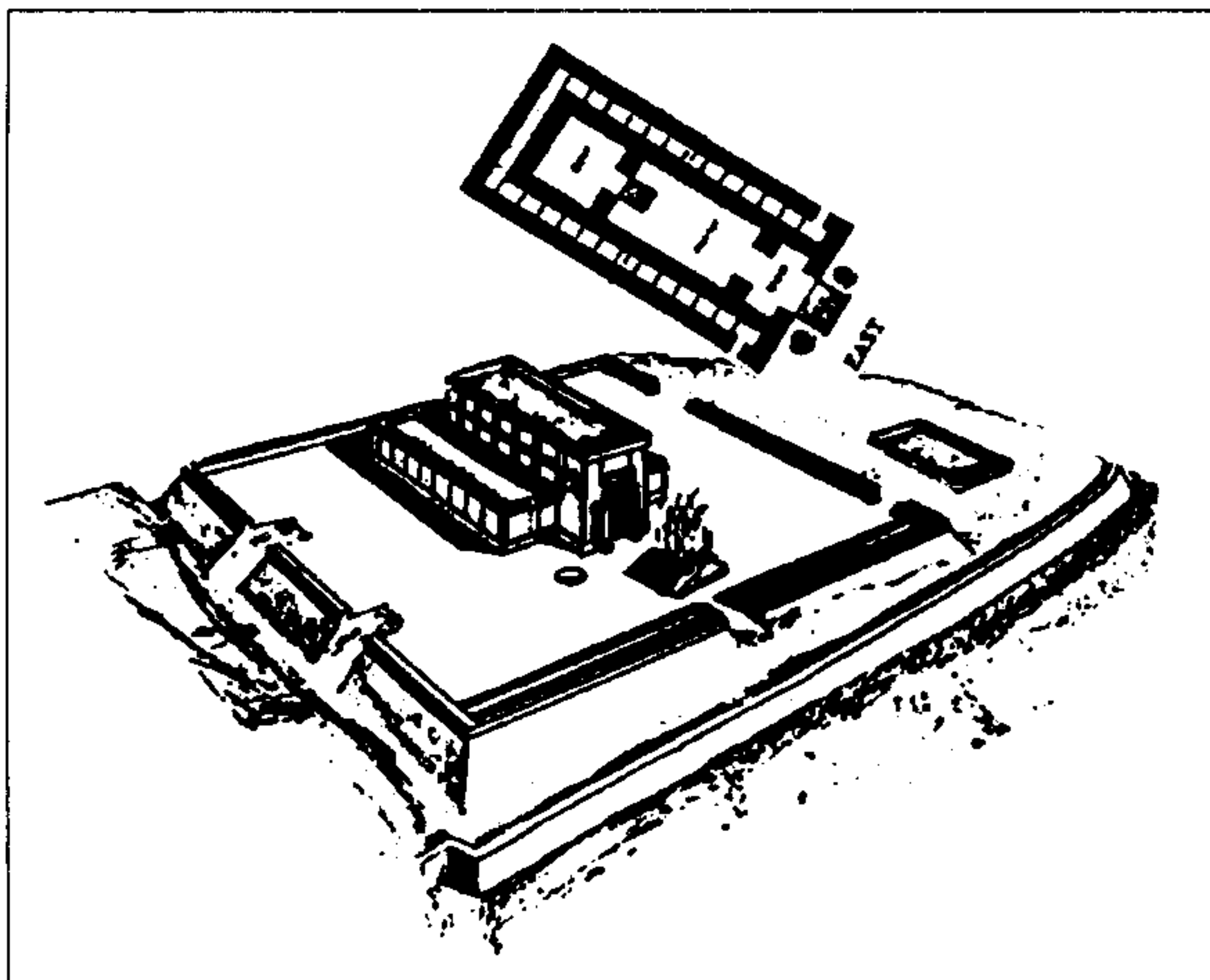


Figura 64

erigido para glorificarle estaban mostrando que los cielos no estaban seguros acerca de la durabilidad del dios y de su Era.

El mismo Marduk, plenamente consciente del reloj zodiacal cuando había reivindicado en el milenio anterior que su momento había llegado, había intentado cambiar el enfoque religioso introduciendo la Religión Estelar de «Marduk es Nibiru». Pero su captura y su humillación habían levantado dudas acerca de este dios celeste invisible. La pregunta de «¿Hasta cuándo durará la era de Marduk?» se transformó en la pregunta de «Si, en lo celeste, Marduk es el invisible Nibiru, ¿cuándo se revelará, cuándo reaparecerá, *cuándo retornará?*».

Como demostrarían los acontecimientos posteriores, el centro religioso y geopolítico cambió a mediados del segundo milenio a. C. hasta la franja de tierra que la Biblia llama *Canaán*. A medida que *el retorno de Nibiru* comenzó a emerger como centro religioso, *los emplazamientos espaciales* emergieron también con fuerza, y era en el «Canaán» geográfico donde estaban ubicados tanto el Lugar de Aterrizaje como el antiguo Centro de Control de Misiones.

Los historiadores dan cuenta de los acontecimientos que siguieron en términos de auge y caída de naciones-estados y de choques entre imperios. Hacia 1460 a. C., los olvidados reinos de Elam y Anshan (que posteriormente conformarían Persia, al este y sudeste de Babilonia) se unieron para formar un nuevo y poderoso Estado, con Susa como capital y Ninurta, el dios nacional, como *Shar Ilani* («Señor de los dioses»); esta nueva nación-estado iba a jugar un papel decisivo en el fin de Babilonia y de la supremacía de Marduk.

Probablemente no fuera una casualidad que, más o menos al mismo tiempo, surgiera un nuevo y poderoso Estado en la región del Éufrates donde, en otro tiempo, había tenido sus dominios Mari. Allí, los bíblicos horreos (los expertos los llaman hurritas) formaron un poderoso Estado llamado *Mitanni* («El Arma de Anu»), que conquistaron las tierras que forman ahora Siria y Líbano, planteándole a Egipto un desafío geopolítico y religioso. Pero aquel desafío sería contrarrestado, de la forma más feroz, por el faraón egipcio Tutmosis III, al que los historiadores describen como un «Napoleón egipcio».

Entrelazado con todo esto estuvo el *éxodo israelita de Egipto*, acontecimiento seminal de aquel período, aunque no sea por otra razón que por sus perdurables efectos, que han llegado hasta nuestros días, en lo relativo a las religiones y los códigos morales y sociales de la humanidad, así como en el aspecto central de Jerusalén. El momento en que tiene lugar el éxodo no es casual, pues todos los acontecimientos estaban relacionados con el tema de *quién controlará los emplazamientos espaciales cuando tenga lugar el retorno de Nibiru*.

Como se demostró en anteriores capítulos, Abraham no sólo fue un patriarca hebreo, sino también el elegido para intervenir en importantes asuntos internacionales; y los sitios adonde nos lleva su relato (Ur, Jarán, Egipto, Canaán, Jerusalén, el Sinaí, Sodoma y Gomorra) fueron lugares importantes en la historia universal de dioses y hombres en la antigüedad. El Éxodo de los israelitas de Egipto, recordado y celebrado entre los judíos durante la Pascua, formó parte integral también de los acontecimientos que se desarrollaron en la región durante la antigüedad. La misma Biblia, lejos de tratar el Éxodo como una historia solamente «israelita», la sitúa claramente en el contexto de la historia de Egipto y de los acontecimientos internacionales de la época.

La Biblia hebrea abre la historia del éxodo israelita de Egipto en su segundo libro, Éxodo, recordándole al lector que los israelitas se establecieron en Egipto cuando Jacob (a quien un ángel rebautizó como *Israel*) y sus otros once hijos se reunieron con el hijo de Jacob, José, en Egipto, en el año 1833 a. C. La historia de José, que, separado de su familia, se elevó desde la esclavitud hasta el cargo de jefe de la casa del faraón, salvando a Egipto de una devastadora hambruna, se cuenta en la Biblia en los últimos capítulos del Génesis; y mi explicación de cómo salvó José a Egipto y de las evidencias que aún existen se cuenta en *Las expediciones de crónicas de la Tierra*.

Después de recordarle al lector el cómo y el cuándo de la llegada de los israelitas a Egipto, la Biblia aclara que todo esto se había olvidado ya en la época del Éxodo: «Murió José, y todos sus hermanos, y toda aquella generación». Pero no sólo se habían desvanecido ellos, sino también la dinastía de reyes egipcios que guardaban relación con aquellos acontecimientos. Una nueva dinastía había llegado al poder: «Se alzó en Egipto un nuevo rey, que nada sabía de José».

La Biblia describe con precisión el cambio de gobierno en Egipto. Las dinastías del Imperio Medio que tenían su capital en Menfis habían desaparecido y, después del caos del Segundo Período Intermedio, los príncipes de Tebas habían instaurado las dinastías del Imperio Nuevo. Ciertamente, surgió una clase real completamente nueva en Egipto; nuevas dinastías en una nueva capital, «y no sabían nada de José».

Olvidándose de la contribución israelita a la supervivencia de Egipto, un nuevo faraón vio un posible peligro en la presencia de los israelitas. Ordenó una serie de medidas represivas contra ellos, inclusive la matanza de todos los bebés varones. Éstas fueron sus razones:

Y dijo a su pueblo:

«Mirad, una nación, Hijos de Israel, es más grande y poderosa que nosotros.

Tomemos precauciones contra ellos, para que no sigan multiplicándose, no sea que en caso de guerra se unan a nuestros enemigos para luchar contra nosotros y salir del país.»

Éxodo 1, 9-10

Los expertos bíblicos han supuesto siempre que la temida nación de los «Hijos de Israel» eran los israelitas que vivían en Egipto. Pero esto no concuerda con los números dados ni con la interpretación

literal de la Biblia. El Éxodo comienza con una lista de los nombres de Jacob y de los hijos de éste que vinieron, con sus hijos, a unirse a José en Egipto, y afirma que «el número de los que descendían de las ijadas de Jacob era de setenta personas, excluyendo a José, que estaba ya en Egipto». (Esto, junto con Jacob y José, da un total de 72 personas, detalle intrigante que conviene ponderar.) La «estancia» en Egipto se prolongó durante cuatro siglos; y, según la Biblia, el número de los israelitas que dejaron Egipto fue de seiscientos mil; ningún faraón hubiera considerado a tal grupo «más grande y poderoso que nosotros». (Sobre la identidad de este faraón y de «la hija del faraón» que crió a Moisés como su propio hijo, véase mi libro *Encuentros divinos*.)*

Los términos de la narración recogen el temor del faraón a que, en caso de guerra, los israelitas «se unan a nuestros enemigos para luchar contra nosotros y salir del país». No es un miedo a una «Quinta Columna» dentro de Egipto, sino a que los indigentes «Hijos de Israel» de Egipto se fueran para reforzar a una nación enemiga con la que estuvieran vinculados, siendo todos ellos, para los egipcios, «Hijos de Israel». Pero, ¿de qué otra nación de «Hijos de Israel» y de qué guerra hablaba el rey egipcio?

Gracias a los descubrimientos arqueológicos de los registros reales de ambos bandos en conflicto, y gracias a la sincronización de sus contenidos, sabemos que los faraones del Imperio Nuevo estaban enzarzados en una larga guerra contra *Mitanni*. El conflicto comenzó hacia el año 1560 a. C., con el faraón Ahmosis, continuó con los faraones Amenofis I, Tutmosis I y Tutmosis II, y se intensificó bajo el reinado de Tutmosis III. Hacia 1460 a. C., los ejércitos egipcios se abrieron paso hasta Canaán y avanzaron hacia el norte, contra Mitanni. Las crónicas egipcias de aquellas batallas mencionan frecuentemente a *Naharin* como objetivo último, en la región del río Jabur, que la Biblia llama *Aram Naharáyim* («El País Occidental de los Dos Ríos»); ¡su principal centro urbano era Jarán!

Y los estudiosos de la Biblia recordarán que fue allí donde se quedó el hermano de Abraham, Najor, cuando Abraham se fue a Canaán; de allí procedía Rebeca, la novia del hijo de Abraham, Isaac (de hecho, Rebeca era nieta de Najor). Y también fue Jarán adonde se encaminó a buscar novia el hijo de Isaac, Jacob (que sería rebautizado como *Israel*). Jacob terminaría casándose con sus primas, Lía y Raquel, las dos hijas de Labán, hermano de su madre, Rebeca.

* Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2006.

Estos lazos familiares directos entre los «Hijos de Israel» (es decir, de Jacob) que estaban en Egipto y los que permanecían en Naharin-Naharáyim resaltan en los primeros versículos del Éxodo: en la lista de los hijos de Jacob que fueron a Egipto con él se encuentra el más pequeño, *Ben-Yamin* (Benjamín), el único que era hermano, y no hermanastro, de José, dado que ambos le habían nacido a Jacob de Raquel (los demás eran hijos de Lía y de dos concubinas). ¡Pero ahora sabemos, por las tablillas mitanias, que la tribu más importante en la región del río Jabur se llamaban los *Ben-Yamin*! El nombre del hermano de José era, así pues, el nombre de una tribu de Mitanni; no es sorprendente, por tanto, que los egipcios consideraran a los «Hijos de Israel» de Egipto y a los «Hijos de Israel» de Mitanni como una única nación, «más grande y poderosa que nosotros».

Ésa era la guerra que les preocupaba a los egipcios, y ésa era la razón de la preocupación del ejército egipcio: no el pequeño número de israelitas que pudiera haber en Egipto si se quedaban, sino la amenaza de que «salieran del país» y ocuparan territorio al norte de Egipto. De hecho, da la impresión de que el tema central del drama del Éxodo hubiera consistido en *impedir* que los israelitas se fueran; de ahí los insistentes llamamientos de Moisés al faraón, diciéndole «deja partir a mi pueblo», y de ahí las reiteradas negativas del faraón a la petición, a pesar de los diez castigos divinos consecutivos. ¿Por qué? *Para ofrecer una respuesta plausible, tendremos que insertar la conexión espacial en este drama.*

En sus acometidas hacia el norte, los egipcios cruzaron la península del Sinaí por el Camino del mar, una ruta (que los romanos llamarían posteriormente *Via Maris*) que les permitía el paso a través de la Cuarta Región de los dioses a lo largo de la costa mediterránea, sin entrar en realidad en la península propiamente dicha. Luego, avanzando hacia el norte a través de Canaán, los egipcios llegaron en diversas ocasiones a las Montañas de los Cedros del Líbano y combatieron en *Cadés*, «el Lugar Sagrado». Y nos atrevemos a sugerir que estas batallas en *Cadés* buscaban el control de los dos emplazamientos espaciales sagrados: el antiguo Centro de Control de Misiones (Jerusalén), en Canaán, y el Lugar de Aterrizaje, en Líbano. El faraón Tutmosis III, por ejemplo, en sus anales guerreros, se refería a Jerusalén («*Ia-ur-sa*»), que él guarnecía, como «*el lugar que alcanza a los confines de la Tierra*», un «ombligo de la Tierra». Hablando de sus enfrentamientos bélicos aún más al norte, da cuenta de las batallas de Cadés y de Naharin, y habla de tomar las Montañas de

los Cedros, las «*montañas de la tierra de dios*», que «*sostienen los pilares hasta el cielo*». Esta terminología identifica inequívocamente, por sus atributos relacionados con el espacio, a los dos emplazamientos que el faraón afirmaba haber capturado «para el gran dios, mi padre Ra-Amón».

¿Y cuál era el propósito del Éxodo? En palabras del mismísimo Dios bíblico, mantener el juramento hecho a Abraham, Isaac y Jacob de conceder a sus descendientes, como «herencia imperecedera» (Éxodo 6, 4-8), «desde el arroyo de Egipto hasta el río Éufrates, el gran río», «todo el país de Canaán» (Génesis 15, 18; 17, 8), «el monte Occidental... la tierra de Canaán y el Líbano» (Deuteronomio 1, 7), «desde el desierto hasta el Líbano, desde el río Éufrates hasta el Mar Occidental» (Deuteronomio 11, 24), incluso «*lugares fortificados que llegan hasta el cielo*», donde los «descendientes de los *anakim*», los *anunnaki*, aún residían (Deuteronomio 9, 12).

La promesa hecha a Abraham se les renovó a los israelitas en su primera parada, en *Har Ha-Elohim*, el «monte de los Elohim/dioses». Y la misión consistía en tomar, poseer, los otros dos emplazamientos espaciales, que la Biblia vincula una y otra vez (como en Salmos 48, 3): el monte Sión, en Jerusalén, *Har Kodshi*, «Mi monte Sagrado», y el de la cima del Líbano, *Har Zaphon*, «El monte Secreto del Norte».

La Tierra Prometida abarcaba claramente ambos emplazamientos espaciales; su división entra las doce tribus le concedía la región de Jerusalén a las tribus de Benjamín y de Judá, y el territorio que en la actualidad ocupa Líbano a la tribu de Aser. Moisés, en sus últimas palabras a las tribus antes de morir, recordaba a la tribu de Aser que el emplazamiento espacial del norte estaba en sus tierras; y que ninguna otra tribu, les dijo, vería al que «*cabalga las nubes elevándose hacia el cielo*» (Deuteronomio 33, 26). Aparte de la asignación territorial, *las palabras de Moisés dan a entender que el lugar debería estar operativo para ser utilizado, con el fin de elevarse hacia el cielo en el futuro*.

Hablando claro, los Hijos de Israel tenían que ser los custodios de los dos emplazamientos espaciales de los anunnaki que aún quedaban. Se renovó la Alianza con el pueblo elegido para esta tarea, y se hizo con la mayor teofanía de la que se tenga constancia, en el *monte Sinaí*.

Ciertamente, no fue por casualidad que la teofanía tuviera lugar allí. Desde el mismo principio del relato del Éxodo (cuando Dios llama a Moisés y le encarga la misión del Éxodo), ese lugar de la península

del Sinaí ocupa un lugar central. En Éxodo 3,1, leemos que sucedió en el «monte de los *Elohim*», la montaña vinculada con los *anunna-ki*. La ruta del Éxodo (fig. 65) la determinó la divinidad. Dios le mostraba el camino a la multitud de los Hijos de Israel con «un pilar de nube durante el día y un pilar de fuego durante la noche». Los israelitas «viajaron por el desierto del Sinaí de acuerdo con las instrucciones de Yahveh», dice claramente la Biblia; durante el tercer mes de viaje, «al llegar al desierto de Sinaí acamparon en el desierto. Allí acampó Israel, frente al monte»; y tres días después, «Yahveh bajó al monte Sinaí a la vista de todo el pueblo», en su *Kabod*.

Era el mismo monte al que Gilgamesh, al llegar al lugar donde los cohetes ascendían y descendían, había llamado «monte *Mashu*». Era el mismo monte con «las puertas dobles hacia el cielo» al cual iban los faraones egipcios en su viaje a la otra vida, para reunirse con los dioses en el «planeta de los millones de años». Era el monte que dominaba el antiguo espaciopuerto. Y fue allí donde se renovó la Alianza con el pueblo elegido para que fueran los guardianes de los dos emplazamientos espaciales que aún quedaban.

Tras la muerte de Moisés, cuando los israelitas se disponían a cruzar el río Jordán, Yahveh le confirmó al nuevo líder, Josué, las fronteras de la Tierra Prometida, que abarcaba los lugares de los emplazamientos espaciales, incluyendo sin duda alguna el Líbano. Dirigiéndose a Josué, el Dios bíblico dijo:

Arriba, pues; pasa ese Jordán,
tú con todo este pueblo, los Hijos de Israel,
hacia la tierra que yo les doy a ellos.
Os doy todo lugar que sea hollado por la planta de vuestros pies,
según declararé a Moisés:
Desde el desierto hasta el Líbano,
y desde el río grande, el Éufrates,
en el país de los hititas,
hasta el Gran Mar, donde el sol se pone.
Ése será vuestro territorio.

Josué 1, 2-4

Con tantos conflictos políticos, militares y religiosos como están teniendo lugar hoy en día en las tierras de la Biblia, y con la misma Biblia como clave del pasado y del futuro, conviene dejar clara la

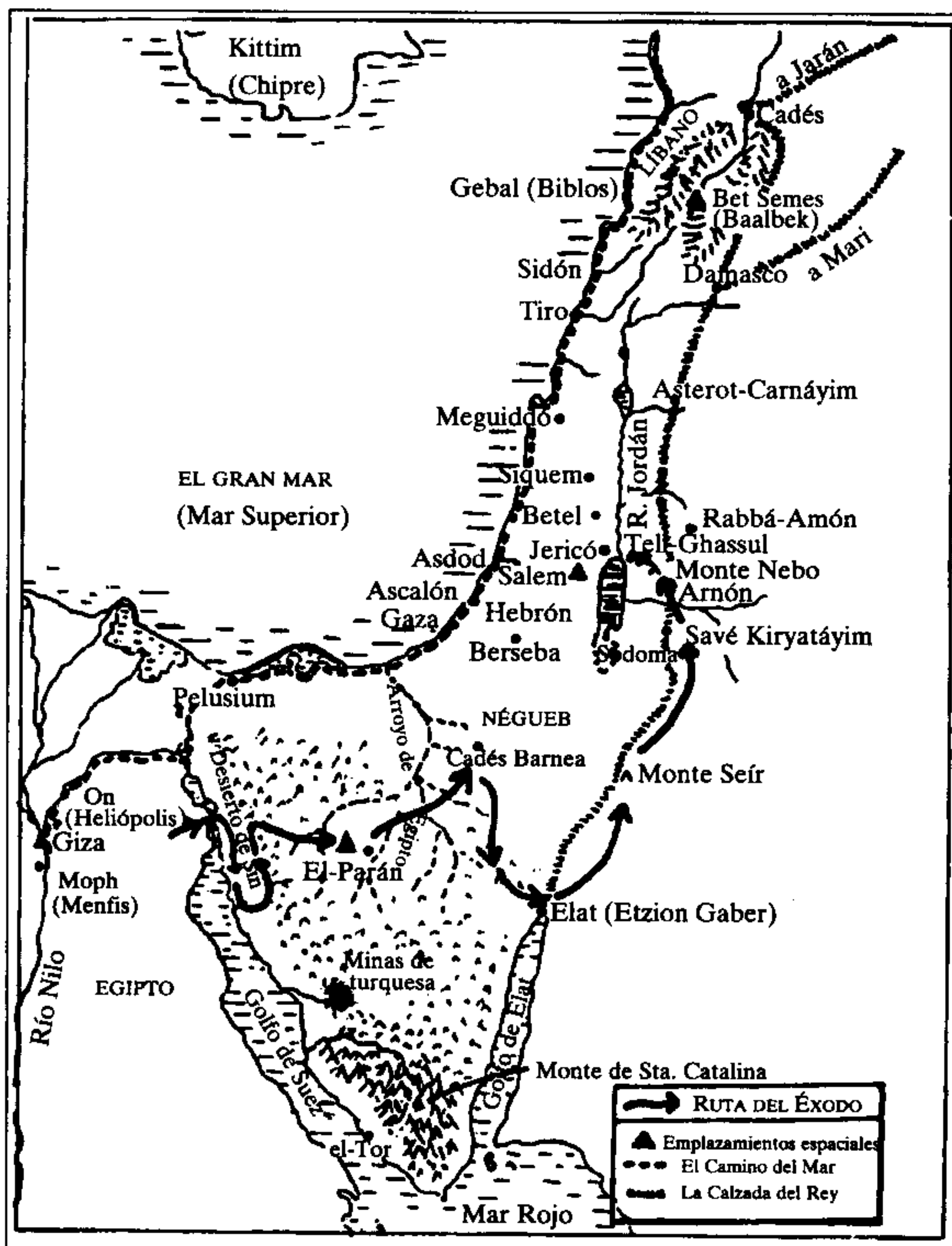


Figura 65

advertencia que el Dios bíblico insertó en lo referente a la Tierra Prometida. A Josué se le confirmaron las fronteras, que iban desde el desierto, en el sur, hasta el Líbano, en el norte; y desde el Éufrates, en el este, hasta el mar Mediterráneo, en el oeste. Éstas, dijo Dios, eran las fronteras *prometidas*. Pero para convertirse en una verdadera conce-

sión de tierras, había que obtenerlas por *posesión*. De una manera similar al «plante de bandera» de los exploradores en el pasado reciente, los israelitas podían poseer y conservar aquellas tierras sobre las que pusieran el pie («hollado por la planta de vuestros pies»); por tanto, Dios les ordenó a los israelitas que no se detuvieran ni se retrasaran, sino que cruzaran el Jordán y, sin miedo, se asentaran sistemáticamente en la Tierra Prometida.

Pero cuando las doce tribus, bajo el liderazgo de Josué, se entregaron a la conquista y repoblación de Canaán, sólo se ocupó una parte de las regiones que se extendían al este del Jordán; pero tampoco se conquistaron ni repoblaron todas las tierras al oeste del Jordán. En cuanto a los dos emplazamientos espaciales, sus historias difieren por completo. Jerusalén, que se citaba específicamente (Josué 12, 10; 18, 28), estaba en manos de la tribu de Benjamín. Pero existen dudas de si el avance hacia el norte llegó a alcanzar el Lugar de Aterrizaje, en el Líbano. Posteriores referencias bíblicas sobre este lugar lo denominan la «Cumbre de *Safón*» (el «lugar secreto del norte»), que es como lo llamaban también los habitantes cananeo-fenicios de la zona. (Las epopeyas cananeas lo consideraban un lugar sagrado del dios Adad, el hijo pequeño de Enlil.)

El paso del río Jordán (logro que se consiguió con la ayuda de varios milagros) tuvo lugar «frente a Jericó», una ciudad fortificada (al oeste del Jordán) que fue el primer objetivo de los israelitas. En el relato del desmoronamiento de sus murallas y de su conquista se incluye una referencia bíblica a Sumer (*Senaar* en hebreo): a pesar del mandato de no tomar botín, uno de los israelitas no pudo resistir la tentación de tomar «un hermoso manto de Senaar».

La conquista de Jericó y de la población de Ay, que se encontraba más al sur, abrió el camino a los israelitas hacia el objetivo más importante e inmediato: Jerusalén, donde se encontraba la plataforma de lo que en otro tiempo fuera el Centro de Control de Misiones. La misión de Abraham y de sus descendientes, así como las alianzas de Dios con ellos, nunca perdieron de vista el aspecto crucial de este lugar. Como le dijera Dios a Moisés, *era en Jerusalén donde iba a estar su morada terrestre*; ahora se podría cumplir esa profecía-promesa.

La conquista de las ciudades en su camino hacia Jerusalén, junto con la de las colinas que la rodeaban, resultó ser un tanto problemática, debido principalmente a que algunas de ellas, y especialmente Hebrón, estaban habitadas por «hijos de los *anakim*», es decir, des-

cendientes de los anunnaki. Habrá que recordar que Jerusalén dejó de funcionar como Centro de Control de Misiones cuando se borró del mapa el espaciopuerto del Sinaí, más de seis siglos atrás. Pero, según la Biblia, los descendientes de los anunnaki que habían estado apostados allí seguían viviendo en aquella parte de Canaán. Y fue «Adoni Sédeq, rey de Jerusalén» el que formó una alianza con otros cuatro reyes de ciudades para bloquear el avance israelita.

La batalla que se libró entonces, en Gabaón, en el valle de Ayyalón, al norte de Jerusalén, se dirimió en un solo día: *el día en que la Tierra se detuvo*. Durante buena parte del día, «el Sol se detuvo y la Luna se paró» (Josué 10, 10-14), lo que permitió a los israelitas vencer en tan crucial batalla. (Un suceso similar, aunque inverso, con una noche que tuvo veinte horas de más, tuvo lugar en el otro extremo del mundo, en las Américas, tema del que ya hablamos en *Los reinos perdidos*.)* Desde el punto de vista bíblico, por tanto, el mismo Dios se aseguró de que Jerusalén cayera en manos israelitas.

En cuanto se estableció la realeza en la persona de David, Dios le ordenó a éste que limpiara la plataforma que había en la cima del monte Moria y que la santificara para el Templo de Yahveh. Y desde que Salomón construyera allí el Templo, Jerusalén/monte Moria/el Monte del Templo ha sido especialmente sagrado. De hecho, no existe ninguna otra explicación de por qué Jerusalén (una ciudad que no era encrucijada de caminos, que estaba lejos de cualquier vía navegable y que no disponía de recursos naturales) fue codiciada y sagrada desde la antigüedad, de por qué se tuvo por una ciudad singular, un «ombligo de la Tierra».

La lista completa de ciudades conquistadas que se da en Josué, capítulo 12, nombra a Jerusalén como la tercera ciudad, después de Jericó y de Ay, en caer en manos de los israelitas. Pero la historia fue diferente con respecto al emplazamiento espacial del norte.

Las Montañas de los Cedros, en el Líbano, discurren a lo largo de dos cordilleras: la del Líbano, en el oeste, y la del Antilíbano, en el este, separadas por la *Bekka*, la «Grieta», un valle angosto, un cañón, que se conoce desde tiempos cananeos como la «Grieta del Señor» o *Ba'al Bekka*; de ahí Ba'albek, el nombre actual del emplazamiento del Lugar de Aterrizaje (al filo de la cordillera oriental, de cara al valle). Los reyes del «monte del Norte» se relacionan en *El libro de Josué* entre los derrotados; un lugar llamado *Ba'al Gad*, «en el valle

* Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2002.

del Líbano», aparece como sitio conquistado; pero no estamos seguros de si Ba'al Gad «en el valle del Líbano» es otro nombre de Ba'al Bekka. En Jueces 1, 33, se nos dice que la tribu de Neftalí «no expulsó a los habitantes de Bet Semes» («Morada de Shamash», el dios Sol), y ésta podría ser una referencia al lugar, pues los griegos, que vendrían después, llamaron al lugar Heliópolis, «Ciudad del Sol». (Aunque, posteriormente, los territorios se extenderían hasta incluir a Bet Semes, durante los reinados de David y de Salomón, esto fue algo temporal.)

El fracaso inicial en el intento por establecer la hegemonía israelita sobre el emplazamiento espacial del norte hizo que el lugar quedara «a disposición» de otros. Un siglo y medio después del Éxodo, los egipcios intentaron tomar posesión de aquel Lugar de Aterrizaje «disponible», pero se encontraron con el ejército hitita enfrente. La épica batalla que tuvo lugar se describe con palabras y con ilustraciones (fig. 66) en los muros de los templos de Karnak. Conocida como la batalla de Cadés, terminó con la derrota egipcia, pero la guerra y la batalla dejaron tan exhaustos a ambos bandos que el Lugar de Aterrizaje quedó en manos de los reyes locales fenicios de Tiro, Sidón y Biblos.

(Los profetas Ezequiel y Amós, que lo llamaron «el lugar de los dioses», así como «el Hogar del Edén», reconocían que pertenecía a los fenicios.)

Los reyes fenicios del primer milenio a. C. eran perfectamente conscientes de la importancia y del propósito del lugar; de ello da fe

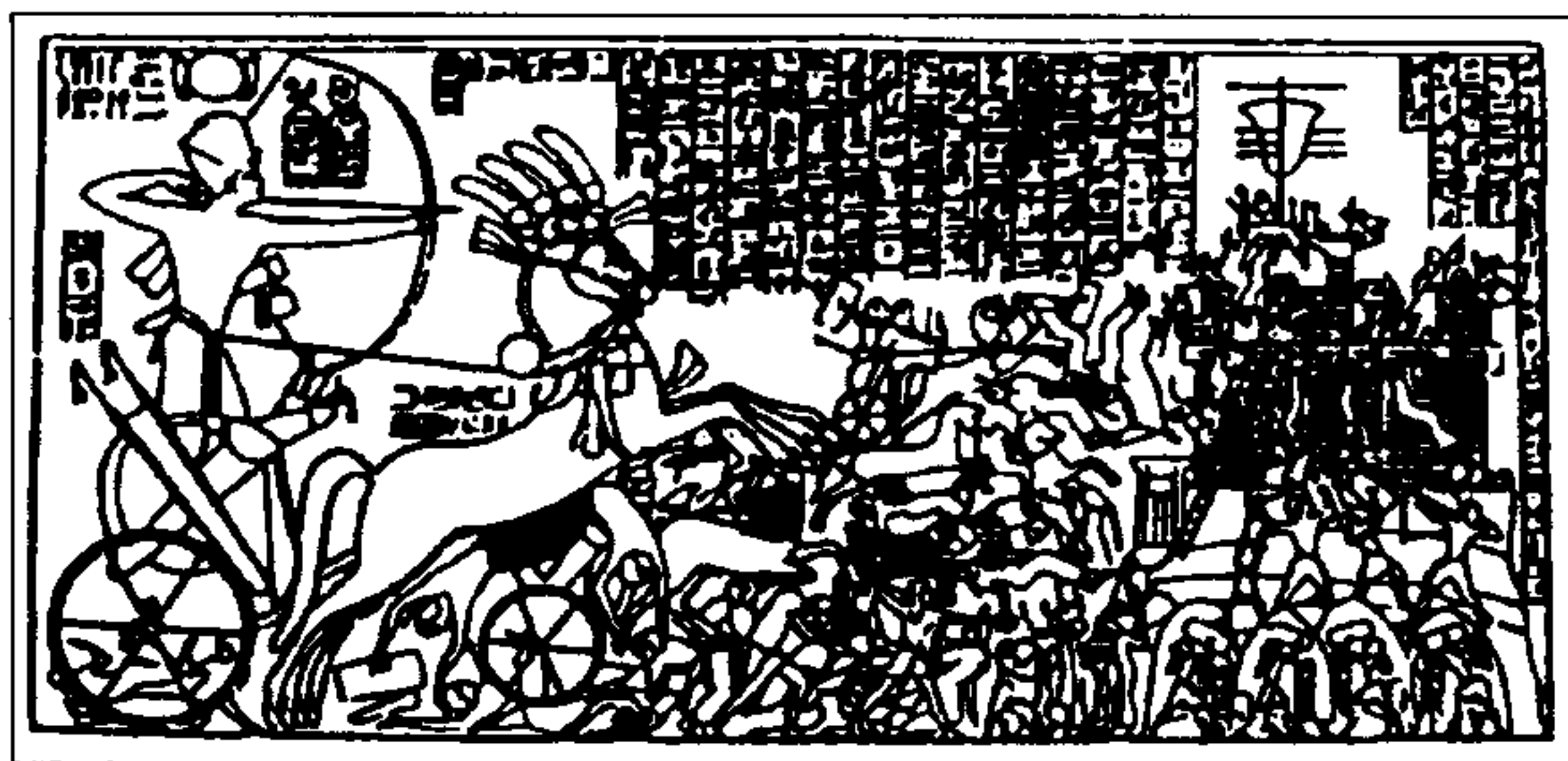


Figura 66

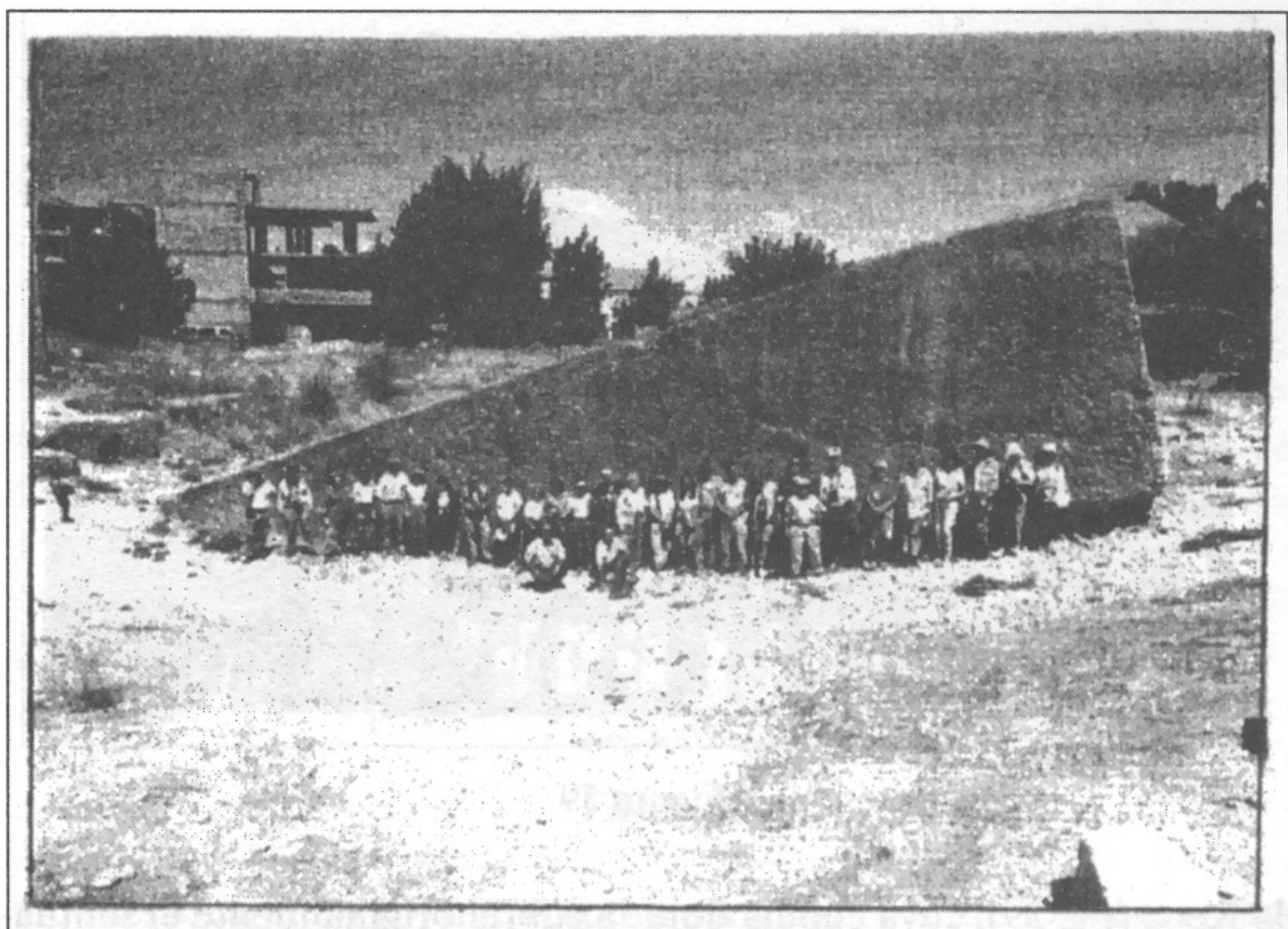


Figura 57

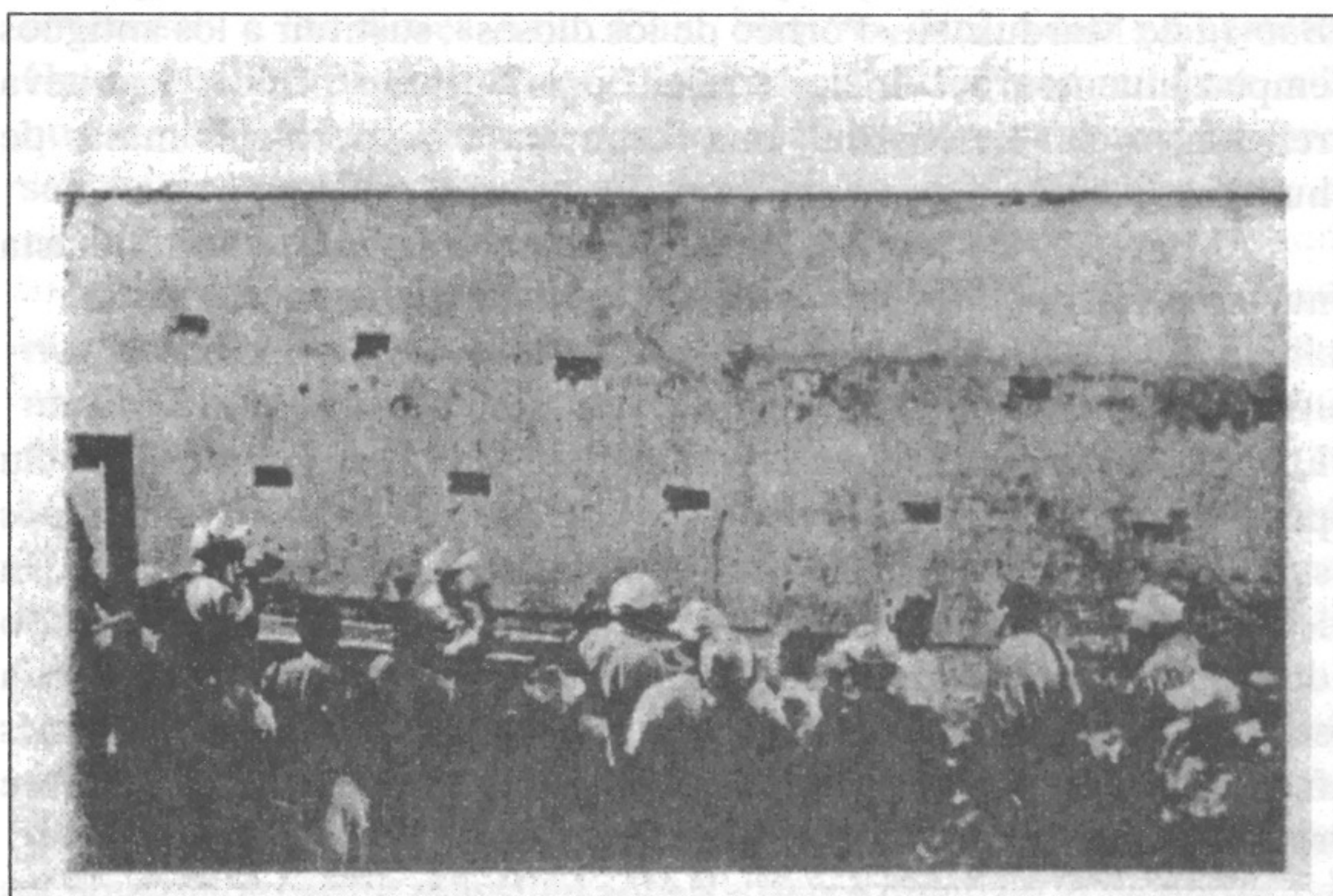


Figura 58

la representación impresa en una moneda fenicia de Biblos (véase fig. 55). El profeta Ezequiel (28, 2, 14) amonestaba al rey de Tiro por creer altivamente que, por haber estado en aquel lugar sagrado de los *Elohim*, se había convertido él mismo en un dios:

Tú has estado en un monte santo,
como un dios eras, caminando entre piedras de fuego...
Y te hiciste altivo, diciendo:
«Soy un dios, en el lugar de los *Elohim* estuve»;
pero eres sólo un hombre, no un dios.

En aquella época fue cuando el profeta Ezequiel, que estaba exiliado en el «país antiguo», cerca de Jarán, a orillas del río Jabur, tuvo la visión divina del carro celestial, un «platillo volante»; pero este relato habrá que dejarlo para un capítulo posterior. Lo que importa aquí observar es *que de los dos emplazamientos espaciales, los seguidores de Yahveh sólo retuvieron Jerusalén.*



Los cinco primeros libros de la Biblia hebrea, conocidos como la Torah («Las Enseñanzas»), cubren la historia desde la Creación, Adán y Noé hasta los patriarcas y José, en el Génesis. Los otros cuatro libros (Éxodo, Levítico, Números y Deuteronomio) cuentan la historia del Éxodo, por una parte, y por otra enumeran las normas y regulaciones establecidas en la nueva religión de Yahveh. Esta nueva religión incorporaba de forma patente una nueva forma de vida, una forma de vida «sacerdotal»: «No hagáis como se hace en la tierra de Egipto, donde habéis habitado, ni hagáis como se hace en la tierra de Canaán, adonde os llevo; no debéis comportaros como ellos ni seguir sus estatutos» (Levítico 18, 2-3).

Después de establecer los fundamentos de la fe («No tendrás otro Dios delante de mí»), de su moral y de su código ético en sólo Diez Mandamientos, se desgranán página a página, con todo lujo de detalles, requisitos dietéticos, normas para los ritos y las vestimentas sacerdotales, enseñanzas médicas, directrices agrícolas, instrucciones arquitectónicas, reglamentos de comportamiento familiar y sexual, leyes de la propiedad y leyes criminales, etcétera. Se nos revela aquí un extraordinario conocimiento en casi la totalidad de disciplinas científicas, competencia en metales y tejidos, conocimientos en sistemas legales y temas sociales, familiaridad con las tierras, la historia,

las costumbres y los dioses de otras naciones... y determinadas preferencias numerológicas.

El tema del *doce* (como en las doce tribus de Israel o en el año de doce meses) es obvio. Obvia también es la predilección por el *siete*, que destaca en la esfera de las festividades y los rituales, en el establecimiento de una semana de siete días y en la consagración del séptimo día como el Sabbath. *Cuarenta* es un número especial, como en los cuarenta días y cuarenta noches que Moisés pasó en el monte Sinaí, o los cuarenta años decretados para que los israelitas erraran por el desierto del Sinaí. Y estos números nos resultan familiares por los relatos sumerios: los doce miembros del sistema solar y los doce meses del calendario de Nippur; el siete como número planetario de la Tierra (dado que los anunnaki contaban desde el exterior del sistema solar hacia dentro) y de Enlil como comandante de la Tierra; o el cuarenta como rango numérico de Ea/Enki.

El número *cincuenta* también está presente. Como sabrá ya el lector, el cincuenta era un número con aspectos «sensibles»: era el rango numérico original de Enlil y el de su heredero, Ninurta; y aún más importante, en los días del Éxodo connotaba el simbolismo de Marduk y de sus cincuenta nombres. Pero atención especial merece el hecho de que se le diera al cincuenta una extraordinaria importancia, *pues se utilizó para crear una nueva unidad de tiempo, el jubileo, de cincuenta años.*

En tanto que el calendario de Nippur se adoptó de forma clara para la observancia de las festividades y demás ritos religiosos israelitas, también se dictaron regulaciones especiales para el quincuagésimo año; se le dio un nombre especial, el de año *jubileo*: «Es el jubileo, que será sagrado para vosotros» (Levítico, capítulo 25). En ese año, debían darse libertades y liberaciones sin precedentes. El cálculo se hacía contando el día de la Expiación del Año Nuevo durante siete años siete veces, es decir, cuarenta y nueve veces; luego, el día de la Expiación del siguiente año, el quincuagésimo, el toque de un *cuerno de carnero* debía sonar por todo el país, y se debía proclamar la libertad para la tierra y para todos los que moraran en ella: la gente retornaría con sus familias, las propiedades deberían devolverse a sus dueños originales, toda venta de tierra o de casa quedaría condonada y anulada; los esclavos (¡que habían de ser tratados en todo momento como ayudantes contratados!) serían libres, y se le daría libertad también a la tierra, dejándola en barbecho durante aquel año.

En tanto que el concepto de un «Año de Libertad» es original y único, la elección del cincuenta como unidad en el calendario se nos puede antojar extraña (nosotros hemos adoptado el cien, un siglo, como unidad de tiempo más adecuada). Por otra parte, el nombre asignado a este año de cada cincuenta resulta incluso más sospechoso. La palabra que traducimos como «jubileo» es *Yovel* en la Biblia hebrea, y significa «un carnero». Así, podría decirse que lo que se decretaba era un «Año del Carnero», que debía repetirse cada cincuenta años y que debía anunciarse mediante el toque de un *cuerno de carnero*. Pero, tanto la elección del cincuenta como nueva unidad de tiempo como su nombre plantean una inevitable pregunta: ¿habría aquí algo oculto, algo relacionado con Marduk y con su era del Cordero?

¿Se les estaría diciendo a los israelitas que contaran de cincuenta en cincuenta años, hasta que tuviera lugar un acontecimiento divino significativo relacionado con la era del Carnero o con el poseedor del Rango del Cincuenta, *cuando todo volvería a un nuevo comienzo*?

Aunque no se nos da una respuesta obvia en estos capítulos bíblicos, uno no puede evitar buscar pistas en una unidad de tiempo, muy significativa y similar, que podemos encontrar en el otro extremo del mundo: no de cincuenta, sino de cincuenta y dos. Éste era el número secreto del dios centroamericano Quetzalcóatl, que, según las leyendas aztecas y mayas, fue quien les trajo la civilización, e inclusive sus tres calendarios. En *Los reinos perdidos*, identificamos a Quetzalcóatl con el dios egipcio Thot, cuyo número secreto era el cincuenta y dos, un número basado en el calendario, pues representaba las cincuenta y dos semanas de siete días del año solar.

El más antiguo de los tres calendarios centroamericanos se conoce como la Cuenta Larga: contaba el número de días desde un «Día Uno» que los expertos han identificado como el 13 de agosto de 3113 a. C. Junto a este calendario continuo pero lineal, había otros dos calendarios cíclicos. Uno, el *Haab*, era un calendario anual solar de 365 días, dividido en 18 meses de 20 días cada uno, más 5 días adicionales a final de año. El otro era el *Tzolkin*, un calendario sagrado de sólo 260 días, compuesto de una unidad de 20 días que rotaba 13 veces. Los dos calendarios cíclicos se encajaban entre sí, como dos ruedas dentadas (fig. 67), para crear la Ronda Sagrada de cincuenta y dos años, que era cuando estos dos calendarios volvían a su punto de inicio común y comenzaban la cuenta de nuevo.

Este «manejo» de cincuenta y dos años era la unidad de tiempo más importante, porque estaba vinculada a la promesa de Quetzal-

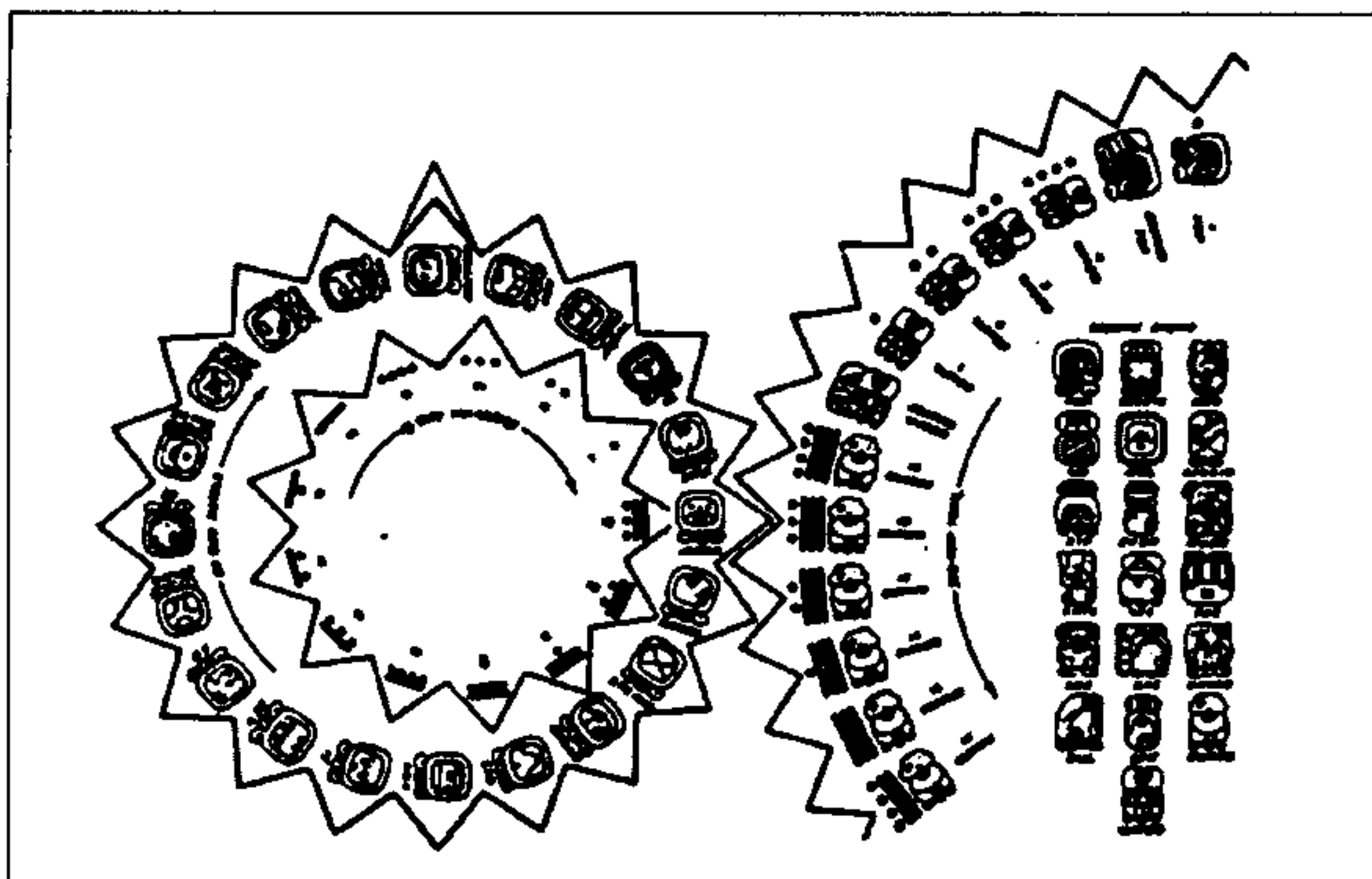


Figura 67

cóatl de que volvería a América Central en su año Sagrado. Los pueblos de la zona solían congregarse en las montañas cada cincuenta y dos años para esperar el prometido retorno de Quetzalcóatl. (En uno de aquellos años sagrados, en 1519 d. C., un español de piel blanca y con barba, Hernando Cortés, desembarcó en la costa de Yucatán, en México, y fue recibido por el rey azteca Moctezuma como si fuera el Dios que regresaba; craso error, como sabemos ahora.)

En América Central, ese «manejo de años» se utilizaba para la cuenta atrás hasta el prometido «año del retorno», y la pregunta que nos planteamos es: *¿Estaría pensado el «año jubileo» para servir a un propósito similar?*

Buscando una respuesta, nos encontramos con que, cuando el tiempo lineal de cincuenta años se combina con la unidad cíclica zodiacal de setenta y dos años (el tiempo que precisa el cambio de un grado), nos encontramos con 3.600 ($50 \times 72 = 3.600$), que era el período orbital (matemático) de Nibiru.

Vinculando el calendario jubilar y el calendario zodiacal con la órbita de Nibiru, ¿no estaría diciendo el Dios bíblico, «Cuando entréis en la Tierra Prometida, comenzad la cuenta atrás hasta el retorno»?

Hace unos dos mil años, durante una época de gran fervor mesiánico, se reconoció que el jubileo era una unidad de tiempo inspirada

por la divinidad para predecir el futuro: para calcular el retorno mediante la combinación de las ruedas dentadas del tiempo. Y ese reconocimiento se encuentra en la base de uno de los más importantes libros posbílicos, conocido como *El libro de los Jubileos*.

Aunque ahora sólo está disponible en su traducción griega y en traducciones posteriores, se escribió originariamente en hebreo, como confirman los fragmentos encontrados entre los manuscritos del mar Muerto. Basado en tratados y tradiciones sagradas extrabíblicas, describía el Libro del Génesis y parte del Éxodo según un calendario basado en la unidad de tiempo jubilar. Y todos los expertos coinciden en afirmar que era un producto de las expectativas mesiánicas de la época en que Roma ocupaba Jerusalén, y que su propósito era ofrecer una forma mediante la cual predecir el momento de la llegada del Mesías, cuando tendría lugar el *final de los tiempos*.

Éste es el trabajo que hemos emprendido.

10

•

UNA CRUZ SOBRE EL HORIZONTE

Alrededor de sesenta años después del Éxodo de los israelitas, se dieron en Egipto unos acontecimientos religiosos enormemente inusuales. Algunos expertos los han visto como un intento de adoptar el monoteísmo, quizás bajo la influencia de las revelaciones del monte Sinaí. Lo que estos expertos tenían en mente era el reinado de Amenhotep (traducido a veces como Amenofis) IV, que dejó Tebas y sus templos, abandonó el culto de Amón y declaró a ATON el único dios creador.

Como demostraremos, esto no era un eco del monoteísmo, sino otro acontecimiento precursor de un esperado retorno: el regreso visible del Planeta de la Cruz.

Al faraón en cuestión se le conoce mejor por el nombre que adoptó tras su «revolución», *Akhen-Aten* («El sirviente/adorador de Atón»); y la nueva capital y centro religioso que fundó, *Akhet-Aten* («Atón del Horizonte»), se conoce mejor por el nombre moderno del lugar, Tell el-Amarna (donde se descubrió el antiguo y famoso archivo de correspondencia real internacional).

• Vástago de la famosa dinastía XVIII de Egipto, Akenatón reinó desde 1379 hasta 1362 a. C., pero su revolución religiosa no duraría mucho. Los sacerdotes de Amón en Tebas lideraron la oposición, presumiblemente porque se les privó de sus posiciones de poder y de sus riquezas, pero evidentemente es posible que sus objeciones fueran genuinamente religiosas, pues los sucesores de Akenatón (de los cuales el más famoso fue Tutankhamón) volvieron a incluir a Ra/Amón en sus nombres teofóricos. En cuanto desapareció Akenatón, su nueva capital, sus templos y su palacio fueron derribados y destruidos sistemáticamente. No obstante, los restos que los arqueólogos han encontrado arrojan luz suficiente sobre Akenatón y sobre su religión.

La idea de que el culto de Atón era una forma de monoteísmo (el culto de un único creador del universo) surge principalmente de alguno de los himnos a Atón que se han encontrado; en ellos hay versos como «Oh, *dios único*, de quien no hay otro... El mundo vino a ser por tu mano». El hecho de que, en un claro abandono de las costumbres egipcias, estuviera estrictamente prohibida la representación antropomórfica de este dios resulta sospechosamente similar a la prohibición de Yahveh de hacer «imagen esculpida» alguna para el culto. Además, algunos fragmentos de los himnos a Atón parecen ser clones de los salmos bíblicos:

¡Oh, Atón vivo,
cuán numerosas son tus obras!
Están ocultas a la vista de los hombres.
¡Oh dios único, junto al cual no hay otro!
Tú creaste la tierra según tu deseo
cuando estabas solo.

El reconocido egiptólogo James H. Breasted (*The Dawn of Conscience*) comparó los versos de arriba con el Salmo 104, comenzando por el versículo 24:

¡Oh Señor, cuán numerosas son tus obras!
En sabiduría las has hecho todas;
de tus riquezas está llena la Tierra.

Sin embargo, la similitud no se debe a que ambos, himno egipcio y salmo bíblico, se copiaran uno a otro, sino a que los dos hablan del mismo dios celeste de la epopeya de la Creación sumeria; ambos hablan de Nibiru, que conformó los cielos y creó la Tierra, infundiendo en ella la «semilla de la vida».

Casi todos los libros que tratan del antiguo Egipto le dirán que el disco de Atón, que Akenatón convirtió en objeto central de culto, representaba al benévolo Sol. Si fuera así, sería extraño que, en una marcada desviación de la arquitectura de los templos egipcios, que se orientaban a los solsticios sobre un eje sudeste-noroeste, Akenatón orientara su templo de Atón sobre un eje este-oeste, pero además poniendo su entrada al oeste, en el lado *opuesto* a la salida del Sol. Si Akenatón hubiera estado esperando una reaparición celeste desde la dirección *opuesta* a aquella en la que el Sol se eleva, no podría tratarse del Sol.

Una lectura minuciosa de los himnos revela que Atón, el «dios estrella», no era Ra en su aspecto de Amón, «el Invisible», sino un Ra diferente: era el dios celeste que había «existido desde tiempos primitivos... *El que se renueva a sí mismo*», dado que *reaparece* con toda su gloria, un dios celeste que se «*va a la lejanía y regresa*». Sobre un criterio diario, estas palabras podrían aplicarse ciertamente al Sol; pero, sobre un criterio a largo plazo, la descripción encajaba con Ra en su aspecto de Nibiru: se hacía invisible, decían los himnos, porque estaba «muy lejos en el cielo», porque se iba «detrás del horizonte, hasta las alturas del cielo». Y ahora, anunciaba Akenatón, volvía con toda su gloria. Los himnos de Atón profetizaban su reaparición, su retorno, «hermoso en el horizonte del cielo...brillante, hermoso, fuerte», trayendo *una época de paz y de benevolencia para todos*. Estas palabras manifiestan unas claras expectativas mesiánicas que no tienen nada que ver con el Sol.

En apoyo de la explicación de que el «Atón es el Sol», se ofrecen diversas representaciones de Akenatón. En ellas, se le muestra a él y a su esposa (fig. 68) recibiendo las bendiciones de una estrella radiante, o bien orando ante ella; y la mayoría de los egiptólogos dicen que esa estrella es el Sol. Es cierto que los himnos se refieren a Atón como una manifestación de Ra; de ahí que los egiptólogos que creen que Ra era el Sol lleguen la conclusión de que Atón también debía de representar al Sol; pero si Ra era Marduk, y el Marduk celeste era Nibiru, entonces Atón representaría también a Nibiru, y no al Sol. Evidencias adicionales podemos obtener de los mapas del cielo, algunos



Figura 68

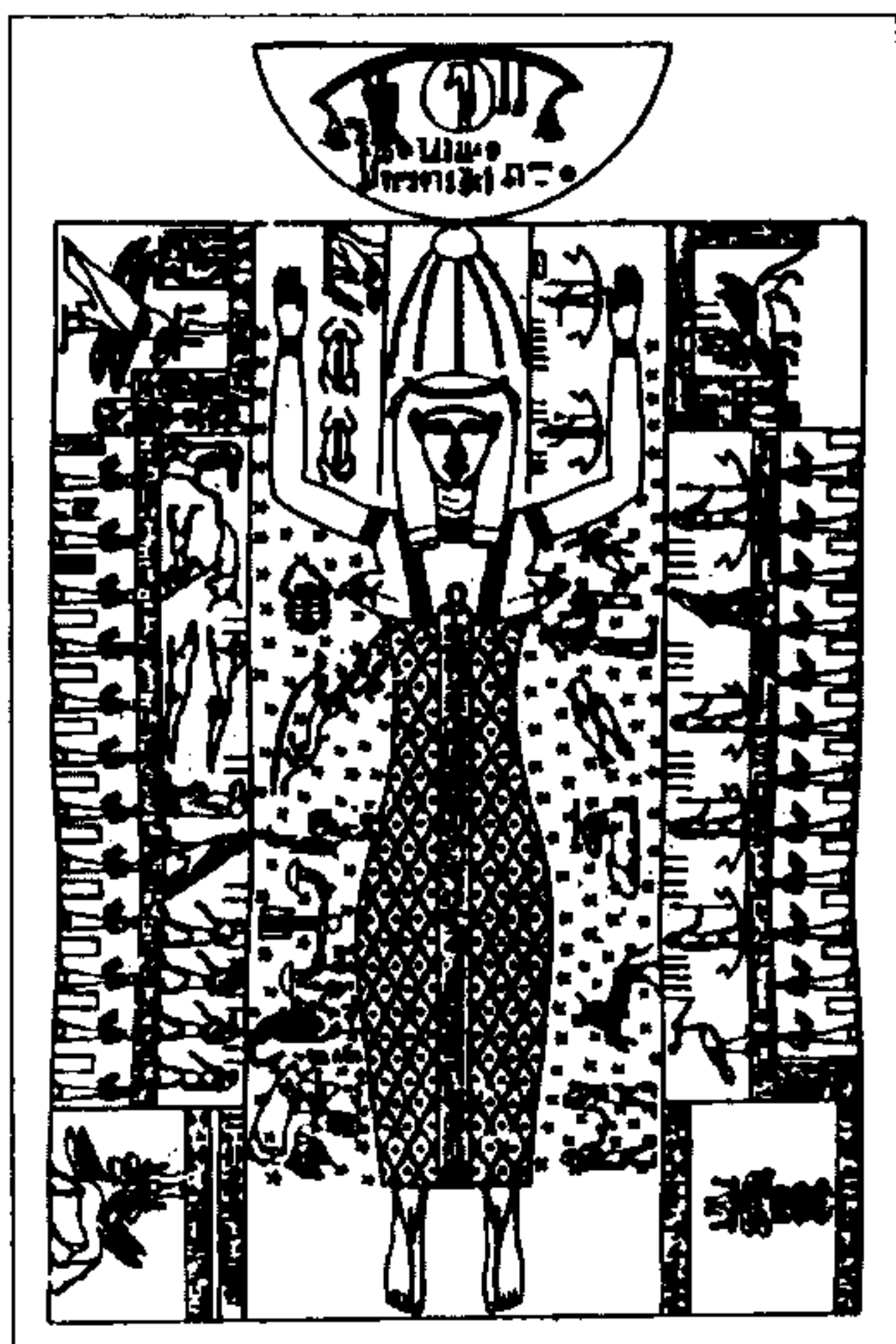


Figura 69

de los cuales se han hallado en las pinturas que decoraban las tapas de los ataúdes (fig. 69), donde se ven claramente las doce constelaciones del zodiaco, el Sol, con sus rayos, y demás miembros del sistema solar; pero el planeta de Ra, el «Planeta de los Millones de Años», se muestra como un planeta extra en su propia *gran barca celeste más allá del Sol*, con el jeroglífico de «dios» en él: el «Atón» de Akenatón.

Así pues, ¿cuál fue la innovación, o mejor, digresión de Akenatón con respecto a la línea religiosa oficial? En definitiva, su «transgresión» fue la misma que, setecientos veinte años atrás, diera lugar al debate relativo al *momento exacto*. Entonces, el asunto era: ¿ha llegado el momento de la supremacía de Marduk/Ra, ha comenzado en los cielos la era del Carnero? En tanto que Akenatón había variado el asunto, al ir del tiempo celeste (el reloj zodiacal) al tiempo divino (el tiempo orbital de Nibiru), llevando la cuestión a: ¿*Cuándo reaparecerá el dios celeste Invisible* y se hará visible... «hermoso en el horizonte del cielo»?

Su gran herejía, en opinión de los sacerdotes de Ra/Amón, pudo proceder del hecho de que había erigido un monumento especial para honrar el *Ben-Ben*, un objeto que había sido reverenciado generaciones atrás y que se tenía por el vehículo en el que Ra había bajado a la Tierra desde los cielos (fig. 70).

Era un indicio, así lo creemos, de que lo que Akenatón estaba esperando cuando nombraba a Atón era una reaparición, un retorno, no sólo del Planeta de los Dioses, sino otra llegada, *¡una nueva venida de los mismos dioses!*

Así pues, debemos concluir que ésta era la innovación, la diferencia introducida por Akenatón. Desafiando al sistema sacerdotal, estaba anunciando la llegada de una nueva época mesiánica, algo que los sacerdotes consideraban prematuro. Esta herejía se vio agravada por el hecho de que los pronunciamientos de Akenatón acerca del retorno de Atón iban acompañados de una reclamación personal: Akenatón se refería cada vez más a sí mismo como *el profeta-hijo del dios*, «*el que salió del cuerpo del dios*», y que sólo a él se le revelaban los planes de la deidad:

No hay otro que te conozca a ti,
excepto tu hijo Akenatón;
tú le has hecho sabio en tus planes.

Y esto también era inaceptable para los sacerdotes tebanos de Amón. Tan pronto como desapareció Akenatón (y no se sabe muy

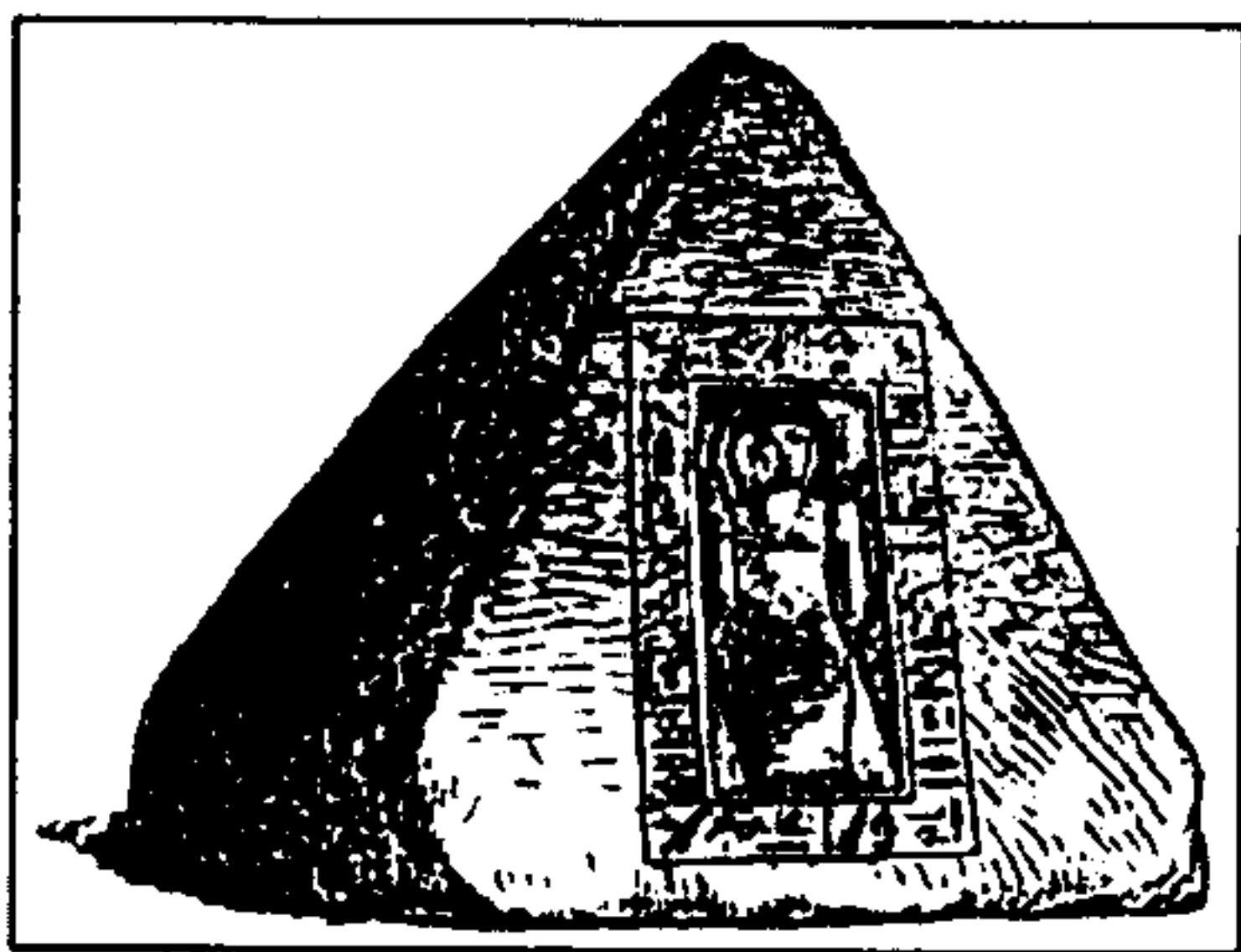


Figura 70

bien cómo desapareció...), restablecieron el culto a Amón, el dios Invisible, y derribaron y destruyeron todo lo que Akenatón había erigido.

Es evidente que el episodio de Atón en Egipto, al igual que la introducción del jubileo (el «año del Carnero»), era un indicio que apuntaba a una expectativa ciertamente difundida acerca del retorno de un «dios estrella» celeste. Y es evidente también en otra referencia bíblica al Carnero, otra manifestación más de una *cuenta atrás hasta el momento del retorno*.

Se trata de un incidente inusual que aparece registrado en las últimas páginas del Éxodo. Es un relato repleto de detalles desconcertantes, que termina con una visión, inspirada divinamente, de lo que iba a suceder.

La Biblia dice una y otra vez que la adivinación mediante el examen de las vísceras de un animal, a través de la consulta de espíritus, mediante predicciones, encantamientos, conjuros y augurios es «abominación para Yahveh», y que debía evitarse toda forma de magia que practicaran los miembros de otras naciones. Al mismo tiempo, afirmaba (citando al mismo Yahveh) que los sueños, los oráculos y las visiones podían ser formas legítimas de comunicación divina. Esta distinción explica por qué el Libro de los Números dedica tres largos capítulos (del 22 al 24) a relatar (¡en tono aprobatorio!) la historia de un vidente e intérprete de oráculos no israelita. Su nombre era Bil'am, traducido como Balaam en las biblias en castellano.

Los acontecimientos descritos en estos capítulos tuvieron lugar cuando los israelitas (los «Hijos de Israel» en la Biblia), después de dejar atrás la península del Sinaí, bordeaban el mar Muerto por su ribera oriental en su camino hacia el norte. A medida que se iban encontrando con los pequeños reinos que ocupaban las tierras que se extienden al este del mar Muerto y del río Jordán, Moisés buscaba el permiso de sus reyes para atravesar sus dominios pacíficamente; cosa que, por lo general, se les negaba. Los israelitas, que acababan de derrotar a los amonitas, que no habían querido dejarles pasar en paz, estaban ahora «acampados en las llanuras de Moab, en el lado del Jordán que está frente a Jericó», esperando el permiso del rey moabita para pasar a través de sus tierras.

No estando dispuesto a que «la horda» pasara, pero temeroso de combatir con ellos, el rey de Moab, Balak, hijo de Sippor, tuvo una bri-

llante idea. Envió emisarios en busca de un vidente reconocido internacionalmente, Balaam, hijo de Beor, para que pusiera «una maldición sobre esta gente por mí», para poder derrotarlos y hacerlos huir.

Hubo que suplicarle a Balaam varias veces hasta que aceptó la misión. Pero, primero en casa de Balaam (¿en algún lugar cerca del Éufrates?), y luego en su camino hacia Moab, un ángel de Dios (la palabra, en hebreo, *Mal'aj*, significa literalmente «emisario») aparece y se involucra en el proceso; a veces se hace visible y a veces es invisible. El ángel permite que Balaam acepte el trabajo no sin antes asegurarse de que Balaam comprende que sólo va a pronunciar augurios divinamente inspirados. Curiosamente, Balaam llama a Yahveh «mi Dios» cuando repite esta condición, primero ante los embajadores del rey y luego ante el mismo rey moabita.

Después, se organiza una serie de escenarios oraculares. El rey lleva a Balaam a la cima de una colina desde la cual se puede ver todo el campamento israelita y, siguiendo las instrucciones del vidente, el rey manda erigir siete altares, sacrifica a siete novillos y siete carneros, y espera el oráculo; pero de la boca de Balaam no surgen palabras de acusación contra los israelitas, sino de alabanza.

El insistente rey moabita lleva entonces a Balaam a otro monte, desde el cual sólo se puede ver una esquina del campamento israelita, y se repite todo el proceso por segunda vez. Pero, de nuevo, el oráculo de Balaam bendice a los israelitas en vez de maldecirlos: los veo saliendo de Egipto, protegidos por un dios con los cuernos extendidos de un carnero, dice; es una nación destinada a la realeza; una nación que, como un león, se levantará.

Decidido a intentarlo de nuevo, el rey lleva ahora a Balaam a la cima de una colina que da al desierto, lejos del campamento israelita, «a ver si les place a los dioses que me los maldigas desde allí», dice. Se vuelven a erigir siete altares, sobre los cuales se sacrifican siete novillos y siete carneros. Pero Balaam no ve ahora a los israelitas y su futuro con ojos humanos, sino «en una visión divina». Por segunda vez, ve a la nación al salir de Egipto, protegida por un dios con cuernos de carnero, y visualiza a Israel como una nación que «como un león se erguirá».

Y, cuando el rey moabita protesta, Balaam le dice que, por mucho oro o plata que le ofrezca, sólo podrá pronunciar las palabras que Dios ponga en su boca. De modo que, frustrado, el rey renuncia a su idea y deja ir a Balaam. Pero ahora Balaam le ofrece al rey un consejo gratis: Deja que te diga lo que el futuro cobija, le dice al rey

(«lo que le pasará a esta nación y a tu pueblo al final de los tiempos»), y pasa a describir la visión divina del futuro vinculándolo con una estrella:

La veo, aunque no para ahora,
la diviso, pero no de cerca:
una Estrella de Jacob está en camino.
Un Cetro de Israel se levantará.
Los miembros de Moab aplastará,
a todos los hijos de Set perturbará.

Números 24, 17

Después, Balaam se vuelve y pone sus ojos sobre los edomitas, los amalecitas, los quenitas y otras naciones cananeas, y pronuncia un oráculo: Aquellos que sobrevivan a la cólera de Jacob caerán en manos de Asiria; luego le llegará el turno a Asiria, que perecerá para siempre. Y tras pronunciar este oráculo, «se levantó Balaam y se fue de vuelta a su país; y Balak se fue por su camino».

Aunque el episodio de Balaam ha sido, como es natural, tema de discusión y debate entre los expertos bíblicos y los teólogos, es un asunto que sigue desconcertando y sigue estando sin resolver. El texto cambia sin esfuerzo entre referencias a los *Elohim* («dioses», en plural) y a Yahveh, el Dios único, la Divina Presencia. Transgrede gravemente las prohibiciones más básicas de la Biblia, dándole al dios que sacó a los israelitas de Egipto una imagen física, y luego agrava la transgresión visualizándole con la imagen de «un carnero con los cuernos extendidos», ¡imagen que había sido la representación egipcia de Amón (fig. 71)! El tono de aprobación ante un vidente profesional que se advierte en la Biblia, que prohibía la adivinación, los conjuros y demás, nos lleva a pensar que esta historia era, en sus orígenes, un relato no israelita que, sin embargo, los autores bíblicos incorporaron dedicándole un espacio sustancial por lo que el incidente y su mensaje debieron de considerarse un preludio importante de la conquista israelita de la Tierra Prometida.

El texto sugiere que Balaam era arameo, y que vivía en algún lugar del curso alto del río Éufrates; sus oráculos proféticos trataron temas que iban desde el destino de los hijos de Jacob y el lugar de Israel entre las naciones hasta oráculos referentes al futuro de esas otras naciones, incluida la distante Asiria que, por entonces, aún no se había convertido en un imperio. Los oráculos eran, por tanto, una



Figura 71

expresión de las expectativas de la época, difundidas incluso entre los no-israelitas. *Insertando este relato, los autores de la Biblia combinaron el destino de Israel con las expectativas universales de la humanidad.*

El relato de Balaam indica que esas expectativas se habían canalizado a lo largo de dos senderos: el ciclo zodiacal, por una parte, y el curso de la Estrella Que Volvía, por la otra.

Las referencias zodiacales son ciertamente potentes en lo relativo a la era del Carnero (¡y a su dios!) en la época del Éxodo, y se convierten en oraculares y proféticas cuando el vidente Balaam visualiza el futuro, cuando invoca (en Números, capítulo 23) los símbolos de las constelaciones zodiacales del Toro y del Carnero («siete novillos y siete carneros para el sacrificio») y el León («cuando la Trompeta

Real se escuche en Israel»). Y es cuando visualiza ese distante futuro cuando el texto de Balaam emplea la significativa expresión *al final de los tiempos* como momento en el cual se aplicarán los oráculos proféticos (Números 24, 14).

La expresión vincula directamente estas profecías no israelitas con el destino de los descendientes de Jacob, por cuanto el mismo Jacob, en su lecho de muerte, reunió a sus hijos para anunciarles los oráculos referentes a su futuro (Génesis, capítulo 49). «Juntaos —dijo—, y os anunciaré lo que os ha de acontecer *al final de los tiempos*». Hay quienes creen que los oráculos, que iban dirigidos a cada una de las futuras doce tribus de Israel, guardaban relación con las doce constelaciones zodiacales.

¿Y qué es eso de la Estrella de Jacob, una visión de la que sólo nos habla Balaam?

En las discusiones de los expertos bíblicos, se le suele dar, en el mejor de los casos, un contexto astrológico más que astronómico, si bien con mucha frecuencia se considera que la referencia a la Estrella de Jacob es puramente figurativa. Pero, ¿qué pasaría si la referencia fuera en realidad a una estrella, a un planeta visto proféticamente, aunque aún invisible?

¿Qué pasaría si Balaam, al igual que Akenatón, estuviera hablando del retorno, de la reaparición de Nibiru? Convendría percatarse de que este retorno sería un evento extraordinario que tendría lugar una vez cada varios milenios; un acontecimiento que, en ocasiones anteriores, había dado lugar a momentos decisivos y profundos en los asuntos de dioses y hombres.

No es ésta una pregunta retórica. De hecho, los acontecimientos venían indicando que algo abrumadoramente importante estaba al caer. Después de un siglo más o menos de preocupaciones y predicciones referentes al planeta que retornaba (preocupaciones y predicciones que nos encontramos en los relatos del Éxodo, de Balaam y en el Egipto de Akenatón), Babilonia empezó a ofrecer evidencias de la existencia de unas expectativas ampliamente difundidas, y la pista más destacada fue el *signo de la cruz*.

En Babilonia, se vivía la época de la dinastía casita, de la que ya hemos hablado antes. Poco se sabe de su reinado en Babilonia pues, como ya se ha dicho, estos reyes no destacaron precisamente por llevar unos minuciosos registros reales. Pero sí que dejaron reveladoras

representaciones, así como cartas de correspondencia internacional en tablillas de arcilla.

Pero sería en las ruinas de Akhet-Atón, la capital de Akenatón (lugar conocido actualmente como Tell el-Amarna, en Egipto) donde se descubrirían las famosas Tablillas de el-Amarna. De las trescientas ochenta tablillas de arcilla, todas excepto tres estaban inscritas en lengua acadia, que era entonces el idioma de la diplomacia internacional. En tanto que algunas de las tablillas eran copias de cartas reales enviadas desde la corte egipcia, la mayor parte eran cartas originales recibidas de reyes extranjeros.

Lo que encontraron los arqueólogos fue el archivo diplomático real de Akenatón, y las tablillas eran, en su mayor parte, ¡correspondencia que el faraón había recibido de los reyes de Babilonia!

¿Utilizaría Akenatón este intercambio de correspondencia con sus homólogos de Babilonia para hablarles de su recién descubierta religión de Atón? No lo sabemos, pues lo único que tenemos son las cartas de un rey de Babilonia a Akenatón, en las cuales se queja de que el oro que le enviaron pesaba menos de lo estipulado, que sus embajadores fueron asaltados en su camino hacia Egipto o que el rey egipcio no tuvo la delicadeza de preguntarle por su salud. Sin embargo, los frecuentes intercambios de embajadores y demás emisarios, incluso las ofertas de matrimonio, así como el hecho de que el rey de Babilonia llamara «hermano mío» al faraón egipcio, nos debe llevar a la conclusión de que la jerarquía de Babilonia debía de ser plenamente consciente de los tejemanejes religiosos de Egipto; y si Babilonia se preguntaba, «¿Qué es esa conmoción de “Ra como Estrella Que Vuelve”?», Babilonia debió de percatarse de que era una referencia a «Marduk como Planeta Que Vuelve», *al regreso orbital de Nibiru*.

Al existir en Mesopotamia una tradición de observaciones celestes más antigua y avanzada que en Egipto, es evidentemente posible que los astrónomos reales de Babilonia hubieran llegado a la conclusión del regreso de Nibiru sin la ayuda de Egipto, e incluso puede que lo descubrieran antes que Egipto. Sea como sea, ya en el siglo XIII a. C., los reyes casitas de Babilonia comenzaron a esbozar, de diversos modos, sus propios cambios religiosos fundamentales.

En el año 1260 a. C., ascendió al trono de Babilonia un nuevo rey que adoptó el nombre de Kadashman-Enlil, sorprendente nombre teofórico de veneración a Enlil. Pero no fue éste un gesto aislado, pues durante el siglo posterior le siguieron otros reyes casitas que lle-

vaban también nombres teofóricos en los que no sólo veneraban a Enlil, sino también a Adad; un gesto sorprendente que sugiere un deseo de reconciliación con los dioses enlilitas. Y el hecho de que se estaba esperando algo inusual se evidencia también en unos monumentos conmemorativos denominados *kudurru* («piedras redondeadas»), que se levantaban como señalizadores de límites y fronteras. Los *kudurru* llevaban inscripciones en las que se establecían los términos del tratado fronterizo (o de la concesión de tierras), así como los juramentos pronunciados para apoyarlo, y se santificaban con símbolos de los dioses celestes. Los símbolos zodiacales divinos, los doce, se representaban frecuentemente (fig. 72); pero, orbitando por encima de ellos, estaban los símbolos del Sol, la Luna y Nibiru. En



Figura 72

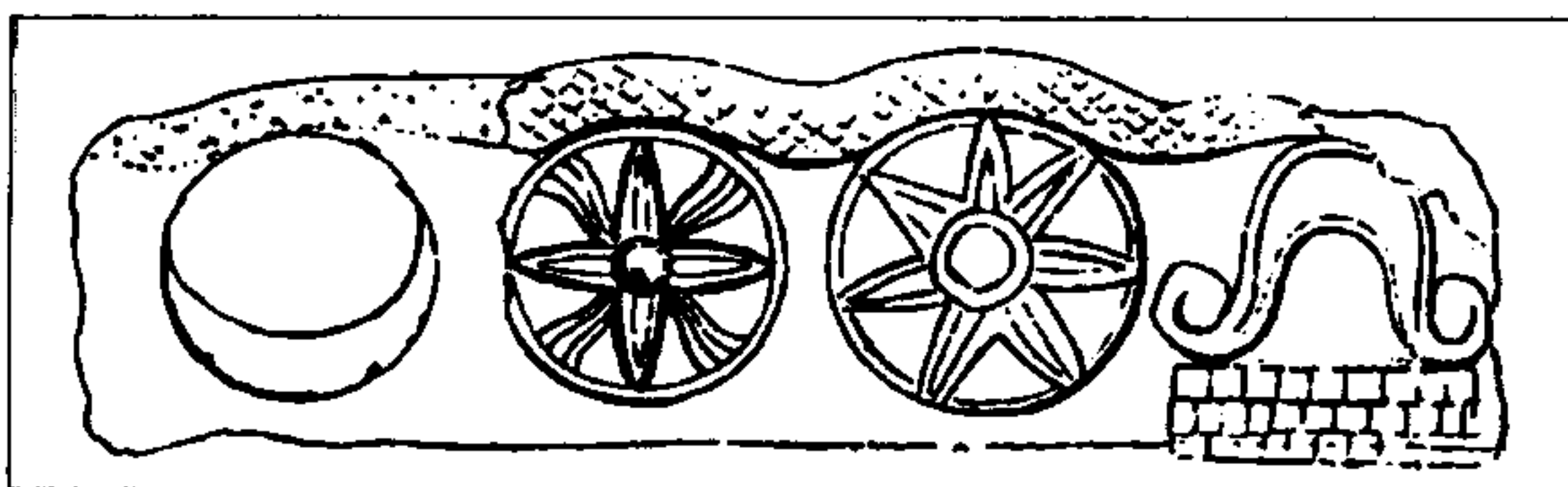


Figura 73

otra representación (fig. 73), se puede ver a Nibiru en compañía de la Tierra (el séptimo planeta) y la Luna (además del símbolo de Ninmah, el instrumento con que se cortaba el cordón umbilical del recién nacido).

Curiosamente, a Nibiru ya no se le representaba con el símbolo del disco alado, sino de un modo completamente distinto, como el planeta de la *cruz radiante*, en correspondencia con la descripción sumeria de los «días antiguos», la de un planeta radiante a punto de convertirse en el «planeta del cruce».

Esta manera de representar a Nibiru (un planeta que hacía milenios que no se observaba) mediante el símbolo de una cruz radiante comenzó a hacerse más y más habitual, y los reyes casitas de Babilonia no tardaron en simplificar el símbolo hasta dejarlo, simplemente, en el *signo de la cruz*, sustituyendo el disco alado por este signo en sus sellos reales (fig. 74). Esta cruz, que se parece mucho a la posterior cruz de Malta cristiana, se conoce en los estudios de glíptica antigua como cruz casita. Y, como se indica en otra representación, el símbolo de la cruz se le aplicaba a un planeta, a diferencia del Sol, que se mostraba por separado junto con la Luna creciente y el símbolo de Marte, la estrella de seis puntas (fig. 75).

Con el comienzo del primer milenio a. C., el signo de la cruz de Nibiru se difundió desde Babilonia hasta aparecer en los diseños de los sellos de los países cercanos. En ausencia de textos religiosos o literarios casitas, sólo podemos conjeturar qué expectativas mesiánicas podrían haber acompañado a estos cambios en las representaciones. Fueran cuales fuesen, intensificaron la ferocidad de los ataques de los estados enlilitas (Asiria y Elam) contra Babilonia, y su oposición a la hegemonía de Marduk. Esos ataques retrasaron, pero no impidieron, la eventual adopción del signo de la cruz en la misma Asiria.



Figura 74



Figura 75

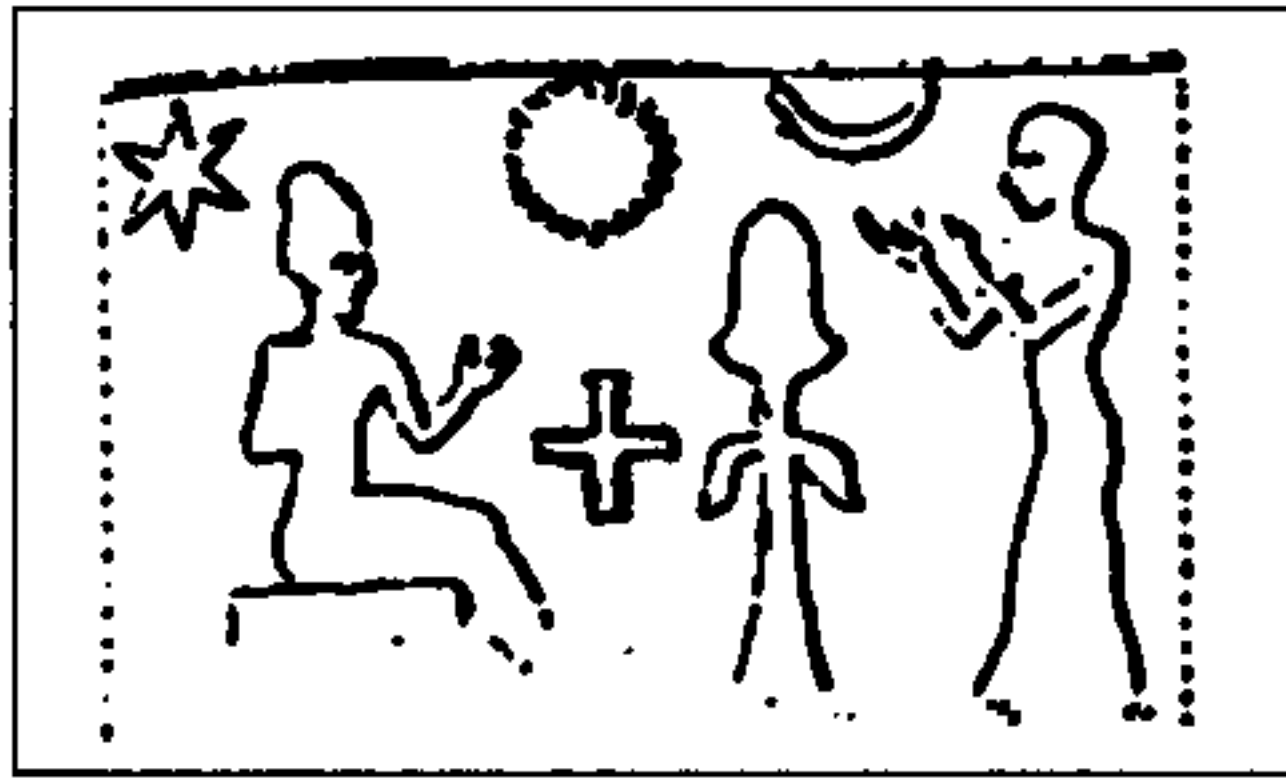


Figura 76

Como revelan los monumentos reales, los reyes asirios lo llevaban, haciendo ostentación de él, en el pecho, cerca del corazón (fig. 76), del mismo modo que los católicos devotos llevan la cruz en nuestros días. Religiosa y astronómicamente, era un gesto de lo más significativo. Y debía de ser una manifestación ciertamente difundida, pues, también en Egipto, se han descubierto representaciones de un dios-rey que, al igual que sus homólogos asirios, lleva el signo de la cruz en el pecho (fig. 77).

La adopción del signo de la cruz como emblema de Nibiru en Babilonia, en Asiria y en otros lugares no fue una gran innovación. Este signo se había usado con anterioridad en Sumer y Acad. «¡Nibiru, que “Cruzar” sea su nombre!», dice la epopeya de la Creación; y, en consecuencia, su símbolo, la cruz, se empleó en la glíptica sumeria para representar a Nibiru; pero, por entonces, *significaba siempre su regreso a la invisibilidad*.

El *Enuma elish*, la epopeya de la Creación, afirma claramente que, después de la Batalla Celeste con Tiamat, el Invasor hizo una gran órbita en torno al Sol y volvió al escenario de la batalla. Dado que Tiamat orbitaba al Sol en un plano denominado la eclíptica (al igual que lo hacen otros miembros de la familia planetaria del Sol), el Invasor tenía que volver a ese mismo lugar en los cielos; y, cada vez que vuelve, órbita tras órbita, es ahí donde *cruza el plano de la eclíptica*. Una manera sencilla de ilustrar esto sería poniendo como ejemplo el recorrido orbital del conocido cometa Halley (fig. 78), que emula a escala bastante más reducida la órbita de Nibiru: su órbita inclinada lo lleva, cuando está cerca del Sol, desde el sur, por debajo



Figura 77

de la eclíptica, cerca de Urano. Hace un arco por encima de la eclíptica y le da la vuelta al Sol, diciéndole «Hola» a Saturno, Júpiter y Marte; luego, baja y cruza la eclíptica cerca del punto donde tuvo lugar la Batalla Celeste de Nibiru con Tiamat (el Cruce, marcado con una «X»), y se va, para volver cuando su «destino» orbital lo prescribe.

Ese punto en los cielos, y en su momento, es *el Cruce*; y el *Enuma elish* afirma que es entonces cuando el planeta de los anunnaki se convierte en el *Planeta de la Cruz*:

Planeta NIBIRU:
la Encrucijada del Cielo y la Tierra ocupará...
Planeta NIBIRU:
la posición central posee...
Planeta NIBIRU:
es él el que, sin cansarse,
sigue cruzando en mitad de Tiamat;
¡Que «Cruzar» sea su nombre!

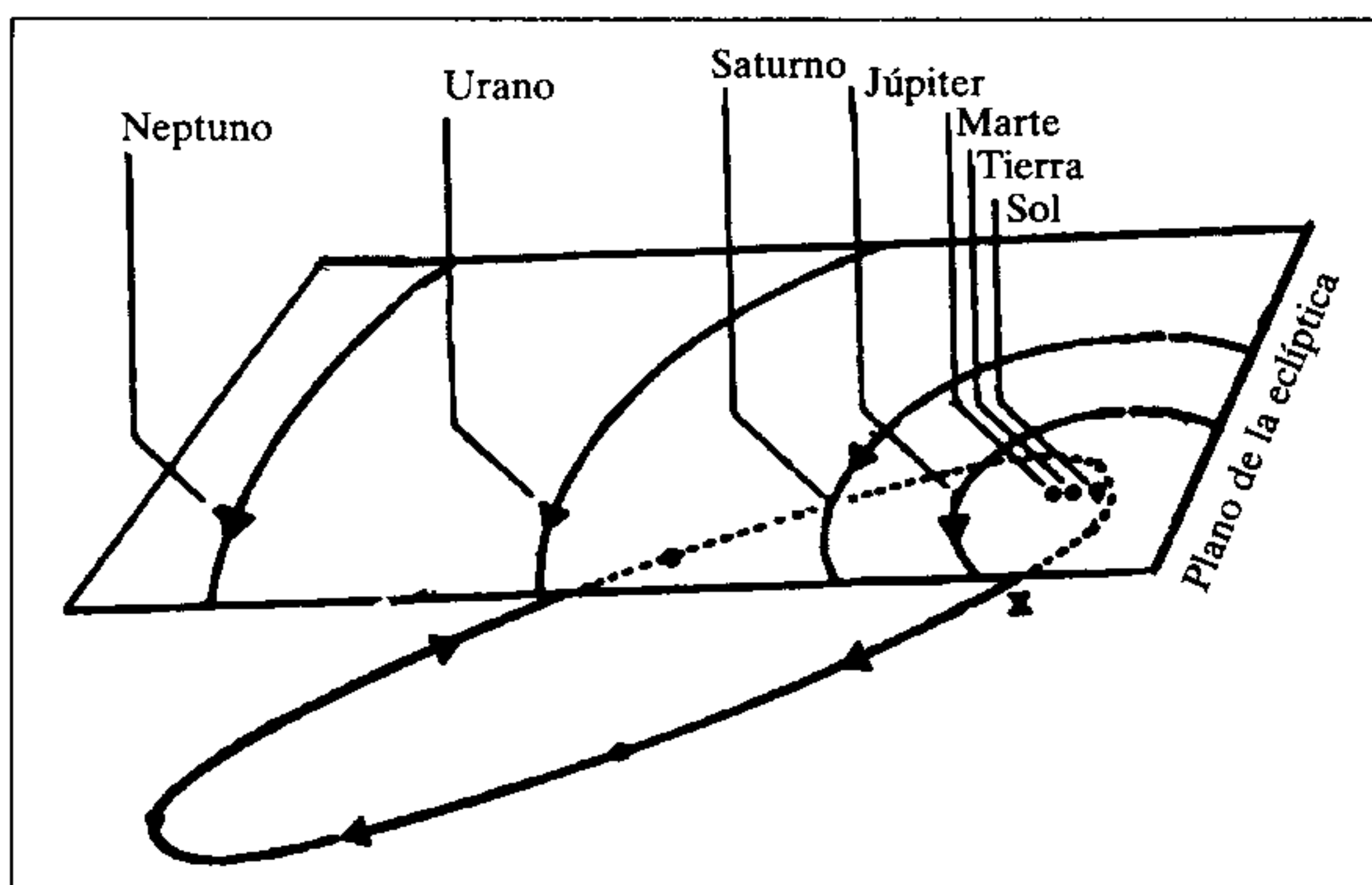


Figura 78

Los textos sumerios que tratan de acontecimientos decisivos en la saga de la humanidad proporcionan indicaciones concretas en lo referente a las apariciones periódicas del planeta de los anunnaki (aproximadamente, cada tres mil seiscientos años), y siempre en encuentros cruciales en la historia de la Tierra y de la humanidad. Era en estas ocasiones cuando el planeta recibía el nombre de Nibiru, y su representación glíptica, incluso en tiempos sumerios, era la cruz.

Y esto comenzó ya con el Diluvio. En varios textos que tratan del Diluvio, se asoció la catástrofe con la aparición del dios celeste, Nibiru, en la era del León (hacia 10900 a. C.); según un texto, fue «la constelación del León la que midió las aguas de lo profundo». Otros textos describen la aparición de Nibiru en la época del Diluvio como una estrella radiante, y la representaron acordemente (fig. 79).

Cuando griten «¡Inundación!»,
es el dios Nibiru...
Señor cuya *corona brillante* está cargada de terror;
día a día, dentro del León, *prende en llamas*.

El planeta volvió, reapareció y de nuevo se convirtió en «Nibiru» cuando se le concedió a la humanidad la agricultura y la ganadería, a

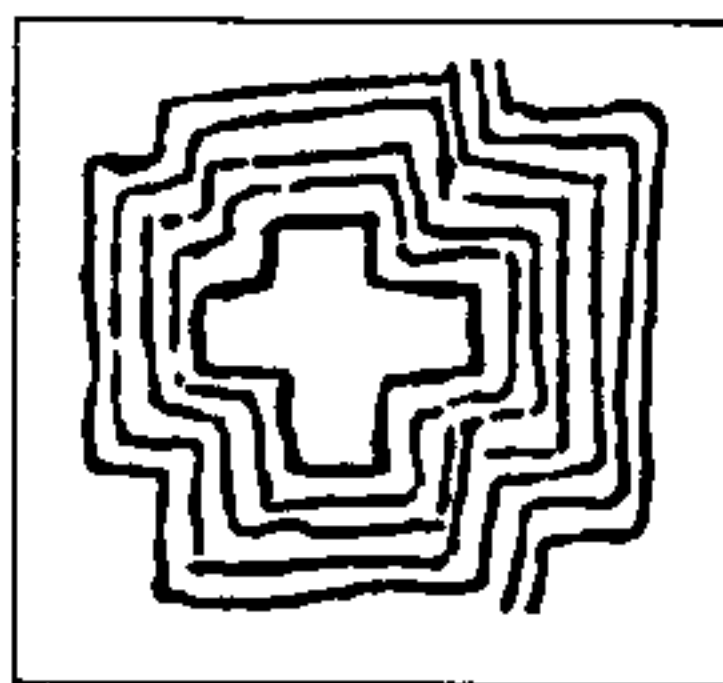


Figura 79

mediados del octavo milenio a. C.; en las representaciones grabadas sobre sellos cilíndricos que ilustran los inicios de la agricultura se utilizó el signo de la cruz para mostrar a Nibiru, visible en los cielos de la Tierra (fig. 80).

La última ocasión (y la más memorable para los sumerios) en que el planeta fue visible de nuevo fue cuando Anu y Antu vinieron a la Tierra en visita de Estado, en torno a 4000 a. C., en la era del Toro (Tauro).

La ciudad que posteriormente, y durante milenios, se conocería como Uruk se fundó en su honor. Se erigió un zigurat, y desde sus alturas se observó la aparición de los planetas en el horizonte, conforme la noche iba oscureciendo el cielo. Cuando Nibiru apareció en el horizonte, estalló el griterío: «¡La imagen del Creador ha surgido!», y todos los presentes rompieron a cantar himnos de alabanza para «el planeta del Señor Anu».

La aparición de Nibiru en los inicios de la era del Toro suponía que, en el momento del ascenso heliaco (es decir, cuando comienza



Figura 80

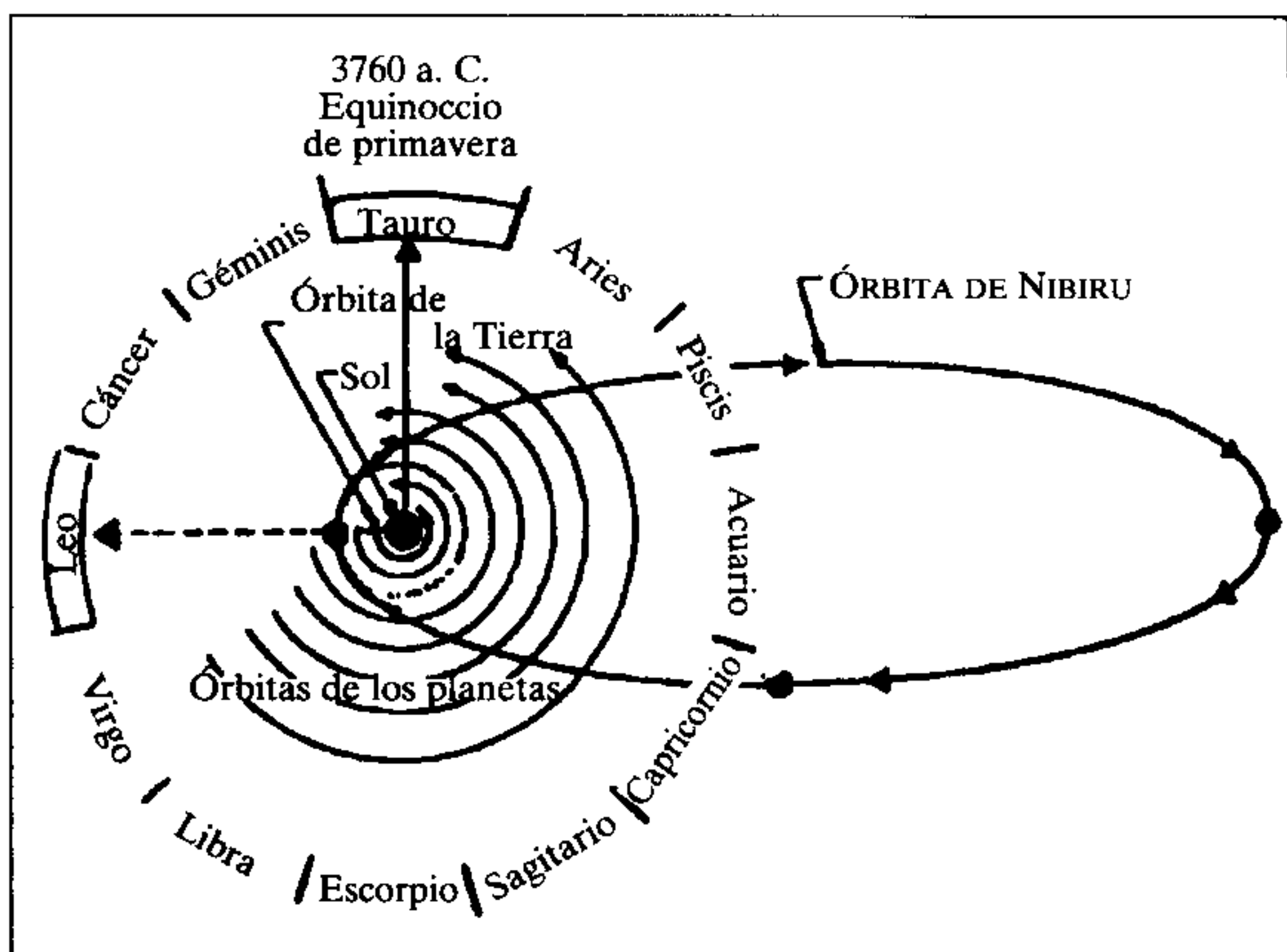


Figura 82

11



EL DÍA DEL SEÑOR

En los inicios del último milenio a. C., la aparición del signo de la cruz se convirtió en un anuncio del retorno. Y, en la misma época, la construcción del templo a Yahveh en Jerusalén vinculó para siempre su lugar sagrado con el curso de los acontecimientos históricos y con las expectativas mesiánicas de la humanidad. El tiempo y el lugar no fueron meras coincidencias: el inminente retorno hacía necesario que el antiguo Centro de Control de Misiones se convirtiera en un santuario.

Comparado con las recias potencias imperiales de la época (Babilonia, Asiria, Egipto), el reino hebreo era un enano. Comparada con la grandeza de sus capitales (Babilonia, Nínive, Tebas...), con sus recintos sagrados, zigurats, templos, avenidas procesionales, pórticos ricamente decorados, majestuosos palacios, jardines colgantes, estanques sagrados y puertos fluviales, Jerusalén era una pequeña ciudad, con unas murallas construidas precipitadamente y con un dudoso suministro de agua. Y sin embargo, milenios después, Jerusalén sigue siendo una ciudad viva, que está en nuestro corazón y en los titulares de los diarios, mientras que la grandeza de las capitales de aquellas otras naciones desapareció bajo el polvo, convertidas ya en ruinas.

¿En qué radicó la diferencia? La diferencia estuvo en el Templo de Yahveh que se construyó en Jerusalén, y en sus profetas, cuyos oráculos se hicieron realidad. Esas profecías (finalmente hay que creerlo) conservan aún la clave del futuro.

La relación del pueblo hebreo con Jerusalén, y en particular con el monte Moria, se remonta a los tiempos de Abraham, cuando éste acababa de cumplir con la misión encomendada de proteger el espaciopuerto, durante la Guerra de los Reyes; cuando fue recibido por Melquisedec, el rey de *Ir-Shalem* (Jerusalén), que «era sacerdote del Dios altísimo». Melquisedec bendijo a Abraham, que a su vez prestó

un juramento «por el Dios altísimo, creador del cielo y la Tierra». También fue allí donde se puso a prueba la devoción de Abraham, concediéndosele una Alianza con Dios. Sin embargo, tuvo que pasar un milenio, hasta que las circunstancias y el tiempo fueron los adecuados, para construir el Templo.

La Biblia afirma que el Templo de Jerusalén era único; y ciertamente lo era, pues estaba concebido para preservar el enlace Cielo-Tierra, lo que una vez fue el DUR.AN.KI de Nippur, en Sumer.

Y sucedió
en el año cuatrocientos ochenta
de la salida de los Hijos de Israel de la tierra de Egipto,
el año cuarto del reinado de Salomón,
en el segundo mes,
que él emprendió la construcción de la Casa del Señor.

Así registra la Biblia, en el primer Libro de Reyes (6, 1), el memorable inicio de la construcción del Templo de Yahveh en Jerusalén a cargo del rey Salomón, dándonos la fecha exacta del evento. Era un paso crucial, definitivo, cuyas consecuencias siguen afectándonos a todos: *y hay que advertir que esto ocurrió cuando Babilonia y Asiria adoptaron el signo de la cruz como heraldo del retorno...*

La dramática historia del Templo de Jerusalén no comienza con Salomón, sino con el rey David, el padre de Salomón; y el modo en que David llegó a convertirse en rey de Israel es un relato en el que se trasluce un plan divino: *preparar el futuro resucitando el pasado*.

Después de un reinado de cuarenta años, David dejó como legado un reino en proceso de expansión, que llegaba por el norte hasta Damasco (¡incluido el Lugar de Aterrizaje!). También dejó como legado multitud de salmos grandiosos, así como los trabajos preliminares del Templo de Yahveh. Tres emisarios divinos jugaron un papel crucial en la forja de este rey y de su lugar en la historia; la Biblia los enumera como «Samuel el Vidente, Natán el Profeta y Gad el Visionario». Dios dio instrucciones a Samuel, que era sacerdote-custodio del Arca de la Alianza, para que sacara «al joven David, hijo de Jesé, de apacentar ovejas para ser pastor de Israel», y Samuel «tomó el cuerno de aceite y lo ungió para que reinara sobre Israel».

La elección del joven David, que apacentaba el rebaño de su padre, para que fuera pastor de Israel fue doblemente simbólica, pues nos retrotrae a la era dorada de Sumer. Sus reyes recibían el nombre

de LU.GAL, «Gran Hombre», pero ellos se esforzaban por ganarse el precioso título de EN.SI, «Pastor Justo». Y esto, como veremos, no es más que un primer indicio de los vínculos de David y del Templo con el pasado sumerio.

David comenzó su reinado en Hebrón, al sur de Jerusalén, y ésta también fue una elección cargada de simbolismo histórico. La Biblia señala una y otra vez que el nombre anterior de Hebrón era *Quiryat Arbá*, «la ciudad fortificada de Arbá». ¿Y quién era Arbá? «Era un *Gran Hombre* de los *anakim*», dos términos bíblicos que son la traducción al hebreo de las sumerias LU.GAL y ANUNNAKI. Comenzando en algunos pasajes del libro de los Números, y luego en los libros de Josué, Jueces y Crónicas, la Biblia nos dice que Hebrón era un centro en el que vivían los descendientes de los «anakim, que, al igual que los nefilim, están contados», lo que les relaciona así con los nefilim de Génesis 6, los que se casaron con las hijas de Adán. En la época del Éxodo, en Hebrón seguían viviendo tres hijos de Arbá. Sería Caleb, el hijo de Yefunné, el que conquistaría la ciudad y mataría a los tres en nombre de Josué. *Al optar por Hebrón para ser coronado rey, David fundamentaba su realeza como una continuación directa de los reyes de la tradición sumeria que habían guardado una relación estrecha con los anunnaki.*

David reinó en Hebrón durante siete años, y luego trasladó su capital a Jerusalén. La sede de su realeza (la «Ciudad de David») se construyó sobre el monte Sión, justo al sur del monte Moria (donde estaba la plataforma que construyeran los anunnaki, fig. 83) y separado de éste por un pequeño valle. David construyó el *Miloh*, el Relleno, para cerrar el hueco entre los dos montes. Ése fue el primer paso para la construcción del Templo de Yahve sobre la plataforma; pero lo único que se le permitió erigir sobre el monte Moria fue un altar. La palabra de Dios, a través del profeta Natán, fue que, debido a la mucha sangre que había derramado David en sus muchas guerras, no podía ser él quien construyera el templo, sino su hijo, Salomón.

Desolado por el mensaje del profeta, David «se sentó ante Yahveh», delante del Arca de la Alianza (que todavía se alojaba en una tienda transportable). Tras aceptar la decisión de Dios, le pidió una recompensa por la devota lealtad que le había mostrado: una garantía, una señal, de que sería realmente la Casa de David la que construiría el Templo y sería bendecida para siempre.

Aquella misma noche, sentado delante del Arca de la Alianza, a través de la cual Moisés se había comunicado con el Señor, recibió

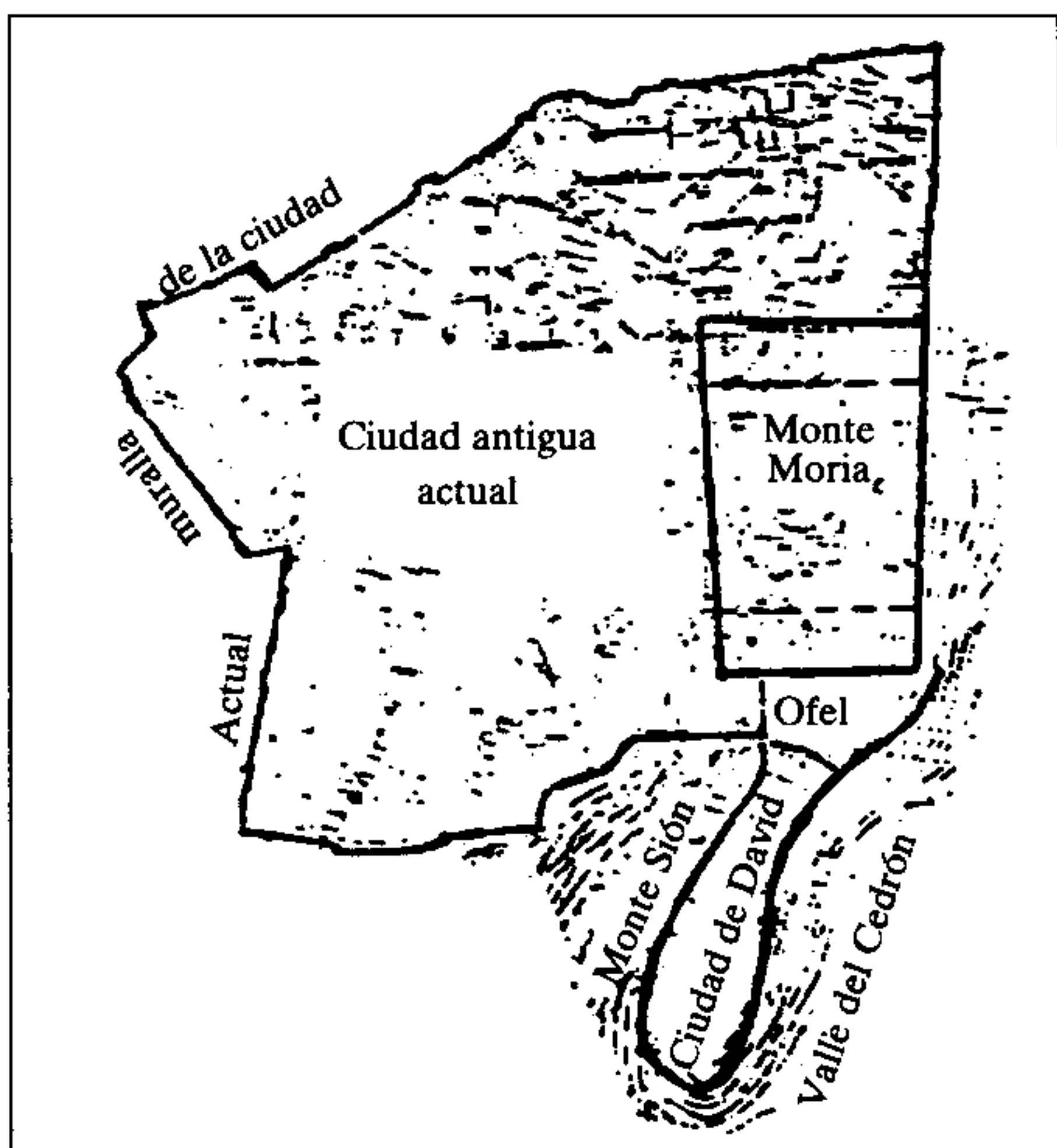


Figura 83

una señal divina: ¡se le dio *un Tavnit* (un modelo a escala) del futuro templo!

Se le podría quitar importancia a este relato si no fuera por el hecho de que lo que le sucedió aquella noche al rey David y a su proyecto del Templo es equiparable al relato de *En los límites de la realidad* del rey sumerio Gudea, a quien más de mil años antes se le dio en un sueño-visión una tablilla con el plano arquitectónico y un molde de ladrillos para la construcción de un templo en Lagash para el dios Ninurta.

Cuando se aproximaba el fin de sus días, el rey David convocó en Jerusalén a todos los jefes de Israel, incluidos los jefes tribales y los mandos militares, los sacerdotes y los cargos reales, y les habló de la promesa de Yahveh; a la vista de todos los reunidos, le entregó a su hijo Salomón «el *Tavnit* del Templo y todas sus partes y cámaras... el *Tavnit* que había recibido del Espíritu». Pero había más, pues David también le pasó a Salomón «lo que Yahveh había escrito de su mano

para hacer comprender todos los detalles del *Tavnit*: un libro de instrucciones, escrito por mano divina (I Crónicas, capítulo 28).

El término hebreo *Tavnit* se tradujo al inglés en la Biblia del Rey Jacobo como *pattern* («diseño»), pero en traducciones más recientes se ha traducido por *plan* («plano»), lo que sugiere que a David se le dio algún tipo de dibujo arquitectónico.* Pero la palabra hebrea que significa «plano» es *Tokhnit*. *Tavnit*, por otra parte, se deriva del verbo raíz que significa «construir, erigir», de manera que lo que se le dio a David, y lo que él le entregó a su hijo Salomón, fue un «modelo construido»; en el habla común de hoy en día, un modelo a escala. (Entre los hallazgos arqueológicos realizados por todo el Oriente Próximo de la antigüedad se han encontrado modelos a escala de carros, carretas, barcos, talleres e incluso santuarios de varios niveles.)

Los libros bíblicos de Reyes y Crónicas ofrecen medidas precisas y claros detalles estructurales del Templo y de sus diseños arquitectónicos. Su eje discurre de este a oeste, lo que lo convierte en un «templo eterno», alineado con los equinoccios. El Templo constaba de tres partes (véase fig. 64): una parte delantera similar a la de los templos sumerios (*Ulam*, en hebreo), una gran sala central (*Hekal* en hebreo, que procede de la palabra sumeria E.GAL, «Morada Grande») y un Santo de los Santos para el Arca de la Alianza. La sección más interior se llamaba el *Dvir* (el «Orador»),** pues Dios le hablaba a Moisés a través del Arca de la Alianza.

Al igual que en los zigurats sumerios, que habitualmente se construían según el concepto sexagesimal («de base sesenta»), el Templo de Salomón adoptó también el sesenta en su construcción: la sección principal (la sala) tenía 60 codos (algo más de 30 metros) de largo, 20 codos (60:3) de ancho y 120 (60 x 2) codos de alto. El Santo de los Santos tenía 20 por 20 codos (lo justo para albergar el Arca de la Alianza con los dos querubines de oro encima («sus alas se tocaban»). La tradición, las evidencias textuales y las investigaciones arqueológicas indican que el Arca se colocó exactamente sobre la enorme roca en la cual Abraham estuvo a punto de sacrificar a su hijo Isaac; su designación en hebreo, *Even Shatiyah*, significa «piedra fun-

* N. del T.: En la Biblia de Jerusalén en castellano se traduce como «diseño».

** N. del T.: *Dvir* aparece en la Biblia de Jerusalén como «Debir». «Orador» traduce a la palabra inglesa *Speaker*, «el que habla».

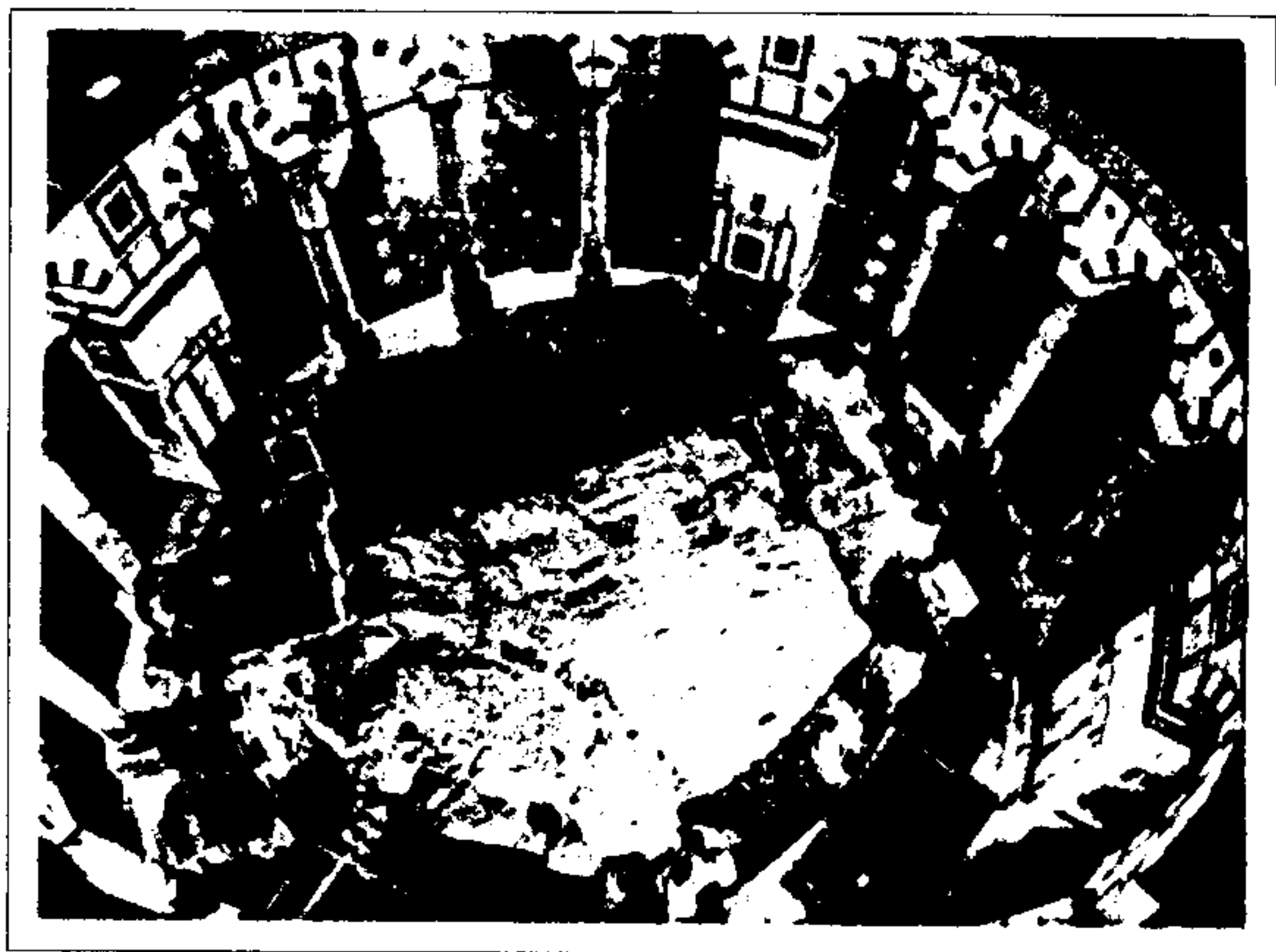


Figura 84

dacional», y las leyendas judías sostienen que a partir de esa roca se volverá a crear el mundo. En la actualidad está cubierta y rodeada por la Cúpula de la Roca (fig. 84). (Los lectores pueden encontrar más información sobre la roca sagrada y sobre su enigmática cueva y pasajes subterráneos secretos en *Las expediciones de Crónicas de la Tierra*.)

Aunque estas medidas no eran monumentales, si se las compara con las de los elevadísimos zigurats, el Templo de Jerusalén tenía un aspecto ciertamente grandioso cuando se terminó; y, por otra parte, no se parecía en nada a cualquier otro templo de aquella parte del mundo. Ni hierro ni herramientas de hierro se utilizaron para su construcción sobre la plataforma (y absolutamente ningún utensilio de hierro en su funcionamiento; todos los utensilios eran de cobre o bronce); y, de hecho, *todo el edificio estaba recubierto de oro en su interior*; hasta los clavos que sujetaban las láminas doradas al muro estaban hechos de oro. La cantidad de oro que se utilizó fue enorme (sólo «para el Santo de los Santos, seiscientos talentos; para los clavos, cincuenta shekels»). Se utilizó tanto oro que Salomón tuvo que enviar barcos especiales a Ofir (que se cree que estaba en el sudeste de África) para traer oro.

La Biblia no da explicación alguna sobre la prohibición del uso de cualquier objeto de hierro en el lugar, pero tampoco sobre el recubrimiento de oro de todo lo que había en el interior del Templo. Sólo podemos especular con la posibilidad de que se rehuyera el hierro debido a sus propiedades magnéticas, y se utilizara el oro por ser el mejor conductor de la electricidad.

Resulta significativo que los otros dos casos conocidos de santuarios recubiertos de oro en su interior estén en el otro extremo del mundo. Uno es el gran templo de Cuzco, la capital inca, en Perú, donde recibió culto el gran dios de Sudamérica, Viracocha. Se llamaba el Coricancha («Recinto Dorado»), pues su Santo de los Santos estaba completamente recubierto de oro. El otro está en Puma-Punku, a orillas del lago Titicaca, en Bolivia, cerca de las famosas ruinas de Tiahuanaco. Estas ruinas es lo que queda de cuatro edificios de piedra parecidos a cámaras cuyas paredes, pisos y techos se tallaron a partir de un único y colosal bloque de piedra. Los cuatro recintos estaban completamente recubiertos en su interior con láminas de oro, sujetas a las paredes con clavos de oro. Al hablar de estos lugares (y de cómo los saquearon los españoles) en *Los reinos perdidos*, sugerí que Puma-Punku quizás se erigiera para la estancia de Anu y Antu cuando visitaron la Tierra en torno a 4000 a. C.

Según la Biblia, hicieron falta decenas de miles de albañiles durante siete años para tan gigantesca empresa. Entonces, ¿cuál era el propósito de esta Casa del Señor? Cuando todo estuvo dispuesto, los sacerdotes llevaron el Arca de la Alianza con mucha pompa y circunstancia y la pusieron en el Santo de los Santos. Y en cuanto el Arca estuvo en su sitio y se cerraron las cortinas que separaban el Santo de los Santos de la gran sala, «la Casa del Señor se llenó con una nube y los sacerdotes no podían mantenerse en pie». Entonces, Salomón pronunció una oración de agradecimiento, diciendo:

Señor, Tú que has elegido morar en la nube:
he construido para Ti una majestuosa Casa,
un lugar donde puedas morar para siempre...
Si los cielos de los cielos no pueden contenerte,
escucha nuestras súplicas desde Tu asiento en el cielo.

«Y Yahveh se le apareció a Salomón aquella noche, y le dijo: “He escuchado tu oración; he elegido este lugar para mi casa de culto... Desde el cielo escucharé las plegarias de mi pueblo y perdonaré sus

transgresiones... He elegido y he consagrado esta casa para que mi *Shem* permanezca ahí para siempre» (2 Crónicas, capítulos 6-7).

La palabra *Shem*, aquí y anteriormente, como en los versículos de inicio del capítulo 6 del Génesis, se traduce normalmente como «Nombre». Ya en mi primer libro, *El 12º planeta*, sugerí que este término se refería, en sus orígenes y en el contexto relevante, a lo que los egipcios llamaban la «Barca Celeste» y los sumerios llamaban MU («barco del cielo») de los dioses. Por lo tanto, el Templo de Jerusalén, construido sobre la plataforma de piedra, con el Arca de la Alianza situada sobre la roca sagrada, iba a servir como enlace terrestre con la deidad celeste, ¡tanto para comunicarse como para el aterrizaje de su barco celeste!

En ninguna parte del Templo había estatua alguna, ni ídolo, ni imagen grabada. El único objeto que había en su interior era la sagrada Arca de la Alianza, y «no había nada en el Arca, salvo las dos tablillas que se le dieron a Moisés en el Sinaí».

A diferencia de los templos zigurats de Mesopotamia, desde el de Enlil en Nippur hasta el de Marduk en Babilonia, este templo no era un lugar de residencia para la deidad; no era donde el dios vivía, comía, dormía o se bañaba. *Era una casa de culto, un lugar de contacto divino; era un templo para la presencia divina del Morador de las nubes.*

Se dice que una imagen vale más que mil palabras; y esto es especialmente cierto allí donde hay pocas palabras pertinentes pero muchas imágenes relevantes.

Más o menos en la misma época en la que se concluyó el Templo de Jerusalén y se le consagró al Morador de la Nube, hubo un cambio notable en la glíptica sagrada (la representación de lo divino) allí donde tales representaciones eran comunes y permisibles, sobre todo en Asiria. En ellas, se veía claramente al dios Asur como «morador de las nubes», mostrando el rostro o simplemente mostrando su mano, con frecuencia sujetando un arco (fig. 85), una imagen que nos recuerda a la del relato bíblico del arco en la nube, que fue una señal divina con posterioridad al Diluvio.

Más o menos un siglo más tarde, las representaciones asirias introdujeron otra variante del Dios en la Nube. Clasificada como «Deidad en un disco alado», mostraba claramente a una deidad dentro del emblema del disco alado (fig. 86), sólo o junto con la Tierra (siete

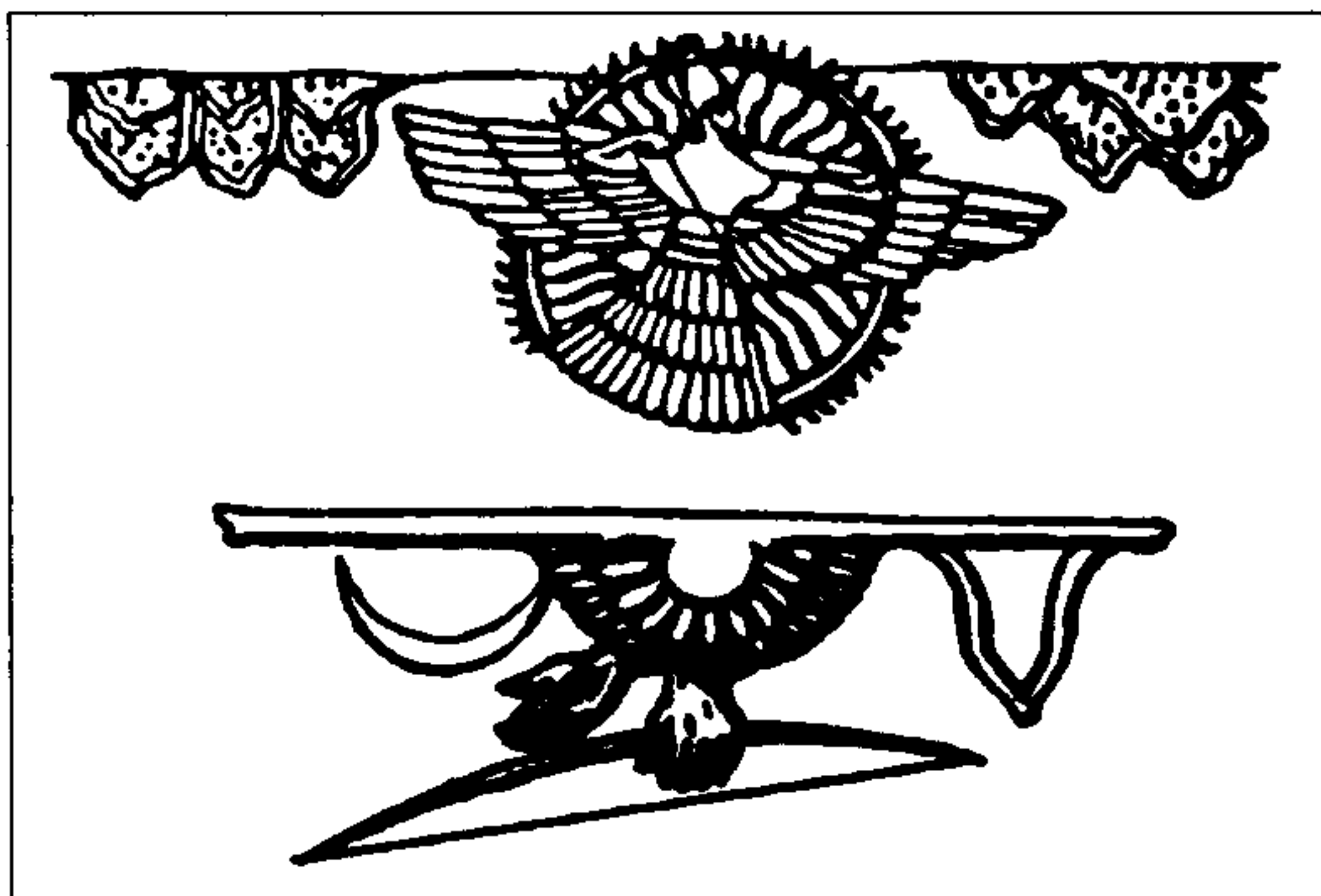


Figura 85

puntos) y la Luna (creciente). Dado que el disco alado representaba a Nibiru, tenía que tratarse de una deidad *que llegaba con Nibiru*. Así pues, *estas representaciones dejan entrever las expectativas ante la inminente llegada no sólo del planeta, sino también de sus divinos moradores, probablemente encabezados por el mismo Anu*.

Los cambios en los glifos y en los símbolos, que comenzaron con el signo de la cruz, eran la manifestación de unas expectativas más profundas, de unos cambios abrumadores y de unos preparativos más amplios, que era lo que el esperado retorno exigía. Sin embargo, las expectativas y los preparativos no eran los mismos en Babilonia que en Asiria. En una, las expectativas mesiánicas se centraban en el dios



Figura 86a



Figura 86b

(los dioses) que estaba ya allí; en la otra, las expectativas guardaban relación con el retorno y la reaparición del dios (los dioses).

En Babilonia, las expectativas eran en su mayor parte religiosas (la reactivación mesiánica de Marduk a través de su hijo Nabu). Se hicieron grandes esfuerzos para recuperar, hacia 960 a. C., las ceremonias sagradas de *Akitu*, en las cuales se leía el *Enuma elish* revisado, en el que Marduk se apropiaba de la creación de la Tierra, la recomposición de los cielos (el sistema solar) y la creación del hombre.

La llegada de Nabu desde su santuario de Borsippa (al sur de Babilonia) para jugar un papel crucial en las ceremonias era parte esencial de esta reactivación ritual. Y así, los reyes babilonios que reinaron entre 900 a. C. y 730 a. C. volvieron a ponerse nombres relacionados con Marduk y, un gran número de ellos, con Nabu.

Los cambios en Asiria fueron más bien geopolíticos; los historiadores consideran esta época (en torno a 960 a.e.c) como la del inicio del período imperial neoasirio. Además de las inscripciones halladas en los monumentos y en los muros del palacio, la principal fuente de información sobre Asiria en aquellos días nos la proporcionan los anales de sus reyes, en los cuales registraron lo que hicieron, año tras año. A juzgar por esto, su principal ocupación fue la de la conquista. Con una ferocidad sin precedentes, sus reyes lanzaron una campaña militar tras otra, no sólo para lograr el dominio del antiguo Sumer y Acad, sino también para controlar lo que consideraban esencial para el retorno: *el control de los emplazamientos espaciales*.

Y es evidente que éste era el propósito de sus campañas, no sólo por cuáles eran sus objetivos, sino también por los grandes relieves en piedra hallados en los muros de los palacios asirios de los siglos IX y VIII a. C. (relieves que se pueden contemplar en algunos de los más destacados museos del mundo). Al igual que en algunos sellos cilíndricos, muestran al rey y al sumo sacerdote acompañados por un *querubín* alado («astronautas» *anunnaki*), flanqueando al Árbol de la Vida, mientras le dan la bienvenida al dios del disco alado (fig. 87). *¡Evidentemente, se esperaba una llegada divina!*

Los historiadores relacionan el comienzo de este período neoasirio con el establecimiento de una nueva dinastía real en Asiria, cuando Tiglath-Pileser II ascendió al trono en Nínive. El patrón de engrandecimiento dentro de sus fronteras, y de conquista, destrucción y anexiones fuera de ellas, tuvo su continuidad en los reinados del hijo y del nieto de este rey. Curiosamente, su primer objetivo fue la región del río Jabur, con su importante centro comercial y religioso: Jarán.

Sus sucesores continuaron desde allí. Adoptando con frecuencia el mismo nombre que los glorificados reyes anteriores (de ahí la numeración I, II, III, etcétera que se les da), los sucesivos reyes de Asiria expandieron su control en todas direcciones, pero con especial énfasis en las ciudades costeras y en las montañas de *La-ba-an* (Líbano). Hacia 860 a. C., Aurnasirpal II, que llevaba el signo de la cruz en el pecho (véase fig. 76), se jactaba de haber conquistado las ciudades costeras fenicias de Tiro, Sidón y Gebal (Biblos), y de haber

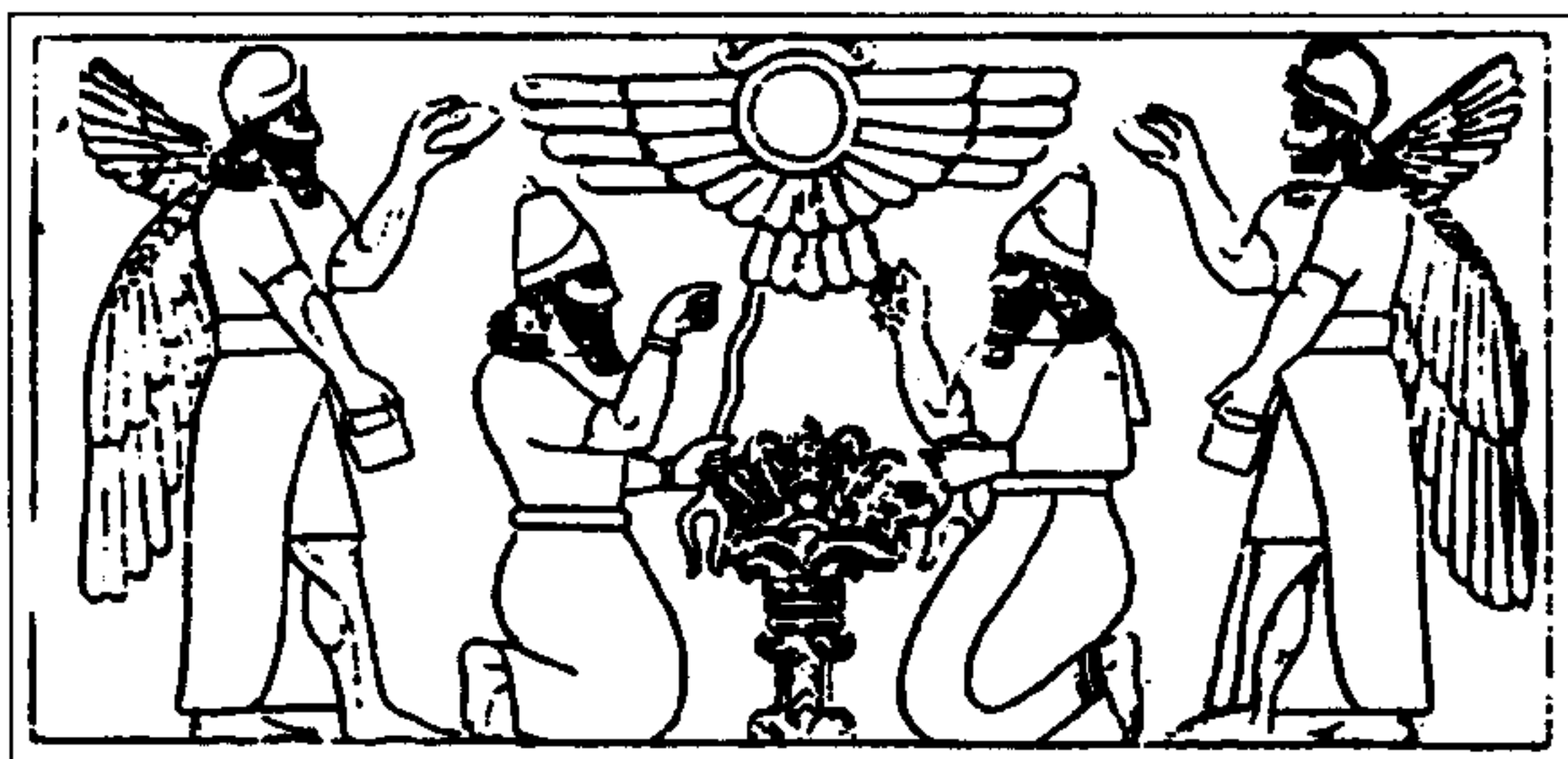


Figura 87a

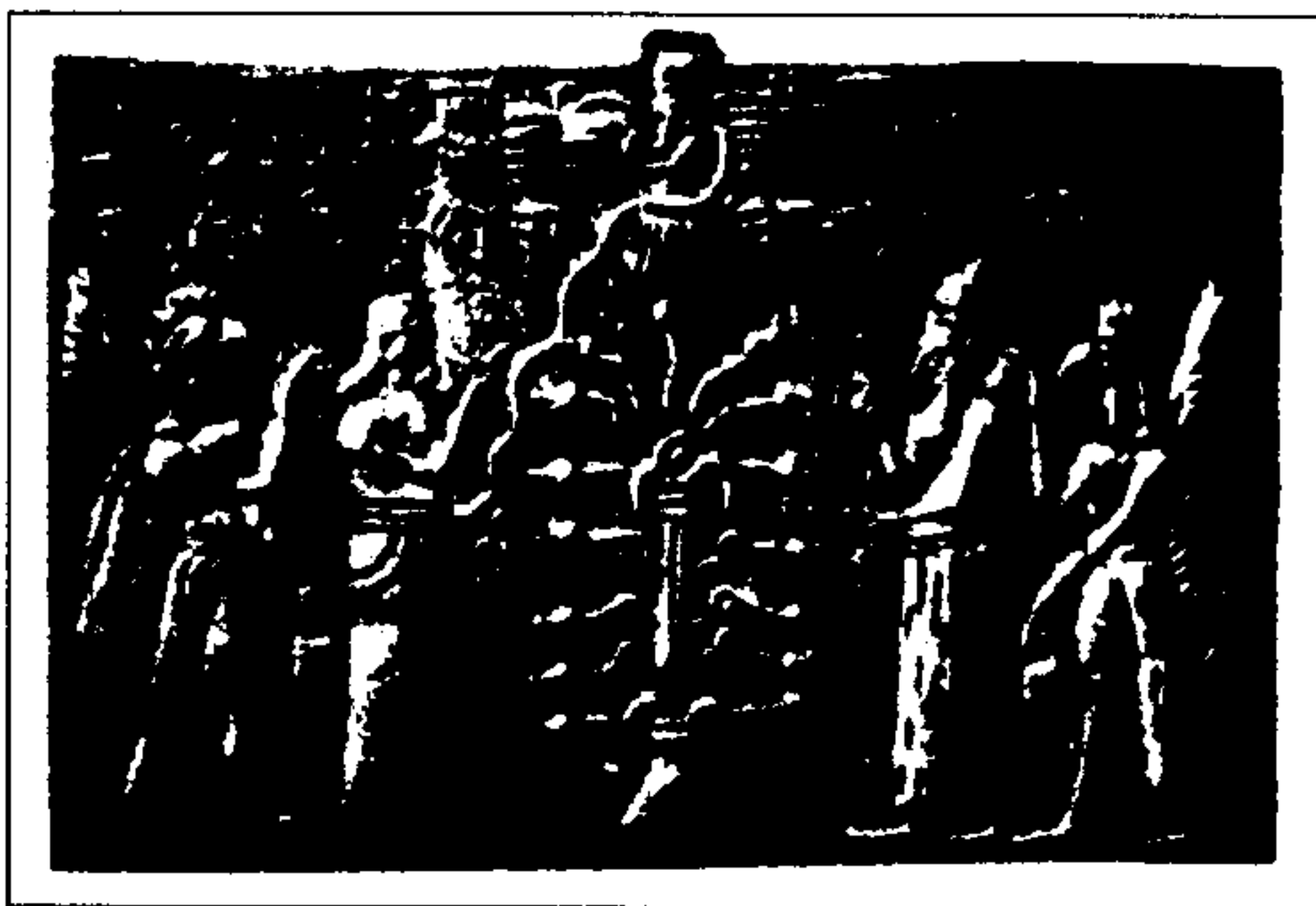


Figura 87b

ascendido a la Montaña de los Cedros, con su emplazamiento sagrado, el antiguo Lugar de Aterrizaje de los anunnaki.

Su hijo y sucesor, Salmanasar III, erigió allí una estela conmemorativa, y le dio al lugar el nombre de *Bit Adini*, que significa literalmente «la Morada del Edén», nombre por el cual lo conocerían los profetas bíblicos. El profeta Ezequiel recriminó al rey de Tiro el que se considerase un dios por haber estado en el lugar sagrado y por haber «caminado entre piedras de fuego»; y el profeta Amós hizo referencia a este sitio al hablar de la llegada del *día del Señor*.

Después de esta conquista, y como sería de esperar, los asirios volvieron su atención a los otros emplazamientos espaciales. Tras la muerte de Salomón, el reino hebreo se escindió a causa de las disputas entre sus herederos, con lo que se formó Judea en el sur (con Jerusalén como capital) e Israel y sus diez tribus en el norte. En su más conocido monumento, el Obelisco Negro, Salmanasar III decía haber recibido tributo del rey israelita Jehú y, en una escena dominada por el disco alado, emblema de Nibiru, le hizo representar de rodillas, rindiéndole homenaje (fig. 88). Tanto la Biblia como los anales asirios dan cuenta de la posterior invasión de Israel por parte de Tiglath-Pileser III (744-727 a. C.), de la anexión asiria de sus mejores provincias y de la repoblación posterior de éstas con extranjeros; las diez tribus habían desaparecido, y su paradero sigue siendo un misterio. (También es un misterio por resolver el porqué y cómo, a su



Figura 88

regreso de Israel, Salmanasar fue castigado y sustituido en el trono por otro hijo de Tiglath-Pileser.)

Una vez capturado el Lugar de Aterrizaje, los asirios se hallaban ahora ante las puertas del premio final, Jerusalén; pero, una vez más, no llegarían a hacer el asalto final. La Biblia lo explica atribuyéndolo todo a la voluntad de Yahveh; un atento examen de los registros asirios sugiere que lo que hicieron con Israel y Judea, y cuándo lo hicieron, estuvo sincronizado con lo que hicieron con Babilonia y Marduk y cuándo lo hicieron.

Tras la captura del emplazamiento espacial del Líbano (pero antes de lanzar las campañas contra Jerusalén), los asirios dieron un paso sin precedentes en vistas a la reconciliación con Marduk. En el año 729 a. C., Tiglath-Pileser III entró en Babilonia, fue hasta su recinto sagrado y «tomó las manos de Marduk». Fue un gesto de gran importancia religiosa y diplomática; los sacerdotes de Marduk aprobaron la reconciliación invitando a Tiglath-Pileser a compartir la comida sacramental del dios. Después de esto, el hijo de Tiglath-Pileser, Sargón II, marchó hacia el sur y entró en las antiguas regiones de Sumer y Acad; y, tras apoderarse de Nippur, volvió a entrar en Babilonia. En el año 710 a. C., al igual que su padre, «tomó las manos de Marduk» durante las ceremonias del Año Nuevo.

La misión de capturar el emplazamiento espacial restante cayó sobre el sucesor de Sargón, Senaquerib. El asalto a Jerusalén del año

704 a. C., cuando Ezequías era rey de Judea, está ampliamente documentado, tanto en los anales de Senaquerib como en la Biblia. Pero, aunque Senaquerib sólo hablaba en sus inscripciones de la exitosa conquista de las ciudades provinciales de Judea, la Biblia ofrece un detallado relato del asedio de Jerusalén por parte de un poderoso ejército asirio, que sería milagrosamente aniquilado por voluntad de Yahveh.

Teniendo rodeada Jerusalén y con su gente atrapada en su interior, los asirios lanzaron una guerra psicológica, por la que intentaron provocar el desánimo entre los defensores de las murallas de la ciudad, y terminar con el envilecimiento de Yahveh. El rey Ezequías, escandalizado, se rasgó las vestiduras en duelo y oró en el Templo a «Yahveh, Dios de Israel, que estás sobre los querubines, tú sólo eres Dios en todos los reinos de la Tierra», en busca de ayuda. En respuesta, el profeta Isaías le transmitió el oráculo de Dios: el rey asirio nunca entrará en la ciudad, volverá a su casa fracasado, y allí será asesinado.

Y sucedió que aquella misma noche
salió el ángel de Yahveh
e hirió en el campamento asirio
a ciento ochenta y cinco mil hombres;
a la hora de despertarse, por la mañana,
no había más que cadáveres.
Senaquerib, rey de Asiria, partió
y volvió a su morada en Nínive.

2 Reyes 19, 35-36

Y, para asegurarse de que el lector se percata de que toda la profecía se había hecho realidad, la narración bíblica continúa: «Y Senaquerib se fue, y volvió a Nínive; y sucedió que estando él postrado en el templo de su dios..., sus hijos Adrammélek y Saréser le mataron a espada y se pusieron a salvo en el país de Ararat. Su hijo Asarjaddón reinó en su lugar».

La nota final bíblica constituye un bien informado y sorprendente registro: ciertamente, Senaquerib fue asesinado por sus propios hijos en 681 a. C. Era la segunda vez que los reyes asirios que atacaban Israel o Judea terminaban muertos tan pronto como regresaban a Nínive.

Aunque profetizar (predecir lo que va a ocurrir) es inherentemente lo que se espera de un profeta, los profetas de la Biblia hebrea eran más que todo eso. Desde el mismo principio, como queda claro en el

Levítico, un profeta no podía ser «un mago, un hechicero, un encantador o un vidente de espíritus, un adivino o alguien que conjure a los muertos» (una lista suficientemente exhaustiva de los diversos adivinos de las naciones circundantes). Su misión como *Nabih* («portavoz») era transmitir a los reyes y a las gentes las propias palabras de Yahveh. Y, como dejó clara la oración de Ezequías, mientras los hijos de Israel fueran su pueblo elegido, Él sólo era Dios «*en todos los reinos de la Tierra*».

La Biblia habla de los profetas a partir de Moisés, pero sólo quince de ellos tienen sus propios libros en la Biblia. Entre ellos, hay tres «mayores» (Isaías, Jeremías y Ezequiel) y doce «menores». Su período profético comenzó con Amós, en Judea (en torno a 760 a. C.), y Oseas, en Israel (750 a. C.), y terminó con Malaquías (hacia 450 a. C.). A medida que las expectativas del retorno iban tomando forma, la geopolítica, la religión y los acontecimientos se combinaban para servir de fundamento a la profecía bíblica.

Los profetas bíblicos hicieron el papel de custodios de la fe, y constituyeron la brújula moral y ética de sus reyes y de su pueblo; eran también agudos observadores y predictores en el escenario del mundo, por poseer un extraño y preciso conocimiento de los tejemanejes que se daban en países distantes, de intrigas cortesanas en capitales extranjeras, o de qué dioses recibían culto en qué sitios, además de poseer sorprendentes conocimientos de historia, geografía, rutas comerciales y campañas militares. *Los profetas de aquella época combinaban la conciencia del presente con los conocimientos del pasado para predecir el futuro.*

Para los profetas hebreos, Yahveh no era sólo *El Elyon* (el «Dios Supremo»), y no era sólo el Dios de los dioses, *El Elohim*, sino un Dios Universal, de todas las naciones, de toda la Tierra, del universo. Aunque su morada estaba en el cielo de los cielos, Él cuidaba de su creación, de la Tierra y de sus gentes. Todo lo que ocurría se debía a su voluntad, y su voluntad se transmitía a través de sus emisarios, fuera un ángel, un rey o una nación. Adoptando la distinción sumeria entre destino predeterminado y destino con libre albedrío, los profetas creían que el futuro se podía predecir porque todo estaba planificado con antelación, pero que las cosas podían cambiar en el camino que llevaba a ese futuro. Asiria, por ejemplo, era denominada a veces «vara de la cólera» de Dios, vara con la que se castigaba a otras naciones; pero si Asiria actuaba de un modo innecesariamente brutal o desmedido, también se veía sometida al castigo.

Da la impresión de que los profetas entregaban mensajes en dos pistas: una para los acontecimientos en curso, presentes, y otra relacionada con el futuro.

Isaías, por ejemplo, profetizó que la humanidad debería de esperar un día de la cólera, cuando todas las naciones (incluida Israel) serían juzgadas y castigadas; pero también miró más adelante, a un tiempo idílico en el que el lobo pacería con el cordero, los hombres convertirían sus espadas en arados y Sión sería una luz sobre todas las naciones.

Estas contradicciones han desconcertado a generaciones de expertos bíblicos y teólogos, pero un examen más atento de las palabras de los profetas nos lleva a un asombroso hallazgo: se habló del día del Juicio como del *Día del Señor*; la época mesiánica se esperaba al *final de los tiempos*; y estos dos eventos no eran sinónimos ni eran predicciones coincidentes en el tiempo. Se trataba de acontecimientos distintos, por cuanto ocurrirían en momentos diferentes:

Uno, el Día del Señor, un día de juicio de Dios, estaba a punto de acaecer; el otro, que llegaría acompañado de una era de benevolencia, todavía estaba por llegar, en algún momento del futuro.

¿Acaso las palabras pronunciadas en Jerusalén eran un eco de los debates que tenían lugar en Nínive y en Babilonia referentes a qué tipo de ciclo temporal aplicar para el futuro de dioses y hombres (el tiempo divino orbital de Nibiru o el tiempo celeste zodiacal)? Indudablemente, para cuando el siglo VIII a. C. llegaba a su término, era evidente en las tres capitales que los dos ciclos temporales no eran idénticos: *y en Jerusalén, hablando de la llegada del Día del Señor, los profetas bíblicos se referían en realidad al retorno de Nibiru.*

Desde que se introdujera en el capítulo de inicio del Génesis una versión abreviada de la epopeya de la Creación sumeria, la Biblia reconoció la existencia de Nibiru y de su periódico retorno a las vecindades de la Tierra, y la trató como otra manifestación (en este caso, celeste) de Yahveh como Dios universal.

Los Salmos y el Libro de Job hablan de un Señor Celeste invisible que «en las alturas del cielo marcó una órbita».

Recuerdan la primera aparición de este Señor Celeste, cuando colisionó con Tiamat (llamada en la Biblia *Tehom*, y apodada *Ráhab* o *Rabah*, la Altiva), la hirió, creó los cielos y «el Brazalete Repujado» (el cinturón de asteroides) y «suspendió la Tierra en el vacío»; tam-

bién recuerdan el momento en que el Señor celestial provocó el Diluvio.

La llegada de Nibiru y la colisión celeste, que trajo consigo el gran círculo orbital de Nibiru, se celebraron en el majestuoso Salmo 19:

Los cielos hablan de la gloria del Señor;
el Brazalete Repujado proclama la obra de sus manos...
y él, como un esposo que sale de su tálamo,
se recrea, cual atleta, corriendo su carrera.
Desde el extremo de los cielos emana,
y su órbita llega a su final.

La cercanía del Señor Celeste en el momento del Diluvio se tendría como el indicio precursor de lo que ocurrirá la próxima vez que vuelva el Señor Celeste (Salmo 77, 12-18):

Recordaré las gestas de Yahveh,
sí, recuerdo tus antiguas maravillas...
Viéronte, oh Dios, las aguas, las aguas te vieron y temblaron,
tus chispas desgarradoras cruzaban,
tus relámpagos alumbraban el orbe.
¡Voz de tu trueno en torbellino!
la Tierra se estremecía y retemblaba.

Los profetas consideraban aquellos primitivos fenómenos como una guía de lo que cabría esperar. Esperaban que el día del Señor (por citar al profeta Joel) sería un día en que «la Tierra temblará, el sol y la luna se oscurecerán, y las estrellas retraerán su fulgor... un día grande y terrible».

- Los profetas trajeron la palabra de Yahveh a Israel y a todas las naciones durante un período de tres siglos. El más antiguo de los quince profetas literarios fue Amós, que se convirtió en el portavoz (*Nabih*) de Dios en torno a 760 a. C. Sus profecías cubren tres períodos o fases: predijo las acometidas de Asiria para un futuro cercano, la llegada del día del Juicio y un fin de los tiempos de paz y abundancia. Hablando en nombre de «el Señor Yahveh, que revela sus secretos a los profetas», describió el Día del Señor como un día en que «el sol se pondrá a mediodía, y en plena luz del día se cubrirá la Tierra de tinieblas». Dirigiéndose a aquellos que dan culto a «los planetas y la estrella de sus dioses», comparó el inminente día con los acontecimientos del Diluvio, cuando «el día se hizo oscuro como la noche, y

las aguas de los mares se derramaron sobre la Tierra»; y advirtió a aquellos adoradores con una pregunta retórica (Amós 5, 18):

¡Ay de los que ansían el Día del Señor!
¿Qué creéis que es ese día?
¡Es tinieblas, que no luz!

Medio siglo después, el profeta Isaías vinculaba las profecías del día del Señor con un lugar geográfico concreto, con el «monte del Momento Señalado», el lugar que está «en las pendientes del norte», y le dijo al rey que se había instalado en él, «He aquí que el día del Señor viene implacable, el arrebató, el ardor de su ira, a convertir la tierra en yermo y exterminar de ella a los pecadores». También él comparó lo que estaba a punto de suceder con el Diluvio, recordando el momento en que «el Señor vino como una tempestad destructora de olas poderosas», y describió el día inminente (Isaías 13, 10-13) como un suceso celeste que afectaría a la Tierra:

Las estrellas del cielo y sus constelaciones
no darán su luz;
el sol se oscurecerá en su salida,
y no brillará la luz de la luna...
Los cielos temblarán
y se removerá la Tierra de su sitio;
cuando el Señor de los Ejércitos esté cruzando
en el día de su ira.

Lo más destacable de esta profecía es la identificación del Día del Señor con el momento en que «el Señor de los Ejércitos» (el Señor Celeste, planetario) «esté cruzando». Es el mismo lenguaje que se utilizó en el *Enuma elish* cuando se explica cómo llegó a llamarse NIBIRU al invasor que combatió con Tiamat: «¡Cruzar será su nombre!»

Después de Isaías, el profeta Oseas también anticipó el Día del Señor como un día en que el Cielo y la Tierra se «responderán», un día de fenómenos celestes que resonarán en la Tierra.

A medida que examinamos las profecías cronológicamente, descubrimos que, en el siglo VII a. C., los pronunciamientos proféticos se hicieron más urgentes y más explícitos: el Día del Señor será un día de Juicio sobre las naciones, Israel incluida, pero principalmente sobre Asiria, por lo que ha hecho, y sobre Babilonia, por lo que hará, y *el día se aproxima, está cerca...*

¡El gran día del Señor se aproxima,
está cerca!
El ruido del Día del Señor se apresura.
Día de ira el Día aquel,
día de angustia y de aprieto,
día de devastación y desolación,
día de tinieblas y de oscuridad,
día de nublado y densa niebla.

Sofonías 1, 14-15

Justo antes de 600 a. C., el profeta Habacuc oraba al «dios que *llegará en los próximos años*», y que mostrará misericordia a pesar de su cólera. Habacuc describió al esperado Señor Celeste como un *planeta radiante*, del mismo modo en que se representaba a Nibiru en Sumer y Acad. Aparecerá, decía el profeta, por los cielos del sur:

El Señor vendrá del sur...
cubiertos están los cielos con su halo,
su esplendor llena la Tierra.
Sus rayos resplandecen
allí se oculta su poder.
Delante de él marcha la Palabra,
chispas emanan de debajo.
Se detiene para medir la Tierra;
se le ve y las naciones tiemblan.

Habacuc 3, 3-6

La urgencia de las profecías se incrementa a inicios del siglo VI a. C. «¡*Qué cerca está el Día del Señor!*», anuncia el profeta Joel; «¡*El Día del Señor está cerca!*», declara el profeta Abdías. Hacia 570 a. C., se le dio al profeta Ezequiel el siguiente mensaje divino (Ezequiel 30, 2-3):

Hijo de Hombre, profetiza y di:
Así dice el Señor Dios:
¡Gemid y lamentaros por el día aquel!
Porque está cercano el día,
está cercano el Día del Señor.

Ezequiel estaba entonces lejos de Jerusalén, exiliado, junto con otros líderes judíos por el rey babilonio Nabucodonosor. El lugar de su exilio, donde tuvieron lugar las profecías de Ezequiel y su famosa

visión del Carro Celeste, estaba a orillas del río Jabur, en la región de Jarán.

Y no es por casualidad que estuviera allí, pues *la conclusión de la saga del Día del Señor (y de Asiria, y de Babilonia) se iba a representar allí, donde comenzó el viaje de Abraham.*

12

•

OSCURIDAD AL MEDIODÍA

Mientras los profetas hebreos predecían la oscuridad a mediodía, ¿qué pasaba en las «otras naciones» que esperaban el retorno de Nibiru?

A juzgar por sus registros escritos y por sus imágenes talladas, estaban esperando la resolución de los conflictos de los dioses, momentos más benévolos para la humanidad y una gran teofanía. *Como veremos, estaban metidos de lleno en ello.*

Anticipando el gran acontecimiento, se movilizó a sacerdotes para que observaran los cielos en Nínive y Babilonia, tomaran nota de los fenómenos celestes e interpretaran sus augurios. Se registraron meticulosamente todos los fenómenos, y se dio cuenta de ellos a los reyes. En las ruinas de las bibliotecas reales y de los templos, los arqueólogos han encontrado tablillas en las que figuran estos registros e informes que, en muchos casos, se disponían según el tema o el planeta que estaban observando. Una colección bien conocida, en la cual se combinaban (por antigüedad) unas setenta tablillas, es la de una serie titulada *Enuma Anu Enlil*; en ella, se daba cuenta de informaciones de planetas, estrellas y constelaciones, clasificados en función de su localización, en el Camino de Anu y en el Camino de Enlil, y que abarcaban el arco celeste desde los 30 grados sur hasta el cenit, en el norte (véase fig. 53).

Al principio, las observaciones se interpretaban comparando los fenómenos con registros astronómicos de tiempos sumerios. Aunque escritos en acadio (la lengua de Asiria y de Babilonia), los informes de las observaciones utilizaban en gran medida terminología y matemáticas sumerias, y en ocasiones llevaban también una nota del escriba en la que se informaba de que aquel escrito era una traducción de tablillas sumerias más antiguas. Estas tablillas hicieron el papel de «manuales astronómicos», en los que se sugería, a partir de la experiencia pasada, qué significado oracular tenía un fenómeno:

Cuando la Luna no se vea en su tiempo calculado:
una poderosa ciudad será invadida.
Cuando un cometa alcance el sendero del Sol:
el flujo de los campos disminuirá,
una revuelta acaecerá dos veces.

Cuando Júpiter vaya con Venus:
las oraciones del país llegarán a los dioses.

Con el transcurso del tiempo, los informes de las observaciones iban cada vez más acompañados con las propias interpretaciones de los sacerdotes de augurios: «En la noche, Saturno se acercó a la Luna. Saturno es un planeta del Sol. Éste es el significado: es favorable para el rey». Este notable cambio supuso también que se le prestara una atención particular a los eclipses. Existe una tablilla (ahora en el Museo Británico) en la que se relacionan varias columnas de números que servían para predecir los eclipses de Luna hasta con cincuenta años de antelación.

Las investigaciones modernas han llegado a la conclusión de que el cambio al nuevo estilo de astronomía tópica tuvo lugar en el siglo VIII a. C., cuando, tras un período de trastornos y agitaciones reales en Babilonia y Asiria, los destinos de los dos países se pusieron en las fuertes manos de Tiglath-Pileser III (745-727 a. C.), en Asiria, y de Nabonasar (747-734 a. C.), en Babilonia.

Nabonasar («protegido de Nabu») fue aclamado ya en la antigüedad como innovador e impulsor en el campo de la astronomía. Una de sus primeras acciones fue la de reparar y restaurar el templo de Shamash en Sippar, el centro de culto del dios Sol en el antiguo Sumer. Construyó también un nuevo observatorio en Babilonia, actualizó el calendario (un legado de Nippur) e instituyó la entrega diaria de informes al rey sobre los fenómenos celestes y su significado. Gracias a estas iniciativas, ha podido salir a la luz tanta riqueza de datos astronómicos, datos que aclararían posteriores acontecimientos.

Tiglath-Pileser III también fue muy activo, aunque a su manera. En sus anales se habla de continuas campañas militares, y se alardea de la conquista de ciudades, de ejecuciones brutales de reyes y nobles locales, y de exilios masivos. De su papel, y del de sus sucesores, Salmanasar V y Sargón II, en el hundimiento de Israel y en el exilio de sus gentes (las Diez Tribus Perdidas), así como del posterior intento de Senaquerib por conquistar Jerusalén, se habla en un capítulo previo. Más cerca de casa, aquellos reyes asirios estaban muy ocupa-

dos anexionándose Babilonia mediante el sistema de «tomar las manos de Marduk». El siguiente rey asirio, Asarjaddón (680-669 a. C.) anunció que «tanto Asur como Marduk me dieron sabiduría», pronunció juramentos en nombre de Marduk y de Nabu, e inició la reconstrucción del templo Esagil en Babilonia.

En los libros de historia, a Asarjaddón se le recuerda principalmente por su exitosa invasión de Egipto (675-669 a. C.). El objetivo de la invasión, hasta donde podemos saber, era detener los intentos egipcios de «entrometerse en Canaán» y dominar Jerusalén. Digno de mencionar, a la luz de los acontecimientos que seguirían, es la ruta que eligió: en lugar de ir por el camino más corto, hacia el sudoeste, dio un rodeo considerable, yendo hacia el norte, hasta *Jarán*. Allí, en el antiguo templo del dios Sin, Asarjaddón buscó la bendición del dios para la conquista en la que se iba a embarcar; y Sin, apoyándose en un báculo y acompañado por Nusku (el mensajero divino de los dioses), le dio su aprobación.

Asarjaddón se volvió entonces hacia el sur, recorriendo poderosamente las tierras orientales del Mediterráneo hasta llegar a Egipto. Curiosamente, dio un rodeo para evitar el premio que tanto ansiara Senaquerib: Jerusalén. Resulta curioso, también que la invasión de Egipto y el rodeo dado para evitar Jerusalén, así como el destino eventual de Asiria, habían sido profetizados por Isaías varias décadas antes (10, 24-32).

Tan ocupado geopolíticamente como estaba Asarjaddón, no desatendió los requisitos astronómicos de aquellos tiempos. Con la guía de los dioses Shamash y Adad, erigió en Asur (la ciudad, centro de culto de Asiria) una «casa de sabiduría», un observatorio, y representó a los doce miembros del sistema solar, incluido Nibiru, en sus monumentos (fig. 89). Dando entrada a un recinto sagrado más suntuoso, hizo construir un nuevo pórtico monumental que, según las representaciones de los sellos cilíndricos, pretendía emular el pórtico de Anu en Nibiru (fig. 90). Esto es una pista de lo que constituyeron las expectativas del retorno en Asiria.



Todos aquellos movimientos religioso-políticos sugieren que los asirios se aseguraron de «tocar todas las teclas» en lo relativo a los dioses. Y así, hacia el siglo VII a. C., Asiria estaba preparada para el previsto retorno del planeta de los dioses. Los textos descubiertos, entre



Figura 89

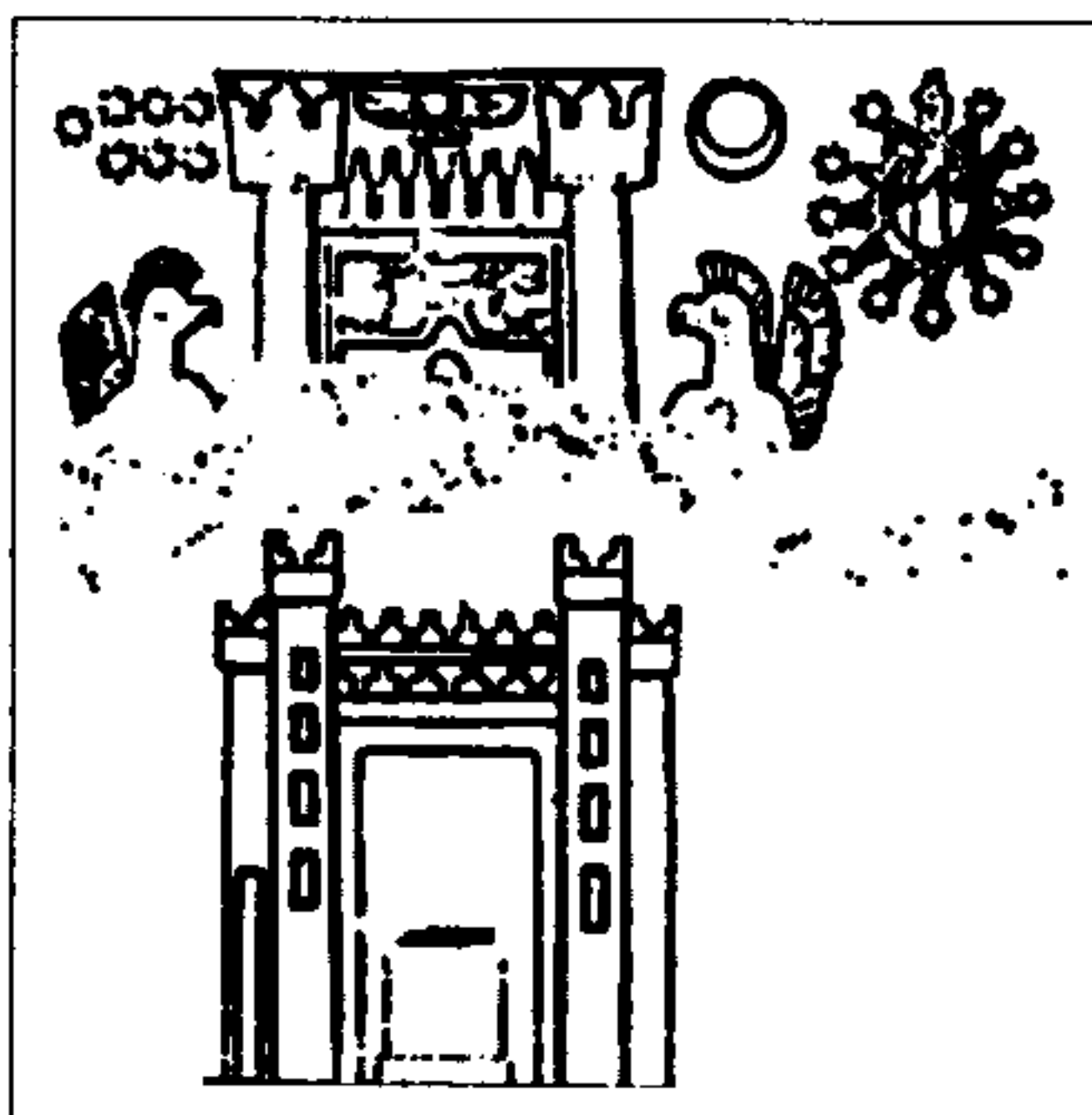


Figura 90

los que hay cartas a los reyes firmadas por sus principales astrónomos, revelan la anticipación de una época idílica y utópica:

Cuando Nibiru culmine...
 los países vivirán seguros,
 los reyes hostiles harán la paz;
 los dioses recibirán oraciones
 y escucharán las súplicas.

Cuando el Planeta del Trono del Cielo
se vuelva brillante,
habrá inundaciones y lluvias.

Cuando Nibiru alcance su perigeo,
los dioses darán la paz.
Los conflictos se resolverán,
las complicaciones se esclarecerán.

Evidentemente, se esperaba la aparición de un planeta, que se elevaría en el cielo, que aumentaría su fulgor y que, en su perigeo, en el Cruce, se convertiría en NIBIRU (el Planeta de la Cruz). Y como indicaba el pórtico y demás construcciones, con el regreso del planeta *se esperaba también una nueva visita de Anu a la Tierra*. Ahora les correspondía a los sacerdotes-astrónomos vigilar los cielos a la espera de esa aparición planetaria; pero, ¿adónde, en las inmensidades celestes, tendrían que mirar? ¿Y cómo reconocerían el planeta cuando aún estuviera lejos?

El siguiente rey asirio, Asurbanipal (668-630 a. C.), encontró la solución.

Los historiadores consideran a Asurbanipal como el más erudito de los reyes asirios, pues conocía otras lenguas, además del acadio, incluido el sumerio, y afirmaba que hasta podía leer «escritos de antes de la Inundación». También se jactaba de «conocer los signos secretos del cielo y la Tierra... y de haber estudiado los cielos con los maestros de la adivinación».

Algunos investigadores modernos también dicen de él que fue «el primer arqueólogo», pues coleccionaba sistemáticamente tablillas de lugares que ya eran antiguos en su época, como Nippur, Uruk y Sippar, en lo que había sido Sumer. También enviaba equipos especializados a clasificar y saquear tales tablillas de las capitales que los asirios invadían. Las tablillas terminaban en una famosa biblioteca, donde equipos de escribas estudiaban, traducían y copiaban los textos selectos de los milenios anteriores. (Cualquier visitante del Museo del Oriente Próximo de la Antigüedad, en Estambul, puede contemplar un buen surtido de esas tablillas, pulcramente dispuestas sobre sus estanterías originales, encabezado cada estante con una «tablilla catálogo» que ofrece una relación de todos los textos que había en el estante.)

Aunque los temas de las tablillas acumuladas cubrían un amplio rango, lo que se descubrió indica que se le prestó una atención muy especial a la información celeste. Entre los textos puramente astro-

nómicos, había tablillas que pertenecían a una serie titulada «*El día de Bel*», ¡el *Día del Señor*! Por otra parte, también se consideraban importantes los relatos épicos y las historias relativas a las idas y venidas de los dioses, en especial si arrojaban luz sobre los pasos de Nibiru. El *Enuma elish* (la epopeya de la Creación, que contaba cómo un planeta invasor se unió al sistema solar para convertirse en Nibiru) se copió, se tradujo y se recopió; y lo mismo se hizo con los escritos que trataban de la Gran Inundación, como la *Epopeya de Atra-Hasis* y la *Epopeya de Gilgamesh*. Aunque todos parecen formar parte legítimamente de los conocimientos acumulados en una biblioteca real, es curioso que *todos ellos traten de las distintas apariciones de Nibiru en el pasado* y, por tanto, de su próximo tránsito.

Entre los textos puramente astronómicos traducidos, e indudablemente estudiados a fondo, estaban los que daban las directrices para la observación de la llegada de Nibiru y para su reconocimiento en el momento de su aparición. En un texto babilónico que retuvo la terminología original sumeria, se decía:

Planeta del dios Marduk:
sobre su aparición SHUL.PA.E;
elevándose treinta grados, SAG.ME.NIG;
cuando se encuentre en mitad del cielo: NIBIRU.

Aunque el primer planeta que se cita (SHUL.PA.E) se cree que es Júpiter (pero podría ser Saturno), el siguiente nombre (SAG.ME.NIG) podría ser simplemente una variante de Júpiter, pero algunos consideran que es Mercurio.* Un texto similar de Nippur, que traducía los nombres planetarios sumerios como UMUN.PA.UD.

* Los extensos datos astronómicos que se han descubierto atrajeron, ya en el siglo XIX y principios del XX, el tiempo, la atención y la paciencia de gigantes de la erudición que combinaban brillantemente la «asiriología» con el conocimiento de la astronomía. En el primer libro de Las Crónicas de la Tierra, *El 12º planeta*, cubrí y utilicé el trabajo y los logros de expertos como Franz Kugler, Ernst Weidner, Erich Ebeling, Herman Hilprecht, Alfred Jeremias, Morris Jastrow, Albert Schott y Th. G. Pinches, entre otros. Sus trabajos se vieron complicados por el hecho de que el mismo *kakkabu* (cualquier cuerpo celeste, incluidos los planetas, las estrellas fijas y las constelaciones) podía tener más de un nombre. También indiqué entonces, en ese libro, cuál creía que había sido el defecto fundamental de su trabajo: todos ellos dieron por hecho que los sumerios y otros pueblos de la antigüedad no

DU y SAG.ME.GAR, sugería que la llegada de Nibiru sería «anunciada» por el planeta Saturno; y que, tras elevarse 30 grados, se acercaría a Júpiter. Otros textos (por ejemplo, una tablilla conocida como K.3124) afirman que, después de pasar junto a SHUL.PA.E y SAG.ME.GAR (que yo creo que son Saturno y Júpiter), el «planeta Marduk entrará en el Sol» (es decir, alcanzará el perigeo, el punto más cercano al Sol) y «se convertirá en Nibiru».

Otros textos proporcionan pistas más claras en lo referente al recorrido de Nibiru, así como al marco temporal de su aparición:



Figura 91

habían tenido forma de conocer («a simple vista») los planetas que podía haber más allá de Saturno. El resultado fue que, cada vez que un planeta recibía otro nombre distinto a los nombres aceptados de los «siete *kakkabani* conocidos» (el Sol, la Luna, Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno) se daba por hecho que era otro nombre de alguno de aquellos «siete conocidos». La principal víctima de aquella errónea postura fue Nibiru; cada vez que se relacionaba a este planeta o a su equivalente babilónico «el planeta Marduk», se daba por hecho que era otro nombre de Júpiter o de Marte, o bien, en algunos casos extremos, incluso de Mercurio. Increíblemente, los astrónomos modernos afectos al sistema establecido siguen basando su trabajo en esa suposición de «sólo siete», a pesar de las vastas evidencias en contra que demuestran que los sumerios conocían la verdadera forma y composición de nuestro sistema solar, comenzando por el hecho de que les hubieran puesto nombre a los planetas exteriores en el *Enuma elish*, o por la representación de hace 4.500 años en la que se puede ver el sistema solar de doce miembros al completo, con el Sol en el centro, sobre un sello cilíndrico (el VA/243, del Museo de Berlín) (fig. 91), o la representación de los doce símbolos planetarios en los monumentos asirios y babilónicos, etcétera.

Desde la estación de Júpiter,
el planeta pasa hacia el oeste.

Desde la estación de Júpiter,
el planeta incrementa su brillantez,
y en el zodíaco de Cáncer se convertirá en Nibiru.

El gran planeta:
en su aparición: rojo oscuro.
El cielo divide por la mitad
cuando se encuentra en Nibiru.

Tomados en su conjunto, los textos astronómicos de la época de Asurbanipal hablaban de la aparición de un planeta desde los confines del sistema solar, que se elevaba y se hacía visible cuando alcanzaba Júpiter (o incluso Saturno antes de eso), y que luego se curvaba hacia abajo, hacia la eclíptica. En su perigeo, cuando se encontrara más cerca del Sol (y, por tanto, de la Tierra), el planeta, en el Cruce, se convertía en *Nibiru* «en el zodíaco de Cáncer». Eso, como muestra el diagrama esquemático (que no a escala) adjunto, sólo podía ocurrir cuando el amanecer del día del equinoccio de primavera tuviera lugar en la era del Carnero, es decir, durante la era zodiacal de Aries (fig. 92).

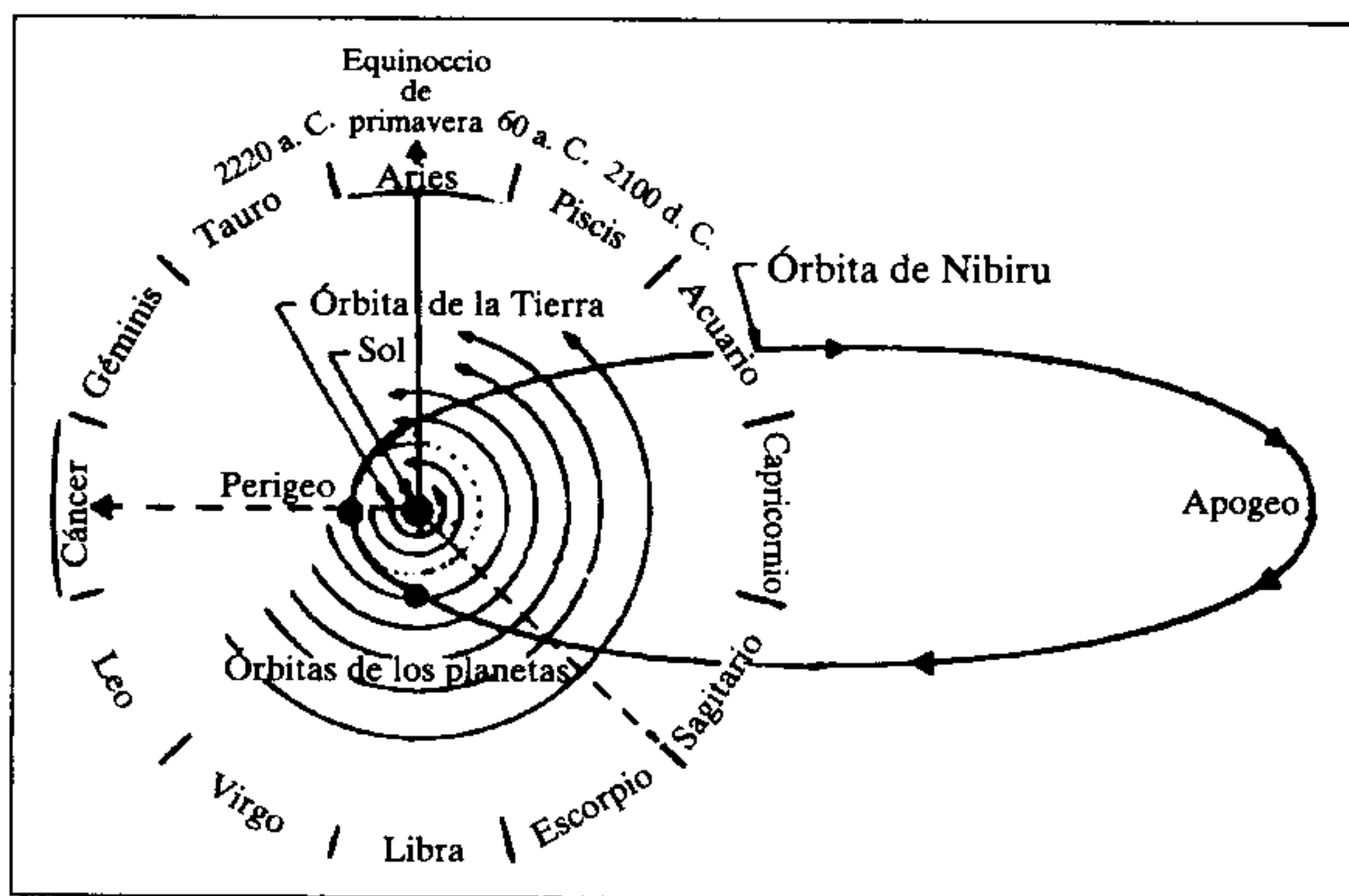


Figura 92

Pistas como éstas, referentes al recorrido orbital del Señor Celeste y a su reaparición, en las que se utilizan a veces las constelaciones como mapa celeste, también se encuentran en diversos pasajes bíblicos, por lo que podemos concluir que estos conocimientos debieron de ser accesibles en toda la región:

«En Júpiter se verá tu faz», afirma el Salmo 17. «El Señor desde el sur vendrá... su brillante esplendor refulgirá como luz», predecía el profeta Habacuc (capítulo 2). «Él solo despliega los cielos y holla el más elevado abismo; llega a la Gran Osa, a Sirio y Orión, y la constelación del sur», dice el Libro de Job (capítulo 9); y el profeta Amós (5,9) vio al Señor Celeste «sonriendo, su faz sobre Tauro y Aries, desde Tauro a Sagitario irá». Estos versículos hablaban de un planeta que cruza los cielos y, *orbitando en la dirección de las manecillas del reloj* (retrógrado, dirían los astrónomos), llega por las constelaciones del sur. Es una trayectoria similar, aunque a una escala mucho más grande, a la del cometa Halley (véase fig. 78).

Una pista reveladora sobre las expectativas de Asurbanipal la constituye la meticulosa traducción al acadio que ordenó realizar de las descripciones sumerias de las ceremonias celebradas durante la visita de Estado de Anu y Antu a la Tierra, en torno al año 4000 a. C. Las secciones en las que se habla de su estancia en Uruk dicen que, al caer la noche, se apostó a un observador «en el nivel más alto de la torre» para vigilar y anunciar la aparición de los planetas, uno tras otro, hasta que surgió el «Planeta del Gran Anu del Cielo», tras lo cual todos los dioses reunidos para dar la bienvenida a la divina pareja recitaron la composición «A aquel que brilla, el planeta celestial del dios Anu» y cantaron el himno «La imagen del Creador se ha elevado». Los largos textos pasan a describir después las comidas ceremoniales, la retirada de los dioses a sus aposentos nocturnos, la procesión del día siguiente, etcétera.

Se podría razonablemente concluir que Asurbanipal se dedicó a coleccionar, poner en orden, traducir y estudiar todos los textos antiguos que pudieran (a) proporcionar alguna guía a los sacerdotes-astrónomos para detectar, lo antes posible, el regreso de Nibiru; y (b) darle información acerca de los procedimientos que habría que seguir después. El hecho de llamarle a Nibiru el «Planeta del Trono Celestial» constituye una importante pista sobre las expectativas reales, al igual que los majestuosos relieves de las paredes del palacio, donde se representó a distintos reyes asirios *dándole la bienvenida al dios en el disco alado*, que se cierne sobre el Árbol de la Vida (como en la fig. 87).

Era importante ser informado lo antes posible de la aparición del planeta, con el fin de poder *preparar la recepción adecuada para la llegada del gran dios representado en su interior (¿el mismísimo Anu?)*, y ser bendecido con una larga, o quizás eterna, vida.

Pero eso no iba a ocurrir.

Poco después de la muerte de Asurbanipal, todo el imperio asirio se vio desgarrado por sucesivas rebeliones. Sus hijos perdieron el control de Egipto, Babilonia y Elam, mientras que en las fronteras del imperio asirio aparecieron unos recién llegados de muy lejos: «hordas» del norte, medas del este. Por todas partes, los reyes locales se hicieron con el control y declararon la independencia. De particular importancia (inmediata y para eventos futuros) fue el «desemparejamiento» de Babilonia de la realeza dual con Asiria. Durante la festividad del Año Nuevo del año 626 a. C., un general babilonio cuyo nombre, Nabopolasar («Nabu protege a su hijo»), daba a entender que reivindicaba ser hijo del dios Nabu, fue entronizado como rey de una Babilonia independiente. En una tablilla, se describe el inicio de su ceremonia de investidura así: «Los príncipes del país se reunieron en asamblea; bendijeron a Nabopolasar; abriendo sus puños, le declararon soberano; Marduk, en la asamblea de los dioses, le dio la Norma de Poder a Nabopolasar».

El resentimiento ante el brutal gobierno asirio era tan grande que Nabopolasar de Babilonia no tardó en encontrar aliados para una acción militar contra Asiria. Unos aliados importantes y novedosos fueron los medas (precursores de los persas), que habrían sufrido las incursiones y la brutalidad de los asirios. Mientras que las tropas babilonias avanzaban por Asiria desde el sur, los medas atacaron desde el este, y en 614 a. C. (¡tal como habían dicho los profetas hebreos!) conquistaron y prendieron fuego a la capital religiosa de Asiria, Asur. Luego le tocó el turno a Nínive, la capital real. *Hacia 612 a. C., la gran Asiria se había desmoronado*. Asiria, la tierra del «primer arqueólogo», se convirtió en una tierra de yacimientos arqueológicos.

¿Cómo podía haberle ocurrido eso a un país cuyo mismo nombre significaba «País del dios Asur»? La única explicación es que los dioses le retiraron su protección a Asiria; de hecho, como veremos, lo que hicieron fue mucho más que eso: *fueron los dioses en sí los que se retiraron... del país y de la Tierra*.

Y, entonces, se inició el capítulo más asombroso, el capítulo final, de la saga del retorno, en el cual *Jarán* iba a jugar un papel clave.

La sorprendente cadena de acontecimientos tras el hundimiento de Asiria comenzó con la huida a *Jarán* de los miembros de la familia real asiria.

Buscando allí la protección del dios Sin, los huidos reunieron a los restos del ejército asirio y proclamaron a uno de los refugiados reales «rey de Asiria»; pero el dios, de quien había sido la ciudad de Jarán desde muy antiguo, no respondió. *En 610 a. C., las tropas babilonias conquistaron Jarán y dieron fin a las persistentes esperanzas de los asirios.*

La competencia por el manto de sucesión al legado de Sumer y Acad había terminado; ahora lo llevaba en solitario, y con la bendición divina, el rey de Babilonia. Una vez más, Babilonia gobernaba las tierras que una vez compusieron el santo «Sumer y Acad»; hasta tal punto que, en muchos textos de aquella época, a Nabopolasar se le dio el título de «rey de Acad». Nabopolasar utilizó esa autoridad para ampliar las observaciones celestes a las antiguas ciudades sumerias de Nippur y de Uruk, y algunos de los textos clave en este campo de los cruciales años que estaban por venir proceden de aquí.

En aquel mismo año, 610 a. C. (un año memorable, de asombrosos acontecimientos, como veremos), un revigorizado Egipto puso también en su trono a un hombre fuerte y decidido llamado Neco. Justo un año después, tuvo lugar uno de los menos comprendidos (para los historiadores) movimientos geopolíticos. Los egipcios, que solían estar en el mismo bando que los babilonios en su oposición al dominio asirio, salieron de Egipto y se precipitaron hacia el norte, invadiendo los territorios y los lugares sagrados que los babilonios consideraban suyos. El avance egipcio, que se adentró por el norte hasta Karkemish, los puso a tiro de piedra de Jarán, pero también puso en manos de los egipcios los dos emplazamientos espaciales del Líbano y de Judea.

Pero los sorprendidos babilonios no iban a quedarse quietos. Nabopolasar, que ya era viejo, confió la misión de reconquistar los lugares vitales a su hijo Nabucodonosor, que se había distinguido ya en los campos de batalla. En junio de 605 a. C., en Karkemish, los babilonios aplastaron al ejército egipcio, liberaron «el bosque sagrado del Líbano que Nabu y Marduk deseaban» y persiguieron a los egipcios en su huida hasta la península del Sinaí. Nabucodonosor sólo se detuvo en su persecución cuando le llegó desde Babilonia la noticia de que su padre había muerto. Volvió apresuradamente y aquel mismo año fue proclamado rey de Babilonia.

Los historiadores no encuentran explicación a la repentina acometida egipcia y a la ferocidad de la reacción babilónica. Para nosotros, es evidente que en el núcleo de los acontecimientos estaban las expectativas del retorno. De hecho, parece que en aquel año de 605 a. C., el retorno se tenía por inminente, quizás incluso llegaba con retraso a lo esperado; pues fue aquel mismo año cuando el profeta Habacuc comenzó a profetizar en nombre de Yahveh en Jerusalén.

Prediciendo sorprendentemente el futuro de Babilonia y de otras naciones, el profeta le preguntó a Yahveh cuándo llegaría el Día del Señor (un día de juicio sobre las naciones, incluida Babilonia), y Yahveh le respondió diciendo:

Escribe la profecía,
explícala claramente en las tablillas,
para que se pueda leer de corrido;
para la visión hay un tiempo fijado;
¡al final, vendrá, no fallará!
aunque pueda tardar, espérala;
pues ciertamente vendrá;
porque su tiempo señalado no se retrasará.

Habacuc 2, 2-3

(El «tiempo señalado», como veremos, llegó exactamente cincuenta años después.)

Se considera que los cuarenta y tres años de reinado de Nabucodonosor (605-562 a. C.) constituyen un período de dominio imperial neobabilónico, un período marcado por acciones decisivas y movimientos rápidos, pues no había tiempo que perder: ¡el inminente retorno era ahora el premio de Babilonia!

Para que la ciudad estuviera dispuesta ante el esperado retorno, se emprendieron rápidamente enormes trabajos de renovación y de construcción. Su punto focal era el recinto sagrado, cuyo templo, el Esagil de Marduk (al que ahora llamaban, simplemente, *Bel/Ba'al*, «el Señor») fue renovado y reconstruido, con las siete alturas de su zigurat listas para contemplar desde ellas el cielo estrellado (fig. 93) (del mismo modo que se hizo en Uruk, cuando Anu la visitó hacia 4000 a. C.). Se hizo una nueva avenida procesional hacia el recinto sagrado, que pasaba por debajo de un enorme pórtico nuevo; se decoraron y se cubrieron de arriba abajo sus muros con ladrillos artís-

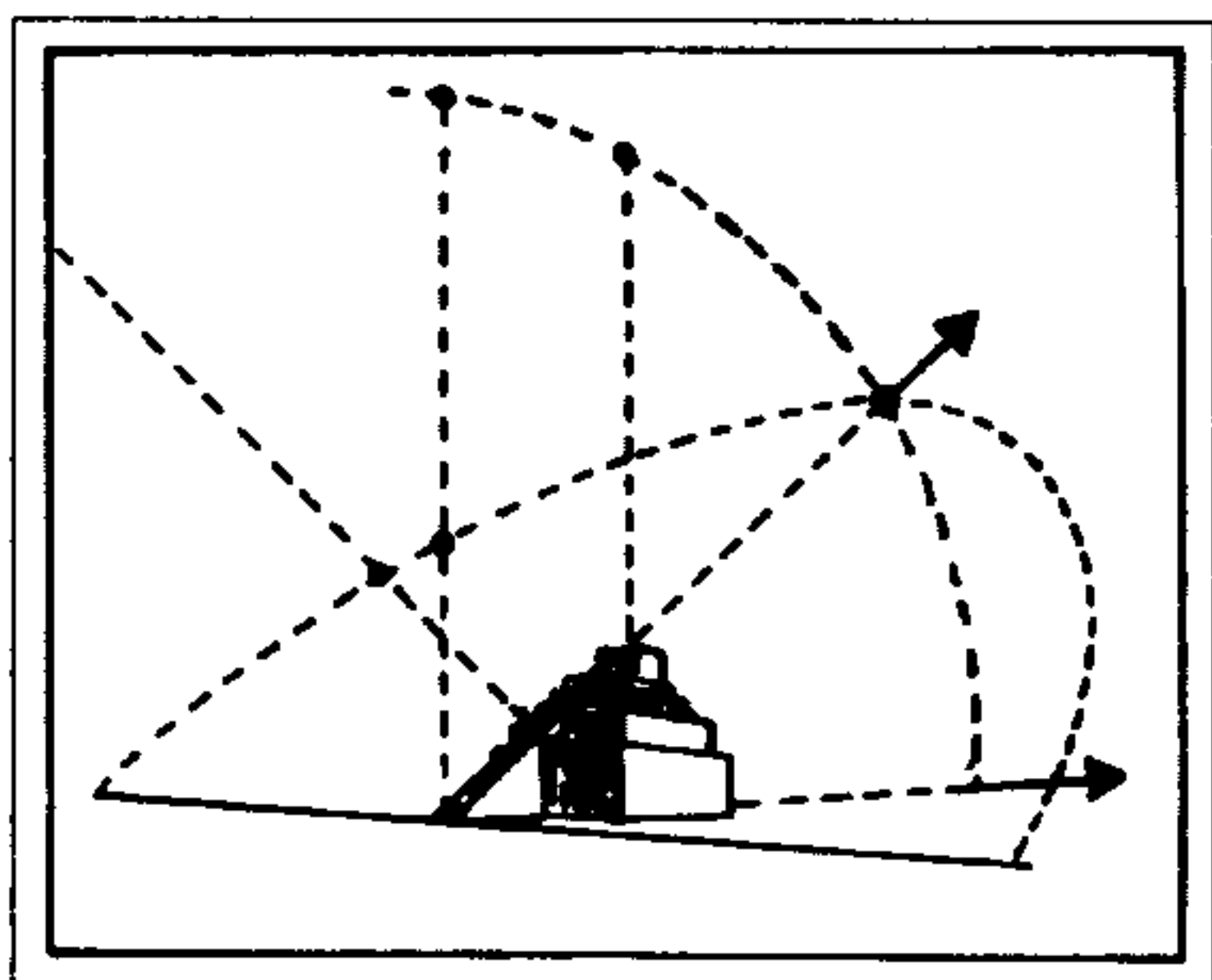


Figura 93

ticamente vidriados que no dejan de asombrar incluso en nuestros días (los arqueólogos modernos del lugar se llevaron la avenida procesional y el pórtico y los reconstruyeron en el Vorderasiatisches Museum de Berlín). Babilonia, la Ciudad Eterna de Marduk, estaba lista para el Retorno.

«He hecho que la ciudad de Babilonia sea la principal entre todos los países y lugares habitados; he elevado su nombre hasta convertirla en la más ensalzada de todas las ciudades sagradas», escribió Nabucodonosor en sus inscripciones. Al parecer, se esperaba que el dios del disco alado bajara en el Lugar de Aterrizaje del Líbano, y que después consumara el Retorno entrando en Babilonia por la nueva avenida procesional y por el imponente pórtico (fig. 94), un pórtico que llevaba el nombre de «Ishtar» (alias IN.ANNA), que había sido la «Amada de Anu» en Uruk; otra pista sobre quiénes esperaban que regresaran.

Junto a las expectativas creadas estaba la del papel de Babilonia como nuevo ombligo de la Tierra, con lo que heredaría así el estatus antediluviano de Nippur como DUR.AN.KI, el «enlace Cielo-Tierra». El hecho de que ésta fuera ahora la función de Babilonia queda de manifiesto en el detalle de haberle puesto a la plataforma sobre la que se elevaba el zigurat el nombre *sumerio* de E.TEMEN.AN.KI («Templo de los Fundamentos del Cielo-Tierra»), lo que resalta el papel de Babilonia como nuevo «ombligo de la Tierra», un papel claramente representado en el babilónico «mapa del mundo» (véase



Figura 94

fig. 10). Era ésta una terminología que reverberaba en la descripción de Jerusalén, con su Piedra Fundacional como vínculo entre la Tierra y el Cielo.

Pero, si era esto lo que Nabucodonosor tenía previsto, entonces Babilonia tendría que reemplazar al enlace espacial posdiluviano aún existente: Jerusalén.

Tras haber asumido el papel antediluviano de Nippur como Centro de Control de Misiones después del Diluvio, Jerusalén estaba situada en el centro de varios círculos concéntricos en los que se situaban los demás emplazamientos espaciales (véase fig. 3). Al denominar a Jerusalén «ombligo de la Tierra», el profeta Ezequiel (38, 12) anunciaba que esta ciudad había sido elegida por el mismísimo Dios para este papel:

Así dice el Señor Yahveh:
Ésta es Jerusalén;
yo la puse en medio de las naciones,
y todos los países están en un círculo
en torno a ella.

Ezequiel 5, 5

Decidido a apoderarse de ese papel para entregárselo a Babilonia, Nabucodonosor llevó a sus tropas hasta el esquivo trofeo y, en 598 a. C., conquistó Jerusalén. Esta vez, como ya advirtiera el profeta Jeremías, Nabucodonosor estaba manifestando la ira de Dios contra el pueblo de Jerusalén, pues sus habitantes habían recuperado el culto de los dioses celestes: «Ba'al, el Sol y la Luna, y las constelaciones» (2 Reyes 23, 5), *juna lista que incluía claramente a Marduk como entidad celeste!*

Privando de alimentos al pueblo de Jerusalén mediante un asedio que duró tres años, Nabucodonosor se las ingenió para someter a la ciudad y para llevarse cautivo a Babilonia al rey de Judea, Yoyaquim. También se llevaron al exilio a los nobles de Judea y a la elite culta (entre ellos, el profeta Ezequiel), así como a miles de sus soldados y de sus artesanos; se les hizo residir a orillas del río Jabur, cerca de Jarán, su hogar ancestral.

La ciudad y el templo, en sí, quedaron intactos en esta ocasión, pero once años más tarde, en 587 a. C., los babilonios volvieron en masa. Actuando en esta ocasión, según la Biblia, a voluntad propia, los babilonios prendieron fuego al Templo que Salomón había construido. En sus inscripciones, Nabucodonosor no ofreció explicación alguna, salvo la habitual: para cumplir con los deseos y para complacer a «mis dioses, Nabu y Marduk»; pero, como pronto veremos, la verdadera razón fue muy sencilla: la creencia de que Yahveh había partido y ya no estaba.

La destrucción del Templo fue un acto infame y escandaloso, por el cual Babilonia y su rey (que previamente los profetas habían calificado como «vara de la ira» de Dios) serían severamente castigados: «La venganza de Yahveh nuestro Dios, *venganza por su templo*», se cruzará con Babilonia, anunció el profeta Jeremías (50, 28). Jeremías anticipó la caída de la poderosa Babilonia y su destrucción a manos de invasores del norte (acontecimientos que se harían realidad pocas décadas después), y proclamó también el destino de los dioses a quienes había invocado Nabucodonosor:

Anunciadlo y hacedlo oír entre las naciones;
levantad bandera; hacedlo oír; no lo calléis;
decid: ¡Ha sido tomada Babilonia!
¡Desmayó *Bel*, confuso está *Marduk*!

Jeremías 50, 2

La magnitud del castigo divino sobre Nabucodonosor estuvo en proporción directa a su sacrilegio. Enloquecido, según las fuentes tradicionales, por un insecto que le llegó al cerebro a través de la nariz, Nabucodonosor murió de una muerte cruel en 562 a. C.

Ni Nabucodonosor ni sus tres sucesores de sangre (que serían asesinados o depuestos) vivieron para ver llegar a Anu a las puertas de Babilonia. De hecho, *Anu nunca iría a Babilonia, aun cuando Nibiru sí que regresó.*

Es un hecho que las tablillas astronómicas de aquella época registraron observaciones reales de Nibiru, alias «Planeta Marduk». Algunas se reportaron como augurios; por ejemplo, una tablilla catalogada como K.8688, que informaba al rey que, si Venus se viera «delante de» (es decir, si saliera antes que) Nibiru, las cosechas se perderían; pero si Venus saliera «detrás» (es decir, después) de Nibiru, «la cosecha del país saldrá bien». De gran interés para nosotros es un grupo de tablillas escritas en «babilonio tardío» y encontradas en Uruk; en ellas, se ofrecen los datos en doce columnas mensuales zodiacales y se combinan los textos con representaciones gráficas. En una de estas tablillas (VA 7851, fig. 95), el Planeta Marduk, que se muestra entre el símbolo del carnero de Aries a un lado y el símbolo séptuple de la Tierra al otro, representa a Marduk dentro del planeta. Otro ejemplo lo encontramos en la tablilla VAT 7847, que denomina una observación real, en la constelación de Aries, como «el día en que el pórtico del gran señor Marduk se abrió», cuando Nibiru apareció ante la vista; y luego hay una anotación («Día del Señor Marduk»), cuando el planeta siguió avanzando y se vio en Acuario.

Pero hay otra clase de tablillas, esta vez circulares, aún más reveladoras sobre la aparición visual del Planeta Marduk en los cielos meridionales y de su rápida transformación en Nibiru, en la banda celeste central. En estas tablillas se representa un «avance hacia atrás», según los principios astronómicos sumerios, dividiendo la esfera celeste en tres caminos (el Camino de Enlil para los cielos sep-



Figura 95

tentrionales, el de Ea para los cielos meridionales y el de Anu en el centro). Los doce segmentos zodiacales-calendáricos se sobreimpusieron después sobre los tres caminos, como se puede ver en los fragmentos encontrados (fig. 96); en la parte trasera de estas tablillas circulares se escribieron los textos explicativos.

En el año 1900 d. C., en una reunión celebrada en la Royal Asiatic Society de Londres, Inglaterra, Theophilus G. Pinches causó sensación al anunciar que había conseguido recomponer todo un astrolabio («tomador de estrellas»), que es como él llamaba a esta tablilla; y mostró un disco circular dividido en tres secciones concéntricas que, a su vez, se dividían como un pastel en doce segmentos, lo que daba como resultado un campo de treinta y seis secciones. Cada una de esas treinta y seis secciones llevaba un nombre con un pequeño círculo debajo, para indicar que se trataba de un cuerpo celeste, y un número. En cada sección aparecía también un nombre de mes, de modo que Pinches los numeró del I al XII, comenzando por Nissán (fig. 97).

La presentación de su trabajo causó una comprensible conmoción, pues ahí había un mapa celeste babilónico, dividido en los tres caminos, de Enlil, de Anu y de Ea/Enki, que mostraba qué planetas, estrellas y constelaciones se observaban y dónde se observaban, según cada mes del año. El debate sobre la identidad de los cuerpos celestes (en cuya raíz se oculta la idea de «no podían conocer nada más allá de Saturno») y el significado de los números todavía no ha

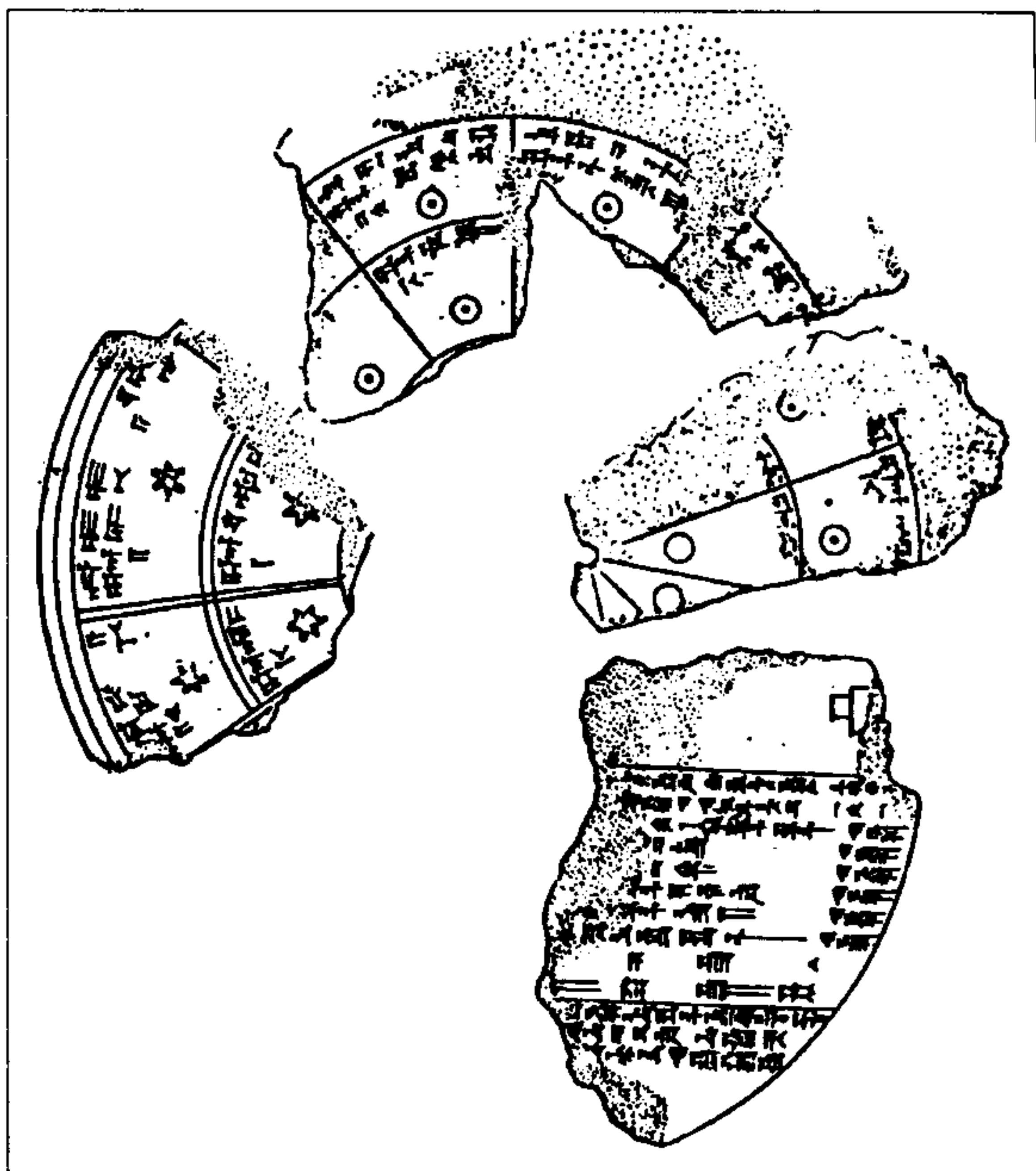


Figura 96

terminado. También está por resolver el tema de la datación: ¿en qué año se hizo el astrolabio?; y si era una copia de otra tablilla más antigua, ¿de qué época sería ésta? Las opiniones respecto a la datación van desde el siglo XII hasta el siglo III a. C.; sin embargo, la mayoría coincide en afirmar que el astrolabio perteneció a la era de Nabucodonosor y de su sucesor Nabonides.

El astrolabio que presentó Pinches se identificaría en los posteriores debates como «P», pero más tarde se le identificaría como «astrolabio A» debido a que, con el tiempo, se conseguiría recom-

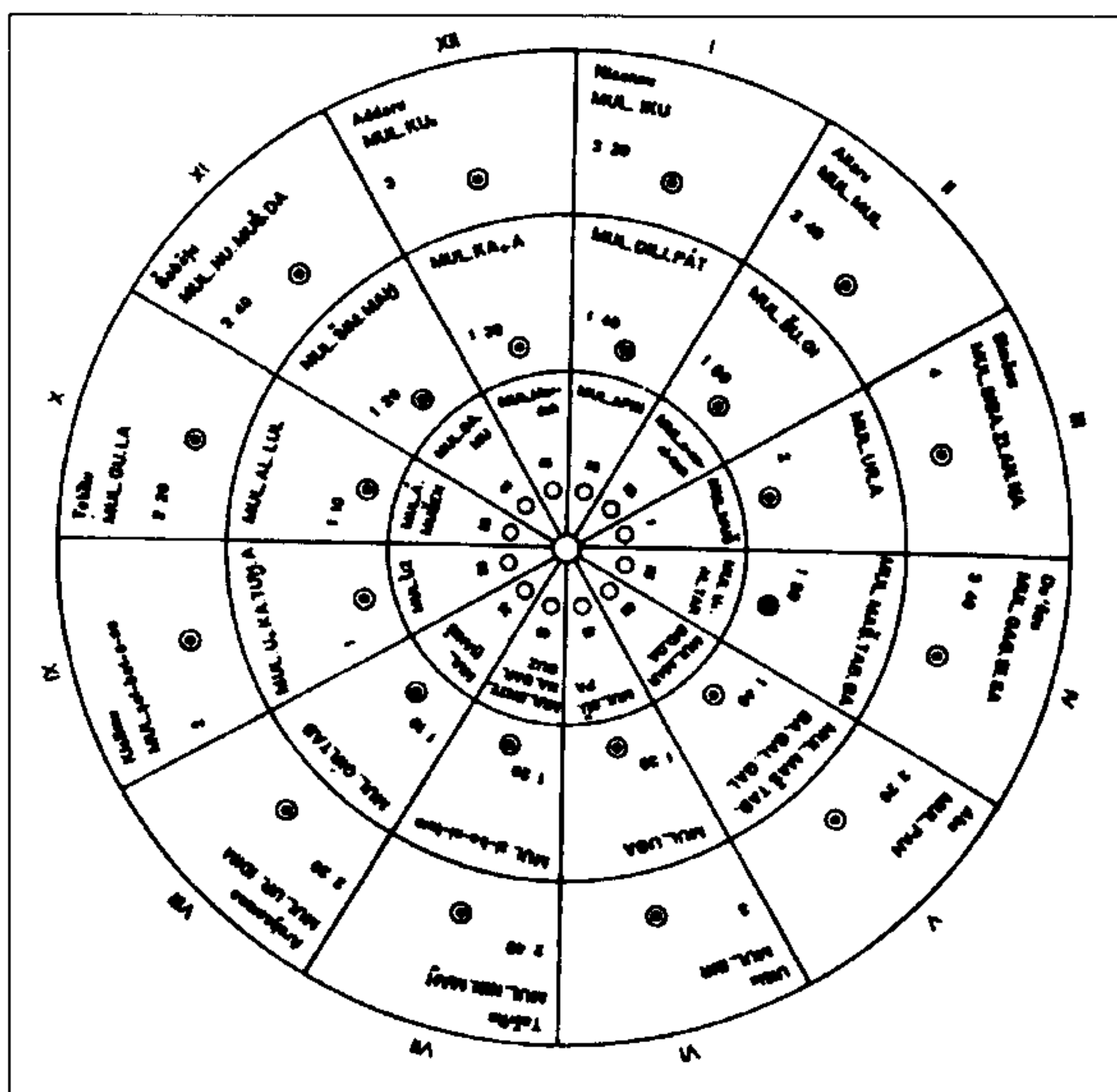


Figura 97

poner otro de estos objetos, al que se le daría el nombre de «astrolabio B».

Aunque, a primera vista, ambos astrolabios parecen idénticos, son, no obstante, diferentes; y, para nuestro análisis, la diferencia clave radica en que, en B, el planeta identificado como *mul Neberu deity Marduk* («Planeta Nibiru del dios Marduk») aparece en el Camino de Anu, la banda central de la eclíptica (fig. 98); mientras que, en A, el planeta identificado como *mul Marduk* (el «Planeta Marduk») aparece en el Camino de Enlil, en los cielos septentrionales (fig. 99).

El cambio de nombre y de posición es absolutamente correcto si los dos astrolabios representan *un planeta en movimiento* («Marduk», que es como lo llamaban los babilonios) que, después de su aparición

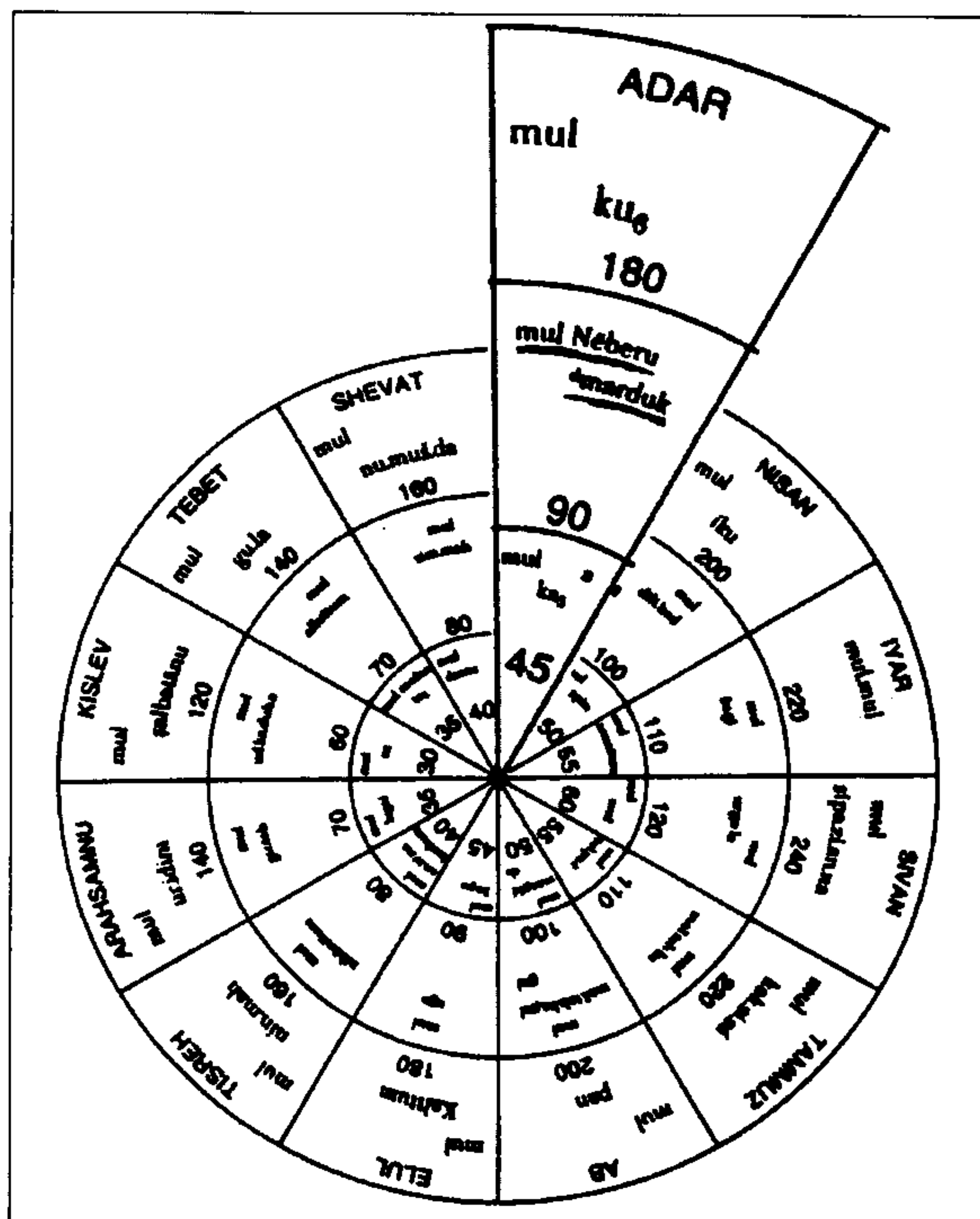


Figura 98

visual, arriba, en los cielos septentrionales (como se ve en A), hace una curva hacia abajo para cruzar la eclíptica, y se convierte en NIBIRU («Cruce») cuando atraviesa la eclíptica *en el Camino de Anu* (como se ve en B). Esta documentación en dos fases a través de los dos astrolabios representa con exactitud lo que venimos diciendo desde un principio.

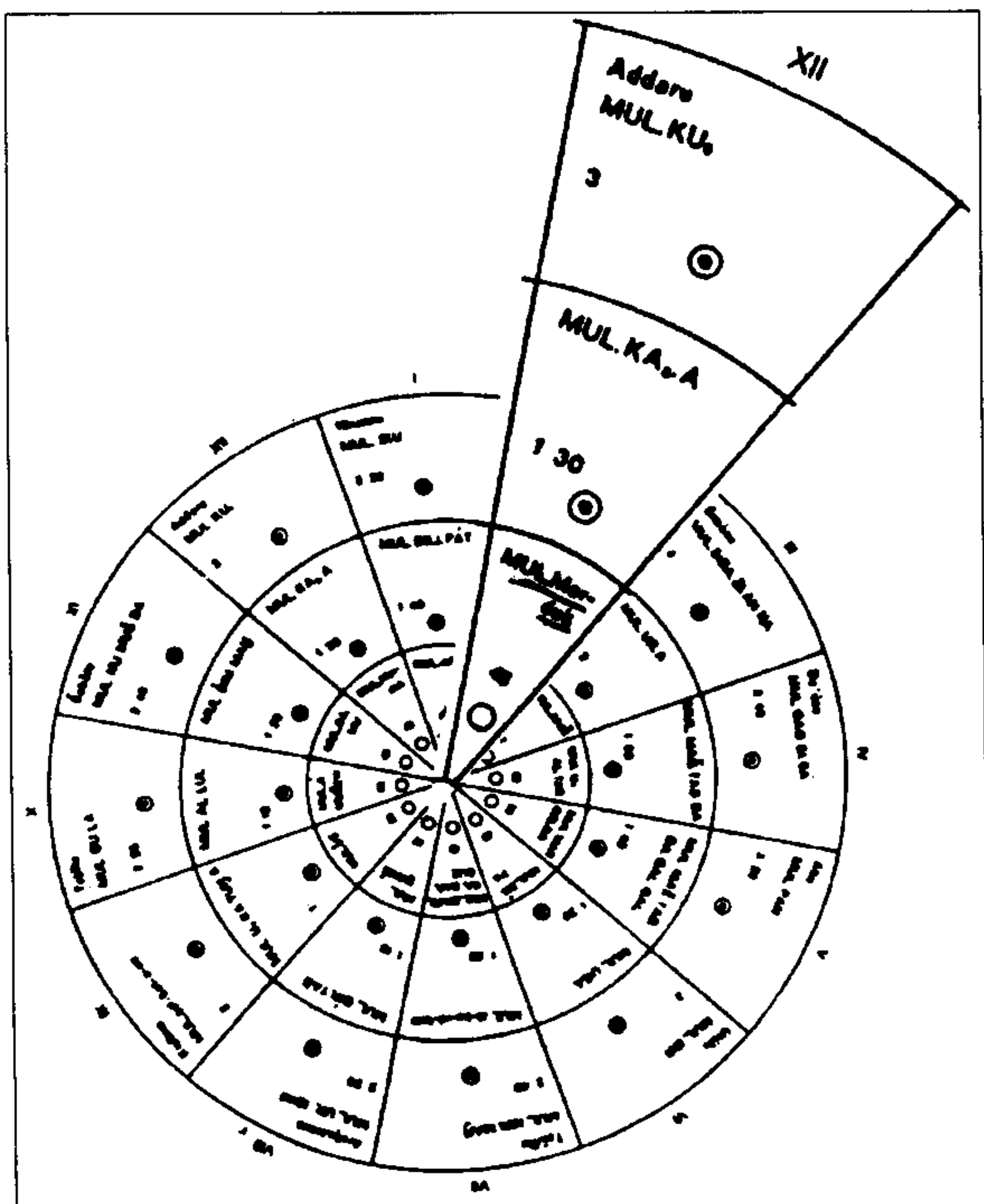


Figura 99

Pero es que, además, los textos que acompañan a las representaciones circulares (conocidos como KAV 218, columnas B y C) eliminan cualquier sombra de duda respecto a la identidad de Marduk/Nibiru:

[Mes] Adar:

Planeta Marduk en el Camino de Anu:

El radiante *Kakkabu* que se eleva en el sur

después de que los dioses de la noche terminaron sus tareas,
y divide los cielos.

Este *kakkabu* es Nibiru = dios Marduk.

Aunque podemos estar seguros, por razones que pronto se expondrán, de que las observaciones de todas estas tablillas «babilónicas tardías» no pudieron haber tenido lugar antes del año 610 a. C., también podemos asegurar que no se realizaron después de 555 a. C., pues éste es el año en que Nabonides se convertiría en el último rey de Babilonia; y su reivindicación de legitimidad se basó en que su realeza había sido confirmada por los cielos, porque «*el planeta de Marduk, alto en el cielo, me ha llamado por mi nombre*». Al hacer esta declaración afirmaba también que, en una visión nocturna, había visto «*la Gran Estrella y la Luna*».

Si nos basamos en las fórmulas de Kepler sobre las órbitas planetarias en torno al Sol, veremos que el período total de visibilidad de Marduk/Nibiru desde Mesopotamia debió de durar unos cuantos años; de ahí la observación de la que habla Nabonides en los años inmediatamente anteriores a 555 a. C.

Así pues, ¿cuándo fue el momento exacto del retorno? Hay otro aspecto más implicado en la resolución del misterio: las profecías de la «oscuridad al mediodía» del Día del Señor (un eclipse solar), *¡eclipse que tuvo lugar, de hecho, en 556 a. C.!*

Los eclipses solares, aunque mucho más raros que los eclipses lunares, no son extraños; tienen lugar cuando la Luna, al pasar entre la Tierra y el Sol, oscurece temporalmente a este último. Sólo una pequeña proporción de eclipses solares son eclipses totales. La extensión, la duración y la franja de oscuridad total varían de una vez a otra debido a la siempre cambiante danza orbital entre el Sol, la Tierra y la Luna, junto a la revolución diaria de la Tierra y su cambiante inclinación del eje.

Pero, por raros que sean los eclipses solares, en el legado astronómico de Mesopotamia nos encontramos con importantes conocimientos sobre este fenómeno, al que denominaban *atalu shamshi*. Las referencias en los textos sugieren que entre estos antiguos conocimientos acumulados no sólo aparece el fenómeno, sino también la implicación de la Luna en el proceso. De hecho, en el año 762 a. C., hubo un eclipse solar cuya franja de eclipse total pasó sobre Asiria, y vino seguido por otro en el año 584 a. C. que se vio en todo el arco Mediterráneo, y se contempló como eclipse total en Grecia. *Pero, entonces, en el año*

556 a. C., hubo un extraordinario eclipse solar «no en un momento esperado». Si no se debía a los movimientos predecibles de la Luna, ¿pudo estar causado por un tránsito de Nibiru inusualmente cercano?

Entre las tablillas astronómicas pertenecientes a una serie denominada «Cuando Anu Es Planeta del Señor», hay una (catalogada como VACH.Shamash/RM.2,38, fig. 100) que habla de un eclipse solar. El fenómeno observado quedó registrado así (líneas 19-20):

Al principio, el disco solar,
no en un momento esperado,
se oscureció,
y permaneció en el resplandor del Gran Planeta.
El día 30 [del mes] fue
el eclipse del Sol.

¿Qué significa exactamente que el Sol, oscurecido, «permaneció en el resplandor del Gran Planeta»? Aunque la tablilla en sí no proporciona información alguna sobre la fecha de ese eclipse, creemos que la frase que hemos destacado arriba, *indica claramente que aquel extraordinario e inesperado eclipse solar fue provocado por el retorno de Nibiru*, el «gran planeta resplandeciente»; pero los textos no explican si la causa directa fue el planeta en sí o los efectos de su «resplandor» (¿atracción gravitatoria o magnética?) sobre la Luna.

Aún con todo, es un hecho histórico astronómico que, el día 19 de mayo de 556 a. C., hubo un eclipse total de Sol. Como se puede ver en este mapa, realizado en el Centro de Vuelos Espaciales Goddard de la NASA (fig. 101), el eclipse fue grande e importante, pues se vio en amplias áreas, y su aspecto fue muy singular: *¡la banda de oscuridad total pasó exactamente sobre la región de Jarán!*

Y este último detalle es de la máxima importancia para nuestras conclusiones (y aún debió de serlo más en aquellos fatídicos años del mundo antiguo) pues, *justo después de esto*, en 555 a. C., Nabonides fue proclamado rey de Babilonia... ¡pero no en Babilonia, sino en Jarán! Fue el último rey de Babilonia; después de él, como había profetizado Jeremías, Babilonia seguiría el destino de Asiria.

Fue en el año 556 a. C. cuando tuvo lugar la profetizada oscuridad a Mediodía. Fue justo entonces cuando Nibiru regresó; fue el *Día del Señor* que se había profetizado.

Y cuando acaeció el Retorno del planeta, ni Anu ni ningún otro de

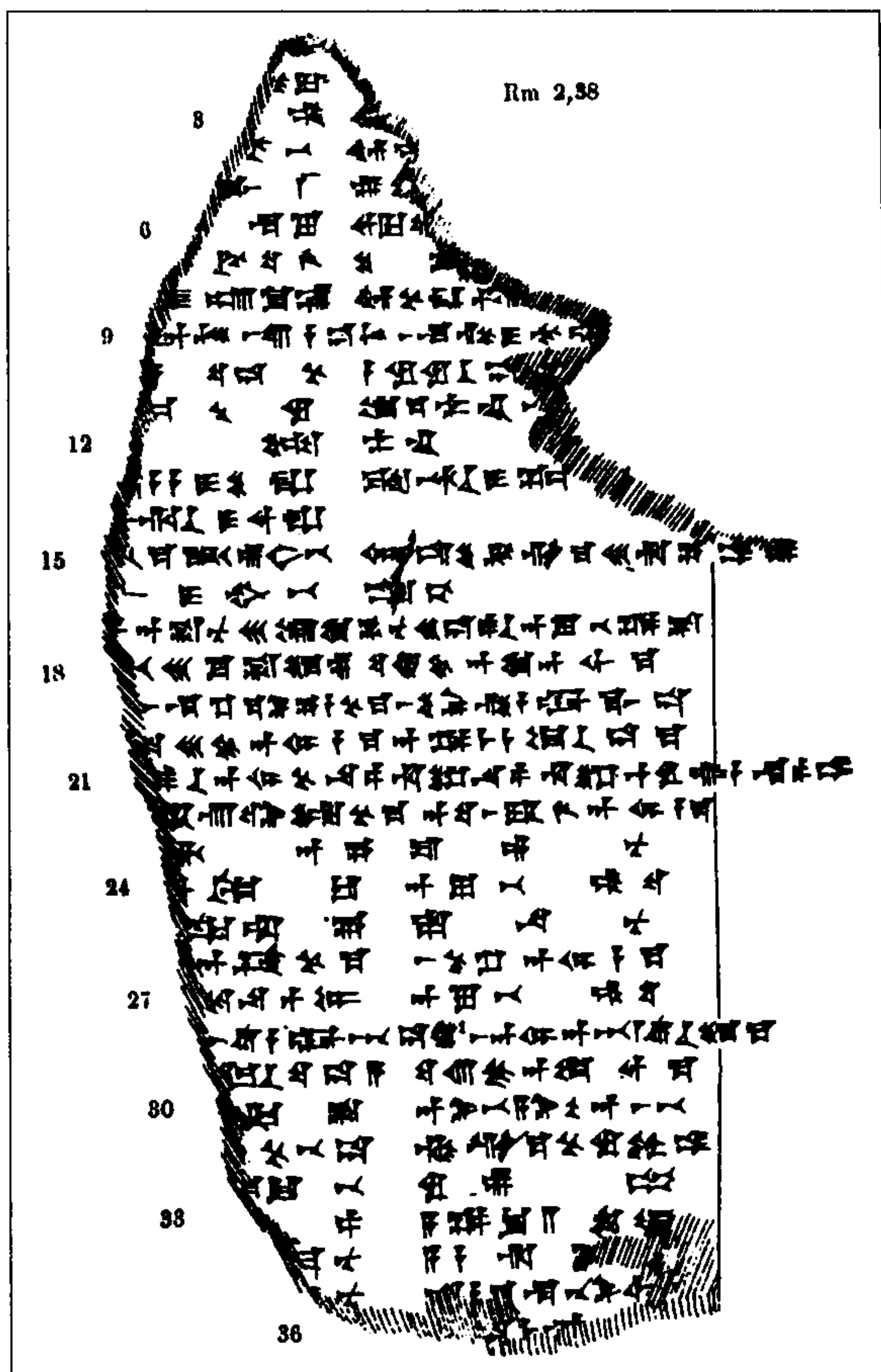


Figura 100

Eclipse total de Sol del 19 de mayo de 556 a.e.c.

Conjunción geocéntrica = 12:50:16.9 UT J.D. = 1518118.034918
Eclipse máximo = 12:44:22.5 UT J.D. = 1518118.030815
Magnitud del eclipse = 1.02584 Gamma = 0.31810

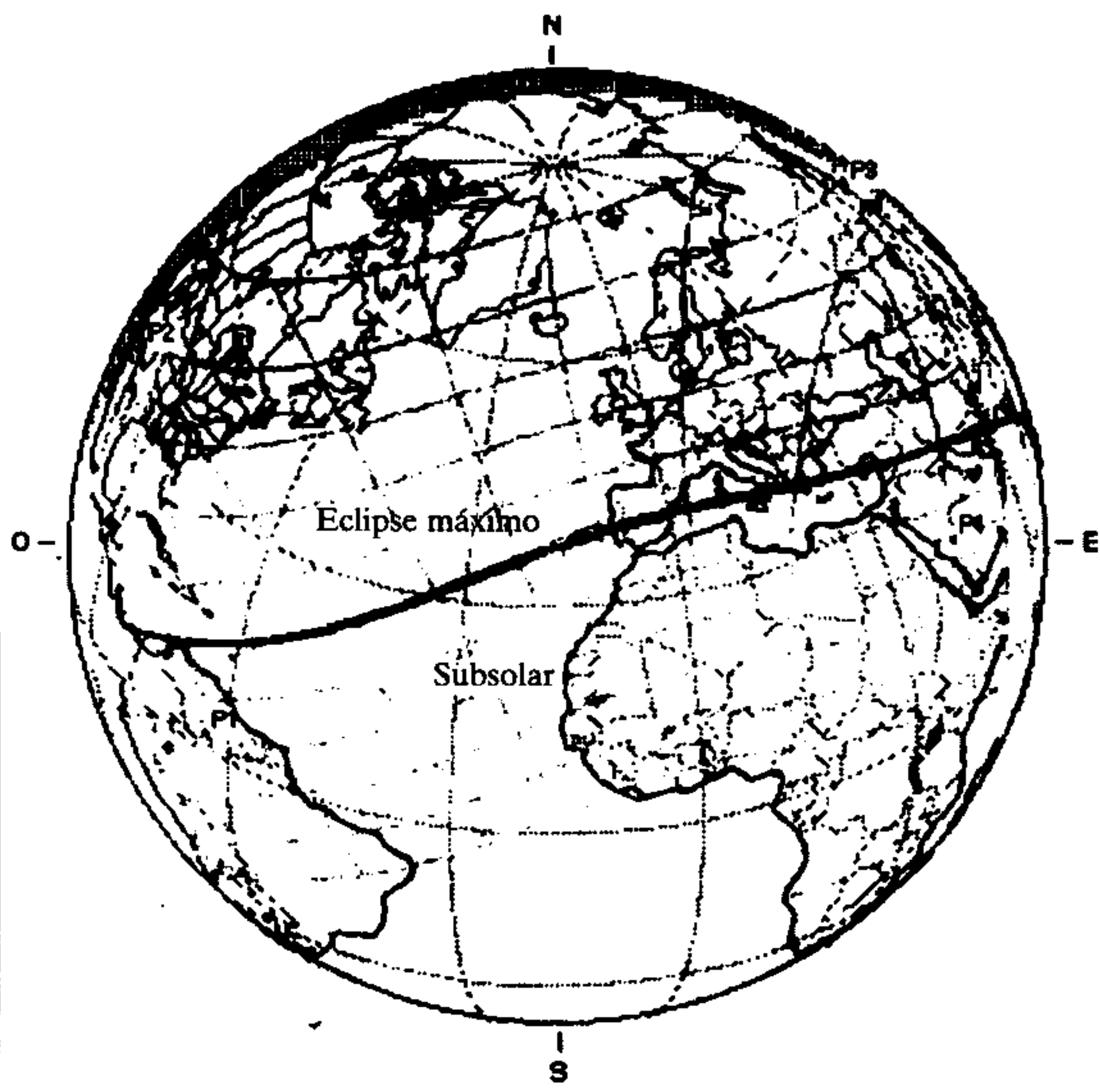


Figura 101

los dioses esperados apareció. De hecho, ocurrió todo lo contrario: los dioses, los dioses anunnaki, despegaron y abandonaron la Tierra.

13



CUANDO LOS DIOSES ABANDONARON LA TIERRA

La partida de los dioses *anunnaki* de la Tierra fue un acontecimiento dramático, repleto de teofanías, fenómenos extraños, dudas divinas y dilemas humanos.

Por increíble que parezca, la partida de los dioses no es una conjetura ni una especulación; es un hecho ampliamente documentado. Las evidencias nos llegan tanto desde Oriente Próximo como desde América; y algunos de los registros más directos, y ciertamente los más dramáticos, del abandono de la Tierra por parte de los dioses nos llegan desde *Jarán*. Los testimonios no se basan en habladurías, pues se fundamentan en *informes de testigos presenciales*, entre los que se encuentra el profeta Ezequiel. Los informes aparecen en la Biblia, y se inscribieron en columnas de piedra; son textos que hablan de acontecimientos milagrosos, acontecimientos que llevarían al ascenso al trono del último rey de Babilonia.

Jarán, en la actualidad (sí, todavía existe, y yo la he visitado) es una ciudad lánguida del este de Turquía, a escasa distancia de la frontera con Siria. Está rodeada por unas ruinosas murallas de época islámica, y sus habitantes viven en cabañas de barro que forman algo parecido a colmenas. Todavía está allí el pozo en el que, según la tradición, Jacob conoció a Rebeca, entre praderas donde pacen las ovejas, con el agua más fresca y pura que uno pueda imaginar.

Pero, en la antigüedad, Jarán fue un floreciente centro comercial, cultural, religioso y político; tanto que el profeta Ezequiel (27, 24), que vivió en la región con otros exiliados de Jerusalén, dice de ella: «Traían a tu mercado vestidos de lujo, mantos de púrpura y brocado, tapices multicolores y maromas trenzadas». Era una ciudad que, desde tiempos sumerios, se la tuvo como a una «Ur lejos de Ur», centro de culto del «dios Luna», Nannar/Sin. La familia de Abraham acabó viviendo aquí porque su padre, Téraj, era un *Tirhu*, un sacerdote oracular, pri-

mero en Nippur y, después, en Ur, para terminar sirviendo en el templo de Nannar/Sin de Jarán. Tras el desmoronamiento de Sumer a causa del Viento Maligno nuclear, Nannar y su esposa, Ningal, establecieron su hogar y su cuartel general en Jarán.

Aunque Nannar («*Su-en*», o *Sin*, para abreviar, en acadio) no era el hijo primogénito ni el heredero legal de Enlil (ese rango le pertenecía a Ninurta), sí que era el primogénito de Enlil con su esposa Ninlil, primogénito en la Tierra. Tanto dioses como hombres adoraban enormemente a Nannar/Sin y a su esposa; los himnos en su honor en los gloriosos tiempos sumerios, y las lamentaciones sobre la desolación de Sumer en general y de Ur en particular, revelan el gran amor y la admiración que la gente sentía por esta divina pareja. El hecho de que muchos siglos después Asarjaddón fuera a consultar a un anciano Sin («apoyándose sobre un báculo») con respecto a su invasión de Egipto, y el hecho de que la familia real asiria en fuga hiciera su última parada en Jarán, nos hablan del importante papel que jugaron Nannar/Sin y Jarán hasta el final.

Sería en las ruinas del gran templo de Nannar/Sin en Jarán, en el E.HUL.HUL («Casa de la Dicha Doble») donde los arqueólogos descubrirían cuatro columnas de piedra («estelas») que en otro tiempo se erguían en el templo, cada una en una esquina de la sala principal de oraciones. Las inscripciones descifradas en estas estelas revelan que dos de ellas las erigió la suma sacerdotisa del templo, Adda-Guppi, y que las otras dos las erigió su hijo Nabonides, el último rey de Babilonia.

Con un evidente sentido de la historia, y como una bien entrenada funcionaria del templo, Adda-Guppi ofrece en sus inscripciones fechas precisas sobre los sorprendentes acontecimientos que había presenciado. Las fechas, relacionadas como era habitual entonces con los años de reinado de reyes conocidos, han podido ser verificadas por los expertos modernos. Se sabe con certeza que esta mujer nació en 649 a. C., y que vivió durante los reinados de varios reyes asirios y babilonios, y falleció a la avanzada edad de 104 años.

He aquí lo que escribió en la estela relativa al primero de una serie de acontecimientos sorprendentes:

Fue en el decimosexto año de Nabopolasar,
rey de Babilonia, cuando Sin, señor de los dioses
se enfureció con su ciudad y su templo,
y subió al cielo;
y la ciudad y la gente que había en ella se fueron a la ruina.

El año decimosexto de Nabopolasar fue 610 a. C., un año memorable, como podrá recordar el lector, el año en que las fuerzas babilónicas conquistaron Jarán a los remanentes de la familia real asiria y de su ejército, y también el año en que un revigorizado Egipto decidió apoderarse de los emplazamientos espaciales. Fue entonces cuando Adda-Guppi escribió que Sin, furioso, retiró su protección (y se fue) de la ciudad, hizo las maletas «y subió al cielo».

Lo que aconteció con la ciudad conquistada se resume de forma precisa: «y la ciudad y la gente fueron a la ruina». Aunque otros supervivientes huyeron, Adda-Guppi se quedó en la ciudad. «A diario, sin cesar, día y noche, durante meses, durante años», se mantuvo vigilante en el templo en ruinas. Afligida, «abandoné los vestidos de lana fina, me despojé de las joyas, sin llevar plata ni oro, renuncié a los perfumes y a los dulces aceites aromáticos». Como un fantasma que deambulara por el santuario abandonado, «con ropa hecha jirones me vestía; iba y venía sin hacer ruido», escribió.

Luego, en el desolado recinto sagrado, encontró una túnica que había pertenecido en otro tiempo a Sin. Para la descorazonada sacerdotisa, aquel hallazgo era un augurio del dios: de repente, él le había dado una muestra de su presencia física. No podía apartar los ojos de la sagrada prenda, ni tampoco se atrevía a tocarla, salvo «sujetándola por la orla». Como si el mismo dios estuviese allí para escucharla, la mujer se postró y, «en oración y humildad», pronunció un juramento: «¡Si volvieras a tu ciudad, todas las gentes de cabeza negra darían culto a tu divinidad!».

«Gentes de cabeza negra» era el término con el cual los sumerios solían describirse a sí mismos, y el hecho de que la suma sacerdotisa empleara este término alrededor de mil quinientos años después de la caída de Sumer resulta plenamente significativo: le estaba diciendo al dios que, si regresaba, se le restauraría al señorío como en los días de antaño, que volvería a ser el señor dios de un Sumer y Acad restaurado. Para ello, Adda-Guppi le ofrecía al dios un trato: si el dios volvía y utilizaba sus poderes divinos para convertir a su hijo Nabonides en rey y emperador de todos los dominios de Babilonia y de Asiria, Nabonides restauraría el templo de Sin no sólo en Jarán, sino también en Ur, ¡y proclamaría el culto de Sin como religión del Estado en todas las tierras de las gentes de cabeza negra!

Tocando la orla de la túnica del dios, oró día tras día hasta que una noche se le apareció el dios en un sueño y aceptó su propuesta. Al dios Luna, escribió Adda-Guppi, le gustó la idea: «Sin, señor de

los dioses del Cielo y la Tierra, por mis buenas acciones posó su mirada sobre mí con una sonrisa; escuchó mis oraciones; aceptó mi juramento. La cólera de su corazón se calmó. Con el Ehulhul, su templo en Jarán, la residencia divina en la cual se regocijaba su corazón, se reconcilió; y cambió su corazón». El dios, escribió Adda-Guppi, aceptó el trato:

Sin, señor de los dioses,
vio favorablemente mis palabras.
Nabonides, mi único hijo, salido de mi vientre,
a la realeza llamó,
la realeza de Sumer y Acad.
Todas las tierras, desde la frontera de Egipto,
desde el Mar Superior hasta el Mar Inferior,
en sus manos confió.

Ambas partes mantuvieron el acuerdo. «Por mí misma lo vi cumplido», afirmó Adda-Guppi en la sección final de sus inscripciones: Sin «honró la palabra que me había dado», haciendo que Nabonides ascendiera al trono de Babilonia en el año 555 a. C.; y Nabonides mantuvo el juramento de su madre de restaurar el templo del Ehulhul en Jarán, «perfeccionando su estructura». Remozó el culto de Sin y de Ningal (*Nikkal* en acadio), «todos los ritos olvidados se renovaron».

Y luego, un gran milagro, un suceso que durante generaciones nadie había visto, acaeció. El acontecimiento se describe en las dos estelas de Nabonides, en las cuales se le representa con un báculo (algo poco habitual) y frente a los símbolos celestes de Nibiru, la Tierra y la Luna (fig. 102):

Éste es el gran milagro de Sin
que ningún dios, ninguna diosa,
ha hecho en el país,
desde los días del pasado ignoto;
que la gente de la Tierra
no ha visto ni ha encontrado escrito
sobre tablillas desde los días de antaño:
que Sin, señor de dioses y diosas,
residiendo en los cielos,
ha bajado de los cielos,
ante los ojos de Nabonides, rey de Babilonia.

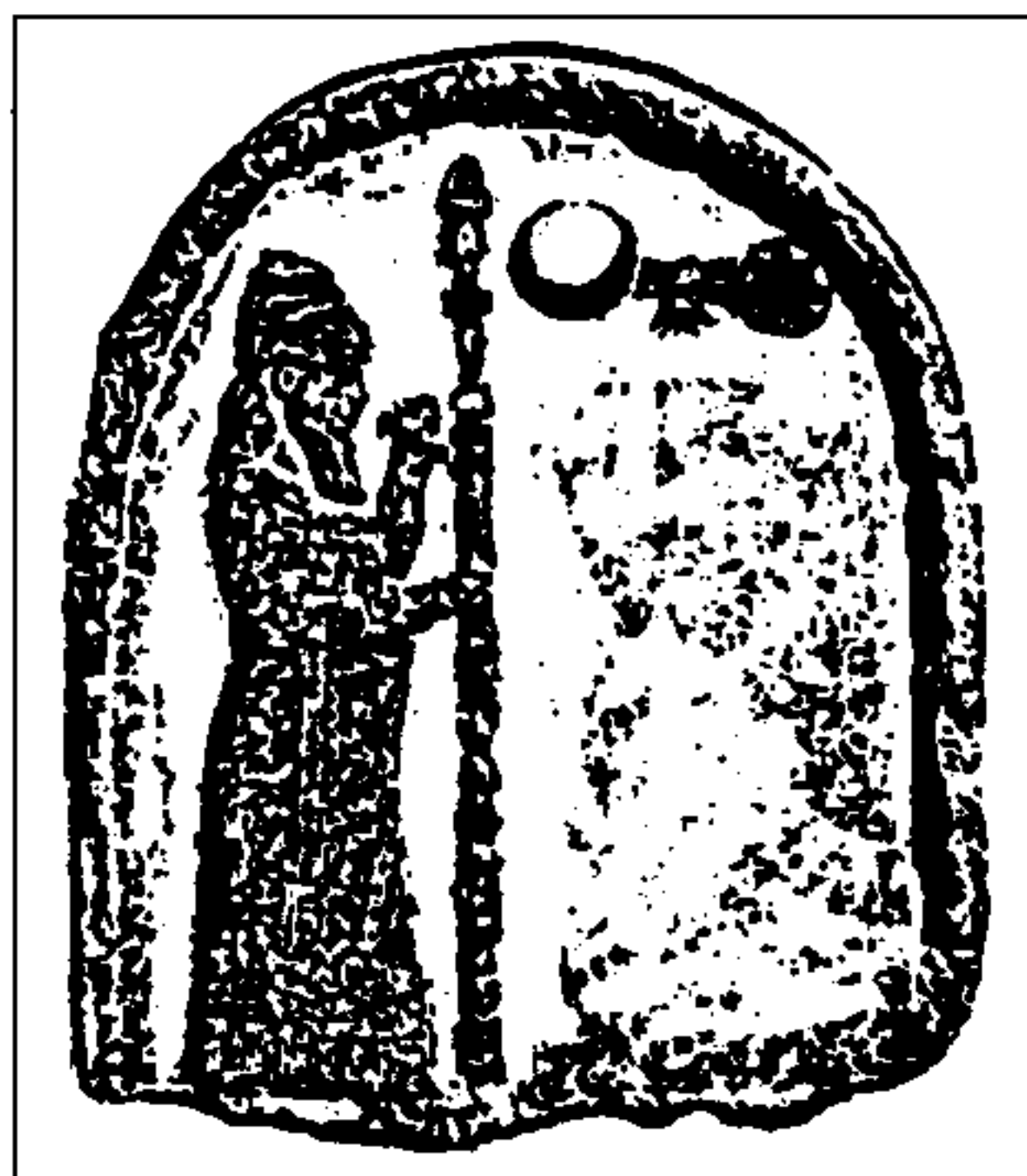


Figura 102

Sin, dice la inscripción, no volvió solo. Según los textos, entró en el restaurado templo del Ehulhul en una procesión ceremonial, acompañado por su esposa Ningal/Nikkal y su ayudante, el mensajero divino Nusku.

El milagroso retorno de Sin «desde los cielos» plantea muchas preguntas, de las cuales la primera es dónde, «en los cielos», había estado durante cinco o seis décadas. Las respuestas a estas preguntas se pueden encontrar combinando las antiguas evidencias con los logros de la ciencia moderna y la tecnología. Pero, antes de que volvamos a esto, es importante examinar todos los aspectos de la partida de los dioses, pues no fue sólo Sin el que «se enfureció» y, partiendo de la Tierra, «subió al cielo».

Las extraordinarias idas y venidas celestiales de las que hablan Adda-Guppi y Nabonides tuvieron lugar mientras ellos estaban en Jarán; detalle significativo, por cuanto otro testigo presencial se hallaba en aquella región en aquellos mismos momentos: el profeta Ezequiel. Y él también tuvo mucho que decir sobre este tema.

Ezequiel, un sacerdote de Yahveh de Jerusalén, estaba entre los aristócratas y los artesanos que fueron deportados, junto con el rey Yoyaquim, tras el primer ataque de Nabucodonosor a Jerusalén en el

año 598 a. C. Fueron llevados a la fuerza hasta el norte de Mesopotamia, y se quedaron asentados en la región del río Jabur, a escasa distancia de su hogar ancestral de Jarán. Y fue allí donde tuvo lugar la famosa visión de Ezequiel del carro celeste. Como sacerdote experimentado, él también tomó nota del lugar y de la fecha: fue el quinto día del cuarto mes del quinto año del exilio, es decir en 594/593 a. C., cuando «encontrándome yo entre los deportados, a orillas del río Kebar, se abrió el cielo y contemplé visiones de los *Elohim*», decía Ezequiel en el mismo inicio de sus profecías; y lo que vio, apareciendo en un torbellino, con luces relampagueantes y envuelto en un gran resplandor, fue un carro divino que podía subir y bajar e ir de lado a lado, y dentro de él, «sobre lo que parecía un trono, el semblante de un hombre»; y escuchó una voz que se dirigía a él como «Hijo de Hombre» y le anunciaba su misión profética.

La declaración inicial del profeta se suele traducir como «visiones divinas» o «visiones de *Dios*». El término *Elohim*, que es plural, se ha traducido tradicionalmente como «Dios», en singular, aun cuando la misma Biblia lo trata claramente en plural, como en «Y los *Elohim* dijeron, *hagamos* al Adán a *nuestra* imagen y como semejanza *nuestra*» (Génesis 1, 26). Como saben los lectores de mis libros, el relato bíblico de Adán es una transcripción de los textos sumerios de la creación, mucho más detallados, en los que fue un equipo de *anunnaki*, liderado por Enki, el que, haciendo uso de la ingeniería genética, «forjó» al Adán. El término *Elohim*, como hemos dicho una y otra vez, se refería a los *anunnaki*; y *de lo que Ezequiel dio cuenta fue de haber tenido un encuentro con una nave celeste anunnaki* cerca de Jarán.

Ezequiel describió la nave celeste que vio en el primer capítulo y en capítulos posteriores diciendo que era la *Kavod* («Lo que es pesado») de Dios, el mismo término que se utilizó en el Éxodo para describir el vehículo divino que aterrizó sobre el monte Sinaí. La descripción de la nave que hiciera Ezequiel ha inspirado a generaciones y generaciones de eruditos y de artistas; las representaciones resultantes han ido cambiando con el tiempo, de forma paralela a cómo iba avanzando nuestra tecnología hasta llegar a los vehículos capaces de volar. Los textos antiguos hacen referencias tanto a naves espaciales como a naves aéreas, y hablan de Enlil, Enki, Ninurta, Marduk, Thot, Sin, Shamash e Ishtar, por nombrar a los más prominentes, como de dioses que poseían naves aéreas y que podían recorrer los cielos terrestres (o, incluso, enzarzarse en combates aéreos, como se cuen-

ta de Horus y Set, o de Ninurta y Anzu, por no hacer mención de los dioses indoeuropeos). De todas estas descripciones escritas o pictóricas de las «barcas celestes» de los dioses, la que más se asemeja al torbellino de Ezequiel parece ser el «carro torbellino» representado en un emplazamiento arqueológico junto al río Jordán (fig. 103), que se encuentra en el mismo lugar en el que el profeta Elías fue arrebatado a los cielos. Con una forma similar a la de un helicóptero, es de suponer que se trataría de una lanzadera que pondría en comunicación la nave espacial propiamente dicha con la Tierra.

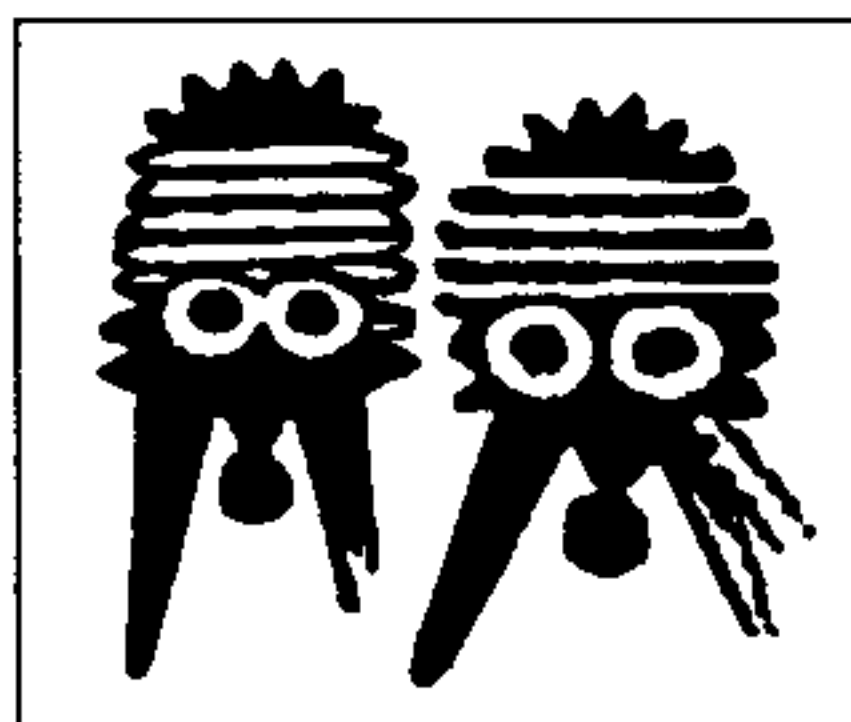


Figura 103

La misión de Ezequiel consistió en profetizar y advertir a sus compatriotas deportados de la llegada del día del Juicio, en el que se juzgarían todas las injusticias y abominaciones de todas las naciones. Luego, un año más tarde, el mismo «semblante de un hombre» se le apareció de nuevo, extendió la mano, lo agarró y se lo llevó a Jerusalén para que profetizara allí. Convendrá recordar que la ciudad había pasado por un asedio y una hambruna, por una humillante derrota, por un saqueo, por la ocupación babilónica y por el exilio del rey y de toda la nobleza. Al llegar allí, Ezequiel vio que la ley y el orden brillaban por su ausencia, y que ni siquiera se respetaban las observancias religiosas. Al preguntarse qué estaba pasando, escuchó llorar a las personas que quedaban aún en la ciudad, lamentándose (8, 12; 9, 9)

*¡Yahveh ya no nos ve,
Yahveh ha abandonado la Tierra!*

Y creemos que ésta fue la razón por la cual Nabucodonosor se atrevió a atacar de nuevo Jerusalén y destruir el templo de Yahveh.

Fue un lamento casi idéntico al que Adda-Guppi realizara en Jarán: «Sin, señor de los dioses, se enfureció con su ciudad y su templo, y subió al cielo; y la ciudad y la gente que había en ella se fueron a la ruina».

No podemos estar seguros de cómo o de por qué los acontecimientos acaecidos en el norte de Mesopotamia dieron lugar en la distante Judea a la idea de que también Yahveh había abandonado la Tierra, pero es evidente que la noticia de que Dios y los dioses habían partido se difundió ampliamente. De hecho, la tablilla VAT 7847, que mencioné anteriormente en relación con el eclipse solar, afirma lo siguiente en una sección profética referente a unas calamidades que deberían durar doscientos años:

Con gran estruendo, volando, los dioses
se alejarán de los países,
del pueblo se separarán.
El pueblo dejará en ruinas las moradas de los dioses.
La compasión y el bienestar cesarán.
Enlil, enfurecido, se elevará y desaparecerá.

Como algunos otros documentos del género de las profecías acacias, los expertos consideran también este texto como una «profecía post-acontecimiento», un texto que utiliza acontecimientos ya acaecidos como base para predecir otros eventos futuros.

Pero, sea como sea, nos encontramos aquí con un documento que amplía considerablemente el éxodo divino: los dioses, enfurecidos, *liderados por Enlil*, huyeron de sus tierras; no fue sólo Sin el que se enfureció y partió.

Hay aún otro documento. Los expertos lo han clasificado como perteneciente a profecía en fuentes neoasirias, si bien sus primeras frases sugieren la autoría de un adorador (¿babilonio?) de Marduk. He aquí, en su integridad, lo que dice:

Marduk, el Enlil de los dioses, se enfureció. Su mente se enfureció.
Trazó un malévolo plan para disgregar el país y dispersar a sus gentes.
Su colérico corazón decidió arrasar el país y destruir a su pueblo.
Una grave maldición se formó en su boca.
Portentos malignos que indicaban la ruptura de la armonía celestial
comenzaron a aparecer abundantemente en cielo y Tierra.
Los planetas en los Caminos de Enlil, Anu y Ea alteraron sus posiciones
y desvelaron una y otra vez extraños augurios.

Arahtu, el río de la abundancia, se convirtió en una corriente colérica. Una feroz avalancha de agua, una violenta inundación, como el Diluvio, barrió la ciudad, sus casas y santuarios, convirtiéndola en ruinas. *Los dioses y las diosas se atemorizaron, abandonaron sus santuarios, huyeron como pájaros y ascendieron al cielo.*

Todos estos textos tienen en común que (a) los dioses se enfurecieron con el pueblo, (b) los dioses «huyeron como pájaros» y (c) ascendieron al «cielo».

Posteriormente, se nos dice que la partida vino acompañada por inusuales fenómenos celestes y algunos trastornos terrestres. Se trata de aspectos del Día del Señor que anticiparan los profetas bíblicos: *la partida estaba relacionada con el Retorno de Nibiru; los dioses abandonaron la Tierra cuando llegó Nibiru.*

El texto de la tablilla VAT 7847 incluye una intrigante referencia a un período de calamidades de dos siglos de duración. El texto no deja claro si eso era una predicción de lo que sucedería tras la partida de los dioses o si fue durante esa época cuando la ira y la decepción de los dioses con la humanidad se desataron llevándoles a la decisión de partir. Da la impresión de que lo que sucedió fue esto último, pues probablemente no sea una coincidencia que la era de la profecía bíblica referente a los pecados de las naciones y a la llegada del Juicio en el Día del Señor comenzara con Amós y Oseas, en torno a 760/750 a. C., ¡dos siglos antes del Retorno de Nibiru! Durante dos siglos, los profetas, desde el único lugar legítimo del enlace Cielo-Tierra, Jerusalén, clamaron por la justicia y la honestidad entre el pueblo, y por la paz entre las naciones, desdeñaron las absurdas ofrendas y el culto a ídolos sin vida, denunciaron las conquistas gratuitas y la destrucción inmisericorde, y advirtieron a una nación tras otra (Israel incluida) de los inevitables castigos, pero fue en vano.

Si tal fue el caso, el enojo y la decepción de los dioses iría aumentando poco a poco, llegando finalmente a un «basta ya, es hora de irse». Todo esto nos trae a la memoria la decisión de los dioses, dirigidos por un decepcionado Enlil, de mantener en secreto la llegada del Diluvio y la partida de los dioses en sus naves celestes, dejando a la humanidad abandonada a su suerte; ahora, mientras Nibiru se acercaba de nuevo, fueron los dioses enlilitas los que planearon la partida.

¿Quiénes partieron, cómo lo hicieron y adónde fueron para que Sin pudiera regresar pocas décadas después? Para dar respuesta a esto, demos marcha atrás a los acontecimientos y situémonos en el principio.

Cuando los anunnaki, liderados por Ea/Enki, llegaron a la Tierra para obtener el oro con el cual proteger la atmósfera de su planeta, que estaba en peligro, tenían planeado extraer el oro de las aguas del golfo Pérsico. Pero llegó un momento en que se percataron de que aquello no funcionaba, de modo que cambiaron los planes y comenzaron con la extracción minera de oro en el sudeste de África, que fundieron y refinaron en el E.DIN, el futuro Sumer. El número de los anunnaki se incrementó hasta seiscientos en la Tierra, más otros trescientos igigi que operaban las naves celestes y la estación de Marte, desde donde podría lanzarse con más facilidad la nave espacial de larga distancia hasta Nibiru. Enlil, el hermanastro de Enki y rival suyo en la sucesión, llegó a la Tierra y fue puesto al mando de la expedición. Pero los anunnaki que trabajaban en las minas se amotinaron, por lo que Enki sugirió la creación de un «trabajador primitivo»; lo hicieron implementando mejoras genéticas a un homínido ya existente. Y, luego, los anunnaki comenzaron a «tomar a las hijas del Adán por esposas y a tener hijos con ellas» (Génesis 6), después de que Enki y Marduk rompieran el tabú. Cuando llegó el Diluvio, Enlil, indignado, dijo «dejemos que perezca la humanidad», pues «la maldad del hombre era grande en la Tierra». Pero Enki, por medio de Noé, frustró sus planes. La humanidad sobrevivió, se multiplicó y, con el tiempo, recibió la civilización de manos de los dioses.

El Diluvio, que había barrido la Tierra, inundó también las minas de África, pero dejó al descubierto una veta madre de oro en las montañas de los Andes, en Sudamérica, lo que permitió a los anunnaki obtener más oro, con mayor facilidad y rapidez, y sin la necesidad de fundirlo ni refinarlo, pues las pepitas de oro puro aparecían lavadas por los ríos que bajaban de las montañas, y sólo había que cernerlas y recolectarlas. Esto también permitió una reducción en el número de anunnaki necesarios en la Tierra. En su visita de Estado en los alrededores del año 4000 a. C., Anu y Antu visitaron las tierras auríferas posdiluvianas de las costas del lago Titicaca.

Esta visita sirvió para comenzar a reducir el número de nibiruanos en la Tierra, y también permitió alcanzar acuerdos de paz entre los hermanastros rivales y sus belicosos clanes. Pero, mientras Enki y Enlil aceptaban las divisiones territoriales, el hijo de Enki, Marduk,

no cejó en su pugna por la supremacía, que incluía el control de los antiguos emplazamientos espaciales. Sería entonces cuando los enlilitas comenzaron a preparar unos emplazamientos espaciales alternativos en Sudamérica. Cuando el espaciopuerto posdiluviano del Sinaí fue arrasado con armas nucleares en 2024 a. C., las instalaciones de Sudamérica, las únicas operativas, habían quedado en manos enlilitas.

Y así, cuando los frustrados y disgustados líderes anunnaki decidieron que había llegado la hora de partir, unos utilizaron el Lugar de Aterrizaje, mientras que otros, quizás con un último gran cargamento de oro, utilizaron las instalaciones de Sudamérica, cerca del lugar donde Anu y Antu habían estado en su visita a la región.

Como ya hemos mencionado, el lugar, llamado ahora Puma Punku, está a escasa distancia del lago Titicaca, que comparten Perú y Bolivia. Con los siglos, las orillas del lago han ido retrocediendo, pero Puma Punku estaba entonces a orillas del lago, en la costa meridional, con unas bien definidas instalaciones portuarias. Los principales restos del lugar lo constituyen cuatro construcciones derruidas, cada una de las cuales estaba hecha con una gigantesca roca vaciada (fig. 104). Cada una de las cámaras excavadas en la roca estaba recubierta por dentro con láminas de oro, sujetas a las paredes con clavos de oro, un tesoro increíble que los españoles saquearon cuando llegaron allí en el siglo XVI.

Y sigue siendo un misterio el modo en que se excavaron tales cámaras con tanta precisión, y también cómo pudieron llevarse unas rocas tan enormes hasta su emplazamiento definitivo.

Pero aún existe otro misterio en el lugar. Entre los hallazgos arqueológicos realizados allí hay un gran número de extraños bloques de piedra tallados, surcados, angulados y conformados con una asombrosa precisión; se pueden ver algunos de ellos en la figura 105. No hace falta ser ingeniero para darse cuenta de que estas piedras fueron talladas, perforadas y conformadas por alguien con una increíble capacidad tecnológica y un sofisticado equipamiento; de hecho, cualquiera dudaría de que en la actualidad se pudiera dar forma de tal modo a las piedras. Pero el desconcierto llega al paroxismo cuando uno se pregunta qué función cumplían estos milagros tecnológicos; obviamente, su objetivo, aunque nos es desconocido, debía de ser enormemente sofisticado. Si servían para fundir matrices de complejos instrumentos, ¿qué instrumentos podrían ser éstos y quiénes los utilizaban?

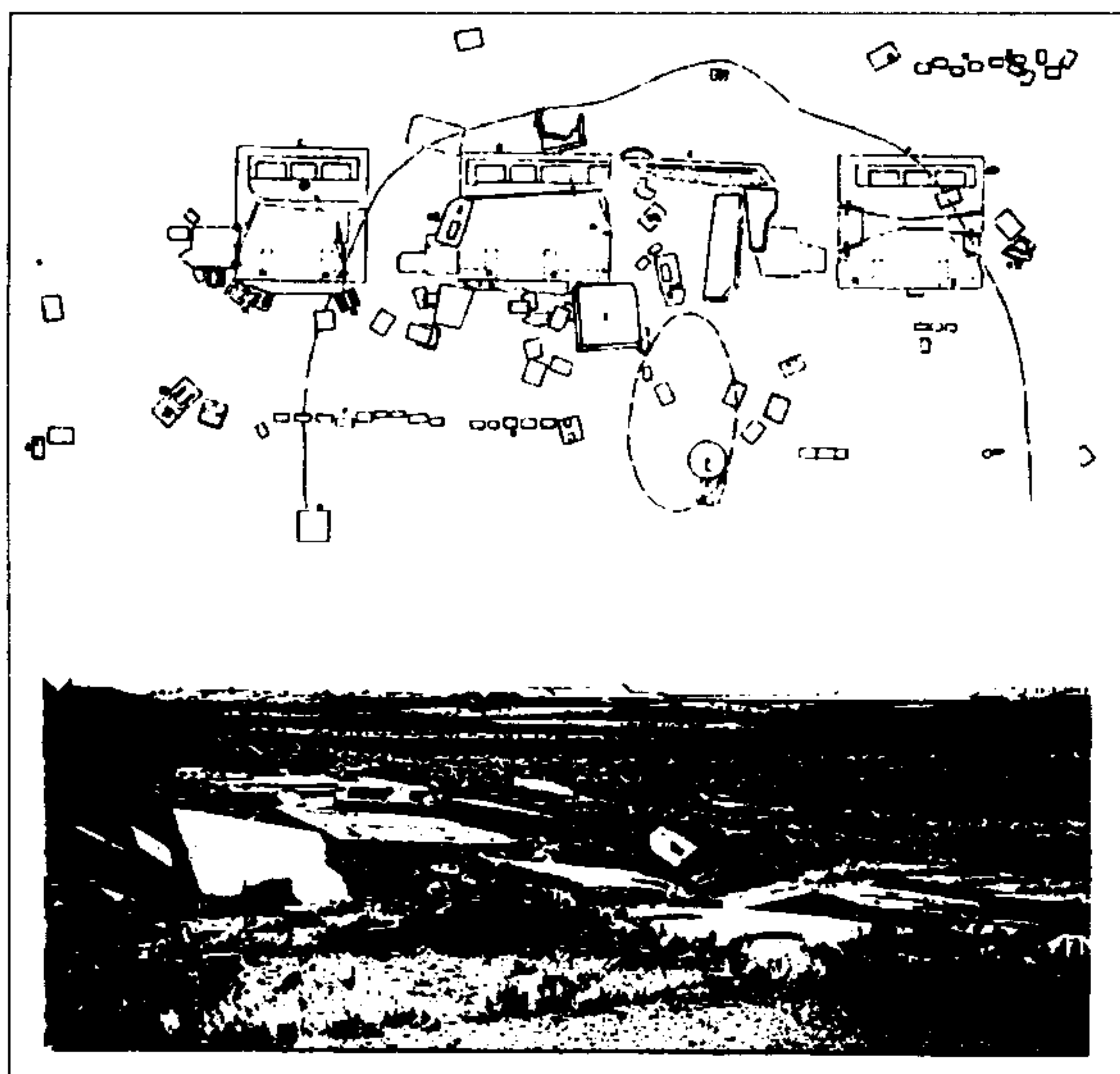


Figura 104

Claro está que sólo los anunnaki podían poseer una tecnología suficiente como para hacer esas «matrices» y como para utilizarlas, o bien para utilizar los productos acabados. El principal destacamento de los anunnaki estaba situado a unos cuantos kilómetros tierra adentro, en un lugar conocido como Tiwanacu (transcrito como Tiahuanaco), actualmente en Bolivia. Uno de los primeros exploradores europeos que vio el lugar en tiempos modernos, George Squier, lo describió en su libro *Peru Illustrated* como «La Baalbek del nuevo mundo», una comparación más válida de lo que él hubiera podido llegar a sospechar.

Otro importante explorador moderno de Tiahuanaco, Arthur Posnansky (*Tihuanacu: The Cradle of American Man*), llegó a unas asombrosas conclusiones al contemplar las ruinas. Entre las principales

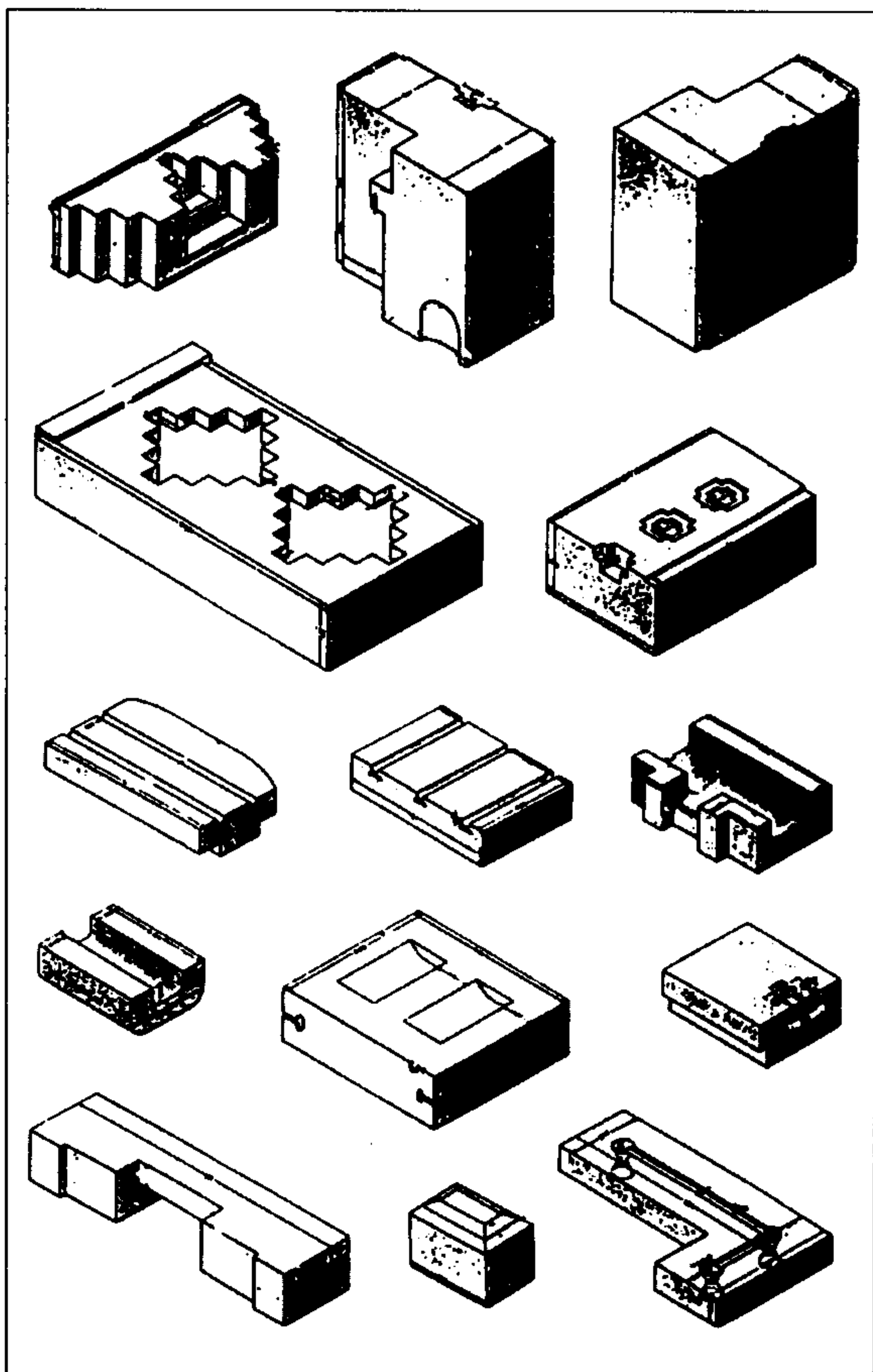


Figura 105

construcciones de Tiahuanaco en la superficie (hay muchas construcciones subterráneas) se encuentra la *Akapana*, una colina artificial atravesada por canales, conductos y desagües cuya función se discute en *Los reinos perdidos*. Uno de los principales atractivos turísticos lo constituye un pórtico de piedra conocido como la *Puerta del Sol*, una imponente estructura que también se talló a partir de una única piedra, con la misma precisión exhibida en Puma-Punku. Probablemente tenía una función astronómica, e indudablemente calendárica, como indican las imágenes talladas en el arco; estos relieves están dominados por una imagen mayor del dios Viracocha, que tiene en las manos unas armas de rayos que emulan claramente al Adad/Teshub de Oriente Próximo (fig. 106). De hecho, en *Los reinos perdidos* llegué a sugerir que se trataba de Adad/Teshub.

La Puerta del Sol está situada de tal manera que conforma una unidad de observación astronómica con la tercera construcción prominente de Tiahuanaco, denominada *Kalასasaya*. Se trata de una gran estructura rectangular con un patio central hundido y rodeado de pilares de piedra. La propuesta de Posnansky de que Kalასasaya pudiera haber servido como observatorio ha sido confirmada por posteriores exploradores; su conclusión, basada en las directrices arqueoastronómicas de Sir Norman Lockyer, de que los alineamientos astronómicos del Kalასasaya indican que se construyó miles de

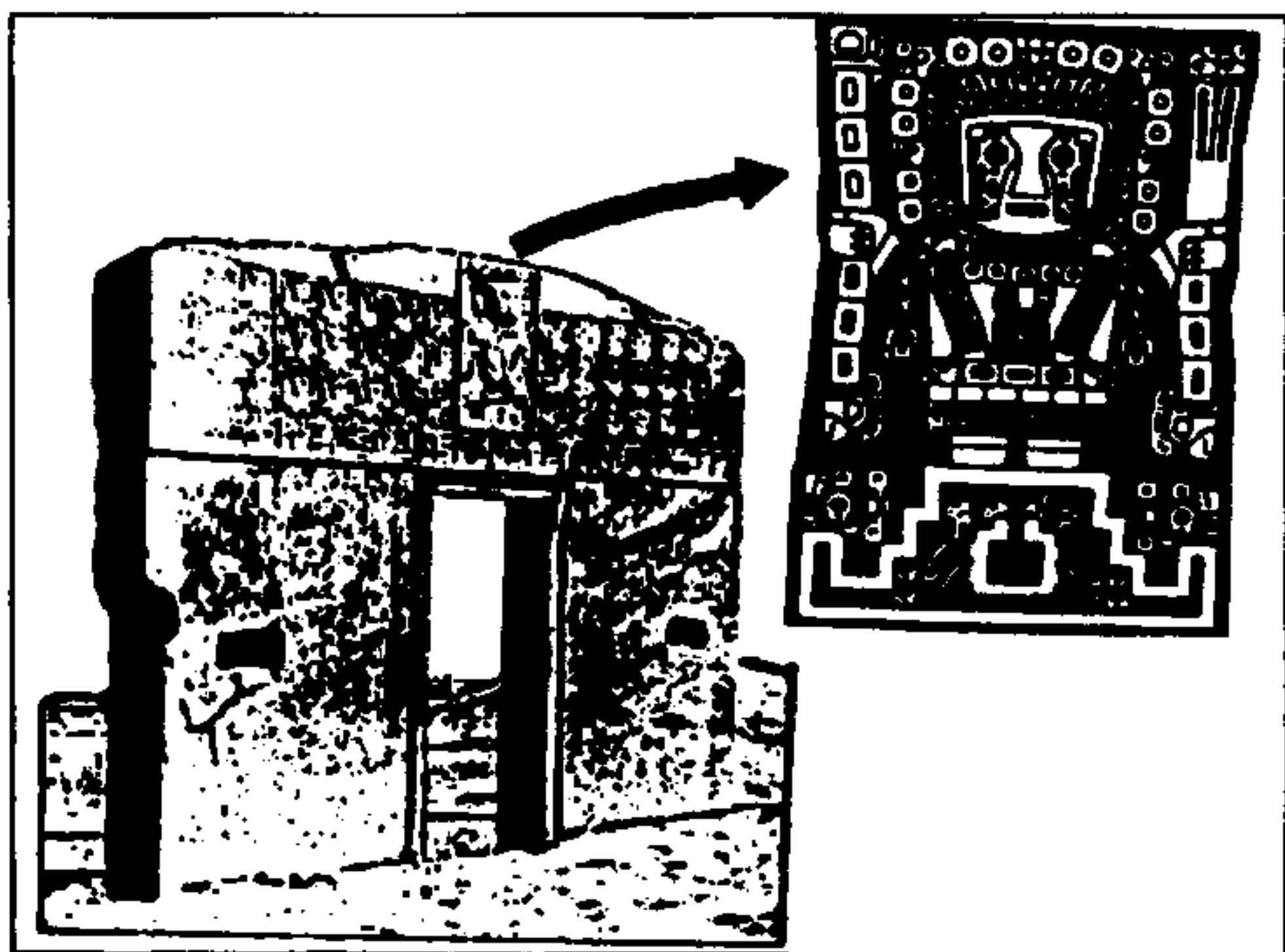


Figura 106

años antes de los incas resulta tan increíble que las instituciones astronómicas alemanas llegaron a enviar a sus equipos de científicos para comprobarlo. En su informe, y en las posteriores verificaciones adicionales realizadas (véase la revista científica *Baessler Archiv*, volumen 14), se afirmaba que la orientación del Kalasasaya se ajustaba incuestionablemente con la oblicuidad de la Tierra hacia 10.000 a. C., o bien hacia 4000 a. C.

Como ya dije en *Los reinos perdidos*, las dos fechas encajarían con mis conclusiones, siendo la primera poco antes del Diluvio, cuando comenzaron aquí las operaciones para la obtención de oro, o siendo la última fecha coincidente con la visita de Anu; ambas dataciones coincidirían también con las actividades de los anunnaki en la zona, y las evidencias de la presencia de los dioses enlilitas se pueden encontrar por todas partes en la región.

Las investigaciones arqueológicas, geológicas y mineralógicas realizadas en el lugar han confirmado que Tiahuanaco fue también un centro metalúrgico. Basándome en los distintos hallazgos y en las imágenes de la Puerta del Sol (fig. 107a), y en su similitud con las representaciones halladas en los antiguos emplazamientos hititas de Turquía (fig. 107b), he llegado a la conclusión de que las operaciones para la obtención de oro (¡y de estaño!) realizadas aquí fueron supervisadas por Ishkur/Adad, el hijo menor de Enlil. Sus dominios en el Viejo Mundo estuvieron en Anatolia, donde los hititas le dieron culto como Teshub, el «dios del clima», cuyo símbolo era la vara del rayo; este símbolo, de unas dimensiones gigantescas y grabado en la ladera de una montaña (fig. 108), se puede ver desde el aire o desde el océano en la bahía de Paracas, Perú, un refugio natural que se encuentra a los pies de las montañas donde se encuentra Tiahuanaco. Este símbolo, al que apodan el Candelabro, tiene 128 metros de largo por 73 de ancho, y sus líneas, que tienen entre 1,5 y 4,5 metros de anchura, están

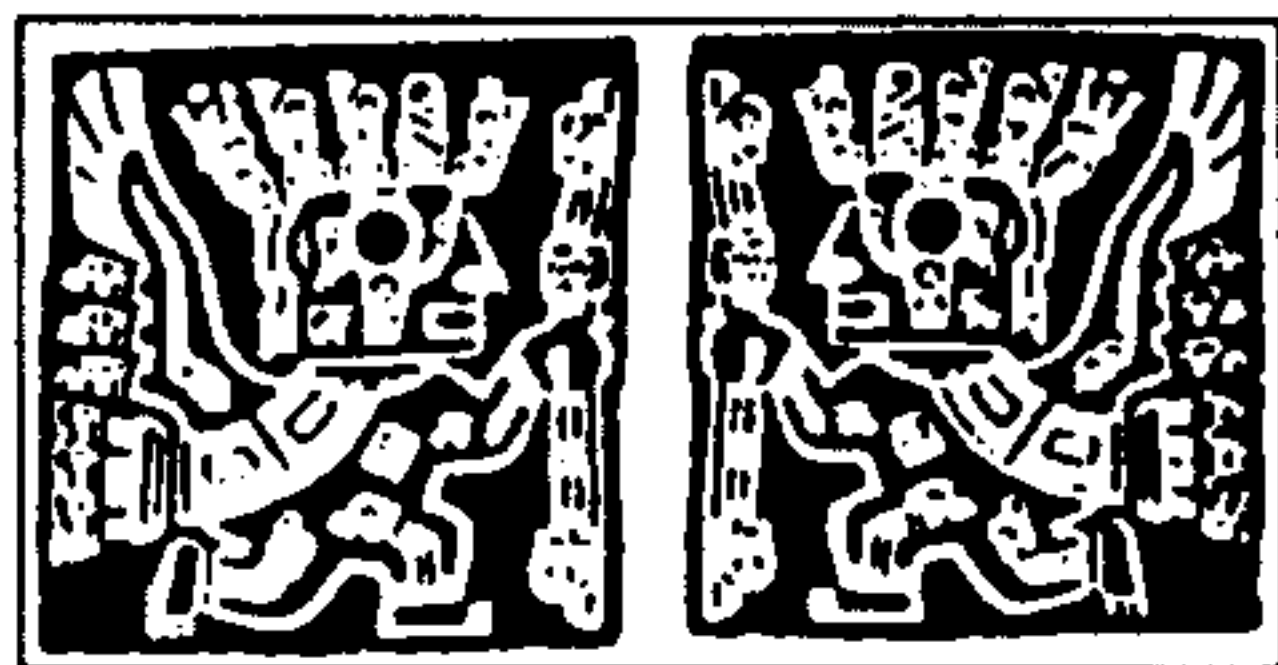


Figura 107a

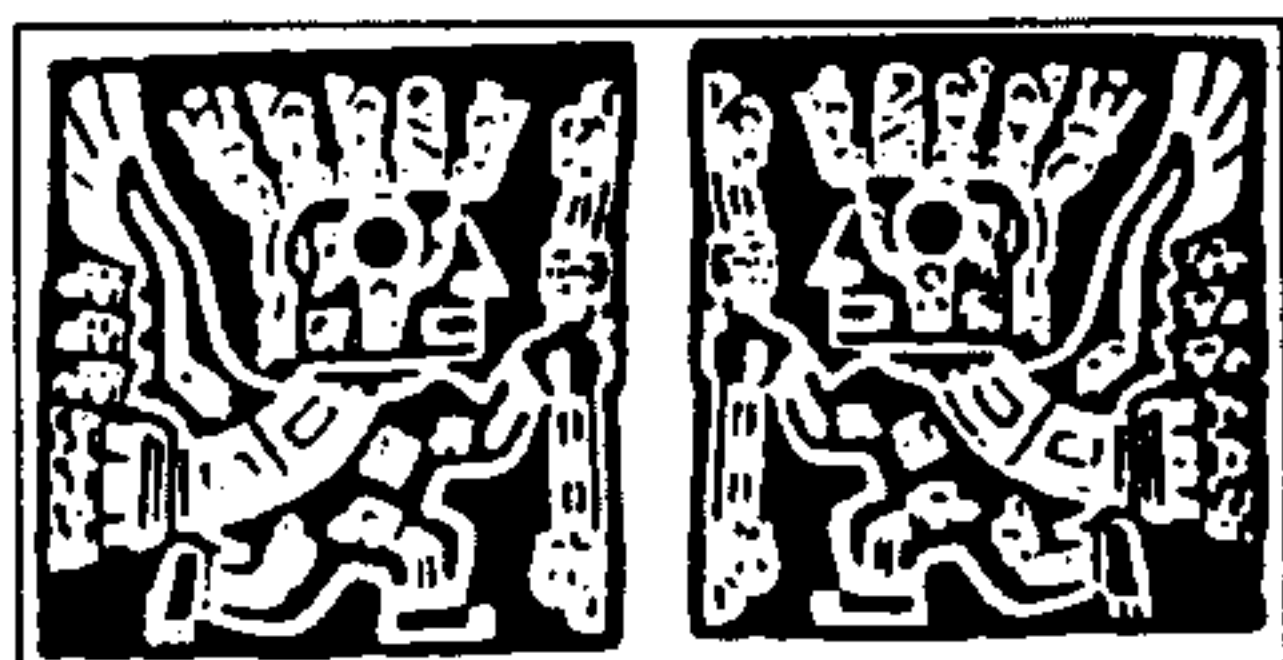


Figura 107b

grabadas en la dura roca hasta una profundidad de alrededor de 60 centímetros, y nadie sabe quién lo hizo, ni cuándo ni cómo se hizo, a menos que fuera el mismo Adad quien quisiera dejar clara su presencia allí.

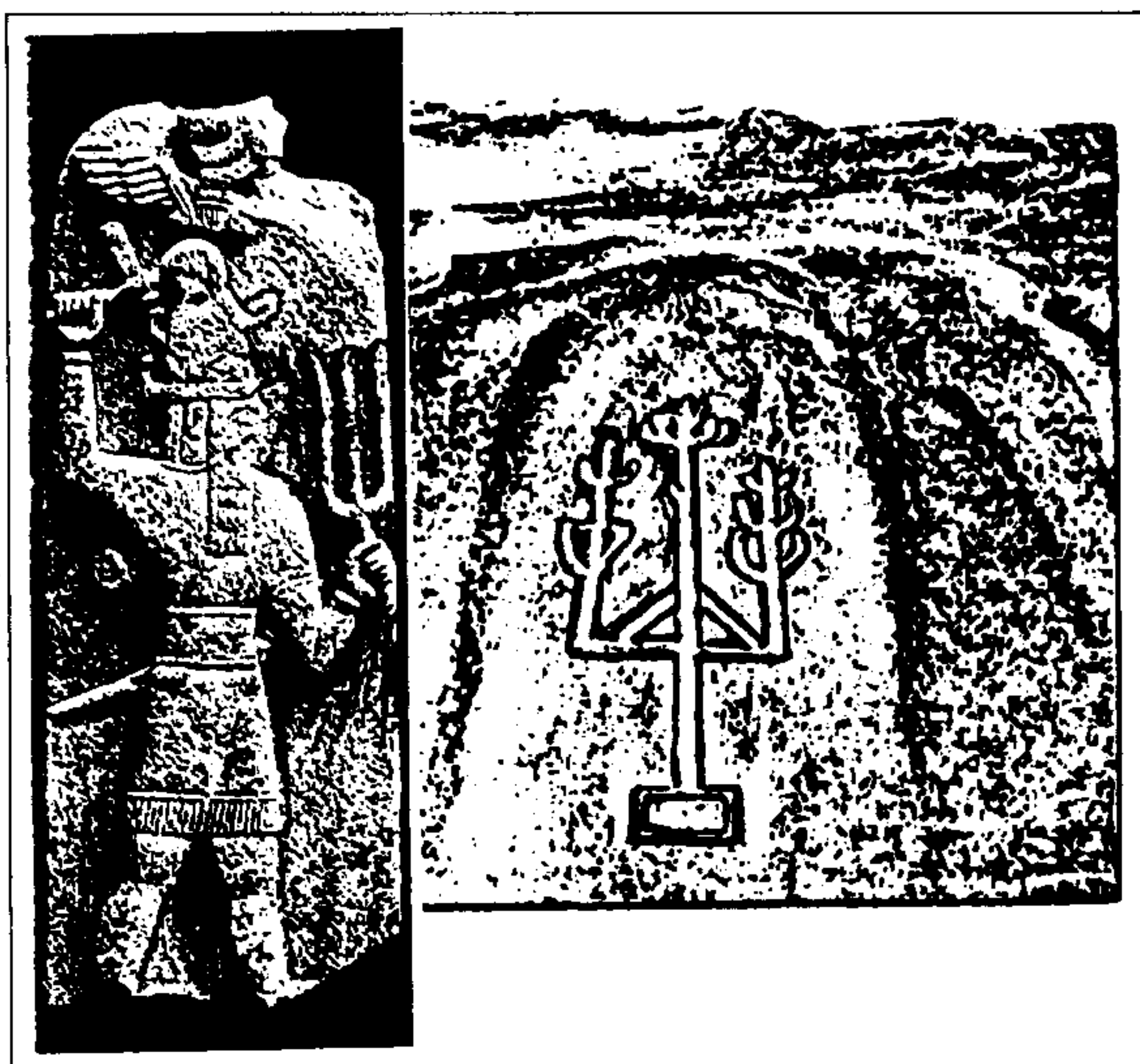


Figura 108

Al norte de la bahía, tierra adentro, en el desierto que se extiende entre los ríos Ingenio y Nazca, los exploradores han encontrado uno de los enigmas más desconcertantes de la antigüedad, las llamadas *Líneas de Nazca*. Consideradas por muchos como «las obras de arte más grandes del mundo», estas líneas se extienden por una inmensa área (¡de más de quinientos kilómetros cuadrados!) que va desde la *pampa* (desierto llano) hasta las montañas, una gigantesca extensión que «alguien» utilizó como lienzo para dibujar sobre él multitud de imágenes; los dibujos son tan enormes que carecen de sentido desde el suelo; pero si se observan desde el aire, ofrecen la clara imagen de animales y pájaros conocidos e imaginarios (fig. 109). Los

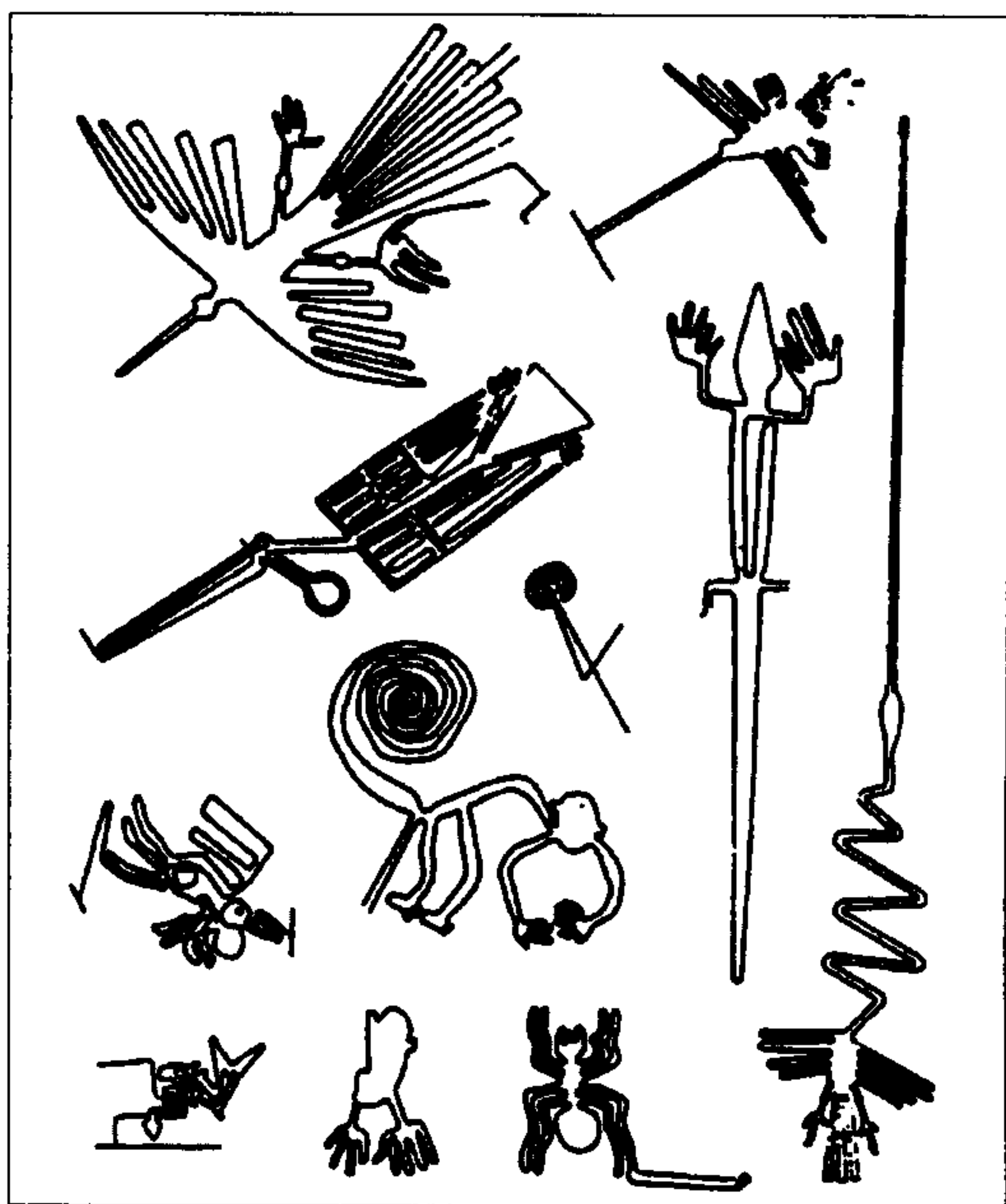


Figura 109

dibujos se trazaron quitando la capa superficial del suelo hasta una profundidad de varios centímetros, y se llevaron a cabo con una línea continua que hace curvas y giros sin cruzarse nunca consigo misma. Cualquiera que sobrevuela la región (hay un servicio de avionetas para turistas en la zona) llega invariablemente a la conclusión de que «alguien» *con capacidades aéreas* utilizó algún dispositivo de perforación para hacer garabatos en el suelo del desierto.

Sin embargo, con una relevancia directa en el tema de la partida de los dioses, hay otro misterio aún más desconcertante en las Líneas de Nazca: la existencia de «líneas» *que parecen pistas* (fig. 110). Estas pistas, perfectamente rectas y lisas (a veces estrechas, a veces amplias, a veces cortas, a veces largas), discurren en línea recta sobre colinas y valles, a despecho de la forma del terreno.

Hay alrededor de 740 «líneas» rectas, en ocasiones combinadas con «trapezoides» triangulares (fig. 111). Con frecuencia se cruzan entre sí sin orden ni concierto, discuriendo a veces sobre los dibujos de los animales, dando a entender que las líneas se hicieron en épocas diferentes.

Se han hecho varias tentativas para resolver el misterio de las líneas, entre las cuales se encuentra la de Maria Reiche, para quien la resolución del enigma se convirtió en el proyecto de su vida; pero todos los intentos realizados para explicarlo en términos de «lo hicieron los nativos del antiguo Perú» (las gentes de una «cultura de Nazca» o una «civilización de Paracas») han fracasado estrepitosamente. Las investigaciones encaminadas a descubrir orientaciones astronómicas en las líneas (como algunas de National Geographic Society) no llevaron a ninguna parte; y para aquellos que descartan una solución basada en «antiguos astronautas» el enigma sigue sin resolver.

Aunque las líneas más anchas parecen las pistas de aterrizaje de un aeropuerto, no parece que fuera ésta su función, dado que las líneas no están niveladas horizontalmente; discurren en línea recta sobre terreno desigual, ignorando colinas, barrancos y despeñaderos. De hecho, más que estar hechas para permitir el despegue, parecen ser *el resultado de los despegues*; es decir, parecen los rastros dejados en el suelo por las toberas de propulsión de alguna nave. El hecho de que las «cámaras celestiales» de los anunnaki disponían de tales toberas de propulsión viene indicado por los pictogramas sumerios (léase DIN.GIR) utilizados para identificar a los dioses del espacio (fig. 112).

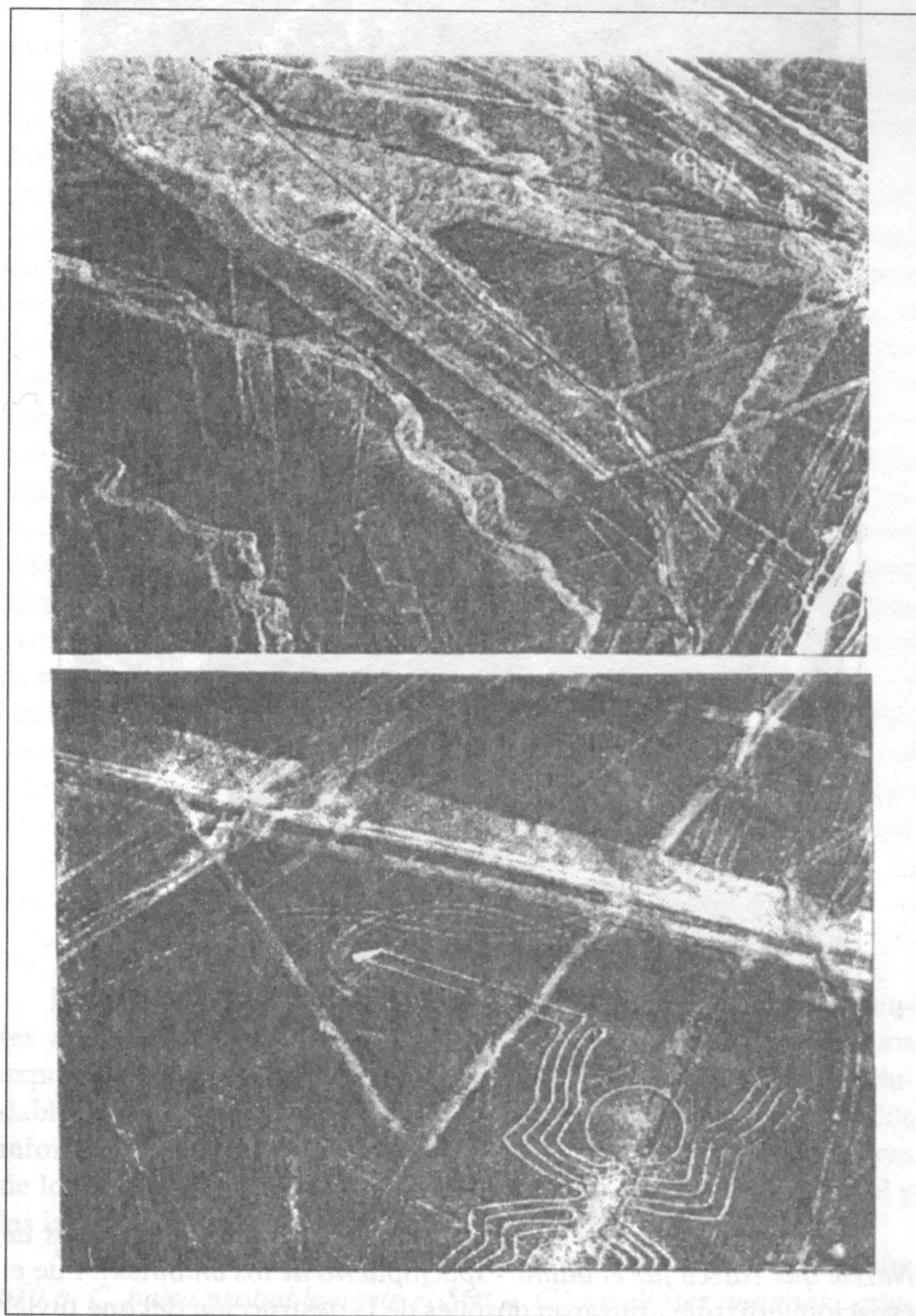


Figura 110



Figura 111

Y yo sugiero que ésta es la solución al enigma de las Líneas de Nazca: que Nazca fue el último espaciopuerto de los anunnaki. Fue el espaciopuerto que utilizaron después de la destrucción del que tuvieron en el Sinaí, y fue el espaciopuerto que utilizaron para su partida final.

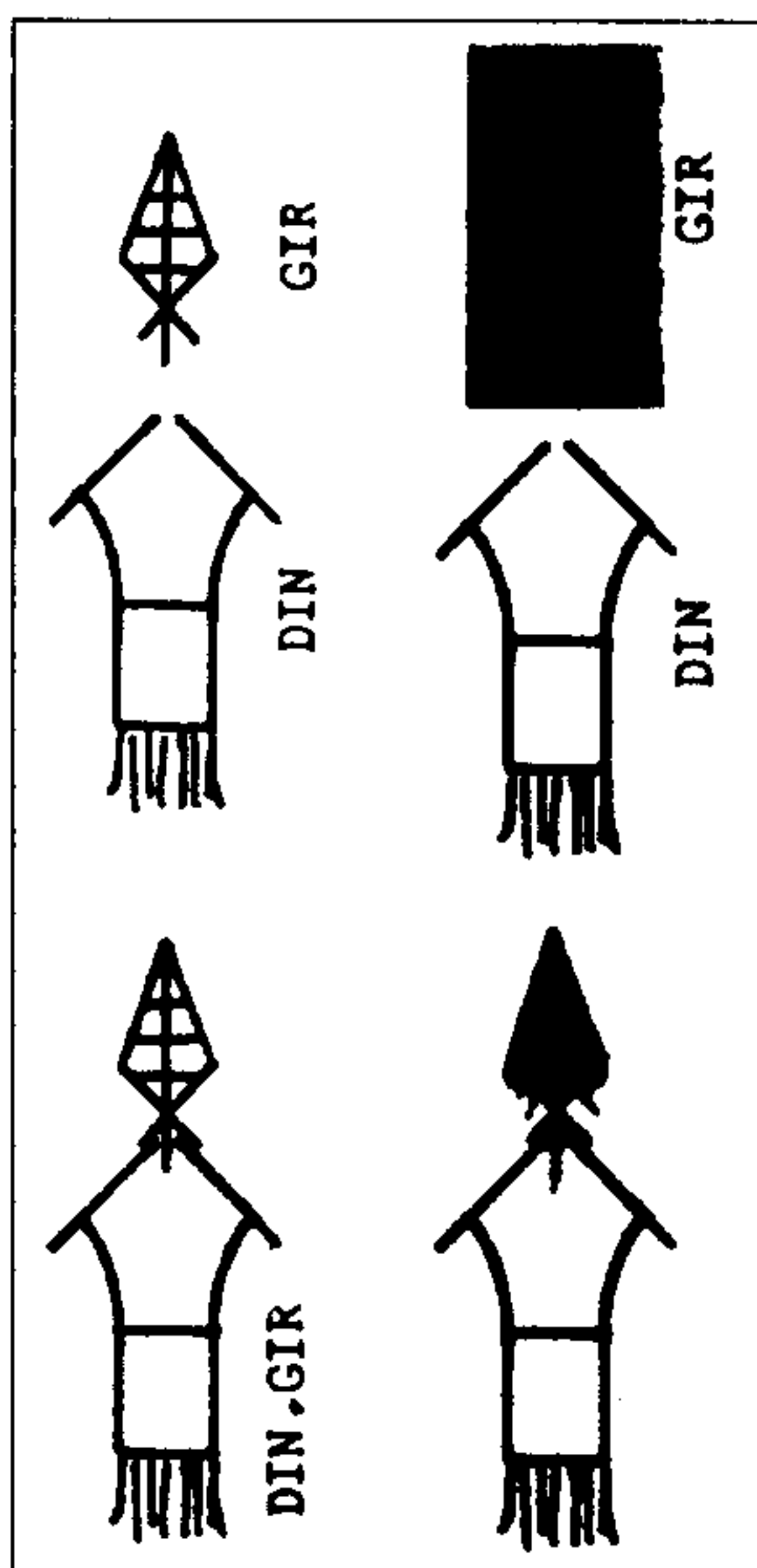


Figura 112

No existen textos sobre informes de testigos presenciales referentes a naves aéreas y vuelos en Nazca; sí que hay, como ya hemos expuesto, textos de Jarán y de Babilonia referentes a vuelos que indudablemente hacían uso del Lugar de Aterrizaje del Líbano. Entre los informes de testigos presenciales sobre estos vuelos y sobre las naves de los anunnaki se encuentran los testimonios del profeta Ezequiel y las inscripciones de Adda-Guppi y de Nebonido.

Necesariamente, la conclusión debe ser que, desde al menos el año 610 a. C. hasta probablemente el 560 a. C., los dioses anunnaki estuvieron abandonando progresivamente el planeta Tierra.

¿Adónde fueron cuando abandonaron la Tierra? Tuvieron que ir, evidentemente, a algún lugar desde el cual Sin, tras cambiar de opinión, pudo regresar a la Tierra en un tiempo relativamente corto, y ese lugar debió de ser la vieja estación de paso de Marte, desde la cual las naves espaciales de larga distancia podían acelerar para interceptar la órbita de Nibiru y aterrizar en él.

Tal como detallé en *El 12º planeta*, entre los conocimientos sumerios sobre nuestro sistema solar existen referencias sobre la utilización de Marte por parte de los anunnaki como estación de paso. Este hecho quedó evidenciado en una destacable representación hallada en un sello cilíndrico de 4.500 años de antigüedad que se encuentra actualmente en el Museo del Hermitage, en San Petersburgo, Rusia (fig. 113), en el que se ve a un astronauta en Marte (el sexto planeta) comunicándose con otro en la Tierra (el séptimo planeta, contando desde el exterior del sistema solar), con una nave espacial en los cielos entre los dos planetas. Beneficiándose de la gravedad de Marte, menor que la de la Tierra, los anunnaki habrían encontrado una base más fácil y lógica para el transporte de personal y de cargas en lanzaderas entre la Tierra y Marte, así como los intercambios con su planeta madre, Nibiru.

En 1976, cuando se planteó por primera vez esta hipótesis en *El 12º planeta*, Marte aún se tenía por un planeta hostil, sin aire, sin agua y sin vida, y la propuesta de que hubiera podido existir allí una base espacial parecía aún más descabellada para los expertos oficiales que la de los «astronautas de la antigüedad».

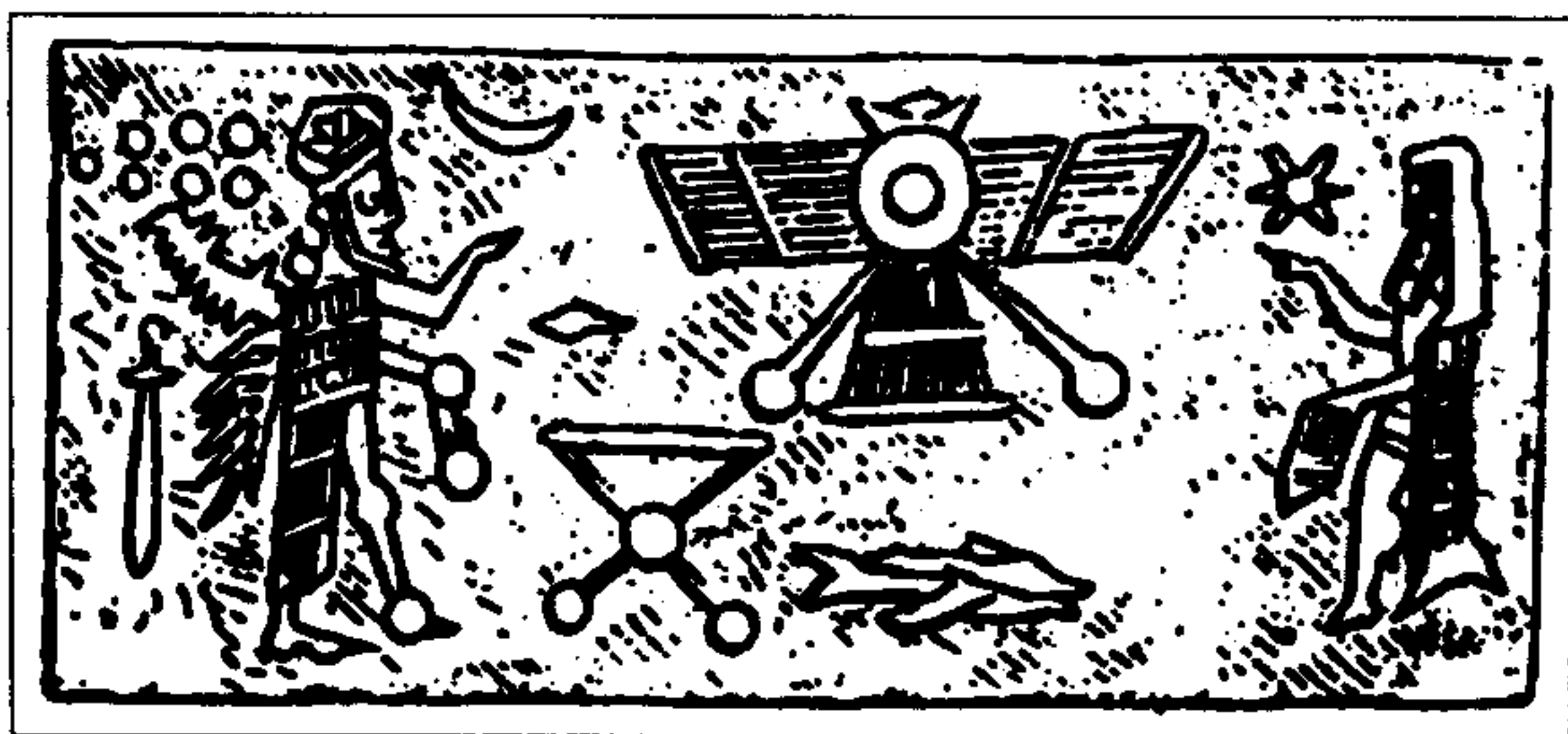


Figura 113

Pero, para cuando se publicó *El Génesis revisado*,* en 1990, la NASA había hecho ya suficientes fotografías y hallazgos en Marte como para que yo pudiera escribir todo un capítulo titulado «Una base espacial en Marte». Las evidencias demostraban que en Marte hubo agua en otro tiempo, e incluí fotografías de estructuras amuralladas y carreteras, de algo parecido a un complejo central (en la fig. 114 se pueden ver dos de estas fotografías) y de la famosa Cara (fig. 115).

Tanto los Estados Unidos como la Unión Soviética (ahora Rusia) hicieron grandes esfuerzos por llegar a Marte y explorarlo con naves espaciales no tripuladas; a diferencia de otras empresas espaciales, las misiones a Marte, a las que posteriormente se sumaría la Unión Europea, se han encontrado con una inusual, turbadora y desconcertante tasa de fracasos, incluida la extraña e inexplicada desaparición de una nave espacial. Pero gracias a sus insistentes esfuerzos, las naves no tripuladas norteamericanas, rusas y europeas han podido explorar Marte durante las dos últimas décadas. Las revistas científicas (las mismas que dudaban de todo en los años setenta del siglo XX) han ofrecido multitud de informes, de investigaciones y de fotografías en los que se demuestra que Marte tuvo, y todavía tiene, una fina pero considerable atmósfera, que en otro tiempo tuvo ríos, lagos y océanos, y que aún tiene agua, en algunos lugares bajo la superficie y en otros casos en forma de pequeños pero visibles lagos helados, como se puede constatar en la recopilación de titulares que aparece en la fig. 116. En el año 2005, los Mars Rovers de la NASA enviaron evidencias químicas y fotográficas que venían a respaldar estas conclusiones, que junto con algunas de las sorprendentes fotografías de los Rovers, en las que se aprecian ruinas de construcciones (como un muro medio cubierto de arena que muestra unas evidentes esquinas en ángulo recto, fig. 117), deberían bastar para afirmar que *Marte pudo cumplir la función, y de hecho cumplió la función, de estación de paso de los anunnaki*.

Marte fue el primer destino de aquellos dioses que se fueron, como lo confirma el retorno relativamente rápido de Sin. ¿Quién más se fue? ¿Quién se quedó aquí? ¿Quién pudo volver?

Sorprendentemente, algunas de las respuestas a estas preguntas nos llegan también de Marte.

* Publicado en castellano por Ediciones Obelisco, Barcelona, 2005.

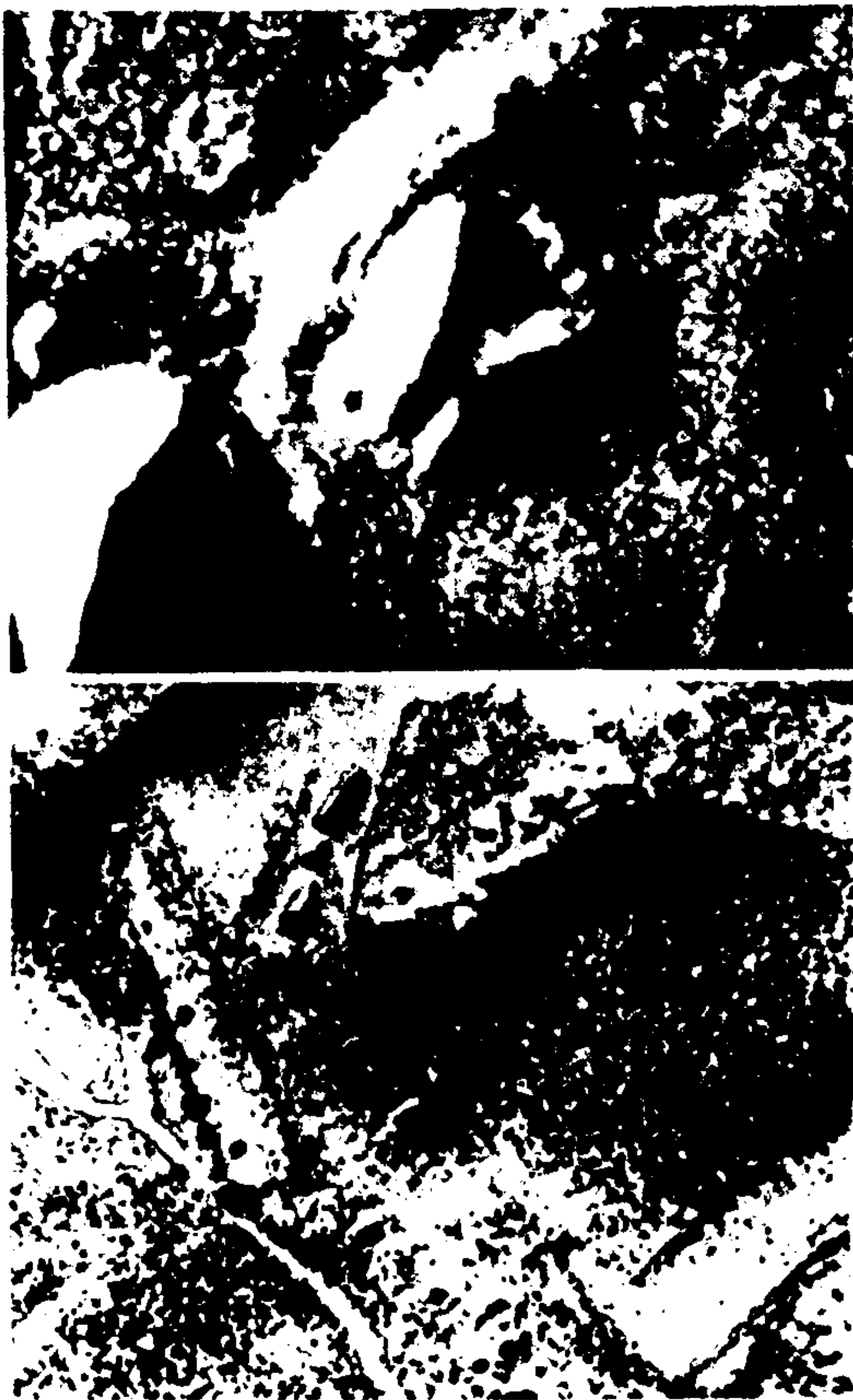


Figura 114



Figura 115

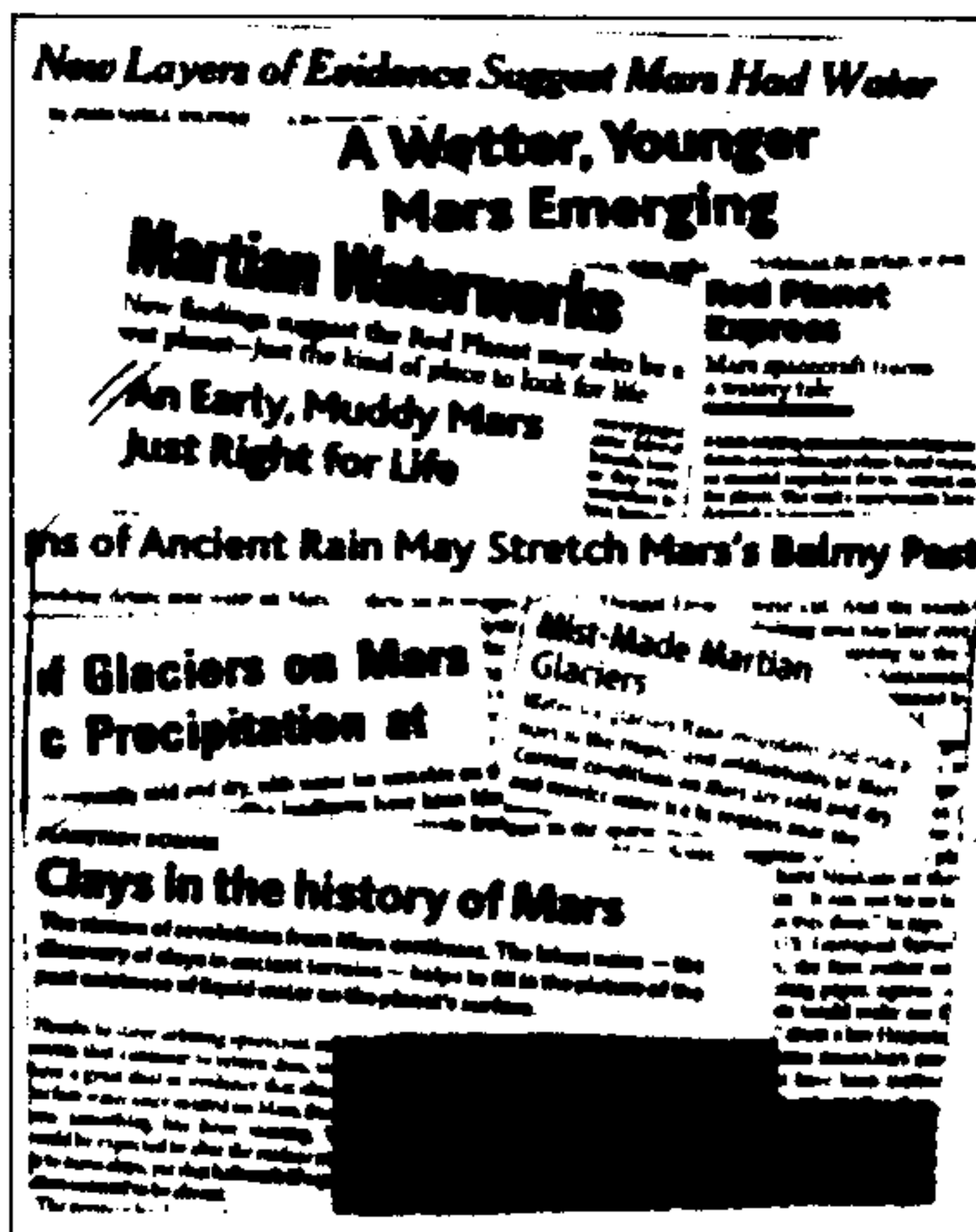


Figura 116



Figura 117

14

•

EL FINAL DE LOS TIEMPOS

Entre los recuerdos de la humanidad de hitos decisivos del pasado («leyendas» o «mitos» para la mayoría de los historiadores) existen relatos que se tienen por universales, en el sentido que forman parte del legado cultural o religioso de pueblos de toda la Tierra. Los relatos de una primera pareja humana, de un Diluvio o de unos dioses que vinieron de los cielos pertenecen a esta categoría. Y también pertenecen a esta categoría los relatos de los dioses que se fueron y regresaron a los cielos.

Para nosotros tienen un interés muy particular los recuerdos colectivos de los pueblos y de los lugares donde tuvieron lugar los despegues de partida. Hasta ahora, hemos dado cuenta de las evidencias del Oriente Próximo de la antigüedad; pero también nos han llegado evidencias de América, y tienen que ver tanto con dioses enlilitas como enkiitas.

En Sudamérica, a la principal deidad se la llamaba *Viracocha* («Creador de Todo»). Los nativos aimara de los Andes dicen que su morada estaba en Tiahuanaco, y que este dios le dio a las dos primeras parejas de hermano y hermana una varita de oro con la cual pudieran encontrar el lugar exacto para la construcción de Cuzco (la posterior capital inca), el emplazamiento para el observatorio de Machu Picchu y otros lugares sagrados. Y dicen que, después de instruirlos debidamente, *partió*. El grandioso trazado, que simulaba un zigurat cuadrado con las esquinas orientadas a los puntos cardinales, marcaría posteriormente la dirección de su partida (fig. 118). Ya hemos identificado al dios de Tiahuanaco con el Teshub/Adad del panteón hitita/sumerio, el hijo pequeño de Enlil.

En América Central fue *Quetzalcóatl*, «la Serpiente Alada», quien trajo la civilización. También lo hemos identificado, en este caso como al dios del panteón egipcio Thot (Ningishzidda para los sume-

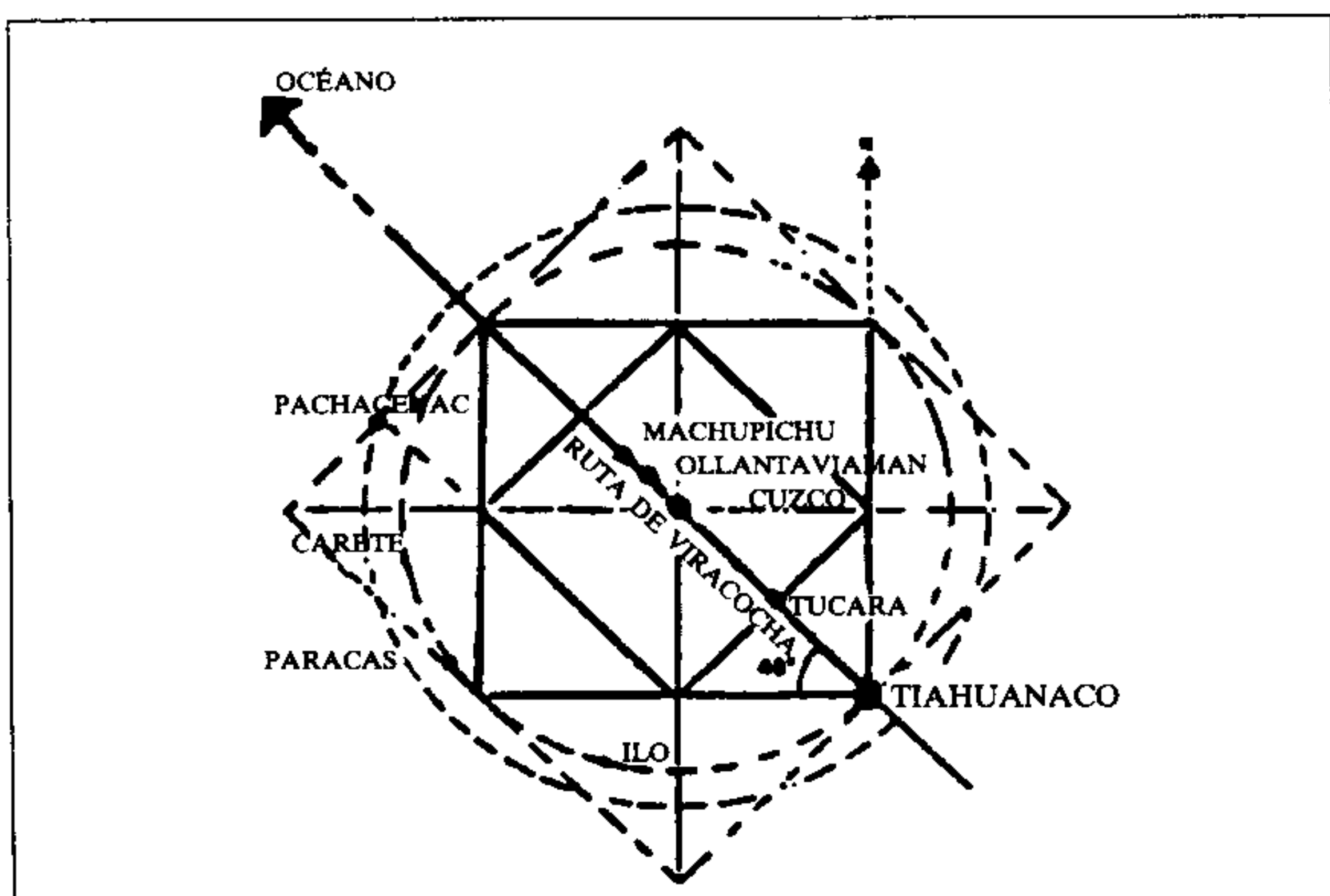


Figura 118

rios), hijo de Enki, aquel que, en 3113 a. C., llevó consigo a sus seguidores africanos para fundar la civilización en América Central. Aunque no se especificó el momento de su partida, tuvo que coincidir con el hundimiento de la cultura de sus protegidos africanos, los olmecas, y con el simultáneo auge de los nativos mayas, en torno a 600/500 a. C. En América Central existe la leyenda de que, al partir, prometió *volver* (en el aniversario de su número sagrado, el 52).

Y así fue cómo, a mediados del primer milenio a. C., una cultura tras otra se fue viendo desamparada con la partida de sus dioses largo tiempo adorados; y no pasaría mucho tiempo hasta que la humanidad comenzara a plantearse una nueva pregunta (pregunta que también me han formulado mis lectores): «¿Volverán?».

Como una familia abandonada por el padre, la humanidad se aferró a la esperanza de un Retorno; y luego, como un huérfano desvalido, la humanidad buscó un salvador. Y los profetas anunciaron que esto sucedería sin duda... al Final de los Tiempos.

En el momento álgido de su presencia en la Tierra, los anunnaki llegaron a contar con seiscientos individuos, además de otros trescientos igigi con base en Marte. Su número fue descendiendo a partir del

Diluvio, y especialmente después de la visita de Anu, hacia 4000 a. C. De los dioses que se citan en los primitivos textos sumerios y en las largas listas de dioses, pocos permanecieron en la Tierra con el paso de los milenios. La mayoría regresó a su planeta madre; y algunos, a pesar de su pretendida «inmortalidad», murieron en la Tierra. Entre ellos, Zu y Set, derrotados en sendas batallas; Osiris, que fue desmembrado; Dumuzi, que murió ahogado; o Bau, que se vio afectada por las radiaciones nucleares. Y el dramático final de la historia tuvo lugar cuando los anunnaki partieron de la Tierra, con el retorno de Nibiru.

Los tiempos asombrosos en los que los dioses residían en los recintos sagrados de las ciudades de los hombres, en que el faraón afirmaba que un dios le había acompañado en su carro de guerra, en que el rey asirio alardeaba de haber recibido la ayuda de los cielos, habían terminado.

Ya en tiempos del profeta Jeremías (626-586 a. C.), los judíos se burlaban de las naciones vecinas que daban culto no a un «dios vivo», sino a ídolos de piedra, madera o metal de factura humana, dioses que había que transportar, pues no podían caminar.

Cuando los anunnaki partieron, ¿quiénes de los grandes dioses permanecieron en la Tierra? A juzgar por los nombres que se mencionan en los textos y en las inscripciones del período inmediatamente posterior, podemos tener la certeza de que sólo quedaron Marduk y Nabu de entre los enkiitas; y de los enlilitas, Nannar/Sin, su esposa Ningal/Nikkal y su ayudante Nusku, y probablemente también Ishtar. A cada lado de la gran división religiosa ahora sólo había un Gran Dios del Cielo y la Tierra: Marduk por parte de los enkiitas y Nannar/Sin por parte de los enlilitas.

La historia del último rey de Babilonia refleja las circunstancias del momento. Lo eligió Sin en su centro de culto de Jarán, pero precisó del consentimiento y de las bendiciones de *Marduk*, en Babilonia, y de la confirmación celeste que supuso la aparición del planeta de Marduk; y llevó el nombre de Nabonides (*Nabu-Na'id*). Este reinado divino compartido quizás fue un intento de implantar un mono-teísmo dual (por acuñar una expresión), pero *tuvo la consecuencia involuntaria de plantar las semillas del islam*.

Los registros históricos indican que ni dioses ni hombres se encontraban a gusto con estos arreglos. Sin, cuyo templo en Jarán fue restaurado, exigía que se reconstruyera también su gran templo zigurat de Ur y que se convirtiera en su centro de culto; y mientras, en Babilonia, los sacerdotes de Marduk se echaban las manos a la cabeza.

En una tablilla que se encuentra ahora en el Museo Británico, hay inscrito un texto que los expertos han titulado *Nabonides y el clero de Babilonia*. En él, podemos ver una lista de acusaciones de los sacerdotes de Babilonia contra Nabonides. Los cargos tratan de temas que van desde cuestiones civiles («no ha promulgado la ley y el orden»), pasando por el estado de abandono de la economía («los agricultores son corruptos», «las vías comerciales están bloqueadas») y la carencia de seguridad pública («los nobles son asesinados»), hasta la más grave de todas las acusaciones: el sacrilegio religioso:

Hizo una imagen de un dios que nadie había visto nunca en el país.

La puso en el templo, sobre un pedestal.

Le puso el nombre de Nannar y la adornó con lapislázuli.

La coronó con una tiara que tenía la forma de una luna eclipsada, poniéndole en la mano el gesto de un demonio.

Era, continuaban las acusaciones, una estatua extraña para una deidad, algo que nunca antes se había visto, «con el cabello cayéndole hasta el pedestal». Era tan inusual e inaudita, decían los sacerdotes, que ni siquiera Enki ni Ninmah (que terminaron haciendo extrañas criaturas y quimeras cuando intentaban forjar al hombre) «podrían haberla concebido»; era tan extraña que «ni siquiera el sabio Adapa—paradigma del saber humano supremo— podría haberle puesto nombre». Pero, para empeorar aún más las cosas, se esculpieron dos extrañas bestias como guardianas de la estatua: una era un «demonio del Diluvio» y la otra un toro salvaje; después, el rey tomó toda aquella abominación y la puso en el templo Esagil de Marduk. Pero aún más deleznable fue el anuncio de Nabonides de que, a partir de entonces, ya no se celebraría más la festividad del *Akitu*, durante la cual se representaba la cuasi muerte, resurrección, exilio y triunfo final de Marduk.

Tras declarar que el dios protector de Nabonides «le era hostil» y que «el que antes había sido el favorito de los dioses estaba ahora destinado al infortunio», los sacerdotes obligaron a Nabonides a abandonar Babilonia, y nombraron regente a su hijo Bel-Shar-Uzur, el Baltasar del bíblico Libro de Daniel.

La «región distante» a la cual fue Nabonides en su exilio libremente aceptado estaba en Arabia. Como atestiguan diversas inscripciones, en su séquito figuraban judíos exiliados de la región de Jarán. Su población principal se ubicó en un lugar llamado Temá (Tayma), un

centro de caravanas que se encuentra en lo que actualmente es la región noroccidental de Arabia Saudí, y que se menciona varias veces en la Biblia. (Excavaciones recientes han sacado a la luz tablillas con escritura cuneiforme que atestiguan la estancia de Nabonides.) Nabonides construyó otros seis asentamientos para sus seguidores; mil años después, cinco de ellos se relacionarían en algunos textos árabes como ciudades judías. *Una de ellas fue Medina, la ciudad donde Mahoma fundó el islam.*

El «tema judío» del relato de Nabonides se ha visto reforzado por el hecho de que, en un fragmento de los Manuscritos del mar Muerto, encontrados en Qumrán, a orillas del mar Muerto, se menciona a Nabonides y se afirma que en Temá padeció una «desagradable enfermedad de la piel», que sólo pudo sanar cuando «un judío le dijo que rindiera honores al Dios Altísimo». Todo esto ha llevado a especular con la posibilidad de que Nabonides terminara contemplando el monoteísmo; pero para Nabonides el Dios Altísimo no era el Yahveh de los judíos, sino su benefactor Nannar/Sin, el dios Luna, cuyo símbolo de la luna creciente terminaría siendo adoptado por el islam; y existen pocas dudas respecto a que las raíces de esta religión podrían remontarse a la estancia de Nabonides en Arabia.

Las informaciones sobre el paradero de Sin se desvanecen de los registros mesopotámicos tras la época de Nabonides. En unos textos descubiertos en Ugarit, un emplazamiento «cananeo» en la costa mediterránea de Siria llamado ahora Ras-Shamra, se dice que el dios Luna se retiró con su esposa en un oasis situado en la confluencia de dos masas de agua, «cerca de la grieta de los dos mares». Tras haber estado preguntándome siempre por qué la península del Sinaí debía su nombre al dios Sin y por qué su principal encrucijada de caminos recibió el nombre de su esposa Nikkal (el lugar se sigue llamando Nakhl, en árabe), supuse que la anciana pareja se retiró a algún lugar de las costas del mar Rojo, en el golfo de Eilat.

Los textos de Ugarit le llaman al dios Luna El (simplemente, «Dios»). En Arabia, se convertiría en el Allah del islam, y su símbolo de la luna creciente terminaría coronando todas las mezquitas musulmanas. Y como manda la tradición, las mezquitas siguen flanqueadas hasta el día de hoy por minaretes que simulan cohetes espaciales de varias fases listos para su despegue (fig. 119).

•

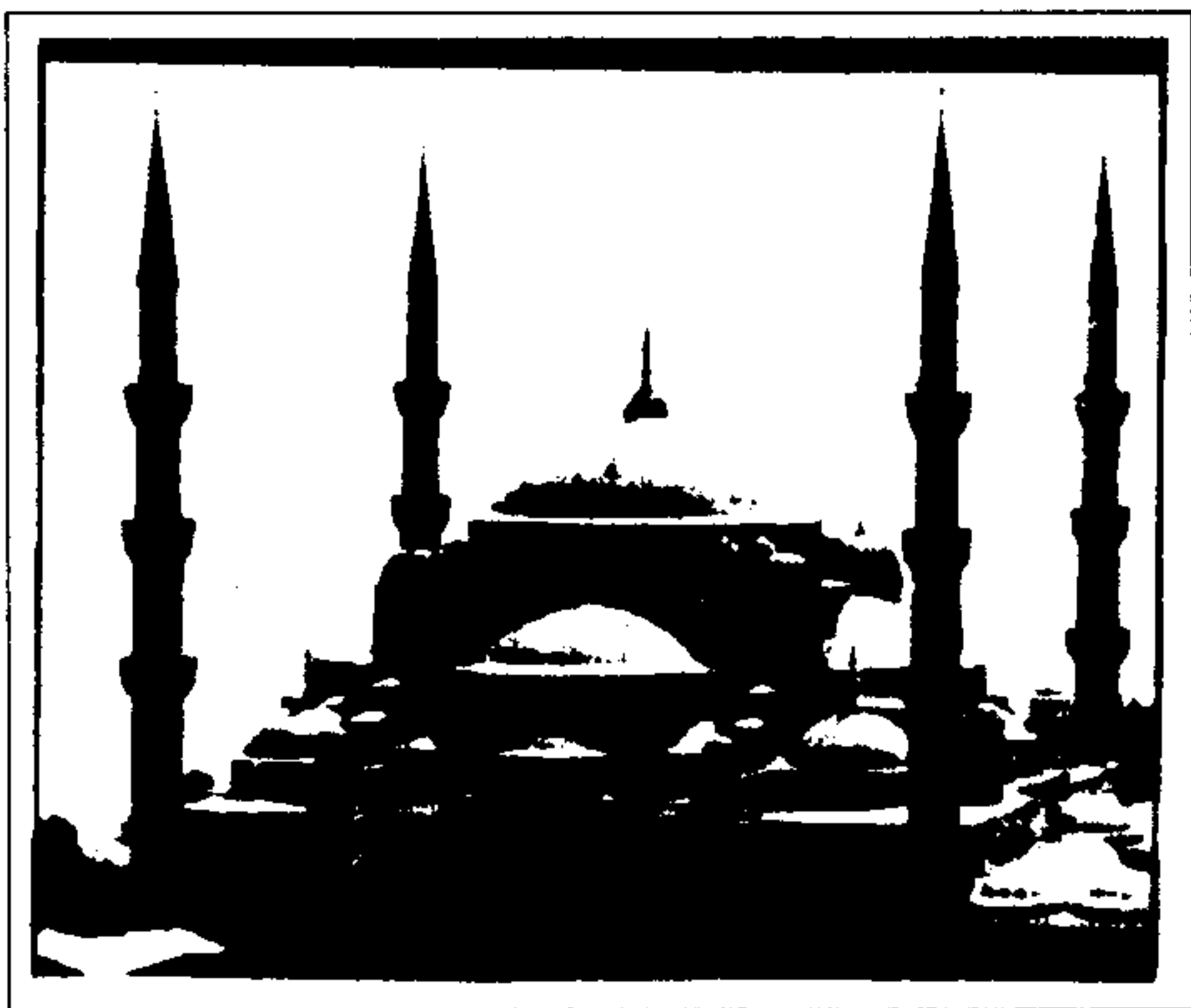


Figura 119

El último capítulo de la saga de Nabonides guarda relación con la aparición en la escena del mundo antiguo de los *persas*, nombre dado a una mezcla de pueblos y de Estados de la meseta iraní, entre los que se encontraban las antiguas regiones sumerias de Anshan y Elam, y el país de los posteriores medas (que tuvieron mucho que ver con el hundimiento de Asiria).

En el siglo VI a. C., una tribu a la que los historiadores griegos que dieron cuenta de sus hazañas llaman los *aqueménidas* emergió desde las estribaciones septentrionales de aquellos territorios, tomó el control de toda la región y unificó al resto de tribus hasta convertirse en un poderoso imperio.

Aunque racialmente se les tiene por indoeuropeos, su nombre tribal procedía del de su antepasado *Hakham-Anish*, que significa «hombre sabio» en hebreo (hecho que algunos atribuyen a la influencia de los exiliados judíos de las Diez Tribus que fueron reubicados por los asirios en aquella región). En términos religiosos, parece ser que los persas aqueménidas adoptaron un panteón sumerio-acadio similar al de su versión hurrita de Mitanni, que constituyó un paso intermedio hacia el panteón indo-ario de los Vedas sánscritos (una mezcla que se simplifica bastante bien diciendo que los persas

creían en un Dios Altísimo a quien llamaban *Ahura-Mazda*, «Verdad y Luz»).

En el año 560 a. C., tras la muerte del rey aqueménida, le sucedió en el trono su hijo Kurash, que dejaría una profunda huella en la historia. Nosotros le conocemos como *Ciro*, y la Biblia le llama *Koresh* y le considera un emisario de Yahveh con la misión de conquistar Babilonia, derrocar a su rey y reconstruir el derruido Templo de Jerusalén. «Aunque tú no me conoces, Yo, Yahveh, el Dios de Israel, soy Aquel que te ha llamado por tu nombre... Aquel que te ayudará aunque tú no me reconozcas», dice el Dios bíblico a través del profeta Isaías (44, 28 a 45, 1-4).

En el Libro de Daniel se predice de la forma más dramática el fin de la realeza babilónica. Daniel, que era uno de los judíos exiliados en Babilonia, servía en la corte de Baltasar. Durante un banquete real, apareció misteriosamente una mano de la nada y escribió en la pared *mene mene tekel upharsin*. Sobrecogido y desconcertado, el rey convocó a sus magos y adivinos para que descifrarán aquella inscripción, pero ninguno de ellos pudo darle una explicación. Como último recurso, hizo llamar a Daniel, que le interpretó al rey el significado de la inscripción: Dios ha sopesado a Babilonia y a su rey y, encontrándoles faltos, ha puesto número a sus días; encontrarán su fin a manos de los persas.

En el año 539 a. C., *Ciro* cruzó el Tigris hacia territorio babilónico y avanzó sobre Sippar, donde interceptó a Nabonides en su retirada. Y después, afirmando que el mismísimo Marduk le había invitado, entró en Babilonia sin necesidad de combatir. Tras ser recibido por los sacerdotes, que le consideraban un salvador frente al herético Nabonides y a su desagradable hijo, *Ciro* «tomó las manos de Marduk» y le rindió homenaje al dios. Más tarde, en una de sus primeras decisiones tras la victoria, rescindió el exilio de los judíos, permitió la reconstrucción del Templo de Jerusalén y ordenó la devolución de todos los objetos rituales del Templo que Nabucodonosor había saqueado.

Los exiliados, a su regreso, y bajo el liderazgo de *Ezrá* y de *Nehe-mías*, culminaron la reconstrucción del Templo (que a partir de entonces se conocería como el Segundo Templo) en el año 516 a. C., tal como había profetizado Jeremías setenta años después de la destrucción del Primer Templo. La Biblia considera a *Ciro* un instrumento de los planes de Dios, un «ungido de Yahveh»; los historiadores creen que *Ciro* proclamó una amnistía religiosa general mediante la cual se



Figura 120

permitía que cada pueblo realizara sus cultos libremente. En cuanto a lo que Ciro pudiera creer, y a juzgar por el monumento que erigió para sí mismo, da la impresión de que se veía como un querube alado (fig. 120).

Ciro (al que algunos historiadores le añaden a su nombre el epíteto de «el grande») consolidó en el inmenso imperio persa todas las tierras que en otro tiempo habían formado Sumer y Acad, Mari y Mitanni, Hatti y Elam, Babilonia y Asiria. Para su hijo, Cambises (530-522 a. C.), quedaría la tarea de extender el imperio hasta Egipto, que estaba recuperándose de un período de caos que algunos consideran como el Tercer Período Intermedio, durante el cual se disgregó, cambió varias veces de capital, fue gobernado por invasores nubios o no tuvo ni siquiera una autoridad central. Pero también estaba sumido en el caos religioso. Sus sacerdotes no sabían muy bien a quién venerar, hasta el punto de que el culto principal era el de un dios muerto, Osiris, que la deidad principal era la diosa Neit (cuyo título era el de *Madre de Dios*) y que el principal «objeto de culto» era un toro, el sagrado toro Apis, en cuyo honor se celebraban unos elaborados funerales. Cambises, al igual que su padre, no era un fanático religioso, y dejaba que el pueblo diera culto a quien le pareciera mejor; incluso (según la inscripción de una estela que se encuentra

actualmente en los Museos Vaticanos) aprendió los secretos del culto de Neit y participó en el funeral ceremonial de un toro Apis.

La política religiosa de *laissez-faire* trajo la paz al imperio persa, pero no sería una paz demasiado duradera. Malestares, sublevaciones y rebeliones brotarían por todas partes. Especialmente problemáticos serían los crecientes lazos comerciales, culturales y religiosos entre Egipto y Grecia. (Gran parte de la información de la que disponemos acerca de este tema procede del historiador griego Herodoto, que se ocupó extensamente de Egipto tras su visita al país en torno a 460 a. C., coincidiendo con el inicio de la «era dorada» de Grecia.) Los persas no debían de estar muy contentos con aquellos lazos, principalmente porque los mercenarios griegos solían participar en las sublevaciones regionales. Particularmente preocupantes eran también las provincias de Asia Menor (la actual Turquía), en el extremo occidental de Asia, desde donde los persas miraban a Europa y a los griegos. En Asia Menor, los colonos griegos revitalizaban y reforzaban sus antiguas poblaciones, mientras los persas intentaban protegerse de los problemáticos europeos apoderándose de las islas griegas más cercanas.

Las crecientes tensiones se convirtieron en guerra abierta cuando los persas invadieron la Grecia continental y fueron derrotados en la batalla de Maratón, en el año 490 a. C. Una década más tarde, otra invasión persa por mar sería repelida por los griegos en el estrecho de Salamina, pero las escaramuzas y las batallas por el control de Asia Menor continuarían durante un siglo, aun cuando en Persia un rey sucediera a otro y en Grecia atenienses, espartanos y macedonios lucharan entre sí por la supremacía.

En aquellas contiendas dobles (una entre los griegos continentales y la otra con los persas) el apoyo de los colonos griegos de Asia Menor fue sumamente importante. Tan pronto como el rey macedonio Filipo II consiguió imponerse en la Grecia continental, envió a una parte de su ejército sobre el Helesponto (el actual estrecho de Dardanelos) para asegurarse la lealtad de los colonos griegos. En el año 334 a. C., su sucesor, Alejandro («el Grande»), encabezando un ejército de quince mil hombres, cruzó aquel mismo estrecho y emprendió una amplia contienda contra los persas.

Las sorprendentes victorias de Alejandro y el sometimiento resultante del antiguo Oriente al dominio occidental (griego) han sido objetos de análisis para los historiadores (comenzando con aquellos que acompañaron a Alejandro) y no hace falta que nos detengamos en

ello. Pero lo que sí precisa de explicación son las razones *personales* de la incursión de Alejandro en Asia y África; pues, por detrás de todas las razones geopolíticas y económicas de la gran guerra entre griegos y persas, se hallaba la propia búsqueda personal de Alejandro: había persistentes rumores en la corte de Macedonia de que el verdadero padre de Alejandro no había sido el rey Filipo, sino un dios, un dios egipcio, que había llegado hasta la reina Olimpia disfrazado como un hombre. El panteón griego procedía del otro lado del Mediterráneo, y estaba encabezado, al igual que el panteón sumerio, por los doce olímpicos. Con unos relatos divinos («mitos») que emulaban a los relatos divinos de Oriente Próximo, la aparición de tal dios en la corte macedónica no debió de parecerles una idea descabellada. Y más si tenemos en cuenta los tejemanejes cortesanos, en los que el rey recibía los favores de una joven amante egipcia, y los divorcios y asesinatos que traían consigo los conflictos matrimoniales. Los «rumores» sobre la paternidad de Alejandro se tenían por ciertos, y el primero que creía en ellos era el mismo Alejandro.

La visita que hizo Alejandro al oráculo de Delfos para averiguar si era realmente el hijo de un dios, y por tanto inmortal, no hizo más que acrecentar el misterio; se le aconsejó que buscara la respuesta en un lugar sagrado de Egipto. Y así, tras vencer a los persas en la primera batalla, Alejandro, en vez de perseguirles, abandonó al grueso de su ejército y se dirigió precipitadamente al oasis de Siwa, en Egipto. Allí, los sacerdotes le aseguraron que era ciertamente un semidiós, el hijo del dios carnero Amón. Y, para celebrarlo, Alejandro hizo una emisión de monedas de plata con su efigie, con unos cuernos de carnero adornando su cabeza (fig. 121).

Pero, ¿qué pasaba con la inmortalidad? Mientras que el curso de la contienda y las conquistas de Alejandro han quedado documentados por su historiador de campaña, Calístenes, y por otros historiadores, su búsqueda personal de la inmortalidad se conoce principal-



Figura 121

mente a partir de fuentes que pasan por ser pseudo-Calístenes, o por «El romance de Alexandre», que embelleció los hechos con la leyenda. Tal como se explicó en *La escalera al cielo*, los sacerdotes egipcios dirigieron a Alejandro de Siwa a Tebas. Allí, en la orilla occidental del Nilo, en el templo funerario que construyera Hatshepsut, Alejandro pudo ver la inscripción que atestiguaba que esta reina egipcia había sido engendrada por el dios Amón, que se presentó ante su madre con el aspecto de su real marido, exactamente igual que en el relato de la concepción semidivina de Alejandro. En el gran templo de Ra-Amón de Tebas, en el Sancta Sanctorum, Alejandro fue coronado faraón. Y luego, siguiendo las directrices que le dieran en Siwa, se sumergió en los túneles subterráneos de la península del Sinaí, para ir por último adonde se encontraba Ra-Amón, alias Marduk, a Babilonia. Reanudando las batallas con los persas, Alejandro llegó a Babilonia en el año 331 a. C., donde entró triunfalmente sobre su propio carro de batalla.

Una vez en el recinto sagrado, se dirigió al templo zigurat del Esagil para tomar de las manos a Marduk, como habían hecho otros conquistadores antes que él. *Pero el gran dios había muerto.*

Según las pseudo-fuentes, Alejandro vio al dios en un ataúd de oro, con el cuerpo sumergido (o preservado) en aceites especiales. Sea verdad o no, lo cierto es que *Marduk ya no vivía*, y que su zigurat Esagil sería calificado por los posteriores historiadores oficiales, sin excepción, como su *tumba*. Según Diodoro de Sicilia (siglo I a. C.), cuya *Bibliotheca historica* pasa por haber sido compilada a partir de fuentes verificables y fidedignas, «los eruditos a los que llaman caldeos, que se han granjeado una gran reputación en astrología, y que están habituados a predecir acontecimientos futuros mediante un método basado en antiquísimas observaciones» advirtieron a Alejandro que moriría en Babilonia, pero que «podría eludir su suerte si reerigía *la tumba de Belus*, que los persas habían demolido» (Libro XVII, 112.1). Volviendo a la ciudad de todas formas, Alejandro no tuvo ni la mano de obra ni el tiempo necesario para hacer aquellas reparaciones, y de hecho murió en Babilonia en el año 323 a. C.

En el siglo I a. C., el historiador y geógrafo Estrabón, que había nacido en una ciudad griega de Asia Menor, describió Babilonia en su afamada *Geografía*, en la que dio cuenta de su inmenso tamaño, de su «jardín colgante», que era una de las siete maravillas del mundo, de sus altos edificios contruidos con ladrillos cocidos, etcétera, y añadió, en la sección 16.I.5, lo que viene a continuación:

Aquí también está la tumba de Belus, ahora en ruinas, después de ser demolida por Jerjes, como se cuenta. Era una pirámide cuadrangular de ladrillo cocido, que no sólo tenía un estadio de altura, sino que sus lados también tenían un estadio de longitud. Alejandro intentó restaurar esta pirámide; pero habría sido una ardua empresa y habría requerido de largo tiempo, de modo que no pudo finalizar lo que pretendía.

Según esta fuente, la *tumba de Bel-Marduk* fue destruida por Jerjes, que fue rey de los persas (y rey de Babilonia) desde 486 hasta 465 a. C. Estrabón, en el Libro 5, había afirmado con anterioridad que *Belus* yacía en un ataúd cuando Jerjes decidió destruir el templo, en el año 482 a. C. Así pues, Marduk habría muerto no mucho antes (los más importantes asiriólogos alemanes, reunidos en la Universidad de Jena en 1922, llegaron a la conclusión de que Marduk se encontraba ya en la tumba en 484 a. C.). El hijo de Marduk, Nabu, también se desvaneció de las páginas de la historia más o menos en la misma época. *Y así tocó a su fin, un fin casi humano, la saga de los dioses que conformaron la historia del planeta Tierra.*

Y probablemente no fuera coincidencia que ese fin llegara a medida que la era del Carnero tocaba también a su fin.

Con la muerte de Marduk y el desvanecimiento de Nabu, todos los grandes dioses anunnaki que una vez dominaron la Tierra desaparecieron definitivamente; y con la muerte de Alejandro, los semidioses, verdaderos o supuestos, que otrora vincularon a la humanidad con los dioses, también se desvanecieron. Por vez primera desde que fuera forjado Adán, el Hombre poblaba la Tierra sin sus creadores.

En aquellos tiempos, tan descorazonadores para la humanidad, la única esperanza procedía ahora de Jerusalén.

Curiosamente, la historia de Marduk y de su destino final en Babilonia fue anticipada acertadamente en las profecías bíblicas. Ya hemos dicho que Jeremías, al tiempo que predecía un aplastante fin para Babilonia, marcaba la distinción de que su dios Bel-Marduk estaba condenado a «marchitarse»; que sobreviviría a la caída de Babilonia, pero que envejecería y se sumiría en la confusión, para terminar marchitándose y morir. No debería sorprendernos que esta profecía se hiciera realidad.

Pero, en tanto que Jeremías predecía la caída final de Asiria, Egipto y Babilonia, también acompañó aquellas predicciones con las profecías del restablecimiento de Sión, de la reconstrucción del Templo y de un «final feliz» para todas las naciones *al final de los tiempos*. Sería, según él, un futuro que Dios había planeado «en su corazón» desde siempre, un secreto que se le revelaría a la humanidad (23, 20) en un momento predeterminado del futuro: «*al final de los tiempos os percataréis de ello*» (30, 24), y «en aquel tiempo llamarán a Jerusalén “Trono de Yahveh”, y se incorporarán a ella todas las naciones» (3, 17).

Isaías, en su segunda serie de profecías (llamada a veces el Segundo Isaías), identificando al dios de Babilonia como el «Dios oculto», que es lo que «Amón» significaba, anticipó el futuro con estas palabras:

*Bel se postra, Nebó se encoge,
sus ídolos van sobre animales y bestias de carga...
Juntos se encorvaron, se postraron,
incapaces de salvarse a sí mismos de la captura.*

Isaías 46, 1-2

Estas profecías, al igual que las de Jeremías, llevaban también en sí la promesa de un nuevo comienzo para la humanidad, una nueva esperanza; la promesa de que llegaría una época mesiánica en la que «el lobo morará con el cordero». Y, según el profeta, «sucederá *al final de los tiempos* que el monte del Templo de Yahveh se establecerá como el principal de los montes, será exaltado por encima de todas las colinas; y todas las naciones llegarán en tropel hasta él»; será entonces cuando las naciones «forjarán de sus espadas azadones y de sus lanzas podaderas; no levantará espada nación contra nación, ni se ejercitarán más en la guerra» (Isaías 2, 1-4).

Esta afirmación, la de que tras los dolores y las tribulaciones, tras el juicio de pueblos y naciones por sus pecados y transgresiones, vendría una era de paz y de justicia, también la hicieron los profetas primitivos cuando hablaron del Día del Señor como de un día de juicio. Entre ellos estuvo Oseas, que previó *el retorno del reino de Dios a través de la Casa de David al final de los tiempos*, y Miqueas, que, utilizando palabras idénticas a las de Isaías, declaró que «sucederá al final de los tiempos». Curiosamente, Miqueas consideraba también la *restauración del Templo de Dios en Jerusalén y el reinado universal*

de Yahveh a través de un descendiente de David como un requisito previo, un «debería», fijado desde el mismo principio, «emanando desde tiempos ancestrales, desde días eternos».

Había, por tanto, una combinación de dos elementos básicos en aquellas predicciones del final de los tiempos: uno, que el Día del Señor, un día de juicio sobre la Tierra y sobre las naciones, vendría seguido por la restauración, por la renovación, y por una era benévola centrada en Jerusalén. El otro elemento era que todo había sido preordenado, que Dios tenía planeado ya el final desde el principio. De hecho, el concepto de un final de época, de un momento en que el curso de los acontecimientos se detendrá (un precursor, podríamos decir, de la idea actual del «fin de la historia») y comenzará una nueva época, un nuevo ciclo (uno estaría tentado de decir una *Nueva Era*), se puede encontrar ya en los capítulos bíblicos más antiguos.

El término hebreo *Acharit Hayamim* (traducido a veces como «últimos días», «días postreros», pero que se traduciría más exactamente como «final de los tiempos») ya aparece en el Génesis (capítulo 49), cuando Jacob, moribundo, convoca a sus hijos y dice: «Juntaos, y os contaré lo que ha de aconteceros al *final de los tiempos*». Es una afirmación (seguida por predicciones detalladas que muchos vinculan con las doce casas zodiacales) que presupone una profecía, al basarse en un conocimiento anticipado del futuro. Y también, en el Deuteronomio (capítulo 4), cuando Moisés, antes de morir, al revisar el legado divino de Israel y su futuro, amonesta de este modo al pueblo: «Cuando estéis angustiados y todo esto caiga sobre vosotros, al *final de los tiempos*, os volveréis a Yahveh vuestro Dios y escucharéis Su voz».

El repetido énfasis sobre el papel de Jerusalén, sobre el carácter esencial del Monte del Templo como faro hacia el cual todas las naciones tendrán que confluir, tenía algo más que un motivo teológico-moral. De hecho, se cita una razón ciertamente práctica: la necesidad de que el lugar estuviera preparado para el regreso del *Kavod* de Yahveh, ¡el mismo término utilizado en el Éxodo, y posteriormente por Ezequiel, para describir el vehículo celeste de Dios! El *Kavod*, que sería puesto a resguardo en el reconstruido templo: «grande será el *Kavod* de este templo, el del segundo mayor que el del primero, y en este lugar daré yo paz», se le dijo al profeta Ageo. Curiosamente, la llegada del *Kavod* a Jerusalén aparece estrechamente vinculada en Isaías al otro emplazamiento espacial, el del Líbano: *Es de allí de donde el Kavod de Dios llegará a Jerusalén*, se dice en los versículos 35, 2 y 60, 13.

Y uno no puede evitar llegar a la conclusión de que se esperaba un retorno divino al final de los tiempos; pero, ¿para cuándo se esperaba el final de los tiempos?

La pregunta (una pregunta a la cual daremos nuestra propia respuesta) no es nueva, pues ya se formuló en la antigüedad, incluso en labios de los mismos profetas que hablaron del final de los tiempos.

La profecía de Isaías acerca del tiempo «en que una gran trompeta se hará sonar» y las naciones se congregarán y «se postrarán ante Yahveh en el monte Santo de Jerusalén» iba acompañada del reconocimiento de que, sin conocer con exactitud los detalles y el momento, el pueblo no iba a poder comprender la profecía. «Precepto sobre precepto, precepto dentro de precepto, línea sobre línea, línea con línea, un poco aquí, algo allí», fue el modo en que Isaías (28, 10) se quejaba a Dios. Fuera cual fuera la respuesta que se le diera, se le ordenó que sellara y escondiera el documento; en no menos de tres ocasiones, Isaías cambió la palabra por las «letras» de una clave —*Otiath*— a *Ototh*, que significaba «signos oraculares», insinuando la existencia de una especie de «código bíblico» secreto, gracias al cual los planes divinos no se podrían comprender hasta el momento oportuno. Ese código secreto podría atisbarse cuando el profeta le pide a Dios (identificado como «Creador de las letras»): «dinos las letras hacia atrás» (41, 23).

El profeta Sofonías, cuyo mismo nombre significaba «codificado por Yahveh», transmitió un mensaje de Dios que afirmaba que será en el momento en que las naciones se reúnan cuando Él «hablará en un lenguaje claro». Pero esto es lo mismo que decir: «Lo sabrás cuando llegue el momento de que lo sepas».

No es de extrañar, por tanto, que en su último libro profético, la Biblia se ocupe casi exclusivamente de la pregunta de *cuándo*: ¿cuándo llegará el final de los tiempos? Es en el Libro de Daniel, el mismo Daniel que le descifró correctamente a Baltasar lo que aquella misteriosa mano escribió en la pared. Después de aquel suceso, Daniel comenzó a tener sueños-augurio y visiones apocalípticas de un futuro en el cual el «Anciano de los Días» y sus arcángeles representarían papeles clave. Confuso, Daniel pidió explicaciones a los ángeles, y las respuestas consistieron en predicciones de acontecimientos futuros, que tendrían lugar o llevarían al final de los tiempos. «¿Y cuándo será eso?», preguntó Daniel; y las respuestas, que a primera

vista parecían precisas, no hicieron más que acumular enigmas sobre enigmas.

En una ocasión, un ángel respondió que una fase de los acontecimientos futuros, una época en la que «un rey impío intentará cambiar los tiempos y la ley», durará «*un tiempo y tiempos y medio tiempo*»; y después de eso será «cuando el reino del cielo será dado al pueblo por los santos del Altísimo» y llegará la prometida era mesiánica. En otra ocasión, el ángel le dijo: «Setenta siete y setenta sesentas de años se han decretado para tu pueblo y tu ciudad hasta que la medida de la transgresión se satisfaga y la visión profética se ratifique»; y aún se dice de otro momento en que «después de los setentas y sesentas y dos años, el Mesías será suprimido, y vendrá un príncipe que destruirá la ciudad, y llegará el fin con una inundación».

Buscando una respuesta más clara, Daniel le pidió a un mensajero divino que hablara de forma más sencilla: «¿Cuánto tiempo pasará hasta el fin de estas cosas terribles?». Como respuesta, el mensajero le dijo enigmáticamente que el final llegará después de «*un tiempo y tiempos y medio tiempo*». Pero, ¿qué significaba eso de «un tiempo y tiempos y medio tiempo»? ¿Qué significaba «setenta semanas de años»?

«Yo oí, pero no comprendí», dice Daniel en su libro. «De modo que dije: Señor mío, ¿cuál será el resultado de todas estas cosas?» Y, una vez más con un lenguaje codificado, el ángel respondió: «Contando desde el momento en que sea abolido el sacrificio perpetuo y se instale la abominación de la desolación, serán mil doscientos noventa días; dichoso aquel que sepa esperar y alcance mil trescientos treinta y cinco días». Y tras darle esta información a Daniel, el ángel (que antes le había llamado «Hijo de Hombre») le dijo: «Ahora, vete a tu fin, y levántate para tu destino al final de los tiempos».

Al igual que Daniel, generaciones y generaciones de exégetas bíblicos, de sabios y teólogos, de astrólogos e incluso de astrónomos (el famoso Sir Isaac Newton estaría entre estos últimos) dijeron también «oímos, pero no comprendemos». El enigma no se halla sólo en el significado de «un tiempo y tiempos y medio tiempo» y todo lo demás, sino en ¿a partir de cuándo hay (o había) que comenzar a contar? La incertidumbre procede del hecho de que las visiones simbólicas de Daniel (como aquella en la que un macho cabrío ataca a un carnero, o aquella otra en la que dos cuernos se multiplican y se dividen) le fueron explicadas por los ángeles como acontecimientos que iban a tener lugar mucho más allá de la Babilonia de los tiempos de Daniel, más allá de su profetizada caída, incluso más allá de la pro-

fetizada reconstrucción del Templo de Jerusalén, después de setenta años. El auge y la caída del imperio persa, la llegada de los griegos bajo el mando de Alejandro, incluso la división de su conquistado imperio entre sus sucesores, todo ello se anticipó con tan gran precisión que muchos expertos creen que las profecías de Daniel son del género de «postacontecimientos»; es decir, que la parte profética del libro se escribió en realidad en torno a 250 a. C., pero simulando haber sido escrito tres siglos antes.

Sin embargo, el argumento clave está en la referencia, en uno de aquellos encuentros con los ángeles, al inicio de la cuenta, a partir del «momento en que sea abolido el sacrificio perpetuo y se instale la abominación de la desolación». Esto sólo podía hacer referencia a los acontecimientos que tuvieron lugar en Jerusalén en el día veinticinco del mes hebreo de Kisléu del año 167 a. C.

La fecha está registrada con toda precisión, dado que fue entonces cuando «la abominación de la desolación» se instaló en el Templo, marcando (muchos así lo creían) el inicio del final de los tiempos.

15

•

JERUSALÉN: UN CÁLIZ QUE SE DESVANECIÓ

En el siglo XXI a. C., cuando se utilizaron por primera vez armas nucleares en la Tierra, Abraham fue bendecido con vino y con pan en *Ur-Shalem* en nombre del Dios Altísimo, anunciando así la primera religión monoteísta de la humanidad.

Veintiún siglos después, un devoto descendiente de Abraham, tras la celebración de una cena en *Jerusalén*, llevó a su espalda una cruz (símbolo de cierto planeta) hasta el lugar de la ejecución, y dio origen a otra religión monoteísta. Y las preguntas siguen acumulándose en torno a él: ¿Quién era realmente? ¿Qué estaba haciendo en Jerusalén? ¿Había una conspiración contra él, o fue él mismo quien urdió la conspiración? ¿Y qué era ese cáliz que tantas leyendas alimentó y tantas búsquedas inspiró? ¿Qué era el Santo Grial?

En su última noche en libertad, aquel descendiente de Abraham celebró la ceremonial cena de la Pascua judía (llamada *Seder* en hebreo) con vino y pan ázimo, junto a sus doce discípulos; posteriormente, la escena sería inmortalizada por algunos de los más grandes pintores del arte religioso, siendo la más famosa de estas obras *La última cena*, de Leonardo da Vinci (fig. 122).

Leonardo es reconocido por sus conocimientos científicos y sus atisbos teológicos; sobre lo que *se muestra* en esta obra se ha venido discutiendo, debatiendo y analizando hasta nuestros días, sin lograr otra cosa que acrecentar aún más los enigmas, en lugar de resolverlos.

La clave para desvelar los misterios, como demostraremos, se halla en lo que la pintura no muestra; es lo que falta en ella lo que puede darnos la respuesta a los desconcertantes misterios de la saga de Dios y del Hombre en la Tierra, y a los anhelos de una era mesiánica. Pasado, presente y futuro convergen en estos dos acontecimientos, distanciados por veintiún siglos; Jerusalén fue eje central en ambos, y

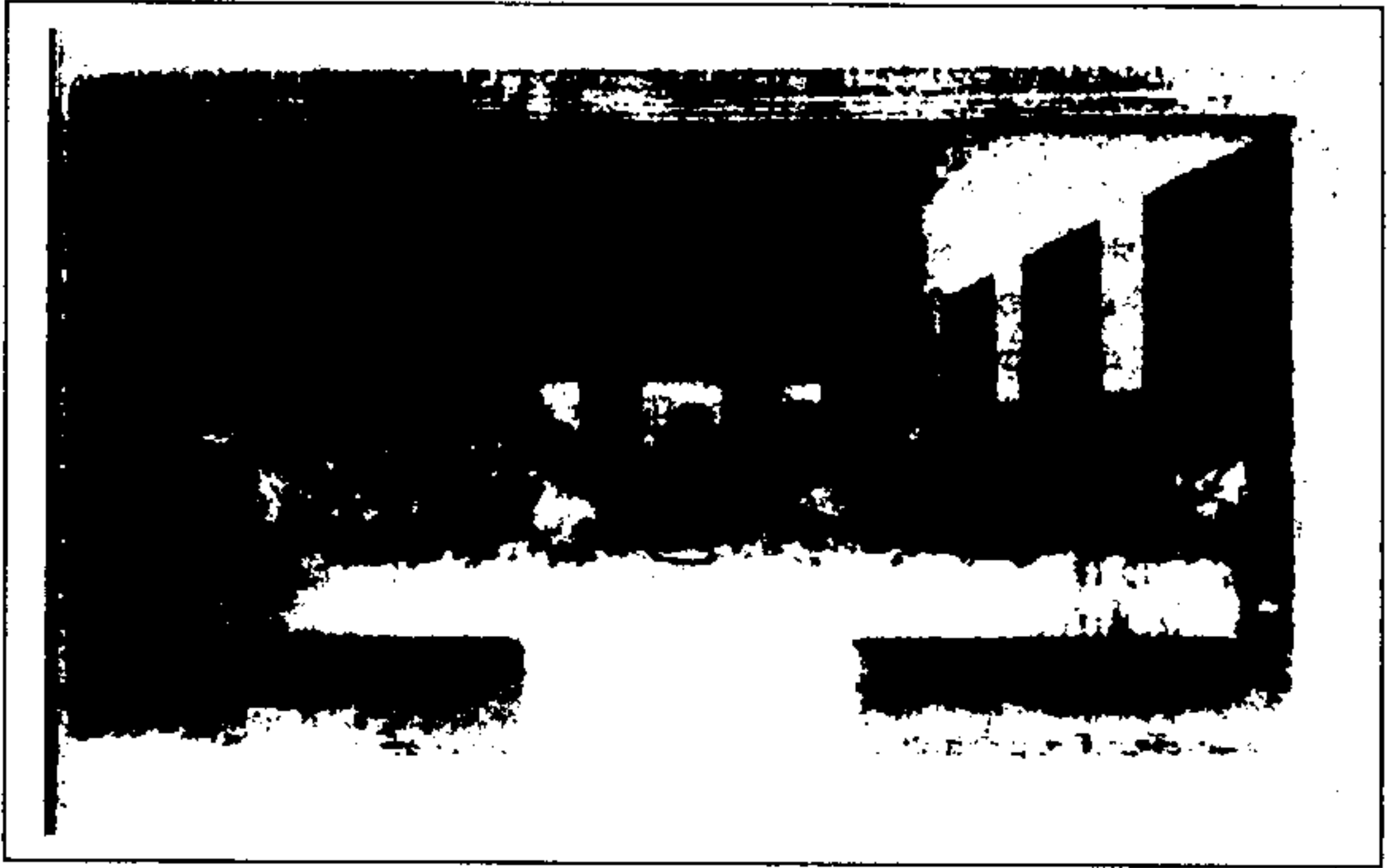


Figura 122

ambos tienen una estrecha vinculación, a través de las profecías bíblicas, con el *final de los tiempos*.

Para comprender mejor lo que ocurrió hace veintiún siglos, tenemos que remontarnos en las páginas de la historia hasta Alejandro, que se tenía a sí mismo por el hijo de un dios, y que, sin embargo, murió en Babilonia a la temprana edad de treinta y dos años. Mientras vivió, controló a sus pendencieros generales con una mezcla de favores, castigos e incluso muertes prematuras (de hecho, algunos creen que también Alejandro fue envenenado). Y poco después de morir, su hijo, de cuatro años, y su guardián, el hermano de Alejandro, fueron también asesinados, y sus generales y sus comandantes regionales se dividieron la mayor parte de las tierras conquistadas: Ptolomeo y sus sucesores se asentaron en Egipto y se hicieron con los dominios africanos de Alejandro; Seleuco y sus sucesores gobernaron en Siria, en Anatolia, en Mesopotamia y en las distantes tierras de Asia; mientras la codiciada Judea (junto con Jerusalén) terminaba en manos de los ptolomeos.

Los ptolomeos, que hicieron las maniobras necesarias para llevarse el cuerpo de Alejandro, con la pretensión de enterrarlo en Egipto, se consideraban sus verdaderos herederos y, en general, mantuvieron la

actitud tolerante hacia las demás religiones que había mostrado el gran rey. Fundaron la famosa biblioteca de Alejandría, y designaron a un sacerdote egipcio, conocido como Manetón, para que plasmara por escrito la prehistoria divina y la historia dinástica de Egipto para los griegos (la arqueología ha venido a confirmar los escritos de Manetón). Aquello convenció a los ptolomeos de que su civilización era una continuación de la civilización egipcia, de ahí que se consideraran herederos legítimos de los faraones. Los sabios griegos mostraban un interés muy particular en la religión y en los escritos de los judíos, hasta tal punto que los ptolomeos dispusieron la traducción de la Biblia hebrea al griego (traducción conocida como la *Septuaginta*) y permitieron a los judíos una completa libertad religiosa de culto en Judea, así como en sus florecientes comunidades en Egipto.

Al igual que los ptolomeos, los seléucidas designaron también a un erudito que dominaba el griego, a un antiguo sacerdote de Marduk conocido como Beroso, para que compilara para ellos la historia y la prehistoria de la humanidad y de sus dioses, según los conocimientos mesopotámicos. En un curioso rizo de la historia, Beroso realizó sus investigaciones y escribió su obra en una biblioteca de tablillas cuneiformes situada cerca de Jarán. A partir de sus tres libros (que conocemos sólo por citas fragmentadas en los escritos de otros autores de la antigüedad), el mundo occidental de Grecia y posteriormente de Roma sabrían de la existencia de los *anunnaki* y de su llegada a la Tierra, de la era antediluviana, de la creación del Hombre Sabio, del Diluvio y de todo lo que vendría después. Así pues, gracias a Beroso (como se confirmaría posteriormente, al descubrir y descifrar las tablillas cuneiformes) se tendría noticia de la equivalencia del «sar», el «año» de los dioses, de tres mil seiscientos años terrestres.

En el año 200 a. C., los seléucidas atravesaron las fronteras ptolemaicas y conquistaron Judea. Al igual que en otras ocasiones, los historiadores han estado investigando sobre las razones geopolíticas y económicas de esta guerra, ignorando los aspectos religiosos y mesiánicos. Pero la información clave nos la da Beroso en su relato acerca del Diluvio al hacernos saber que Ea/Enki dio instrucciones a Ziusudra (el «Noé» sumerio) para que «escondiera todos los escritos que pudiera de Sippar, la ciudad de Shamash», con el fin de recuperarlos después del Diluvio, porque esos escritos «*trataban de comienzos, mitades y finales*». Según Beroso, el mundo atraviesa por cataclismos periódicos, cataclismos que él relacionaba con las eras

zodiacales, habiendo comenzado la era en la que él vivió 1.920 años antes de la época seléucida (312 a. C.). Esto situaría el inicio de la era del Carnero en el año 2232 a. C., una era que, en la época de Beroso, tenía los días contados, aun en el caso de que se le concediera su plena extensión matemática ($2232-2160 = 122$ a. C.).

Los registros a los que podemos acceder sugieren que los reyes seléucidas, al relacionar estos cálculos con el retorno perdido, se vieron en la necesidad apremiante de prepararse para tal evento. Dieron inicio a una frenética reconstrucción de los templos en ruinas de Sumer y Acad, poniendo el énfasis en el E.ANNA (la «Casa de Anu»), en Uruk. El Lugar de Aterrizaje del Líbano, al que llamaban Heliópolis (Ciudad del dios Sol), se consagró de nuevo, y se erigió un templo en honor a Zeus. De ahí que lleguemos a la conclusión de que el motivo principal para la guerra por el control de Judea fuera también la urgencia por preparar el emplazamiento espacial de Jerusalén para el retorno. *Fue, nos atrevemos a sugerir, la manera griega-seléucida de prepararse para el retorno de los dioses.*

A diferencia de los ptolomeos, los reyes seléucidas habían decidido imponer la cultura y la religión helenísticas en sus dominios. Esta decisión tuvo una enorme trascendencia en Jerusalén, donde súbitamente se apostaron las tropas extranjeras, restringiendo la autoridad de los sacerdotes del Templo. La cultura helenística y sus costumbres se impusieron a la fuerza; incluso los nombres tuvieron que cambiarse, comenzando por el del sumo sacerdote, que fue obligado a cambiar su nombre, Joshua, por el de Jasón. Las leyes civiles restringían la ciudadanía judía en Jerusalén; se fijaron impuestos para financiar la enseñanza del atletismo y de la lucha, en lugar de la enseñanza de la Tora; y en las zonas rurales, las autoridades erigían santuarios a las deidades griegas, al tiempo que enviaban a los soldados para obligar a sus habitantes a dar culto en ellos.

En el año 169 a. C., el entonces rey seléucida, Antíoco IV (que adoptó el epíteto de Epífanés) llegó a Jerusalén. No era una visita de cortesía. Violando la santidad del Templo, entró en el sanctasanctórum. Siguiendo sus órdenes, se confiscaron los objetos rituales de oro que se atesoraban en el Templo, se puso a un gobernador griego al mando de la ciudad y se construyó una fortaleza junto al Templo para alojar a una guarnición permanente de soldados extranjeros. De vuelta a su capital, en Siria, Antíoco promulgó un edicto mediante el cual se todos en el reino debían dar culto a los dioses griegos; en Judea, se prohibió específicamente la observancia del Sabbath y la circuncisión.

De acuerdo con el decreto, el Templo de Jerusalén debía convertirse en templo de Zeus; y en el año 167 a. C., en el día veinticinco del mes hebreo de Kisléu (*el equivalente a 25 de diciembre actual*), los soldados extranjeros levantaron un ídolo, una estatua de Zeus, «el Señor del Cielo», en el mismo templo, y el gran altar se transformó y se utilizó para hacer sacrificios a Zeus. El sacrilegio no podía ser mayor.

El inevitable levantamiento judío, iniciado y liderado por un sacerdote llamado Matityahu (el Matatías bíblico) y sus cinco hijos, se conoce como la revuelta asmonea o macabea. La revuelta se inició en el campo, superando rápidamente a las guarniciones locales griegas. Mientras los griegos se apresuraban a enviar refuerzos, la revuelta se extendió por todo el país; lo que los macabeos no tenían en número de efectivos y en armas lo compensaban con ferocidad y con celo religioso. Los hechos, relatados en el Libro de los Macabeos (y por los historiadores posteriores), no dejan lugar a dudas de que la lucha de estos pocos hombres contra un poderoso ejército estuvo marcada por un programa temporal claro: *era necesario reconquistar Jerusalén, purificar el Templo y volver a consagrarlo a Yahveh en un plazo de tiempo fijado*. En el año 164 a. C., los macabeos se las ingenieron para apoderarse del Monte del Templo, que purificaron y en el que encendieron la llama sagrada una vez más aquel año; la victoria final, que llevaría al pleno control de Jerusalén y a la restauración de la independencia judía, tuvo lugar en el año 160 a. C. Los judíos celebran aún aquella victoria y la reconsagración del Templo en la fiesta de *Hanukkah* («reconsagración»), en el vigésimo quinto día de Kisléu.

La secuencia de aquellos acontecimientos, así como su ubicación temporal, se diría que estaban estrechamente relacionados con las profecías acerca del final de los tiempos. De aquellas profecías, como hemos visto, las que ofrecían pistas numéricas concretas con respecto al futuro extremo, el final de los tiempos, las había recibido Daniel de boca de los ángeles. Pero carecían de claridad, dado que los cálculos se habían expresado de forma enigmática, bien en una unidad llamada «tiempo» o bien en «semanas de años», o incluso en números de días; y quizás sólo en estos últimos se hubiera podido determinar cuándo debía comenzar la cuenta, con el fin de averiguar cuándo terminaría. En tal caso en concreto, la cuenta debía comenzar a partir del día en que «sea abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación» en el Templo de Jerusalén; y ya hemos dejado sentado que este abominable acto tuvo lugar de hecho un día del año 167 a. C.

Con la secuencia de estos acontecimientos en mente, la cuenta de días que se le dio a Daniel debió de aplicarse a los hechos concretos acaecidos en el Templo: su profanación en el año 167 a. C. («cuando sea abolido el sacrificio perpetuo e instalada la abominación de la desolación»), la purificación del Templo en el año 164 a. C. (después de «mil doscientos noventa días») y la completa liberación de Jerusalén en 160 a. C. («dichoso aquel que sepa esperar y alcance mil trescientos treinta y cinco días»). Los números de días, 1290 y 1335, encajan básicamente con la secuencia de los acontecimientos del Templo.

Según las profecías del Libro de Daniel, sería entonces cuando el reloj del final de los tiempos comenzaría a su cuenta atrás.



Pero la imperiosa necesidad de reconquistar toda la ciudad y de echar a los incircuncisos soldados extranjeros del Monte del Templo en el año 160 a. C. nos ofrece aún otra pista. Aunque nosotros hemos estado utilizando la cuenta aceptada de a. C. y d. C. para fechar los acontecimientos, la gente de aquellos tiempos no utilizaba un sistema temporal basado en el calendario cristiano, un calendario que llegaría en el *futuro*. El calendario hebreo, como ya hemos mencionado, era el calendario que comenzó en Nippur en el año 3760 a. C.; y, según este calendario, *¡lo que nosotros llamamos 160 a. C. era precisamente el año 3600!*

Ese número de años, como el lector ya debe de saber, se corresponde con un SAR, el original (y matemático) período orbital de Nibiru. Y aunque Nibiru había reaparecido cuatrocientos años atrás, la culminación del SAR, *la finalización de un año divino*, debía de tener una importancia innegable. Para aquellos para quienes las profecías bíblicas del regreso del *Kavod* de Yahveh a su Monte del Templo constituían pronunciamientos divinos incuestionables, el año que nosotros llamamos 160 a. C. era un momento ciertamente crucial: no importa dónde pudiera estar el planeta, Dios había prometido regresar a su templo, y el templo tenía que estar purificado y listo para su regreso.

El hecho de que el transcurso de los años, de acuerdo con el calendario nipuriano/hebreo, no se perdió de vista en aquellos turbulentos años queda atestiguado en el *Libro de los Jubileos*, un libro extrabíblico que se supone que fue escrito en hebreo, en Jerusalén, en los años que siguieron a la revuelta macabea (en la actualidad,

sólo disponible en sus traducciones al griego, latín, siríaco, etíope y eslavonio). En él, se vuelve a contar la historia del pueblo judío desde los tiempos del Éxodo, y se hace en unidades de tiempo denominadas «jubileos» (la unidad de cincuenta años que decretó Yahveh en el monte Sinaí; véase el capítulo 9); pero también creaba una cuenta calendárica histórica consecutiva que llegaría a conocerse como *Anno Mundi* («Año del Mundo», en latín), que comienza en 3760 a. C. Algunos expertos (como el reverendo R. H. Charles, en su interpretación al inglés del libro) convirtieron este «jubileo de años» y sus correspondientes «semanas» en una cuenta de Anno Mundi.

Este calendario no sólo se utilizó en todo el Oriente Próximo de la antigüedad, sino que incluso determinó el momento en que ciertos acontecimientos debían tener lugar. Y eso se puede vislumbrar revisando simplemente algunas fechas significativas (algunas de ellas resaltadas en negrita) de las que hemos ofrecido en anteriores capítulos. Sólo con que elijamos unos cuantos de aquellos hechos históricos determinantes, esto será lo que nos encontremos cuando el «a. C.» se convierta en «c.n.» (calendario nipuriano):

a. C.	c.n.	ACONTECIMIENTO
3760	0	Comienza la civilización sumeria
3460	300	Incidente de la Torre de Babel
2860	900	Gilgamesh mata al Toro del Cielo
2360	1400	Sargón: comienza la era de Acad
2160	1600	Primer Período Intermedio en Egipto; era de Ninurta (Gudea construye el Templo-de-Cincuenta)
2060	1700	Nabu organiza a los seguidores de Marduk; Abraham se traslada a Canaán; guerra de los reyes
1960	1800	Templo Esagil de Marduk en Babilonia
1760	2000	Hammurabi consolida la supremacía de Marduk
1560	2200	Nueva dinastía (Imperio Medio) en Egipto; inicio de una nueva dinastía real (casitas) en Babilonia
1460	2300	Anshan, Elam, Mitanni se levantan contra Babilonia; Moisés en el Sinaí, la «zarza ardiente»

960	2800	Comienza el imperio neoasirio; se renueva la festividad de Akitu en Babilonia
860	2900	Asurbanipal porta el símbolo de la cruz
760	3000	Comienza la era de los profetas en Jerusalén, con Amós
560	3200	Los anunnaki finalizan su partida de la Tierra; los persas desafían a Babilonia; Ciro
460	3100	Edad de oro de Grecia; Herodoto en Egipto
160	3600	Los macabeos liberan Jerusalén, se consagra nuevamente el Templo

El lector impaciente difícilmente esperará a rellenar las siguientes anotaciones:

60	3700	<i>Los romanos construyen el templo de Júpiter en Baalbek y ocupan Jerusalén</i>
0	3760	<i>Jesús en Jerusalén; comienza la cuenta de «d. C.»</i>

El siglo y medio que pasó desde la liberación de Jerusalén por parte de los macabeos hasta la llegada de Jesús fue uno de los más turbulentos de la historia del mundo antiguo y del pueblo judío en particular.

Aquel crucial período, cuyos acontecimientos nos siguen afectando hoy en día, comenzó con un alborozo comprensible. Por primera vez en muchos siglos, los judíos eran de nuevo dueños de su capital santa y de su templo sagrado, libres para designar a sus propios reyes y sumos sacerdotes. Aunque la lucha continuaba en las fronteras, éstas se extendían ahora casi hasta los confines de lo que una vez fue el reino unido de tiempos de David. La creación de un estado independiente judío, con Jerusalén como capital, con los asmoneos, fue un acontecimiento triunfal en todos los aspectos... salvo en uno: el regreso del *Kavod* de Yahveh, que se esperaba para el final de los tiempos, no había tenido lugar, a pesar de que la cuenta de los días desde el tiempo de la abominación parecía haber sido correcta. ¿Acaso no había llegado aún el tiempo del cumplimiento?, se preguntaban muchos; y entonces se hizo evidente que los otros enigmas de Daniel de los «años» y las «semanas de años», y del «tiempo y tiempos» y todo aquello, aún no se habían descifrado.

Las pistas las constituían las partes proféticas del Libro de Daniel que hablaban del auge y la caída de *futuros* reinos, *después* de Babilonia, Persia y Egipto, reinos denominados crípticamente «del sur», «del norte» o el marino «Kittim»; y reinos que se habían desgajado luchando entre sí; todo entidades futuras que se representaron crípticamente también con diversos animales (un carnero, un macho cabrío, un león, etcétera), cuyos descendientes, llamados «cuernos», se desgajarían a su vez y lucharían entre sí. ¿Cuáles eran aquellas futuras naciones y qué guerras se habían profetizado?

El profeta Ezequiel hablaba también de grandes batallas futuras, entre norte y sur, entre un no identificado Gog y su oponente Magog; y la gente se preguntaba si los reinos profetizados habían aparecido ya en escena: la Grecia de Alejandro, los seléucidas, los ptolomeos. ¿Eran éstos los sujetos de las profecías, o aún tenía que venir alguien en un futuro todavía más distante?

La confusión teológica era grande: ¿se habrían interpretado correctamente las profecías acerca del *Kavod* del Templo de Jerusalén como de un objeto físico, o la esperada llegada era solamente un símbolo de naturaleza efímera, una *presencia espiritual*? ¿Qué se le pedía al pueblo, o es que lo que estaba destinado a suceder terminaría sucediendo de todos modos, fuese lo que fuese? Los líderes judíos estaban divididos entre los fariseos, devotos y fieles a los textos sagrados, y los saduceos, más liberales, con una mentalidad más cosmopolita, que reconocían la importancia de la diáspora judía, que se extendía desde Egipto hasta Anatolia o Mesopotamia. Además de estas dos grandes corrientes, también había pequeñas sectas que se organizaban a veces en comunidades; la más conocida de ellas fue la de los esenios (famosos actualmente por los Manuscritos del mar Muerto), que se recluyeron en Qumrán.

En los esfuerzos por descifrar las profecías había que contar con una nueva potencia emergente, *Roma*. Después de derrotar repetidamente a fenicios y griegos, los romanos habían controlado el Mediterráneo y comenzaban a entrometerse en los asuntos del Egipto ptolomaico y del oriente seléucida (Judea incluida). Tras los delegados imperiales llegaron los ejércitos; hacia 60 a. C., los romanos, bajo el mando de Pompeyo, dieron un rodeo por Heliópolis (alias Baalbek) y ofrecieron sacrificios a Júpiter; después de aquello, los romanos construirían allí, encima de los colosales bloques de piedra de la plataforma, el templo a Júpiter más grande de todo el imperio romano (fig. 123). En una inscripción conmemorativa encontrada en el lugar

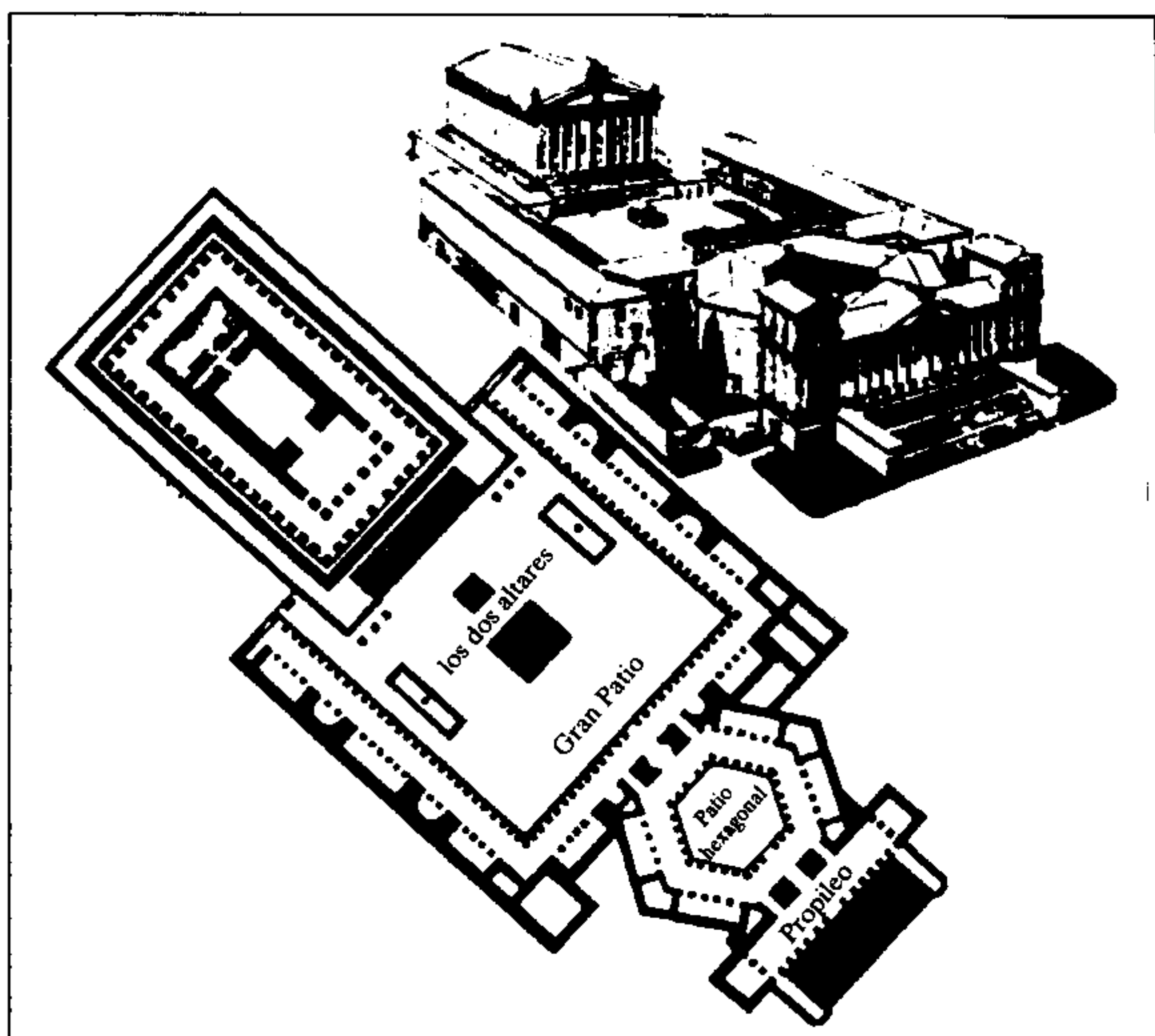


Figura 123

se dice que el emperador Nerón visitó Heliópolis en el año 60 d. C., lo que daba a entender que el templo romano ya estaba terminado para entonces.

El alboroto nacional y religioso que debió de haber en aquellos días se nos hace patente en la proliferación de escritos histórico-proféticos, como el *Libro de los Jubileos*, el *Libro de Henoc*, *Los testamentos de los doce patriarcas* y *La ascunción de Moisés* (y algunos otros más, todos ellos conocidos en su conjunto como *apócrifos* y *pseudoepígrafos*). El tema común en todos ellos era la creencia de que la historia es cíclica, que todo ha sido predicho, que el final de los tiempos (una época de caos y agitaciones) no sólo marcaría el fin de un ciclo histórico, sino también el principio de uno nuevo, y que «se le daría la vuelta a la tortilla» (por utilizar una expresión popular) con la llegada del «Ungido», *Mashi'ach* en hebreo (traducido como *Chrystos* en griego, y de ahí Mesías o Cristo en castellano).



El acto de la unción de un rey recién investido con los óleos sacerdotales era un rito bien conocido en el mundo antiguo, al menos desde los tiempos de Sargón. Se le reconoce en la Biblia como un acto de consagración a Dios desde tiempos ancestrales, pero su caso más memorable tuvo lugar cuando el sacerdote Samuel, custodio del Arca de la Alianza, llamó a David, el hijo de Jesé, y, proclamándole rey por la gracia de Dios...

Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió
en presencia de sus hermanos.
Y a partir de entonces,
vino sobre David el espíritu de Yahveh.

1 Samuel 16, 13

Al analizar a fondo cada profecía y cada pronunciamiento profético, los devotos de Jerusalén encontraron una y otra vez referencias a *David como ungido de Dios*, y el juramento divino de que sería alguien de «su simiente» (un descendiente de la Casa de David) quien estableciera de nuevo su trono en Jerusalén «*en días por venir*». Sería en el «trono de David» donde los reyes futuros, que deberían ser de la Casa de David, se sentarían en Jerusalén; y cuando eso ocurriera, los reyes y príncipes de la Tierra acudirían en masa a Jerusalén en busca de justicia, de paz y de la palabra de Dios. Y Dios aseguró que aquella era «una promesa imperecedera», la alianza de Dios «para todas las generaciones». La universalidad de esta promesa queda atestiguada en Isaías 16, 5 y 22, 22; en Jeremías 17, 25; 23, 5 y 30, 3; en Amós 9, 11; en Habacuc 3, 13; en Zacarías 12, 8; en Salmos 18, 50; 89, 4; 132, 10; 132, 17, etcétera.

Son éstas palabras poderosas, inequívocas en su alianza mesiánica con la Casa de David, y sin embargo plenas de aspectos explosivos, que marcaron decididamente el curso de los acontecimientos en Jerusalén. Y, en relación con todo esto, nos encontramos además con la cuestión del *profeta Elías*.

Elías, apodado el Tesbita, por el nombre de la ciudad de la que procedía, Tisbé, en la región de Galaad, fue un profeta bíblico del reino de Israel (tras su escisión de Judea) del siglo IX a. C., durante el reinado de Ajab y de su esposa cananea, la reina Jezabel. Fiel a su nombre hebreo, *Eli-Yahu*, «Yahveh es mi Dios», mantuvo conflictos

constantes con los sacerdotes y «portavoces» del dios cananeo Ba'al («el Señor»), cuyo culto promovía Jezabel. Después de un período de reclusión en un lugar apartado cercano al río Jordán, donde se le ordenó convertirse en «un Hombre de Dios», se le dio un «manto de pelo» que tenía poderes mágicos y comenzó a realizar milagros en nombre de Dios. El primer milagro del que se da cuenta (1 Reyes 17) fue el de hacer que un puñado de harina y un poco de aceite le sirvieran de alimento a una viuda durante el resto de su vida. Después resucitó a su hijo, que había muerto de una virulenta enfermedad. Más tarde, en una pugna con los profetas de Ba'al en el monte Carmelo, hizo bajar fuego del cielo. Fue el único caso bíblico en el que un israelita volvía a visitar el monte Sinaí desde el Éxodo: cuando escapaba para salvar su vida de la cólera de Jezabel y de la de los sacerdotes de Ba'al, un ángel del Señor le dio refugio en una cueva del monte Sinaí.

De él dicen las Escrituras que no murió, puesto que fue arrebatado al cielo en un torbellino para ir a morar con Dios. Su ascensión, que se describe con todo lujo de detalles en 2 Reyes, capítulo 2, no fue una ocurrencia repentina ni inesperada; al contrario, fue una operación planificada y acordada con anterioridad, pues se le había comunicado previamente el lugar y el momento oportunos.

El lugar designado estaba en el valle del Jordán, en la ribera oriental del río. Cuando llegó el momento, sus discípulos, encabezados por uno de ellos llamado Eliseo, insistieron en acompañarle. Elías se detuvo en Guilgal (allí donde Yahveh realizó sus milagros para los israelitas, cuando estaban bajo el mando de Josué). En Guilgal intentó deshacerse de sus compañeros, pero ellos insistieron en acompañarle hasta Betel; aunque les pidió que se quedaran y que le dejaran cruzar solo el río, ellos le siguieron hasta su última parada, Jericó, preguntándole una y otra vez a Eliseo si era «cierto que el Señor arrebatará a Elías al cielo hoy».

A orillas del Jordán, Elías enrolló su milagroso manto y golpeó las aguas, que se dividieron, dejándole así cruzar el río a pie. Los demás discípulos se quedaron atrás, pero incluso entonces Eliseo insistió en seguir junto a Elías, cruzando el río con él.

Iban caminando mientras hablaban,
cuando un carro de fuego con caballos de fuego
se interpuso entre ellos;
y Elías subió al cielo en el torbellino.

Eliseo le veía y clamaba:
«¡Padre mío, padre mío!
¡El carro de Israel y su auriga!»
Y no le vio más.

2 Reyes 2, 11-12

Las excavaciones arqueológicas realizadas en Tell Ghassul (el «Montículo del Profeta»), un lugar del valle del Jordán que encaja con la geografía del relato bíblico, han descubierto unos murales en los que se representan los «torbellinos» que aparecen en la figura 103. Es el único lugar excavado bajo los auspicios del Vaticano. (Las investigaciones que llevé a cabo sobre estos hallazgos, que me llevaron a los museos arqueológicos de Israel y de Jordania, y que incluyeron una visita a este emplazamiento del Jordán y al Instituto Bíblico Pontificio de Jerusalén, dirigido por los jesuitas –fig. 124–, se describen con todo detalle en *Las expediciones de Crónicas de la Tierra*.)

La tradición judía sostiene que el transfigurado Elías volverá algún día como precursor de la redención final del pueblo de Israel, y que será *un heraldo del Mesías*. Esta tradición ya quedó registrada en el siglo V a. C., en palabras del profeta Malaquías (el último profeta bíblico), en su profecía final. Dado que la tradición sostiene que la cueva del monte Sinaí donde el ángel dio refugio a Elías fue la misma cueva en la que Dios se le reveló a Moisés, se esperaba que Elías reapareciera al inicio de la fiesta de la Pascua, cuando se conmemora el Éxodo. Hasta el día de hoy, en el *Seder*, la cena ceremo-

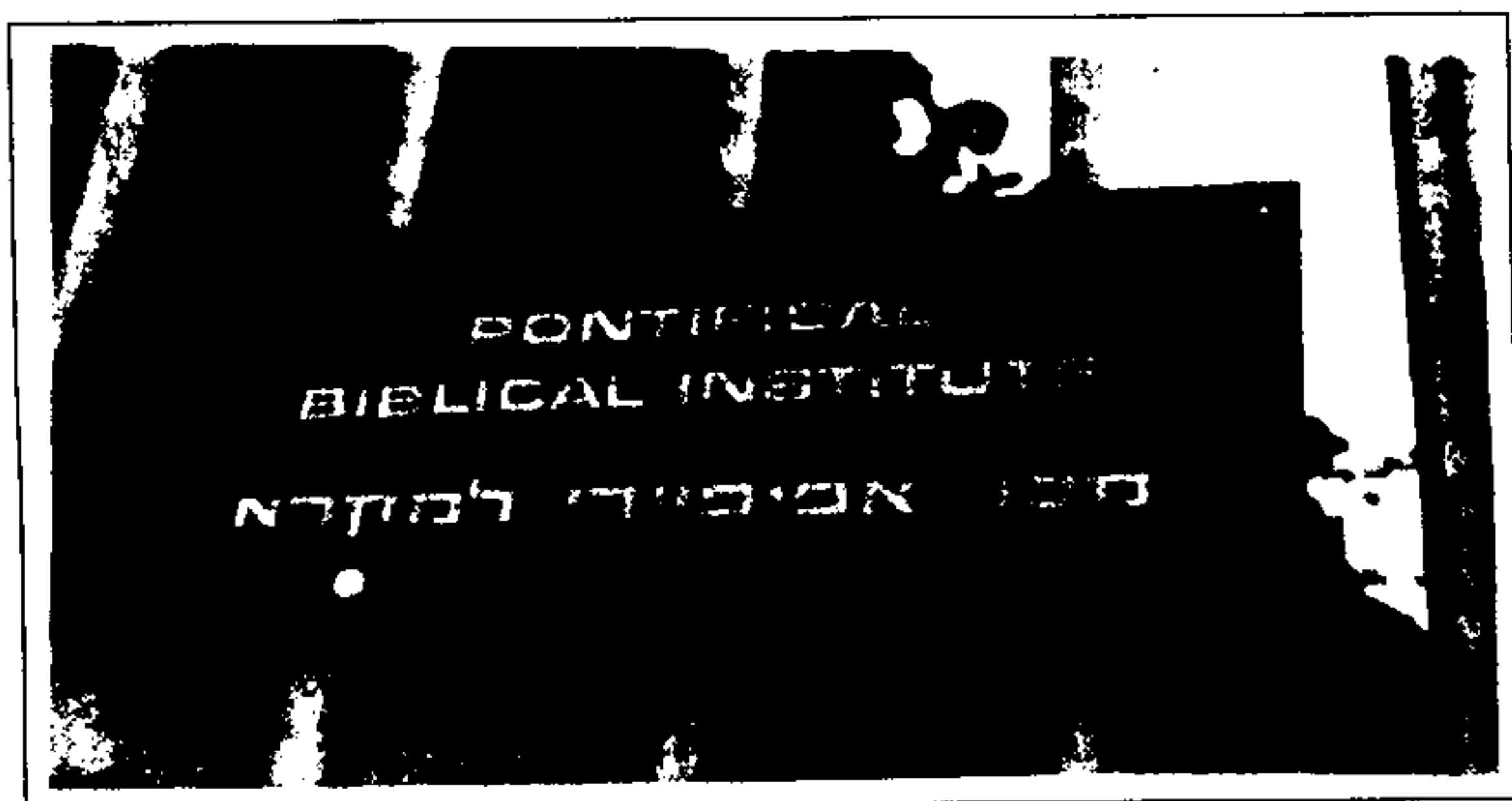


Figura 124

nial con la que comienzan los siete días de la Pascua, se pone en la mesa una copa llena de vino para Elías, para que beba de ella cuando llegue; la puerta se abre para que pueda entrar, y se recita un himno en el que se manifiesta la esperanza de su pronta venida como heraldo de «el Mesías, hijo de David». (Al igual que en el caso de los niños cristianos, a los que se les dice que Santa Claus se deslizará a hurtadillas por la chimenea y les traerá los regalos que anhelan, a los niños judíos se les dice que, aunque invisible, Elías se deslizará en la casa y beberá un sorbito de vino.) La costumbre ha hecho que la «copa de Elías» se embellezca con el tiempo y se transforme en un artístico cáliz, que no se utiliza para ninguna otra cosa salvo para el ritual de Elías, durante la cena de la Pascua.

La Última Cena de Jesús fue una de aquellas cenas de Pascua repleta de tradiciones.

Aunque manteniendo las apariencias de poder elegir a su propio sumo sacerdote y a su rey, Judea se convirtió a todos los efectos en una colonia de Roma, gobernada en un principio desde sus cuarteles generales en Siria y, posteriormente, mediante gobernadores locales. El gobernador romano, llamado procurador, se aseguraba de que los judíos eligieran como *etnarca* («jefe del consejo judío»), que hacía el papel de sumo sacerdote del Templo, y al principio también de «rey de los judíos» (no de «rey de Judea», como país), a todo aquel que le conviniera a los intereses de Roma.

Desde el año 36 hasta el año 4 a. C., el rey fue Herodes, descendiente de edomitas conversos al judaísmo, que fue el preferido de dos generales romanos: Marco Antonio y Octavio. Herodes dejó un legado de construcciones monumentales, entre las que cabría señalar la ampliación del Monte del Templo y la construcción del palacio-fortaleza de Masada, en el mar Muerto; pero también tuvo en cuenta en todo momento los deseos del gobernador romano, como vasallo que era de Roma.

Fue a una Jerusalén engrandecida y magnificada con las construcciones asmoneas y herodianas, atestada de peregrinos que llegaban para celebrar la fiesta de la Pascua, adonde llegó Jesús de Nazaret, en el año 33 d. C. (según las fechas aceptadas por los expertos). En aquel momento, a los judíos se les permitía conservar sólo una autoridad religiosa, un consejo de setenta ancianos denominado Sanedrín; ya no había un rey judío; el país, que ya no era un estado judío, sino una

provincia romana, estaba gobernado por el procurador Poncio Pilato, instalado en la Torre Antonia, adyacente al Templo.

Las tensiones entre el populacho judío y los dominadores romanos iban en aumento, y habían dado lugar a algunos altercados sangrientos en Jerusalén. Poncio Pilato, que había llegado a Jerusalén en el año 26 d. C., no hizo otra cosa que empeorar las cosas al introducir en la ciudad a los legionarios romanos con su *signae* como estandarte y sus monedas, que llevaban grabadas imágenes, cosa que estaba prohibida en el Templo; los judíos que habían ofrecido resistencia habían sido sentenciados sin piedad a la crucifixión en un número tan elevado que el lugar de las ejecuciones recibió el apodo de *Gulgatha*, el Lugar de las Calaveras.

Jesús había estado antes en Jerusalén; «Sus padres iban todos los años a Jerusalén a la fiesta de la Pascua. Cuando tuvo doce años, subieron ellos como de costumbre a la fiesta y, al volverse, pasados los días, el niño Jesús se quedó en Jerusalén, sin saberlo sus padres» (Lucas 2, 41-43). Cuando llegó Jesús (con sus discípulos) en esta ocasión, la situación no era ciertamente la esperada, no al menos lo que las profecías bíblicas prometían.

Los judíos devotos, como lo era sin duda Jesús, contemplaban la idea de la redención, de la salvación de manos del Mesías, punto central del vínculo especial e imperecedero entre Dios y la Casa de David, hecho que se expresó del modo más claro y enfático en el grandioso Salmo 89 (19-29), en el cual Yahveh, hablándoles a sus fieles seguidores en una visión, les decía:

*He exaltado a un elegido de mi pueblo.
He encontrado a David mi servidor,
con mi óleo santo le he ungido...
Él me invocará:
"¡Tú, Padre mío, mi Dios
y roca de mi salvación!".
Y yo haré de él el primogénito,
el supremo entre los reyes de la Tierra.
Le guardaré mi amor por siempre,
no traicionaré mi fidelidad a él,
y mi alianza no será violada,
lo que he pronunciado no lo cambiaré...
Estableceré su estirpe para siempre,
y su trono [perdurará] como los días del cielo.*

¿No sería esa referencia a los «días del cielo» una pista, un vínculo entre la llegada de un Salvador y el profetizado final de los tiempos? ¿No sería el momento de ver hacerse realidad las profecías? Y así, Jesús de Nazaret, ahora en Jerusalén con sus doce discípulos, decidió tomar el asunto en sus manos: ¡si la salvación requería un Ungido de la Casa de David, él, Jesús, sería ese Ungido!

Su mismo nombre, en hebreo, *Yehu-shuah* («Joshua»), significaba Salvador de Yahveh; y en cuanto al requisito de que el Ungido (el «Mesías») tenía que ser de la Casa de David, él lo era; el mismo versículo con el que comienza el Nuevo Testamento, en el Evangelio según san Mateo, dice: «*El libro de las generaciones de Jesús Cristo, hijo de David, hijo de Abraham*». Después, aquí y en otro lugar del Nuevo Testamento, se da la genealogía de Jesús a través de las generaciones: catorce generaciones desde Abraham hasta David, catorce generaciones desde David hasta el exilio de Babilonia, y otras catorce generaciones desde entonces hasta Jesús. Se correspondía con lo que se esperaba del Mesías, repiten los evangelios una y otra vez.

Las fuentes a las que podemos recurrir para saber lo que sucedió después son los evangelios y otros libros del Nuevo Testamento. Sabemos que los «informes de testigos presenciales» se escribieron de hecho mucho después de sucedidos los acontecimientos; sabemos que las versiones canónicas son el resultado de las deliberaciones realizadas durante una reunión de obispos, convocada por el emperador romano Constantino tres siglos después. Sabemos que los manuscritos «gnósticos», como los documentos de Nag Hammadi o el Evangelio de Judas, dan diferentes versiones, versiones que la Iglesia tuvo serios motivos para suprimir; y sabemos también, lo cual es un hecho indiscutible, que al principio hubo una Iglesia de Jerusalén, liderada por un hermano de Jesús, y destinada exclusivamente a seguidores judíos; esta Iglesia sería apabullada, suplantada y eliminada por la Iglesia de Roma, que estaba dirigida a los gentiles. Sin embargo, sigamos la versión «oficial», pues ésta, en sí misma, relaciona los acontecimientos de Jesús en Jerusalén con todo lo acaecido en los siglos y milenios anteriores, tal como se viene relatando en este libro.

En primer lugar, y sin que quede lugar a la duda (si es que aún existen dudas), hay que descartar la idea de que Jesús llegó a Jerusalén en el tiempo de la Pascua, y también que la Última Cena fue la cena del *Seder* de la Pascua. En Mateo 26, 2, Marcos 14, 1 y Lucas 22, 1, se dice que Jesús, al llegar a Jerusalén, les dijo a sus discípulos: «Ya sabéis que dentro de dos días es la Pascua»; «Faltaban dos días para

la Pascua y los Ázimos»; y «Se acercaba la fiesta de los Ázimos, llamada Pascua». Los tres evangelios, en los mismos capítulos, afirman que Jesús les dijo a sus discípulos que fueran a cierta casa, en la que podrían celebrar la cena de Pascua con la que comienza la festividad.

Lo siguiente en salir a colación es la cuestión de Elías, el heraldo de la llegada del Mesías (en Lucas 1, 17, se citan incluso los versículos relevantes de Malaquías). Según los evangelios, la gente, que había oído hablar de los milagros que Jesús había realizado (milagros que se parecían mucho a los del profeta Elías), se preguntaba al principio si Jesús no sería Elías, que habría reaparecido. Sin negarlo, Jesús puso a prueba a sus discípulos más cercanos: «¿Quién decís vosotros que soy yo?» Y Pedro respondió y le dijo: «Tú eres el Ungido» (Marcos 8, 28-29).

Si esto es así, le preguntaron, ¿dónde está Elías, que tenía que venir primero? Y Jesús respondió: Sí, claro, ¡pero es que Elías ya vino!

Y le preguntaban:

«¿Por qué dicen los escribas que Elías debe venir primero?»

Él les contestó:

«Elías vendrá primero y restablecerá todo...

Pues bien, yo os digo:

Elías ha venido ya».

Marcos 9, 11; 13

Era ésta una declaración audaz, la prueba de lo que estaba a punto de suceder: pues si Elías había vuelto realmente a la Tierra, «*ha venido ya*», se cumplía así el requisito previo para la llegada del Mesías... ¡por tanto, tenía que aparecer en el Seder y beber de su copa de vino!

Como exigían las costumbres y la tradición, la copa de Elías, llena de vino, se puso en la mesa del *Seder* de Jesús y de sus discípulos. La cena ceremonial se detalla en Marcos, capítulo 14. Dirigiendo el *Seder*, Jesús tomó el pan ázimo (llamado ahora *Matzoh*) e hizo la bendición, lo partió y distribuyó los trozos del pan entre sus discípulos. «Tomó luego *la copa* y, dadas las gracias, se la dio, y bebieron todos de ella» (Marcos 14, 23).

Así pues, sin duda alguna, la copa de Elías estaba allí, pero Da Vinci optó por no mostrarla. En esta pintura de *La Última Cena*, que sólo podía basarse en los pasajes del Nuevo Testamento, *Jesús no sostiene la crucial copa. ¡Pero es que, además, en la mesa, no hay copa*

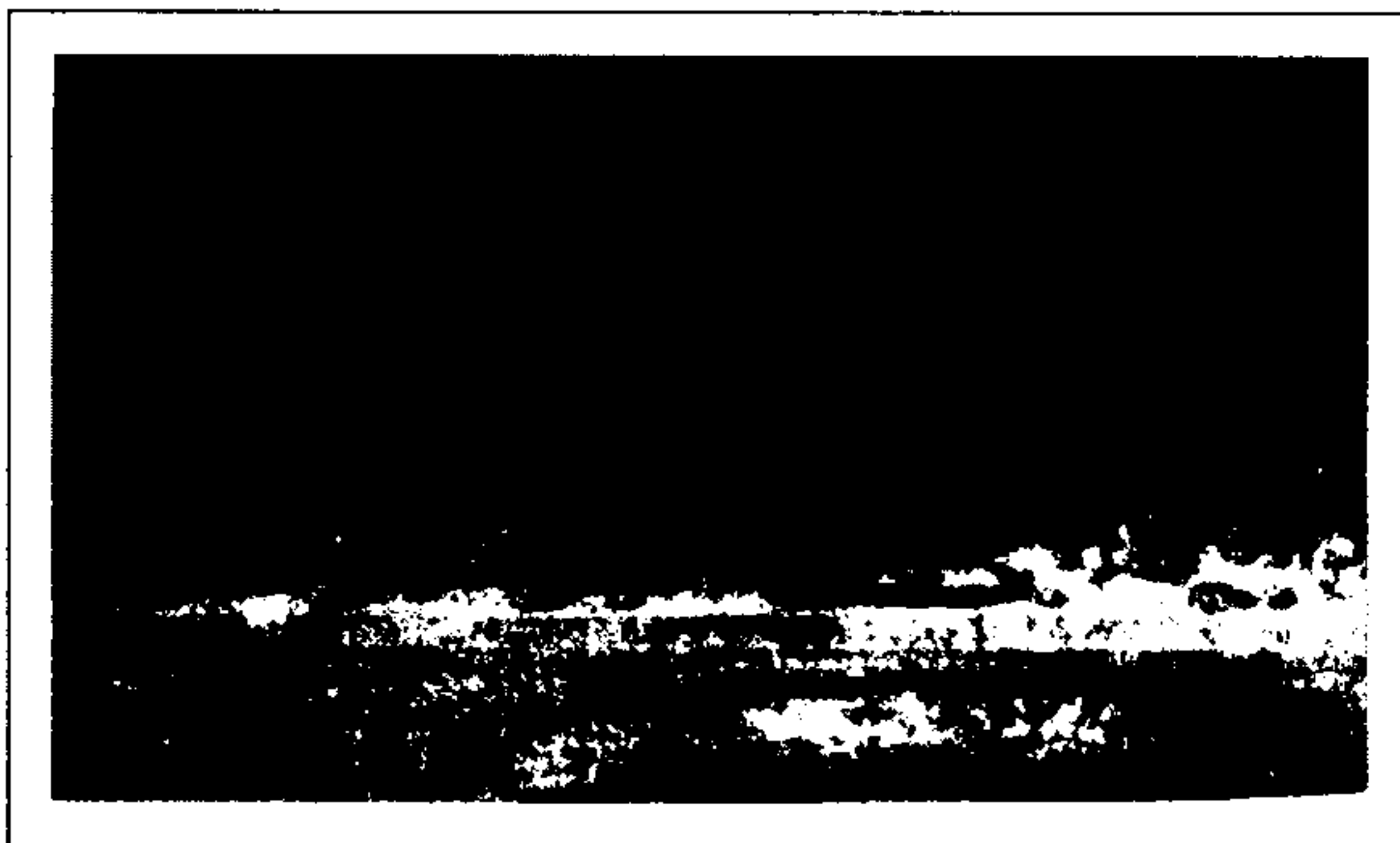


Figura 125

alguna de vino! Sin embargo, sí que hay *un inexplicable hueco a la derecha de Jesús* (fig. 125), y el discípulo de su derecha se aparta a un lado, como si estuviera dejando paso a alguien invisible.

¿Estaría dando a entender el teológicamente correcto Da Vinci que un Elías invisible había entrado por las ventanas abiertas, por detrás de Jesús, y se había llevado la copa que era suya? Elías, sugiere así pues la pintura, había vuelto; el heraldo que precedería al rey ungido de la Casa de David había llegado ya.

Y así lo confirmó Jesús cuando, tras ser arrestado, fue llevado ante la presencia del gobernador romano, que le preguntó: «¿Eres tú el rey de los judíos?». Respondió Jesús: «Tú lo dices» (Mateo 27, 11). La sentencia (sentencia a muerte, en la cruz) era inevitable.

Cuando Jesús levantó la copa de vino e hizo la bendición requerida, les dijo a sus discípulos (según Marcos 14, 24), «Ésta es mi sangre del nuevo testamento». Si éstas fueron sus palabras exactas, no estaba queriendo decir que iban a beber vino convertido en sangre, lo cual hubiera sido una grave transgresión de una de las prohibiciones más estrictas del judaísmo desde tiempos ancestrales, «pues la sangre es el alma». Lo que Jesús dijo (o pretendía decir) fue que el vino de *esta copa*, la *copa de Elías*, era un testamento, una confirmación de su

linaje de sangre. Y Da Vinci lo representó convincentemente con su desaparición, presumiblemente en poder de Elías.

La copa desaparecida ha sido tema predilecto de muchos autores a lo largo de los siglos. Los relatos se convierten en leyendas: los cruzados la buscaron; los Caballeros Templarios la encontraron; se trajo a Europa...la copa se convirtió en un cáliz; era el cáliz que representaba la sangre real; *Sang Real* en francés, que se convertiría en *San Greal*, el *Santo Grial*.

¿O pudo ser que, después de todo, no saliera nunca de Jerusalén?

El continuo sometimiento y el aumento de la represión romana en Judea llevaron al estallido de la más grave de las rebeliones que sufrió Roma, que tuvo que echar mano de sus más importantes generales y de sus mejores legiones durante siete años para derrotar a la pequeña Judea y llegar a Jerusalén. En el año 70 d. C., tras un prolongado asedio y unas feroces batallas cuerpo a cuerpo, los romanos abrieron una brecha en las defensas del Templo, y su general en jefe, Tito, ordenó prenderle fuego al santuario. Aunque la resistencia prosiguió en otros muchos sitios durante otros tres años, la gran revuelta judía había terminado.

Los vencedores romanos estaban tan eufóricos que conmemoraron la victoria con una serie de monedas que anunciaban al mundo *Judaea capta*, Judea capturada, y erigieron un arco de la victoria en Roma, en el que se representaron los objetos rituales saqueados del Templo (fig. 126).

Pero, durante cada uno de aquellos siete años de independencia, en las monedas judías se grabó la leyenda «Año uno», «Año dos», etcé-



Figura 126



Figura 127

tera, «para la libertad de Sión», mostrando frutos de la tierra como temas decorativos. *Inexplicablemente, las monedas de los años dos y tres llevaban la imagen de un cáliz* (fig. 127)...

¿Estaría el Santo Grial aún en Jerusalén?

16

•

EL HARMAGUEDÓN Y LAS PROFECÍAS DEL RETORNO

¿Regresarán? ¿Cuándo regresarán?

Me han hecho estas preguntas infinidad de veces, refiriéndose a los dioses anunnaki, cuya saga ha colmado mis libros. La respuesta a la primera pregunta es «sí, volverán»; hay pistas que conviene tener en cuenta, y las profecías del Retorno tienen que cumplirse. Sin embargo, la respuesta a la segunda pregunta viene acosando a la humanidad desde aquellos trascendentales acontecimientos de Jerusalén, hace más de dos mil años.

Pero la pregunta no es sólo «si regresarán» y «cuándo regresarán». ¿Qué significará el Retorno, qué traerá consigo? ¿Será un hecho benévolo o, como ocurrió con el Diluvio, significará el fin? ¿Qué profecías se harán realidad? *¿La de una época mesiánica, la de la Segunda Venida, un nuevo comienzo, o quizás un apocalipsis catastrófico, el final definitivo, el Harmagedón...?*

Es esta última posibilidad la que lleva a estas profecías desde el reino de la teología, la escatología o la mera curiosidad hasta una cuestión de verdadera supervivencia de la humanidad; pues *Harmagedón*, un término que ha venido a denotar una guerra de un alcance inimaginable y calamitoso, *es en realidad el nombre de un lugar concreto, situado en un país que se ha visto sometido a las amenazas de la aniquilación nuclear.*

En el siglo XXI a. C., la guerra entre los reyes del este y los reyes del oeste vino seguida por una catástrofe nuclear. Veintiún siglos más tarde, cuando el a. C. cambió a d. C., los temores de la humanidad se expresaron en un manuscrito, oculto en una cueva cercana al mar Muerto, que hablaba de una gran guerra final, la «Guerra de los Hijos de la Luz contra los Hijos de la Oscuridad». Ahora, una vez más, en el siglo XXI d. C., la amenaza nuclear se cierne sobre ese mismo lugar histórico. Esto es motivo suficiente como para preguntarse: ¿Se repe-

tirá la historia? ¿Acaso la historia se repite a sí misma de algún modo misterioso cada veintiún siglos?

En Ezequiel (capítulos 38 y 39), dentro del escenario del final de los tiempos, se habla de una guerra, de una conflagración que resultará aniquiladora. Aunque «Gog del país de Magog», o «Gog y Magog», se anticipan como los principales instigadores de esa guerra final, la lista de los contendientes que se verán envueltos en las batallas abarca a casi todas las naciones relevantes; y en el centro de la conflagración estarán «los moradores del ombligo de la Tierra», las gentes de Jerusalén, según la Biblia; pero también las gentes de «Babilonia», como sustituta de Nippur, para aquellos para quienes el reloj se detuvo allí.

¡Da escalofríos pensar que la lista de las naciones que, según Ezequiel (38, 5), se verán envueltas en esa guerra final, la del Harmagedón, comienza con Persia, actualmente Irán, el país cuyos líderes intentan conseguir armas nucleares con las cuales «borrar de la faz de la Tierra» a las gentes que moran allí donde se encuentra Har-Megiddo!

¿Quién es ese «Gog del país de Magog», y por qué esa profecía de hace dos milenios y medio se parece tanto a los titulares actuales de los periódicos? ¿Acaso los detalles precisos de la profecía apuntan al cuándo, a nuestros tiempos, a nuestro siglo?

El *Harmagedón*, la guerra final de Gog y Magog, es también un elemento esencial del escenario del final de los tiempos del libro profético del Nuevo Testamento, el Apocalipsis (la «Revelación», cuyo título completo es El apocalipsis de San Juan el Divino). En él, se compara a los instigadores de los acontecimientos con dos bestias, una de las cuales puede «hacer que el fuego baje del cielo a la Tierra, a la vista de los hombres». Sólo se nos da una enigmática pista sobre su identidad (13, 18):

¡Aquí está la sabiduría!
Que el inteligente
calcule la cifra de la Bestia;
pues es la cifra de un hombre.
Su cifra es 666.

Muchos son los que han intentado descifrar el misterioso número 666, suponiendo que se trate de un mensaje en clave perteneciente al final de los tiempos. Y dado que el libro se escribió cuando

comenzaban las persecuciones contra los cristianos en Roma, la interpretación más aceptada es la de que este número era un código que identificaba al opresor por excelencia de los cristianos, el emperador Nerón, pues el valor numérico de su nombre en hebreo (NeRON QeSaR) suma 666. El hecho de que hubiera estado en la plataforma espacial de Baalbek, posiblemente para inaugurar el templo de Júpiter, en el año 60 d. C., puede guardar relación (o puede que no) con el enigma del 666.

Pero en el número 666 puede haber algo más que la mera conexión con Nerón, como lo sugiere el intrigante hecho de que 600, 60 y 6 son números básicos del sistema sexagesimal sumerio, de manera que la clave podría remontarse a textos más antiguos; hubo 600 anunnaki en la Tierra, el rango numérico de Anu era el de 60, el rango de Ishkur/Adad era el de 6. Así pues, si multiplicáramos estos tres números en lugar de sumarlos, tendríamos $666 = 600 \times 60 \times 6 = 216.000$, que es el familiar 2.160 (2.160 veces 100), un resultado con el cual podríamos especular indefinidamente.

Después, nos encontramos con el misterio de que, cuando los siete ángeles revelan la secuencia de los acontecimientos futuros, no los relacionan con Roma; los relacionan con *Babilonia*. La explicación convencional dice que, al igual que el 666 es una clave para identificar a un emperador romano, «Babilonia» sería una palabra en clave para identificar a Roma. Pero Babilonia llevaba siglos enterrada cuando se escribió el Apocalipsis, y el Apocalipsis, hablando de Babilonia, enlaza inequívocamente las profecías con «el gran río Éufrates» (9, 14), incluso dice que «el sexto ángel derramó su copa sobre el gran río Éufrates», secándolo todo para que los reyes de Oriente se unieran a la batalla (16, 12). La profecía habla de una ciudad/país que está junto al Éufrates, no junto al río Tíber.

Dado que las profecías del Apocalipsis tratan del futuro, habrá que llegar a la conclusión de que «*Babilonia*» no es una clave; *Babilonia* significa Babilonia, una Babilonia futura que se verá implicada en la guerra del «Harmagedón» (que el versículo 16, 16 explica como el nombre de «un lugar en lengua hebrea»; *Har-Megiddo*, monte Megiddo, en Israel), una guerra que involucrará a Tierra Santa.

Si esa futura Babilonia es de hecho el Iraq de nuestros días, los versículos proféticos pueden provocarnos de nuevo un escalofrío, pues cuando predicen los acontecimientos presentes que han llevado a la caída de Babilonia tras una breve pero cruenta guerra, *predicen también la fractura de Babilonia/Iraq en tres partes!* (16, 19).

Al igual que en el Libro de Daniel, que predecía fases de tribulaciones y etapas difíciles en el proceso mesiánico, el Apocalipsis intentó explicar las enigmáticas profecías del Antiguo Testamento hablando (en el capítulo 20) de una primera era mesiánica, con «una primera resurrección» que duraría mil años, seguida por un reinado satánico de mil años más (cuando «Gog y Magog» se enzarzarán en una inmensa guerra), y luego una segunda época mesiánica y otra resurrección (y, con ello, la «Segunda Venida»).

Como es natural, estas profecías desencadenaron un sinfín de especulaciones a medida que se aproximaba el año 2000 d. C.: especulaciones referentes al *Milenio* como hito en el tiempo, en la historia de la humanidad y de la Tierra, cuando las profecías se harían realidad.

Acosado por las preguntas sobre el milenio, a medida que se acercaba el año 2000, yo le decía a mi audiencia que *no iba a ocurrir nada en el año 2000*; y no sólo porque el verdadero punto del milenio, contando a partir del nacimiento de Jesús, había pasado ya, dado que Jesús habría nacido, según los cálculos de todos los expertos, en el año 6 o en el 7 a. C. La principal razón para dar esta opinión se hallaba en que las profecías no parecían visualizar un tiempo *lineal* (año uno, año dos, año novecientos, etcétera), sino *una repetición cíclica* de acontecimientos, es decir, la creencia fundamental de que «lo primero será lo último», algo que sólo puede ocurrir cuando la historia y el tiempo histórico se mueven en círculo, donde el punto de inicio es el punto final, y viceversa.

Inherente a este plan cíclico de la historia se halla el concepto de Dios como de una *entidad divina imperecedera* que ha estado presente en el principio, cuando se crearon el cielo y la Tierra, y que estará presente en el final de los tiempos, cuando se renueve su reino en su monte santo. En esto se incide una y otra vez en la Biblia, desde su inicio hasta el último de los profetas, como cuando Dios anuncia, a través de Isaías (41, 4; 44, 6; 48, 12):

Yo soy Él, yo soy el primero y también el último...
Desde el principio anuncio el final,
y desde los tiempos antiguos lo que aún no ha sucedido.

Isaías 48, 12; 46, 10

E igualmente (dos veces) en el Libro del Apocalipsis del Nuevo Testamento:

Yo soy el Alfa y la Omega,
el Principio y el Final,
dice el Señor Dios,
que es, y que fue, y que será.

Apocalipsis 1, 8

Ciertamente, la base de la profecía se hallaba en la creencia de que el final estaba anclado en el principio, que el *futuro* se podía predecir porque el *pasado* era conocido, si no para el Hombre, sí para Dios: yo soy Aquel «*que desde el principio anuncio el final*», dice Yahveh en Isaías 46, 10. El profeta Zacarías (1, 4; 7, 7; 7, 12) previó los planes de Dios para el futuro, *los últimos días*, en términos del pasado, *los primeros días*.

Esta creencia, que se reafirma en los Salmos, en los Proverbios y en el Libro de Job, se contemplaba como un plan divino universal para toda la Tierra y todas sus naciones. El profeta Isaías, al visualizar a las naciones de la Tierra reunidas para averiguar lo que les espera, nos las muestra preguntándose unas a otras: «¿Quién de entre nosotras puede decir el futuro, haciéndonos saber las primeras cosas?» (41, 22). Éste era un principio universal, como se puede constatar en la colección de *Profecías asirias*, cuando el dios Nabu le dice al rey asirio Asarjaddón: «*El futuro será como el pasado*».

Este elemento cíclico de las profecías bíblicas del Retorno nos lleva a una respuesta actual a la pregunta de *cuándo*.

Como recordará el lector, en América Central se encontró una rotación cíclica del tiempo histórico que sería el resultado del encaje, al modo de las ruedas de un engranaje, de dos calendarios (véase fig. 67), que daban lugar a un «paquete» de cincuenta y dos años, con el cual, tras un número no especificado de ciclos, se establecería el prometido retorno de Quetzalcóatl (alias Thot/Ningishzidda). Y esto nos lleva a las denominadas *Profecías mayas*, según las cuales *el final de los tiempos tendrá lugar en torno a 2012 d. C.*

La perspectiva de que la crucial fecha profetizada esté a la vuelta de la esquina ha atraído, como es natural, el interés de muchos, y eso hace que merezca un análisis y una explicación. Esta fecha surge del hecho de que, en ese año (dependiendo de cómo lo calcule uno), la unidad de tiempo que denominaban *Baktun* completará su decimotercer ciclo.

Dado que cada baktun tiene 144.000 días, esto se convierte en una especie de hito.

Pero conviene señalar que en este asunto hay algunos errores o, al menos, algunas suposiciones falsas. La primera es que el baktun no pertenece a ninguno de los dos calendarios «encajados» que dan lugar al «paquete» de cincuenta y dos años (el *Haab* y el *Tzolkin*), sino a un tercer calendario, mucho más antiguo, al que se le ha dado en llamar la *Cuenta Larga*.

Lo introdujeron los olmecas, los africanos que llegaron a América Central cuando Thot se exilió de Egipto, y el inicio de la cuenta de días debería situarse en ese punto, de modo que el primer día de la Cuenta Larga se encontraría en el equivalente a un día de agosto de 3113 a. C. Los jeroglíficos de este calendario representaban la siguiente secuencia de unidades:

1 kin		=	1 día
1 uinal	= 1 kin x 20	=	20 días
1 tun	= 1 kin x 360	=	360 días
1 katun	= 1 tun x 20	=	7.200 días
1 baktun	= 1 katun x 20	=	144.000 días
1 pictun	= 1 baktun x 20	=	2.880.000 días

Estas unidades, cada una de las cuales es un múltiplo de otra anterior, continuaban más allá del baktun con jeroglíficos de cantidades crecientes. Pero, dado que los monumentos mayas nunca llegaron más allá de los 12 baktuns, cuyos 1.728.000 días se extendieron más allá de la existencia de los mayas, el decimotercer baktun se nos presenta como un verdadero hito. Por otra parte, la tradición popular maya parece sustentar la idea de que el actual «Sol» o Era terminará con el 13.^{er} baktun, de modo que, cuando este número de días ($144.000 \times 13 = 1.872.000$) se divide por 365,25, da lugar a un total de 5.125 años; si le restamos 3113 a. C., *el resultado es el año 2012 d. C.*

Se trata de una apasionante, al tiempo que siniestra, predicción. Pero esa fecha se puso en duda hace ya un siglo entre expertos como Fritz Buck (*El calendario maya en la cultura de Tiahuanacu*), que señaló que, como indica la lista de arriba, el multiplicador, y por tanto el divisor, debería ser el propio del calendario, el matemáticamente perfecto 360, y no 365,25. De esta manera, los 1.872.000 días darían como resultado 5.200 años, lo cual supondría un resultado perfecto, porque representa exactamente 100 «paquetes» de 52, el número

mágico de Thot. Así calculado, *el año mágico de Thot, el año del Retorno, sería 2087 d. C.* ($5200-3113 = 2087$).

Uno podría soportar incluso esta espera; la única mosca en la sopa es que *la Cuenta Larga es una cuenta de tiempo lineal, y no precisa de una cuenta cíclica*, de modo que puede seguir contando días más allá del decimocuarto baktun, el decimoquinto, etcétera.

Sin embargo, todo esto no le resta importancia al asunto de un milenio profético. Dado que la fuente del «milenio» como tiempo escatológico tuvo sus orígenes en los escritos apócrifos judíos del siglo II a. C., convendrá que busquemos su significado en esa dirección. De hecho, la referencia a «un millar» (un milenio) como definición de una era tiene sus raíces en el Antiguo Testamento. En el Deuteronomio (7, 9), a la alianza de Dios con Israel se le asignaba una duración de «mil generaciones», afirmación que se repite (1 Crónicas 16, 15) cuando David trae el Arca de la Alianza a Jerusalén. Los Salmos aplican una y otra vez el número «mil» a Yahveh, a sus maravillas e incluso a su carro (Salmo 68, 17).

Directamente relevante para el tema que nos ocupa es lo que se dice en el Salmo 90,4, palabras atribuidas al mismo Moisés, que dice de Dios que *«mil años, a tus ojos, son como el ayer, que ya pasó»*. Esta afirmación dio lugar a la especulación (iniciada poco después de la destrucción del Templo por parte de los romanos) de que ésta era una forma de averiguar el esquivo final de los tiempos: si la Creación, «el principio», según el Génesis, le llevó a Dios seis días, y un día divino equivale a mil años, el resultado es de seis mil años, desde el principio hasta el final. Así pues, se supuso que el final de los tiempos tendría lugar en el *Anno Mundi* seis mil.

Si lo aplicamos al calendario hebreo de Nippur, que comenzó en 3760 a. C., *esto significa que el final de los tiempos tendrá lugar en el año 2240 d. C.* ($6000-3760 = 2240$).

Este tercer cálculo del final de los tiempos puede resultar un tanto decepcionante o un tanto reconfortante, depende de las expectativas de cada uno. La belleza de su cálculo estriba en que está en perfecta armonía con el sistema sexagesimal sumerio (de base sesenta). Podría incluso demostrarse correcto en un futuro, pero yo no lo creo así, pues también es lineal, y en las profecías se alude a una unidad de tiempo cíclica.

Dado que no nos funciona ninguna de las fechas vaticinadas «modernas», tendremos que echar la vista atrás, a las «fórmulas» antiguas; tendremos que hacer lo que se nos aconseja en Isaías, «*mirar atrás las señales*». Tenemos dos posibilidades *cíclicas*: el tiempo divino, es decir, el período orbital de Nibiru, y el tiempo celeste, a saber, el de la precesión de los equinoccios. ¿Cuál de ellos será?

El hecho de que los anunnaki llegaran y se fueran durante una «ventana de oportunidad», cuando Nibiru llegó al perigeo (al punto más cercano al Sol, y por tanto al punto más cercano a la Tierra y a Marte) es tan obvio que algunos de mis lectores suelen restar simplemente 3.600 de 4.000 (la fecha en torno a la cual se produjo la última visita de Anu), obteniendo como resultado el año 400 a. C., o bien restan 3.600 de 3.760 (cuando comenzó el calendario de Nippur), tal como hicieron los macabeos, y se sitúan en 160 a. C. Tanto de un modo como de otro, la siguiente llegada de Nibiru se encontraría en el distante futuro.

Pero, de hecho, como ya sabe el lector, Nibiru llegó un poco antes en su última visita, en torno a 560 a. C. Si tenemos en cuenta esta «variación», habrá que tener en cuenta también que el SAR perfecto (3.600 años) ha sido siempre un período orbital *matemático*, dado que las órbitas celestes de planetas, cometas o asteroides varían de una órbita a otra debido a la atracción gravitatoria de otros planetas cuyas cercanías atraviesan en su trayectoria. Si vemos, por ejemplo, al cometa Halley, del que tenemos abundantes datos, el período orbital matemático que se nos da es de 75 años, si bien fluctúa entre 74 y 76 años; la última vez que apareció, en 1986, su período orbital fue de 76 años. Si trasladamos la variación del cometa Halley a los 3.600 años de Nibiru, nos encontraremos con una diferencia de más/menos 50 años en cada período orbital.

Existe otra razón para preguntarse por qué Nibiru se desvió tanto de su acostumbrado SAR cuando tuvo lugar el inusual acontecimiento del Diluvio, en torno a 10900 a. C.

Durante sus 120 sars *anteriores* al Diluvio, Nibiru transitó por su perigeo sin provocar ninguna catástrofe similar. Pero, después, ocurrió algo inusual, algo que llevó a Nibiru más cerca de la Tierra, y que, combinándose con las condiciones de deslizamiento de la capa de hielo que cubría la Antártida, dio lugar al Diluvio. ¿Qué fue ese «algo inusual»?

La respuesta puede hallarse en la periferia de nuestro sistema solar, allí donde orbitan Urano y Neptuno, planetas entre cuyas mu-

chas lunas las hay que orbitan, inexplicablemente, en dirección opuesta («retrógrada»), es decir, la dirección en la que orbita Nibiru.

Uno de los grandes misterios del sistema solar lo constituye el hecho de que el planeta Urano se halle literalmente tumbado sobre un costado; su eje norte-sur está orientado al Sol, es decir, se halla en la horizontal al Sol, en lugar de en vertical. «Algo» debió de darle a Urano un «tremendo castañazo» en algún momento del pasado, dijeron los científicos de la NASA, sin aventurarse a conjeturar qué podía haber sido ese «algo». Con frecuencia me he preguntado si ese «algo» fue también el que causó la enorme y misteriosa cicatriz, y el inexplicable aspecto como de haber sido «arado» que el *Voyager 2* de la NASA descubrió en una luna de Urano, en Miranda, en 1986 (fig. 128); una luna que es diferente en múltiples y variados aspectos al resto de lunas de Urano. *¿Pudo ser una colisión celeste, provocada por el tránsito de Nibiru y de sus lunas, lo que provocara todo esto?*

En los últimos años, los astrónomos han llegado a la conclusión de que los grandes planetas exteriores no se encuentran en el mismo sitio en el que se formaron, sino que han tenido una cierta deriva hacia el exterior, alejándose del Sol. Las investigaciones han concluido que este cambio de órbita ha sido más pronunciado en el caso de Urano y Neptuno (véase el bosquejo de la fig. 129), y eso podría explicar por qué no ocurrió nada durante tantas órbitas de Nibiru para que, luego, de repente, ocurriera. Resulta plausible suponer que, en la órbita de que provocó el Diluvio, Nibiru se encontrara con Urano



Figura 128

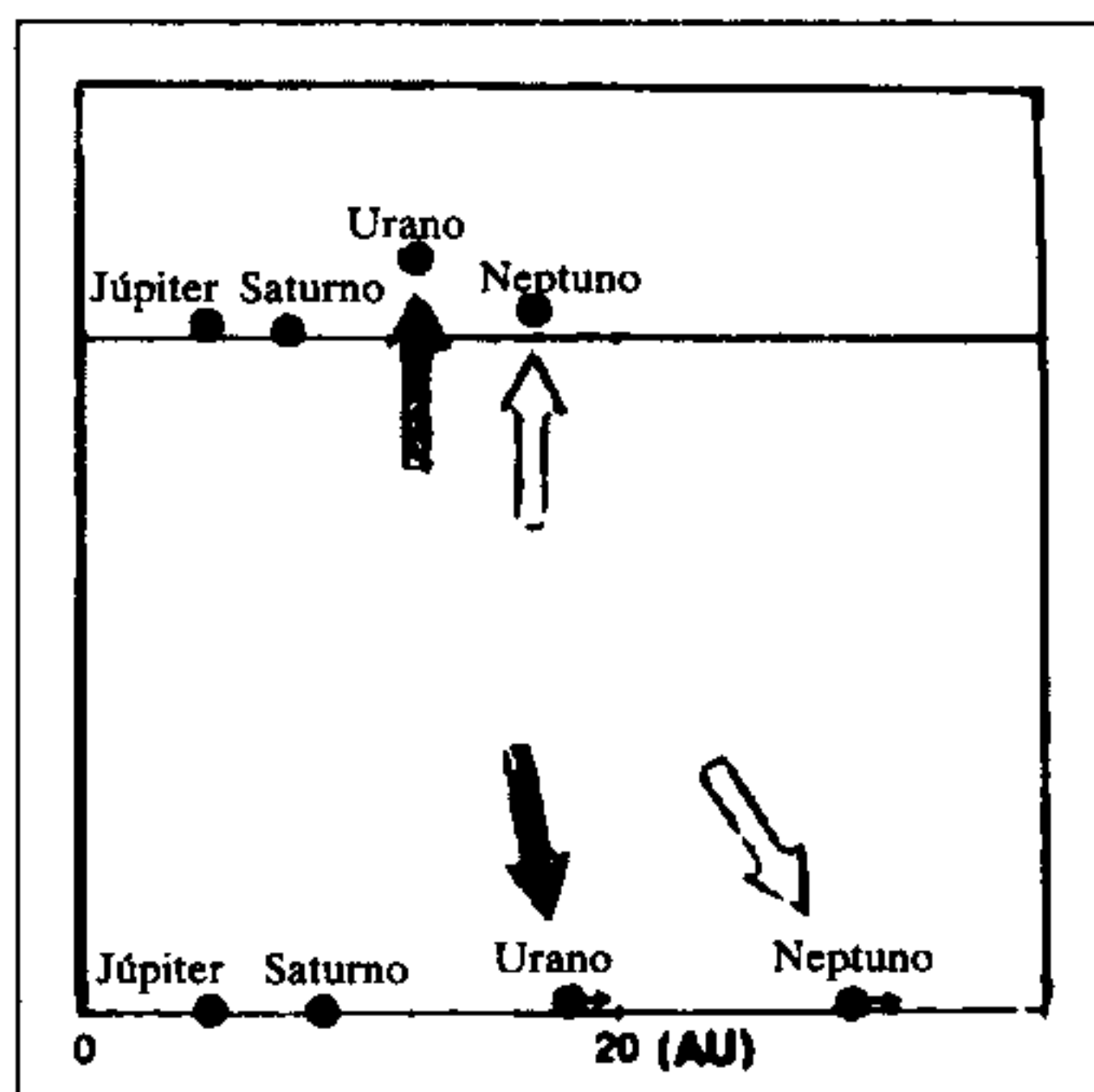


Figura 129

en su lenta deriva, y que una de las lunas de Nibiru colisionara con *Urano*, volcándolo sobre su costado; también pudiera ser que el «arma» con la que se golpeó a Urano fuera esa enigmática luna, *Miranda*, previamente una luna de Nibiru, que tras colisionar con Urano fue capturada por su campo gravitatorio. Este hecho pudo haber afectado la órbita de Nibiru, ralentizándola hasta situarla en torno a los 3.450 años terrestres en lugar de los 3.600 habituales, y dando como resultado que reapareciera después del Diluvio en torno a 7450 a. C., a 4000 a. C. y a 550 a. C.

Si eso fue lo que ocurrió, esto explicaría la «pronta» llegada de Nibiru en 556 a. C., y sugeriría que *su siguiente paso sería en torno a 2900 d. C.* Para aquellos que vinculan los acontecimientos catastróficos vaticinados con el regreso de Nibiru (el «Planeta X» para algunos) el final de los tiempos no estaría a la vuelta de la esquina.

Pero la idea de que los anunnaki limitaban sus idas y venidas a una única y breve «ventana» durante el perigeo del planeta es, no obstante, incorrecta. Los anunnaki podían ir y venir entre la Tierra y su planeta madre en otros momentos también.

En los textos antiguos se pueden encontrar numerosos casos de viajes de ida y de vuelta de los dioses sin que haya indicación alguna de la proximidad del planeta. También hay varios relatos de viajes de terrestres a Nibiru en los que se omite cualquier información sobre la observación de Nibiru en los cielos; observación que, por otra

parte, sí que se recalca en la visita de Anu a la Tierra en torno al año 4000 a. C. En uno de esos casos, Adapa, hijo de Enki con una mujer terrestre, a quien se le dio la sabiduría pero no la inmortalidad, hizo una breve visita a Nibiru en compañía de los dioses Dumuzi y Ningishzidda. Henoc, emulando al sumerio Enmeduranki, también llegó y se fue dos veces durante su vida en la Tierra.

Esto sería posible de al menos dos maneras, como se ve en la fig. 130: una, mediante la aceleración de la nave espacial en la fase de entrada de Nibiru (desde el punto A), llegando bastante antes del momento del perigeo; la otra, decelerando la nave espacial (en el punto B), durante la fase de salida de Nibiru, «cayendo» hacia el Sol (y, por tanto, hacia la Tierra y hacia Marte). Una corta visita a la Tierra, como la de Anu, podría realizarse mediante la combinación de «A» para la llegada y «B» para la partida; una corta visita a Nibiru (como la de Adapa) podría realizarse invirtiendo el procedimiento, dejando la Tierra para interceptar a Nibiru en «B» y partiendo de Nibiru en «A».

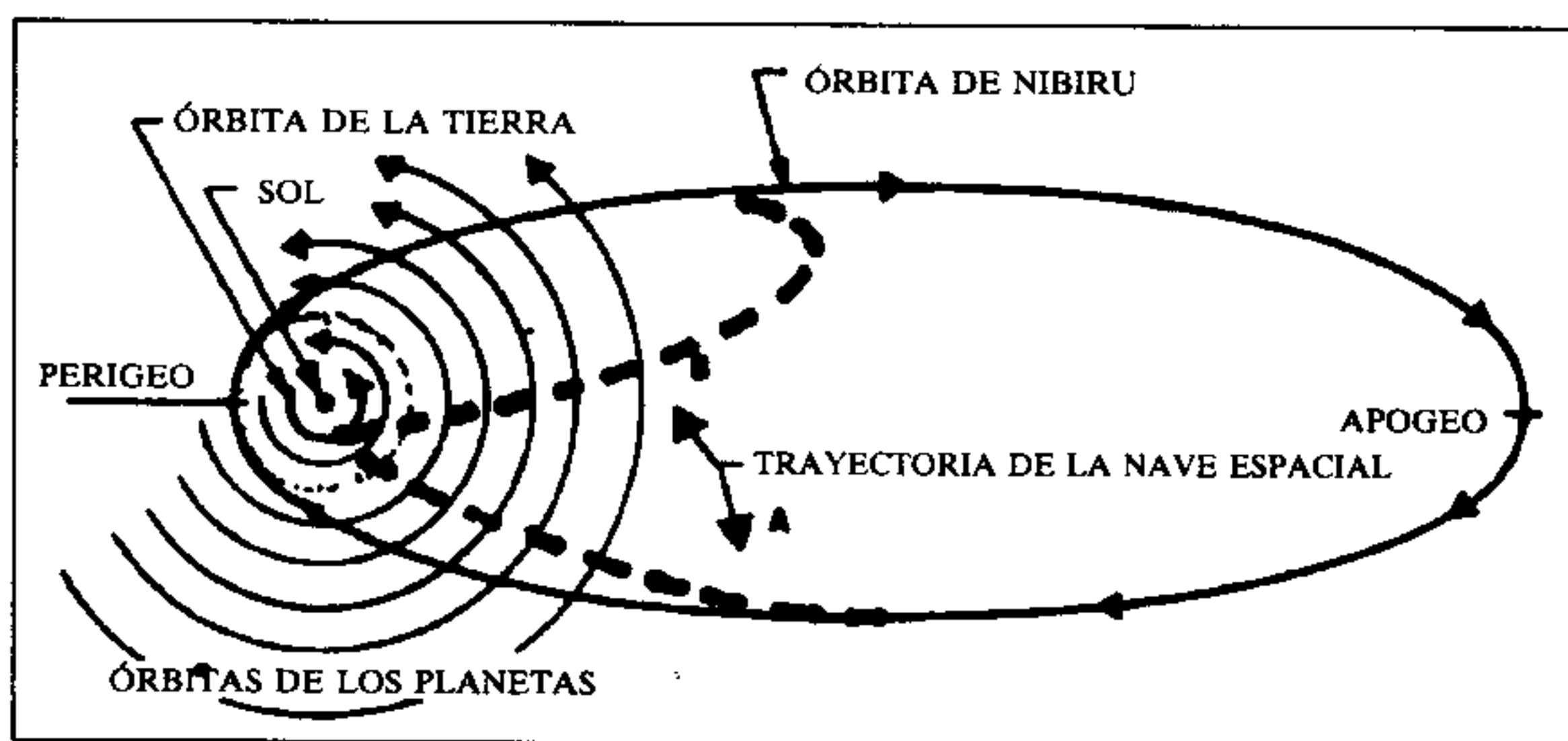


Figura 130

El retorno de los anunnaki en un momento distinto al del retorno del planeta puede, por tanto, tener lugar, y de ahí que nos quedemos con el otro tiempo cíclico, el tiempo zodiacal.

En mi libro *Al principio de los tiempos*, lo denominé *tiempo celeste*, a diferencia del tiempo terrestre (el del ciclo orbital de nuestro planeta) y del tiempo divino (el del ciclo orbital de Nibiru), si bien sirviendo como vínculo entre ambos. Si el Retorno esperado va a ser el

de los anunnaki y no el de su planeta, entonces nos corresponde a nosotros buscar la solución a los enigmas de dioses y hombres a través del reloj que les vincula: el cíclico tiempo celeste del zodiaco. Después de todo, lo inventaron los anunnaki para reconciliar los dos ciclos; su proporción (3.600 para Nibiru, 2.160 para una era zodiacal) constituye la sección áurea, la proporción de 10:6. Y, como ya he sugerido, nos da como resultado el sistema sexagesimal, en el cual se basaban las matemáticas y la astronomía de los sumerios ($6 \times 10 \times 6 \times 10$, etcétera).

Beroso, como ya he dicho, consideraba que las eras zodiacales constituían puntos cruciales en los asuntos de dioses y hombres, y sostenía que el mundo atraviesa periódicamente por catástrofes apocalípticas, sean de agua o de fuego, cuya ocurrencia viene determinada por los fenómenos celestes. Como su homólogo Manetón en Egipto, también dividió la prehistoria y la historia en fases divina, semidivina y posdivina, afirmando que «la duración de este mundo» sería de 2.160.000 años. ¡Y esto, maravilla de maravillas, son *exactamente mil (¡un milenio!) eras zodiacales!*

Los expertos que han estudiado las antiguas tablillas de arcilla que tratan de matemáticas y de astronomía se han quedado asombrados al descubrir que las tablillas hacían uso del fantástico número 12960000 (sí, 12.960.000) como punto de arranque. Y llegaron a la conclusión de que esto sólo podía estar relacionado con las eras zodiacales de 2.160 años, cuyos múltiplos dan como resultado 12.960 (si multiplicamos 2.160×6), 129.600 (si multiplicamos 2.160×60) o 1.296.000 (si lo multiplicamos por 600); ¡y, maravilla de maravillas, el fantástico número con el que comienzan estas antiguas listas, 12.960.000, es un múltiplo de 2.160 por 6.000, como en los divinos seis días de la creación!

El hecho de que los acontecimientos principales, cuando los asuntos de los dioses afectaban a los asuntos de los hombres, estuvieran relacionados con las eras zodiacales se ha venido demostrando a lo largo de toda la obra de *Las Crónicas de la Tierra*. Con el comienzo de cada era, acaece algo trascendental: la era de Tauro señaló la concesión de la civilización a la humanidad; la era de Aries vino acompañada de una hecatombe nuclear, y terminó con la partida de los dioses. La era de Piscis comenzó con la destrucción del Templo de Jerusalén y con el nacimiento del cristianismo. *¿No cabría preguntarse si el profético final de los tiempos no significará el fin de una era zodiacal?*

¿Sería el «un tiempo y tiempos y medio tiempo» de Daniel simplemente una terminología referente a las eras zodiacales? Esta posibilidad la ponderó, hace alrededor de tres siglos, nada menos que Sir *Isaac Newton*. Más conocido por su formulación de las leyes naturales que gobiernan los movimientos celestes (como los de los planetas que giran alrededor del Sol), también tuvo no obstante intereses religiosos, y escribió largos tratados sobre la Biblia y las profecías bíblicas. Newton tomó en consideración los movimientos celestes, que él formuló como «la mecánica de Dios», y creía firmemente que los descubrimientos científicos, que comenzaron con Galileo y Copérnico y que continuaría él mismo, tenían que ocurrir cuando ocurrieron. Esto le llevó a prestar especial atención a las «matemáticas de Daniel».

En marzo de 2003, la British Broadcasting Corporation (la BBC) incomodó a los estamentos científicos y religiosos con un programa sobre Newton que revelaba la existencia de un documento, escrito de su puño y letra, por delante y por detrás, que calculaba el final de los tiempos según las profecías de Daniel.

Newton anotó sus cálculos numéricos en una cara de la hoja, mientras en el otro lado exponía su análisis de los cálculos mediante siete «proposiciones». Un examen atento del documento (del cual tengo el privilegio de poseer una fotocopia) revela que, entre los números que utilizó en los cálculos, están el 216 y el 2.160 varias veces, una pista que nos indica cuál era su línea de pensamiento: *Newton estaba pensando en términos de tiempo zodiacal; ¡para él, ése era el reloj mesiánico!*

Resumió sus conclusiones en una serie de tres fechas calificadas como de «no antes» y una «no después de» sobre las pistas proféticas de Daniel:

- Entre 2132 y 2370, según una de las pistas que le dieron a Daniel
- Entre 2090 y 2374, según una segunda pista
- Entre 2060 y 2370, para el crucial «un tiempo y tiempos y medio tiempo».

«Sir Isaac Newton vaticinó que el mundo terminaría en el año 2060», anunció la BBC. No dijo eso exactamente, quizás; pero, como se muestra en la tabla de eras zodiacales dada en un capítulo anterior, no se alejó mucho de la realidad en dos de sus fechas de «no antes de»: 2060 y 2090. El documento original de este gran hombre se guarda ahora en el departamento de Manuscritos y Archivos de la Bi-

biblioteca Nacional y Universitaria Judía... *¡en Jerusalén!* ¿Será una coincidencia?

En mi libro de 1990, *El Génesis revisado*, se reveló públicamente por vez primera el «incidente de la Phobos», un suceso al que se le echó tierra encima para ocultarlo. Trataba de la pérdida, en 1989, de una nave espacial soviética, que había sido enviada a explorar Marte y luneta Fobos que, al parecer, está hueca.

De hecho, no se perdió una nave espacial soviética, sino dos. Llamadas *Phobos 1* y *Phobos 2* para indicar su propósito (el de sondear la luneta de Marte, Fobos), fueron lanzadas en 1988 con el objetivo de que llegaran a Marte en 1989. Aunque se trataba de un proyecto soviético, la NASA y la Agencia Espacial Europea le dieron su apoyo. *Phobos 1* simplemente se desvaneció; no se dieron detalles ni explicaciones públicamente de lo sucedido. *Phobos 2* llegó a Marte y comenzó a enviar fotografías de sus dos cámaras, una normal y otra infrarroja.

Sorprendentemente, o alarmantemente, según se mire, entre esas fotos había imágenes en las que se veía la sombra de un objeto con forma de puro que volaba por los cielos del planeta, entre la nave soviética y la superficie de Marte (fig. 131). (La imagen la habían tomado las dos cámaras.) Los responsables de la misión soviética describieron el objeto que arrojaba la sombra como «algo que algunos podrían denominar platillo volante». Inmediatamente, se cambió la dirección de la nave espacial hasta adoptar un rumbo de aproximación a la luneta, para, desde una distancia de cincuenta metros, bombardearla con rayos láser. *En la última imagen que envió la Phobos 2 se veía un misil que se aproximaba a ella desde la luneta* (fig. 132). Inmediatamente después de aquello, la nave espacial entró en barrena y dejó de transmitir, destruida por el misterioso misil.

El «incidente de la Phobos» sigue siendo, oficialmente, un «accidente inexplicable». De hecho, poco después, se puso en marcha una comisión secreta en la que estaban representados todos los países líderes en la investigación espacial. La comisión, y el documento que ésta formuló, merecerían un examen más profundo del que recibieron, pues guardan la clave que nos permitiría conocer lo que las potencias mundiales saben realmente acerca de Nibiru y de los anunnaki.

Los acontecimientos geopolíticos que dieron como resultado la formación del grupo secreto comenzaron, en 1983, con el descubrimiento de un «planeta del tamaño de Neptuno». El descubrimiento lo

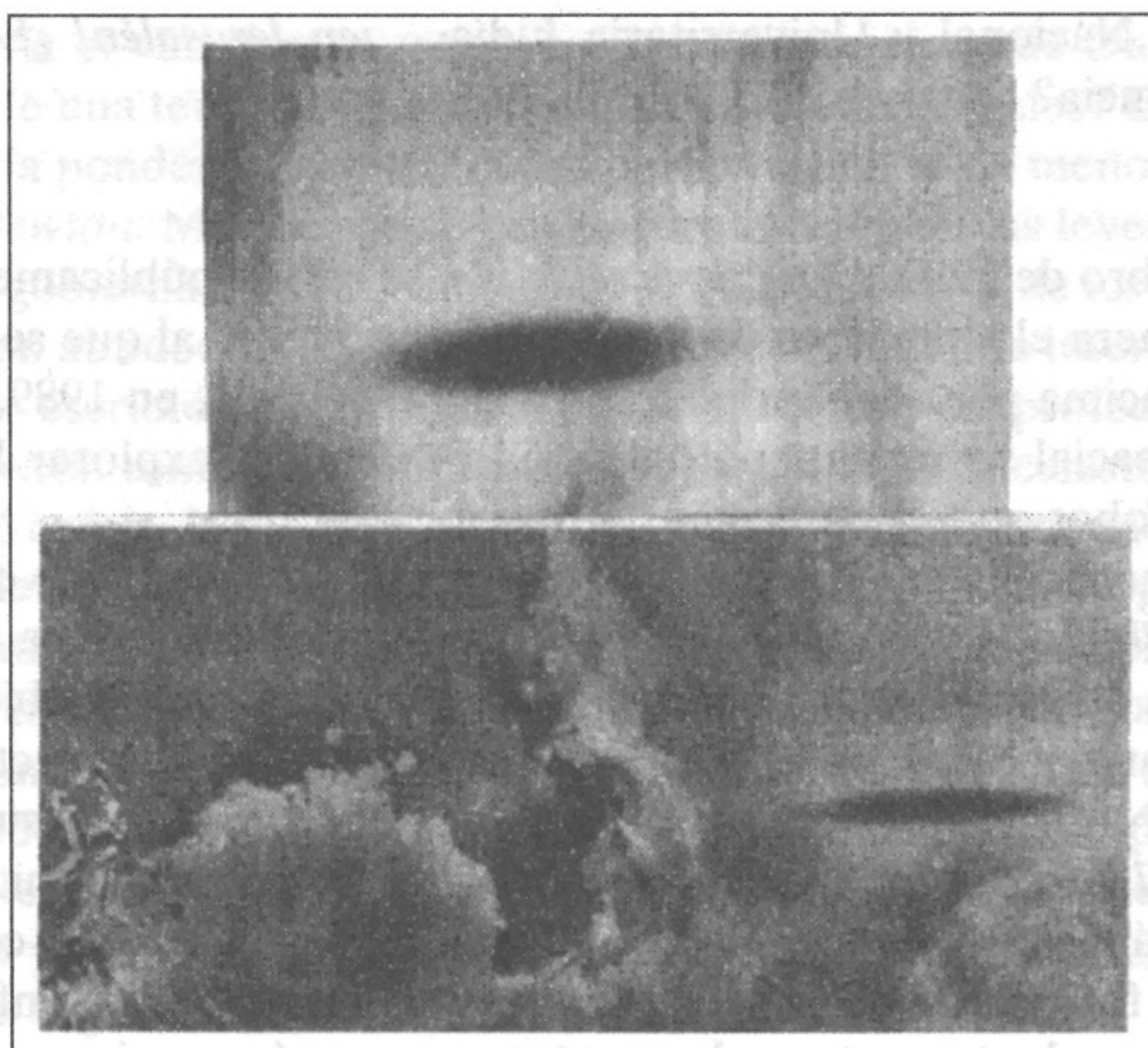


Figura 131

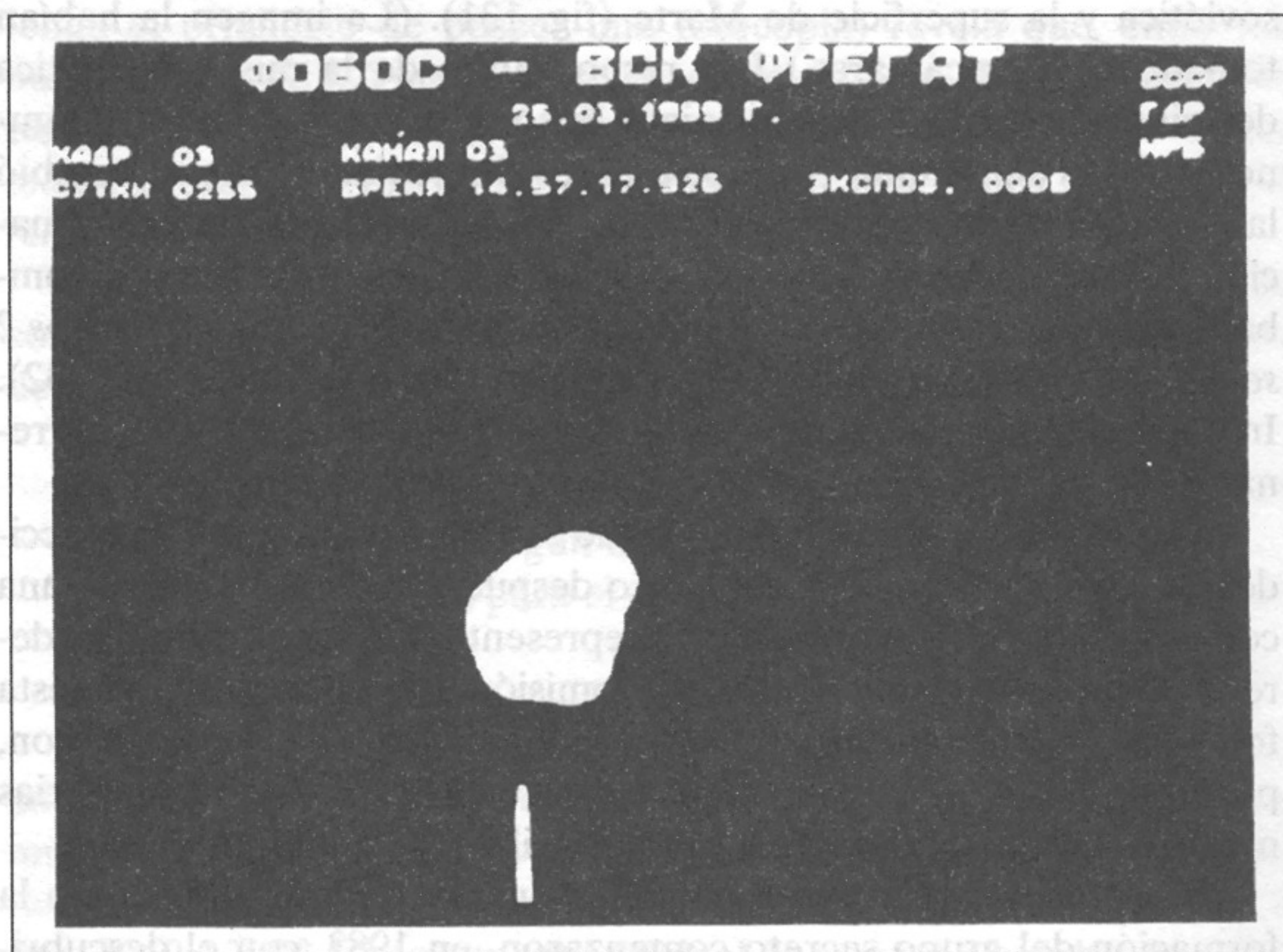


Figura 132

hizo el IRAS, el Satélite Astronómico de Infrarrojos de la NASA, que exploraba los límites del sistema solar no de forma visual, sino mediante la detección de cuerpos celestes emisores de calor. La búsqueda de un décimo planeta era uno de sus objetivos reconocidos, y ciertamente tuvo éxito en ese empeño, determinando que se trataba de un planeta porque, detectado en una ocasión y nuevamente seis meses después, se vio claramente que se movía en nuestra dirección. La noticia del descubrimiento generó titulares en los periódicos (fig. 133), pero la noticia fue desmentida al día siguiente como un «malentendido». De hecho, el descubrimiento fue tan impactante que llevó a un cambio repentino en las relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, a un encuentro y un acuerdo de cooperación espacial entre el presidente Reagan y el primer ministro Gorbachev, y a unas declaraciones públicas del presidente de los Estados Unidos, tanto en las Naciones Unidas como en otros foros, en las que decía cosas como éstas (señalando hacia el cielo con el dedo mientras hablaba):

Simplemente, piensen en lo fácil que sería su trabajo y el mío en estas reuniones que mantenemos si, de repente, supiéramos que nuestro mundo estuviera amenazado por una especie de otro planeta del universo... De vez en cuando, pienso en lo rápido que se desvanecerían nuestras diferencias, si nos tuviéramos que enfrentar a una amenaza alienígena del espacio exterior.

El comité de trabajo que se formó como resultado de estas preocupaciones llevó a cabo diversas reuniones y consultas, pero sin prisas, hasta que ocurrió el incidente de la Phobos, en *marzo de 1989*. Trabajando a partir de aquí febrilmente, formularon, en *abril de 1989*, una serie de líneas maestras conocidas como la *Declaración de principios concernientes a las actividades posteriores a la detección de inteligencia extraterrestre*, mediante la cual se acordaban los pasos a seguir tras recibir «una señal u otra evidencia de inteligencia extraterrestre». La «señal», reveló el grupo, «podría no ser simplemente una señal que indicara su origen inteligente, sino que podría ser un *mensaje real* que precisara decodificarse». Entre los procedimientos acordados estaba el de tomar medidas para demorar la revelación del contacto durante al menos veinticuatro horas *antes de que se diera una respuesta*. Esto sería sin duda alguna ridículo si el mensaje tuviera que llegar de un planeta que se encontrara a años luz de distancia... No, ¡los preparativos se hacían para un encuentro cercano!



Figura 133

Para mí, los hechos acaecidos desde 1983, junto a las evidencias de Marte que se han descrito brevemente en capítulos previos, y junto al misil que se disparó desde la luneta Fobos, indican que los anunnaki siguen teniendo algún tipo de presencia (probablemente una presencia robótica) en Marte, en lo que fue su antigua estación de paso. Y esto estaría indicando una previsión, un plan que les permitiera disponer de unas instalaciones perfectamente dispuestas para una futura visita. *Lo que nos sugieren estos hechos en su conjunto es la intención de volver de los anunnaki, la firme posibilidad de un Retorno.*

Para mí, el sello cilíndrico de la Tierra y Marte (véase fig. 113) es tanto una representación del pasado como un vaticinio del futuro, porque lleva una fecha, *una fecha indicada por el signo de los dos peces, la era de Piscis.*

¿Acaso nos dice que lo que sucedió en una era de Piscis previa se repetirá de nuevo en la era de Piscis? Si las profecías han de hacerse realidad, si las primeras cosas van a ser las últimas cosas, si el pasado es el futuro, la respuesta ha de ser «sí».

Nos encontramos aún en la era de Piscis. El Retorno, dicen las señales, tendrá lugar antes del fin de la actual era.

NOTA FINAL

En noviembre de 2005, se hizo un importante descubrimiento arqueológico en Israel. Mientras se limpiaba el terreno para una nueva construcción, salieron a la luz los restos de un gran edificio de la antigüedad. Llamaron a los arqueólogos para que supervisaran atentamente la excavación. El edificio resultó ser una iglesia cristiana, la más antigua encontrada en Tierra Santa. Las inscripciones, en griego, sugieren que se construyó (o se reconstruyó) en el siglo III d. C. Mientras se limpiaban las ruinas, apareció un magnífico mosaico en uno de los suelos. En el centro, había una representación de *dos peces*, el signo zodiacal de Piscis (fig. 134). ¿Qué tiene de importante este descubrimiento?

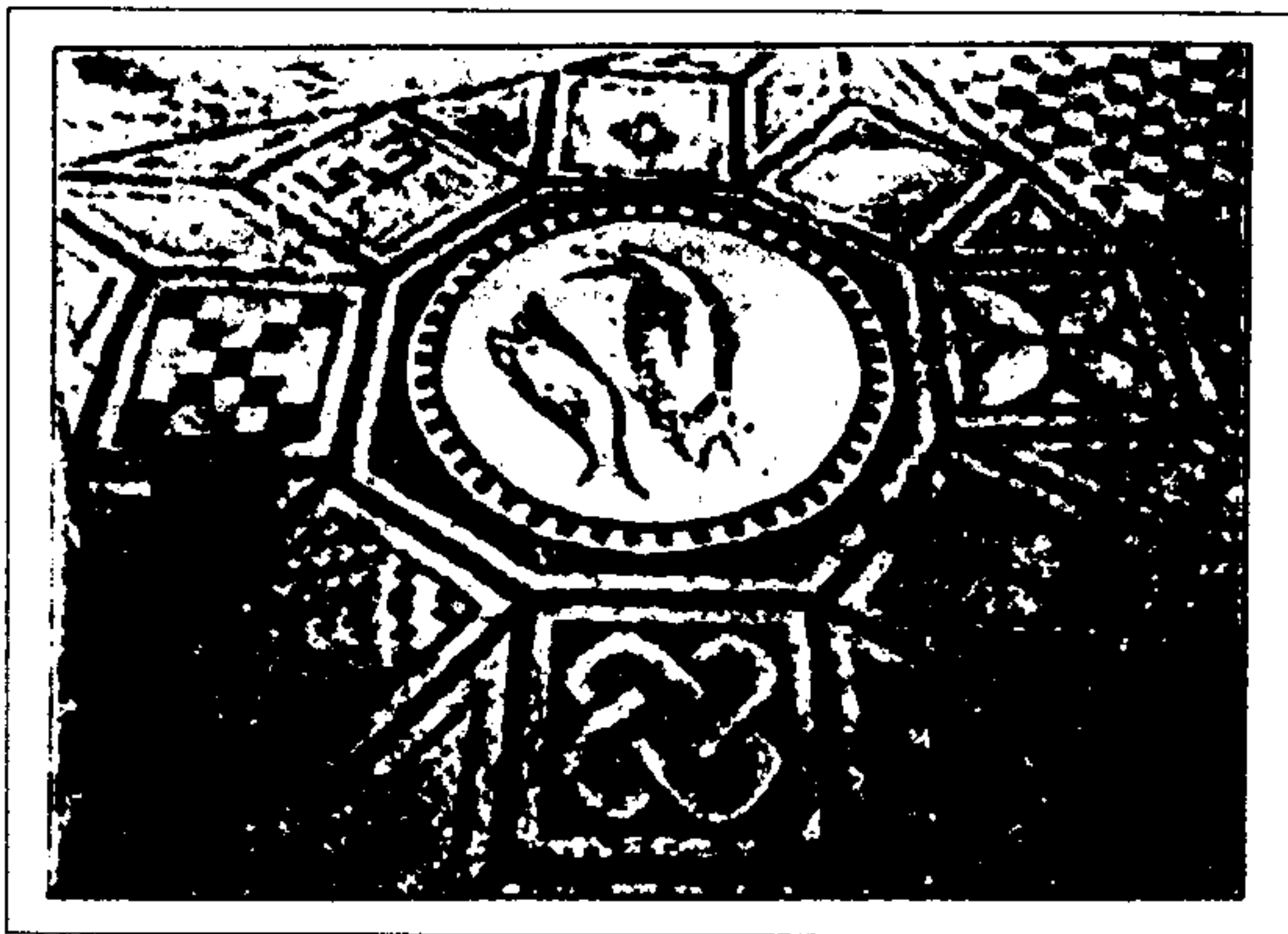


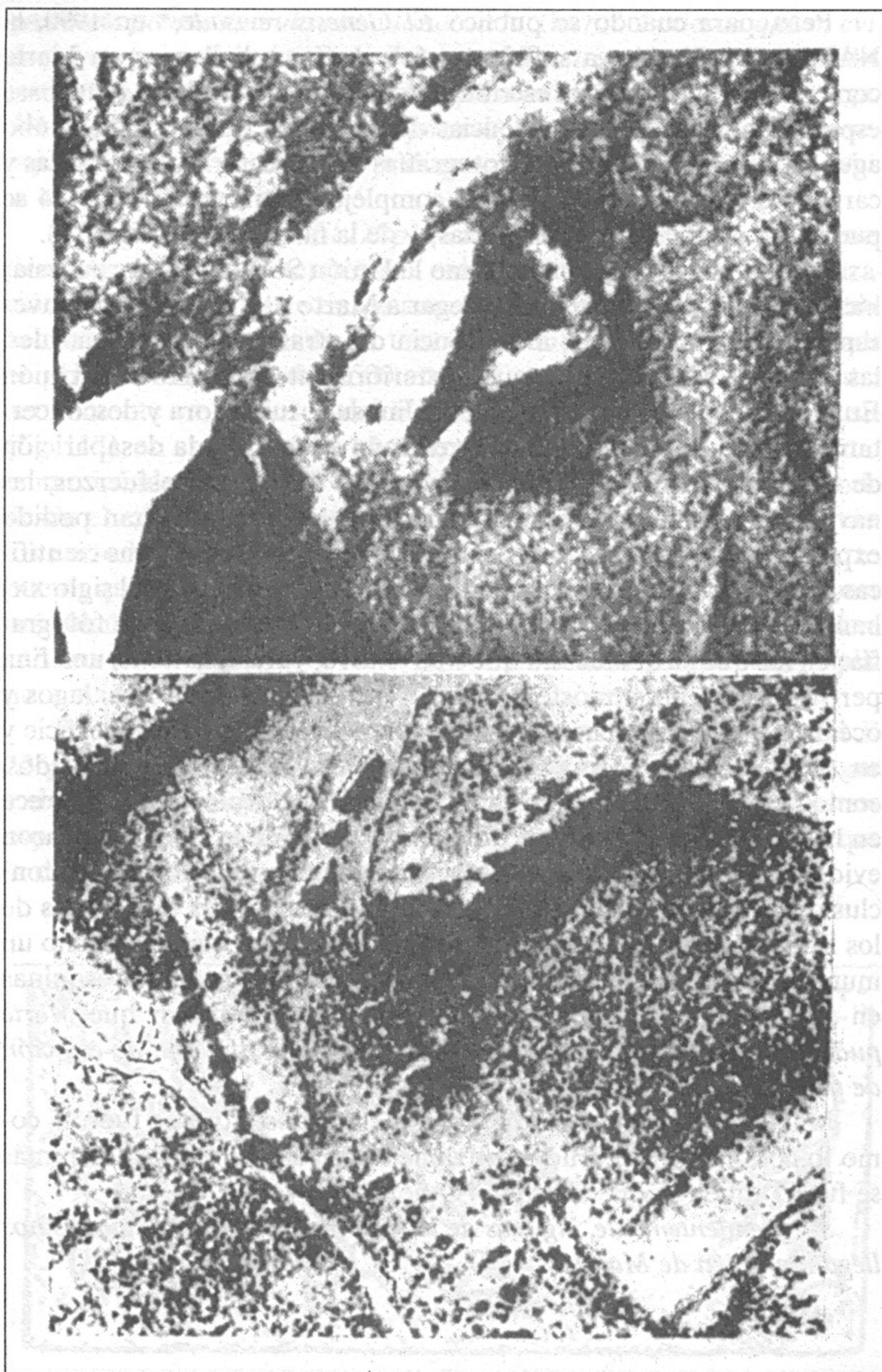
Figura 134

El lugar del descubrimiento es Megiddo, a los pies del monte Megiddo... *Har-Megiddo*, HARMAGUEDÓN.

ÍNDICE



<i>Prefacio: El pasado, el futuro</i>	9
1. El reloj mesiánico	11
2. «Y sucedió que...»	30
3. Profecías egipcias, destinos humanos	44
4. De dioses y semidioses	58
5. La cuenta atrás del día del Juicio	74
6. Lo que el viento se llevó	90
7. El destino tenía cincuenta nombres	108
8. En nombre de Dios	127
9. La Tierra Prometida	146
10. Una cruz sobre el horizonte	166
11. El Día del Señor	186
12. Oscuridad al mediodía	206
13. Cuando los dioses abandonaron la Tierra	231
14. El final de los tiempos	257
15. Jerusalén: un cáliz que se desvaneció	274
16. El Harmagedón y las profecías del Retorno	294



* Publicado en castellano p. Obelisco, Barcelona, 2002.

Figura 114